Selecta

Matías Zitterkopf

Mientras mi cielo se derrumba

Cielo prohibido

1

Selecta

Matías Zitterkopf
Mientras mi cielo se derrumba
Cielo prohibido
1

Mientras mi cielo se derrumba

Libro 1 - Trilogía *Cielo prohibido*

Matías Zitterkopf

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prefacio

En un principio no existía nada, solo la oscuridad.

Entonces Dios creó la luz y la creyó buena porque era bella y alejaba a la otra.

Las tinieblas se replegaron ofendidas y esperaron en su escondite negro, protestando y conjurando maldiciones nuevas.

La luz era débil y podía ser corrompida y, cuando logró comprenderlo, la oscuridad se despertó y en forma de serpiente tentó al Primero.

Los ángeles de inmensas alas blancas creyeron poder ocupar el trono del que los había creado. Él les quemó las alas sin piedad y los hizo caer. Nunca más un ángel cargó alas blancas en su espalda.

Y, al ver la magnitud de su poder, la oscuridad sonrió con malicia. Se sintió hermosa y plena, y se puso un vestido enorme hecho de estrellas.

La oscuridad volvió a su cuna de brea espesa y se durmió otro largo rato para soñar sueños rojos de castillos de oro y tronos de espinas, donde ella era una reina.

Despertares

Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes sola, si no, me perdería…

La pasada noche, después de dar mil vueltas en la cama porque el sueño no quería visitarla, Amelie había repetido varias veces esa oración que su madre le había enseñado cuando era pequeña.

A pesar de que tenía dieciséis años y que a esa edad nadie que conociera rezaba, ella sí lo hacía. Susurraba esa plegaria cada vez que se iba a dormir, con sus dedos entrecruzados sobre el pecho, para sentirse tranquila y protegida de las sombras que se movían en la penumbra de su habitación. Era todo un ritual para ella. Tal vez no lo hacía porque creyera que había alguien de pie a su lado, que la cuidaba por las noches, sino que repetir esas palabras en voz alta le proporcionaba cierta seguridad.

Había algo en las noches y las sombras danzarinas que se escabullían por los rincones; los sueños feos. En verdad, la dejaban intranquila porque se repetían casi todo el tiempo y el de la noche anterior había sido igual de intenso que los demás. Nunca variaban, se repetían de manera eterna como siguiendo un patrón. Era una rutina que estaba obligada a vivir cuando el silencio se apoderaba del mundo.

Al terminar de decir la plegaria y exhalar un suspiro, finalmente, se durmió. Condenada como todas las otras noches.

Amelie estaba de pie cerca de la ruta, sola y un tanto nerviosa, con una fuerte idea en la cabeza y cuando trataba de alejarla solo lograba lo contrario; ella volvía y ocupaba toda su mente como una mancha negra que se esparcía por todos lados. Los autos, que pasaban a gran

velocidad, se veían borrosos frente a sus ojos. El vestido blanco y liviano que llevaba puesto comenzaba a flotar en el aire cuando la brisa proveniente de un bosque cercano llegaba hasta ella, acarreando hojas secas que rozaban sus pies descalzos.

En lo más profundo de su ser estaba el sentimiento, las ganas de querer dar un paso adelante, cerrar los ojos y esperar al primer automóvil que quisiera quitarle la vida. Y no había nada ni nadie que pudiera hacerla desistir. Así de simple y trágico, por alguna profunda e indescifrable razón ansiaba el momento de pararse sobre el asfalto negro y que sucediera lo inevitable. No entendía el motivo de su decisión, era como sentirse tentada a cometer el error. Tal vez un psicólogo diría que su inconsciente estaba tratando de manifestarse o de advertirle alguna cosa, pero ella estaba segura de que el suicidio no formaba parte de su lista de cosas por hacer antes de cumplir diecisiete años.

Llegaba entonces ese instante en el sueño en el que estaba por tomar la drástica decisión y comprendía que no estaba sola porque alguien aparecía de la nada para tocarle el hombro izquierdo. Solo ese gesto era suficiente. Se quedaba del todo paralizada, congelada, estática porque no podía mover su cuerpo y, sin embargo, sus sentidos estaban más alertas que nunca. Podía oler los perfumes que el viento llevaba, oír el ruido que se colaba por sus oídos y ver las cosas con más nitidez, a pesar de que estaba un tanto oscuro.

Giraba sobre sus pies sin prisa, asustada, para ver quién era el que estaba parado detrás de ella, pero la misteriosa figura se había alejado en una fracción de segundo. No podía distinguir su cara ni ver el color de sus ojos, perdidos a metros de ella. Pero su sola presencia hacía que la electricidad la recorriera de pies a cabeza; era una sensación familiar, como si conociera a aquel espectro de una vida pasada. Entonces, tomaba coraje, decidida a acercarse para mirar su rostro y, en ese preciso momento, alguien de la vida real le impedía hacerlo y la devolvía al mundo. Tenía la sensación de que era él quien no deseaba mostrarse.

Esa mañana se despertó dando un salto al escuchar los gritos de su padre, provenientes del piso de abajo.

—¡Amelie, es hora de levantarse! ¡Tienes que ir a la escuela!

Se puso la almohada en la cara, llena de rabia porque otra vez habían interrumpido su sueño en el momento más importante. Era frustrante el hecho de querer ver el rostro de alguien y nunca poder hacerlo. No tenía despertador sobre la mesa de luz porque con los gritos de su familia todas las mañanas no era necesario.

—¡Ya voy, papá! Solo un segundo más, por favor —trató de decir

en un tono dulce que le hiciera ganar más tiempo para remolonear, pero hacerse la niña ya no servía con él. Se dio cuenta de que su voz se escuchaba áspera y seca. Esos sueños eran tan reales que la cansaban demasiado. Al día siguiente se levantaba con finas líneas rojas que imitaban serpientes en sus ojos. Parecía salida de una película de terror, una zombi o algún monstruo de esa clase. Pero, por suerte, su padre siempre recordaba comprarle unas gotas que hacían que la irritación se fuera en minutos, porque ni loca saldría a la calle con esos ojos.

Bueno, «salir a la calle» era un decir cuando de Amelie se trataba. Esa no era una de sus actividades preferidas, porque no creía ser como las demás chicas que se la pasaban fuera de casa y volvían a altas horas de la noche. Tampoco le interesaban las mismas cosas, como la ropa cara, el maquillaje y salir a bailar, pero hacía un gran esfuerzo por respetar los gustos ajenos.

A sus padres esto les preocupaba. Y en su afán para que fuera más sociable, trataban de obligarla para que saliera a la vida, por decirlo de alguna manera. Pero a Amelie eso no le importaba demasiado y lograban el efecto contrario, que se retrajera un poco más.

Ella creía que con tal de que se comportara como los demás, no les hubiese molestado que volviera a casa un domingo a las seis de la mañana, descalza y borracha, acarreada por amigos que la dejaran en la puerta principal mientras vomitaba. De lo que sí estaba segura era de que sus padres se reprochaban que su forma de ser tenía que ver con el trabajo de su papá. Porque hasta su hermana menor poseía más amigos que ella.

Martina, su hermana menor, entró corriendo al cuarto de Amelie y abrió las ventanas de par en par porque sabía que era la única forma en que podía despertarla. Los rayos de sol que ingresaron quemaron sus ojos, indefensos sin las gotas. Entonces, no tuvo otra solución que levantarse para empezar con su vida.

—¡Arriba, remolona, es hora de levantarse! —gritó su hermana muy cerca de la cama, con la voz más aguda que una niña de seis años pudiera tener. ¿Todos tenían que gritar en su familia a esas horas de la mañana? Luego de esa manera obligada y agitada de despertar, las dos daban paso a una cacería, en la que Amelie perseguía a Martina hasta el piso de abajo esquivando los objetos que se hallaban en el pasillo y tratando de no rodar por las escaleras. Las cosquillas eran el punto débil de la pequeña. Y cuando lograba alcanzarla y tenerla entre sus manos, la hacía reír por un minuto completo y la dejaba agotada, dolorida por tantas carcajadas que agitaban su cuerpo.

Observada la escena desde afuera, Amelie parecía un tanto infantil

para su edad, aunque dieciséis años no significaban ser adulta. Sabía que había otras chicas que no jugaban con sus hermanos porque sus mentes estaban ocupadas en cosas que no tenían que ver con niños, o al menos no con niños de poca edad. A ella era lo que más le gustaba, pues los momentos que compartía con Martina eran de lo mejor y también escasos, ya que se la pasaba casi todo el día encerrada en un colegio de doble turno.

—¡Amelie! Deja de hacerle cosquillas a tu hermana, sabes que le hace mal y luego le duele la panza. ¿Cuántas veces tengo que repetírtelo, cariño? —era lo primero que decía su mamá, Olivia, cuando las escuchaba corretear por el *living*. Se le había metido en la cabeza la idea de que reír era perjudicial para la salud, pero Amelie pensaba todo lo contrario. Cuando a veces estaba triste, se acordaba de las carcajadas de Martina y se alegraba al instante. El eco de su risa le recordaba momentos felices y tardes soleadas. Toda la mala vibra se iba.

Amelie creía que su madre tenía un cerebro impresionante. Mucha gente decía que las mujeres podían hacer varias cosas a la vez y Amelie no podía evitar pensar que ella era la excepción, porque era distraída y un tanto torpe con sus movimientos, y nunca se había destacado en deportes en la escuela, así que prefería hacer solo una cosa bien. Su madre era diferente, todo lo opuesto y pensaba que, al crecer, tal vez obtendría sus habilidades.

A pesar de que estaba haciendo miles de cosas al mismo tiempo, estaba pendiente de cada sonido, se daba cuenta de todo lo que pasaba a su alrededor y siempre tenía una respuesta para darle. Como una reina que debía comandar un gran reino. Era un pilar fundamental en la familia.

Después de atacar a su hermana y recibir el reto, enseguida corría a la cocina donde estaba su mamá, bajo la mirada cómplice de su padre. Esperaba cautelosamente hasta que tuviera mil cosas más que hacer, así la encontraba desprevenida, y le hacía cosquillas por detrás. Como ella estaba preparando el desayuno de la familia, utilizaba en su defensa los elementos a su alcance como armas para el contraataque. La mayoría de las veces, eran tostadas, pero sabía que, el día que le arrojara un frasco de mermelada o una manzana grande por la cabeza, se iba a arrepentir de atacarla. Y así eran y habían sido sus despertares hasta ese día y pensaba que así seguirían siendo. Una vida un tanto monótona la mayor parte del tiempo, pero no le desagradaba por completo. Ella prefería la seguridad de su rutina. Y, sin embargo, esa mañana su madre agregó una frase más, como un indicio de que algo sería diferente. Pero fue una consecuencia de la causa, de lo que ella

había causado.

—¿Pero qué cosa rompiste, Amelie? —gritó desde la cocina. Luego de su ataque, ella estaba tratando de volver al piso de arriba para lavarse la cara y, cuando había pasado cerca de la mesa de patas altas que estaba junto a la escalera, su mano había golpeado un gran portarretratos familiar. Este había caído al piso y provocado el ruido que alertó a su madre, y el cristal que cubría la fotografía, al quebrarse, había dibujado una infinita tela de araña en él. Se agachó para tomarlo y su dedo rozó una de las grietas profundas en el vidrio. Una sensación de ardor la invadió al rasgarse su piel y unas cuantas gotas de sangre, por no decir un chorro, cayeron sobre el retrato en el que incluso estaba su abuela. La sangre se esparció por las grietas como pequeños arroyos logrando atravesar el cristal y tiñó un poco la foto.

—¡Maldición! —exclamó, observando el corte que se había hecho; era vertical y quedaba justo sobre la división de la falange superior de su dedo índice formando una cruz roja. Se llevó el dedo a la boca para evitar que siguiera sangrando y succionó un poco—. Tiré el retrato familiar al suelo, lo lamento. Y casi me rebano un dedo… —agregó en un susurro y, tomando el portarretratos, lo puso sobre la mesa otra vez y subió las escaleras corriendo.

Frente al espejo del baño, mientras se cepillaba los dientes, recordó lo sucedido minutos atrás y no pudo evitar reír de las tonterías que hacía una chica que ese año cumpliría diecisiete.

Cuando salió del baño y volvió a su habitación, esta parecía brillar con la luz ámbar que entraba por la ventana abierta de par en par. Se quedó mirando todo, inmóvil, como si fuera la primera vez que lo hacía. Las pequeñas partículas de polvo ascendían y danzaban en los rayos tibios del sol.

Su cuarto no había cambiado en nada por varios meses. El color durazno, que todos confundían con rosado, aún estaba en las paredes, contrastando con las blancas y largas cortinas que llegaban hasta el suelo.

Su amor por las mariposas se notaba demasiado. Tenía unos cuantos móviles de ellas en varios lugares. Algunas eran metálicas, otras de vidrio pintado, pero mariposas al fin. Así como a otros les gustaban los unicornios, a ella le encantaban las mariposas. Al lado de la puerta estaba su amada biblioteca, con todos los libros que había leído y los que le faltaba leer; su posesión más preciada junto con las mariposas. La habitación era su refugio contra el aburrimiento.

Esa mañana se puso unos jeans ajustados y gastados en la parte delantera, una camisa blanca de mangas cortas con pequeños botones

y entallada. Ató su pelo ondulado en una cola con una cinta azul y lo dejó caer sobre su hombro izquierdo. Tal vez la forma de peinarse era anticuada o «muy de princesa», como le decía Martina, pero a ella le gustaba. Le hacía recordar a Kate Winslet en *Titanic*, ya que era pelirroja también. Odiaba que le dijeran: «Ahí va la pelirroja» a veces, aunque tan poca gente le prestaba atención que no debía preocuparse por eso. En ese caso, le parecía que era bueno ser antisocial, porque nadie reparaba en ella ni podían resaltar sus defectos, como los abusivos de la escuela siempre hacían.

Fue en ese momento, al sentir su cabello reposar sobre el hombro, que se acordó de la mano tibia en el sueño, como una caricia olvidada. En ese instante, algo le quemó el hombro, como si estuviera al rojo vivo y, como siempre que eso le sucedía, movió lentamente los ojos hacia la ventana. Desde ella se podía ver la parte superior de la catedral, las dos altas torres que querían tocar las nubes. No sabía por qué, pero el escuchar las campanas sonar cada hora le producía una sensación extraña, la incomodaba. Parecía que cada campanada marcaba los segundos antes de la tragedia. Era algo bastante perturbador.

Tampoco pensaba contarles a sus padres acerca del dolor que atacaba su hombro izquierdo con frecuencia, porque la enviarían con el doctor y esa idea no le gustaba para nada.

—¡Amelie! ¿Qué te dicen las palabras desayuno y colegio? ¡Pero no puede ser que seas tan lenta, hija! —gritó su madre desde el pie de las escaleras, con una taza de té ya en la mano, enfatizando las dos primeras «obligaciones» de su día.

—Además de que odio escucharlas, que me tengo que apurar. Tienes que aceptar que tu hija es así de lenta, querida madre —respondió en tono de burla, tomando el bolso con sus libros. Antes de salir, se aseguró de llevar todo lo necesario porque a menudo olvidaba las cosas.

Mientras bajaba, al ver a su madre esperándola, se sintió como Rose en *Titanic*, cuando bajaba la gran escalera de madera en esa noche que Jack iba a cenar con ellos. Sí, por segunda vez y en los pocos minutos de estar despierta, pensó en *Titanic*. Pero Amelie amaba esa película y sabía la mayoría de los diálogos de memoria. Si alguien la llamara patética por ello, ni siquiera le molestaría.

En la mesa de desayuno de la cocina todo pareció ser normal, la misma imagen de siempre. Su padre estaba absorto en las noticias del diario y con la cara casi escondida tras él. Su madre y su hermana hablaban de la tarea escolar. Su mamá también le daba respuestas a su papá sobre las noticias que él le comentaba. Otra vez la vio haciendo

varias cosas al mismo tiempo. La miró sonriente, y ella le devolvió la sonrisa. Era una de esas cosas entre madre e hija.

Siempre puntual, el colectivo rojo hizo sonar su bocina con estruendo frente a la puerta de su casa. Todos se levantaron de un salto y se despidieron con prisa sin cruzar muchas palabras.

Martina y Amelie subieron al transporte escolar de inmediato, porque sabían que al conductor no le gustaba esperar. Hacía casi un año se habían mudado a Puerto Azul porque su papá era político y había conseguido ganar las elecciones como intendente en esa ciudad, la que parecía ser la más conveniente en todos los aspectos. Luego de una ardua campaña, por fin fue electo por la gente.

Tuvieron que dejar Santa María, donde su padre ejercía su cargo, porque empezaron a llegar, y volverse cada vez más graves, amenazas y ataques por parte de sus opositores. El padre de Amelie había descubierto una red de negocios turbios e ilícitos por parte de los líderes de la oposición, que afectaban a los trabajadores del lugar. Toda su investigación había salido en los diarios y canales locales, lo que le valió el odio de esas personas. Aun cuando él había hecho lo correcto: combatir la corrupción.

El día en que una nota en papel azul había atravesado la ventana del *living* atada a una roca, su papá se puso paranoico con la seguridad de todos. La nota decía: «Cuida mucho a tu familia». Amelie llegó a odiar a los tontos que habían hecho eso porque su padre se obsesionó y contrató dos guardaespaldas que custodiaban la casa todo el día y la seguían a todos lados. Y fue así que se convirtió en una adolescente cerrada, protegida y que confiaba más en los personajes y héroes de libros que en las personas. Pero luego su papá cambió por completo, dejó de preocuparse tanto y despidió a los guardaespaldas, por lo que ella le dio gracias a Dios y se mudaron de inmediato a la nueva ciudad. Allí comprendió que por eso estaba más calmo, porque se iban para siempre de ese lugar.

Puerto Azul era una ciudad más chica y tranquila. Los colegios eran muy buenos y sus padres creían que se llevarían bien con las personas porque eran amigables. En verdad, Amelie creía que los ciudadanos amarían a cualquier intendente nuevo que no fuese un tirano como el anterior. En sí, tuvieron que volver a empezar. Otra vez Amelie se tuvo que acostumbrar a las pocas cosas que la alejaban de su casa y su habitación. Una de las más terribles era el colegio y en su dirección iba ese día.

Todavía no lograba llevarse demasiado bien con nadie ni tener mejores amigos, a pesar de que faltaban dos meses para que terminaran las clases. Había tenido ya bastante tiempo como para

entablar una buena relación con alguien, pero generalmente se alejaba de sus compañeros con los auriculares en sus oídos y la música en el MP3 a todo volumen, o llevaba consigo un libro, así su mirada estaba puesta en las páginas de esa novela y no a su alrededor. Tal vez sí sentía que debía relacionarse un poco más con las personas, pero tampoco quería reconocer que era tímida.

Todos los días se sentaba sola en el colectivo, cerca de la ventana para mirar los paisajes. Martina ya tenía sus amigas, así que la abandonaba. Amelie sabía que no podía arrastrarla a su mundo de «bicho raro». Ella se bajaba unos minutos antes en su escuela, luego de darle un beso, y no la veía hasta la tarde. Después de recorrer la misma calle, el colectivo se detenía en el lugar de siempre. Los chicos de años inferiores bajaban corriendo con tal desesperación que a los que no les gustaba demasiado estudiar les parecía increíble. Así que los que aún estaban arriba, oliendo el perfume de naranja con el que el conductor perfumaba el vehículo, se quedaban atascados esperando a que ellos por fin se esfumaran.

Fue en ese preciso momento en que Amelie sintió la mano de Leo en su espalda. Él iba a su curso, se sentaba cerca y se notaba que ella le interesaba, pero nunca se decían más que «hola» o «perdón», en momentos como esos en los que, por un «descuido» suyo, él la tocaba. Aun así, ella le sonrió, escondiendo su incomodidad mientras descendía del colectivo. Cerró los ojos dos segundos, respiró hondo y, cuando volvió a abrirlos, miró la puerta vidriada de la entrada como si fuese una guillotina en la que estaba a punto de perder la cabeza.

«A la selva otra vez, Amelie, sé fuerte», se dijo a sí misma, resignada, y empezó a avanzar a paso lento, esperando que ya llegara el final del largo día.

El colegio al que asistía parecía un típico centro educativo norteamericano sacado de una película, porque no había en la ciudad otro igual. Ni siquiera en Santa María los colegios parecían tan de élite. Entre populares, deportistas, estudiosos, parranderos y otros alumnos poco destacables, Amelie parecía fuera de contexto. Salvo por sus compañeros Alexis y Nadia, ella figuraba entre el grupo de los solitarios. De hecho, ellos eran los únicos a los que les había prestado un uno por ciento más de atención que a los demás, pero aun así no podía afirmar que eran sus amigos. No sabía si estaba bien arrastrar a esos dos chicos a su grupo, del cual era la líder, pero como nunca los veía hablar con nadie más que ente ellos mismos, pensaba que esa era su clasificación.

Aun así, entre miradas de envidia, celos y rabia, todos ellos se movían juntos, como una masa uniforme, por el pasillo para poder

ingresar a sus aulas a soportar la cantidad de horas de estudio que los esperaban.

El hecho de llegar a su salón era siempre satisfactorio para Amelie porque solo le faltaba un paso más para terminar con todo. Sabía que era buena alumna y que aprobaría todas las materias.

«Solo un año y dos meses más en esta selva superficial y serás libre, Amelie», se dijo con una sonrisa gigante imposible de ocultar, mientras la señora Herrero, con sus ojos fijos en ella, prometía borrársela con alguna pregunta complicada que le haría durante la clase.

—Buen día, señora Herrero —saludó, fingiendo una sonrisa amable que dejó a la mujer descolocada. Acomodó la cinta de su cabello sintiéndose un poco poderosa, dejó el bolso bajo el escritorio que era todo suyo en el fondo del aula y se dispuso a «disfrutar» de un día más de su cuarto año de escuela secundaria.

Como siempre, Leo estaba en el escritorio de la fila siguiente, solo un delgado pasillo los separaba, siempre con la mirada fija en ella, lo cual era muy irritante y bastante aterrador. Hasta que la profesora le llamó la atención por estar distraído. Amelie se preguntó si el muchacho no se animaba a decirle algo o si tenía algo para confesarle. O sea, no era una tonta porque podía darse cuenta de la forma obsesiva en que él la miraba. Y también sabía que ella iba a darle un rotundo NO como respuesta.

Nadia y Alexis se sentaban en el escritorio delante del suyo, pero no parecían verla, ya que estaban muy concentrados en su charla, bromas y risas cómplices. No era que quisiera que le prestaran atención, pero, tal vez, si le hubiesen dicho de qué se reían, hubiese sido gracioso para ella también. Pero tampoco podía culparlos porque era ella la que no les hablaba demasiado, a pesar de que se sentaban juntos en el comedor muchas veces.

No había que ser muy sensitivo para darse cuenta de que, además de esa «amistad» indestructible que los dos tenían, iban a llegar al altar. Ella, en un hermoso vestido blanco y moderno, con el que podría lucir su hermosa figura, y él, en un perfecto traje negro, que haría resaltar la blancura de su rostro. Ya podía imaginarlos.

Luego de varias materias, mini recreos que los dejaron con ganas de tener más tiempo libre, el timbre largo se hizo escuchar para anunciarles que era hora de almorzar.

—¿Qué sucede? ¿Por qué me miran así? —preguntó Amelie intrigada ante el escrutinio de Nadia, que parecía estar prestándole más atención que de costumbre. Generalmente, la dejaban comer en silencio. No entendía por qué ella y Alexis la miraban directo a los

ojos, cuando ya estaban ubicados en el comedor con la comida lista en su mesa.

—Miramos tus ojos, tontita —dijo ella, mientras él seguía muy entretenido con su sándwich de jamón y queso.

«¡Olvidé ponerme las gotas!» fue lo primero que se le ocurrió. Pero volvió a la velocidad de la luz a ver las imágenes de su día y sí las había usado, así que no le quedó otra opción que indagar.

—¿Qué pasa con mis ojos? ¿Estoy llorando sangre o algo por el estilo? —preguntó dudosa, creyendo que tal vez no había lavado bien su cara en la mañana, o que se había rayado con un marcador, como solía ocurrirle en sus descuidos. Y también hizo el intento de sonar graciosa, aunque mencionar sangre justo cuando los demás estaban comiendo no fue buena elección.

—No exageres, Amelie. Es que con Alexis… —dijo ella hundiendo su codo en el costado izquierdo del cuerpo del muchacho, para que dejara su sándwich y asintiera— recién nos damos cuenta de que son muy lindos, un color marrón o miel, mejor dicho, un tanto más bello que el color normal. Son algo raros cuando el sol te da en la cara como ahora, como si cambiaran de color y se pusieran dorados. Extraños en el buen sentido, no te ofendas —terminó con todas las tontas ideas que habían invadido su mente. ¿Qué más podía hacer ella que decir gracias?

—Muchas gracias. —Esas fueron las dos únicas palabras que logró emitir, ya que nunca la sorprendían con un comentario así. Superficial sí, pero nadie más que sus padres se fijaba en lo bella que podía ser. A pesar de que no era un buen tema para romper el hielo, Amelie se alegró de que los chicos tomaran la iniciativa ese día.

—A mí me parece que quedan perfectos en tu cara. Combinan con tu piel y tu color de cabello. ¿Nunca nadie, además de tus padres, te dijo que eras linda? —bromeó Nadia, como si supiera lo que ella pensaba. Y Amelie se sorprendió aún más de que Nadia creyera que ella era linda. Porque su compañera se parecía a la muñeca Barbie más hermosa que Amelie tenía guardada en un baúl con sus juguetes de niña. Nadia tenía un cuerpo estupendo sin necesidad de visitar el gimnasio, como otras hacían todos los días. Su pelo era rubio, lacio y caía perfecto sobre sus hombros. Sus ojos azules eran sumamente llamativos y era alta como una modelo de pasarela.

—*Sexy* —comentó Alexis lamiendo su dedo, en el que había quedado un poco de mayonesa. Nadia aclaró su garganta. No se entendió bien si el comentario que el chico había hecho estaba dirigido hacia Amelie o al resto de mayonesa que quedaba en su dedo. Con Alexis nunca se podía saber.

Amelie se quedó mirando a su alrededor, al gran comedor del colegio, como si fuese la primera vez que se detenía a verlo en detalle. Había una gran barra de comidas donde podían elegir con qué deleitarse día a día y un chico de pelo oscuro parado detrás de ella, listo para servir el almuerzo. Su vista se desvió hacia las mesas que se encontraban en el comedor y pudo ver a todos los grupos allí reunidos, las clases de alumnos que tuvo que reconocer que formaban parte de su vida. Era extraño lo que estaba sintiendo en ese momento, pero no pensaba que estuviera mal querer ser parte de algo.

Observó a Nadia y Alexis, que desde hacía unos pocos meses, y a pesar de conocerlos ya hacía casi un año, la seguían a todos lados soportando su ignorancia e indiferencia sin quejarse. Los miró jugar y bromear del otro lado de la pequeña mesa que compartían, cerca del gran ventanal con vista al bosque. Algo parecido a la alegría le invadió el cuerpo y se debía al hecho de que ellos estaban allí junto a ella.

«¡Qué mala e injusta he sido con ellos! ¿Por qué soy tan cerrada y egoísta? Les tengo que dar la oportunidad. Es hora de salir de la crisálida, Amelie. Hay que experimentar la metamorfosis», se alentó a sí misma con metáforas referentes a sus amadas mariposas. No repetiría aquello en voz alta jamás.

—Gracias —dijo usando un tono de voz más alto que el de costumbre. Los que estaban sentados en la mesa cercana se dieron vuelta, miraron e hicieron una risa de burla, lo que no le importó porque tenía que decirles a esos dos chicos que tenía frente a ella, lo agradecida que estaba con ellos.

—Eh… De nada. Pero ¿a qué viene eso? —preguntó Alexis, mientras otra vez los dos la miraban como un objeto de estudio, como una rareza a la que se le daba por soltar palabras sin sentido al aire. Ellos no tenían ni la más mínima idea del porqué de ese agradecimiento.

—Creo que a estas alturas se habrán dado cuenta de que expresarme no va mucho conmigo, y que parezco un bicho raro, pero… les agradezco el haberme aceptado como soy, soportado estos meses en los que tal vez no les presté demasiada atención. Digamos que no he tenido una adolescencia muy fácil hasta ahora, así que gracias por eso, por ser mis amigos. —Finalmente pudo decirlo porque ¿qué más que eso podían ser? Siempre habían estado con ella, apoyándola y golpeando al que se atrevía a jugarle bromas por ser la «nuevita» del lugar, y ella no reaccionaba.

La Barbie inteligente y amante de los libros que, si tuviera solo una neurona, les arrebataría el trono a las populares, y el chico sin interés

por los deportes, pero con cuerpo de atleta, que podía quitarles el puesto a los musculosos deportistas, eran sus amigos, no había otra palabra que los describiera mejor.

—Sabes que siempre estaremos para lo que nos necesites, solo debes hablar un poco más. Todos tenemos problemas y es más fácil si otros te ayudan —dijo Nadia tomando su mano izquierda y la apretó fuerte. Eso fue mucho más de lo que ella se esperaba—. Y, si debo ser sincera, hemos llegado a preguntarnos si tenías algún tipo de trauma o enfermedad. Eres tan cerrada, Amelie.

—Si no, ¿para qué son los amigos? Además de protegerte, podemos pensar que estás loca al mismo tiempo —comentó Alexis entre risas.

—Pero miren qué patético espectáculo —dijo Gina, la chica más popular del colegio, al pasar con su séquito «unineuronal», con el brazo de Augusto, el líder del equipo de fútbol, enroscado en su cuello.

Iban al mismo curso de Amelie, pero ni siquiera los registraba a menos que respondieran una tontería cuando algún profesor preguntaba algo serio.

—Ustedes son más patéticos. ¡Víbora! —susurró solo para ellos tres y comenzaron a reír a carcajadas, mientras las fieras de la selva superficial se alejaban de sus presas.

La hora del almuerzo había terminado más rápido que de costumbre, pero fue el almuerzo más diferente que había tenido.

Las materias de la tarde transcurrieron igual que siempre, nada que ella no supiera, pero para quedar bien ante los ojos de cada profesor pretendía tomar notas, mientras sin sentido escribía su nombre miles de veces en una hoja. También dibujaba mariposas de alas complicadas y se tomaba todo el tiempo de pintarlas.

La mirada de Leo, aún irritante sobre ella, la hizo respirar hondo para calmarse y no levantarse a darle una bofetada, así que bajó la vista a sus dibujos y siguió entretenida con ello.

Entonces sus deseos fueron escuchados. Había estado pidiendo con todas sus energías que la tarde escolar terminara, cuando el sonido del timbre final la dejó más que satisfecha, con una sensación de poder. Como si sus deseos se cumplieran si realmente así lo quería. En su interior se llamó Matilda y sonrió como tonta.

Cuando Amelie salió apresurada del aula, golpeó a un chico con su hombro y aquello hizo que su bolso cayera al suelo, pero lo recogió al instante. Le pareció que era el muchacho que atendía la barra de comidas y debía de ganar muy bien, porque tenía un perfume delicioso que de seguro era caro e importado. Pero eso fue lo único en lo que ella reparó porque ni siquiera se detuvo a mirarlo bien. Todo

transcurrió en un segundo y él trató de disculparse, pero cuando estuvo a punto de emitir la primera palabra, ella se puso los auriculares en sus orejas y caminó al ritmo de la música.

En el momento en que estuvo casi por poner un pie en el colectivo, alguien tomó con fuerza su brazo y por alguna razón supuso que el muchacho la había seguido. Pero era Nadia y no sabía qué era lo que le venía a decir.

—Hey, pensábamos con Al... —Y señaló a Alexis en el estacionamiento, así que supuso que ese era su apodo o diminutivo—. Que tal vez querías venir a casa a hacer el trabajo de Historia con nosotros y comer algo después. ¿Qué dices? Hay que hacerlo en grupo y supongo que no tienes uno. ¿O sí? —agregó ansiosa y sonriente. Amelie recordó que se había dicho que tenía que dar oportunidades, así que iba a responder positivamente.

—Claro. ¿Por qué no? Eso sería genial —comentó sacando el celular del bolso negro que llevaba cruzado en su hombro y le mandó un mensaje de texto a su mamá—. Además, necesito ayuda con la Primera Guerra Mundial.

> «Me voy a hacer un trabajo de Historia con Nadia y Alexis. Después vamos a comer algo en su casa. Vuelvo más tarde».

—No te preocupes por la vuelta —dijo Nadia, despreocupada—. Como ves, Al tiene auto, así que nosotros te llevamos a casa. —La abrazó de manera sorpresiva, como si hiciera tiempo que quisiera hacerlo. Y ella se sintió egoísta otra vez, porque siempre les había mezquinado afecto, así que trató de apretarla un poco para que el abrazo fuera caluroso. Nadia se rio de su torpeza con el saludo seguramente.

—Gracias, pero no quiero molestar —dijo, sonriendo un poco para tratar de no decepcionarla—. Puedo volver en taxi, así que no hay problema por eso. Justamente hoy traigo dinero. La mayoría del tiempo me lo olvido en casa.

El mensaje de respuesta de su madre llegó enseguida. «BUENÍSIMO», decía con letras mayúsculas que denotaban sorpresa. Seguro estaba más que feliz porque su hija estaba empezando a tener vida social. Amelie empezó a reír por lo que estaba pensando y le mandó el siguiente mensaje:

> «Los chicos me llevan en su auto después, nos vemos, besos».

—Ay, Amelie. ¿Cuándo vas a entender que no eres una molestia para nosotros? Si nos ofrecemos a llevarte a casa o te invitamos a pasar un rato con nosotros es porque así lo sentimos —dijo ella con un tono de enojo en su voz, pero tenía toda la razón. Hacía unos minutos había entendido que nada que viniera de ella era molestia para Nadia y Alexis, porque en verdad ella les agradaba. Amelie tenía un serio problema y era pensar que no podía caerle bien a nadie.

—Está bien, discúlpame —dijo Amelie, agachando un poco la cabeza—. Entonces, iré y volveré a mi casa con ustedes. Ya se lo informé a mis padres de todos modos, así que no hay vuelta atrás.

Les enseñó el celular de forma amenazante y se largó a reír con ganas. Cuando se acercaron al auto, Alexis abrió el baúl para ella y le indicó que ese sería el lugar del auto que ocuparía. Amelie sacó la lengua en su dirección y él se rio. Nadia le dedicó una mirada cómplice y se sentó en el asiento del acompañante. Era un Fiat Uno, tan negro que brillaba, «tuneado», con llantas plateadas, su interior negro también y con un potente sistema de música. Más de lo que ella podía analizar técnicamente.

El celular sonó otra vez, era otro mensaje, pero esa vez de su padre.

«Buenísimo. Son dos amigos. Felicitaciones».

No pudo hacer más que tirarse en el respaldo del suave asiento, riendo y más relajada que nunca.

Amelie acababa de despertar en otra vida; una nueva vida con amigos que eran geniales y divertidos, en la que por primera vez se sentía parte de algo más que una habitación.

Escuchó a los chicos reír, uniéndose a ella y compartiendo su felicidad. Cerró los ojos y le pidió al cielo que le brindara siempre esos bellos despertares.

Cruces y ángeles

Llegaron a la casa de Nadia con la música del auto a todo volumen. Amelie tuvo miedo de que en algún momento le llegaran a sangrar los oídos o la nariz. Seguía pensando en sangre roja, en la caída del cuadro familiar y fue allí que bajó la mirada hasta sus manos y observó la bandita que cubría su dedo cortado y esa herida en forma de cruz.

—Amelie, es hora de bajar del auto. ¿Quieres quedarte allí toda la tarde? Podríamos hacer la tarea y comer aquí adentro, pero no es demasiado cómodo —dijo Alexis un tanto inquieto, pero siempre sonriente, mientras Nadia la observaba. A eso sí que no se podría acostumbrar, a sus miradas penetrantes ante cualquier cosa que hacía; nunca pasaría desapercibida ante sus ojos amistosos pero analizadores.

«Es hora de bajar de la nube en la que estoy viviendo también. Trata de ser normal y deja de pensar tonterías», se dijo inmediatamente; porque, si quería mantenerlos en su lista de seres queridos, era importante que viviera en el mundo real y que no pareciera una loca pensativa frente a sus ojos atónitos. Debía dejar de analizar cada situación, pero se había dado cuenta de que eso sería algo difícil de lograr.

—Ya sé que es hora de bajar, pero es que el asiento es tan cómodo, mi querido amigo —bromeó (o trató de hacerlo) y en ese segundo pensó que no podía haber dicho algo más patético que eso. ¿A quién más que a la loca solitaria se le hubiese ocurrido una respuesta tan mala? A pesar de sus juicios mentales, a Alexis le encantó que hablara bien de su auto. Todavía no conocía la técnica de volver al pasado para revertir situaciones embarazosas porque en ese momento la

hubiese usado. También pensó que, si tal vez podían reunirse más seguido, su vida no sería tan monótona. Le llevaría tiempo acostumbrarse a las bromas de Alexis y a los fuertes abrazos de Nadia, pero nada resultaría tan terrible.

—¡Hola, chicos! —los saludó una mujer efusivamente—. ¿Cómo les fue hoy en la escuela? Tú eres Amelie Roger, ¿no? Buena combinación de nombre y apellido, me gusta.

Parecía que no iba a dejar de hablar nunca. Cuando Amelie la miró con detenimiento, sorprendida porque sabía su nombre completo, se dio cuenta de que era la réplica exacta de Nadia o su amiga la réplica de aquella mujer. Debía de ser su madre. Tenían la misma altura, color de pelo y los mismos rasgos en sus rostros.

—Está bien, muchas preguntas para esta hora, lo sé. Dejaré de atormentarlos, bastante habrán sufrido hoy en el colegio —dijo luego, como disculpándose—. Soy Clara, la mamá de Nadia. ¿Cómo estás?

Le plantó un beso en la mejilla, sin temor a la reacción de la muchacha que acababa de conocer. Entonces, Amelie recordó los abrazos despreocupados de su hija y confirmó que también se comportaban de la misma manera.

Clara le cayó bien desde el principio porque parecía tan espontánea, transparente y divertida que era agradable su compañía. Supuso que la ciudad no era tan grande como había pensado y que todos debían haber estado comentando sobre su familia, los nuevos residentes y gobernantes de Puerto Azul, y por eso ella conocía su nombre; o podía ser que Nadia le hubiera hablado de ella.

—Estoy bien... Veo que usted ya me conoce, así que el gusto es mío, Clara —dijo fingiendo una risa tonta, mientras Nadia tiraba de su mano para que subieran las escaleras, como si no quisiera que su amiga se quedara a hablar con su mamá.

—Bueno, Amelie, me alegro de que mi hija tenga una amiga que por fin conozco. Desde pequeña pasa todo el día con Alexis. Ya les dije que van a terminar siendo novios —comentó Clara mientras preparaba masa sobre la mesada de la cocina, y se dejaba las manos llenas de harina. Le dio una mirada tierna a Alexis porque tal vez la idea le gustaba, pero en realidad era para que el chico no se sintiera mal después de haber dicho que su hija solo lo tenía a él como amigo.

Eso llamó la atención de Amelie, pero era verdad. Nadia nunca frecuentaba a más personas, al menos que ella supiera y no sabía demasiado de las vidas de los demás. En eso eran iguales, las dos pensaban que los varones eran más comprensivos y protectores como amigos, tenían menos problemas y no eran tan complicados como las chicas que asistían al colegio, que las matarían si usaban un vestido

parecido en una fiesta o le sonreían al chico que a ellas le gustaba.

—Deja de decir esas cosas, mamá, por favor. Y preguntas cómo nos fue en la escuela como si tuviéramos siete años —exclamó su hija un tanto sonrojada y mordiéndose el labio inferior, como si estuviera molesta—. Llámanos cuando las pizzas estén listas, ¿sí?

Su madre sonrió y siguió cocinando sin prestarle demasiada atención.

—Mi padre dice lo mismo cuando ella va a casa, pero allá no es tan valiente como para decirle que se calle y le cocine algo —bromeó Alexis, que siempre parecía estar de buen humor. Miró a Nadia y sacudió su cabeza indicando que era hora de seguir camino hacia el piso de arriba.

Atravesaron un angosto pasillo para llegar a la habitación. La casa era un tanto más chica que la de Amelie, pero estaba muy bien decorada y, al reparar en eso, se preguntó de quién sería el buen gusto, la elección de los colores en las paredes, las cerámicas de los pisos que combinaban, las delicadas cortinas y adornos.

Y en un momento todo lo que había a su alrededor se desvaneció como por arte de magia, los colores se diluyeron como un pincel recién usado que se limpia en un vaso de agua y se juntaron en otro lado para formar una imagen. Solo una cosa pudo ver y nada más que eso.

Se quedó parada en medio del corredor, mirando un gran cuadro en blanco y negro que llamó su atención por completo. En él había un hombre joven, arrodillado en la playa sobre la arena que parecía clavarse en sus rodillas y eso debía ser incómodo. Su cabeza estaba inclinada hacia arriba como si quisiera mirar al cielo, pero sus ojos estaban cerrados. La expresión en su rostro lo hacía parecer un tanto torturado, tal vez porque no podía ver el inmenso cielo. El furioso océano estaba representado en el fondo en forma de olas gigantes y por fin la muchacha entendió qué era lo que hacía al cuadro tan atrapante.

El muchacho tenía un enorme par de alas desplegadas que salían de su espalda, pues se trataba de un ángel. Se cuestionó si una imagen similar se le venía a la mente cuando repetía la plegaria por las noches, pero se dio cuenta de que no. Nunca había visto una criatura como esa, representada de esa manera tan… adulta. Siempre había visto niños regordetes de rizos dorados y ese ángel era diferente, casi humano si no fuese por sus inmensas alas. Cuando miró la base de la pintura vio la firma del pintor: «Clara Herman».

—Mamá lo hizo —declaró Nadia, y sacó a Amelie de su estupor—. Es pintora desde hace mucho tiempo, creo que desde la secundaria, y

es lo único que siempre ha hecho. Tiene un negocio en el centro, donde expone y vende sus cuadros entre otros objetos de decoración.

—No tenía idea de que tu madre pintaba… —declaró Amelie, con la vista fija en el cuadro.

—Obvio, no la conocías. No es que sea una pintora famosa. Este no es uno de los mejores que ha pintado, en mi opinión —siguió Nadia—. No sé, me parece tan sombrío. No entiendo por qué el ángel cierra los ojos cuando dirige su cabeza hacia el cielo si allí debería estar Dios. Mamá dice que se siente apenado por algo que hizo, como ese ángel que se rebeló.

La crítica de Nadia la sorprendió. Nunca había tenido un prejuicio sobre ella ni había pensado lo mismo que pensaba de todas las chicas rubias y lindas, pero en verdad sus palabras la desconcertaron y la devolvieron a la realidad. Nadia la tomó de la mano con fuerza para llevarla al cuarto donde ya estaba Alexis, sin que Amelie se repusiera de la sensación que había tenido al ver el cuadro.

Y de repente un nombre invadió su mente: Lucifer, el ángel que se había rebelado contra Dios. En el preciso momento que su cabeza iba a conjurar un rostro horrendo, la puerta se cerró con un golpe e hizo que diera un salto. Cuando se calmó pudo hablar.

—¿Estás loca, Nadia? ¿Cómo puedes decir que ese cuadro no es bueno? A mí me parece espectacular. Es simplemente… her-mo-so —dijo, aunque sin querer que se notaran las sílabas tan separadas. Fue solo para poner énfasis, pues le parecía que la creación de la madre de su amiga era maravillosa—. Es un cuadro digno de estar en museos de arte, junto al de cualquier otro pintor famoso —acotó.

Además de apreciarlo artísticamente, había otra razón por la que le gustaba tanto y era porque le recordaba el sentimiento de protección y seguridad al rezar la plegaria al ángel de la guarda.

—Apuesto a que, si le digo que te gusta mucho, lo envuelve y te lo regala —bromeó Nadia—. Es tan buena mi mamá que no le molestaría que la casa se quedara sin decoración.

—No podría aceptarlo si así fuera —dijo Amelie, tratando de parecer agradecida—. ¿Sabes cuánto puede llegar a costar un cuadro como ese? No es un objeto que se regale así de fácil.

Pero su amiga no la escuchaba. Se había quedado mirando a Alexis, quien reposaba muy cómodo sobre su cama y cantaba mientras tanto, como si su amigo no tuviese solución alguna. Lo seguro era que tenían demasiada confianza.

La habitación de Nadia no era en nada similar a la de Amelie. Las paredes estaban pintadas de color blanco y no tenían adornos, excepto por un gran espejo en una de las paredes. Parecía el cuarto de una

madura chica de universidad. Muy opuesto a su infantil espacio personal con mariposas móviles. En lo que coincidían era en el amor por los libros. Ella también tenía una buena biblioteca que abarcaba desde el suelo al techo, de dura madera marrón, repleta y alimentada por numerosos títulos. Allí habitaban clásicos mundiales como también las últimas apariciones en la literatura juvenil.

Lentamente, Amelie la recorrió con sus ojos estante por estante, observando lomos de diferentes colores y títulos en diferentes tipografías, sabiendo que en algún momento tendría que pedirle algunos prestados porque había muchos que no había leído.

—Si quieres alguno de mis libros, te lo envuelvo para regalo también —bromeó su amiga. Las dos se rieron de forma cómplice y Alexis solo resopló porque no había entendido la broma, pero tampoco se molestó en averiguarlo. Luego comenzó a sacar los libros y cuadernos de su mochila, mientras Nadia encendía la computadora, que estaba en el gran escritorio, alrededor del cual había dispuesto tres sillas para comenzar con el trabajo de investigación sobre la Primera Guerra Mundial.

—Tienen que lucirse con este proyecto —había dicho el profesor de Historia. Al menos harían lo posible por lograrlo con la preciada ayuda de Internet, ya que, a pesar de contaba tantos libros, Nadia no tenía ni uno de Historia más que el que Alexis había tomado de la biblioteca del colegio y ese no parecía brindar mucha información.

Los minutos pasaron entre música, charla sobre películas, libros, discos y… autos porque tuvieron que dejar que Alexis hablara sobre algo también. Charlaron sobre todos los temas existentes en su realidad mientras el cielo se iba tiñendo de negro, menos de las temibles armas usadas por los países en la horrible guerra. No leyeron una sola palabra que tuviera que ver con historia mundial.

En un momento, Amelie tuvo que controlar con la mente a su estómago para que no la avergonzara ante los demás. Mucho tiempo había pasado desde el almuerzo en el comedor escolar y lo que había comido en el último recreo de las tres de la tarde. La manzana ya no la satisfacía más, su poder había terminado y tenía hambre.

—¡Chicos! ¡Las pizzas están listas, ya pueden dejar la tarea y bajar a comer! —La estridente y oportuna voz de Clara Herman, que los llamaba a cenar, sonó. Amelie miró rápido un reloj negro que estaba sobre la mesa de luz. Notó que eran las ocho y treinta de la noche, lo que significaba que había pasado más de tres horas y media fuera de casa, teniendo por fin vida social. Por un momento deseó que la noche no se terminara. Alexis corrió como un rayo y desapareció al instante ante el llamado.

—Si me disculpan, señoritas, estoy muerto de hambre —les había dicho al pasar. Pero Amelie, en vez de apresurarse, se interpuso entre la puerta y Nadia.

No sabía si con el poco tiempo de considerarse amigas ya tenía el derecho de preguntar algo íntimo, pero se animó y lo hizo. Más que un golpe de ella no recibiría y estaba dispuesta a arriesgarse.

Después de todo, hacía casi un año que se conocían y no importaba que no hubiesen sido tan íntimas antes.

—Nadia, disculpa que te pregunte esto, pero no he podido evitar pensar en ello al ver la relación que tienes con el chico que acaba de salir corriendo desesperado a comer… —introdujo y se aclaró la garganta, mientras miraba al pasillo para asegurarse, por si acaso él estuviera detrás de ella—. ¿Alexis y tú son novios?

Nadia se la quedó viendo con un aire de sospecha en la cara.

—¿A ti qué te parece? —le respondió seriamente—. En serio, ¿por qué lo preguntas? Si lo quieres para ti, puedo apartarme del camino.

El mundo pareció venirse abajo con un leve suspiro. Había arruinado el mejor momento de su vida con una estúpida pregunta. Entendió que no había tenido derecho a preguntarle eso, seguro se creyó que ella tenía alguna clase de interés en Alexis, pero estaba muy equivocada si pensaba eso.

—¡No! Para nada —se adelantó Amelie, tratando de decirlo en un tono seguro, pero también parecía nerviosa, así que no lo logró—. No me malentiendas, por favor. Disculpa, yo…

Los colores se expandieron por su cara a toda velocidad. La expresión de Nadia se suavizó otra vez y comenzó a reír con ganas.

—¡Es broma, nena! Mira cómo te pusiste. —La atrajo hacia sí, sin parar de reír—. Lo siento, soy una chica muy mala, no quise molestarte así.

Amelie la miró sin comprender cuando la hubo soltado del abrazo.

—La verdad es que hay algo más, mucho más que amistad entre nosotros, pero no queremos hacer declaraciones formales. Nos encanta la situación que estamos viviendo, sin rótulos ni etiquetas. —Volvió a abrazarla para que se le fuera la cara de espanto, aunque Amelie seguía sin poder emitir sonido—. Además, ¿piensas que te lo regalaría tan fácilmente? Creo que lo amo más que a nada en este mundo.

La miró a los ojos y supo que no mentía. Se recuperó de pronto, y soltó una disculpa atropellada desde su boca.

—En verdad me gusta la pareja que hacen. Hoy declaro formal y oficialmente que siempre, aun cuando no éramos amigos, pensé en él como el hermano varón que no tengo —dijo bromeando, usando algunas de las palabras que su amiga había utilizado unos segundos

atrás.

—Lo sé, Amy. Además, yo sé que te gusta Leo, no haces más que mirarlo en el aula. Deseas que ese angosto pasillo no existiera y que sus manos estuviesen juntas para siempre —comentó ella burlándose, con la voz de una actriz sacada de una película de los cincuenta. Un segundo… ¿Cómo la había llamado? Amy, eso había dicho, con su innata habilidad de dar apodos a las personas.

—Estás loca, el que me mira como obsesivo y aprovecha cada movimiento cercano para tocarme es él —alegó Amelie, medio en serio, medio en broma—. Debería denunciarlo o ponerle una orden de restricción. Ah, por cierto, ¿Amy será mi apodo?

—Así te voy a llamar todos los días de tu vida —prometió Nadia caminando detrás, apoyando sus manos en los hombros de Amelie, como si la manejara.

Cuando llegaron a la mitad del pasillo, hasta el cuadro que Clara había pintado, Amelie se quedó paralizada otra vez, porque bajo la suave luz pudo ver cosas que antes no había visto. Observó el perfecto rostro, que era triste, y el hermoso cuerpo que el ángel tenía. Las olas hechas de espuma blanca detrás de él parecían querer atraparlo, como si estuviese condenado. Pero no solamente fue eso lo que hizo que ella se detuviera otra vez frente a la pintura, sino ese constante ardor en su hombro derecho que a menudo se hacía presente como una marca de fuego.

—Hablando en serio, ¿tienes a alguien en vista? ¿Algún chico en la escuela que te guste? —La pregunta de Nadia la trajo a la realidad al instante. Sí, en ese preciso momento tenía un hermoso ángel en sus ojos, «en vista» como ella había dicho. Sabía que era una locura, así que reprimió la idea que había invadido su cabeza.

—No, para nada, solo los tengo a ustedes —respondió de la manera más natural y continuó su camino. Escuchó a Nadia agradecerle y sonrió, tratando de borrar la idea que había tenido minutos atrás, porque sintió que haber mirado el cuerpo de un ángel de esa manera no estaba del todo bien.

Antes de que pudieran verlas bajar, se escuchó la voz grave de un hombre que dijo:

—Chicas, apúrense porque Al se va a comer todo.

Era el padre de Nadia.

Amelie no permitiría que Alexis se acabara las pizzas, pues estaba muerta de hambre.

—Hola, papá —saludó Nadia y en seguida la presentó—. Ella es Amy. En realidad, se llama Amelie, pero yo le puse ese sobrenombre porque me gusta mucho y parece que tuviera una amiga extranjera.

La cálida risa de Nadia le sacó sonrisas al resto. Se sentó luego en una alta banqueta cerca de la mesada que estaba en el medio de la cocina.

—Hola, es un gusto conocerte. Eres hija de Darío Roger, ¿no es así? ¿El nuevo intendente de Puerto Azul? —formuló sin preámbulos, mientras ella observaba que ahora el cuadro estaba completo.

Los tres eran igual de lindos. Héctor, como luego supo que se llamaba, Clara y Nadia, quien tenía un Ken por novio. La familia Barbie estaba completa, solo faltaba el auto último modelo y rosado en la entrada.

—Sí, has acertado. Soy la hija del nuevo intendente —dijo bajando sus ojos al suelo. Ella amaba a su padre, pero no le gustaba que la identificaran por su profesión o que le dieran privilegios por ella.

Además, la suya era una carrera no muy bien vista por muchas personas, por eso quería tener la menor relación posible con la política. La experiencia que tenía ya había sido bastante mala y casi la había transformado en una persona cerrada y solitaria, poco dispuesta a entablar una relación cercana con la gente que la rodeaba.

—Se ve que tu papá es muy buena persona y hace muy bien su trabajo. La gente habla muy bien de su mandato en Santa María —declaró Héctor, de pronto—. Seguro lo van a extrañar, pero por suerte nosotros lo tenemos en nuestra ciudad.

Tocó el hombro de Amelie de manera amable mientras dejaba un plato en la pileta de la cocina. Él y su mujer ya habían cenado, seguro por estrictas medidas establecidas por Nadia para que no los molestaran, para que los adultos no se mezclaran con los jóvenes. Nadia casi nunca presentaba una amiga y no quería que sus padres la atormentaran con más preguntas.

—Sí, de eso estoy segura —dijo ella, convencida de que esos que lo extrañarían eran unos pocos, y se sentó junto a Alexis pensando en la antigua ciudad en la que habían vivido.

Santa María era el triple de grande que Puerto Azul, pero no sabía si era debido a la felicidad que sentía en ese momento por pertenecer a algo, que la nueva ciudad le pareció más bella. En Santa María vivía su abuela Lucía, quién se había quedado con sus cosas antiguas, sus recuerdos y sus perros. Tenía una vida de la que no quería desprenderse, amigos, lugares conocidos de los que no quería alejarse. Pertenecía a esa ciudad realmente.

«Creo que le debemos una visita a mi pobre abuela». Pensó en cómo su propia sangre había manchado el rostro de Lucía en el retrato familiar. Aquello la inquietó un poco; no sería nada raro que, por ser madre de un político, le hicieran algo. Pero no había caso, ella no

quería irse. La gente a esa edad podía volverse bastante cabeza dura.

—Decíamos con Clara antes de que bajaran… —comentó Alexis terminando de comer el hilo de queso que se había estirado desde la porción de pizza hasta su boca— que te pareces a Rose. Bueno, no me di cuenta hasta que ella lo mencionó. —Amelie se quedó mirándolos, tragó de forma apresurada el trozo de pizza y trató de digerirlo con un sorbo de agua fría. La habían dejado perdida. No sabía a lo que se referían y tenía que responder algo que no sonara del todo tonto. Hasta que por fin comprendió de qué hablaban. Incluso ella había estado pensando en eso por la mañana.

—Como Rose de *Titanic* —comentó Clara con su brazo sobre los hombros de Héctor—. Dice Nadia que te gusta mucho esa película. A mí me encanta esa historia de amor, es todo un clásico.

—Sí, Rose Dawson, Kate Winslet... pelirroja de piel blanca. Somos parecidas, ahora que lo mencionas —fueron las palabras que logró hacer salir de su boca, mientras todos sonreían ante su desconcierto.

—Es hermoso cómo te atas el pelo con esa cinta y lo dejas caer sobre tu hombro izquierdo. Te ves hermosa, como ella —dijo Clara mirando a su marido, mientras este asentía con la cabeza—. No, más linda aún. Te da presencia y elegancia. Podría usarte como modelo en uno de mis cuadros.

Amelie se sonrojó como siempre hacía cuando se convertía en el centro de atención y entonces recordó por qué no le gustaba serlo.

—Por cierto, mamá, le conté a Amy que eras pintora porque se quedó como hipnotizada mirando el cuadro horrendo ese que está en el pasillo. La pintura del ángel —explicó Nadia, que otra vez la dejó sin poder hablar, aunque la vergüenza había pasado un poco—. «Es her-mo-so, digno de estar en un museo de arte». Esa fue su declaración oficial y formal.

La broma de Nadia hizo que su amiga se sonrojara una vez más, pero, de todos modos, Amelie logró propinarle un codazo en su lado derecho.

—No lo puedo creer, esta nena tendría que ser mi hija. Ella sí sabe apreciar una buena obra —dijo Clara, feliz por las palabras de su hija —. ¡No se hable más! Héctor, ayúdame a envolverlo para que se lo lleve.

—No es necesario que…

—No es ninguna molestia, Amy. —Fue interrumpida por Clara, mientras Nadia y Alexis se reían de ella—. Además, si a Nadia le parece horrible, mejor que lo tenga alguien a quien realmente le gusta.

A su amiga se le quitó la risa mientras su madre la miraba con ojos

burlones y se dirigía al piso de arriba. Amelie no sabía si era verdad todo lo que Clara decía, pero sabía que se iría con un hermoso regalo. Hasta había pensado, por escasos segundos, en ponerlo en el espacio vacío sobre la cabecera de su cama, lugar que nunca había sido ocupado, ya que jamás había encontrado un cuadro que le gustara. Bueno, la búsqueda acababa de terminar solo con conocer a una persona.

—Te dije que te lo iba a regalar, ¿no? Nunca la vi tan feliz y yo creo que le has caído muy bien, si no, no estaría haciendo esto —comentó Nadia comiendo otra porción de pizza y eso animó a Amelie a servirse también. Alexis jugaba con el control remoto, haciendo un gran *zapping* de canales porque todo le parecía aburrido.

Amelie no podía creer que había hecho feliz a alguien más según las palabras de su amiga, aunque lo pudo comprobar en la alegre sonrisa que le iluminaba el rostro a su madre. Era un día de logros para ella, más de lo que se había esperado cuando se levantó enojada por el sueño interrumpido.

—En verdad la pasé genial esta noche —dijo Amelie mientras juntaba sus cosas—. Gracias otra vez y perdón por no haberles prestado tanta atención durante el año... Y ahora falta tan poco para que las clases terminen. Hubiese sido divertido pasar más tiempo con ustedes.

En verdad estaba arrepentida por todo el tiempo perdido y que ya quería recuperar.

—No creas que cuando las clases se terminen dejaremos de vernos —comentó Alexis apretándole la cabeza con su gran mano—. Este es el mejor momento para ser amigos, justo cuando van a empezar las vacaciones. Nos divertiremos a lo grande, hermana.

Se dio cuenta en el instante de que Nadia le había hablado de su charla en algún momento cuando se quedaron solos. Deseó que no le hubiera dicho más que eso, nada sobre el interrogatorio acerca de su noviazgo. Ella le guiñó un ojo y Amelie supuso que no lo había hecho. Eso la dejó más tranquila, aunque sabía que ya nada podía molestarles a los chicos.

Cuando estaban dentro del auto a punto de partir, Clara salió por la puerta principal corriendo con el gran cuadro que se había olvidado en el sofá del *living* y todos temieron que se cayera de sus manos delicadas. Cuando se lo dio a Amelie, pudo comprobar que estaba envuelto en un fino y suave papel rosado e hizo lo posible para colocarlo a su lado en el asiento sin estropearlo.

—Esperamos verte pronto, eres muy buena y me alegra que seas amiga de Nadia. Buenas noches —saludó Clara besando su frente y

ella se quedó congelada. No esperaba tanto amor de una familia a la que recién conocía.

—Conduce con cuidado, Al. Ten en cuenta que llevas a la hija del intendente y no queremos meternos en problemas —bromeó Héctor y por primera vez no le importó que mencionara el trabajo de su papá. Le pareció que las bromas quedaban bien viniendo de él, así que no pudo reprochárselo.

Amelie los miró a todos sinceramente emocionada, porque era lo que sentía y lo que estaba atravesando todo su cuerpo esa noche.

—Pasé la mejor noche de mi vida fuera de casa —declaró, ante sus miradas agradecidas—. Gracias por hacerme sentir parte de su familia. Nos vemos pronto.

—Siempre serás bienvenida aquí —dijo Clara—. Vuelve cuando quieras.

Luego los dos se marcharon hacia el interior de la casa tomados de la mano.

—Bueno, después de tantos «hasta luego», creo que es hora de irse —dijo Alexis; encendiendo el motor, presionó el acelerador varias veces para hacerlo rugir—. Mañana tenemos que estar temprano en la escuela y no es que me guste la idea, pero, si tenemos más horas para dormir, mejor.

Arrancaron rápidamente y enfilaron el auto hacia casa de Amelie.

—Ah, por cierto, no tendrás que soportar más a Leo en el colectivo —siguió diciendo mientras su amiga se reía y lo besaba en la mejilla —. De ahora en adelante te buscaremos con Nadia por tu casa, así que más te vale estar lista temprano.

—Trato hecho —dijo Amelie, contenta por lo que evitaría en el transporte escolar. No le preocupaba Martina, porque ella ya tenía sus amigos y se sentiría igual de protegida, así que aceptó la propuesta sin remordimientos.

Durante el trayecto no hicieron más que hablar de cosas que sucedían en la escuela. Alexis imitó a varios profesores y compañeros, y demostró que era realmente bueno en ello. Amelie se rio como nunca antes lo había hecho, en grupo esa vez.

El auto se detuvo frente a su gran casa. Enseguida pudo distinguir las figuras de sus padres y hermana, sus sombras tras las cortinas del *living*, expectantes. Bajó aferrándose a su cuadro con cuidado y se acercó a la ventana del lado de Nadia.

—Declaro oficial y formalmente que somos a-mi-gos —dijo con énfasis, separando la palabra en sílabas de esa manera tan graciosa.

Los dos se rieron y Nadia le dio un beso en la mejilla. Se la quedó mirando con los ojos llenos de algo que Amelie no podía explicar. Lo

que su amiga quiso decirle con ese gesto era «Por fin te animaste a hablar con nosotros, a vivir en la realidad y ser nuestra amiga».

—Nos vemos mañana en este mismo lugar, her-ma-na —dijo Alexis imitando su voz y el auto se marchó de repente, y llenó de ruido la noche oscura y silenciosa.

Amelie caminó con una felicidad enorme que le invadía el corazón, por el pequeño sendero con flores a ambos lados y, cuando estaba a unos metros de la puerta principal, un enorme y negro perro doberman se interpuso en su camino; parecía furioso. Al principio sus gruñidos la alertaron y se llenó de terror, porque los perros grandes la paralizaban. Cuando comenzó a ladrar, el pánico le recorrió el cuerpo y retrocedió poniendo el cuadro como escudo a medida que el perro caminaba hacia ella. Odiaba la idea de que aquel animal se lo arruinara. Y cuando pensó que este iba a saltar y derribarla, una mano tomó a la bestia con firmeza de su collar de plata. Al instante lo retiró de la puerta de su casa.

—¡Eso no hace hace, Max! —Era la voz de su vecino, que trató en vano de explicarse—. Discúlpalo, querida, no era a ti a quien estaba ladrando. No te iba a hacer daño. Seguro te desconoció y...

—Gracias por quitar al monstruo de mi camino, pero no hace falta que pierda el tiempo tratando de explicarme —lo interrumpió Amelie —. Por favor, controle lo que hace su mascota o algún día podría morder a un niño del barrio y se metería en problemas.

Ingresó a la casa tratando de recuperar el aliento y esperando que el susto se le pasara. Apenas abrió la puerta, su madre, padre y Martina gritaron:

—Felicitaciones, ya tienes amigos.

Y Amelie no pudo hacer más que resignarse y escuchar sus bromas.

Los tres se quedaron sorprendidos con el regalo que Clara le había hecho. Su mamá pensó en visitar su negocio para comprar algunos y decorar la casa.

—Así que ahora eres amiga de la hija de Héctor Herman, mi amigo y secretario en la municipalidad —dijo su padre, y la sorprendió. Un pequeño chillido salió de la garganta de Amelie porque no se lo esperaba—. El mundo es un pañuelo como dicen.

Héctor no había dicho nada, pero luego entendió la razón por la que hablaba así de su papá: eran amigos también. Nadia tampoco había dicho nada y en ese momento sintió que tenían muchas cosas en común. De seguro tampoco quería que los demás se acercaran a ella porque alguien en su familia era importante. Definitivamente, era alguien con principios, incluso tan linda como era, con muchas neuronas, un padre político y con dinero, podía ser la Queen B

americana o la reina de las populares argentinas.

Después de tanta charla, donde le contaron, casi como una anécdota, que el perro del vecino no había parado de ladrar en todo el día, subió las escaleras hacia su habitación. Se dio cuenta de que su mamá ya había comprado un nuevo portarretratos y trató de pasar lejos de la mesita para no estropearlo como había hecho con el anterior.

Colocó el cuadro sobre la cabecera de la cama porque ya existía un pequeño clavo allí, tal cual y como había pensado en casa de Nadia. Lo miró por varios minutos con ojo crítico, recorriéndolo con sus manos para poder sentir la textura del óleo bajo las yemas de sus dedos o la piel del muchacho alado.

Cuando estuvo lista, se cubrió la cabeza con la sábana y pensó que desde ese momento la palabra «amigos», que tanto había estado repitiendo en voz alta y en silencio en su mente, tenía sentido de verdad.

Nadia y Alexis eran sus amigos, los que le brindaron apoyo desde el primer día en que la vieron. Los que reían con ella y se reían de sus torpezas. Los que con toda humildad le habían ofrecido a su familia de manera desinteresada. En ese instante, entendió el real y hermoso significado de la palabra.

Despacio fue cerrando los ojos y repitió la plegaria como si fuese un mantra. A pesar de estar feliz, necesitaba seguridad, porque su mente pronto se veía invadida por imágenes de sangre, cruces, perros rabiosos y ángeles caídos.

Un tal bastian

La nueva mañana sorprendió a Amelie con su claridad cuando aún estaba en la cama. Las mariposas móviles que colgaban cerca de la ventana producían una bella melodía metálica al ser agitadas por la brisa fresca que ingresaba del exterior. Ese simple hecho hizo que quisiera quedarse en la cama y no salir jamás. Pero una pregunta apareció en su mente antes de que pudiera pensar en otra cosa.

«¿La ventana está abierta?», se preguntó desconcertada. No recordaba haberla abierto antes de irse a dormir. Y como siempre que necesitaba resolver un misterio, recordó cada uno de los pasos que había dado antes de cubrirse la cara con la sábana y no tenía registro de haber abierto la ventana. Tal vez había quedado sin traba, entonces el viento la había empujado por la noche. O también estaba la posibilidad de que, en sueños –porque Martina le había dicho que era sonámbula y la había visto deambular por la casa ese último tiempo–, se hubiera levantado a dejar ingresar aire fresco en la habitación, cada vez más calurosa que de costumbre. Era octubre, la primavera ya había comenzado, con sus flores que estallaban en colores por todos lados, y los días se habían tornado calurosos en Puerto Azul, como nunca antes. Al menos eso decían los habitantes del lugar, pero como era su primer verano allí, no tenía cómo probarlo.

Siguió dando vueltas en la cama un rato más. Las sábanas le producían agradables escalofríos al rozar su piel y de pronto se dio cuenta de que tenía una gran sonrisa dibujada en sus labios. Aún estaba feliz por lo que le había ocurrido el día anterior.

En un momento trató de recordar su sueño y comprobó que era el mismo que tenía todas las noches. Cuando sus ojos se abrieron, lo

primero que vio fue el cuadro que Clara le había regalado. Aunque no creyera en la presencia física de un ángel en su habitación, cada vez que repitiera la plegaria, imaginaría el rostro del muchacho en la pintura.

De repente, recordó que sus amigos pasarían a buscarla para llevarla al colegio. Miró el reloj: las siete y cinco de la mañana. Comenzaban las clases a las ocho, así que tenía tiempo de sobra para prepararse y desayunar algo. Además, a Alexis no le gustaba andar despacio en su auto porque le parecía que era una pérdida de tiempo y, teniendo en cuenta ese detalle, nunca llegarían tarde.

Volvió a esconderse bajo las sábanas, pero esa vez no fue para refugiarse de los rayos del sol que inundaban el cuarto, sino para tenderle una trampa a su pequeña hermana. Amelie se quedó allí, inmóvil, pretendiendo estar dormida y mirando hacia la puerta con ojos expectantes. Algo se podía apreciar a través de la sábana. Unos minutos después pudo ver su figura que ingresaba, lista para comenzar con el ataque de cosquillas. Ella se acercó lentamente, con sus dos pequeñas pero mortales manos estiradas. Cuando estuvo a punto de tocar a Amelie, esta saltó dando un grito. La niña salió corriendo de prisa, protestando en voz alta, y desapareció de la habitación en un segundo. Tomó velocidad para seguirla escaleras abajo, donde la encontró y comenzó su ritual de risas. Sin embargo, Amelie se dio cuenta de que algo no iba bien ese día. Martina estaba furiosa y se aguantó las carcajadas que quería dejar salir de su boca.

—Lo lamento, Marti, no volveré a asustarte de esa manera nunca más, te lo prometo —dijo Amelie viéndola con ojos tiernos, pero no hubo caso. Martina parecía muy enojada. Se levantó del sofá y la miró con unos ojos tan dolidos y llenos de rabia a la vez que no parecía ella.

—Nunca más —dijo, en un tono de voz profundo, para nada infantil. Eso hizo que el corazón de Amelie se le detuviera en el pecho y se sorprendiera. Ella nunca le había hablado así, de manera tan cortante. No era la primera vez que se hacían esa clase de bromas, pero ese día la pequeña no lo había soportado. Martina se dirigió a desayunar y Amelie sacudió su cabeza, todavía reprochándose lo que había hecho, mientras subía a su habitación a cambiarse.

En cuanto terminó de vestirse, decidió peinarse en la forma que siempre hacía, usando la cinta de color azul. Si a otras personas les había gustado la forma en que arreglaba su cabello, sintió que no debería alejarse de lo seguro y hacerse cualquier otra cosa ridícula en el pelo. Amelie se miró en el espejo, esa vez más confiada que nunca, y notó que la imagen que el reflejo le devolvía no era para nada

desagradable. Tampoco podía compararse con la belleza que su amiga tenía, pero por un momento se sintió segura de sí misma y, por más que no lo dijera en voz alta, estaba pensando que era linda.

Volvió a bajar las escaleras para sentarse a desayunar en la cocina junto a los demás. Su padre ya no estaba porque tenía una reunión y mucho trabajo en la municipalidad, entonces se había marchado más temprano que de costumbre. El diario que leía todos los días estaba doblado sobre la silla que siempre ocupaba.

Las tres mujeres de la casa desayunaron solas esa mañana. Aún eran las siete y media, así que había tiempo para una conversación sobre la noche anterior. Trató de hablar con su madre porque su hermana tenía la vista fija en su taza de leche y no emitía palabra. Amelie no se reconoció en ese momento, al intentar decir cosas sobre su vida. Pero algo debía estar cambiando porque situaciones le pasaban y tenía la necesidad de hablar con alguien. Por fin tenía algo que contar.

—¿Cómo te fue con la vida social ayer, cariño? —preguntó su madre mirando a su hija menor y haciéndole una mueca porque sabía que algo no estaba bien. Aun así, Martina siguió con la mirada perdida y en silencio, en otro mundo. Nunca antes se había comportado de esa manera.

—Intentaré ponerlo en palabras —comenzó diciendo. Tomó un sorbo de té, con la vista todavía puesta en Martina, que ahora se limpiaba la boca con una servilleta de tela—. Fue muy raro porque pasaron muchas cosas juntas todo el día, pero me sentí muy bien en la casa de Nadia. Era como estar en casa, para ser honesta, y eso es lo extraño. Llegó un momento en el que no me preocupó que me vieran comer, ni las tonterías que pude haber dicho. Me aceptaron tal cual soy.

—Amelie, me alegro por ti, hija, de corazón, pero no sé por qué piensas que eres rara. ¿Cómo no te van a aceptar? —preguntó su madre, untando una tostada con mermelada de frutilla para luego dársela—. Eres igual que los demás y te haces querer fácilmente.

Amelie se quedó sin palabras, porque lo que su mamá había dicho era bueno. Era obvio que las madres siempre amaban a sus hijos y para ellas eran los mejores, pero fue tan sincera y amorosa cuando lo dijo que la hizo sentir bien.

—Además, se nota que les caíste más que bien. Clara te regaló un cuadro y eso es bastante para alguien que apenas te conoce, ¿no te parece? —acotó, mordiendo una tostada. Amelie pensó en el bello rostro de Clara, en esos ojos llenos de bondad y supo que era igual de buena que su propia madre. Ambas tenían una mirada tierna y una

manera de hacer gestos cariñosos y sutiles muy similares.

—Sí, eso me dejó sorprendida. Y no sentí que lo hicieran para quedar bien con la hija del intendente, ni nada de eso. El ambiente ayer fue muy genuino, como si siempre nos hubiésemos reunido a comer —comentó Amelie recordando la cantidad de besos y abrazos que había recibido.

—¿Cómo se llama el chico que estaba con ustedes? El que manejaba el auto —preguntó Martina sonriente, parada al lado de la silla y poniéndose el guardapolvo blanco. La tostada se cayó de la mano de Amelie en respuesta al cambio de ánimo de su hermana, como si de un segundo al otro hubiera salido del trance en el que estaba.

—Ah... él se llama Alexis, pero le decimos Al. Es el hijo del dueño del taller que queda en la entrada de Puerto Azul, si no me equivoco. Es muy buena persona también —dijo llevando su taza a la pileta de la mesada—. ¿Saben algo? Ahora somos hermanos. Él dice que va a cuidar que ningún chico con malas intenciones se me acerque.

Rio divertida ante esa situación, pero su mamá no comprendió lo divertido del asunto.

—¿Por qué haría eso? Suena raro, ¿sabes? —interrogó ella, con algo más escondido en el tono de su voz. Amelie reformuló su pregunta en la cabeza, transformándola en la siguiente oración afirmativa: «Si quiere protegerte y que nadie más se te acerque, es porque está celoso». Eso era del todo disparatado. Además, ella tampoco estaba interesada en nadie. Ningún chico le llamaba la atención más que el misterioso ser que habitaba en sus sueños y que no se dejaba ver. Enseguida vino a ella ese malestar, así que alejó la idea otra vez como había hecho el día anterior.

—Aclaremos las cosas. Primero: no me gusta él, ni nadie. Segundo: me parece… —Aunque lo sabía, pero por respeto a su amiga no podía decirlo con todas las letras—. Creo que entre él y Nadia hay algo más que amistad. Y, por último, pero no menos importante, ayer nos declaramos oficial y formalmente hermanos.

—Ay, amor, esa manía que tienes de analizar cada frase —comentó su madre, acariciándole el hombro—. Pero, dejando de lado cualquier cosa que hayas pensado con esa loca cabecita, me alegra saber que forman parte de tu vida y, más importante aún, que tú les permitiste entrar. Y cuando te pregunté lo anterior fue porque pensé que alguien te estaba acosando en la escuela y por eso tu amigo quiso protegerte.

La respuesta de su madre fue muy buena. No había analizado la oración de esa manera. El rostro de Leo se le vino a la mente, pero no podía decir que él la estaba acosando, así que desistió de seguir

hablando sobre el tema.

—¡Tocan bocina y no es el colectivo! Es el mismo auto que trajo a Amelie anoche —gritó Martina desde la ventana del *living*. Lo había olvidado, tenía que contarle a su mamá que ellos serían su nuevo transporte. Le daba lástima dejar que Martina viajara sola, más que nunca después del feo momento que pasaron al despertarse, pero ella se acostumbraría. Además, ella no solía prestarle atención en el colectivo cuando iba con sus amiguitas.

—¡Dios! Olvidé contarles que ellos me pasarán a buscar para ir al colegio de ahora en adelante. Nuestra casa les queda de camino, así que no es molestia para ellos. Al menos eso me dijeron —le comentó a su madre en un tono que no era de petición de permiso, sino de afirmación.

—No hay problema porque Martina tiene a sus amigas y creo que ya no te necesita. En eso te ganó —comentó ella, sonriente.

Las tres salieron de la casa. El día estaba precioso, el aire era fresco y estaba perfumado por las flores de los jardines arreglados, y los rayos de sol cada vez se hacían más tibios. Todo parecía resplandecer ese día y se podía respirar una sensación de posibilidad y cosas nuevas en la brisa.

Amelie se subió al auto mientras su madre y hermana miraban desde la puerta, las dos ocupando el marco de madera blanca, con bastante curiosidad.

—Hola, señora Roger. ¿Cómo está hoy? Nos llevamos a su hija —saludó Nadia en voz alta mientras acomodaba su cabellera rubia con la mano.

—Muy bien —respondió, para luego alzar el tono de su voz—. La dejo en sus manos, pero díganle a su amigo que maneje con cuidado, la ruta es peligrosa.

Olivia olvidaba que él era hijo de un mecánico. Eso no quería decir nada, tal vez, pero parecía que Alexis era uno de los chicos más responsables y que mejor conducía en Puerto Azul. Desde que tenía un año de vida andaba sobre ruedas con su padre, que era un gran aficionado a los autos y los motores. Aunque le gustaba la velocidad y tal vez a eso se refería la madre de Amelie con aquella amable advertencia.

—Todo está bajo control, señora, quédese tranquila, tengo muy buenos reflejos. Prometo que no correré una carrera de fórmula uno esta mañana —respondió Alexis, mirándola a través de la ventana—. Tal vez a la vuelta —agregó entre risas. De pronto se dirigió a Martina —. Pequeña, ¿no quieres que te llevemos a la escuela?

Aquello sorprendió a Amelie. En su opinión y por más que amaba a

Martina, era suicidio social que su hermana hablara frente a sus amigos. Quién sabía qué cantidad de cosas podría llegar a decir para avergonzarla y tal vez decidía cobrarse revancha por el susto que le había dado más temprano.

—No, muchas gracias, pero prefiero ir con mis amigas. Nos vemos... hermano —dijo ella y por un segundo la esquina del lado izquierdo de su labio se torció hacia arriba en una media sonrisa. Amelie no pudo evitar que se le pusiera la piel de gallina al ver eso, mientras la niña corría hacia el colectivo, que se había estacionado detrás del auto de un momento a otro. Así que al final le hizo pagar por lo que le había hecho, porque había escuchado bien, le había dicho hermano a Alexis.

—Lo lamento. Voy a tener que dejar de hablar delante de ella —se disculpó, entendiendo que tendría que cerrar la boca cuando su hermana estuviese rondando, porque no hacía más que repetir todo lo que escuchaba y eso podría causar problemas. ¿Y si se hubiera animado a preguntar si Alexis y Nadia eran novios?

—No te preocupes por eso, me cayó bien la mocosa —dijo, con una sonrisa en los labios—. Así que ahora tengo dos hermanas. ¿Quién lo hubiera pensado?

La perspectiva de tener más hermanos se entendía porque, después de todo, Alexis era hijo único.

—Solo una cosa, Amy... —dijo Nadia con sus ojos entrecerrados—. Deja de pedir perdón por tonterías, por favor, o te golpearé cada vez que lo hagas.

—Entendido —dijo Amelie, levantando las manos para mostrar que se rendía—. No sabía que tenía una amiga boxeadora.

El auto se alejó por la calle agrietada, mientras que por las ventanas abiertas el viento, producto de la velocidad que incrementaba con cada segundo, golpeaba la cara de Amelie y hacía que su pelo flotara en el aire incluso aunque estaba atado y caía pesado sobre su hombro. Era una linda mezcla de felicidad y de sentirse viva lo que atravesaba su corazón en ese momento.

El sol se hacía más fuerte a medida que pasaban los minutos y sus rayos tocaban las superficies y rebotaban en ellas. El cielo se tornaba paulatinamente de un azul intenso. No había ninguna nube que lo salpicara de blanco y se moviera a través de él. Bajo ese manto azul, cada una de las personas de la ciudad comenzaba su rutina. Los negocios abrían sus puertas y los niños caminaban hablando fuerte, algunos cantando y vestidos con guardapolvos blancos. Los pájaros planeaban en lo alto, como mirando con cierta tristeza a los que no podían volar. Amelie se preguntó si el ángel del cuadro podría volar

tan alto y supuso que sí, que sus inmensas alas tendrían la fuerza para hacerlo elevarse entre espirales y atravesar las nubes de algodón.

A medida que avanzaban, los rastros de civilización comenzaban a perderse. El colegio quedaba alejado de la ciudad porque era tan grande que no habían encontrado un lugar en el centro para edificarlo. Por eso estaba retirado, cerca de un frondoso bosque que era sumamente bello en primavera porque cada rama se cubría de hojas verdes que lo llenaban de vida y las flores se abrían explotando como fuegos artificiales en las noches de fiesta.

Gracias a Dios, las populares y los deportistas eran tan superficiales que no habían ejercido su poder para sacar a las demás personas de los ventanales del comedor, porque ni siquiera les interesaba el paisaje. Almorzar allí, pudiendo apreciar los pinos verdes y las aves que los sobrevolaban, era lo más mágico que se podía ver en la ciudad. A lo lejos también se apreciaba un cerro que no era tan alto, pero estaba muy apartado de ellos, tanto que parecía solitario y misterioso. Amelie pensó que debería ser un lugar interesante para conocer, que tal vez podría ir con Nadia y Alexis algún día y tomar unas fotografías.

El Highland era un colegio privado y bastante caro, por cierto. Amelie acudía allí no porque le gustara, sino por decisión de sus padres. Estaba en desacuerdo con la idea de ir a un lugar tan caro, habiendo colegios públicos en el centro que no tenían doble turno. Pero en ese momento no le importó, ya que estaba feliz de ir al lugar en el que había conocido a sus dos mejores amigos.

La mañana pasó lenta, monótona y sin ninguna situación fuera de lo común. Sin duda, escuchar a Leo cuando quiso pronunciar la palabra «*father*» con el acento británico que la profesora de Inglés tenía había sido lo más gracioso de la clase. Todos estallaron en una carcajada, pero a él ni siquiera le importó.

—¡Qué mal! Pobre... me da tanta pena a veces —exclamó Nadia, dándose vuelta para mirarla y golpeando a Alexis por la espalda para que dejara de reírse. No lo había dicho con intenciones de ofender o porque ellos pronunciaran mejor, sino por el hecho de que seguía intentando en voz alta, a pesar de que la profesora ya había cambiado de tema.

Cuando sonó el timbre de las doce, todos los alumnos se levantaron apresurados, sabiendo que era hora de visitar el comedor, lo que causó un estruendo de sillas y escritorios que se arrastraban por el suelo.

Una vez cada tanto se escuchaba el rugido de algún estómago vacío y Amelie dio gracias de que no era el suyo, pues ciertamente no

tenía demasiada hambre ese día.

En esos pocos días, Amelie había comenzado a ver las cosas realmente; al haber salido de su coraza y al haberse quitado los auriculares de los oídos, le prestaba atención a cosas que antes había ignorado, como los rostros de las personas que la rodeaban. Pero lo que le llamó la atención esa mañana fue que todos los varones estaban ocupando sus lugares y algunas chicas también, pero la mayoría de las mujeres formaban un grupo en la barra de comidas. Todas ellas emitían risas tontas y trataban de sonar interesantes o hacían pedidos innecesarios, y provocaban que el pedir algo para comer, que no debería llevar más de dos minutos, se hiciera eterno.

Gina y Augusto pasaron con la bandeja plástica llena de cosas y ni siquiera los miraron. Pero ella parecía un tanto molesta, la expresión en el rostro la delataba.

—¿Pero qué demonios está pasando aquí? No puedo entender que esto siga sucediendo después de tanto tiempo. ¡Ya casi un año! —exclamó Alexis, mirando en dirección a la barra de comidas y sacudiendo la cabeza—. ¿Nunca se van a cansar de mirar a ese tipo?

Amelie no entendió acerca de quién estaba hablando y estuvo a punto de indagar cuando alguien la interrumpió.

—Lo mismo me pregunto yo. Ni siquiera saben quién es el tipejo, si es peligroso, nadie parece preguntarse qué hace en Puerto Azul, pero aun así lo miran como bobas —reflexionó Zaira, como salida de la nada, al escuchar el planteamiento de Alexis—. ¿Dónde está nuestra dignidad, mujeres?

Zaira estaba ya en quinto año y era odiada en todo el colegio. Siempre hacía comentarios ácidos y negativos. Amelie observó esa manera tan delicada y sensual de moverse, su cabello negro, que acariciaba sus hombros, y sus labios gruesos pintados de rojo. En un momento pensó que, si alguien le hiciera un estudio de aura, le daría como resultado un aura de color naranja terroso, casi marrón. Había leído una vez un libro de su abuela que decía que las personas de esa clase se encontraban molestas por algo que les habían hecho y constantemente pensaban en cómo desquitarse, vengarse o devolver las agresiones, y que siempre estaban trasmitiendo una emoción de ira contenida. Eso fue lo que Amelie sintió al verla, que su cuerpo irradiaba ondas negativas que infectaban lo que tocaban. No quería tenerla cerca.

—Además, esas no comen nada, si se quedan ahí es porque les gusta el tipo ese —dijo Alexis sacudiendo su cabeza.

—¿Y qué? ¿Te pone celoso? —bromeó Nadia tratando de molestar a su novio.

—¿Pero de qué chico hablan, Nadia? ¿Alguien me puede explicar? —preguntó Amelie susurrando cuando Zaira se hubo ido y Alexis estaba entretenido mirando el espectáculo.

—Ah, bueno. ¿También eres ciega y no lo sabíamos? —exclamó su amiga bastante sorprendida ante la pregunta, y luego le explicó—: El chico atiende la barra hace bastante. Para ser sincera, tampoco me acuerdo desde cuándo, pero siempre ha estado aquí, ¿no habías reparado en él?

—Ciega no soy, pero supongo que tenía una venda en los ojos. Además, siempre que pedí comida me atendió Juan, ni siquiera le presté atención al otro encargado. Era más bien una sombra negra que se movía en el otro extremo de la barra. Supongo que sus encantos no funcionan conmigo —explicó Amelie lanzando una risilla por eso último y su amigo resopló.

Juan era el dueño de la barra y siempre le había servido su comida, pero, ahora que todos hablaban del misterioso muchacho, la curiosidad se despertó en ella. No iba a negarlo, pero tampoco iba a decirlo en voz alta.

Se acercaron a la pequeña multitud, tratando de atravesarla como si fueran paredes de piedra, pero ellas oponían resistencia.

—¡Permiso, chicas! ¡Apártense un poco! Solo queremos comer, déjennos pasar, por favor —dijo Nadia, levantando la voz tan fuerte que todos se quedaron mirándola—. Después pueden seguir observando como tontas al chico de la barra. Llegará un día que se cansen de hacerlo, se los aseguro. Y se les va el recreo largo también.

Amelie nunca creyó que fuera capaz de plantarse así frente a otros, pero solo tenían media hora para comer y descansar, esperando el viernes que era el único día que no tenían doble turno. Las demás se sonrojaron y finalmente se retiraron protestando por lo bajo y matando a Nadia con la mirada, pero a ella no le importó.

El chico del que todos hablaban no podía hacer más que reírse cómplice con Juan y por fin pudo verlo. Tenía el rostro iluminado por una sonrisa enorme, esas de labios rojos y dientes blancos, que producen hoyuelos en las mejillas. Algún magnetismo extraño, o el que todo el colegio hablara de alguien en quien ella no había reparado antes, hizo que su mirada se quedara fija en él y lo viera de lleno a los ojos. Él la miró con un gesto de incomodidad en el rostro que le hizo perder la sonrisa.

De repente, todas las ideas que tenía estallaron en su mente y no supo qué pensar. ¿Cómo era posible que alguien a quien recién conocía le sostuviera la mirada de esa manera tan... desafiante? Una extraña sensación le recorrió el cuerpo, como si conociera a ese chico

de otra vida o de algún otro lado. Estaba segura de que no lo había visto nunca, pero aun así algo resultaba familiar y, cuando le prestó atención al sentido del olfato, mezclado con el aroma a la comida distinguió ese perfume que antes le había parecido caro e importado.

—¡Demonios! ¡Justo él! —exclamó, porque se dio cuenta de que era el muchacho con quien se había topado el día anterior. En ese momento se percató de que sus ojos la miraban fijamente.

No se podía negar por qué las demás se habían quedado mirándolo, hasta ella, que siempre había afirmado no ser como las demás adolescentes, la típica enamoradiza que caía con la primera mirada a menos que fuera un personaje de libro, se puso a observarlo mientras él servía comida a los otros estudiantes.

Era alto y de piel clara, parecida a la de Alexis. Sin embargo, había algo en ella que le hacía pensar que podía ser suave al contacto. Llevaba puesta una gorra de lana negra y unos mechones de su cabello negro, lacio y fino asomaban bajo ella, y caían sobre su frente. Sus ojos, esos que había mirado antes, eran de un hermoso color verde que resplandecía a la luz del lugar y se volvían pozos profundos. Resaltaban tanto como esmeraldas, rodeados de abundantes pestañas negras. *Jeans* gastados y una camiseta negra ajustada completaban el excelente panorama. Parecía tener dieciocho años, más o menos.

—*Baby* Amy, nosotros ya estamos listos, pero te esperamos en nuestra mesa cerca del ventanal, como siempre. Apresúrate o te perderás todo el recreo y no quiero tener que reprenderte como a las otras —bromeó Nadia, devolviéndola a la realidad al tocarle el hombro.

Amelie se dio cuenta de que se había quedado mirándolo como tonta por varios minutos porque Alexis ya tenía la bandeja llena. Los dos se alejaron bromeando y pudo escuchar a su amigo que imitaba a Leo.

—*Father*, *father*… —decía, mientras ella le pedía que siguiera con la imitación sin poder contener su risa.

Amelie rogó no decir una tontería, ahora que la habían dejado sola, o que él no se hubiera dado cuenta de que sus ojos lo habían estado analizando unos segundos atrás. Peor era que se le escapara algo de lo que estaba pensando.

—¿Y tú qué quieres comer hoy? —Sus finos labios se curvaron ligeramente en una sonrisa, mientras intentaba ser amable con ella. Apoyó sus manos sobre el mostrador y adoptó una postura relajada, aunque un tanto forzada, según ella—. Puedo ayudarte a elegir si así lo deseas. Supongo que no te decides y por eso te quedaste última.

La voz del chico le resultaba atrayente en realidad, tan dulce

cuando se había ofrecido a ayudarla a elegir su comida, pero de seguro hacía eso con todo el mundo.

—No te había visto antes, lo siento.

«OK. ¿De dónde vino eso?», pensó al darse cuenta que no tenía motivo para haber dicho aquello.

—¿Eso es lo que vas a comer? No lo tenemos en el menú —bromeó y luego le sostuvo la mirada—. Siempre he estado aquí, creo que la nueva eres tú.

—Sí, eso dicen —dijo Amelie, casi en un susurro. Trató de recobrar la compostura como si nada, no iba a ponerse a discutir acerca de quién era nuevo o no—. ¿Tienes manzanas? No logro verlas desde aquí. Dame solo una, por favor.

Trató de quitar sus ojos del rostro del muchacho, pero era imposible desviar la mirada. Sus gestos eran tan expresivos ante cada cosa que ella decía.

—¿Solo una? —soltó el muchacho y cruzó unos gruesos brazos sobre su pecho—. ¿Cuántas horas has pasado aquí y cuántas te faltan todavía? Dicen que las manzanas son saludables, pero no creo que comer solo una sea bueno. Vamos, pide algo más.

Amelie lo miró ahora sin entender por qué adoptaba aquella extraña postura. ¿Quién demonios se creía que era? ¿Había sido real todo aquello?

—Ah, ya veo, seguro estas a dieta como ellas —continuó, señalando a las chicas populares—. A veces se quedan aquí eligiendo, pero nunca se llevan nada más que agua.

«¡Hey, ni se te ocurra compararme con esas! Y se quedan por ti, tonto», pensó Amelie, indignada, pues él la había incluido en el grupo superficial.

—Creo que te equivocas, Dios me libre de semejante castigo —dijo finalmente—. Es solo que no tengo hambre hoy, ¿es muy difícil de entender? ¡Dios! ¿Qué hago dándote explicaciones? ¿Me vas a servir o espero que vuelva Juan para pedirle lo que quiero?

Ajustó la cinta en su cabello pelirrojo para no parecer más nerviosa de lo que estaba. Él sonrió porque algo de lo que ella había dicho le causó gracia. Luego, sin agregar una palabra, tomó un poco de pollo caliente y lo colocó en un plato junto con una colorida ensalada. Puso un envase de jugo de naranja sobre la bandeja y, por último, la manzana verde, que era lo único que ella le había pedido.

—Te dije que una manzana está bien, no es necesario que… —trató de decir, pero él la interrumpió dándole la bandeja. Esa manera de actuar la sacó de quicio, no llevaba ni cinco minutos de conocerla y ya estaba imponiéndole cosas. No le gustaba para nada la idea de que

alguien a quien no conocía le diera órdenes.

—Y yo te dije que no creo que comer solo una manzana esté bien —soltó el chico, sonriendo como si nada, lo que la dejó más estupefacta aún—. Mira, a mí me encantan los desafíos y las personas que comen bien, y aquí acaba de surgir uno. Me voy a proponer que te alimentes bien, al menos de lunes a jueves durante el almuerzo. El fin de semana no puedo controlarte y es una lástima, pero espero que no comas comida chatarra en tu casa o llamaré a tus padres. Aunque creo que eres una buena niña.

—Lamento decirte que no te sale ser gracioso. ¡Ojalá hubiera un libro de quejas! —afirmó y decidió alejarse de una vez por todas.

A medio camino giró sobre sus pies para volver a mirarlo porque lo escuchó reírse y se aseguró de darle una mirada horrenda que le sirviera como escarmiento, pero ya se había perdido por la puerta de la cocina.

Llegó a la mesa donde estaban sus amigos sintiendo las miradas asesinas del colegio puestas sobre ella, que trataban de castigarla por haber tenido el «privilegio» de que el muchacho de la barra no solo le hubiera hablado, sino que le hubiera sonreído y prometiera alimentarla bien. ¡Qué tontería! En ese momento tuvo ganas de desaparecer bajo la tierra y por eso se sentó rápidamente entre el vidrio y Alexis, ya que al menos no quedaba tan expuesta como antes.

—«¿Dónde está nuestra dignidad, chicas?» ¿Dónde está tu dignidad, amiga mía? ¡Las mujeres hemos peleado por tanto! —dijo Nadia, de pronto, imitando el tono de Zaira minutos atrás. Alexis no pudo contener la risa y devolvió al vaso todo el jugo que recién había bebido—. Y eso que nunca antes le habías prestado atención, pero se quedaron hablando bastante como para recuperar el tiempo perdido. No recuerdo que él dijera más que «hola» o «¿qué vas a comer?» a los demás.

Por suerte, Amelie se sentía tan amiga de ellos que, primero, no se iba a enojar por la broma de Nadia y, segundo, no sentiría asco por los malos modales de Alexis.

—*Shut up*. Fue una situación bastante incómoda, ni creas que lo disfruté. No quiero hablar de eso o me caerá mal el almuerzo —dijo y se concentró en la porción de pollo que el chico sin nombre la había obligado a comer y revolvió las verduras con el tenedor plástico.

—Señorita inglesa, le podrías enseñar a pronunciar bien a Leo. El inglés es lo tuyo, amiga, lo hablas muy bien —dijo Nadia tratando de reconfortarla con algo. Muy en el fondo, o no tanto, Amelie sabía que su amiga estaba tratando de que se interesara en algún chico, ya se lo había preguntado el día anterior. Por un momento, porque era la

primera vez que alguien la había hecho sentir tan desconcertada, pensó que, si dejaba de ser tan tonta y trataba de agradarle al chico nuevo, tal vez...

«Pero ¿qué hago pensando en ese misterioso chico como una posible cita? Solo hemos hablado de comida y, técnicamente, a pesar de que me lo choqué en un pasillo, recién lo conozco», se cuestionó creyendo que se estaba volviendo loca o que mucha vida social la estaba afectando. Además, parecía tan arrogante. Solo bastaba mirar la forma en que se movía y se relacionaba con los demás, como si se creyera muy bueno para todas, pero disfrutara con esas miradas ardientes que le lanzaban.

—Es un tal Bastian, el «rompe corazones» —dijo Alexis, casi como respondiendo a sus pensamientos—. Me acuerdo de su nombre porque no es uno que haya oído con frecuencia en Puerto Azul.

—Yo le diría el «rompe dietas», le sienta mejor. Yo nunca había oído ese nombre hasta ahora —agregó Nadia, mientras le daba pequeños mordiscos a su porción de comida.

—También sé que es huérfano y vive en la casa parroquial que está al lado de la catedral. Ayuda al padre Tomás con la limpieza de todo el lugar y es su ayudante en la misa los domingos, por eso le dan una habitación en la casa de los curas —comentó Alexis como si le hubiesen encargado una misión de espionaje—. Pero nadie sabe de dónde viene y ni siquiera habla con las personas de la ciudad. Supongo que es muy reservado.

Las dos chicas lo miraron sorprendidas por toda la información que les había dado. Él, mientras tanto, terminó de comer su hamburguesa gigante más las papas fritas.

—¡Pero mira cuánto sabes y recién lo sueltas! Después dicen que son las mujeres las que hablan demás y acarrean chismes —exclamó Nadia, riendo ante todo lo que había dicho Alexis—. Déjame adivinar, ¿te enteraste en el taller de tu padre? Porque en verdad creo que es el mejor lugar para ponerse al día con los chismes. Si no es así, voy a pensar que estuviste acosando a Bastian.

Se recostó en el respaldar de la silla. Bebió su gaseosa y dirigió su vista al bosque. Los pinos se mecían levemente con la brisa y sus cimas puntiagudas parecían rasguñar el firmamento.

—Bueno, amor, pero eso no es un rumor, porque él mismo estuvo hace unos días allí. Llevó a reparar su auto viejo y le contó todo a papá mientras lo revisaba —dijo Al, abollando la caja vacía de jugo de naranja de Amelie—. No sé, algunos se creen que el pobre viejo es psicólogo y que los tiene que escuchar mientras esperan. De seguro, ganaría más plata escuchando causas perdidas que arreglando

motores. Hay que reconocerle que tiene buena técnica para sacar información.

—Tiene un lindo nombre. —Las palabras se escaparon de la boca de Amelie. De ninguna manera había querido hacerlas públicas. Se condenó en ese mismo momento. El calor subió por todo su cuerpo hasta incendiarle la cara.

—¿Solo su nombre te parece lindo o alguna otra parte de su cuerpo? —preguntó Nadia moviéndose como una víbora, sentada en su silla, y tratando de molestarla.

El timbre sonó de repente y el ruido de sillas arrastradas por el suelo fue estremecedor. Todos volvían a la normalidad y Amelie dio gracias por primera vez en todo el año de que el timbre para regresar a clases sonara, porque la había salvado de tener que dar una respuesta.

—Bueno, admiradoras del chico de la barra, es hora de ir al aula —dijo Alexis guiñándole un ojo y la sacó del compromiso de responder. Por ello la llevó unos pasos adelante, imitando a Leo en la clase de inglés para distraerla del tópico anterior.

Antes de salir del comedor, Amelie dio una mirada hacia la barra de comidas y confirmó sus sospechas. Sabía que él había vuelto a su puesto de trabajo en algún momento y que sus ojos habían estado posados en ella durante todo el almuerzo. No significaba que eso la alegrara, porque detestaba esa repentina insistencia suya, esa manera de hacerle comer cosas que no quería, que se creyera el modelo perfecto que no era y no entendía el porqué de esa mirada tan profunda sobre ella.

Él sonrió con plena naturalidad, levantó su mano ágilmente y la dejó caer. La había saludado a ella sin duda, porque cuando miró a su alrededor no había nadie más en el lugar. Amelie le sonrió con amabilidad a pesar de todo; no quería quedar en ridículo, así que sacudió su cabeza para aclarar su mente y apuró el paso para alcanzar a sus amigos. Por más que intentó que su cabeza dejara de dar vueltas, el nombre de Bastian se negó a irse de ella.

Las horas de la tarde pasaron más rápido que de costumbre, ni siquiera tuvo que desear que el timbre sonara porque este ya lo hizo y ni cuenta se dio. Tampoco pareció entender que estaba en el estacionamiento unos minutos después, mirando un auto que acababa de partir, conducido por Bastian.

—Hey, ¿vienes a casa hoy o dejamos la excusa de la guerra mundial para mañana? —preguntó Nadia haciendo chasquear sus dedos ante los ojos perdidos de su amiga. Alexis ya estaba al volante.

—Sí, dejémoslo para otro día. Hoy tengo que hacer algunas cosas,

como ayudar a Martina un rato con la tarea y a mamá con la cena —fue su excusa para decirle que no sentía la necesidad de ir a su casa.

No podía creer que ese muchacho que acababa de partir la hubiera dejado tan fuera de sí misma. Había algo que le llamaba la atención en él, pero no entendía qué. No había podido dejar de pensar en su rostro de ojos verdes unas horas atrás en clase, después del almuerzo. Y el tiempo se le fue volando. Y así de distraída para quien la viera desde afuera, pero muy pensativa en su interior, viajó todo el camino a casa.

«¿Quién es ese chico? ¿Por qué hasta ahora notaba su presencia, a diferencia del resto? Aunque en realidad nadie sabe nada de él», pensó.

Además, recordó que su amigo había dicho que Bastian vivía cerca de la catedral y eso significaba que estaba a unas pocas cuadras de su casa. Recordó las campanas y los escalofríos volvieron. ¿Sería él quién las hacía doblar por las noches?

—¿Estás segura de que no quieres venir? —preguntó Alexis mirándola por el espejo, esperando una respuesta.

—Segura, nos vemos mañana, querido chofer de mi transporte escolar —bromeó cuando logró recobrar sus sentidos. Besó a los dos rápidamente en la mejilla y bajó del auto.

—¡A la misma hora y en el mismo lugar! —gritó Alexis y se alejaron a toda prisa.

Entró a la casa, donde todo estaba silencioso y en penumbras. No había nadie más que ella y el sonido de su propia respiración, además del gran reloj del comedor, que se escuchaba andar de manera apagada, como un eco lejano. Pudo imaginar que el péndulo dorado hacía su vaivén eterno, de un lado al otro.

Subió las escaleras y arrojó el bolso sobre la cama. Había estado haciendo planes de investigación en su cabeza, y les había mentido por primera vez a sus amigos porque se dirigió a la *laptop* sobre el escritorio de vidrio. Impaciente le dio golpecitos para que se apurara.

Cuando todo se hubo cargado y se hubo conectado a Internet, abrió primero su cuenta de Facebook y envió una solicitud a Nadia y Alexis. No era una red que utilizara con frecuencia, pero le agradó la idea de tenerlos allí. Antes de que pudiera darse cuenta, estaba buscando el nombre de Bastian, pero las fotos de los perfiles no le mostraban ningún chico de piel clara y ojos verdes, era imposible encontrarlo sin un apellido y pudo comprobar que nadie del colegio lo tenía como amigo porque tendría que haber aparecido como sugerencia apenas escribió su nombre. Tal vez ni siquiera tenía una cuenta y, si la tenía, el mundo era inmenso y podía haber miles de

chicos con ese nombre.

Abrió Google y en la casilla para buscar escribió «Bastian». La función de autocompletar sugirió «Bastian significado» y le pareció interesante. Estaba aburrida y no tenía nada para hacer.

Despacio siguió con sus ojos los resultados de búsqueda, hasta que llegó a uno azul que decía: «Bastian. Significado del nombre». Hizo clic sobre el enlace y fue enviada a una página negra con letras blancas que expresaban: «Venerado por sobre los demás. El que es venerado». Mientras observaba unas raras estrellas blancas en cada esquina de la página, su mente le trajo recuerdos de las chicas a su alrededor. Chicas que debían hacer lo mismo desde el primer día que lo vieron y no se cansaban de hacerlo. ¿No era eso una especie de veneración por sobre los demás chicos que iban al colegio? Estaba claro que sí. Pero ¿por qué? ¿Realmente Amelie estaba tan desconcertada esa tarde que podía creer que uno era igual a la descripción de su nombre?

Se paró para pensar, caminó por la habitación y se acercó a la ventana para ver la catedral, como si pudiera verlo a él en las alturas. De repente apareció una ventana de chat en su computadora portátil. No eran ni Nadia ni Alexis, seguro no la habían aceptado todavía. Era su amigo Nando, de Venezuela. Se sentó a charlar con él en inglés un rato, ya que estudiaba para ser profesor y a ella le gustaba practicar el idioma. Siempre era bueno hablar con él porque le contaba acerca de su realidad y él de la suya. Ya hacía un año que se habían conocido gracias a una sala de chat en la que se podía practicar el idioma, hasta que se dieron cuenta de que los dos hablaban español. Su nombre era Daniel Fernando y tenía dos apellidos que no recordaba en ese momento. Siempre le decía que sonaba a nombre de galán de telenovela, por eso él prefería que lo llamaran Nando, ya que sus amigos también lo molestaban con eso.

Era raro el hecho de que se conocieran tanto. Habían visto algunas fotos de cada uno nada más, pero solo eso bastaba para saber que existían en la vida del otro. Cada tanto Amelie le prometía visitarlo en Venezuela cuando tuviera vacaciones. Él decía que no había problema, que la esperaba con los brazos abiertos y que le haría probar todas esas comidas de las que siempre hablaba, como las «hallacas». Ella entendió que tenía un amigo más, que eran tres y no dos, como su padre le había escrito en el mensaje. Las distancias no les importaban en lo más mínimo.

De todos modos, e innegablemente, por más distracciones que se quisiera crear, su cabeza no hacía más que repetir «Bastian, Bastian, Bastian», con cada campanada de la catedral.

Bastian estacionó el auto fuera de la casa donde vivía con el padre Tomás. Esta era pequeña y se encontraba a unos pocos pasos del gran edificio de altas torres. Como siempre hacía antes de entrar a su hogar, visitó la gran catedral, le parecía encontrar paz en la inmensidad del edificio y el silencio que lo envolvía todo. Recorrió el largo pasillo cercado por interminables bancas de madera, mientras las velas que había sobre una mesa brillaban y sus pequeñas llamas temblaban ante la menor brisa. La tenue luz se posaba sobre los rostros de las estatuas. Subió las escaleras en espiral a la izquierda del altar para dirigirse hasta una de las torres donde le gustaba ir a pensar. Al llegar a lo alto, respiró hondo y llenó sus pulmones de aire fresco. El viento soplaba libre y con la fuerza suficiente para mover los mechones de pelo oscuro que asomaban bajo su gorro de lana. Se recostó contra la pared, cruzó los brazos sobre su pecho y los pensamientos invadieron su mente, que hasta hacía unos días había estado clara y tranquila como el agua más pura.

«¿Por qué me miró de esa manera?», se cuestionó. Fue una pregunta simple pero importante porque era la primera vez que se la hacía. Las cosas habían cambiado. Estaba acostumbrado a que las mujeres lo miraran con ojos llenos de deseo, incluso algunos chicos lo miraban de esa manera y le sonreían, pero con ella era diferente. Había quedado impactado por ese momento en que Amelie lo había mirado a los ojos como si lo conociera desde siempre. Eso había hecho que a su vez él la mirara de manera profunda durante todo el almuerzo.

Antes de que ella pudiera verlo desde su habitación, porque sabía que siempre miraba en dirección hacia la catedral, decidió bajar de la torre donde las palomas volaban de un lado para el otro. La gran campana de bronce se balanceaba sobre su cabeza. Volvió a atravesar el pasillo y salió del lugar para dirigirse a la pequeña casa. Para llegar hasta su habitación, que quedaba en el fondo, debía atravesar la cocina que siempre olía a café y tostadas. No le sorprendió ver al padre Tomás, que, sentado en una de las dos sillas frente a la mesa, sostenía en sus manos una taza de café caliente.

—¿Sucede algo malo, muchacho? —preguntó apenas lo vio ingresar.

Bastian no tenía ganas de responder, aun cuando el sacerdote le había hablado en un tono casi paternal y preocupado. Él podía darse cuenta de los cambios de ánimo en el chico porque lo conocía hacía tiempo. Bastian solo lo miró, se encogió de hombros y finalmente se fue a su habitación.

—Un silencio dice más que mil palabras —comentó Tomás por lo

bajo y siguió bebiendo su café humeante.

El muchacho cerró la puerta de la habitación y se recostó sobre la cama de una plaza, puso los brazos bajo su cabeza y miró al techo, fijándose en las manchas de humedad que parecían formar dibujos.

—No se suponía que me miraras así, Amelie. ¿Por qué lo hiciste? ¿No ves que lo cambia todo? —dijo casi torturado, recordando aquellos ojos marrones que se volvían dorados a la luz del sol que ingresaban por los grandes ventanales del comedor. Lo que había pasado estaba mal porque le complicaba la existencia, hacía aún más ardua la terrible tarea que le habían encargado. Antes no se lo hubiera cuestionado, pero ese momento, solo esa mirada había bastado para que todo lo que él creía, todas las reglas a las que estaba acostumbrado, se vinieran abajo tan repentinamente como un castillo de naipes.

—Pero me viste... —siguió diciendo en voz alta y una sonrisa enorme se dibujó en sus labios. Se cubrió la cara con la almohada porque no se suponía que debía alegrarse, pero en lo profundo de su corazón había estado esperando ese momento por mucho tiempo, por unos largos dieciséis años, y ahora no quería perderla. ¡No iba a perderla!

En la profundidad del bosque

El miércoles encontró a Amelie un tanto desprevenida porque no lo estaba buscando. Le habían sucedido tantas cosas los días anteriores que parecía que el tiempo volaba. La vida que había tenido hasta hacía unos días atrás era completamente diferente. En ella había podido contar uno a uno los segundos, siguiendo las interminables vueltas de las agujas del reloj. Los días pasaban más lento para una persona de rutina monótona.

Esa mañana volvió a despedir a su familia al escuchar la bocina del auto de Alexis, quien con puntualidad había estacionado fuera de su casa. Tomó el bolso del colegio, apurada, sin fijarse si llevaba las cosas necesarias. También se puso una chaqueta liviana de algodón, pues parecía que el calor se había alejado por unos días de la ciudad. El clima había decidido jugar.

Subiendo al auto colocó el bolso a su lado, en el asiento trasero. Nadia y Alexis se estaban besando con un poco de exageración, así que giró su cabeza a la izquierda para mirar por la ventana, tratando de que la situación fuera menos incómoda. Era uno de esos momentos en los que quienes no tienen nada que ver con el entorno desearían no estar allí. Pero cuando continuaron haciéndolo tuvo que aclarar su garganta.

—¡Hey! Estoy aquí, basta de espectáculos —dijo pateando el respaldo del asiento de su amiga y ambos se separaron, luego de darse un beso rápido. Con cada segundo que pasaba se podía dar cuenta de que Nadia y Alexis se amaban. Esa simple idea la llevó a pensar si algún día le sucedería lo mismo, si tendría el rostro de esa persona especial en su mente todo el tiempo.

—Oh, Amelie, estabas ahí. Podrías haber saludado apenas te subiste, ¿sabes? Tengo una pregunta para ti —dijo Nadia en tono alegre y luego giró en el asiento para poder mirar a su amiga. Alexis seguía mirando hacia el frente con los ojos puestos en la ruta una vez que el auto comenzó a andar.

—Adelante, amiga. Creo que estoy dispuesta a contestar, aunque ¿no te parece temprano para un interrogatorio? Tal vez es mejor que te sigas besando con Al, pero eso nos haría estrellar —cuestionó sonriente. Tenía dudas con respecto a la pregunta que pudiera hacerle.

—Ya te dije que no exageres tanto las cosas. No es una pregunta de vida o muerte. Solo quiero asegurarme de que ayer no nos evadiste para darnos tiempo de estar juntos, es solo eso —comentó ella volviendo a mirar hacia adelante.

—Esa no fue la razón, nada que ver y no sé de dónde sacas eso. De todos modos, no estaría mal darles un tiempo para que estén solos, ¿no les parece? Considerando el *show* que acabo de presenciar —dijo despeinando un poco a Alexis con su mano—. No pueden andar acarreando conmigo cada hora del día. Además, como les dije ayer, tenía cosas que hacer, pero hoy, si quieren, podemos seguir el trabajo de investigación. Seremos como la Triple Alianza.

—La Triple Alianza… eso me gusta, ni siquiera se me hubiera ocurrido llamarnos así. ¿De dónde sacas tú esas ideas? —comentó Al sonriente, acomodando su pelo. Al ver que las chicas lo miraban con el ceño fruncido, continuó—: No me malinterpreten, solo pienso que el nombre está bueno, no estaba pensando en el sentido destructivo de la cuestión. La culpa es de Amy por proponerlo.

—¡Traidor! —Ella rio y se movió hacia adelante para ocupar el espacio libre entre los dos asientos—. Si quieres saber lo que hice ayer, Nadia, puedo decir que morí del aburrimiento. También los agregué a Facebook y ayudé en mi… —comenzó a decir Amelie, cuando de repente su vista se dirigió de lleno a un punto exacto. Estaban pasando frente a la catedral y no supo si se lo estaba imaginando o Alexis había empezado a conducir lentamente, pero el segundo que les debería haber tomado perder de vista el edificio se hizo eterno.

La catedral era una monstruosa construcción gótica, como sacada de tiempos antiguos y de otra parte del mundo, pero puesta allí, en su realidad. Había dos enormes estatuas de santas que ni siquiera conocía sobre una delgada saliente en cada torre. Ambas de rodillas y con la cabeza gacha, pero enfrentadas, como hermanas que habían discutido. Las campanas de bronce viejo se movían en lo alto gracias al viento y, cuando estas sonaron, decenas de palomas que se posaban en las tejas

naranjas de las cúpulas huyeron volando despavoridas dejando caer plumas en el aire como si fueran copos de nieve que descendían en espirales. A un costado de la catedral, Amelie descubrió una pequeña casa y frente a ella, estacionado, un auto azul oscuro.

—Ese es el auto que arreglamos con papá —mencionó Alexis como si nada—. Es de Bastian, el chico de la cafetería, ¿recuerdan? Solo tenía un problema con el motor, pero quedó como nuevo.

—Bonito auto, ¿eh? —dijo Nadia al pasar y sin demasiado interés.

—Con bonito te quedas corta. Es una maravilla de auto, Nadia. Es algo más que bonito —afirmó su novio, con renovado entusiasmo, y ella se lo vio venir. Alexis iba a comenzar a hablar de autos—. Es un Chevy Nova, su tercera generación. Tiene un diseño increíble, súper resistente, como todos los de su clase… Asientos de cuero originales, totalmente reacondicionado…

Amelie no estaba interesada en las características del auto, solo en lo que Alexis había dicho al principio acerca de que ese auto le pertenecía a Bastian. Lo había visto conducirlo a la salida del colegio.

—No sé qué piensen ustedes, que parecen conocerlo cuando yo ni siquiera lo había visto, pero ese chico es lo más arrogante que existe. Arrogante y lindo, sí, debo reconocerlo. Pero con esa personalidad tan autoritaria lo arruina todo, casi hasta el punto de ser detestable —comentó Amelie y su amiga se quedó con la boca semiabierta. Estaba sorprendida porque no se había esperado un comentario así por parte de Amy.

—¿Detestable? Cuidado, amiga, ¿has escuchado esa frase que dice que del odio al amor hay un solo paso? —interrogó Alexis, mirándola por el espejo retrovisor, y luego se rio a carcajadas. Aquel fue el turno de Amelie para mostrarse sorprendida porque no podía creer lo que estaba escuchando. Era obvio que, debido a su comportamiento y lo que había sucedido el día anterior, él había pensado eso. Y sí, ella había escuchado esa frase y también otra: «Los que se pelean, se aman». Entonces decidió que no haría más comentarios negativos sobre Bastian porque sus amigos pensarían que en realidad estaba tratando de decir lo opuesto.

—De todos modos, a mí me parece que no te molestó tanto su arrogancia ayer —dijo Nadia, mirándola con picardía—. Porque se quedaron hablando un buen rato, ¿no es así? Creo que te conté que nunca se detiene a hablar con alguien. Y, por cierto, ¿se puede saber qué te dijo? Porque volviste toda alterada y molesta a la mesa.

—Nada que merezca tus miradas suspicaces, amiga —respondió Amelie, entre seria y divertida—. Le pedí solo una manzana porque no tenía tanta hambre y al segundo se alarmó. Me dijo que con la

cantidad de horas que paso estudiando debía comer mejor, por eso me llenó la bandeja con comida. Encima creyó que estaba a dieta. ¡Y se atrevió a compararme con las populares! ¿Puedes creerlo?

—¡Auch! Esa comparación debe haber dolido. El muchacho empezó con el pie izquierdo contigo —comentó Alexis. Habían llegado ya a la escuela, así que estacionó el auto en el lugar de costumbre.

—Obvio, con lo mucho que las detesto. Se lo dejé en claro de todos modos —dijo Amy, tajante—. Ah y otra cosa súper rara: se propuso el reto de alimentarme mejor. «Al menos de lunes a jueves y durante el almuerzo».

Lo dijo imitando su voz para que sonara como tonto, cuando en realidad había sido amable al hablarle y su voz no sonaba para nada desagradable como Amelie lo hacía parecer. Era más bien atrayente y tenía cierto dejo de sensualidad.

—Pero ¿quién se cree que es? —exclamó finalmente.

—¿Es un *stalker*, un acosador o algo así? —preguntó Nadia, extrañada por cómo su amiga describía a Bastian—. No lo parece, pero… nunca digas nunca.

—No tengo ni la menor idea, pero no me cae bien.

—No le prestes atención, Amy. Lo mejor será que lo ignores si tanto te molesta, así se va a olvidar de ti —aconsejó Nadia.

Pero a ella le pareció que el solo hecho de ignorarlo era darle más importancia dentro de su vida. Aunque también pensó en otra cosa. ¿En verdad le molestaba tanto como para ignorarlo?

Cuando entraron al aula, el profesor de Geografía estaba desplegando su nuevo mapa, muy contento de mostrarles su adquisición a todo color. Una nueva versión del mismo mapa que veían desde primer grado y que no les parecía una de las Siete Maravillas del mundo. Pero bueno, algunos eran felices con poco.

—Amelie, ¿cómo estás? ¿Muerta de frío como yo? —saludó una voz áspera. Sin darse cuenta, había llegado hasta su escritorio y Leo, el chico de mirada fija e irritante que en sus descuidos le tocaba la espalda en el colectivo, le había hablado.

—Bien, supongo. No sabía que el clima cambiara de manera tan abrupta por aquí. ¿Y tú? —saludó Amelie, despreocupada—. Por cierto, me gusta tu chaqueta, es… linda.

—Estoy bien… gracias, la tuya también es linda —dijo Leo, algo nervioso por el repentino nuevo humor en su compañera de clase y pensó que ella era como el clima, variable y sorpresiva. Amelie no lo culpó por su respuesta; ella emitía oraciones peores cuando estaba nerviosa.

De repente, la directora irrumpió en el aula, justo cuando el

profesor llevaba varios minutos hablando sin parar sobre su fascinación por la arquitectura del continente europeo.

—¡Mis queridos alumnos de cuarto año! —exclamó, en parte como saludo, en parte para hacerlos callar—. Les tengo noticias…

Llevaba un rodete mal hecho en su cabeza y tono de directora en la voz. Se arregló los anteojos sobre su nariz y alisó la falda violeta que hacía juego con su entallado saco del mismo color.

—¿Desde cuándo somos sus queridos? Esta viene a pedir algo —susurró Alexis. Los tres se tuvieron que morder los labios para no soltar una carcajada. Pues era verdad, nunca les hablaba o los reconocía en los pasillos, pero en ese momento eran sus «queridos».

—Como la mayoría de ustedes saben, el 20 de diciembre será el baile de graduación de los alumnos de quinto año… —comentó sonriente y Amelie pudo entender de qué se trataba todo—. Por lo tanto y como tradición en este colegio, ustedes serán los encargados de organizar la decoración del salón para la fiesta, entre otras cosas. Sin olvidar que el dinero recaudado con la venta de entradas y la comida ¡será utilizado en su propio viaje de egresados del año que viene!

Para ese minuto todos gritaban y aplaudían contentos pensando en aquel viaje y sus eternas noches de descontrol donde los que estaban de novio se olvidarían de sus parejas por una semana.

La directora comenzó a realizar gestos graciosos con sus manos, aleteando con sus cortos brazos para que los gritos terminaran. El profesor la ayudaba, tratando de calmar a los desaforados estudiantes. Luego de unos segundos por fin las fieras se quedaron silenciosas.

—Muchas gracias. Que tengan un lindo día y ¡sigan estudiando mucho! —dijo ella muy entusiasta y, marchándose, dejó que las horas corrieran en el reloj.

Amelie se sobresaltó con el timbre del colegio, no porque fuera hora de almorzar, sino porque vería a Bastian otra vez y no sabía qué reto descabellado podía proponerse ese día. Eso la puso un tanto nerviosa, así que trató de prolongar la caminata hacia la cafetería todo lo posible. Pensó en desviarse a la biblioteca con algún pretexto, pero los chicos se darían cuenta de que algo estaba pasando. Sumado a eso, la matarían por perder su valioso tiempo de descanso.

Entonces, abandonó los planes de gastar minutos sin razón, ya que al final no la salvarían. Decidió poner su mejor cara e ignorarlo, como Nadia había dicho.

Entraron por la gran y pesada puerta de vidrio, que a Amelie le costaba abrir, pero esa mañana Bastian pasó corriendo a su lado porque llegaba tarde y la sostuvo un minuto para que los tres pasaran.

Alexis lo miró de manera extraña porque no le gustaba que otro chico se hiciera el caballero con su novia. Amelie suspiró profundo cuando él se alejó, porque eso de encontrárselo por todos lados la ponía un tanto incómoda. Era como un fantasma, pensó.

Los demás estudiantes ya estaban ocupando sus lugares. El reto que Nadia les había dado el día anterior les había hecho aprender la lección de que cada minuto de descanso era tan valioso como sus vidas, en un colegio de doble turno.

Cuando estaba en el aula, Amelie se había dicho que no debía mirar por nada del mundo hacia la barra de comidas pero, como siempre sucedía, terminó haciendo lo contrario. Sus ojos se posaron en Bastian, quien parecía estar dando explicaciones a su jefe por llegar tarde. A simple vista al muchacho no le importaba que el ambiente estuviera más fresco, porque no iba abrigado. Solo llevaba una musculosa blanca y jeans negros, los que resaltaban peligrosamente su figura.

Era raro que la directora no le dijera nada sobre su atuendo, sobre todo cuando ponía a las chicas más ansiosas que de costumbre.

«¿Qué hago mirándolo de esa manera?», se cuestionó. Pero él llamaba su atención un poco más que a las otras chicas. «Dios, menos mal que no puede oírme, de lo contrario me demandaría por acoso sexual». Se había quitado ese horrendo gorro de lana que había llevado el día anterior y parecía que había cortado su cabello. Lo tenía más corto alrededor de la cabeza y, un poco más alto en el centro, formaba una pequeña cresta arreglada a la perfección. Le quedaba bien.

Se acercaron hasta él, que parecía no verlos, ya que estaba sirviendo comida a otros estudiantes.

—Amy, ¿qué hiciste ayer en la tarde aparte de agregarnos a Facebook? Justo dejaste de hablar cuando pasamos frente a la catedral. ¿Tuviste una visión o un llamado místico? —preguntó Nadia entre risas, mientras elegía su comida deslizando el dedo por el cristal del exhibidor—. No me digas que solo eso hiciste —agregó; agachando su cabeza, golpeó suavemente sus labios con el dedo índice. Estaba tratando de decidir qué comería. Su amiga no hizo caso al comentario. Más bien pensó en que otra vez no tenía nada de hambre, así que rogó que Juan la atendiera para pedirle solo una manzana y esfumarse del lugar sin ser obligada a comer cosas que no quería. Cuando Bastian escuchó a Nadia decir todo aquello, su cabeza se torció levemente en su dirección, interesado en conocer esa información. Pero sus movimientos fueron tan rápidos y difíciles de notar que los demás no se dieron cuenta.

Amelie comenzó a caminar a lo largo del exhibidor, observando la poca variedad de comida que había para elegir. Otra vez se había perdido pensando, ya que sus amigos se alejaban de ella con la bandeja de comida lista y ni siquiera le habían avisado.

—¿Y hoy qué vas a comer, Amy? Te dejaré la manzana, pero para el postre, o sea que debes elegir algo más. El desafío sigue vigente. —Su amable voz sonó otra vez. Ella giró sobre sus pies y lo miró a los ojos, que estaban más verdes que el día anterior, atrapaban toda la luz del lugar y dejaban todo a su alrededor en tinieblas.

—Tú sí que entras en confianza rápido —lo atajó Amelie, tratando de no ser tan ruda, pero se sentía como una fiera a punto de romper la jaula que la tenía encerrada—. Mi nombre es Amelie, ¿ok? Amy me llaman mis amigos, así que por lo visto estuviste escuchando nuestra conversación. No sé qué es lo que te crees con toda esta tontería de tu reto de alimentarme, pero no me hace gracia alguna que me obligues a comer cosas que no quiero. Estás muy acostumbrado a que las chicas de aquí te… veneren, pero perdiste conmigo. En serio, no me gusta todo esto.

Toda esa incomodidad que había sentido esos últimos días terminó por hacerla explotar y las palabras brotaron con fuerza, agolpándose por abandonar su boca. Nunca trataba así a las personas, pero ese chico y su insistencia la alteraban. Sus palabras la hicieron pensar que era la persona más mala y descortés del mundo porque los ojos del muchacho perdieron el brillo que habían tenido al pronunciar su apodo y la sonrisa se borró de sus labios para transformarse en una mueca incómoda. Sacudió la cabeza y en silencio puso una manzana más una botella de agua en la bandeja plástica de color azul. Levantó la mirada y Amelie no habría podido afirmar que parecía triste, pero sí un tanto dolido.

—Lo entiendo y te pido disculpas si te ofendí, en serio, no era mi intención. —En su tono de voz se podía sentir la cautela que la forzada sonrisa trataba de ocultar—. «Amy» es solo para tus amigos y yo no soy más que un entrometido. Tienes toda la razón.

Amelie hizo el amago de hablar, pero Bastian la interrumpió.

—Eso me pasa por no seguir las reglas del colegio —comentó en voz baja—. No se supone que hable con los estudiantes. Te pido perdón otra vez, no quiero tener problemas con la directora por tratar mal a una alumna.

—No… no le diré nada —atinó a decir ella porque se le hizo un nudo en la garganta.

Fue en ese momento que Amelie se sintió terrible, porque sus padres no le habían enseñado a tratar así a las personas. Recordó los

halagos de su madre y supo que la estaba defraudando porque, aunque Bastian le pareciera un entrometido, él siempre había sido educado. Solo se había pasado de listo.

«Ahora sí le permitiría que me compare con esas perras populares o peor, que se piense que por ser la hija del intendente trato así a las personas», pensó ajustando la cinta de su cabello con fuerza.

—Escucha, creo que soy yo la que tiene que pedirte disculpas. No quise hablarte de esa manera y no quiero que pienses que soy una tonta maleducada —comenzó diciendo, ahora en un tono de voz distinto, mucho más dulce que antes o intentando que así sonara—. Mi nombre es Amelie, pero me dicen Amy, así que puedes llamarme como tú gustes. Prometo no volver a enojarme por esa tontería.

Le sonrió y de repente la vida volvió al rostro del chico de a poco, pero se quedó en silencio.

—Y para que sepas, hoy tengo hambre, así que quiero un poco de pizza, el agua y la manzana también, por favor —pidió educadamente, esperando que su voz fuera más suave. Él la miró contento de que no pidiera tan poco para comer, no muy convencido con lo de la pizza porque la consideraba comida chatarra, pero accedió. En ese preciso momento, cuando le alcanzó la bandeja y Amelie estuvo a punto de tomarla, pudo ver que tenía un anillo en la mano derecha.

«Que extraño. ¿Comprometido o casado? Pero ¿tan joven?», pensó y tomó la bandeja finalmente.

—Así está mejor, poniendo comida en tu dieta, aunque la pizza no me convence del todo, pero no quiero seguir entrometiéndome y que te enojes conmigo otra vez. Lo dejaré pasar esta vez —bromeó de buen humor, lo que la hizo sonreír también. Era imposible no contagiarse al verlo.

—Sí, parece que alguien me estuviera obligando a hacerlo. —Sonrieron a la vez—. Yo creo que vas a lograr tu objetivo. Muchas gracias por la comida.

Le dio lugar al chico que se había parado a su lado, quien estaba un tanto impaciente por ordenar su comida. Cuando había dado unos pasos, su voz se escuchó nuevamente.

—¡Hey! Por cierto, mi nombre es Bastian. Nos vemos, Amelie —saludó alegre. Ella no pudo enojarse porque usara su nombre. Se escuchaba demasiado lindo pronunciado con su voz.

—De acuerdo. Lo tendré en mente —dijo en voz alta, pretendiendo no conocer su nombre. Bastian sonrió bajando la vista a la comida. Ella pensó que fue lo más tonto que podía haber dicho, porque ahora le había dado razón para creer que estaría pensado en su nombre, que era lo mismo que pensar en él.

Al llegar a la mesa donde estaban sus amigos, sacudió la cabeza para despejar cualquier clase de teoría que estuviera creando gracias a que había visto el anillo en la mano del chico. Nada le daba derecho a creer que era casado o estaba comprometido.

Sabía que desde el momento en que Alexis había dicho que del odio al amor había un solo paso, él y Nadia estarían analizando su día a día con el muchacho de la barra de la cafetería. Ese sería su deporte favorito ahora.

—Por casualidad, ¿pudiste encontrar más material interesante para nuestro trabajo? Yo no encontré absolutamente nada —comentó Nadia. Amelie estaba concentrada en tratar de actuar de forma normal porque sabía que Bastian la estaba mirando desde el extremo del salón, con esa mirada fija otra vez, y era incómodo.

«Solo busqué información sobre Bastian, esperando encontrar alguna foto de él. Su nombre tiene un significado muy lindo, ¿sabes?», se dijo a sí misma. Eso no sería lo que iba a responder.

—Lamentablemente, no busqué nada sobre el trabajo de Historia. Ni siquiera me acordé —se disculpó saboreando la deliciosa porción de pizza y se preguntó si Bastian cocinaba lo que ellos comían—. Ah, estuve chateando con mi amigo venezolano, practicando mi inglés. Tantos años de clases deben servir para algo. Entonces sí, hice algo más en Internet, chatear.

Volteó su mirada hacia los pinos verdes que la llamaban con su color, invitándola a perderse en ellos y en la maleza del bosque. Tenía ganas de salir en algún momento, de escaparse durante alguna materia aburrida, pero sola, para poder pensar sin interrupciones y respirar aire puro.

—Ese chico es como tu novio del chat, ¿no? —interrogó Alexis e hizo sonar las ultimas gotas de su gaseosa con el sorbete en el fondo de la botella, mientras sus grandes ojos se posaban en su amiga.

—¿Qué te pasa? ¿Qué les pasa a ambos? Ustedes tienen una fijación con buscarme novio. Les informo que por ahora estoy muy bien sola y nadie me interesa más que mi familia y ustedes dos —les dijo, remarcando las últimas palabras para que se dieran cuenta de que ellos eran lo más importante en su vida.

—Hmm, eres muy dulce. Pero ¿estás segura de que nadie te importa? ¿Ni siquiera el que te está mirando fijo desde hace veinte minutos? Y no estoy hablando de Leo, sino del otro acosador llamado… —Inevitablemente la verborrea de su amiga Barbie fue más fuerte y lo tuvo que decir, tuvo que recordárselo.

—Shhh… no digas tonterías, ni siquiera sé quién es. Lo único que sé es su nombre y no entiendo qué hacemos hablando de él. Por eso se

cree importante, porque todos hablan de él como si fuera la gran cosa —exclamó agachando la cabeza, pues al pensar en su nombre no pudo evitar levantar la mirada. Sus ojos se encontraron en el mismo momento. Allí seguía, perfecto, calmo y esperando eternamente. Nadia y Alexis se miraron dando una de esas irritantes miradas de complicidad que Amelie no comprendía.

—Bueno, cambiando de tema. Tenemos que pensar algo para el baile de graduación, alguna temática para decorar el salón de fiestas, no sé. Va a ser difícil que todos nos pongamos de acuerdo sin matarnos y lo que más me molesta es que en ese mes tenemos miles de exámenes y cosas por hacer. Ahora suman la organización del baile a la lista —comentó Alexis estirándose y colocando su brazo en el respaldo de la silla de su novia, quien con el dedo pulgar le limpió la esquina de su labio, que tenía restos de salsa de la pizza.

—Genial, el baile de los de quinto año... —dijo Amelie tratando de sonar entusiasmada, pero a los demás no les costó mucho ver su falta de interés.

—Bueno, con esas ganas y entusiasmo creo que la idea no te gusta para nada —comentó Nadia mirando a Alexis, esa vez acomodando su cabello.

«¿Tiene que estar todo el tiempo haciendo eso? ¿Tratándolo como a un niño?», se cuestionó Amelie. A él parecía no molestarle en absoluto. Todo lo contrario, aprovechaba para dormirse mientras ella le acariciaba el cabello como si jugara con él.

Se quedó mirándolos con detenimiento porque se veían felices y eso la hacía feliz a ella también. «¿Seré así yo cuando tenga novio?», se preguntó. Pero eso solo el tiempo lo diría, cuando encontrara a alguien que no fuera entrometido, arrogante u obsesivo y, por su experiencia, Puerto Azul no era el mejor lugar para buscar novio.

—Es que justo el 20 de diciembre es mi cumpleaños y no quiero pasarlo aquí en el colegio con tanta gente —dijo retomando el tema anterior. Sí, eso era lo que no le agradaba. Que su cumpleaños número diecisiete fuera el mismo día del baile, porque sabía que Nadia se encargaría de decirle a todo el mundo y, siendo la hija de intendente de la ciudad, todas las miradas estarían puestas en ella y no en los egresados. Y nunca había sido esa clase de chicas que necesitara de la atención ajena para sentirse bien.

—¡Qué tonta! Me había olvidado de tu cumple. Esas son fantásticas noticias —gritó su amiga y algunos se dieron vuelta para verla, seguro pensando que algún profesor había faltado, pero cuando ella no aclaró el porqué de su alegría volvieron a su comida desilusionados—. Así que tendremos dos fiestas en una. Esta va a ser la mejor despedida de

año de nuestras vidas.

Alexis se despertó de su corto sueño con la risa de su novia. Tal cual lo había pensado, Nadia haría de su cumpleaños un carnaval.

—*Ok*, en verdad aprecio tu entusiasmo. Pero nada muy fuera de lo normal, ¿entendiste? —La miró fijo para que se lo prometiera.

—Entendido —dijo más que feliz, aceptando el tratado de paz. Amelie no pudo negar que amaba verla de esa manera.

—Hey, Amy, hablando de todo un poco… —comenzó a decir Alexis—. Ese loco te sigue mirando y no ha parado desde que entraste al comedor. ¿Quieres que le diga algo?

Se llevó el puño a su mentón y Amelie entendió lo que significaba «hablar». Mientras el timbre marcaba el final del almuerzo, Nadia se había quedado mirando fijamente a Bastian, quién se alejaba del lugar pues la cafetería había cerrado.

—No es necesario que te tomes el trabajo, Al, ya se fue —dijo Amelie, mirando también cómo se alejaba. Entonces recordó lo mal que le había hablado cuando estaba pidiendo comida—. Y gracias por defenderme, pero tal vez yo exagero bastante, o estoy muy irritable estos días. Él no me molesta para nada.

—¿Estás en esos días? Te entiendo —comentó Nadia, sacudiendo la cabeza.

—¡Ay, Nadia! No es eso y no es un tema de lo más agradable.

—La pequeña Amelie acaba de dar otro paso y cada vez está más cerca del amor que del odio —bromeó Alexis, despeinándola como ella había hecho con él por la mañana.

—Puedes ser insoportable cuando quieres, Al —dijo ella sacudiendo su cabeza y acomodando su cabello, mientras Nadia se reía.

Los dos se quedaron mirándola, diciendo con la expresión en sus caras que era hora de volver a clases.

—¿Saben una cosa? Intentaré ser rebelde, no voy a entrar a clases ahora. Tengo ganas de respirar un poco de aire puro, me duele la cabeza y no estoy de ánimo para aguantar al profesor de Química con todas sus fórmulas —comentó Amelie, de pronto. Buscando su aprobación, les dijo—: Espero que no les moleste, ¿me cubren?

—Está bien, escapa un rato por ahí. Nosotros te cuidamos las cosas, no vaya a ser que Leo tenga ganas de investigar tu bolso tratando de encontrar algo para recordarte —bromeó Nadia imitando la mirada de su compañero de clase y, aunque le pareció aterrador, Amelie no pudo evitar reírse.

—Debes ser la única persona que escapa de clases en el mismo colegio —dijo Alexis, riéndose de lo que estaba pensando—. Con

Nadia solíamos irnos en la hora de Matemática al…

Nadia lo interrumpió con un ligero codazo en las costillas. A toda costa quería mantener su imagen de alumna ejemplar y más frente a su amiga.

—Shhh… pequeño delator, no tienes que contar todo lo que hacemos. Vamos a clase ya, nene. —Se dirigió entonces a su amiga, dibujando una extraña sonrisa en sus labios, casi cómplice, y arrastrando a su novio por el pasillo—. Que te diviertas donde sea que vayas y que no te descubran. Nos vemos en el próximo recreo.

Por fin, se había quedado sola, lo que le daba tiempo de pensar y acomodar sus ideas tantas veces como quisiera. En verdad creía que estaba siendo un poco exagerada, comportándose a veces de manera tan extrema e irritable y otras alegre, como si fuese bipolar o tuviera otro desorden. Y no sentía que fuera solo con el chico de la cafetería, sino también con Leo, la selva superficial que tenía por escuela y otros aspectos. Tal vez si tratara de divertirse más como sus dos amigos hacían y tomaba las cosas con calma, todo sería más natural y no lo sentiría como una carga. La vida a veces podía demostrarte que era demasiado bella como para vivir lamentándose por todo.

Amelie salió por la gran puerta del comedor sintiéndose renovada. Afuera aún estaba un tanto fresco, así que se puso su blanca chaqueta de algodón, que se había quitado antes de almorzar. La cerró a la altura de su pecho y atravesó el patio con rapidez para que ningún directivo, profesor o alumno delator la viera, si no, se metería en problemas y eso era lo que menos quería. No deseaba que le llamaran la atención y que sus padres se enteraran. Sabía que estaba yendo en contra de las reglas del colegio y nunca antes había pensado en hacer algo así, pero la nueva Amelie se comportaba un tanto diferente.

Para su suerte, no había cercas que le impidieran llegar al bosque, solo tenía que cruzar por el campo de deportes. Apenas puso un pie en él y se adentró un poco en algunas líneas de pinos que la escondieron, se sintió salvada e invisible. No tenía pensado adentrarse tanto. El lugar no era tan grande, pero asumía que no era de lo más inteligente en situaciones de exploración y no sabía si había animales peligrosos o algo por el estilo. Aun así, dejó fuera de su mente todos los pensamientos para poder relajarse. Caminó unos pasos más, mirando todo a su alrededor y pisando con cuidado. El suelo era un colchón de hojas amarillas y ramas finas que crujían bajo sus pies. El aroma de los pinos era fuerte, pero para nada desagradable. Había a su alrededor flores de todos colores, plantas que colgaban de algunos árboles de los que ni siquiera sabía su nombre. El pasto que podía verse en ciertos lugares parecía húmedo, ya que el sol no podía entrar con facilidad

por más que sus rayos fueran fuertes. Los pájaros cantaban desde lo alto de las ramas, emitiendo un sonido ensordecedor pero agradable.

Los minutos y horas comenzaron a pasar mientras levantaba hojas secas o miraba piedras con formas extrañas. Por momentos se sentaba cerca de las flores a pensar y cuando ya hubo pasado mucho tiempo decidió que era hora de volver, el final de la tarde no estaba tan lejos. Siguió su camino contemplando la belleza del bosque cuando algo rompió su concentración. Recostado contra un árbol de tronco grueso y agrietado estaba Bastian. Tenía los ojos cerrados, las pestañas oscuras descansaban sobre la parte superior de sus pómulos; parecía estar durmiendo. Extraño lugar había elegido para descansar. Su cara estaba toda relajada y eso lo hacía lucir un tanto más joven. Los suaves y tibios rayos del sol que podían atravesar las abundantes copas de los árboles acariciaban su rostro y lo volvían brillante. Sus gruesos brazos estaban cruzados sobre su pecho, que suavemente subía y bajaba con su respiración.

«¿Otra vez me lo tengo que encontrar?», se cuestionó ella porque sintió que su presencia arruinaba un poco su bello momento de tranquilidad. En verdad había querido estar sola por un rato.

Viendo que él estaba dormido, aprovecharía la oportunidad para hacer el gran escape. Dio media vuelta muy despacio, haciendo el menor sonido posible. Un paso, dos, tres y una rama que se quebró bajo su pie hizo que el muchacho se alertara.

—¡Hey, Amelie!

«Maldición. ¿Ahora qué hago?», pensó mientras giraba para verlo.

—¿Qué haces aquí sola? ¿No deberías estar en clases? Te vas a meter en problemas —preguntó con su voz suave y se estiró para desperezarse, así que comprobó que en verdad estaba durmiendo. No tenía intenciones de pararse o alejarse del lugar, ya que se quedó allí sentado. Siguió estirándose y levantó sus brazos por sobre la cabeza y su musculosa blanca dejó al descubierto su atlético torso. Amelie no pudo evitar mirarlo al menos por un segundo y, antes de que Bastian se diera cuenta, apartó la vista.

—Eh… Bueno, estaba tratando de respirar un poco de aire fresco. No me he estado sintiendo bien estas últimas horas y me duele un poco la cabeza, así que pensé que podía venir aquí a relajarme —explicó sin mirarlo directamente—. Además, yo no te delaté por tu maltrato, tú no debes decirle a la directora que me escapé de clases.

Bastian sonrió ante aquel comentario y, moviéndose un poco de su lugar, dejó respaldo libre en el tronco del árbol. Dio unos golpes en el pasto a su lado, invitándola a sentarse junto a él.

—Si me lo pides de esa manera, no se lo diré, aunque bien podría

hacerlo.

—¿Serías capaz de eso? —preguntó ella un tanto molesta.

—Es broma, no soy un delator. Solo me pagan para servir comida.

—No es una buena broma para usar con alguien que se ha fugado de la escuela.

—Lo sé, ahora ven y siéntate aquí conmigo. A menos que quieras perderte en el bosque, pero no te lo recomendaría. Y con respecto a lo de hoy, sé que no debí usar tu nombre tan libremente, quedé como un verdadero entrometido, ¿verdad? —explicó, extendiendo una mano para invitarla otra vez a sentarse y usando ese tono de voz de niño que imploraba perdón. En eso era mejor que ella, mil veces más persuasivo.

Amelie recordó que no tenía excusa para dar si volvía al aula, así que decidió quedarse con él, no pensaba salir corriendo. Además, no sería tan malo esperar que el timbre final sonara, solo faltaban unos minutos. Se acercó despacio, tratando de no mirarlo, y se sentó un tanto alejada de él, sintiéndose un poco nerviosa. Bastian observó la situación, entendió qué le debería estar pasando a la chica y solamente se rio, irguiendo levemente su cabeza hacia arriba y mordiendo su labio inferior, distraído.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? ¿Te parezco graciosa? —preguntó ella mirándolo directo a los ojos. Él se acercó, hasta dejar sus brazos a un milímetro de tocarse. Amelie dio las gracias de tener su campera puesta, aunque rozar la piel de Bastian le causaba gran curiosidad. Algo se había despertado en ella.

—Me río de ti, de cómo te alejas cada vez que yo quiero acercarme. ¿Estás nerviosa o incómoda? ¿Quieres que me vaya y te deje tranquila?

—Claro que no...

—No quiero que te sientas así —dijo Bastian, mirándola atentamente—. Yo sé que te conozco hace unos días, muy pocos días para ser más exacto, pero no sé cómo comportarme para que te des cuenta de que no te quiero dañar o hacerte sentir mal.

—¿Por qué me harías sentir mal? Incluso ¿por qué querrías dañarme?

—Y es que pareces estar a la defensiva desde que me viste en la cafetería la primera vez. Reconozco que soy entrometido a veces y que no empecé bien contigo, pero no creo haberte hecho nada malo para que me trates así —dijo, sonando un tanto dolido.

—Es que nunca estuve sola en un bosque con alguien a quien apenas conozco. Tal vez sea normal para ti, pero no lo es para mí —dijo Amelie, un poco avergonzada—. Por lo demás, Bastian, yo me

enojé mucho conmigo misma por haberte hablado así.

—Seguro no lo dijiste adrede, te estabas defendiendo de mi intromisión.

—Lo sé, pero a veces siento que exagero demasiado hasta el punto de prohibirle a las personas que usen mi apodo. Fue una estupidez, ¿cómo me ibas a llamar si no era por mi nombre? ¿Chica X? —dijo ella entre risas, comprendiendo lo tonta que había sido esa situación. Luego respiró profundo y se sintió más tranquila, nunca había pensado que iba a estar tan cerca de un chico hablándole de forma tan abierta acerca de sus sentimientos y justamente que ese chico sería Bastian.

—Está bien, Amy. Por más que te parezca una tontería, eso significa que te defiendes muy bien, que no dejas que cualquiera se meta contigo. —Amelie lo miró agradecida, esbozando una sonrisa—. Me gusta eso. No eres como las demás chicas que me piden comida; a ellas podría llamarlas por cualquier nombre tonto y me lo permitirían.

Amelie rio ante el comentario. Se imaginó a sus compañeras diciéndole sí a todo lo que Bastian les dijera y le hizo gracia. Aunque cuando llevó sus pensamientos a otro nivel, trató de alejarlos lo antes posible.

—Pero no me pidas disculpas. Está todo más que bien —dijo Bastian sin quitar la vista de su rostro. Sus ojos parecían quemarla mientras la inspeccionaba lentamente, como si hubiese querido tenerla tan cerca desde hacía tiempo. Se detuvo en cada parte de su cara, en su pelo rojo, en sus labios rosados y sus ojos dorados. Ella tuvo que mirar hacia arriba, a las copas de los árboles, que se movían con el viento, para no sonrojarse.

—¿Sabes una cosa? Yo tampoco tiendo a comportarme así.

—¿Así como?

—O sea... no trato igual a todas las personas. Es más, tú eres la única chica a la que le he hablado tanto. Y trato de caerte bien, por eso me desespera cuando no lo logro. —La sonrisa de Bastian se desvaneció un momento, inspiró aire y continuó—: Hay algo que me está pasando desde que me hablaste.

—¿Qué es lo que te está pasando? —preguntó ella intrigada y tragó fuerte, deseando escuchar su respuesta. Había visto demasiadas películas románticas y leído muchos libros también y, por cómo se venían dando las cosas con el muchacho ese, se podía imaginar la respuesta. En ese momento, se puso nerviosa porque no sabría qué responder si él le decía eso que ella estaba pensando. Tal vez solo quería invitarla a salir…

—Sé que es muy pronto, pero siento la necesidad de...

—¡Acá estabas, Amelie! Casi nos morimos de los nervios cuando no

apareciste en el recreo. Las clases terminaron hace media hora. Te pasaste de rebelde —gritó Nadia cerca de ella, cargando su bolso y apareciendo de la nada. Los dos se sobresaltaron, habían estado tan absortos en su conversación que no notaron que Nadia y Alexis habían llegado como espectros silenciosos.

«¡Maldición! No me esperaba esto», pensó ella y vio la cara de su amigo. Estaba muy desconcertado. Bastian se paró con prisa bajo la mirada fija de Alexis.

—No van a pelear, ¿o sí? —interrogó Amelie y, poniéndose de pie, frotó sus brazos. Sentía más frío ahora que Bastian se había apartado de ella. Su amiga miraba en silencio la situación que se había vuelta incómoda.

—Esto no es un *ring*, Amy. Aunque verlos tan juntos es una escena de lo más rara. Podrían rentar un cuarto, ¿saben? —comentó Alexis y, dejando de estar tenso, soltó una carcajada.

—¿Qué dices? ¡Eres un tonto! Estábamos hablando, arreglando nuestras diferencias, no sé qué es lo que le ves de raro a eso, después me dicen exagerada a mí. —Se había sonrojado tanto que temió que hicieran un comentario al respecto y la expusieran—. Bastian ya se iba de todos modos y nosotros tenemos que hacer el trabajo de Historia.

—Él puede irse cuando quiera, pero ¿seguro que no le hiciste nada malo? La miras de manera muy extraña en la cafetería —arremetió Alexis, aún lleno de dudas.

—Puedes pensar lo que quieras, no eres mi jefe y no te debo explicaciones —dijo él, de lo más serio—. Pero que te quede una cosa en claro: nunca vuelvas a decir algo como eso o me veré obligado a romperte la nariz de un golpe. ¿Por quién me tomas? No soy un psicópata, por lo tanto, nunca podría hacerle algo malo a una persona y menos a Amelie. Les pido que escuchen a su amiga y le crean si ella les dice que aquí no ha pasado nada. Pero si quieren quedarse tranquilos, esto no volverá a suceder. Adiós, Amy, siento haberte metido en un lío con tus amigos.

Se la quedó viendo a los ojos al pasar frente a ella. Su mirada ocultaba algo, se veía casi torturado, como si no le gustara para nada lo que su amigo había dicho, eso de herirla. Ese adiós no le hizo gracia alguna a Amelie. Los tres lo vieron alejarse, con la espalda erguida y cuadrada, se perdió entre los árboles mientras las hojas caían sobre él.

—¿Eres bipolar o qué demonios te pasa? Primero te parece que Bastian es arrogante y llegas al punto de odiarlo, ¡al segundo estás sola con él en el medio del bosque! ¿Y desde cuándo te llama Amy de esa manera tan familiar, como si te conociera desde siempre? —preguntó Nadia quién no entendía nada de lo que estaba sucediendo.

—Desde hoy… —fue la respuesta obvia que no le hizo gracia a nadie—. Desde que yo se lo permití gracias a que te escuchó llamarme así en el almuerzo y toda esa charla sobre la catedral que es justamente donde vive —agregó mirando a Alexis que se había quedado en silencio. En el fondo, la manera en que el chico de la barra le había hablado lo había asustado un poco. No le tenía miedo, pero estaba seguro de que sería capaz de romperle la nariz como había dicho. Luego de un momento, volvió a hablar.

—¿Estás segura de que no se propasó? ¿No te besó o te tocó donde no debía?

—¡Al! ¿Qué clase de preguntas son esas? Está bien que te pongas en el papel de hermano, pero deja que la chica tenga experiencias. Y termina con el interrogatorio, porque un beso es lo que le falta a Amy, así ve la vida de otra manera —bromeó Nadia, tomándola de la mano y sonriendo. Seguro ya estaba creando teorías. Ella había visto a Bastian irse del comedor y luego Amelie les había dicho que se iría por ahí, y se habían dirigido hacia el mismo lugar. Y antes habían estado conversando mientras le servía comida.

—Lo que sea, pero ahora salgamos de acá, porque este lugar es tétrico y horrible —comentó Alexis. Ante sus palabras, Amelie sacó la lengua, ya que, desde ese día, el bosque era el lugar más hermoso en el que había estado. Le encantaba, con su estremecedor silencio interrumpido, sus misteriosos ruidos imperceptibles, la tenue luz del sol, que trataba de iluminar, el murmullo de las hojas de los árboles cuando el viento las hacía temblar, el canto de las aves y Bastian sumado al paisaje.

En el auto, de camino a la casa de su mejor amiga, no pudo hacer más que pensar. Si hubiera tratado de no hacerlo, habría perdido la batalla, porque los recuerdos del bosque eran muy fuertes y destruían los muros mentales que ella ponía.

«¿Qué es lo que te está pasando desde que te vi? Necesito saberlo...», pensó ella, odiando que los hubieran interrumpido.

—¿Qué fue todo eso en el bosque, Amy? La verdad es que no te entiendo. Bueno, en cierto punto sí lo hago, porque Bastian es tan *hot* y es todo un protector, pero… ¿no se supone que lo odiabas? —preguntó Nadia con los ojos abiertos y tratando de que sus labios esbozaran una sonrisa. Ya se encontraban en su cuarto.

—Ah… con que es *hot* y protector. Otra más que se suma a la lista de admiradoras. Por favor, no pueden caer tan fácil —comentó Alexis dejando un plato lleno de sándwiches sobre el escritorio. Luego se dio

vuelta para mirar a su novia con un gesto de reproche—. Solo porque ande casi desnudo todo el tiempo y se haga el difícil, que es algo que a ustedes las mujeres les encanta, no quiere decir que sea un buen tipo. Mañana voy desnudo al colegio a ver qué sucede.

—¡Dios! Estás terrible hoy, hermano. Ahórrame esas imágenes, por favor —imploró Amelie.

—No exageres, amor. Es para incentivar a Amelie, porque a mí no me parece más hermoso que tú, de eso estoy completamente segura. Y si vas desnudo al colegio todas te van a mirar, pero yo te voy a matar y luego te colgaré del mástil de la bandera de tus… —bromeó Nadia, acercándose hasta su novio para besarlo en los labios—. Yo digo que Bastian es lindo para ella, ¿no te parece? Deberías invitarlo a salir.

—Chicos, la verdad es que fue solo una simple charla en el bosque. No sabía que él estaba allí y tampoco iba a volver a clase para que el profesor me retara por entrar tarde —mintió con descaro, ella misma podía reconocerlo—. Charlamos de cosas sin sentido como su trabajo, mis estudios y cosas de la vida

—Lo que quieras, amiga, pero si las tontas de Gina y sus secuaces supieran que estuviste sola con él, seguro te quemarían públicamente frente a la vista de todas las envidiosas —dijo Nadia riendo—. Lástima que nadie más los vio para que el jugoso chisme corra por los pasillos.

Se acercó hasta Amelie bailando de manera sensual y la tomó de las manos para que se uniera a la danza.

—Aunque Al ahora sienta que es tu hermano y que tiene que ser sobreprotector, yo te doy mi apoyo. Sigue hablándole, porque me encanta la pareja que hacen —agregó entusiasmada. Alexis se tiró sobre la cama dando un fuerte suspiro de derrota—. Además, ese chico está interesado en ti. ¿Has visto cómo te mira? ¿Y cómo le habló a Alexis acerca de ti?

—¡Mujeres! —exclamó su amigo, mirando al techo—. De todos modos, el loco no parece ser tan malo. No sé, esa manera en la que habló, parecía sincero; así que, si quieres pedirle que sea tu novio o algo, deberías hacerlo antes de que alguna popular te lo quite.

—Esperen los dos un segundo. ¿De qué estamos hablando? ¿Novio? No, no. Ustedes están equivocados —dijo alarmada cuando pudo pensar que todo estaba yendo demasiado lejos. Haciéndose la enojada, puso las manos sobre sus caderas—. Ni siquiera deberíamos estar hablando de él. Por favor, no estoy enamorada y él menos. Cuento con su apoyo para que se sume a nuestro grupo de amigos, pero nada más.

—Entonces dejaríamos de ser la Triple Alianza, tendríamos un aliado nuevo —comentó Alexis no muy convencido con la idea. Nadia

golpeó su espalda, respirando nerviosamente.

—¿Ven lo que digo? Ni pensemos en eso, ni en él. Si va a traernos problemas, dejemos todo como está, que así está genial —dijo clavándose un cuchillo imaginario en el corazón porque ella lo quería conocer un poco más, pero tenía que decir lo siguiente para que las cosas no fueran más lejos de lo debido.

—¿Vieron la mano derecha de Bastian? —Sus amigos respondieron con una negativa—. Préstenle atención mañana cuando les sirva la comida. Tiene un anillo dorado, al igual que las personas comprometidas o como el que usan nuestros padres. Tiene novia, es casado, tal vez tenga hijos… no sé, pero anillo de compromiso tiene —dijo, tomando un sándwich para desatar el nudo que se le había hecho en la garganta, ya que se estaba condenando a sí misma. Se quedó esperando la reacción de sus amigos. Nadia se había quedado sin habla, toda la alegría y el sentimiento de posibilidad que antes se reflejaba en sus ojos ahora se habían desvanecido.

—¿Estás segura de que es uno de esos anillos? Eso no es justo si tiene novia —preguntó Alexis, mirándola de frente, preocupado—. Si con apenas días de conocerte te protege de esa manera y se queda a solas contigo, si fuera tu amigo, ¿qué? ¿Te besaría o...? Eso no está bien si ese anillo significa lo que dices.

—Entonces, asunto olvidado. ¿*Ok*? —preguntó Amelie a los dos, que se acercaban al escritorio para comenzar con el trabajo de Historia que debían entregar la semana siguiente. Ella podía sentir que ambos estaban dudando de su convicción.

—Olvidado —repitieron los dos a la misma vez. El cuchillo terminó por destruirla y el adiós de Bastian se repitió en su cabeza, se escapó de su mente y recorrió los senderos del bosque para perderse en su profundidad.

Atrapada

El jueves pasó rápido, pero aun así la semana se negaba a terminar. Amelie comenzó su día de la peor manera, porque su sueño de todas las noches había cambiado; la variación se había producido. Lo conocía tan de memoria que una simple hoja de árbol que antes no estaba ahí llamaría su atención.

Había llegado otra vez a la parte en la que se acercaba hasta el ser misterioso para ver su rostro, cuando se dio cuenta de que un automóvil se había sumado al paisaje. Un auto que le parecía conocido y que tenía luces fuertes pasó por la ruta detrás de ella y alumbró por un segundo la cara de su antes invisible compañero. La pudo ver nítida como si fuera de día bajo los abrasadores rayos de un sol de enero. Su piel era clara, los ojos verdes y el cabello negro recién cortado. Su mano, en la que llevaba un anillo dorado que brillaba desprendiendo destellos, aún puesta en su hombro, estaba quemándola y recordándole cosas que la torturaban.

—¡Bastian! —dijo en voz alta, abriendo los ojos de repente. Trató de respirar porque era como si alguien le hubiera pegado en la boca del estómago y la hubiera dejado sin aire. El enojo hacia él y a su manera de entrometerse, que se había esfumado hacía unos días, volvió de repente.

«¿No es suficiente con estar en cada lugar al que miro en el colegio? ¿No le basta con hacerme sentir como una tonta que no sabe reaccionar? Ahora también se mete en mis sueños», protestó y se puso una almohada en la cara para ahogar un grito. Antes se moría de ganas por ver el rostro de la persona que aparecía en su sueño, pero en ese momento no estaba segura de si lo que había visto la

conformaba.

A pesar de que Bastian le atraía cada vez más, no podía evitar pensar en lo que había dicho Alexis. Él era un chico que pasaba tiempo con otras chicas en la soledad del bosque estando comprometido. Alguien que, por más educado que fuera, rompería la triple alianza con sus amigos. No lo podía permitir.

De repente, sus pensamientos se vieron interrumpidos por un estruendo en la ventana que por poco la hizo dar un salto. El corazón casi se le salió por la boca y se sentó en la cama. Se paró despacio y observó lo que había pasado. Cuando se acercó hasta ella, en los mosaicos del pequeño balcón había un ave negra con las alas extendidas. Su pico había quedado abierto y sus ojos, que eran como pequeñas bolas oscuras, estaban estáticos y puestos en el cielo. Entendió que ya no tenía vida. Abrió el ventanal hacia el pequeño balcón y se arrodilló junto a la criatura.

Su dedo tocó el suave plumaje y el gordo pecho que antes se había inflado. Pero la criatura no estaba muerta y al instante un graznido horrendo interrumpió el silencio y estalló en sus oídos. El cuervo cobró vida en un segundo y Amelie cayó sentada al suelo muerta de miedo.

Asustada todavía, se deslizó hacia atrás impulsándose con las piernas y logró cerrar la ventana. Soltó un grito de terror cuando el ave comenzó a volar y arremeter contra el vidrio, como si quisiera quebrarlo con su afilado pico.

Su madre y su hermana llegaron hasta la habitación corriendo desesperadas por el grito que habían oído desde la cocina. El ave ya se había marchado, era solo una mancha negra en el cielo azul.

—Amelie, ¿qué te pasa hija? ¿Qué fueron esos gritos? —preguntó con la voz preocupada, mientras su hermana la miraba como si estuviera viendo a una loca. Logró calmarse apenas su mamá la abrazó. Era el efecto que los abrazos de su madre siempre tenían. El mundo podría venirse abajo, su cielo podría derrumbarse, pero los brazos de su madre eran un escudo. Allí todo estaba bien.

—Creí... creí que estaba muerta... —Muy pronto se convenció de que no tenía por qué asustar a su madre. Era solo un ave. Una muy amenazante, pero ave después de todo. No podía hacerle daño—. No es nada serio. ¡Qué tonta! Es solo que un ave se estrelló contra la ventana y me dio un tremendo susto.

Fingió una sonrisa que logró tranquilizar a la mujer. La verdad era que se había sentido atacada por un pájaro que ni siquiera habitaba esas zonas y no quería admitirlo porque estaba segura de que no creerían que un cuervo andaba por Puerto Azul. Lo más seguro era

que se tratara de otra clase de ave.

—Eres mi chiquita aún. Tienes todo el derecho de asustarte —bromeó su madre y las tres comenzaron a reír.

Si el día anterior no había podido lidiar con la presencia de Bastian, esa mañana, con el enojo que tenía por su intromisión en su más hermoso sueño, no le sería difícil ignorarlo. Sintió que era lo que debería haber hecho desde un principio. Sumado a eso, aún se sentía rara por lo que le había pasado con el cuervo y un miedo indescriptible se había instalado en su cuerpo.

Cuando la hora del almuerzo llegó y tuvo que pasar por la cafetería y frente a la bella sonrisa de Bastian, ella solo le dijo:

—Hola. Una manzana, por favor.

Ni siquiera lo miró a la cara, tomó la bandeja casi vacía y se alejó a toda prisa sin esperar su reacción. El muchacho se quedó desconcertado, por decir poco. Después de todo lo que había pasado en el bosque, había sentido que las cosas habían quedado bien. Pensó que tal vez sus amigos se habían molestado, que él no les caía bien y por eso ella se mostraba distante. Bastian sentía que iba a estallar con los cambios de ánimo de Amelie, quien podía pasar de ser la persona más tierna del colegio a una chica completamente fría y distante, lo que no le agradó en absoluto. En un momento pensó en ir a buscarla y preguntarle qué le estaba pasando, pero sacudió la cabeza y siguió con su trabajo.

Los tres amigos estaban en su mesa de costumbre y riendo sin parar con los chistes de Alexis. Amelie entonces ni tiempo tenía para dar una mirada descuidada hacia la barra de comidas, pero algo en ella ansiaba hacerlo. Sabía que sus ojos estaban puestos en ella, aunque pretendiera estar ocupado; ese chico tenía una mirada tan profunda y penetrante que era imposible no sentirla por más que lo ignorara.

—Parece que el tipo está un poco perdido hoy —comentó Alexis—, como desconcertado. Y lo comprendo, no creas que no le presté atención a tu paso por la barra.

—¿De qué hablas? ¿A qué paso te refieres? Parece que se ha vuelto el *show* del día mi paso por la barra de comidas.

—Me refiero a que un día le hablas bien y al otro lo tratas mal —le explicó Alexis, tratando de no sonar hiriente—. Tengo mis dudas con respecto a él pero, si yo estuviera en su lugar, ni siquiera intentaría agradarte nunca más. No te lo tomes a mal, hermana, pero es la verdad.

«Lo hice en parte por lo que tú dijiste, Al», se reprochó en su mente. Pero ¿era cierto?

Amelie levantó los ojos y le dedicó esa mirada que había estado posponiendo. Y su corazón simplemente se le hizo pedazos como una copa de cristal que se estrella contra el suelo. Sus ojos, que siempre tenían una chispa de magia, estaban apagados y fijos en una bandeja de comida. No los había visto así en cuatro días, ni siquiera cuando le habló tan mal. Ella bajó su cabeza y miró sus manos que reposaban sobre su falda.

«¿Por qué me empeño en hacer sufrir a ese chico? Después no te enojes si te tratan de histérica, Amelie», se reprochó otra vez. Sintió que había sido tonto culparlo por aparecer en su sueño porque, si lo pensaba como una persona madura, él no era el responsable de nada. Era ella misma quien lo había puesto allí por alguna razón. Tal vez por el tiempo que había pasado junto a él en el bosque o por la incipiente obsesión que estaba experimentando. A todo el mundo le pasaba que cuando una persona estaba metida en su cabeza por mucho tiempo, luego aparecía en sus sueños. Sabía que tenía que pedirle perdón, pero no sabía de qué manera.

—Y bueno, él se lo pierde. No creo que la forma en que Amelie lo trató hoy sea errada. Eso le pasa por olvidar que tiene un anillo de compromiso con alguien —comentó Nadia, que lo primero que había hecho al entrar a la cafetería fue mirarle la mano para comprobar que lo del anillo era cierto—. Amy no puede quedar como una chica fácil sabiendo que Bastian tiene novia. Pero, si de verdad él quiere tener algo contigo, amiga, que arregle sus asuntos primero.

Fue en ese momento que Amelie no supo si estaba bien darle tanta importancia a un objeto que podía ser un regalo o él mismo haberlo comprado y, peor aún, enredarlo en una situación de la que él no tenía la más mínima idea. Pero Nadia había dicho que lo llevaba «justo en ese dedo». Al parecer existía un dedo correcto donde iban los anillos de compromiso. El cielo de Amelie se derrumbó un poco más con ese dato.

El primer timbre de salvación sonó. Se alejó del lugar con sus amigos y lo dejó desconcertado, pero no iba a volver a disculparse o a explicar, porque sabía que haría la situación aún peor. Tal vez era mejor que todo terminara allí. No podía creer que, a tan poco tiempo de conocerlo, la hiciera sentir tan confundida.

Luego de un tiempo deseó algo con todas sus ganas y la magia volvió a ser real. El timbre que indicaba el final del día retumbó en los pasillos. Se levantó de la silla victoriosa, creyendo que era ella quien con su fuerza mental lo había hecho sonar.

Esa tarde no quiso ir a lo de Nadia, quería leer una novela en la cama, descansar y estar sola. Bastian pasó cerca de ellos en el

estacionamiento, pero ni siquiera la miró. Arrojó una chaqueta de cuero negro dentro del auto, se subió a él y, marchándose a toda velocidad por el camino de piedras, hizo que estas volaran en todas las direcciones.

Amy se despidió de sus amigos al bajar del auto frente a su casa y caminó sintiéndose decepcionada consigo misma, porque recordó que su papá siempre le había enseñado que no debía engañar a sus sentimientos. Decía que uno debía actuar conforme a ellos y la muchacha sintió que eso era algo que no había hecho ni una sola vez en cuatro días.

El viernes llegó nublado y caluroso. La cerámica de toda la casa se veía cubierta por pequeñas gotas de humedad. Era obvio que en cualquier momento del día podría llover.

Amelie dio sus rutinarias vueltas en la cama y esa vez su cuerpo se sintió descansado, así que supuso que había dormido bien. Las mariposas cerca de la ventana estaban estáticas, como esperando ver qué le pasaría ese día, qué locura se le ocurriría o qué sorpresa se iba a llevar la chica que había decidido cambiar su condición de solitaria y salir a la luz del mundo «normal».

En un momento quiso que su vida volviera a ser la de días atrás y convertirse en la persona que no hacía más que estar encerrada en su casa, sin amigos y nada en qué pensar. Pero no, después supo que había conocido a personas maravillosas a las que no estaba dispuesta a perder.

Recordó el sueño que había tenido por la noche y este había estado intacto, misterioso, pero igual que siempre. No hubo luces entrometidas que alumbraran rostros que no quería ver. Entendió que el hecho de ignorarlo el día anterior había hecho que su sueño volviera a ser el mismo. Entonces eso significaba que, ignorándolo, todo estaba bien, así que lo seguiría haciendo. No sabía por cuánto tiempo, pero se arriesgaría a intentarlo. Ese día le sería fácil porque, al ser el último día de clases de la semana, no tenía doble turno y eso significaba que no tendría que ir al comedor.

Se vistió con una camiseta azul ajustada que le encantaba casi tanto como las mariposas imperiales, quienes tienen la extraña característica de vivir solo un día. Esperó que su confianza no muriera tan pronto. Peinó su cabello como de costumbre y bajó las escaleras.

Su padre estaba sentado a la mesa con el diario frente a su cara. Apenas se sentó en la silla, lo quitó de sus ojos para mirarla y notó que su hija se encontraba silenciosa y pensativa.

—¿Te sucede algo, hija? Esa manera de suspirar no me gusta nada —preguntó.

—¿Eres experto en suspiros, papá? —bromeó y ambos sonrieron—. No me pasa nada. Yo creo que debe ser el día, que me tiene sin ganas de hacer nada. Todo se siente tan pesado y difícil de soportar —agregó ella suspirando hondo. Allí tenía su padre otro más para hacer un diagnóstico. Recordó lo que había pensado un día atrás. Lo de la decepción al no ser fiel a sus sentimientos. Tomó la taza con sus dos manos porque le gustaba sentir su calor entre los dedos en días así.

—¡Qué ánimo tienes, hija! ¿Estás segura de que no te sucede nada? —preguntó su padre, mirándola de reojo.

—En serio, no pasa nada, papá.

—Bueno, si no tienes ganas de hablar conmigo, me iré a trabajar —informó y saludó a sus tres mujeres. Besó la frente de Amelie y la miró dos segundos con algo en sus ojos que su boca no decía. Él podía darse cuenta de que era la vida social y no el clima lo que había influido en su ánimo esa mañana. Pero no quiso seguir insistiendo y por eso decidió marcharse; siempre le daba tiempo y luego Amy acudía a él cuando sentía que estaba a punto de estallar para que le dijera: «Lo sabía».

Cuando la bocina del auto de Alexis avisó de su llegada, su ánimo cambió bastante. Salió corriendo por la puerta principal cargando su bolso y saludó a su madre y hermana gritando a lo lejos.

Subió al auto mientras los chicos cantaban una canción que pasaban en la radio y de la que no sabían muy bien la letra. Eso hizo que Amelie sonriera y se sintiera mucho mejor. El vehículo empezó a recorrer las calles bajo la fina llovizna, que mojaba todo alrededor y que se había instalado bajo los cielos encapotados de nubes grises.

La primera materia del día fue Inglés. La profesora hizo que Amy leyera el principio de un cuento para niños. Llegó a una parte donde decía «*father*» y Alexis desde el fondo aclaró su garganta, de modo que se acordara de Leo cuando trataba de pronunciar con acento británico. Hizo un esfuerzo sobrehumano para no reírse, pensando que iba a explotar por contener la risa.

—*Very Good, Amelie. Thank you. You can go to your seat now* —dijo la profesora y la salvó de hacer el ridículo frente a toda la clase. Cuando llegó a su lugar, golpeó la cabeza de su amigo disimuladamente con los dedos.

Al instante escuchó una voz cerca de su oído.

—*That was excellent* —comentó Leo estirándose de su silla y apoyando una mano en el escritorio de Amy. De seguro, había quedado fascinado con su lectura para felicitarla de esa manera,

aunque le festejaba todo lo que hacía, así que no era muy objetivo.

—*Thank you* —respondió ella sin más, con las risas de sus amigos de fondo.

—*All you need is love…* —cantó Alexis y estalló en carcajadas, lo que le valió el reto de la profesora.

Durante la penúltima materia, Nadia empezó a sentirse mal. Le dolía la cabeza y estaba realmente descompuesta, pálida como una hoja de papel. Entonces Alexis, con permiso de la directora, decidió llevarla a su casa.

—Segura que tienes con quien volver, ¿no? —preguntó Alexis a su amiga.

—Sí, no se preocupen. Mamá sigue pagando el transporte, así que no habrá problema —dijo Amy tratando de hacerles ver que todo estaba más que bien—. No van a hacerme tía, ¿verdad?

Los ojos de ambos se pusieron como platos y Amelie se rio.

—¡Te las cobraste, tonta! —dijo Nadia, entrecerrando los ojos—. En cuanto tome algo y me sienta mejor, te llamo, así Al te busca para que pases la tarde con nosotros. No quería dejarte aquí un viernes —propuso Nadia.

—Gracias, pero es mejor que te recuperes y descanses —la convenció, mirando a su amiga un tanto preocupada—. Nos vemos el fin de semana de todos modos, o sea, mañana.

Después de despedirse, Nadia y Alexis se alejaron por el largo corredor para perderse en la llovizna espesa, él iba tomándola de la cintura.

Amelie se quedó sola y volvió a sentirse como antes. Entendió que el cuestionamiento que se había hecho por la mañana temprano había sido otra tontería más en su cabeza. Ahora que conocía lo que era tener amigos, no lo cambiaría por nada del mundo.

La última hora se le hizo interminable. Poco a poco el sonido de los truenos se hizo presente, pudo ver relámpagos como grietas enormes en el cielo oscuro a través de la ventana y de improviso la lluvia cayó de manera torrencial, y empapó el gran patio y las galerías del colegio.

No tenía idea de cuánto tiempo había estado observando la tormenta cuando el timbre final la hizo saltar de la silla. El día escolar había terminado.

Se apresuró a salir del aula y caminó acelerando sus pasos. Cuando tocó la puerta de entrada, se dio cuenta de que en su alegría de escapar de la escuela había olvidado algunos libros bajo el escritorio.

«¡Solo a mí me podía pasar!», se reprochó porque debería volver por el largo pasillo. Miró hacia fuera, el colectivo aún estaba allí, el

humo del caño de escape se mezclaba con la lluvia. Solo faltaban unos pocos chicos por subir. Volvió corriendo a su clase y tomó los libros. Algunos se cayeron de sus manos e intentó colocarlos en el bolso a la misma vez, tarea que se le hizo imposible y eso provocó que se retrasara aún más. Volvió a correr por el pasillo cuando ya estaba lista, escuchando el ruido de un motor alejarse. Se detuvo frente a la puerta, observando cómo el colectivo se marchaba.

«Genial. Bien hecho, Amelie», pensó y respiró hondo, experimentando el silencio del lugar, pues casi todos ya se habían marchado.

Se quedó mirando la lluvia a través de la puerta de vidrio, pensando preocupada en qué era lo que iba a hacer. Solía ahogarse en un vaso de agua por más que tuviera la salida enfrente.

De repente, sus oídos percibieron pasos cercanos que destruían el silencio; no estaba sola. Se acercaban a ella, acompañados de un perfume conocido, era imposible no reconocerlo.

«Y ahora todo es más que genial», volvió a pensar sarcásticamente.

Se dio vuelta para comprobar que era Bastian. A pesar de que no tenían que almorzar ese día, él y Juan se reunían para hacer el inventario de los alimentos que debían pedir durante el fin de semana.

Amelie no esperó verlo esa mañana. Iba vestido como si quisiera resaltar entre la multitud, ayudado por una camisa entallada y unos jeans ajustados, y en su cabeza traía una gorra de lana, pero de color gris esa vez.

—Hey, ¿cómo estás? ¿Todavía por aquí? —preguntó sin mucha alegría en la voz, pero mantuvo la cortesía. Se lo notaba más frío y distante que antes, ya que de seguro el comportamiento de Amy le había dado mucho en qué pensar. Sobre todo, en cómo dirigirse a una chica tan cambiante.

—Se podría decir que bien, pero acabo de perder el colectivo y mis amigos se fueron antes. Así que ahora me encuentro en un debate interno sobre qué hacer para llegar a mi casa —dijo con un humor que la sorprendió, señalando a la puerta desde donde se podía ver el estacionamiento casi vacío.

—Entonces se convertirá en tu día de suerte, porque ya terminé con el inventario y de hacer la caja con Juan en el comedor, así que me voy a casa. Te llevo hasta la tuya, no te preocupes —ofreció con los ojos brillantes, y esperó dudoso su respuesta, que se hizo esperar —. Mi auto no es tan nuevo como el de tu amigo, pero al menos no te vas a mojar ni gastarás en taxi —agregó sonriente. Su risa había vuelto a iluminar su cara.

—Yo no le presto atención a los autos. Aunque sé que el tuyo es un

Chevy Nova, la tercera generación de ese modelo. Me lo dijo Al —aclaró ante la mirada sorprendida de Bastian—. Además, los autos viejos resisten más.

—Suenas como toda una experta. ¿Tu amigo te enseñó sobre autos?

—No, solo me explicó algo acerca del tuyo —respondió Amelie—. Parece que le gustó.

—Pues estás en lo correcto —dijo él, todavía con la sonrisa en el rostro—. Bueno, ¿qué dices? ¿Me dejas llevarte hasta tu casa?

—Hmm, está bien. Creo que voy a aceptar tu oferta, Bastian. La verdad es que no traje dinero para pagar un taxi, así que, si no es molestia para ti, iré contigo —dijo mordiendo su labio con algo de nervios y dando el paso que se había estado negando a dar.

Podría haber llamado un taxi y usar la frase: «Soy hija del intendente y te pago en casa», pero ¿por qué seguir con la farsa del ignorar?

—Me parece la mejor decisión y no es molestia alguna, acabo de ofrecerme a llevarte. Si fuera una molestia, ni siquiera lo hubiera propuesto —comentó sonriente.

La lluvia había hecho que todo se sintiera fresco y Amy se abrazó a sí misma para sentirse más cálida. Él se dio cuenta al instante y miró la chaqueta de cuero que traía en sus manos. Lentamente, pero con gracia, se acercó a ella, cerró todo espacio entre ellos y la colocó con delicadeza alrededor de sus hombros. Sus manos se quedaron un rato en ellos, lo mismo sus ojos, analizándola. Cuando la respiración de la muchacha se tornó irregular, Bastian se dio cuenta de que ella estaba incómoda y decidió quitar las manos de sus hombros.

—Ahora espera a que acerque el auto a la puerta y corres lo más rápido que puedas para no mojarte. No te vayas, ya vuelvo —exclamó.

De todos modos, no iba a poder irse a ningún lado. No logró articular palabra después de que él le había dado su abrigo, y su suave voz no hizo más que convencerla de inmediato.

Mientras esperaba, recorriendo con sus dedos el material de la chaqueta de Bastian, escuchó resonar unos tacones en el pasillo, detrás de ella. Al parecer no todos se habían marchado porque, cuando giró para ver quién venía, observó a Zaira caminar por el pasillo con la frente en alto, como si estuviera en la pasarela de un desfile de modas. Amy se sintió tan pequeña e insignificante ante esa chica que parecía sensual y segura de sí misma todo el tiempo. En un momento pensó que ni siquiera la había registrado, pero se detuvo a su lado y la miró con una sonrisa en sus labios.

—¿Así que te vas a casa con el chico de la barra? Creo que debo

felicitarte porque es lo que todas las mujeres del colegio han deseado alguna vez. —Lo decía con malicia, mirando a Amy de arriba abajo, como si no la considerara gran cosa o un insignificante insecto asqueroso al que debería aplastar, pero por alguna razón se contenía —. Y bueno, tú has logrado captar su atención. Espero que no lo metas en problemas con su jefe, porque creo que las reglas dicen que no debe haber contacto entre ustedes.

Se adelantó un paso y volvió a dirigirle la palabra.

—¿Te has fijado en el anillo que lleva en su mano? Quizá no solo lo metas en problemas con su jefe… Es increíble, siempre son las más santurronas.

Sin más, Zaira se puso la capucha de su abrigo negro, dejó que una carcajada flotara en el aire y caminó bajo la lluvia hasta un BMW plateado. Amelie no supo qué responder ante lo del anillo, pero se preocupó también por la directora y Juan que, si los llegaban a ver juntos, de seguro podían despedir al muchacho. ¿Quién se creía que era para hablarle de esa manera? Quiso observar a la chica un poco más cuando el auto de Bastian se interpuso. Él se estiró sobre el asiento para abrir la puerta del acompañante y le hizo una señal. Corrió lo más rápido que pudo bajo las frías y gordas gotas de agua, hasta que por fin se sintió cálida en el interior del vehículo.

—Por cierto, gracias por prestarme la chaqueta. Me hubiese empapado —dijo casi susurrando y él se sintió feliz de poder ayudarla, eso estaba más que claro en su sonrisa de satisfacción.

La muchacha sintió que Bastian no hacía las cosas con una doble intención, para aprovecharse de ella, porque todo era muy inocente. Seguramente, estaba respetando a la poseedora del anillo que era igual al suyo y que quien pensaba en segundas intenciones era ella misma.

—¡Tú ni siquiera te mojaste! ¿Cómo es posible? ¿Esquivas gotas de lluvia o qué? —cuestionó un tanto sorprendida al ver que su largo cabello rojo estaba húmedo y el atuendo de Bastian intacto.

Amelie soltó la cinta que ataba su cabello y lo dejó caer largo y ondulado sobre sus hombros. El muchacho sacudió la cabeza, como si saliera de un sueño, pero Amy no se daba cuenta todavía de lo linda y tierna que podía ser a veces y eso llamaba su atención.

—No llovía tanto cuando yo salí a buscar el auto. Solo unas gotas, pero me sequé en estos minutos —dijo sonriente, usando un tono de voz sereno, moviendo los labios de manera lenta, y ella le creyó por completo.

Nervios, nervios y más nervios, porque estar sola con Bastian la incomodaba y no sabía cómo actuar. Dejó la vista fija en la calle

adelante, aunque no se podía ver mucho porque la lluvia torrencial hacía que se redujera la visibilidad y que la cortina de agua lo cubriera todo. En el cielo las nubes negras se arremolinaban y el viento empujaba el agua.

—No quería hacerlo, pero creo que voy a tener que estacionar el auto hasta que no llueva tan fuerte. Es imposible ver algo —explicó él, luego de haber conducido unos minutos. Por mucho que ella detestara prolongar el tiempo a su lado, por lo nerviosa que la hacía sentir, la verdad era que esa ruta que comunicaba el Highland y la ciudad era bastante trágica en días así. Entonces Amelie prefirió morir por sus palabras, a hacerlo estrellada contra un camión. Estaba atrapada.

—Bueno, si es necesario que nos quedemos... —dijo con la vista aún fija en el exterior. Los relámpagos constantes iluminaban el interior del auto—. Parece que nunca va a parar de llover y quisiera estar en mi casa. En mi cama y leyendo un buen libro —agregó, dibujando líneas sin sentido en el vidrio que se había empañado.

—Amy, aún no confías en mí, ¿verdad? ¿Tanta prisa tienes por llegar a tu casa? —dijo Bastian, sorprendido ante la urgencia de la chica—. Cuando menos te lo imagines vas a estar segura en tu habitación y no tendrás que soportar mi presencia. Créeme, no te preocupes.

Un auto pasó por la ruta e hizo que el agua estancada salpicara el vidrio del lado de Amelie.

—Perdón, no quería que sonara de esa manera…

—Mmm, desde ayer hay algo que te quiero preguntar y no me había animado a hacerlo hasta ahora por miedo a que me golpees —bromeó.

—Bueno, puedes preguntar y prometo que no voy ser violenta —respondió ella sonriente, mientras la lluvia volvía a caer con fuerza y azotaba el techo del auto.

—Amy, en verdad quiero que me digas qué es lo que estoy haciendo mal contigo.

—¿No habíamos hablado ya de esto?

—Sí, es verdad, pero no logro entenderlo —respondió Bastian, con esa voz que a la chica se le estaba haciendo difícil resistir—. Porque un día todo está bien, me hablas y sonríes, y al otro apenas me diriges la palabra. No es tu obligación hablarme o tratarme como un amigo, eso está más que claro, pero me desconciertas y no te das una idea de cuánto.

—Te juro que te entiendo, Bastian. No creas que no me doy cuenta de las cosas que estoy haciendo mal. Porque me repito cosas que debo o no debo hacer y luego no cumplo con ninguna de ellas. —Lo decía

sin mirarlo, tratando de no parecer tonta o descortés—. Debes pensar que soy una histérica y sé que me porté como una chica malcriada. Que no te hablé ayer en el comedor después de lo que pasó en el bosque, incluso cuando te permito estar cerca —expresó y cargó sus pulmones de aire para dejar todo salir. Realmente, necesitaba decirle cómo se sentía—. Lo que me está afectando es el hecho de que hace muy poco salí al mundo exterior, hace cinco días para ser exacta. Puedes reírte porque es de lo más patético como suena, pero… yo nunca sentí la necesidad de tener amigos, de vivir como una adolescente normal. Entonces, con todo lo que ha pasado en estos días, no sé cómo comportarme o qué sentir. Y en eso llegas tú y te comportas de manera arrogante a veces y otras veces súper dulce, y no te das una idea de lo confundida que estoy. Vas a pensar que es una tontería, pero hay una guerra de ideas en mi cabeza —explicó jugando con el cierre de la chaqueta que él le había prestado.

—Bueno, ahora creo que te entiendo un poco, pero ¿en serio puede llegar a ser tan difícil? —preguntó Bastian, quitándose su gorro de lana—. Digo, todo lo que has vivido esta semana. Yo no quería sumarte más presión o problemas, pensé que me comportaba así con todo el mundo, pero ya veo que no. Te pido disculpas.

—No es necesario que me pidas disculpas. ¿No te das cuenta? Tú has sido muy bueno conmigo hasta ahora, pero siempre te terminas disculpando cuando soy yo la responsable de crear estas situaciones en la que tú quedas como el malo —comentó poniendo énfasis, para que se diera cuenta de que él no era una carga. La estúpida teoría de ignorarlo casi había arruinado todo.

—A mí no me molesta pedirte disculpas en lo más mínimo, pero entiendo que te sientas así, tan confusa. ¿Quieres hablar de eso? —Sonrió con dulzura, lo que dejó a Amelie perdida por un momento—. Porque si es tan difícil haber salido a la vida como dices, es lógico que no sepas comportarte en ciertas ocasiones. Además, con un loco que te mira desde la barra de comidas, es peor.

Ambos rieron al mismo tiempo, un poco incómodos. Repentinamente, Bastian extendió su mano para tocar el cabello de Amy y ella otra vez se quedó congelada. ¿Qué estaba haciendo?

Con cuidado le puso su gorro de lana en la cabeza, y acomodó su cabello para que cayera perfecto sobre sus hombros.

—Y creo que si me quedo mirándote es porque llamas mucho mi atención.

Amelie trató de recordar cómo se respiraba.

—A veces intento ver a otro lado, pero allí estás tú con tu cabello que parece fuego y ya no puedo evitar mirarte, así que te regalo mi

gorro de lana para que lo uses a menudo y yo pueda hacer mi trabajo tranquilo cuando estás en la cafetería. —Se rio, mirándola a los ojos, lo cual hizo que ella se sonrojara y que él se diera cuenta al instante.

—Otra vez poniéndote las cosas difíciles, no fue mi intención. Aunque tú eres la culpable de tener el color de pelo que me gusta y de quedar incluso más linda con ese gorro —bromeó, volviendo a poner sus manos al volante. Había dicho «gustar» y que ella era linda.

«¿Qué significa todo esto en verdad? ¿Qué yo le gusto? No puede estar refiriéndose solo a mi cabello», pensó ella y lo observó. Él cerró sus ojos con fuerza, soltando un leve suspiro, como si todo lo que estaba diciendo no fuera apropiado, pero se decidió a volver a hablar.

—Amelie, te pido que olvides el concepto de «locura» y me escuches, para mí todo esto de ser tan abierto es nuevo también y nunca he tenido que explicar las cosas —dijo él, volviendo a mirarla con ojos penetrantes.

—Está bien, te escucho y no te preocupes porque a esta altura ya no sé qué es normal o qué es locura.

—Te pido que me dejes quedarme en tu vida, que no me esquives y te escondas de mí. —Amelie creyó que verlo suplicar lo hacía todavía más irresistible.

«¡No puede ser tan dulce, no puede!», se dijo, tratando de prestarle atención y de no pensar cosas que no debía. Sus ojos de color miel, cuyo poder sobre él ignoraba, se posaron sobre su bello rostro.

—¡Y ahí está de nuevo esa mirada!

—¿De qué hablas? ¿Puedes ser más claro?

—Esa forma que tienes de mirarme como si pudieras distinguir mi alma me desconcierta. Desde que me miraste en la cafetería, como si pudieras ver algo en mí que nadie más puede, no solo mi apariencia, parece que me descubriste. Has tirado mi mundo abajo, lo has hecho temblar hasta sus cimientos. Todo en lo que yo creía, lo que me repetía que no debía hacer, lo estoy haciendo desde que tus ojos decidieron encontrarme. Suena raro, loco, trillado y cursi, pero siento que quiero pasar más tiempo contigo, no de la manera en la que estoy acostumbrado. No quiero que sea solo por mi trabajo... es decir, en el almuerzo. Seguramente no empecé bien y de seguro pensaste que era un acosador cuando te miraba tanto, pero no me pude contener, ya no puedo y no quiero contenerme —dijo con la voz llena de dulzura, seguridad y sonriendo al final.

Amelie no podía creer lo que estaba escuchando, su corazón latía rápido y unos escalofríos le recorrían el cuerpo. No sabía qué responder, porque él la hacía sentir tan rara. Bastian era así, misterioso, intenso y sus palabras la golpeaban con la fuerza de

grandes olas.

«¿Esto es a lo que las personas se refieren cuando hablaban de amor a primera vista?», pensó Amelie, sin poder emitir palabra todavía.

Nunca antes un chico le había dicho que ella le interesaba de esa manera, o sea que no sabía cómo responder y él confundió su silencio con una negativa.

—A lo mejor estoy siendo ingenuo al pedirte entrar en tu vida. Tú estás feliz con tus amigos, veo cómo se divierten en el almuerzo —dijo Bastian, melancólico—. Ojalá yo tuviera alguien que me hiciera reír así. Pero al menos prométeme que me vas a dejar estar cerca.

Le estaba implorando. El hecho de que parecía no tener amigos tocó el corazón de la muchacha, porque ella sabía muy bien lo que se sentía ser solitario. En ese momento quiso abrazarlo, pero se resistió a la tentación y se limitó a suspirar, su expresión relajada y sus rasgos se volvieron tiernos.

—Bastian, quiero que sepas que nunca le voy a negar la oportunidad a alguien de entrar en mi vida. Pero también siento que todo esto está yendo demasiado rápido. Es confuso porque no entiendo a qué te refieres con eso de quedarte en mi vida si nos vemos todos los días.

—Sé que es extraño, pero es lo que siento.

—Es demasiado raro. Por ahora te prometo que te dejaré estar cerca, pero no esperes controlar mi comida el fin de semana, este trato no incluye eso —bromeó Amelie tratando de sonar amigable y graciosa para descomprimir semejante situación.

—De acuerdo. Aunque no lo entiendas, para mí significa mucho —dijo él feliz, con sus ojos más brillantes que nunca y esas ganas misteriosas de estar cerca de Amelie siempre presentes. Un relámpago se reflejó en el anillo que llevaba en su mano derecha.

—Ahora es mi turno para preguntar algo... —dijo Amy viendo su expresión. ¿Le gustaría que ella le hiciera preguntas personales? Al final, no le importó demasiado, ya que de una vez por todas quería aclarar la situación. Pero el interrogante que vino a ella no estaba relacionado en realidad con la primera pregunta que más deseaba hacerle.

—Lo que quieras. Pregunta por pregunta —dijo confiado y dispuesto a responder. Giró un poco su cuerpo para poder mirarla mejor.

—*Ok*. Quiero saber por qué, si yo te he estado esquivando como dices, todavía te quedan ganas de estar cerca —cuestionó, humedeciendo sus labios—. Es decir, con lo mal que te trato todo el

tiempo, aun así, me hablas bien y sigues a mi lado con tanta insistencia

Bastian suspiró hondo antes de responder.

—Porque me gustan los retos —bromeó—. No, la verdad es que siento la fuerte necesidad de cuidarte. La obligación de protegerte desde que te vi. No quiero que te asustes, porque no soy un loco, psicópata u obsesivo, aunque lo que te he dicho hoy no ayuda a quitarte ese pensamiento. Es solo que… no te puedo contar todo y esa es la parte difícil del asunto. —De pronto, Bastian había abierto la caja del misterio. Ahora sí que ella estaba intrigada y, cuando eso pasaba, no paraba ni un solo minuto hasta saberlo todo.

—Tú y yo… El primer día que te vi, sentí que te conocía de otra vida. No nos conocemos, ¿verdad? —preguntó pensativa y luego lanzó una carcajada por la estupidez que había dicho, sin notar lo tenso que él se había puesto—. Espera un segundo, ¿qué es lo que no me puedes decir?

—Amy, yo…

—Mira, si eres un empleado de papá, guardaespaldas o eso, desde ya te digo que me bajo del auto y me voy caminando por más que llueva y me alcance un rayo. Ya pasé por eso y no lo voy a hacer de nuevo —amenazó tomando el picaporte, pues su suposición no era del todo descabellada, ya que antes y gracias a su padre había tenido a dos gigantes que la seguían por todos lados, tratando de protegerla y casi atacando a cualquier persona que se le acercara. De repente, esos recuerdos se esfumaron cuando sintió los cálidos dedos de Bastian enredados en su muñeca. Estaba tratando de retenerla porque temía que la muchacha fuera a cumplir con la amenaza de marcharse.

—¡No! Quédate aquí, no tengo nada que ver con tu papá. Yo sé que es difícil de entender y no te tendría que haber dicho todo esto, pero quiero que sepas que no me voy a alejar de ti. Ya te di la posibilidad, como se debe, pero aun así me ignoraste… —Esas últimas palabras atravesaron el corazón de Amy como pedazos de vidrio cortantes que se instalaron allí y le hicieron doler el pecho.

—Entonces ahora lo haré sin darte elección. Tú no vas a elegir dejarme estar cerca, yo elijo y decido estar cerca de ti. No puedo permitir que nada te pase, ¿entiendes? —dijo, con sus ojos convincentes, su cara a milímetros de la muchacha. Su aliento embriagador.

—¿Y a tu novia o esposa no le importa eso? ¿No le importa que estés cerca de otra chica y que sientas la necesidad de protegerla? Bastian, todo este discurso es muy raro, discúlpame. Suena hermoso en uno de los libros que leo, pero en la vida real es extraño. —Dijo por

fin lo que tanto había estado posponiendo. Las palabras se le escaparon de la boca con la fuerza del agua que caía de una catarata. Sus ojos estaban puestos en el anillo.

Lo único que se escuchó fue una gran carcajada y eso desconcertó a Amy aún más. Bastian levantó la mano derecha y la miró como diciendo: «Dijiste una gran tontería».

—¡Dios! No me digas que crees que un anillo como este solo puede significar compromiso y casamiento.

—¿No es eso acaso? Nadia me dijo que estaba en el dedo correcto.

—Amelie… sé cuánto amas a esos chicos, pero no puedes dejarte llevar por todo lo que dicen. Por fin entiendo que eso es lo que te preocupa. Tus amigos en el comedor no dejaron de mirar mi mano cuando les serví comida. Si estás pensando que estoy casado, comprometido o algo por el estilo, lamento decepcionarte, pero no es así —dijo sonriente, algo que a los oídos de Amelie no era para nada decepcionante, sino esperanzador—. Y, la verdad, eso es algo que tampoco te puedo decir, pero… —comentó hasta que ella lo interrumpió.

—¡Es injusto! Yo te conté por qué me comporto de la manera en que lo hago y pocas veces le digo a alguien lo que siento como te lo he dicho a ti. Pero, si tú no puedes contarme nada, me voy caminando, ya está dejando de llover —amenazó otra vez—. Puedo pedirle a cualquier persona que me lleve.

Con un movimiento repentino su mano flotó hasta su brazo e hizo que el abrigo cayera sobre el asiento. Sus dedos se enredaron sobre su piel y eso provocó que la electricidad le recorriera el cuerpo y que su mano la quemara como fuego.

Ella se dio cuenta de que se estaba convirtiendo en una niña caprichosa otra vez pero, si eso servía para que le contara más cosas, lo seguiría haciendo.

—Amelie, deja de comportarte así, por favor.

—¿Así cómo? Me pones nerviosa y me pides cosas raras. Me haces hablar, pero cuando te pido respuestas me esquivas. ¿Cómo esperas que actúe? ¿Cómo esperas que te crea?

—Lo siento, no es mi intención que te sientas así. Perdón, Amy —se disculpó rozando suavemente la mejilla de Amelie con el revés de su mano y ella ya no supo qué hacer. Si Bastian seguía tocándola de esa manera, iba a enloquecer. Bien podría dejarse caer sobre el asiento y que él hiciera lo que quisiera.

—¿En serio crees que puedo dejarte ir sola por la ruta para que te pase cualquier cosa? Y no me subestimes, podría atraparte apenas dieras el primer paso —dijo Bastian, tajante—. Mira, te pido disculpas

por esas cosas que no te puedo contar. Este anillo significa un compromiso, pero nada tiene que ver con la forma en que tú o las demás personas piensan. Para mí es distinto, es como un compromiso con mi padre, algo de familia.

Puso especial énfasis en las últimas palabras. Amy logró entender que le era difícil la situación. Que por más que quisiera, no le iba a decir nada, como si estuviera rompiendo alguna clase de regla.

—*Ok*, entiendo. Pero entonces estas son las nuevas condiciones. Hasta que no me cuentes por qué me tienes que proteger y qué significa ese anillo, solo vas a estar cerca de mí sin formar parte de mi vida como quieres. No vas a poder venir a casa a controlar mi comida o verme dormir —propuso, burlándose de él y cruzándose de brazos, pues no obtendría las respuestas que quería. Amelie sabía que esas condiciones eran más difíciles para ella que para él, pues se moría por dejarlo entrar en su vida.

—Muy bien, eso es más que suficiente… por el momento. Ya llegaremos a la parte en la que me dejas entrar en tu habitación. —Su labio se curvó en una sonrisa peligrosa y seductora, y ella se sonrojó ante la sugerencia—. Ya dejó de llover y has salido viva de tu paseo con el loco de la cafetería, así que, ahora, a casa. —Encendió el motor nuevamente, mientras se mordía el labio inferior—. No sé por qué te pones tan nerviosa cuando estás sola conmigo.

Amelie tuvo que contener sus ganas de saltar sobre él y besarlo.

—¿Porque eres un *stalker* obsesivo que se propuso el reto de alimentarme bien y protegerme? Si eso no es raro, Bastian, ya no sé cuál es el concepto de raro —comentó ella tratando de no sonreír, pero le fue imposible.

—Así me gusta más, la Amelie sonriente que no es caprichosa.

—*Stalker* —dijo ella y los dos se rieron a la vez.

Cuando se pusieron en camino, deseó que volviera a llover, para pasar un rato más con él. No había sido tan malo como había pensado. Bueno, nunca había pensado que era malo estar con él. Aunque se iba llena de dudas, se sintió importante y feliz de que alguien como él tuviera la extraña necesidad de protegerla.

El auto estacionó frente a la casa. Las luces del interior aún estaban apagadas, lo que le recordó que su mamá y Martina irían al negocio de Clara a ver sus cuadros.

—Por si no lo sabías, vivo al lado de la catedral, a cuatro cuadras de aquí, o sea que somos casi vecinos. Si necesitas ayuda, no dudes en buscarme. Celular y Facebook no tengo, así que ni lo intentes, soy chapado a la antigua —comentó entre risas mirando las torres de la gran iglesia. La idea de que el sonido de las campanas no le gustaba se

había vuelto tolerable para la muchacha; porque ahora sabía que él estaba allí, todo era diferente. ¿Podría verla dar vueltas en la cama desde lo alto de las torres? En realidad, eso le parecía vergonzoso si así fuera.

—Si… ya sé. Cuando necesite algo, allí estaré golpeando tu puerta o te enviaré una paloma mensajera. No, mejor aún, un cuervo como el que me visitó ayer —dijo ella sin ganas de bajar y, ante una de sus palabras, Bastian se sobresaltó, pero trató de no mostrar preocupación.

«¿Un cuervo en Puerto Azul? Eso no es buena señal», pensó él, pero no le dijo nada a la muchacha, no quería asustarla. Entendió que el momento estaba llegando y se lo estaban recordando; eso lo llenaba de tristeza. No quería tener que hacer lo que le habían encomendado, no ahora.

Amy frotó sus brazos porque sentía frío a causa de la lluvia y el abrigo se le había caído minutos atrás. Bastian reparó en ello, como siempre que ella necesitaba algo.

—Te regalaría mi chaqueta también, pero me gusta demasiado, así que por ahora voy a prestártela para que entres a tu casa sin mojarte. Ya no llueve demasiado. Vamos, ve… —dijo, cruzando un brazo por detrás de su espalda para acomodar el abrigo en sus hombros otra vez. Mientras ella se concentraba en no comportarse como tonta, repentinamente sus labios suaves y húmedos se posaron en su mejilla fría.

«No tendría que estar haciendo esto, me voy a meter en problemas», pensó Bastian, pero en ese segundo cerró los ojos y disfrutó de la suavidad de la piel de Amelie bajo sus labios.

¿Cuál fue la reacción de Amy? Ni una. No pudo hacer nada, ni pensar, ni hablar ni moverse. Un beso había sido aún más que una palabra bonita o un simple roce de su mano y él estaba seguro de que le sería imposible describir la sensación, porque no era como los besos de otras personas, como los de un amigo. Era un beso especial y diferente, uno hecho de miedos, nervios y ganas contenidas.

—Creo que no voy a volver a hacer eso. Tengo que recordar que hace poco tienes vida social, así que imagino que no estás acostumbrada a estos saludos —bromeó.

—No… está bien. Me tomaste por sorpresa, pero puedes besarme cuando quieras —dijo ella poniendo los ojos en blanco y sacudiendo su cabeza.

—¿En serio? —preguntó sorprendido pero sonriente—. Aunque tu pacto no incluye besos, el trato que yo te ofrecía era mucho mejor, tú pierdes.

—Deberías haber mencionado las condiciones antes y tal vez

hubiese cambiado de opinión —bromeó ella, sonrojándose un poco—. Bueno, me tengo que bajar. Nos vemos el lunes.

Eso sería una eternidad. ¿Qué más podía hacer en ese momento? Ya sentía demasiada confianza, así que decidió arriesgarse un poco. Se acercó despacio y le devolvió el beso en la mejilla, cerrando sus ojos por un instante. Luego, sin que la viera, se pasó la lengua por los labios.

«Es delicioso», pensó sonriente.

—¿A qué vino eso? —cuestionó él mirándola a los ojos, tratando de no sonreír como idiota.

—Es para cerrar el pacto. Además, tú no vas a elegir cuándo besarme, yo elijo y decido cuándo besarte a ti —bromeó usando algunas de sus palabras. Salió del auto azul, cerró la puerta y corrió hasta la casa. El auto no se movió ni un centímetro y Bastian pudo darse cuenta de que Amelie lo observaba por la ventana.

En ese momento fue él quien se quedó congelado con el beso de la muchacha. Luego sacudió su cabeza y se marchó olvidando por un segundo el cielo oscuro y las sombras que lo amenazaban.

Amelie subió a su habitación y se cayó de espaldas sobre la cama. Se quedó mirando las formas del techo, pensando en todo lo que había pasado. No pudo hacer más que reírse de felicidad. Sabía que aún había cosas que tenía que descubrir, pero no le importaba. ¿Estaba enamorada de Bastian? Sí, no era tonta como para no darse cuenta y seguir negándolo, porque su corazón y su mente se volvían locos cuando él estaba cerca y solamente él podía lograr eso.

Como una muñeca

La mañana del sábado amaneció en extremo calurosa. El sol, que había empezado a brillar en el perfecto cielo azul lleno de nubes blancas, hacía que toda el agua que había caído el día anterior se evaporara. Solo con sentir las sábanas pegadas a su cuerpo, Amelie se dio cuenta de que ese sería otro día pesado y difícil de soportar.

Lo que en realidad la despertó esa mañana, a las ocho exactamente, fue su celular, que sonó sobre la mesa de luz con terrible puntualidad. Después de tres intentos de llegar a él y que su mano cayera sin tomarlo, lo consiguió. Trató de abrir los ojos lo más que pudo para ver el nombre de quien enviaba el mensaje. Era Nadia. ¿Qué razones tendría?

«Apronta tus cosas de playa. En una hora te buscamos».

Así decía el mensaje, que la tomó por sorpresa porque no entendía muy bien sus planes.

«¿Playa? ¿A fines de octubre?», pensó sentándose sobre la cama, tratando de ordenar sus ideas. En realidad, el calor extremo justificaba la invitación.

De repente, su visión se nubló por completo. Un recuerdo de la noche anterior invadió su mente y pudo evocar el sueño de manera tan clara que parecía estar viviéndolo en su propia habitación. Revivió la frescura del paisaje y sintió cómo la brisa rozaba su piel. Había sido el mismo sueño otra vez, sin demasiadas variaciones al principio.

Pero cuando el ser misterioso posó su mano en su hombro para

hacerla cambiar de decisión, pudo ver algo más. Llevaba un brillante y dorado anillo igual que el de Bastian en el dedo.

«¡Otra vez entrometiéndose en mi sueño!», pensó por un momento, pero se dio cuenta de que fue solo una simple reacción, porque no la enojó que estuviera en sus sueños, era más, tal vez se sintió un tanto feliz.

Cuando ya estaba vestida, miró todo a su alrededor, girando sobre sus pies lentamente. Los libros estaban en la biblioteca, las mariposas flotaban en el aire, el cuadro de Clara estaba sobre su cama y el reloj marcaba las horas. Se estaba haciendo tarde, así que se apresuró a aprontar un bolso con todo lo necesario. Pero ¿qué tenía que llevar? ¿Qué era todo lo necesario?

El traje de baño estaba nuevo porque nunca lo había usado. Lo habían elegido con su mamá hacía unos cuantos meses en Santa María y su cuerpo aún parecía ser el mismo, así que estaba segura de que le quedaría bien. Anteojos para el sol, porque a pesar de no ser fanática de ellos, ya que ni un modelo le quedaba bien, el sol le molestaba y le hacía llorar los ojos. Sandalias para caminar sobre la arena, pues cuando era pequeña se había quemado andando descalza, así que se quedó aterrada hasta ese día. Encontró protector solar y demás cosas que pensó que iba a necesitar, como una toalla para secarse si decidía meterse al agua.

Bajó las escaleras saltando algunos escalones, sorprendida por su destreza física ese día. Sus padres estaban en la cocina, charlando sobre cuestiones económicas que no entendió del todo, aunque había escuchado algunas palabras en una clase del colegio pero, como ella se había puesto a dibujar mariposas de colores, nunca logró comprender el significado completo de ellas.

—Buen día, familia. Antes de que se vayan por ahí tengo que pedirles permiso y espero que la respuesta sea positiva porque, si no, me voy a enojar mucho —bromeó sonriente, dirigiéndose a buscar una taza para tomar algo. La verdad era que todo estaba listo, el pequeño bolso preparado en el *living*, así que lo de pedir permiso era algo protocolar.

—¿Por qué tanta intriga, Amy? ¿Puedes decirnos de qué se trata? De otra forma es imposible darte permiso —interrogó su padre, inspeccionándola, mientras ella se miraba en la ventana de la cocina, que parecía un espejo. Se había puesto un vestido de playa, liviano y de color blanco, que le quedaba bastante ajustado al cuerpo, bajo él, un bikini de color azul que se podía apreciar levemente a través de la tela del vestido y esa mañana se dejó el pelo suelto, y caía ondulado sobre sus hombros. Cuando se vio en el reflejo de la ventana, recordó

que Bastian se lo había acomodado de esa manera el día anterior y tal vez por eso había decidido usarlo así ese día.

—Bueno, resulta que Nadia y Alexis me invitaron hace un rato a ir a la playa. ¿Hay alguna playa famosa que no conozca? —preguntó, esperando que ese lugar no estuviese tan repleto—. Hace tanto calor que pensé que estaría bueno pasar el día cerca del mar.

Su madre la miró con los ojos desorbitados, pensando de seguro que su hija nunca había ido a un lugar como ese porque no le gustaba demasiado la exposición. Siempre lo había dejado en claro pero, además de eso, se sorprendió al ver que su niña ya no lo era tanto. El pelo rojo y suelto le quedaba hermoso y ese vestido denotaba su figura. Pero no todo era la imagen, sino la actitud. Amelie por fin se comportaba como una adolescente que quería pasarse el fin de semana con sus amigos.

—¿No es un poco pronto para ir a la playa? —cuestionó la mujer mirando a su hija por sobre la taza de café—. ¿No deberían esperar el verano para ir a nadar? Además, recuerdo haber ido a comprar un traje de baño que nunca usaste, pensé que esa clase de actividad no te gustaba.

—Bueno, la gente cambia, mamá.

—A mí me parece bien, porque es una costumbre de los chicos de Puerto Azul. Es normal que vayan a nadar en primavera. Además, hoy hace un calor terrible, yo mismo iría si no tuviese cosas que hacer —comentó su padre sonriente—. Por cierto, Playa Calma se llama el lugar y por lo que tengo entendido toda la gente va allí.

Amelie se dijo que tendría que dejar de tener vergüenza y afrontarlo.

—Está bien, entonces ve con tus amigos y diviértete mucho. ¿Tienes todo listo? Protector, malla, celular por si pasa algo —dijo su mamá haciendo la lista.

—Está todo listo y en orden en el bolso, y ya no soy una niña, voy a estar bien —dijo Amelie sin saber qué más hacer para que los minutos pasaran.

—Creo que hoy me he dado cuenta de eso —comentó su madre al pasar y su marido pudo escucharla. Él le apretó la mano con afecto porque entendió a lo que su esposa se refería. Darío también se había dado cuenta.

—*Ok*, los dejaré con sus muestras de afecto. Los quiero mucho.

La bocina no se hizo esperar. Apresuradamente, saludó a sus padres con un beso en la mejilla. Martina aún estaba durmiendo, así que no quiso despertarla. Siempre sentía que era necesario saludar, decirles a sus familiares que los quería. Tal vez por si algo llegara a

pasarle un día de esos.

Borró los pensamientos feos y corrió para ver a sus dos amigos. Ambos usaban grandes anteojos de sol. Después de sus saludos con Nadia y los golpes en el hombro con Alexis, el auto comenzó a avanzar lentamente.

A su lado en el asiento trasero, pudo ver una gran nevera portátil repleta de comida. Habían pensado en todo, por suerte.

Pasaron por el colegio que se veía espeluznante esa mañana. El gran Highland era monstruoso y se mostraba desolado sin las voces de sus alumnos, casi devorado por los bosques a su alrededor. Cuando miró hacia el cielo pudo distinguir aves de color negro que sobrevolaban los altos pinos en círculos. La imagen del supuesto cuervo mientras intentaba quebrar el vidrio de su ventana volvió a su mente y eso la hizo sentir incómoda, porque pensó que en algún momento esas aves descenderían para hacer lo mismo con los cristales del auto.

Cada vez se alejaban más de la ciudad y supuso que ya estaban cerca de Playa Calma, aunque no conocía el camino. La ruta comenzaba a cerrarse a ambos lados por los troncos de altos árboles de copas sumamente verdes y frondosas. Por las ventanas abiertas del auto se colaba el viento cargado del dulce aroma de los alrededores.

Cuando ya habían avanzado unos minutos cercados por árboles cual paredes gigantes a sus costados, los troncos marrones y agrietados por el tiempo fueron desapareciendo. Un kilómetro más adelante se podía apreciar cómo el agua se unía al azul del cielo en la lejanía para volverse uno. Pero antes, había una gran extensión de arena que parecía brillar bajo los fuertes rayos del sol, como pequeños diamantes esparcidos por todo el suelo.

El lugar no le hacía honor a su nombre porque nada era calmo. Las voces que habían desaparecido del colegio ahora se encontraban en la playa. Una a una las personas que asistían con ellos a la escuela llegaban para disfrutar de un día de sol y agua fresca.

Ingresaban al lugar autos de todas las marcas, *jeeps* y camionetas. No faltaban los que llegaban caminando, arrastrando sus refrigeradores y con mochilas en la espalda. Poco a poco Playa Calma perdió el silencio por completo y se vio abarrotada de adolescentes.

Alexis estacionó el auto bajo la sombra de una inmensa sombrilla de color rojo. Una más en la larga hilera de sombrillas diseñadas como estacionamiento, lo que le daba un toque caribeño.

El ambiente estaba demasiado caluroso y, cuando Amy pisó el suelo, el calor contenido en la arena pareció subir por sus pies, a pesar de que tenía las sandalias puestas.

Caminó unos pasos con dirección al mar para quedarse inmóvil al ver que el agua era azul transparente y se podía ver todo a través de ella.

—He aquí, ante usted, señorita hija del intendente, la mejor playa de Puerto Azul y sus alrededores. ¿No te parece espectacular, hermana? —bromeó Alexis.

—Es un lugar precioso, no tenía idea de que existiera algo así tan cerca nuestro —respondió todavía boquiabierta observando todo a su alrededor.

—Es solo cuestión de ver un poco más allá... —dijo el chico, pero sus palabras se perdieron en la brisa mientras ella seguía observándolo todo.

Pudo descubrir puestos de comidas que no había visto al llegar. Había algunas tiendas cruzando la calle y autos que no paraban de andar. También había varios biombos de color violeta, donde las chicas se ponían sus trajes de baño. Nunca antes había sido una fanática ferviente de las playas, pero debía admitir que el lugar era encantador.

—Es hora de elegir un lugar para tomar un poco de sol, quiero llegar bien bronceada al verano —propuso Nadia mientras Alexis, ya en sus pantalones cortos y sin camiseta, buscaba la sombrilla, reposeras y también la nevera portátil. Al ser el único hombre, todo el trabajo forzado estaría a su cargo. De todos modos, Amelie lo ayudó con las sillas de playa. Trató de no mirarlo tanto porque, a pesar de ser amigos, le daba un poco de vergüenza verlo más desnudo que de costumbre frente a su novia.

—Ahora que puedo verte así debo decir que tienes un cuerpo espectacular, amiga. ¿Por qué lo escondes tanto? —observó Nadia mirando a la otra muchacha, quien estaba parada frente al espejo donde se estaban cambiando.

Por suerte, además del vestido que llevaba puesto, Amelie había traído un pareo para atarlo en su cintura, ya que no se sentía muy cómoda en bikini. Y en lo que a la parte superior de su cuerpo se refería, haría mucho uso de la técnica de cruzado de brazos. Había podido notar que su pecho estaba más grande que antes y eso siempre llamaba la atención de las personas y, ante tanto adolescente suelto por ahí, no le parecía un panorama alentador. No quería que los chicos de la escuela la estuvieran mirando.

—Gracias, Nadia. Es mucho viniendo de ti, que eres una auténtica Barbie —le dijo y su amiga se rio porque esa comparación le había parecido graciosa.

—Y tú te pareces a una de esas muñecas sensuales que tienen pelo

rojo y llaman la atención de los hombres.

—¿Me estás tratando de muñeca inflable?

—Yo no dije eso —comentó Nadia soltando una carcajada.

—Prefiero ser la chica blanca que no puede tomar sol porque se quema mal y la piel se le pone roja. Ah, y también las pecas resaltan y la convierten en un monstruo.

—No seas tonta, eres hermosa. Y deja de hablar en tercera persona, porque tengo ciertos prejuicios con respecto a las personas que lo hacen.

Cuando llegaron a la sombrilla de color naranja que ellos mismos habían llevado, Alexis estaba reposando mientras escuchaba música fuerte en un reproductor. «Otra cosa que no se me hubiera ocurrido», pensó Amelie y se sentó en una de las reposeras.

La hora del almuerzo llegó bajo el calor abrasante. Nadia había preparado unos sándwiches de jamón y queso que estaban deliciosos, lo que se notó en la cara del hambriento Alexis. A lo lejos podía verse una isla llena de verde vegetación, que la cubría como un abrigo. El color era casi apagado y borroso. Una balsa mecánica transportaba a la gente para visitar el lugar, iba y venía cada media hora. No tan lejos de ellos había un conjunto de altas y grandes rocas, que formaba una especie de arco y creaba un lugar bastante privado donde se podía nadar sin que alguien molestara, aunque nadie iba allí. Todos preferían el bullicio y la compañía.

—Al final nunca supe qué hiciste ayer cuando nos fuimos del colegio. ¿Te fuiste en colectivo a tu casa? —preguntó Nadia poniéndose crema bronceadora lentamente sobre sus largas piernas. Alexis seguía comiendo sin prestar demasiada atención a la charla.

—Bueno, la verdad es que perdí el colectivo y tampoco llevaba dinero para pagar un taxi... —respondió mirando a unos niños que se encontraban dormidos muy cerca de ellos. Deseaba que las preguntas no siguieran, pero Alexis la interrumpió.

—¿Te fuiste caminando bajo la lluvia? ¿Por qué no me llamaste? —cuestionó Al, quien se incorporó a la conversación en un segundo.

Ahora tenía doble carga, más presión para contar lo sucedido. Su cara se encendió, pero no por el calor del sol, sino por la vergüenza que siempre la dejaba colorada en esas situaciones en las que debía confesar.

—Mejor ser honesta de una vez, porque no les quiero andar ocultando cosas —dijo con sinceridad, creyendo que era lo mejor que podía hacer—. La verdad es que... Bastian justo había terminado de hacer su trabajo y me encontró cuando trataba de decidir qué hacer, se ofreció a llevarme y, considerando la situación, le dije que sí.

—¿Qué? Te fuiste con el chico comprometido. Supongo que eso es una especie de tentación para las personas, una fantasía —soltó Alexis y las dos muchachas se lo quedaron mirando casi sin creerlo.

—¡Alexis! Por Dios, deja de hablar así —dijo su novia de manera tajante y seria.

—Está bien, perdón, Amy. A veces debería aprender a callarme, pero juro que no te entiendo. Cuando te decimos que no tenemos problemas con que sea tu amigo, sales con la historia del anillo y nos haces creer que el tipo está casado. Cuando pareces confiada, dices que vas a ignorarlo, no haces otra cosa más que estar con él. Las mujeres son complicadas, yo solamente no quiero que te hagan daño —exclamó el muchacho, sonrojándose un poco. Nadia saltó sobre él y lo abrazó.

—Oh, ¿no me digas que no es un amor, Amelie? Eres genial, Al. Te amo.

—Y yo te amo a ti —dijo él sonriente y besó a la chica en los labios, posando sus manos en el trasero de Nadia. No era algo que Amy quisiera haber visto, así que dirigió su vista hacia el mar azul que, cuando se movía en forma de pequeñas olas, se volvía verde. Sus amigos volvieron a sus lugares luego de un largo beso apasionado que incluyó caricias.

—Ahora que el *show* romántico termino… ¿saben una cosa? Bastian me dijo lo mismo que tú, que cambio de un momento para otro y él no sabe qué hacer —comentó, mirando la espuma blanca que las pequeñas olas creaban—. Yo sé que me propuse ignorarlo y demás tonterías que suelo inventar, pero la verdad es que no puedo seguir con esto. Él no me hizo nada malo, soy yo la que lo ha tratado mal todo este tiempo. Además, se rio a carcajadas cuando le pregunté si era casado. Dijo que no era así, como nosotros pensábamos, y que su anillo era un compromiso con su padre.

Por su expresión, Nadia parecía sorprendida de que su amiga se hubiera animado a preguntarle eso al muchacho y en un momento esbozó una sonrisa. La verdad, la ponía contenta que existiera la posibilidad de que Bastian no tuviera novia.

—¿Puedo arriesgarme a decir algo negativo? Pueden golpearme las dos luego.

—Adelante, pero cuidado con lo que dices, amor.

—Es solo que eso suena raro, lo de un compromiso con su padre. ¿Es de la mafia o de una secta secreta? No quiero destruir tu ilusión, Amy, pero suena a excusa. Soy hombre y me doy cuenta de esas cosas y he escuchado varias, pero no una tan rara como esa —comentó Alexis dirigiendo su vista hacia el mar.

—¿Crees que no lo pensé? No soy tan tonta como crees, Al —cuestionó Amelie tratando de no sonar molesta, pero su amigo en realidad estaba rompiendo sus ilusiones, porque ella creía de verdad en lo que Bastian le decía, así como creía en sus amigos.

—Te gusta Bastian entonces, no lo niegues —dijo el muchacho antes de alejarse a comprar leña para la fogata de la noche.

—Si fuera así, ¿cuál es tu problema? —gritó en su dirección desafiándolo, pero él no respondió—. ¿Qué le pasa a tu novio?

—Nada, es solo que Al nunca fue de callarse las cosas y dice todo tal cual lo ve.

—Eso no le da permiso para molestarse y también puede ser que no vea las cosas como en verdad son.

—Créeme lo que te voy a decir, porque lo conozco desde que somos bebés. Cuando se molesta de esa manera, es porque realmente aprecia a la otra persona. Él te quiere como una hermana. Lo único que voy a pedirte es que no te enojes con él, Alexis es la persona más fiel que puede haber, nunca abandonaría a un amigo.

—Lo sé y me gusta que se preocupe por mí, aunque es incómodo porque es tu novio y tal vez eso te molesta.

—A esta altura todo está más que claro, Amy. Nada se presta para confusión y es obvio que no me molesta que se preocupe por ti, tonta.

—¿Qué me dices con respecto a lo de Bastian?

—A mí me parece que tienes que hacer lo que sientes. Y si estar con él es lo que quieres, eso es lo que tienes que hacer. Si no te arriesgas por algo, nunca conocerás el resultado —dijo Nadia alentándola.

Las dos se miraron por un segundo y luego suspiraron. Ella también había dicho algo sobre ser fiel a los propios sentimientos, como su papá alguna vez. Dos personas a las que quería mucho le habían dicho lo mismo y no podían estar equivocados.

Cuando una hora pasó, Nadia se había quedado dormida junto a su novio, así que Amelie comenzó a leer un libro que había traído y se perdió en sus escenas por completo. Luego de unas cuántas páginas, cuando los personajes actuaban en su mente, sus amigos se despertaron, así que la tarea de terminar de leerlo quedó inconclusa.

—Hey, aún no hemos entrado al agua desde que llegamos. Ya debe estar tibia. ¡Vamos! —propuso Alexis lleno de energía y de buen ánimo. Todos se pusieron de pie en un instante para seguirlo.

Cuando llegaron a la orilla, la espuma que arrastraban las olas estaba a centímetros de sus pies y Amelie pensó que era hermosa. Levantó sus ojos y pudo ver un letrero que decía «CUIDADO CON LOS POZOS».

—¿A qué se refiere el letrero con eso de los pozos? No vi ninguno en la arena — dijo Amy, creyendo en arenas movedizas.

—Eso es porque no están en la playa, sino dentro del agua. Son como remolinos que crea la fuerza del mar y te pueden absorber, lo mejor que puedes hacer en ese caso es no hacer nada, déjate llevar y flota, y luego la misma agua te libera —explicó Alexis—. Pero no te asustes, están cerca de la parte profunda, así que no se alejen demasiado. ¿*Ok*? La corriente suele llevarte sin que te des cuenta.

Amelie no era buena nadadora, así que ni siquiera se arriesgaría a nadar hasta lo profundo, se quedaría donde sus pies aún tocaran la arena bajo el agua y se aferraría al cuello de quien fuere si algo llegaba a pasarle. A medida que caminaban y se introducían en el mar, ella acarició la superficie del agua con sus manos, tibia al tacto.

Cuando estuvieron parados dentro del mar, sus cuerpos se movieron en un leve vaivén. Tuvo que reconocer que la corriente era bastante fuerte.

Alexis y Nadia quisieron nadar hasta el arco de rocas blancas, pero Amy no quiso acompañarlos, por alguna razón pensó que las parejas usaban ese lugar para estar solos un rato, entonces no quería estar metida en medio de los dos todo el tiempo.

—Volvemos enseguida. Recuerda lo que dijo Al, no vayas hasta lo profundo.

—Tranquilos, no pienso mostrar lo mala que soy nadando y pasar vergüenza —dijo ella sonriente y vio a sus amigos irse a toda velocidad.

Amelie caminó dentro del mar y se perdió en la belleza del paisaje. Jugó con el agua que ya cubría su pecho y sin darse cuenta estaba siendo arrastrada. Cada tanto hundía su cabeza con los ojos abiertos para ver algunas algas y piedras de colores en el fondo. Unos pequeños peces de color dorado y azul pasaron escabulléndose entre sus piernas.

Siguió con ese juego, dando unos cuantos pasos más hacia la playa porque quería volver a sentarse bajo la sombrilla. Eso creyó, cuando se dio cuenta que estaba yendo en la dirección contraria y sus pies ya no tocaban el fondo. El terror la invadió y comenzó a desesperarse, ya que no había nadie cerca.

—¡Aquella chica va a hacerle frente a la ola! —gritó alguien de manera entretenida a lo lejos y se escucharon unas carcajadas.

«¿Qué ola?», pensó ella y levantó su cabeza. Una pared de agua y espuma blanca iba hacia ella, arrasando con todo a su paso, incluida Amelie. Su cuerpo se llenó de adrenalina y miedo, y en un momento de lucidez trató de apoyar sus pies, pero no había nada bajo ella,

estaba en un pozo que parecía querer arrastrarla a lo más hondo y la hacía girar en espirales eternos.

—¡Ayuda, pozo! —fue lo único que atinó a gritar con toda la fuerza de sus pulmones una de las veces que su cabeza asomó sobre la superficie y luego ya no pudo hacerlo porque su boca se había llenado de agua salada.

Lo último que vio en la superficie cuando la ola la tapó por completo fue a sus amigos correr por la arena para zambullirse al rescate, pero estaban demasiado lejos, eran como hormigas caminando en la lejanía.

Se dio cuenta que estaba bajo el agua cuando, unos segundos después, no pudo ver con claridad ni respirar bien y trató de hacer fuerza para salir, pateando con todas sus energías, lo cual la cansaba aún más, totalmente lo contrario de lo que le había dicho Alexis.

Trató de nadar, pero sus piernas sintieron un gran calambre y no se podía mover. Se estaba hundiendo despacio, el agua la llevaba mar adentro.

Le quedaba poco aire en los pulmones e intentó con toda su voluntad contenerlo, pero luego de un tiempo no lo soportó más. Abriendo su boca, dejó salir el poco aire que le quedaba y permitió que el agua ingresara en ella. Lentamente, su cuerpo se hundía, sus manos extendidas hacia arriba, como implorando al cielo que la ayudara. Su cabello flotaba mientras sus ojos se quedaron observando ese mundo submarino en el que habitaría por siempre. Amelie parecía una frágil y hermosa muñeca de porcelana que se hundía luego de un navío. Miró como hipnotizada los rayos del sol que atravesaban el mar; columnas de luz y agua que construían un palacio en lo profundo.

Era una sensación extraña, pero de lo más calma, era el segundo exacto en el que su cuerpo estaba por quedarse sin vida y su alma iba a partir en silencio. Luego, todo se puso negro y ya no pudo ver nada. Su cuerpo bajaba a un ritmo lento, esperando llegar hasta el fondo, a la cama hecha de algas y rocas. El fuego en su cabello se fue extinguiendo bajo el azul del mar.

Hasta ese punto justo en el que se había dispuesto a decir adiós y aceptar que todo había terminado, sintió o tal vez imaginó que dos brazos la tomaban con fuerza, y la arrastraban hacia la playa.

«Alexis llegó a tiempo», pensó Amelie sin abrir los ojos. Solo percibía el mundo como el eco apagado de un recuerdo. Tal vez se estaba yendo al otro lado y su ángel la cargaba en brazos, por fin iba a conocerlo. No podía ver ni respirar o eso le parecía, pero escuchaba el murmullo de voces.

—¡Apártense, no sean morbosos! Den lugar para que respire —lloró una chica. Sin duda era la voz de Nadia.

—Ponla sobre la manta —ordenó Alexis. Amy aún no era capaz de reaccionar, estaba como inconsciente, pero escuchaba las voces de sus amigos, que retumbaban en sus oídos junto con un zumbido molesto.

—¡Amelie, resiste por favor! No te vayas de mi lado, no me dejes. Ni se te ocurra romper nuestro trato muriéndote —dijo la voz de un muchacho con gran preocupación, tristeza y llena de impotencia, como si su propia vida se estuviera esfumando.

Ella sintió que alguien presionaba su pecho con fuerza, pero era algo más que eso, porque su piel quemaba y la hacía sentir cálida, como aferrándose a la vida.

«Tiene que ser él», pensó Amelie, haciendo una fuerza sobrehumana para volver, pero no lo conseguía. Quería gritar porque estaba allí, dentro de su cuerpo sin reaccionar.

—¡Ni se te ocurra hacer eso! —dijo Alexis con la voz que ponía cuando la defendía. Le estaba hablando a alguien más y se notaba que estaba nervioso.

—¿Eres tonto? Los nervios te hacen decir pavadas. Si ustedes saben de primeros auxilios, háganlo, pero rápido porque se muere —suplicó Bastian, tenía que ser él. Seguía apretando su pecho con fuerza, enviando olas de calor que la recorrían de pies a cabeza.

Amelie no podía luchar más, estaba demasiado cansada. Se quería desprender como una hoja de árbol y soltarse de sus manos, a punto de decir adiós. Por suerte había saludado a sus padres por la mañana y lamentó no haber saludado a Martina.

Las manos de Bastian abrieron su boca con gentileza. De repente, sintió los mismos labios húmedos del día anterior, pero esta vez sobre los suyos.

Una bocanada de aire ingresó por su boca con gran fuerza y la llenó de vitalidad, mientras dos manos fuertes seguían apretando su pecho. El aire era refrescante y le daba esperanza para volver. Sabía a menta y miel mezcladas. Otra vez su aliento arremetía. Y sin darse cuenta abrió los ojos, el sol naranja se ponía en el horizonte mientras Amelie dejaba salir al final toda el agua de sus pulmones.

Empezó a respirar con dificultad, como una recién nacida. Pudo ver todo nuevamente pero, sin importarle quién estaba alrededor y muerta de miedo, enredó sus brazos en la cintura de Bastian y apoyó la cabeza en su pecho. Lo único hizo fue quedarse abrazada a él y romper a llorar.

—Me estaba yendo...

—Pero yo te traje de nuevo —susurró el muchacho en su oído,

torturado porque por fin había podido sentir lo que era perder a alguien y la tarea que le habían asignado daba vueltas en su cabeza. No iba a dejarla morir—. Tranquila, ya está bien. Amy, ya estás a salvo, trata de respirar y dejar de llorar. Aquí están tus amigos y quieren que les digas que estás bien —agregó con voz suave, acariciando su espalda para tranquilizarla.

Sus caricias tibias le quitaban el frío mortal que sentía. Dejó un brazo alrededor de ella y con el otro le acomodó el cabello mojado, que ahora se veía más oscuro.

Amelie miró su rostro blanco y perfecto. Sus ojos brillantes la miraban con ternura, mientras esbozaba una hermosa sonrisa que podría haberla transportado hasta el mismo cielo. Era Bastian. Tuvo ganas de sentir sus labios sobre los de ella otra vez, pero la realidad era otra.

—Nadia, Al... estoy bien. Casi me muero por tonta y por no haber recordado tus instrucciones, hermano.

—No digas nada, no hables y trata de calmarte —dijo Alexis de manera afectuosa.

—Ya está bien, queridos espectadores. Se pueden ir, gracias por la ayuda brindada —informó Nadia irónicamente. Todos volvieron a sus lugares, hablando y dando miradas en su dirección. Seguro iba a ser el comentario de varias semanas en el colegio. Pero nada le importó a Amelie porque estaba viva.

Con gran esfuerzo y con la ayuda de Bastian, logró ponerse de pie para abrazar a sus amigos de forma efusiva. Nadia había dejado de llorar, pero estaba un tanto nerviosa. Alexis no dejaba de mirar al otro chico por sobre el hombro de Amelie, pero no lo hacía de mala manera, sino con ojos llenos de agradecimiento. Bastian se había ganado su respeto al parecer.

—Gracias por salvarla, de verdad. Yo nunca hubiera podido nadar contra semejante ola y llegar a tiempo, y disculpa por la estupidez que dije, estaba nervioso —dijo Al y, soltándose de su amiga, extendió su mano, Bastian la aceptó. Nadia le guiñó el ojo mientras giraba para ver la situación.

Allí estaba Bastian, con su pantalón corto y negro empapado, su cabello aún goteaba agua salada. Su cuerpo fuerte y atlético; líneas de esfuerzo marcadas por todo su torso. Sus hombros eran gruesos y parecía no estar cansado. Era más alto que su amigo, sus músculos un tanto más grandes y tensos. Tal vez ahora podía entender el porqué del revuelo de las chicas. Parecía una de esas estatuas de los manuales de arte.

—Ese chico te ha salvado la vida, seguro se muere por ti. Serías

una grandísima idiota si no le das una oportunidad. Yo que tú, ahora mismo le plantaría un beso en la boca —susurró Nadia en su oído, mientras los otros dos hablaban de algo que no podía escuchar.

Amelie se sentó en la silla de playa. Su voz se escuchaba áspera y seca, la garganta le molestaba un poco, entonces les pidió a sus amigos que le compraran agua porque no había más en la nevera portátil. Los dos se alejaron y cruzaron la calle, adonde se encontraban las tiendas.

—En estos minutos estuve pensando qué decirte, pero no encuentro otras palabras que no sean «muchas gracias» —expresó Amelie, masajeando su garganta—. Yo sé que son solo palabras que no demuestran lo que uno siente, pero no sabes lo agradecida que estoy contigo, por todo lo que haces y la manera en que me cuidas. En vez de rezarle a mi ángel de la guarda debería rezarte a ti. Tenía mucho miedo, de verdad… de irme sin poder decir adiós —dijo mirándolo a los ojos para que se diera cuenta de cuánto apreciaba lo que había hecho por ella.

—Está bien que le reces si eso te hace sentir protegida y, por lo otro, de nada. Espero que ahora entiendas lo que te decía sobre protegerte —comentó sentándose en la arena, muy cerca de ella, a sus pies. El sol parecía hundirse en el horizonte para apagar su color naranja, su fuego rabioso se extinguía en el mar.

—Es que fue mucho lo que hiciste. En un momento te juro que sentí que me iba del mundo, de verdad, no tenía más ganas de aferrarme a la vida, de seguir luchando, y después con tu aliento me sentí… salvada.

Ella no sabía qué significarían esas palabras para él. Pero el ser salvado era como volver a la vida. Él no se la había dado, pero hizo que la recuperara y eso era mucho más de lo que cualquier persona había hecho por ella.

—Lo sé, es que me moriría si algo malo te hubiera pasado. Estuve a punto de enloquecer cuando te vi tan pálida e inconsciente y, cuando abriste los ojos y supe que todo estaba bien, me quedé tranquilo al fin. Eres demasiado importante para mí ahora —dijo arrodillándose frente a ella. Levantó su mano y la dejó reposar en la mejilla de Amelie. Sus ojos la miraban de esa manera tan profunda otra vez.

—El mar no me mató, pero tú lo harás, Bastian.

—¿Qué dices? ¿Cómo puedes pensar algo así? —cuestionó el chico alterado ante sus palabras.

—Bastian… —dijo ella dejando escapar una risilla—. Me refiero a que me vas a matar si sigues siendo tan dulce y tocándome de esa

manera. No me acostumbro, nunca antes nadie me... Es vergonzoso, perdón —explicó ella, torciendo un poco su cabeza para sentir la mano de Bastian con más fuerza en su mejilla.

—Disculpa, ahora entiendo a qué te refieres y no te preocupes por ello. No debería darte vergüenza alguna.

—Lo sé.

—Entonces, ¿esto no cuenta como puntos extra para dejarme estar en tu vida definitivamente? —comentó él sonriente volviendo a sentarse—. Hoy estaba cerca de ti pero, si fuese tu amigo y pudiera pasar más tiempo contigo, podría ayudarte en situaciones peores.

—Dame tiempo para pensarlo, ¿sí? A mí me encantaría verte todos los días o invitarte a mi casa a comer algo y ver películas o ir a caminar contigo al parque.

—¿En serio? Ya lo imaginaste todo —dijo Bastian con una enorme sonrisa.

—Sí, tiendo a imaginar cosas que luego no suceden y ahora supongo que vas a tener que irte.

—¿Por qué dices eso? Quiero quedarme, a menos que tú quieras que me vaya.

—No, no es eso, no me malentiendas. Es que Alexis, a pesar de que te agradeció recién, no cree mucho en lo de tu anillo y sigue pensando que estás comprometido y que todo es una simple excusa de hombre.

Bastian se quedó como congelado mirando algo detrás de ella.

—Genial, están detrás mío escuchando todo, ¿no?

—Sí y gracias por hacerme quedar mal, hermana. Pero me disculpo con Bastian por juzgarlo cuando no sé nada de su vida —dijo Alexis sonriente—. Y no eches al muchacho, yo mismo le dije que puede quedarse a compartir la fogata. Es lo menos que podemos hacer para agradecerle —agregó entrecerrando los ojos y sacudiendo la cabeza como diciendo: «Te voy a golpear por haberle dicho eso».

—Miren… lo del anillo no es lo que ustedes piensan. Sé que ella se los ha explicado y es obvio que cualquiera va a pensar que es solo una excusa. Yo no quiero hacerle daño a Amy, solo ayudarla, aunque sé que los tiene a ustedes y hacen un gran equipo. Pero querer ayudarla no significa que tengo interés en ella como novia, nada de dobles intenciones. Tal vez me gustaría ser amigo de ustedes, se ven divertidos y yo no tengo amigos en la ciudad. No me he preocupado por hacerlos tampoco, pero no estaría mal comenzar a cambiar un poco —comentó Bastian mirándola y esperando su reacción. Amelie sabía que ocultaba algo, por más que dijera que no quería novia. Pero esas palabras la llenaron de dolor, porque se comportó como el día anterior en el auto, como si enamorarse de ella no estuviera

permitido.

Su corazón se partió en pedazos y cayó sobre la arena, pues justo cuando ella reconocía que él le gustaba, él había dicho eso y había tirado sus esperanzas por la borda. Pero bueno, tal vez significaba que el trato seguiría siendo el mismo, que solo lo dejaría estar cerca.

El fuego iluminó sus rostros cuando todo se puso oscuro. Comieron y charlaron al sonido de la música y las risas cercanas. Amelie trató de sonreír mientras sus amigos le contaban a Bastian todo lo que sucedía en clases. Las ganas de Leo de pronunciar en inglés y la imitación de Al fueron lo más divertido de la tarde, pero ella seguía pensando en que Bastian no estaba interesado en ella, sin poder concentrarse en la conversación. Él, cada tanto, la miraba sonriente, como si lo más importante en su vida estuviese a salvo.

Luego Alexis, con una rama seca, golpeó los leños encendidos y pequeñas cenizas naranjas volaron por los aires y cubrieron todo como luciérnagas que se esfumaron al instante, al igual que las esperanzas de Amelie en el amor de Bastian.

Las estrellas titilaban en lo alto y la redonda luna plateada se podía ver sobre el agua como un espejo. Cuando el ambiente se puso fresco, las chicas volvieron a vestirse.

—Por Dios, es *sexy*. Qué lástima que no quiere novia, pero ya lo dije una vez: él se lo pierde, amiga. Él te pierde, porque eres hermosa, graciosa, inteligente y buena. No sé qué más quiere o voy a empezar a pensar que está más interesado en Alexis —bromeó Nadia soltando una carcajada mientras los chicos guardaban las cosas en el auto.

—No había pensado esa teoría, pero dejemos de juzgarlo de una vez por todas.

Cuando todo ya estaba empacado, Alexis le preguntó a Bastian si necesitaba que lo llevaran, pero él señaló su auto en el estacionamiento.

Cuando los chicos estuvieron dentro del auto, Bastian y Amelie se quedaron solos por un segundo.

Él estaba de espaldas al auto, cubriéndola con su enorme espalda, así que sus amigos no podían ver sus caras. Entonces Amy decidió arriesgarse de una vez por todas. Tenía que saber si era cierto que ella no le interesaba. Lo iba a poner a prueba.

—Antes dije que las palabras no expresan lo que en realidad siento, así que voy a hacer esto... —dijo en punta de pies y susurrando en su oído. Puso sus manos a los lados de su rostro, como sosteniéndolo. Llegó hasta su boca y presionó sus labios suavemente contra los del muchacho, quien se quedó paralizado. Otra vez sintió sus suaves y frescos labios moverse con los de ella, sin oponer

resistencia alguna. Su respiración con aroma a menta y miel se quedó en sus labios luego del beso.

Se apresuró a subir al auto sin mirarlo. Los chicos no se habían dado cuenta de nada, si no, ya hubieran dicho algo. Amy no se reconoció en ese momento, pero se alegraba de haberlo hecho, porque había sentido en ese beso que él estaba conteniendo todas sus ganas. Ya averiguaría el porqué.

—¿Qué le dijiste para que se quede así? —preguntó Alexis cuando pudo ver al otro chico. Nadia saludó a Bastian con un grito desde su ventana abierta mientras el auto se marchaba.

—Nada, solo le agradecí por haberme salvado la vida —dijo humedeciendo sus labios.

«Tú vas a matarme a mí, de eso estoy seguro», pensó Bastian y se dio cuenta que estaba sonriendo como un idiota.

Desvanecido en la noche

Los días pasaron silenciosos pero apresurados, como tratando de que Amelie no se diera cuenta de que huían de ella en puntas de pie. Las horas se le iban entre trabajos finales, miradas descuidadas hacia cierto lugar del comedor escolar y charlas interminables sobre cosas sin sentido con sus amigos en noches estrelladas que alegraban el alma.

Muchas veces hablaba con Bastian mientras él le servía su comida en la cafetería. También solían escaparse al bosque, donde nadie los había descubierto hasta el momento, y un día se quedó dormida entre sus brazos y se sintió tan cómoda y cálida que quiso quedarse para siempre en ellos y habitar en la soledad del bosque eternamente.

La mayoría del tiempo se hacían bromas como en una especie de flirteo, para esconder lo que en verdad querían decir, pero callaban y, aunque era un tanto doloroso, ambos pasaban momentos agradables. Ella se divertía mucho con las cosas que él decía y le encantaba la inocencia que tenía por momentos.

Bastian nunca mencionó nada sobre el beso en Playa Calma en todo ese tiempo, por lo que la muchacha pensó que las cosas estaban más que claras y él no estaba interesado en ella. Eso le era algo bastante difícil de entender, estar tan cerca suyo y no poder tocar su piel o besar sus labios.

Amy creía que el hecho de seguir hablando con él como amiga, cuando quería ser algo más, le sería muy doloroso al final.

De todos modos, para su suerte, con todo lo que el fin de año traía consigo, lograba olvidarse de eso por momentos. Pero apenas se quedaba sin cosas por hacer, Bastian aparecía de nuevo en su cabeza y

se hacía sentir en su corazón.

Durante el mes de noviembre se dedicó, junto al resto de sus compañeros, al diseño de la decoración para la fiesta de graduación de los alumnos de quinto. Aunque esta tendría lugar en diciembre y faltaba un mes, querían que fuera espectacular, no por agradar a los del último año, con quienes casi no se hablaban, sino para que no fuera una fiesta aburrida como solían ser.

Decidieron que la decoración se remontara a cientos de años atrás, influidos por Nadia y Amelie, quienes propusieron al curso transformar el gimnasio en la mansión de Charles Bingley, donde las hermanas Bennet solían asistir a fantásticos bailes. Y al ser las únicas que habían leído el libro de Jane Austen y visto la película *Orgullo y Prejuicio*, los demás confiaron en su decisión.

Finalmente, unos cuántos días antes del baile, el salón quedó terminado para alegría de todos y se veía más que perfecto. Cuatro arañas de cristal que Amelie no sabía quién había conseguido pendían con lujo del techo. Las paredes estaban cubiertas por lienzos blancos que formaban ondas, imitando las cortinas de grandes ventanales antiguos en salones que habían sido tocados por la música de violines. En ambos laterales había tres cuadros pintados por Clara Herman, que le daban un toque especial y elegancia al lugar.

Pero lo más importante: el gran escenario era lo que los había dejado con la boca abierta. Se las ingeniaron para construir la fachada de un palacete inglés como el del señor Bingley. Por la gran puerta saldrían los egresados en pareja y bajarían una escalinata donde se tomarían la foto de recuerdo. Unos pasos más adelante, colocaron una fuente de agua que estaría iluminada y funcionaría esa noche. En el centro del salón había una gran pista de baile y en los laterales, bajo los cuadros, largas mesas de manteles blancos donde estaría la comida.

El día en que todo quedó listo, los alumnos se sintieron más que satisfechos con la tarea realizada. Cuando la directora entró a inspeccionar, porque antes le habían prohibido hacerlo, casi se desmayó al ver la magnitud de la decoración de sus queridos alumnos de cuarto año.

Ya en diciembre, unos días antes del baile, Nadia planificó un sábado de compras en el que irían a elegir la ropa en las tiendas.

«A las mejores tiendas de Puerto Azul», había dicho ella. Definitivamente, la necesitaría, porque hacía mucho que Amy no compraba vestidos para galas especiales y no tenía demasiada idea de

qué cosa estaba a la moda o no.

Para ello, tomó el dinero que tenía ahorrado para libros y su madre le dio un poco más. Salió apresurada cuando el auto de color negro estacionó en el lugar de siempre. Alexis, quien no parecía demasiado animado, también elegiría su ropa ese día.

Mientras el vehículo avanzaba despacio por la calle principal, Amelie se dio cuenta de que nunca le había prestado atención al centro de la ciudad, porque siempre que pasaba por allí iba distraída y se metía en la librería, pero ese día se tomó un tiempo para observar.

La gran avenida estaba llena de luces fluorescentes y autos que circulaban a poca velocidad. Las veredas se hallaban repletas de personas indecisas, las madres alejaban a sus hijos pequeños de las tentadoras jugueterías tirándoles del brazo. Las grandes vidrieras tenían ropa muy a la moda y también cosas excéntricas.

Como era de imaginar, el trámite no sería para nada corto. Nadia los llevó de una tienda a la otra e hizo que se probaran miles de prendas, lo que al final se tornó agotador.

—Siempre es mejor saber lo que todas ofrecen, así después volvemos a la tienda que tenía la mejor ropa. Sería tonto no hacerlo de esa manera, ¿no creen? Gastarse el dinero en un lugar y luego ver el vestido perfecto en otro lado —dijo guiñándoles el ojo, como una experta en compras que había develado un gran secreto que les cambiaría la vida.

—Cierto —dijeron Amelie y Alexis a la vez, y terminaron riéndose.

El traje del muchacho fue lo primero que compraron, lo vieron en el espejo con todos los accesorios: corbata a tono, zapatos que combinaban y parecía una muy buena elección.

La segunda en elegir fue Amelie y no tardó para nada en decidirse. Fue la ropa que había visto en la segunda tienda que habían visitado.

La última en decidirse fue Nadia, por supuesto. Tenía la difícil tarea de elegir entre tres vestidos igual de hermosos. Pero finalmente, y después de combinarlo con los zapatos que se había comprado, se decidió por uno de ellos.

Como una semana antes Nadia se había adelantado para comprar ropa, el día del baile llegó a casa de su amiga a las siete de la tarde para tener tiempo suficiente para vestirse. La celebración comenzaba a las diez de la noche.

Como también ese día era su cumpleaños, Amy recibió regalos y saludos todo el día, incluso publicaciones en su muro de Facebook, de compañeros que no pensaba que la tenían en cuenta. Leo fue uno de los primeros en hacerlo. Nando le escribió un mail y le adjuntó una divertida tarjeta interactiva.

Hasta su abuela había ido de visita. Se quedaría unas semanas hasta después de las fiestas de Navidad y Año Nuevo.

Aún con el cabello que goteaba agua de la ducha, Amy salió del baño enfundada en una bata blanca, mientras su amiga alistaba el maquillaje. La ropa estaba extendida sobre la cama, colocada con suma delicadeza para que no se arrugara.

—¿Tienes idea de cómo piensas peinarte, Amelie?

—La verdad, no había pensado en eso. Ya sabes que no me fijo mucho en esas cosas.

—Ya me he dado cuenta. Pero no pensarás peinarte como siempre, ¿no? Que me diga que no, que me diga que no… —repitió en un susurro y con los ojos cerrados, pero luego entreabrió uno de ellos.

—¿Qué tiene de malo? Te ves como una loca.

—No tiene nada de malo, pero peinarte como siempre está bien para el día a día o para ir a la escuela. Y entiendo que ames el peinado de Rose Dawson, pero es tu cumpleaños, Amy. Esta es una gran fiesta en la que quiero que te veas aún mejor.

—¿Qué propones entonces? ¡Dios! Abre esos dos ojos, por favor.

—*Ok*, ahora que tengo tu atención. Nada del otro mundo, solo dejarlo suelto, pero resaltar un poco sus ondas naturales —explicó Nadia tomando todo lo necesario de un pequeño bolso negro.

—Está bien, pero más te vale que no quede espantosa —bromeó Amelie, quien de sobra sabía que su amiga era una experta en esos temas.

—Deberías confiar más en mí y no preocuparte tanto. Según tú, soy una Barbie, así que se supone que sé cómo peinar.

Luego de unos cuantos minutos en los que Amelie se aburrió bastante, las manos de Nadia dejaron de moverse en su cabello.

—Creo que ya está listo.

—Es como si fuera otra... —comentó la muchacha al verse en el espejo, porque esa no era la típica Amelie. Las ondas de su pelo estaban bien definidas y el cabello caía perfecto sobre sus hombros. Además, su amiga le había agregado un producto que, según como la luz se reflejara en su cabeza, parecía que desprendía pequeños brillos.

—¿Te gusta? Di que sí…

—Es genial, Nadia. Muchas gracias. Realmente, eres genial en esto.

—De nada. Debería asesorarte más seguido, sabía que te iba a gustar.

Entre risas comenzaron a vestirse. Cuando Amelie estuvo lista, decidió salir del baño para mostrarle a su amiga cómo había quedado y caminó a la habitación con plena seguridad en sí misma.

—¡Estás preciosa! Tienes que hacerle más caso a más en tu

instinto, mírate en el espejo, amiga. Conozco a alguien que va a enloquecer cuando te vea.

—¿Quién? —cuestionó Amy, parándose frente al espejo y pensando en alguien que tenía unos hermosos ojos verdes en los que podría sumergirse.

—Leo. Se va morir cuando te vea tan *sexy*. Tendremos que controlar sus manos y otras partes… —bromeó la rubia, riéndose.

—No es gracioso, Nadia.

Amelie estaba usando un vestido de encaje negro, bastante corto, que solo la cubría desde el pecho hasta por encima de la rodilla. No tenía tiradores porque la parte superior era una especie de corsé que se expandía y ajustaba, y resaltaba las curvas de su cuerpo, que se habían hecho más prominentes con el paso de los meses. Parecía más alta con los zapatos negros de taco alto. Lucía hermosa, mucho más de lo que ella creía. Su amiga también le había delineado los ojos para que su color «miel especial» destacara y le había aplicado maquillaje, pero no en exceso.

—Ahora cierra los ojos, te tengo una sorpresa —dijo Nadia sonriente y ella lo hizo. No sabía cuál era el motivo pero, cuando cerró sus ojos, pudo escuchar que su amiga estaba desenvolviendo algo.

A los segundos sintió algo frío sobre su pecho y que le rodeaba el cuello también.

—¡Feliz cumpleaños, Amelie! —exclamó Nadia. Cuando abrió los ojos, vio la cadena de plata que había sentido antes. Era una alhaja delicada que terminaba en la hermosa silueta de una mariposa plateada con las alas abiertas.

—¡Es hermosa! Nadia, no debiste hacerlo. Yo no te obsequié nada para tu cumpleaños. Me haces sentir culpable.

—No es problema, tontita. Ya tendrás tiempo de regalarme cosas. Ah, es un regalo mío y de Alexis, él me ayudó a elegirlo, aunque no lo creas.

Nadia también había quedado perfecta cuando terminaron de alistarse. Se había puesto un vestido rojo, corto, que cubría uno de sus hombros y dejaba el otro expuesto. La fina y suave tela caía perfecta sobre su cuerpo. Eligió zapatos de taco alto en el mismo color, se maquilló un poco más que Amelie, resaltando su exuberante belleza, y se puso aros y un collar que combinaban.

Alexis llegó y se veía elegante en un traje de corte moderno y negro, a juego con sus zapatos y corbata. La camisa azul que llevaba puesta le quedaba muy bien. Hasta se había peinado de otra manera que seguramente su novia le había recomendado. Bajó del auto con

prisa para abrirles la puerta a las chicas.

—Buenas noches y muchas gracias, caballero, es usted muy amable —bromeó Amelie con una enorme sonrisa—. Estás muy lindo, hermano.

—Debo decir lo mismo de usted si me lo permite, señorita Bennet —bromeó y besó la mejilla de su amiga rápidamente ante las risas de Nadia—. Feliz cumpleaños, espero que el regalo haya sido de su agrado.

—Es precioso, gracias. ¿Dónde está nuestra humildad, Triple Alianza? —cuestionó Amy cuando el auto ya estaba andando.

—¡Al diablo la humildad! Los tres estamos geniales y es hora de divertirse. Bastante trabajo hicimos para que el salón quedara así de maravilloso.

Cuando llegaron al Highland, Amelie bajó del auto un tanto nerviosa porque nunca había estado en un evento parecido. Desde lejos ya se podía escuchar el apagado retumbar de los parlantes como un eco. La música debía estar a todo volumen en el interior haciendo vibrar las copas de cristal.

La entrada al colegio era digna de una entrega de premios internacionales. Todos estaban tan bien vestidos para la ocasión. Largos vestidos que llegaban al suelo, otros cortos, sensuales y de todos colores. Los chicos se veían tan elegantes en sus trajes. Se habían esmerado realmente, lo que hacía difícil creer que eran esa masa uniforme de ropa desalineada que se movía por los pasillos del colegio cuando sonaba el timbre de entrada.

Cuando ingresaron al salón tan bien decorado e iluminado, la directora ya estaba hablando y dando la bienvenida a todos, y saludando a los padres de los egresados, y comenzó con un aburrido discurso que tuvo que acortar porque nadie la escuchaba.

Luego, las luces se apagaron y los reflectores iluminaron solo la fachada del palacete que habían construido. Hubo risas y aplausos mientras las parejas comenzaban a descender la escalinata para tomarse fotos. Algunos preferían hacerlo al lado de la fuente de agua, en la que el líquido cristalino no dejaba de moverse en chorros irregulares.

Luego bailaron el vals tradicional. Las mujeres con sus padres, hermanos y novios. Los varones con sus madres, hermanas y novias. Amelie nunca se había interesado tanto en esas costumbres hasta ese momento, pero pensó que era el mundo en el que vivía y de esa manera había que hacer las cosas.

Más parejas se sumaron a la danza, mientras Nadia le pedía a Alexis que lo hicieran también, así practicaban el vals para el año

siguiente. Amy los animó a danzar rogando que Leo, quien estaba frente a ella del otro lado de la multitud, no se animara a invitarla a bailar. Lo había visto dar unos pasos indecisos hacia su dirección, pero luego desistió y volvió a su lugar.

De repente, la muchacha se alejó del mundo, de la muchedumbre danzante y de todo lo real, cuando dos manos cálidas se posaron de forma sorpresiva en su cintura e hicieron que los escalofríos corrieran por su espalda.

—Por fin te encuentro, Amelie Roger. Llevo varios minutos tratando de hacerlo.

—¿Bastian? Pensé que no vendrías a la fiesta —dijo Amelie tratando de recuperarse y sonar natural. Ella también había estado tratando de localizarlo con la vista. Giró sobre sus pies para mirarlo. El chico estaba perfecto, vestido con chaleco negro de moda, camisa blanca –que llevaba arremangada hasta los codos–, corbata negra y fina, pantalón y zapatos del mismo color. La ropa ajustada a su cuerpo parecía diseñada especialmente para él.

—¿Y perderme la ocasión de bailar contigo? Una señorita tan linda no debería estar observando cómo los demás bailan y se divierten.

—Creo que me sale mejor lo de mirar que lo de bailar, para ser honesta.

—Eso es porque no has encontrado a la pareja de baile perfecta y, si me dejas ser arrogante, soy un buen danzarín —bromeó con una sonrisa enorme, extendiendo su mano hacia Amelie como si supiera que la respuesta sería positiva. Era buen bailarín. A su mente vinieron aquellos enormes bailes que parecían de otra vida, en los salones dorados de Mikah—. ¿Qué dices? Espero que no me dejes aquí parado con ganas de bailar, sería un bochorno.

—Está bien, pero no te quejes si te piso y te hago pasar vergüenza —dijo ella, respirando hondo y tomando la mano del muchacho sin dudarlo. Al verlos, Nadia les guiñó un ojo y Alexis se rio de ellos.

Amy se dejó llevar entre la gente, bajo la tenue luz de las arañas de cristal, mientras la banda seguía tocando. El momento no pudo ser más mágico.

—No te preocupes por las pisadas, he sobrevivido a cosas peores —dijo él, sonriente. Tomó con suavidad la mano izquierda de la chica y la puso sobre su hombro, colocó una de sus manos en la cintura de Amelie de manera firme y sin dudar, lo que volvió a producirle escalofríos, y luego se tomaron las manos libres.

—Creo que estamos listos. A la cuenta de tres... Uno, dos y tres —dijo Bastian mirándola a los ojos y todo comenzó a fluir de manera natural. Estaban bailando y él la guiaba en cada movimiento con sus

manos mientras giraban entre destellos de colores y haces de luz blancos como luz de luna.

Los minutos pasaban y se habían quedado en silencio. Amelie no sabía muy bien qué decir hasta que él decidió romper el silencio.

—¿Sabes una cosa? Pensé que iba a recibir una bofetada cuando te invité a bailar.

—¿Por qué? Debo reconocer que soy rara, pero no estoy tan loca. Igual tengo que admitir que me tomaste por sorpresa.

—No es eso. Es que… por un momento pensé que eras otra. Estás muy diferente esta noche, pero hermosa. Lo que has hecho con tu pelo me gusta y la manera en que sonríes, como conteniéndote de mostrar tu mejor sonrisa, es tierna. Y temo el efecto que tu risa completa pueda provocar…

—¡Bastian! ¿Otra cosa que el *stalker* número uno de Puerto Azul quiera agregar?

—Sí, que me gusta cuando te sonrojas porque significa que ahí dentro hay una muchacha dormida que está pidiendo salir, pero solo se limita a poner tus mejillas rosadas para demostrar que está viva. Bueno, creo que no hay nada que no me guste de ti —respondió humedeciendo sus labios y Amelie pensó que se iba a desmayar.

«¿Por qué me hace esto? ¿Qué manera de torturarme es esta? Tú eres el histérico, Bastian», se dijo ella. ¿Por qué se portaba él de esa manera si no quería novia? Era como si estuviera jugando.

—Para alimentar tu ego debo decir que eres muy lindo. Me gusta cómo te vistes, siempre.

—¿Alguna otra cosa que quieras agregar?

—En palabras de Nadia diría que eres el chico más *hot* que he visto en mi vida, pero creo que lo sabes muy bien. Para mí eres casi perfecto y ahora entiendo por qué las chicas te miran así, pero que seas lindo no es lo que más me gusta de ti.

—¿En serio? ¿Qué es lo que te gusta? —preguntó con una sonrisa entretenida y la atrajo hasta su cuerpo sin dejar de moverse.

—La forma en que me cuidas y lo bien que me haces sentir, aunque me hagas comportar como una tonta confundida. Tú también has cambiado mi mundo, lo has hecho estallar en colores, y me alegro de poder ser yo la que logra ver esa parte que las otras no pueden apreciar —dijo Amelie y él la miró como si estuviese confundido, pero a la vez bajo un hechizo.

—Eres… simplemente grandiosa, Amelie —dijo él levantando su cara con sus dedos, para que lo pudiera ver. Su rostro se comenzó a acercar de forma lenta y la sangre corría con fuerza bajo la piel de la muchacha porque sabía lo que iba a pasar. Cerró sus ojos y el

momento en el que sus labios casi se tocaron fue interrumpido cuando todas las luces brillantes se encendieron a la vez y los dejaron expuestos.

—¿Qué demonios pasa ahora? —preguntó Amelie mirando a su alrededor y notó que todos tenían la vista puesta en el palacio. En el último escalón superior se encontraban Nadia y Alexis, ella con un micrófono en la mano y lista para hablar. ¡Oh no! Eso no podía ser bueno.

—Deja de maldecir así, Amy. No te queda bien —reprochó Bastian, pero ella no le prestó atención. Estaba más preocupada por lo que su amiga iba a hacer.

«¡No puedes estar haciendo esto! Por favor, no lo hagas», se dijo, pero ya era tarde.

—Buenas noches a todos. Quiero felicitar a los egresados y decirles que lucen hermosos y que deseo que su viaje sea espectacular, pero en este momento quiero pedirles que juntos cantemos para festejar el cumpleaños de una chica que hace un año está con nosotros: Amelie Roger, quien es mi amiga y va a matarme luego de esto, pero te quiero, bebé. Fue ella quien pensó la idea para la hermosa decoración que pueden ver hoy —gritó Nadia con voz estridente. El color rojo invadió la cara de Amy, todos se dieron vuelta para mirarla y la cosa no terminó allí.

Su familia, que había estado misteriosa toda la tarde, Clara y Héctor también, venía con una torta llena de velas encendidas. Todos comenzaron a cantar y Amy no sabía si la querían, odiaban, o era solo la hija del intendente, pero cantaron a viva voz.

Bastian puso las manos en sus hombros para reconfortarla, porque por las charlas que habían tenido sabía que esas situaciones le resultaban difíciles.

Nadia y Alexis volvieron a su lado en unos minutos. Todos la saludaron, besaron su mejilla y abrazaron, lo que hizo que se separara de Bastian. Cuando el tiempo pasó, las personas formaron grupos para charlar y divertirse, y su cumpleaños quedó en segundo plano como debería haber sido.

Sus manos se instalaron en su cintura otra vez, mientras los demás estaban distraídos aprontando la mesa de comidas. Su fresco aliento se posó en su cuello y su voz dulce en su oído.

—Feliz cumpleaños, Amy. Espero que esta sea la noche más especial y mágica de tu vida. Me alegra verte feliz rodeada de la gente que te ama. Te quiero mucho y no te imaginas cuánto, pero debo irme. Adiós, preciosa... Espero verte pronto... —susurró en el oído de Amelie y la dejó estática. Ella quiso darle las gracias, pero cuando

pudo salir de su trance luego de unos minutos, miró a su alrededor y Bastian ya no estaba allí.

Martina la tomó de la mano y la llevó hacia la mesa de comidas donde estaban sus seres amados. La imagen de ellos, el sonido de sus risas, sus abrazos y su amor quedarían impresos en su mente para siempre.

Amelie no sabía si estaba madurando o más sentimental que antes, pero las luces, la música, el champagne –que nunca había probado– en copas de cristal y su amor imposible que se había desvanecido en la noche hicieron que una lágrima rodara por su mejilla.

La secó de inmediato, esperando que el maquillaje no se hubiera arruinado. Además, Nadia se acercaba a hablarle y no debía verla así, triste.

—Hey, Amy. ¿Dónde está Bastian? Debo decir que me sorprendió verlos bailar y divertirse juntos, pero se veían tan bien. Premio a la pareja más caliente de la noche. ¡Por Dios, lo que es ese tipo! —exclamó, mirando en varias direcciones, tratando de encontrarlo entre la multitud.

—Solo tuvo que… irse. No es necesario que lo busques, acaba de despedirse de mí.

Bastian caminó abriéndose paso entre la multitud, odiándose por haberse acercado tanto a Amelie para finalmente despedirse, pero se había dado cuenta que estaba haciendo las cosas mal, que tenía que cumplir con la tarea que le habían encargado o el descontrol se apoderaría de todo, ya sabía lo que pasaba cuando se rompían los patrones. Pero no podía perdonarse el hecho de que parecía haber estado jugando con los sentimientos de Amy, haciéndole la vida más complicada todavía.

Justo cuando estaba por subirse al auto para marcharse, escuchó unos tacones que se acercaban y rogó que fuera Amelie, que lo detuviera y le propusiera olvidar quiénes eran y se fugaran lejos, donde nadie pudiera encontrarlos. Pero era tonto pensar eso, a él siempre lo encontrarían, no podía escapar de lo que era. No fue la chica de cabellos de fuego la que se acercó, fue alguien más desagradable, que a pesar del perfume que llevaba puesto, no podía ocultar el aroma a azufre que inundaba el ambiente.

—Bueno, bueno. Por fin podemos charlar y estar un tiempo a solas. Hubiese preferido que fuera en otro lugar, pero no hay modo de encontrarte con la guardia baja —comentó la voz sensual de Zaira, mirándolo con ojos desafiantes y esa sonrisa despectiva tan

característica dibujada en sus labios pintados de rojo. Tenía una copa con líquido verde en su mano.

—¿Puedes ir al grano? Tengo cosas más importantes que hacer y no quiero perder mi tiempo contigo —replicó él, tajante. De sobra se notaba que la chica no le caía para nada bien y a ella él tampoco. Estaba en la naturaleza de ambos.

—Sé muy bien qué cosas tienes que hacer, galán —dijo ella, bebió un poco de su copa y luego esbozó una sonrisa malévola—. Eso que tienes que hacer, más bien debes hacer, tiene un nombre y se llama Amelie Roger.

—¡¿Cómo es que sabes de eso?! —interrogó Bastian alterado.

—Es mi trabajo saber esas cosas y por lo visto hago mi trabajo mejor que tú. Las mismas... personas... que te informan a ti, me informan a mí. Así que estaré esperando que cumplas con lo previsto. La pregunta es ¿podrás hacerlo ahora que estás tan cerca de ella? —dijo con su voz profunda y casi ronca.

—Por supuesto que lo voy a hacer, no es la primera vez que me encargan algo así. Y si estoy cerca de ella no te incumbe pero, para que no te pongas celosa, acabo de despedirme de ella —exclamó Bastian mirando con odio a la muchacha y lleno de tristeza. Le había mentido, nunca antes había tenido que hacerlo, ella era la primera. Sí había visto a otros como él llevar a cabo esas tareas, pero a él le costaba demasiado.

—Más te vale que cumplas, por el bien de todos. Si tú no lo haces, yo misma tendré que hacerlo, pero no creo que quieras eso para Amelie. Ah, como me gusta ver causas perdidas. ¿Celosa yo? Hay mejores exponentes en este baile, aunque tú y yo podríamos pasarlo tan bien… Nos vemos pronto, Bastian. —Zaira rio volviendo al colegio y a Bastian se le revolvió el estómago de solo pensarlo.

La risa de esa muchacha se repitió en la mente del chico como un eco que lo torturaba. Lo que tenía que hacer le parecía terrible, pero la idea de romper las reglas por segunda vez no le pareció tan mala esa noche.

Vestida de oscuridad

Los días pasaron más rápido que de costumbre, como últimamente estaba sucediendo en su nueva vida. Amelie estaba segura de que se debía a que pasaba muchas horas con sus dos amigos, divirtiéndose. Pero a pesar de que eran tiempos de alegría, no quería que esos días se le escaparan tan rápido, quería disfrutar cada segundo y que nunca terminaran.

A veces, cuando se quedaba sola por la mañana, se aburría y solo esperaba que llegara la tarde para encontrarse con Nadia y Alexis. Se sentaba en el sillón frente a la ventana con un gran cuaderno y se ponía a dibujar mientras miraba cómo las nubes, que parecían pedazos de algodón, se movían en cámara lenta por el cielo. De repente, el auto negro se estacionaba frente a su casa y salía corriendo, pasaba toda la tarde con Nadia y Alexis, siempre cenaban juntos cerca del puerto cuando caía la noche, así que volvía tarde a su casa.

Su familia no la veía mucho esos días, pero al menos tenían a la abuela con quien entretenerse mientras ella no estaba. Llevaban a la mujer a recorrer lugares y enseñarle las atracciones de Puerto Azul, tratando de convencerla de que se mudara a vivir con ellos, pero ella se oponía de forma rotunda a la idea; decía que ya extrañaba mucho a sus perros, sus flores y todas sus cosas, que tenían un lugar especial en su corazón.

Navidad, Año Nuevo y vacaciones de verano fueron momentos en los que Amy se sintió plenamente feliz, como ese poco de felicidad que había experimentado el día del baile en el colegio.

Nadia comenzó a insistir con su idea de producirse mucho para

salir a bailar, a lo que sus padres accedieron porque había aprobado el año sin reprobar ninguna materia y se había comportado más que bien. Pero dentro de todo lo maravilloso que estaba viviendo había algo ausente que de una forma u otra se hacía notar.

Sus ojos trataban de encontrar a esa persona, su nariz quería volver a respirar su perfume y sus labios querían sentir la frescura de los suyos, aunque él nunca quisiera besarla.

El presentimiento que había tenido aquella noche después del baile se hizo realidad, pues no había vuelto a ver a Bastian y ya casi había pasado un mes, así que se había despedido de ella y tal vez para siempre. Trató de encontrar razones que explicaran su decisión, pero no lo logró. Estaba confundida porque él había insistido tanto con quedarse en su vida y, justo cuando se lo había permitido, de un momento a otro, había desaparecido. No quería pensar mal de él, porque al menos la había pasado bien junto a Bastian, había experimentado por fin lo que era sentirse enamorada.

A veces inventaba excusas para andar cerca de la catedral, como ir a misa, por ejemplo, cosa que nunca había hecho en años, pero ni noticias de él. Así que, a pesar de mostrarse feliz la mayoría del tiempo, por dentro sentía que su amor se iba marchitando poco a poco, como los pétalos de una flor, que se desprendían resistiéndose a cambiar de estación. Porque ¿cómo se suponía que se debía sentir cuando había probado la felicidad misma y esta se desvanecía en el aire de repente, y la dejaba con ganas de más? Amelie no encontró otra respuesta que tristeza y decepción.

A medida que los días transcurrían empezó a olvidarse de ciertos detalles que antes le eran muy claros, como la sensación de sus manos en su cintura y los escalofríos que provocaban. Incluso se alejaba de ella su tierno y bello rostro. No estaba segura de recordar el color exacto de sus ojos. Se iba su perfume, con el que se daba cuenta que él estaba detrás de ella a pesar de no poder verlo. Se estaba olvidando de sus manos cálidas, su aliento con aroma a menta y miel, y su sonrisa blanca. La ausencia de su figura en cada rincón al que volteaba era devastadora, porque tenía que reconocer que Bastian ya no estaba cerca de ella.

«¿Dónde quedó tu insistencia por estar cerca de mí y cuidarme?», se cuestionó una noche, cerca de la ventana de su habitación, mirando las torres de la catedral, que parecían vestidas de oscuridad.

Nadia y Alexis no se habían animado a decir nada, solamente trataban de que se distrajera cuando la veían con la mirada perdida, porque sabían que estaba pensando en él. Su amigo se sintió bastante estúpido por haber depositado confianza en ese muchacho que había

puesto triste a Amy.

Hasta sus sueños lo habían eliminado por completo, ya que el ángel había vuelto a ser el mismo y no llevaba su cara. Era otra vez alguien que no quería darse a conocer. Así, entre alegría y ausencia, unos días más pasaron.

Cuando su padre le dijo que llevarían a la abuela de regreso a Santa María, Amelie no supo bien qué pensar. A pesar de que no vería a sus amigos por unos cuantos días, sabía que debía darles tiempo para respirar y estar juntos también, no quería ser una carga para ellos, por más que le dijeran lo contrario.

Pensó que el estar lejos de Puerto Azul, el volver a recorrer las calles de Santa María, la ayudaría un poco a superar la tristeza de no ver a Bastian, pero no creía en recetas ni soluciones mágicas.

Sabía que lo amaba profundamente y que no podría sacárselo de la cabeza así tan fácil.

Tal vez en marzo, cuando las clases comenzaran otra vez, lo volvería a ver detrás de la barra de comidas. Él estaría sonriente, hermoso y le hablaría de nuevo, pero sabía que eso no sucedería.

Se despidió de los chicos por la tarde, al igual que de Clara y Héctor. Los padres de Nadia eran como unos tíos muy queridos para ella. Se había acostumbrado tanto a tenerlos cerca esos últimos meses que fue difícil que los ojos no se le llenaran de lágrimas al verlos mientras la despedían, cuando la gran camioneta familiar roja se alejaba.

Qué extraño era querer tanto a alguien. Extrañar también lo era y sabía que lo iba a hacer. Pero los llamaría para que la rescataran del aburrimiento. Ya tenía ese plan en la cabeza, no le importaba que sus padres se enojaran por ello. Había decidido que, si llegaba a sentirse mal, los llamaría para que la buscaran y estaba segura de que Alexis y Nadia irían al rescate.

—Olvidé la muñeca que me regalaste, abu —se lamentó Martina.

—No podemos volver ahora, amor. La abuela te comprará una nueva —dijo Lucía, una mujer de cabellos blancos y ojos celestes, reconfortando a su pequeña nieta.

Tenían que recorrer unos doscientos kilómetros para llegar a la casa de su abuela. No era demasiado lejos, pero a Darío no le gustaba manejar rápido, así que el viaje tomaría unas horas.

Martina se había puesto a cantar canciones que había aprendido en la escuela y los demás se sumaron.

El calor de los primeros días de enero fue tremendo, lo que hizo

que Amelie pensara que algún día el sol lo quemaría todo, que el mundo terminaría siendo arrasado por tormentas solares y fuego, y se convertiría en un reino de escombros y cenizas que volarían por todos lados como copos de nieve.

Por eso quiso mirar a través de la ventana de la camioneta y grabarse esos paisajes que tal vez nunca volverían a existir. Los interminables campos verdes se dibujaban en el cristal como un cuadro. Los cultivos de color amarillo y verde se mezclaban y creaban una imagen hermosa, algunos animales pastaban con tranquilidad, ajenos a las preocupaciones y tristezas humanas. Las aves surcaban el cielo azul en círculos y la brisa hacía que las ramas de los árboles danzaran en un constante vaivén. El mundo era bello, pero para Amy estaba incompleto.

Luego de un tiempo de viaje, el sol, poco a poco, comenzó a desaparecer en el horizonte. Se habían alejado bastante de Puerto Azul cuando los autos encendieron sus luces, pues la noche estaba llegando.

Después de varios juegos a los que Amelie se había unido para pasar el rato, como decir en un segundo las patentes de los autos, Martina y su abuela se quedaron dormidas. Otra vez se quedó sola para pensar, cosa que no quería hacer, porque siempre que se ponía a ello su rostro aparecía en su mente y eclipsaba todas sus ideas. Sus padres escuchaban con atención un programa sobre política en la radio y no quiso interrumpirlos, así que se había quedado mirando al frente, inmóvil en su lugar.

Estaba contenta de tenerlos con ella y no supo el porqué, pero tuvo la necesidad de guardarse sus rostros. Los miró atentamente por varios minutos. Su madre tenía esa ligera sonrisa dibujada en sus labios todo el tiempo, una sonrisa capaz de hacer a otros sonreír y pensar siempre en cosas agradables. Su padre tenía unos ojos llenos de sabiduría, por eso siempre los miraba, como si estos pudieran decirle algo de su futuro o de alguna lección que necesitaba aprender. Martina y su abuela eran parecidas, tenían rostros hermosos y ojos inocentes. Pero a veces en ellos se encendía la chispa de la travesura.

Y de repente con el cielo vestido de noche, una luz brillante atrapó la esquina de su ojo derecho y la sacó de toda concentración.

Su cabeza giró rápidamente y contuvo la respiración, asustada, clavando sus uñas en el asiento porque su cuerpo sentía el terror de lo que iba a suceder. Su cerebro lo estaba anticipando.

—¡Papá, frena! ¡Nos van a chocar!

No hubo respuesta alguna. Solo dos luces amarillas, brillantes y cegadoras, que iluminaron el interior de la camioneta roja.

El vehículo salió de una calle lateral que atravesaba la ruta

principal por la que transitaban Amy y su familia. Los embistió con fuerza con su lado izquierdo en una inútil maniobra para esquivarlos. El contacto entre los autos produjo un chirrido horrendo y ella imaginó los rasguños en la pintura.

A pesar de haberlos impactado, el otro vehículo se estabilizó y, yéndose a gran velocidad, escapó, para su suerte, de un destino fatal.

Pero Darío perdió el control y se desvió hasta el centro de la ruta. Todos comenzaron a gritar cuando casi chocó contra un camión que venía de frente. Logró sacarlos del medio lo más rápido posible, se cruzó frente al gigantesco transporte y se lanzó afuera de la ruta.

El terreno no era para nada llano, porque estaban en una gran elevación, así que la camioneta empezó a sacudirse violentamente. Su padre trató de frenar, lo que hizo que las cosas empeoraran porque empezaron a rodar cuesta abajo a toda velocidad.

En ese instante en el que Amelie sabía que su mundo se desplomaba, solo pudo oír los vidrios que estallaban, el débil metal que se retorcía y a Martina que gritaba con su aguda voz, hasta que se apagó en un segundo. Sus padres se tomaron de la mano, fue lo último que pudo ver porque cubrió su cara para que los cristales no le lastimaran el rostro.

La camioneta detuvo su movimiento de manera abrupta y luego hubo humo gris y silencio.

Tras varios minutos, horas o lo que fuere, porque era imposible contar el tiempo en su estado, Amelie tragó fuerte e intentó moverse; tenía la garganta seca y le raspaba. Ningún ruido llegaba hasta ella, como si se hubiese transportado a otra dimensión en la que los sonidos no existían. Sus ojos tardaron un poco en abrirse y la penumbra le pareció aterradora. Era como despertarse después de un largo sueño en el que estaba tan confundida que no sabía si era de día o de noche. Sintió que su cabeza estaba mojada, entonces llevó su mano a la frente para tocar la piel húmeda y pudo ver que sus dedos estaban rojos, teñidos con su sangre.

Fue allí que empezó a pensar y tratar de entender dónde se encontraba. Primero pensó que ya era de día, porque una luz le alumbraba los ojos, pero no era el sol, sino que era la luna plateada la que iluminaba.

Había varias personas a su alrededor y los ruidos por fin se dejaron escuchar al volver todos a la misma vez con la fuerza de un trueno en una noche de tormenta. Eran voces preocupadas, nerviosas, y pasos apresurados. Unas luces giraban sobre un vehículo blanco, que supuso

era una ambulancia. Miró hacia arriba, hacia el cielo oscuro donde cuatro llamas de fuego azul parecieron consumirse entre las estrellas. Algo en sus ojos no andaba bien.

Después bajó la mirada porque recordó haber estado dando vueltas en la camioneta hasta estrellarse contra una inmensa pared de rocas, era por eso que se habían detenido.

Lo primero que quiso hacer fue ubicar a sus familiares. Entre las personas que no dejaban de moverse ni siquiera un segundo, le pareció ver la cara de Bastian, pero lo había confundido con un enfermero de cabello oscuro. Estaba enloqueciendo, pero deseaba con toda su alma que estuviera allí. Lo necesitaba en ese momento de gran confusión. No, necesitaba a sus amigos.

Trató de buscar a sus seres queridos cerrando y abriendo varias veces los ojos para ajustar su visión borrosa y la realidad la golpeó con toda su fuerza en el pecho. Parecía estar cayendo en un pozo oscuro que no tenía fin. Observó que una mujer rubia cerraba la última de cuatro bolsas plásticas de color negro, donde había cuerpos que ya no se movían y nadie trataba de hacer algo para salvarlos, como hacían con ella. No tuvo que pensar mucho para entender lo que había pasado.

—¡Ayúdenlos! ¡No dejen que se mueran! ¡Hagan algo, por favor! —dijo Amelie con un grito desgarrador, producto de la desesperación y del hecho de ver que todo se le iba de las manos. Clavó sus dedos en la tierra para tratar de arrastrarse por el suelo e ir a ayudar a su familia.

Sintió cómo algunas uñas se le quebraban, pero el dolor físico no era nada comparado al del alma. Un enfermero la detuvo, presionando el pecho de la muchacha para que no se moviera y ágilmente le inyectó lo que debía ser un calmante, porque Amy notó cómo, luego del piquete de avispa, sus músculos se relajaban y ya no podía moverse.

La muchacha se quedó allí, tendida en el piso, deseando estar muerta también. Porque ¿qué se suponía que iba a hacer o sentir?

De un segundo al otro había perdido casi todo lo que tenía, la vida a la que estaba acostumbrada. En ese momento se preguntó por qué debía pasarle eso si ella nunca había hecho nada malo a nadie. Sentía que no merecía semejante castigo. Y allí se quedó con un frío mortal que le congelaba sus huesos a pesar de que era verano. Tenía la frente ensangrentada y un leve dolor en el cuerpo.

Se quedó mirando las estrellas que eran pequeños diamantes perdidos en el cielo negro, tapada con una manta que el enfermero había puesto sobre ella. Le pareció estar flotando sobre un océano

gélido de aguas negras que su mente había creado. Una enfermera le habló con tono dulce, pero ella no quiso responder, llorar o sentir. Si lo hubiera intentado, hubiese sido completamente en vano, porque cuando la vida te da semejante golpe lo único que deseas hacer es abrazar la muerte. Cerró los ojos.

Luego de un tiempo en el que pareció haberse dormido, Amelie abrió los ojos y trató de entender dónde se encontraba, su alrededor había cambiado otra vez. Intentó localizar a sus padres, hermana y abuela, pero esa vez no era una pesadilla. Las imágenes de lo ocurrido llegaron a su mente todas juntas y sintió un fuerte dolor en el pecho porque comprendió lo que había sucedido con suma claridad.

Pudo oler el aroma a limón de un producto para limpiar el piso que era bastante repugnante y sintió unas repentinas ganas de vomitar, pero se contuvo haciendo un gran esfuerzo. El solo hecho de pensar en tener que moverse de esa cama para ir al baño le pareció cansador porque no tenía fuerzas. Las cerámicas blancas estaban relucientes, como en muchos hospitales, así que supuso que allí estaba.

Sobre la puerta de la habitación había un cartel que decía: «SALA 2. HOSPITAL DE PUERTO AZUL». Estaba de nuevo en la ciudad.

El colchón era bastante suave y cómodo, el ambiente, caluroso cuando el sol empezaba a alumbrar el mundo y hacía que sus rayos llegaran hasta ella a través de la ventana. Para alguna persona en el planeta ese amanecer seguro significaba esperanza, lo más bello que se podía apreciar. Amy hubiese deseado no llegar con vida a ese día para saber que era la única sobreviviente del terrible accidente.

Un ventilador giraba lentamente sobre su cabeza y se quedó mirándolo por varios minutos, con la mente casi en blanco, y por poco se quedó dormida otra vez.

En un momento, cuando pudo pensar con más claridad, notó que alguien sostenía su mano y que la cabeza de esa misma persona estaba apoyada sobre su estómago. El cabello rubio de muñeca no podía ser otro que el de Nadia, quien lloraba casi en silencio.

Alexis estaba dormido en un sofá, cerca de la cama. Amelie hizo un gran esfuerzo para decir algo, pero no pudo, las palabras no querían salir de su boca. Solo logró apretar un poco la mano de su amiga, que enseguida reaccionó. En realidad, no sentía dolores fuertes, no estaba cansada en un sentido físico, pero no quería moverse o hablar, no encontraba un motivo para hacerlo.

—Al, se despertó. ¡Alexis, ven aquí! —gritó ella, lo que hirió los

oídos de Amelie. El muchacho enseguida se paró al lado de la cama.

—Por favor, hablen más bajo...

—Lo siento, amor —se disculpó Nadia y su amiga hizo un leve gesto con la cabeza, cerrando sus ojos por un segundo para hacerle ver que no estaba enojada.

El vacío que sentía era impresionante. El dolor, lo más fuerte que alguna vez había sentido, no era corporal, sino del alma. Era como si cortara cada parte de su ser y a la vez era intangible, no podía tomarlo y arrojarlo lejos. Creía que, si pudiera meter su mano en el pecho, no encontraría su corazón porque estaba completamente destruido, invisible y ausente. Ausencia y más ausencia. La vida le había dado tantas cosas unos meses atrás que ahora parecía cobrárselo con creces. Esa revancha era lo que había estado temiendo.

Todavía no había podido llorar, aunque entendía que toda su familia había muerto. Quería que le hablaran de otra cosa para no recordarlos, al menos por un segundo no quería que sus rostros invadieran su mente y luego se cubrieran de sangre.

—¿Cómo te sientes, Amelie? Sé que es una pregunta estúpida, pero… dime que no te duele nada —cuestionó Nadia, mirándola con ojos tiernos. Amy no quería decepcionarlos o tratarlos mal, pero no tenía muchas ganas de hablar.

—Ojalá me doliera algo.

Alexis y Nadia intercambiaron miradas, no sabían cómo llevar esa situación. El muchacho se sentó en la cama con cuidado.

—Lamento mucho todo esto, hermanita. Es triste y terrible, imposible de creer, pero nosotros no te dejaremos caer, ¿sabes?

—Gracias, Al —dijo la chica tratando de sonreír, pero era en vano.

Era extraño, nada más que un pequeño corte en la frente del cual se repondría demasiado rápido. Qué injusto había sido para sus familiares.

—Creo que no tienes heridas graves —comentó Nadia.

—No, solo un rasguño cuando los demás no sobrevivieron.

—No hables de eso ahora —propuso Alexis acomodándole la almohada.

—Está bien, tuvimos una buena despedida.

—Mis padres están en la entrada haciendo unos papeles de rutina —interrumpió Nadia porque, a pesar de entender por lo que su amiga estaba atravesando, se estaba volviendo cada vez más oscura y quería distraerla si eso era posible—. Te vamos a llevar a casa en unos momentos, porque el doctor dice que no tienes nada, ninguna lesión en tu cabeza, y que ya te puedes ir.

—Muchas gracias por hacerse cargo de mí —fue lo único que pudo

decir Amelie, sintiendo que sería una carga para todos ellos.

Tendrían que lidiar con su mal humor, sus miedos nocturnos, sus llantos en la oscuridad, así que decidió que debía intentar ser fuerte, aunque fracasara. Su familia lo hubiera querido así.

—Hace unos meses, tu... papá hizo prometer a Héctor que se haría cargo de ti y de tu familia si algo le pasaba a él y eso es justo lo que van a hacer. Somos tu familia oficial ahora —comentó Alexis dudando al decir la palabra «papá» y terminando con una sonrisa.

El labio de Amelie se torció levemente tratando de formar una sonrisa, pero no logró ni el fantasma de ella.

—Primero fui su amiga, ahora soy hermana. Es difícil librarse de mí —dijo la muchacha—. Tengo sed, chicos. ¿Pueden traerme agua, por favor?

Ante el pedido, Nadia y Alexis salieron apresurados. Amelie se quedó viendo la puerta, lamentándose por haber hecho que los dos se fueran, no quería quedarse sola por mucho tiempo. De repente, el espacio libre en el marco fue cubierto por Clara, seguida de Héctor.

Ella se acercó despacio, se sentó a su lado y tomó el rostro de la chica con sus manos para besar su mejilla.

—Mi amor, ya estás despierta. No debes preocuparte por nada más que por tratar de recuperarte de esto, nosotros te vamos a cuidar ahora —dijo la mujer llena de ternura en la voz—. Yo sé que es difícil ser positivo en este momento y llevará tiempo, pero te vamos a ayudar a superarlo, como las buenas familias hacen.

Amelie no supo si fue el beso maternal de Clara, su mirada tan parecida a la de su madre, Héctor, que formaba parte de su familia, o si se había estado conteniendo, pero sintió cómo explotaba su corazón.

Este volvió de inmediato a su lugar y sus ojos ardieron, para luego llorar cataratas incontrolables. No paró de hacerlo por unos cuantos minutos, hasta que el pecho comenzó a molestarle. El dolor parecía irse mientras las lágrimas corrían por su rostro.

Los chicos volvieron con agua y Amelie bebió como si hubiera estado bajo el sol en un desierto caminando por días y deshidratada. Se sentó mejor en la cama, porque a pesar de que era pronto quería dejar de sufrir. Miró a las cuatro personas allí presentes, su nueva familia.

—No sé ustedes, pero yo quiero irme ya de este lugar y no volver nunca —dijo decidida.

En minutos se habían alejado del hospital con rumbo a su nuevo hogar, a la casa de color arena. Sabía que ahora venía una parte difícil: el funeral. La organización, recibir las condolencias que tanto molestaban, pero, por suerte, Clara y Héctor se harían cargo de todos

los arreglos. Amy solo quería dormir y seguir durmiendo para no sentir el dolor cortante que estaba presente en su corazón.

—Amy, es hora de levantarse, tenemos que ir al… funeral. ¿Te encuentras bien? —dijo Nadia tocando el hombro de su amiga suavemente.

—Está bien, pero ayúdame a vestirme. Terminemos con esto como se debe —respondió ella, viendo el cielo nublado afuera; unas gordas nubes negras habían cubierto el sol y el azul del firmamento. Un típico vestido negro estaba tendido sobre la silla, color que la confundía en aquel momento, aunque muy similar a la oscuridad que sentía cerca.

El auto ingresó lentamente ante la atenta mirada de todos los ciudadanos que querían a su papá y a su familia. También estaban presentes varios de sus compañeros de colegio. Había vírgenes y ángeles regordetes con rizos de piedra, muy diferentes al de su cuadro, junto a cruces de todos los tamaños y humedad en las paredes.

Todos la respetaron, por suerte, ya que no la abrumaron con llantos y las vacías expresiones: «lo siento mucho» o «mi más sentido pésame», que no tenían valor para ella en ese momento, porque nadie sabe lo que pasa en el interior de uno. Apreciaba más su silencio y una mirada de compasión que palabras tontas.

El sacerdote empezó a recitar sus versos de costumbre. Amy estuvo con la cabeza reposando sobre el hombro de Clara todo el tiempo, porque ella la hacía sentir bien. Héctor, quien sería el nuevo intendente hasta las elecciones, estaba detrás de la muchacha con sus manos en su hombro izquierdo. Muy cerca estaban Nadia y Alexis tomados de la mano.

Luego las personas, vestidas de negro, dijeron adiós y se quedaron solos. El sacerdote le besó la frente y le dijo algo que no pudo escuchar. Amy arrojó una rosa sobre cada ataúd y con dolor los vio descender hacia el interior de sus nuevas camas negras.

Los empleados del cementerio los cubrieron con tierra de inmediato. Estaban tan acostumbrados a su tarea que no parecía ser nada difícil para ellos. El dolor era ajeno.

Respiró hondo y se quedó pensando en sus rostros, risas, abrazos y besos el día del baile.

—Es hora de irnos —propuso la muchacha, mirando los rostros de su nueva familia.

—Sí, yo creo que es hora, hija. Puedes venir aquí cuando desees —comentó Clara en voz baja. Se alejaron del lugar a paso lento pues ya había enterrado a sus muertos y les había dicho adiós.

Las nubes negras se reagruparon en el cielo, la tormenta no tardó en desatarse.

El batir de alas

Los meses siguientes fueron duros para Amelie porque poco a poco se iba acostumbrando a esa vida nueva que le había tocado vivir, pero recordaba todo lo que había perdido. La mayoría del tiempo se la pasaba encerrada en su habitación, con la vista perdida en el cielo que se podía observar a través de la ventana. No hablaba mucho, ni siquiera cuando sus amigos trataban de alegrarla, solo se quedaba en la cama con sus piernas cubiertas con una frazada y un libro abandonado sin leer a su lado. Siempre había un plato sobre la mesa de luz, pero ella casi no probaba bocado, no podía tragar la comida.

Todos en la casa se preocupaban por la muchacha y trataban de hacerla sentir lo mejor posible. Ella agradeció que no fuera de manera insoportable e insistente porque no estaban todo el tiempo sobre ella, sino que le daban el espacio que necesitaba para estar sola.

Cuando llegó marzo otra vez y tuvo que volver al colegio, nadie mencionó nada sobre el accidente, ni siquiera Leo se acercó a decir «Lo siento», porque seguramente estaba nervioso y no sabía qué más decir. Muchos de sus compañeros le dedicaron una sonrisa genuina al verla, pero nadie se acercó a hablarle. Nadia y Alexis estaban a cada momento con ella, aunque fuera en silencio.

A pesar de las cosas malas que podían llegar a deprimirla y que siempre la rondaban como fantasmas, iba a hacer todo lo posible para poder finalizar el colegio, porque ya estaba en quinto año. Tenía que enfocarse en eso, al menos iba a distraerse un poco.

Un día tuvo ganas de volver a su antigua casa, pero sola, no quiso que nadie la acompañara, pues era uno de esos momentos que sentía que debían ser íntimos y debía guardarse ciertas cosas para ella. Había

decidido conservar la casa por un tiempo más. No estaba dispuesta a ponerla en venta todavía porque allí estaban todos sus recuerdos, pero Héctor y Clara la habían convencido de hacerlo. Decían que sería una prueba, una forma de cerrar esa historia y, luego de mucho pensarlo, entendió que tenían razón, si de todos modos el recuerdo de su familia estaba en su corazón. Ya había dos compradores muy interesados que no querían esperar un segundo más.

De la casa de su abuela en Santa María se harían cargo unos tíos que ni sabía que existían, pero pensó que era un problema menos para ella, algo menos en qué pensar.

Ese día tenía que empacar todo para llevárselo, pero solo quería fotos, algunos regalos que le habían hecho, libros y cosas que habían pertenecido a la familia por generaciones. Los demás muebles serían vendidos junto con la casa.

Apenas puso un pie en el *living,* que estaba en penumbra, el vacío desolador la azotó, le tocó los brazos y se enredó en sus cabellos. Y luego le golpeó el pecho como empujándola hacia afuera y haciéndole notar que ese lugar no le pertenecía. Ya no había risas provocadas por cosquillas, olor a tostadas, ni ruidos; ya no había vida. Sobre el sofá estaba la muñeca que Martina había olvidado y por la que se había estado lamentando en la camioneta. La tomó sin pensar y la apretó con fuerza sobre su pecho.

Con pasos lentos llegó a la cocina y encontró el diario, que ya era viejo, doblado sobre la mesa donde su padre lo había dejado. Quitó las fotografías que estaban pegadas en la heladera con imanes, pero no quiso verlas por mucho tiempo porque se pondría a llorar. Halló sobre la mesada una caja blanca, que aún tenía el perfume de su madre, y las guardó allí dentro.

Antes de subir las escaleras, observó el retrato familiar sobre la mesita de patas altas y no pudo evitar pensar en aquel día en que se había caído al suelo, como un presagio. Parecía que cien años habían pasado desde ese incidente. Por fin, subió las escaleras viendo más fotos familiares de épocas felices, en portarretratos de marcos dorados, los cuales quitó de la pared también.

La puerta de su habitación chirrió al abrirse, dándole la bienvenida a su viejo mundo que estaba intacto, con un poco más de polvo que de costumbre, pero igual que siempre.

«Nunca debí haber salido de aquí», se lamentó, pero no podía culparse por el hecho de querer vivir en el mundo real como los demás.

Se recostó sobre la cama y se propuso recordar su antigua historia, porque a medida pasaban los días las cosas conocidas se alejaban de

su mente. Pudo verlo todo, desde su primer recuerdo de niña hasta ese momento. Las imágenes comenzaron a pasar frente a sus ojos sin que hiciera el menor esfuerzo.

En un momento se tuvo que haber dormido, porque despertó asustada, miró el reloj y dos horas ya habían pasado desde su llegada. Se levantó y miró hacia la gran catedral.

Sus torres estaban vacías y oscuras, sin vida, como su antigua casa. Fue allí que recordó a alguien quien hacía meses se había vuelto invisible.

Después de pensarlo entendió que él, de quien ya hasta le era difícil pronunciar su nombre, también formaba parte de su lista de pérdidas irreparables. Su rostro ya no era bello y tierno en sus recuerdos porque estaba casi desdibujado y borroso, como la isla lejana en Playa Calma.

Bastian había renunciado a su trabajo como ayudante en la cafetería del Highland y no lo veía nunca en la ciudad. Supuso que se había marchado para siempre. Se tendría que olvidar de sus dulces labios y de sus manos cálidas, de él por completo. Aunque era doloroso, de alguna manera lo haría, porque había comprobado que era bastante fuerte teniendo en cuenta lo que había sucedido y que siempre era mejor superar las cosas malas y seguir adelante, hacia donde la vida quisiera llevarla.

Mientras preparaba unas cajas con las cosas que quería llevarse, pensó en cómo Nadia se había propuesto que consiguiera novio.

Se pasaba horas hablándole de un tal Lucas y lo pintaba como un «príncipe azul», pero a Amelie no le interesaba demasiado. De todos modos, sus intenciones no eran malas, estaba tratando de ayudarla y tal vez se daría una oportunidad de hablar con alguien nuevo y conocerlo. Cuando terminó de empacar, dejó cajas repletas de cosas.

El cuadro que Clara le había dado y sus mariposas quedaron encima de todo, para que no se estropearan. En cualquier momento sus nuevos padres pasarían a buscar sus pertenencias para llevarlas a su nueva casa.

Bajó despacio las escaleras, sintiendo que su corazón se seguía aferrando al lugar. Sabía que era hora de cerrar la historia, como Clara y Héctor habían dicho. Recorrió las barandas de madera blanca con el dedo y notó que el polvo del tiempo ya empezaba a cubrirlo todo, a enterrar ese pasado como si fuera un muerto. Pasó por las habitaciones una última vez para despedirse, cerró la puerta principal detrás de ella con un nudo en la garganta, para nunca volver a una vida que tampoco volvería a ella.

Un sábado en junio, cuando Amelie se sentía un poco más animada

y luego de tanta insistencia de sus amigos, decidieron salir a bailar. A ella no le importó lo que pensara la gente, si era muy pronto para salir de fiesta o no. Al fin y al cabo, Amy había sido la única sobreviviente y era su vida la que debía arreglar. Sus amigos estaban convencidos de que le haría bien y ella trataba de convencerse también.

Por la mañana fueron a comprar ropa y Amelie eligió un vestido blanco de tela fina con unos apliques de hilo plateado, que le había gustado bastante. Cuando llegó la hora, Alexis las pasó a buscar en su auto.

—¡Chicos, no vuelvan tan tarde! —gritó Clara desde la puerta, un tanto preocupada—. Y cuando Amy sienta que quiere volver, la traen enseguida. ¿Llevan sus celulares y abrigo?

—No se preocupe, suegra, que yo las cuido como debe ser. Las chicas volverán a casa sanas y salvas —gritó Alexis entre risas con el vidrio bajo, encendiendo el motor.

—Mamá cree tanto en ti, amor, que todo lo que le dices la deja conforme —comentó Nadia.

—Y bueno, es mi suegra, así que no le queda otra opción más que creerme —dijo Al besándola en los labios.

Amelie recordó ese día en mayo, en el que sus dos amigos habían convocado a sus padres para informarles que eran novios y se habían comprometido con unos brillantes anillos frente a todos los presentes. Fue una linda cena en su casa, donde el «ya era hora de que lo dijeran» no se hizo esperar entre los asistentes.

El lugar al que fueron estaba lleno de adolescentes que se reían y bailaban sin parar. Había humo de cigarrillo en el aire, que Amelie no soportaba demasiado, y luces que, al brillar suspendidas en lo alto del techo, creaban efectos psicodélicos en las paredes.

Gina y Augusto se encontraban en el centro de la pista, bailando pegados y de manera sensual, mostrándose como siempre y creyéndose el centro del universo.

Nadia no paraba de traer tragos frutales que tenían alcohol escondido en la dulzura de la fruta y, por alguna razón, Amy supo que eso no le haría nada bien, no estaba acostumbrada a beber tanto.

Notó en un momento que se reía de cualquier broma y se sentía bastante bien, así que no se opuso cuando Alexis pagó otra ronda.

En un momento, entre las risas, más tragos, música y baile, Zaira se acercó hasta Nadia y le dijo algo en el oído, pero Amelie no pudo darse cuenta de quién era porque se encontraba un tanto mareada y solo se dejaba llevar por los sonidos y la gente que golpeaba su cuerpo. Solo vio una sombra alta que parecía abrazar a su amiga y susurrarle cosas al oído antes de desaparecer.

—Amy, mira quién está en la barra.

—¿De quién hablas? —preguntó ella en voz alta, mirando en esa dirección y tratando de enfocar su vista. El corazón dio un pequeño vuelco porque se imaginó a otra persona.

—Es Lucas, el chico del que te hablé. Ve a invitarlo a bailar, te veremos luego aquí —propuso su amiga, empujándola suavemente.

—Está bien, pero espero no quedar como una tonta. No se me dan bien estas cosas —gritó la chica y soltó una risilla.

Cuando llegó hasta él abriéndose paso entre la multitud, un tanto mareada y con miedo de caerse por los tacones que se había puesto, pudo verlo con más detenimiento. Era lindo de verdad, su cara simétrica y agradable. Su cabello era corto y rubio, casi dorado. Estaba vestido con ropa de marca, pero había algo que no le convencía y tal vez se debía a que en su mente lo estaba comparando con otro chico.

Pensó que a esa altura Bastian ni se acordaba de ella y, si se había ido, por algo era. ¿Le habría mentido con lo del anillo? ¿Era solo una excusa, como decía Alexis? En ese momento pensó que sí, que él había vuelto con su novia, porque no iba a arruinar su vida con una chica rara y cambiante a quien recién había conocido. «¡Fuera de mi mente, Bastian!», se dijo a sí misma y él desapareció.

—Hola, soy Lucas. ¿Cómo estás?

—Bien... yo soy Amelie. Para ser honesta, creo que estoy un poco mareada.

—Lo sé, tus amigas me han hablado mucho de ti y eres tal cual te describieron.

—¿En serio? Espero no decepcionarte entonces. ¿Soy como imaginabas? —bromeó ella un tanto confusa, dejando pasar un dato importante que el chico había dicho y en el que hubiese reparado si no estuviese tan confundida gracias al ruido, las luces y los tragos.

—Para nada, eres hermosa. Mucho mejor de lo que imaginaba.

—Gracias.

—¿Quieres bailar o tomar algo? Este trago es bastante dulce para mi gusto, pero está genial —agregó el chico moviendo el vaso que tenía un líquido de color azul, mientras la cabeza de la muchacha daba vueltas y vueltas.

—Lo que quisiera tomar ahora es un poco de aire fresco, si no te molesta. Volveré más tarde, espero que estés aquí todavía —dijo ella masajeando su cuello y mintiendo porque no pensaba volver. Cuando había caminado un poco, alguien la tomó del brazo.

—Te sacaré de aquí si es lo que quieres, no pienso quedarme solo —exclamó Lucas tomando su mano en la de él, que era fría, muy fría.

Cuando llegaron a la puerta de salida, a través del mar humano en el lugar, Amelie se sintió aliviada de dejar atrás el ambiente sofocante. Respirando hondo, llenó sus pulmones de aire limpio, fresco y nuevo, pero aún no podía pensar con demasiada claridad.

—Ya que estamos afuera, ¿quieres pasear por la ciudad? Tengo el auto en el estacionamiento.

—No sé, mis amigos...

—Ellos se están divirtiendo y tú no pareces el tipo de chica a la que le guste todo ese ruido. A mí tampoco me gusta demasiado, vine porque me dijeron que estarías aquí. Prefiero los espacios al aire libre y los cielos estrellados —dijo el muchacho sonriente y, por alguna razón, las palabras «excusa de hombre» se escondieron en lo profundo de su mente. En ese momento no se encontraba tan segura de sí misma como para irse o negarse.

—Es la primera vez que vengo a un lugar como este, me falta costumbre.

—Entonces, ¿qué dices? ¿Vamos a pasear?

—No es una mala idea.

—Espérame aquí —propuso el muchacho y, mientras él buscaba el auto, le escribió un mensaje de texto a su amiga. ¿Qué pensaría Alexis al saber que su hermana se marchaba con un chico a quien acababa de conocer?

El celular sonó segundos después y el mensaje decía: «*OK*. Diviértete mucho. Cuídate». Ella sabía a qué se refería su amiga con eso. Hacía unos días habían estado hablando de esos temas que le daban un poco de vergüenza, pero no era eso lo que pasaba por su cabeza cuando accedió a irse con Lucas, no iba a acostarse con él ni nada de eso. Aunque estaba haciendo cosas que nunca antes hubiera hecho.

Lucas era divertido y no paraba de hacer bromas mientras recorrían las calles de Puerto Azul. El viento fresco de principios de junio le congelaba la cara a Amy, pero no le importó, no quería cerrar la ventana porque eso la mantenía despierta.

En un momento se percató de que se habían alejado bastante de la ciudad, pero no se molestó en preguntar. Poco a poco estaba volviendo en sí. Luego de unos minutos de andar, el auto estacionó frente a una gran casa de dos pisos toda iluminada por pequeños reflectores.

—Esta es mi casa.

—¿Qué hacemos aquí? Deberíamos volver.

—Se nota que tienes frío, así que pensé en conseguirte un abrigo. Seguro habrá algo de mi hermana que puedas usar —dijo él; abriendo

la puerta del acompañante, tomó la mano de Amelie para hacerla bajar del auto.

—No es necesario, en serio —dijo ella, tratando de soltarse, pero el muchacho la tenía agarrada con firmeza y parecía arrastrarla. Logró hacerlo, porque luego de eso se encontraban en un amplio *living*.

—Ahora que lo pienso, mis padres no están en casa y, si tienes frío, podríamos hacer algo mucho más divertido para que entres en calor —dijo acercándose a Amelie. Puso sus manos en su cintura y besó su cuello suavemente con labios húmedos. Un escalofrío desagradable recorrió el cuerpo de la muchacha, quien a pesar de estar confundida no pensaba dar un paso tan importante con él, a quien acababa de conocer. El día que decidiera tener intimidad con un chico sería con alguien a quien de verdad amara y cuando se sintiera lista, no bajo los efectos del alcohol.

—¡Basta, estás loco! ¡No quiero hacer esto!

—¿Qué te pasa? ¿No te gusta? ¿O te gustan las mujeres?

—¿Qué? No y, si es para esto que me trajiste hasta aquí, estás muy equivocado. No soy una prostituta adolescente a la que puedes cargar en un auto y traer a tu casa. No necesitas llevarme de vuelta, me voy caminando —dijo Amelie de manera tajante. Él se quedó parado sin hacer nada más que sonreír de manera irritante.

En su desesperación por salir de allí, Amelie había confundido la puerta porque ingresó a un garaje. Había dos autos: uno blanco y lo que parecía ser una camioneta. Se quedó pensando en lo tonta que era por haber fallado en su escape, hasta que algo llamó su atención de uno de los vehículos. Le dio una puntada en el corazón, era el mismo auto que había provocado el accidente, tenía que ser ese porque se le había quedado grabado en la mente, incluso tenía su lado izquierdo abollado y un faro roto.

Llena de rabia volvió al *living*, pero no encontró a Lucas. Salió afuera enfurecida y lo vio cerca del auto con sus brazos cruzados sobre el pecho y una expresión de «sabía que volverías a mí».

—Ah, con que ahí estas. ¿Cambiaste de opinión y quieres jugar? —dijo con su voz arrogante, aprontándose para acercarse con esa horrible sonrisa de acosador en los labios.

—No seas tan patético, por favor. Deja de seguir cayendo tan bajo y quiero que me digas ya qué hace esa camioneta destruida en tu garaje —amenazó, con una mano extendida para detenerlo si decidía acercarse. No podría detenerlo, pero ese gesto le daba más confianza.

—¿Por qué te interesa esa estupidez?

—No es una estupidez para mí.

—Bueno, si quieres saberlo, esa camioneta está así porque tuve un

accidente gracias a unos idiotas que no me vieron subir a la ruta. No sé qué les pasó, porque no iba a volver a averiguarlo. Por suerte, a mí no me sucedió nada más que la abolladura en el vehículo. Seguro se llevaron un buen susto —dijo el muy maldito, riendo contento de haber escapado.

—¿De qué susto estás hablando? Se murieron todos, menos yo. Eres un asesino, pero muchas gracias por el dato, ya tengo las pruebas suficientes —dijo Amelie llorando de rabia y cargada de dolor decidió volver caminando.

—Hey, si vas con la policía, me las vas a pagar caro, ¿entiendes? —amenazó Lucas lleno de cinismo y siguiéndola, como si no fuera poco haber matado a cuatro personas. El chico rico, mientras hacía locuras con su camioneta nueva, había asesinado a la familia de Amelie y parecía que ahora quería hacerla callar.

Llena de ira la muchacha se dio vuelta, lo tomó sorpresivamente por los hombros y con toda su fuerza le dio un rodillazo entre las piernas, como Alexis le había enseñado alguna vez. Se quedó tendido en el suelo gritando de dolor, llorando como un niño, todavía amenazándola. Amelie no paró de caminar por el costado de la ruta, un tanto aliviada porque el muchacho no la seguía.

Amy no pudo dejar de llorar sabiendo que Lucas había sido el causante de su desgracia y que el destino lo había puesto cerca de ella otra vez.

«¿Por qué me pasa todo esto?», se preguntó angustiada y de repente una idea vino a su mente, tan clara como la intensa luz del día.

Decidió que ya nunca más le sucederían cosas feas, que no iba a permitir que por su culpa su nueva familia muriera también. No podía ni pensarlo. Todo el dolor suprimido volvió a ella y gritó en su cabeza que hiciera algo. El viento entre las ramas de los árboles del bosque parecía susurrar «hazlo». Se quitó los tacones para caminar más cómoda y arrastró los pies sobre el asfalto agrietado.

En un momento se vio parada al borde de la ruta y supo en ese instante lo que tenía que hacer, las voces en su cabeza tenían razón.

Varios autos que pasaron hicieron volar su vestido liviano blanco y una brisa proveniente del bosque a sus espaldas acarreó hojas secas que llegaron hasta sus pies descalzos. Entendió que su sueño se estaba volviendo realidad, así que era hora de cerrar la historia de una vez por todas.

A lo lejos distinguió las luces de un gran camión que se aproximaba. Tomó coraje, respiró hondo y se puso en su camino. Aún estaba demasiado lejos, así que cerró los ojos para esperar el impacto.

El corazón le latía a prisa y la sangre corría por sus venas de manera violenta. De repente, escuchó un sonido que nunca en su vida había oído. El ruido de algo que parecía moverse en el aire, el batir de alas. Abrió los ojos y primero pensó que un ave gigante se acercaba a ella, un águila o algo así, pero era otra cosa, una mucho más grande y no era un animal.

Era un muchacho de rostro blanco y ojos radiantes como luces de faros cerca del mar. Tenía unas alas enormes en su espalda, que al extenderse pintaban el espacio y lo hacían flotar en el aire. ¡Pero no podía ser! No tuvo tiempo de pensar y observarlo porque él la embistió con toda su fuerza y la arrojó al otro lado de la ruta sobre un colchón de pasto.

Al segundo el camión pasó por donde había estado parada antes. Amelie había sobrevivido.

«¿Qué demonios está pasando?», se dijo volviendo a abrir los ojos. Allí estaba él, respirando deliciosa menta y miel sobre su rostro. Sus ojos verdes estaban preocupados y cargados de dolor. Su piel era aún más blanca bajo la luz de la luna. Su torso estaba desnudo; era duro y caliente. Sus manos, tibias sobre su pecho y todo el peso de su cuerpo encima de Amelie. Detrás de su espalda había dos gigantes alas de color oscuro que se replegaron.

«No volveré a tomar jamás», se dijo la muchacha mientras sus ojos se cerraban como si la obligaran a dormirse.

En el momento en que Bastian vio a Amelie parada cerca de la ruta, no tuvo que pensarlo dos veces para entender qué era lo que la muchacha intentaba hacer. La había estado siguiendo todo ese tiempo y era el desenlace obvio. Nunca antes se había sentido tan nervioso. Era algo imposible para él, porque tener nervios podría significar su derrota en el campo de batalla.

Antes había estado a punto de aniquilar a Lucas por haber tratado de propasarse con ella, pero no podía hacer nada más que esperar entre las sombras. No podía presentarse ante aquel humano y desenvainar su espada de cristal. Eso no era lo que él hacía. Se alegró de que Amelie tomara valor y le diera ese rodillazo.

Pero ahora le era imposible no actuar cuando era un espectador de lo que iba a ser una tragedia. Con un simple susurro, la nube negra que lo cubría de la vista de los demás se dispersó y pudo sentir una presencia demoníaca que rondaba el bosque. Pero era salvar a Amelie o dedicarse a perseguir un demonio que tal vez ya no estaba ahí.

Se quitó la camiseta, movió los hombros y la piel en sus omóplatos

se rasgó para que las alas nacieran, oscuras como la noche y fuertes como un vendaval.

Cuando por fin voló para quitar a la muchacha de la ruta y la tuvo dormida, tranquila, debajo de su cuerpo, se le pasó el enojo. Había sentido una ira tremenda al ver la estupidez que Amy estuvo a punto de hacer y ese era otro sentimiento nuevo.

«No puedo estar enojado contigo, no puedo estar lejos. Lo intento, pero no puedo. Eres un inmenso imán que me arrastra hacia a ti y no opongo resistencia», pensó moviendo un poco de cabello del rostro de la chica. Era hermosa ante los ojos de Bastian, bajo la luz plateada de la luna. El muchacho recorrió la pequeña nariz de Amelie con su dedo índice, sonriendo al notar sus pecas.

Al verla tan relajada y con sus ojos cerrados, se acercó hasta su cara y presionó suavemente sus labios contra su mejilla. A su jefe no iba a gustarle para nada lo que estaba sintiendo por esa muchacha, pero ¿qué puedes hacer cuando el amor te golpea de lleno como un camión? Bastian nunca había sentido algo así y trataba con todas sus fuerzas de no enamorarse, pero las cosas se estaban poniendo difíciles. Era casi imposible no sentir las ganas de abrazarla con fuerza y besarla cuando la observaba humedecerse los labios de esa manera tan tierna.

«Me meterás en grandes problemas, pequeña. De eso estoy seguro. Pero cada inconveniente vale la pena», pensó y levantó a Amelie del suelo con cuidado y sin hacer esfuerzo alguno. La cargó hasta su auto, que estaba escondido en el bosque, y, a pesar de que ella estaba dormida, en un momento enredó sus brazos en su cuello.

—Pobrecita, debes tener frío —susurró pensando en la poca ropa que llevaba puesta y la apretó más fuerte contra su cuerpo, su piel se había vuelto tibia en un segundo con tan solo pensarlo. Luego la depositó en el asiento del acompañante y decidió llevársela lejos de ese lugar de una vez por todas.

Después de un tiempo de estar dormida –o inconsciente, más bien eso le pareció–, Amelie abrió los ojos de repente creyendo que había tenido un sueño bastante real y horrible. Se asustó con el sonido de su celular, que estaba en un bolsillo de su vestido, y por el hecho de que estaba en un auto que se encontraba en movimiento.

Cuando miró al conductor pudo ver a Bastian y el corazón casi se le detuvo. ¿De dónde había salido? El chico tenía sus ojos fijos en la ruta poco iluminada y sus manos tomaban fuertemente el volante, lo que hacía que sus nudillos se volvieran blancos por la falta de

circulación. El cielo era un interminable manto negro con pequeñas gemas brillantes que lo adornaban. Él no volteó ni siquiera una vez para mirarla, así que ella no podía afirmar si estaba furioso, pero se veía bastante molesto y el ambiente allí dentro era tenso.

El irritante teléfono no paraba de sonar y vibrar, lo que hizo que sintiera ganas de arrojarlo por la ventana. Era Alexis, que estaría fuera de sí porque ella había desaparecido, así que se apuró a contestar, pensando muy rápido en lo que iba a decirle.

—Amy, ¿dónde demonios te metiste? Son casi las tres de la mañana y hace dos horas que no sabemos nada de ti. ¿Estás bien? Te fuiste así como así con ese tipo —vociferó y casi hizo estallar el pequeño parlante del celular. Nadia le había contado; el alcohol la hacía confesar fácil.

—¡Cálmate! Estoy bien ahora, no fue buena idea salir con ese… chico. Por suerte, Bastian me encontró cuando iba caminando cerca de la ruta. Repito, estoy bien y en camino a casa —dijo y colgó, porque su hermano empezaría a darle el sermón de su vida si lo dejaba continuar.

En ese instante no supo qué hacer, era como si Bastian ni siquiera la registrara o la ignoraba y eso no le gustaba para nada.

—¿Y tú te vas a quedar callado después de todo este tiempo en el que desapareciste? Te agradezco por el paseo en auto, pero te vas sin decir nada y ahora no me hablas. ¿Qué pasa contigo? —arremetió la chica.

—Amelie, basta… No me hables así.

Bastian no dijo una sola palabra más, la expresión de su rostro lo hacía parecer herido, pero no menos serio. Resopló molesto y condujo hasta un acantilado. Estacionó el auto y levantó polvo por todos lados; nubes marrones, gracias a las luces del auto.

Salió del vehículo y empezó a ir y venir con sus manos en la cintura. Temerosa por lo que había provocado, Amy se volvió a poner los zapatos y, saliendo también, se acercó despacio, pues no quería enfadarlo aún más. Sabía que el sermón que su amigo no había podido darle se lo daría él.

—¿Qué me pasa a mí, preguntas? ¿Qué te pasa a ti?

—¿Tienes tiempo para escucharlas o vas a irte de nuevo? Muchas cosas me pasan.

—Y una de ellas es estar loca, por Dios. ¿En qué estabas pensando hace unos minutos parada en medio de la ruta?

—Yo iba a…

—Sé bien lo que estabas buscando. ¿Quieres matarme de preocupación y tristeza? ¿Es eso lo que quieres, Amelie? Todo lo que

hago, lo que hice, ha sido para cuidarte y en un segundo todo aquello podría haber sido en vano.

Sus ojos estaban llenos de dolor, él lo estaba, como si ni siquiera pudiera concebir la idea de lo que había estado a punto de suceder.

—Soy una idiota, Bastian. No sabía lo que estaba haciendo —dijo la muchacha, mirando el suelo, realmente arrepentida de haber caído tan bajo. Rompió en llanto sin importarle que él estuviera ahí. Estaba furiosa consigo misma por haber sido tan débil, por haber tratado de suicidarse.

—Eso es justo lo que pienso, que no sabías la locura que estabas por cometer y en parte eres una tonta.

—¡Bastian! —exclamó ella mientras lloraba, lo menos que necesitaba en ese momento era que justo él la insultara

—Fue una pésima, mala y estúpida idea dejarte sola —reprochó él, golpeando de forma violenta la rueda del auto con su pie. Amelie nunca lo había escuchado hablar así y menos comportarse de esa manera.

—Entonces… ¿por qué me abandonaste, Bastian? Todo estaba tan bien en diciembre y luego desapareciste. Tú no tienes idea de lo que me ha sucedido en estos meses. Mi familia entera se murió y me sentí tan perdida y esta noche ha sido pésima —explicó ella llorando aún más fuerte y abrazándose a sí misma porque tenía frío. Las palabras hicieron que la cara del muchacho se pusiera triste, como si de verdad se reprochara el hecho de haberse alejado. Se acercó y simplemente la envolvió con sus brazos fuertes y besó su frente dulcemente.

—No llores más, por favor. Perdóname por hablarte así… es que no lo entiendo.

—No puedo parar de llorar, todavía me duele el corazón y trato de olvidarme de todo, pero no puedo. Veo sus caras, escucho sus voces.

—Amelie, lo siento mucho, pequeña. En verdad lo siento y sé que todo eso es horrible, pero ponerte así no te hará bien. Mírame a los ojos.

Ella obedeció sin dudarlo, aquel verde era tan atrapante que hizo que se olvidara de todo y que dejara de llorar, aunque sus mejillas estaban mojadas. Él las secó con su mano.

—Muy bien, tranquila y respira hondo —ordenó con voz convincente y dibujando una sonrisa hermosa con sus labios; ella así lo hizo—. Tienes que saber que nunca me alejé de ti, solo no dejé que me vieras, pero estuve en Puerto Azul todo este tiempo. Me di cuenta de que no podía formar parte de tu vida o estar demasiado cerca, porque lo que estaba haciendo no estaba bien. Estaba… —Se interrumpió. Ella se apartó de su cuerpo y se dispuso a terminar su

oración.

—Porque estabas rompiendo las reglas, ¿no es así? Entonces ¿por qué me dijiste que no tenías novia? La verdad es que no veo otra manera de romper las reglas estando cerca de otra chica. Dímelo de una vez y terminemos con este juego del protector porque me hace mal en verdad.

—Has acertado cuando dices lo de romper las reglas, esa parte sí es cierta. Aunque son otras las razones, no es una mujer. Bueno, no una que ya tenga, es otra la que me está causando problemas —dijo sonriente, su enojo se había esfumado.

—Yo sé que soy un problema para todos, te pido perdón por eso.

—Está bien, no pidas perdón. Por un momento pensé que no estar cerca de ti era lo correcto pero, cuando te vi a punto de hacer esa locura, supe que tenía que volver a salvarte, cuidarte y protegerte como siempre. Prométeme que nunca más vas a pensar en hacerte daño siquiera —dijo abrazándola otra vez. Amelie estaba apretada entre el auto y el cuerpo del Bastian, estaban tan cerca que podía sentir sus músculos bajo la camiseta. Puso sus manos en la espalda del muchacho y al instante recordó lo que había visto antes, y dejó la investigación de las «reglas rotas» para otro momento. Haber tocado aquella parte de su cuerpo despertó un ardor en la yema de sus dedos.

—Espera un momento… ¡Dios mío! ¡No lo puedo creer!

—¿Qué te sucede, Amy? ¿Qué pasa?

—Bastian tenías... alas. Ríete o llámame lunática, pero tenías alas hace unos momentos —dijo ella buscando algo con desesperación, tanteando toda la espalda del chico. Él no dejaba de reírse ante la supuesta tontería que estaba diciendo.

—Seguro te golpeaste la cabeza muy fuerte.

—Pero las vi, en serio… No me trates de tonta. ¿Cómo puede ser algo así posible?

—Además, estabas asustada y nerviosa, y en ese momento habrás visto cualquier cosa. ¿Puedes ver alas en mi espalda?

—Bastian... yo sé tu secreto. Fue siempre tan real, estuvo siempre frente a mis ojos y recién ahora puedo darme cuenta —exclamó casi sin aliento.

—Me estás asustando.

—Te asusta porque te descubrí.

—¿Qué descubriste?

—Es demasiado obvio, no te comportes así. Eres mi ángel guardián, por eso tienes la necesidad de protegerme. Ni hablar de amor, porque un ángel no puede enamorarse de su protegida, sería un pecado terrible. Es eso, ¿verdad? Lo de romper las reglas.

—Amelie, yo...—dijo él con un gesto confundido y fue la primera vez que ella le vio una expresión de terror.

—¡Demonios! Esto es increíble, me estás dando la razón con tu manera de actuar.

—Deja de maldecir, por favor.

—Y ahora entiendo por qué tampoco puedo maldecir.

Bastian trató de hablar, pero su cara había cambiado por completo. Estaba sorprendido, un poco nervioso, como si nunca le hubiera pasado lo que le estaba sucediendo, como si nunca le hubieran dicho lo que la chica le estaba diciendo.

Dando unos pasos hacia los pinos que crecían cerca del precipicio, se alejó, respiró hondo y se dio vuelta para mirarla. La luna lo hacía ver plateado y hermoso.

—En estos momentos desearía poder mentirte, pero no puedo.

—Bastian...

—Es verdad lo que viste y todo lo que dices es cierto, pero no te asustes y no te vayas ahora. No me dejes solo, por favor. No quiero que me ignores.

—Hey, ¿me crees capaz de eso? —dijo Amelie viendo su expresión torturada y se acercó para abrazarlo fuerte.

—Soy tu ángel guardián, Amelie Roger, y no se suponía que te dieras cuenta o que vieras mis alas, pero lo hiciste. ¿Por qué eres diferente? Eres como una excepción, has cambiado mi mundo desde que me viste.

—Espera un segundo, esto es… Necesito respirar o voy a desmayarme.

Amy se tuvo que sentar en el suelo porque sus piernas temblaban y estaba a punto de caerse de los tacones. Estaba segura de la verdad, pero era demasiado fuerte que él se lo confirmara.

—He estado a tu lado desde que abriste los ojos en el hospital de Santa María. Cuando te caíste de la bicicleta y te lastimaste las rodillas en la casa de tu abuela. Todas las noches, cuando decías mi plegaria, te observaba desde la catedral —dijo recordando—. Estuve en enero, cuando tuviste el accidente, lo que lamento mucho y no sabes cuánto. También en la casa de Lucas, escondido a punto de estrangularlo, pero supiste defenderte, y he estado aquí esta noche salvándote una vez más.

Se sentó sobre el pasto frente a ella y tomó sus manos entre las suyas, que eran cálidas. Amelie pensó en lo que había dicho. Él había estado el día del accidente también y fue allí que recordó por qué solo había tenido un rasguño en la frente. Las imágenes vinieron a ella como una ola que arrasaba con todo a su paso.

Cuando la camioneta comenzó a dar vueltas y su ventana estalló en pedazos, vio que algo venía girando a toda velocidad, como un torbellino en forma horizontal envuelto en una capa de plumas negras. Era Bastian, que había entrado en la camioneta.

Sin saber cómo lo hizo, se había sentado detrás de ella, había enredado sus piernas en su cintura, sus brazos habían formado una cruz sobre su pecho y su mejilla se había pegado a la de ella. Él había estado protegiéndola como un escudo, por eso no le había pasado nada y ella había bloqueado ese recuerdo de su mente o tal vez el mismo Dios lo había hecho para que no lo descubrieran.

—¿Dónde estaban los ángeles de mis familiares durante el accidente? ¿Por qué tuvo que morir mi familia si tú pudiste salvarme? —Las palabras escaparon de la boca de Amelie y sonaron a reproche.

—Hasta que por fin llega la pregunta que no quería responder.

—¿Cuál?

—Amelie, sonará fuerte, pero... se suponía que tú debías morir también y lo he estado evitando desde que me dieron la orden. Yo debía estar allí para que tu alma llegara sana y salva al Paraíso. Por eso decidí alejarme, pensando en que tal vez podría cumplir con mi misión, pero no pude. Ellos estaban ahí cumpliendo su trabajo, pero esperaron el desenlace y llevaron sus almas hasta Dios. Cuando un ángel pierde a su protegido desaparece en una llama azul y se dedica a una nueva persona —explicó él y ella entendió por fin lo que había visto en el cielo nocturno y se quedó un tanto más tranquila porque sus familiares estaban en el Cielo.

—¿O sea que yo debía morir? Entonces ¿por qué me salvaste?

—Porque no podía permitirlo, porque no quería perderte.

—Mencionaste el Paraíso, me podrías haber visto allí, ¿no es así? No ibas a perderme.

—Pero no serías la Amelie que yo conozco. Sé que es mucho para entender, solo espero que no me odies por el trabajo que me encomendaron. Mucho antes, yo... —trató de decir Bastian cuando Amelie lo interrumpió con una de las tantas preguntas que tenía para hacerle. Él había estado a punto de contarle algo de su pasado que también lo torturaba.

—¿Creciste junto conmigo? No me acuerdo de haberte visto antes cuando éramos niños. Bueno, de seguro te escondías.

—Se puede decir que crecimos juntos, pero yo he sido siempre así. He tenido dieciocho años por un largo tiempo —explicó, ante la cara de sorpresa de Amy.

—¿Entonces nunca vas a envejecer? ¿Cómo te convertiste en ángel? ¿Dios los crea o puedes decidir?

—Espera un segundo, Amelie. Puedes preguntar, pero con calma. Aún no estoy seguro de si está bien que te cuente todas estas cosas que nadie sabe y seguro me van a castigar por esto.

—Y por haberme salvado también.

—Probablemente, sí.

—Lo siento, no quería ponerte las cosas difíciles. ¿Ahora me crees cuando digo que soy un problema para todos?

—No digas esas cosas, cada segundo contigo vale más que mil problemas —dijo él apretando las manos de la muchacha con gentileza—. Respondiendo a una de tus preguntas, hace muchos años, cuando tenía dieciocho, perdí a mi familia, igual que tú. El problema es que yo no tenía a nadie a quien recurrir, ni amigos que me ayudaran porque esa familia me había adoptado, no eran mis padres biológicos. Pronto me llevaron a un orfanato y viví allí por mucho tiempo. Un día, por defender a alguien, casi me mataron y me quedé tirado en un callejón esperando la muerte. Pero a pesar de todo lo malo, siempre sentí que alguien me estaba cuidando, que había una presencia que me acompañaba.

—¿Era tu ángel?

—Aún más que eso. Ese día pude distinguir a un ser muy extraño, pero no puedo decir cómo se ve porque, cuando lo ves, desprende un halo de luz de su cuerpo. Es tan glorioso, tiene tanto poder que no llegas a percatarte de si tiene ojos o boca. Lo único que sientes en ese momento es respeto y tal vez temor, y recuerdas a las personas que amaste.

—¿Me estás diciendo que era... Dios?

—El mismo, Amelie. Las piedras pequeñas se levantaban cuando daba un paso hacia mí y se quedaban flotando en el aire. Era como si llenara todo mi cuerpo de energía y de paz. Él sentía un amor tan inmenso por todo lo que lo rodeaba que era difícil de creer y dijo, hablando dentro de mi cabeza, que nadie lo había visto como yo lo hacía y que entonces, si yo estaba dispuesto, había un par de alas para mí. A pesar de que sonó extraño, no lo dudé ni un momento, le creí porque era convincente. Y cuando me convertí en un ángel, realmente me di cuenta de que estaría mejor así que siendo humano.

—Es increíble todo lo que dices; o sea, te creo, pero es tan extraño. ¿Te das cuenta de que no somos tan diferentes?

—¿A qué te refieres? —preguntó él intrigado.

—A que no se suponía que vieras a Dios de esa forma y que no se suponía que yo te viera a ti de la manera en que te veo.

—Tienes razón, ¿entiendes ahora por qué desobedecí al mandato? Porque nunca antes alguien me descubrió. Amelie, tienes que

prometer que no vas a decir una palabra.

—Lo sé. Además, van a tratarme de loca y decir que tengo un trauma por todo lo que he vivido. Confía en mí, este es nuestro secreto y voy a protegerlo, como tú haces conmigo —prometió ella—. O sea que siempre vas a ser joven. ¡Qué envidia! Será extraño envejecer y verte a ti como siempre, tan fresco y adolescente.

—El tiempo no pasa para nosotros, ya que no crecemos ni envejecemos desde el momento en que aceptamos ser ángeles.

—¿Hay alguna manera en la que puedas envejecer?

—Sí, cometiendo un error no tan grave. De esa manera perdería mis alas y volvería al mundo de los humanos, a ser como era antes. Aunque los ángeles puros... ya te contaré de ellos. Es otra de las preguntas que me hiciste, pero son demasiadas por hoy —comentó riéndose. Había algo en su voz, en esa risa casi burlona, que decía que nunca perdería sus alas, que siempre sería ángel. Un error hubiera sido seguir involucrándose con Amelie en el plano sentimental y romántico. Ella sintió que casi había arruinado su felicidad, su trabajo y su relación con Dios. Entendió que debía olvidarse de él, que no debía pensar en Bastian de la manera en que lo hacía, con deseo. En ese momento pareció fácil por todo lo que le estaba contando, pero ella tendía a mentirse a sí misma.

—Es difícil de creer todo esto, ¿verdad? No me gusta alardear, pero una prueba más no estaría mal. Además, tú me descubriste sin que te dijera nada y eso es algo a tu favor —comentó parándose.

Se quitó la camiseta gris de mangas largas que llevaba, y expuso su torso lleno de músculos. La muchacha apartó la vista un poco porque se sintió incómoda, sabiendo que no podía pensar en él de esa manera. El muchacho se paró frente a las luces delanteras del auto, que alumbraban su magnífica estructura y los pinos verdes al borde del acantilado.

Le dio la espalda por unos segundos y en sus omóplatos se abrieron dos grietas, eran como grandes cortaduras que rasgaban la suave piel. Finos hilos de sangre de color rojo oscuro bajaron hasta su cintura baja.

—No te asustes por lo de la sangre, no duele nada y desaparece rápido —explicó.

Volvió a girar sobre sus pies, extendió los brazos hacia el costado a medida que dos alas hermosas y gigantes se abrían como pétalos de flor detrás de su espalda. Eso era lo que ella había visto, eran enormes alas negras muy diferentes a las que se podían ver en dibujos o pinturas. No eran blancas sino oscuras. Él flexionó las rodillas y se elevó en lentos espirales, y luego se acercó flotando en el aire para

descender frente a ella.

—Bastian... ¿puedo? —dijo ella, con la mano extendida.

—Por supuesto, protegida. Tienes todo el derecho de hacerlo —bromeó él.

Cuando Amelie posó su mano sobre las alas, una suavidad inmensa se hizo sentir bajo su piel. Estaban hechas de capas de plumas superpuestas, pero no eran simples plumas, como las de un ave. Eran tan hermosas y delicadas, todas ellas iguales, y juntas formaban un par de duras alas que ni una sierra eléctrica podría cortar.

—Estas son plumas de... ángel —comentó ella con genuina inocencia, recorriéndolas con sus dedos, y Bastian soltó una carcajada.

De un momento a otro, el chico las cerró, habían desaparecido. Amy aún sorprendida llevó sus dedos hasta la espalda de Bastian y recorrió con ellos el lugar donde habían estado, su piel estaba sana, no había ni una cicatriz. Él tembló ante el toque de su mano y se alejó rápidamente a ponerse la camiseta.

—Perdón, voy a dejar de hacer eso y discúlpame por todo lo anterior. Debo haberte metido en miles de problemas con ese beso que te di en la playa —dijo ella con una gran tristeza que no mostró.

—Está bien, yo te lo permití y no debería haberlo hecho, no es tu culpa.

El celular sonó otra vez e interrumpió el bello momento junto a su ángel guardián, lo tomó con desgana adivinando quién era: Nadia.

«Te estamos esperando fuera de casa. ¡Apúrate!».

Eso decía el mensaje.

—Creo que es hora de irnos, señorita. Ha sido una larga noche y debes descansar y tratar de olvidar todo lo malo que te sucedió hoy —dijo Bastian abriendo la puerta del auto para ella. Luego encendió el motor y se alejaron de allí.

Amelie estaba feliz de tenerlo de vuelta, pero sabía cuáles serían las restricciones de estar cerca de él y tendría que resistir. No sabía cuánto tiempo duraría eso, pero no le importaba. ¿Qué tan extraño se vería que una anciana fuera amiga de un chico joven? ¿Qué sentiría él cuando ella no estuviera? No quiso pensar más en eso porque era triste, había tanto en su cabeza que creyó que iba a estallar.

—Si solo no fuera un ángel… —susurró él, mirando hacia la ruta.

—¿Qué dijiste? No te escuché, estaba distraída.

—Nada, que vamos tu a casa.

Cuando llegaron, el auto de Alexis estaba estacionado a la vuelta de la esquina. Bastian paró detrás.

—Bueno, yo, Amelie Roger, te prometo que nunca más me voy a hacer daño a mí misma, pero prométeme que nunca te vas a hacer invisible otra vez.

—Trato hecho, Amy. Nunca me podría alejar de ti ahora que sabes quién soy en verdad, es un placer para mí cuidarte y no lo siento como un deber. Ahora anda, tus amigos y tu cama te esperan. Nos vemos pronto —dijo y se acercó para besar la mejilla de la muchacha tiernamente.

—Sí, tendré que dar un buen par de explicaciones. Algo voy a inventar, pero el secreto está a salvo. Adiós —saludó, besando rápidamente la mejilla de Bastian y salió del auto.

El tocó la bocina y se alejó. Sus amigos bajaron del auto de manera apresurada.

—¿Que te pasó? ¿Dónde andabas? Con quién ya está claro —preguntó Alexis.

—No pasó mucho —mintió descaradamente—. Solo que el degenerado de Lucas trató de propasarse.

—¿Estás bien? ¿Qué te hizo? —preguntó su amigo, un poco alterado ante la información.

—Quédate tranquilo porque no pudo hacerme nada. Usé mi rodilla en su entrepierna como me enseñaste, con toda mi fuerza.

—Perdón, amiga. No te lo tendría que haber presentado, yo sabía que no debía escuchar a Zaira, eso pasa cuando tratas de ser buena y no juzgar a las personas.

—¿Zaira? —cuestionó Amelie en un susurro y Alexis habló.

—Por suerte, Bastian te encontró. ¿O sea que ha vuelto a la ciudad?

—Sí, él volvía a Puerto Azul luego de unas vacaciones y me encontró cuando caminaba al borde de la ruta —mintió otra vez. Si sus amigos supieran lo que había pasado en realidad.

—Bueno, todo solucionado. Ahora, vayan a dormir, yo voy a hacer lo mismo. Nos vemos mañana —exclamó el chico y se despidió de su novia con un beso apasionado.

Las dos chicas entraron a la casa tomadas del brazo. Eran casi las seis de la mañana, el sol débil comenzaba a salir. Se desearon buenas noches, a pesar de que el día empezaba para los demás, y cada una se fue a su habitación.

Su computadora estaba encendida sobre el escritorio, en la pantalla decía que tenía un mensaje nuevo de su amigo Nando de Venezuela. Decidió leerlo cuando se levantara, pues estaba cansada.

Pensó que necesitaba un tiempo para asimilar todo lo que le había pasado desde el trágico enero. Necesitaba tiempo para ella sola, para

estar aislada de lo que conocía y para entender qué iba a ser de su futuro. Qué postura debía tomar frente a la vida y otras cuestiones más. Por suerte, las vacaciones de invierno empezaban en dos semanas y por alguna razón sintió ganas de irse a algún lugar a descansar.

Después de un momento recordó el aroma de Bastian, su cuerpo sobre el de ella al protegerla. Estaba feliz porque su ángel había vuelto y, aunque ya no pudiera ver la catedral desde su ventana, sabía que desde algún techo él la estaría cuidando.

—Ángel de la guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día, no me dejes sola, si no, me perdería…

Rezó la plegaria y cayó en un profundo sueño, segura de que lo vería en sus sueños, como todas las noches desde que tenía uso de razón.

Lejos

Despertó con la sensación de haber dormido muy poco, aunque Amelie no estaba segura de cuánto tiempo había pasado. Solo sabía que era domingo y que llovía muy fuerte, porque las gotas de lluvia golpeaban furiosamente contra el techo y las ventanas de toda la casa. Dio unas cuantas vueltas en la cama y notó que por primera vez en diecisiete años no había soñado nada que pudiera recordar. Lo atribuyó a que había superado sus ganas de lastimarse, entre otros traumas de su vida, y al hecho de que ya sabía que Bastian era su ángel de la guarda y había vuelto a su lado. A simple vista ya no quedaban misterios por resolver.

Se sentó en la cama tratando de desperezarse y vio que la pantalla de su computadora seguía encendida. El aviso del nuevo mensaje titilaba en espera de su atención. Un *email* de su amigo Nando, que decía lo siguiente:

> «Hola Amy. ¿Cómo estás? Por aquí todo bien, descansando un poco. Hace días que no te conectas para chatear. Sé que debe ser difícil lo que te ha pasado, pero espero que vuelvas pronto y puedas hablar conmigo si te hace bien. Por más meses que hayan transcurrido, no debe ser nada fácil recuperarse de una pérdida como esa.
>
> Te quería contar que mis padres y hermana saben de tu existencia. Casi te conocen, porque están aburridos de escucharme contarles sobre ti y de tu vida en Argentina. Además, les mostré tu foto de Facebook. Espero que no te

enojes.
Bueno, me dijeron, y aquí vienen las grandes noticias, que puedes venir a visitarnos cuando quieras. Espero que tengas tus documentos en regla para que sea pronto. ¿No sería chévere que nos conociéramos? ¿Recuerdas que hablamos de eso una vez? Espero tu respuesta».

«¡La noticia perfecta!», pensó ella. Nunca había ido más lejos que Brasil y la idea de viajar sola era un poco aterradora, pero necesitaba un viaje como ese si quería pensar y vivir experiencias diferentes.

Nando vivía en Venezuela, en un pueblo llamado El Junco. Le había enviado unas fotos y parecía el lugar más mágico que había visto, aún más fantástico que Puerto Azul. Además, el distraerse y conocer gente nueva, poder respirar otros aires, le haría bien, estaba segura de ello. El problema sería comunicar a su familia sobre su repentino plan.

Su pasaporte todavía no vencía y tenía bastante dinero ahorrado en una cuenta que su padre había abierto para ella en el banco. Lo único que le faltaba era un permiso firmado por su tutor para viajar al extranjero porque aún no cumplía la mayoría de edad y por eso rogaba que Héctor o Clara se lo permitieran. Justo cuando estaba por responder el mensaje, Nando se conectó.

Amelie: «Hey, amigo, gracias por tus palabras, leí el mail. Tú sabes que me hace bien hablar contigo».
Nando: «Para eso están los amigos, aunque sea a la distancia. ¿Qué te pareció mi idea?».
Amelie: «¡Genial! Te juro que antes de ver el *email*, estaba pensando en un viaje para las vacaciones de julio».
Nando: «Buenísimo, ¿cuándo empiezan tus vacaciones?».
Amelie: «En dos semanas, aunque me falta un permiso. ¿Te parece bien o necesitas más tiempo para aprontar las cosas?».

La respuesta del muchacho tardó un poco en llegar y Amelie se preguntaba qué podía estar haciendo cuando volvió de repente.

Nando: «Acabo de preguntar a mis padres y dicen que no hay problema, que no importa si es muy pronto. Están ansiosos de recibirte».
Amelie: «¡Wow! Les debes haber hablado bastante de mí».

Sonrió para sí misma.

> Nando: «No podía ser de otra manera. Ahora tengo que irme, luego te mandaré por *email* datos más específicos. Nos vemos».

Amy bajó corriendo las escaleras, todavía en pijama y con pantuflas, pues la ansiedad del momento había hecho que se olvidara de todo lo feo que le había pasado la noche anterior, el amigo de Zaira y su mal comportamiento.

Realmente no tenía hambre, así que solo tomó una manzana y se dirigió a la sala.

—Esto les sonará raro —les anunció a los presentes—, pero necesito que me firmen una autorización para viajar a Venezuela en las vacaciones.

—¿Qué? Obvio que suena raro —cuestionó Nadia, quien se hallaba recostada en el sofá mirando televisión—. Buen día, ¿no?

—Buen día, amiga. Te hacía en la cama todavía.

—Amelie, ¿a qué viene todo esto? —preguntó Clara, un tanto confundida ante la reciente solicitud de la muchacha.

—Es que necesito hacer un viaje, necesito irme lejos, aunque sea por unos días. Y no es que desmerezca todo lo que han hecho por mí, porque ustedes me han curado casi al cien por ciento, pero quiero hacer esto, por favor.

—Pero ¿adónde irías? ¿Dónde vas a quedarte? —interrogó Héctor, un tanto sorprendido.

—En la casa de mi amigo Nando, siempre he querido conocerlo y visitar su país —respondió Amelie—. Lo conozco hace más de un año ya. Necesito hacer esto y necesito que me apoyen una vez más.

—Es cierto —agregó Nadia, levantando la mirada—. Doy fe de que lo conoce hace tiempo, nos ha contado sobre eso.

—Lo entiendo, hija. Pero alguien debería ir con ella, tal vez Clara y Nadia —propuso Héctor.

—Necesito ir sola y, si quieren quedarse más tranquilos, podemos llamar a Nando para que hablen con sus padres, son gente buena de verdad.

Clara y Héctor se miraron y asintieron a modo de derrota.

—Está bien, yo llamaré a tu amigo para que nos dé todas las instrucciones y hablaré con su madre —dijo Clara sonriendo, aunque no estaba convencida del todo aún.

—Y yo me encargaré de ese permiso que necesitas —dijo Héctor.

—¡Gracias, gracias! No sé cómo voy a pagarles todo lo que han hecho por mí, espero poder hacerlo algún día —comentó Amelie y

abrazó fuertemente a sus padres adoptivos.

El nerviosismo la acompañó todo ese lunes por la mañana, porque no sabía cómo decirle a Bastian lo que iba a hacer. Tenía miedo de que él hubiera escuchado algo, porque siempre andaba tan cerca y ella no lo veía. Pero a pesar de que lo buscó en todos lados, a donde miraba no estaba, no lo podía encontrar. Supuso que tenía que rendir cuentas con su jefe, o peor, que lo habían castigado, porque no apareció tampoco los días siguientes. No podía creer cuánto lo extrañaba, pero era mejor que tener que darle explicaciones que no le gustarían y lo harían enloquecer.

«¿Quieres matarme de tristeza?», había dicho una vez, lo que hacía que ella se sintiera mal, porque odiaba que Bastian estuviera triste por su culpa.

Dos semanas después, todo estaba listo. Nada le faltaba para emprender el viaje. Su amor imposible no había aparecido, lo que no había hecho más que incrementar su nerviosismo. Muy en el fondo de su corazón temía que él se hubiera marchado otra vez, creyendo que ella no valía la pena para quedarse y meterse en problemas. Pero, por otro lado, él le había prometido que nunca más se alejaría y con eso lograba sentirse más tranquila. Tal vez solo estaba escondido.

Cuando estuvieron en el aeropuerto de la capital, las despedidas comenzaron.

—¿Qué decirte, hermana? Te vamos a extrañar muchísimo y sí, ya sé que son unos pocos días, pero no te olvides de revisar Facebook o conectarte para comentarme todo —dijo Nadia.

—La idea es desconectarme de todo, Barbie —bromeó Amelie—. Pero me quedaré una semana como mucho y volveré para aprovechar algunos días libres con ustedes.

—De corazón espero que este tiempo te sirva para estar mejor —dijo Héctor con las manos en los bolsillos de un gran saco.

Amelie recordó que Nando había dicho que donde vivía no había estaciones muy marcadas y que nunca hacía demasiado frío, así que no había empacado ropa de invierno, solo algún abrigo por las dudas.

—Te quiero mucho, chiquita, y cuídate. Te estaremos esperando cuando vuelvas —exclamó Clara con lágrimas en los ojos, como una mamá de verdad se vería en ese momento.

—Y yo espero que el venezolano no se propase contigo. ¿Se

entiende, no? — amenazó Alexis sonriente para completar la despedida.

Desde la escalera mecánica que se la llevaba lejos, la muchacha se despidió de esas cuatro personas que habían hecho todo por ella.

Luego no los tuvo más a la vista y en ese momento comprendió, con un nudo en la garganta, que ellos eran su familia ahora y que moriría si no los tuviera.

El despegue fue ruidoso; abajo quedaron los miembros de su nueva familia, sus problemas y tristezas, y su amado Bastian, con quien por suerte no había tenido que enfrentarse.

Amelie necesitaba olvidar que lo amaba tanto, hacerse a la idea de que aquello era un amor prohibido y asumir que él también lo sabía.

Bastian se había alejado por ese motivo. Le era imposible pensar que era ella la que no quería estar cerca de él, de eso estaba segura, pero la situación se lo exigía.

Las horas pasaron bastante rápido a pesar de que miraba el reloj cada diez minutos y la señora que se encontraba a su lado estaba tan dormida que había comenzado a roncar. Amelie dejó de leer el libro que tenía entre sus manos y se propuso escuchar música, ya que le resultaba insoportable tratar de concentrarse.

Se quedó profundamente dormida y abrió los ojos justo cuando les pedían que ajustaran sus cinturones porque iban a aterrizar en el aeropuerto de Santo Domingo. Había llegado a Venezuela sana y salva.

Caminó por el gran salón vidriado entre un mundo de gente que acarreaba equipajes, buscando entre la multitud esa cara que había visto en las fotos. El ruido y las voces llenaban sus oídos y hacían que se perdiera entra la marea de gente. Pensó que nunca encontraría a su amigo hasta que lo vio allí, con su piel bronceada, su blanca sonrisa y de la forma en que le había dicho que iba a estar vestido. Lo acompañaban sus padres y una hermana menor que tenía un cartel con su nombre.

—¿Nando? ¡Hola! Soy yo, Amelie —dijo ella un tanto nerviosa.

—Por supuesto que lo eres, ese color de pelo ayuda a verte —dijo el chico sonriente—. Bienvenida a Venezuela... Es lo único que se me ocurrió decir y eso que estuve pensando bastante.

—Tonto —bromeó Amelie dejando el equipaje en el suelo y lo abrazó con fuerza, aunque no sabía si eran sus costumbres, pero a él pareció no importarle—. No tienes que decir nada. A mí tampoco se me ocurren demasiadas cosas, pero estoy muy feliz de conocerte, en serio —dijo Amy apartándose de su amigo y mirándolo. No podía creer que se había arriesgado y ahora estuviera allí.

Luego de presentarse con su familia, y cuando hubieron recolectado todo el equipaje, salieron del edificio. El sol parecía azotar todo y el calor se hacía sentir bastante en el lugar.

—Aquí no pasarás tanto frío, eso es seguro —dijo el papá de Nando sonriente, cargando los bolsos en la parte trasera de un *jeep*.

Comenzaron a andar por la ruta y luego de un tiempo pasaron por una ciudad hermosa que se llamaba San Cristóbal.

—San Cristóbal es un valle y le dicen la ciudad de la cordialidad, aunque noto a las personas un tanto indiferentes estos días —comentó Nando y sus padres empezaron a reír.

Disfrutaba que el *jeep* fuera un vehículo descubierto, porque así el viento los refrescaba y hacía volar su cabello por los aires, libre, como ella se sentía en aquel momento. Era una sensación placentera. En un momento, Amelie se dio cuenta de que Nando no dejaba de mirarla y, cuando ella lo miró a los ojos, él dirigió su vista hacia otro lado.

A medida que avanzaban, las casas parecían esconderse entre los grandes valles, ocultándose entre los altos árboles de copas verdes y protegidas por las montañas. La gran cantidad de vegetación parecía querer devorarse los edificios antiguos. Había ríos de aguas blancas que surcaban las inmensas selvas. Todo era demasiado natural, como si el cemento y los rascacielos no hubieran tocado esa parte del mundo todavía. Luego de unas horas más, pasaron junto a un letrero que decía «El Junco» y supo que por fin habían llegado al pueblo de Nando.

Amelie miró los rostros de las personas con detenimiento ahora que avanzaban más despacio, la mayoría era de piel tostada. Era un color atractivo, producto de una constante exposición al sol, más el viento cálido que corría por las calles y rincones de El Junco.

Cuando el *jeep* se detuvo frente a la casa, observó mejor el panorama, le encantó el contraste de la residencia de su amigo, sobresaliente entre la verde vegetación y las inmensas flores rojas. Su construcción era moderna, para nada típica y colonial como las otras que había visto en el lugar. La morada se encontraba cerca de la base de las montañas que formaban altas paredes unos metros más lejos.

Era blanca en su totalidad y tenía grandes ventanas por todos lados para apreciar el bello paisaje.

—Si no se quieren mojar, es mejor que se apresuren a entrar —comentó la mamá de Nando con su mano extendida, esperando que las pequeñas gotas le tocaran la piel. Luego le lanzó las llaves a su hijo, quién abrió apresuradamente y su padre ingresó con el equipaje, para después guardar el *jeep* en el garaje.

—Ven aquí y mira esto, Amy. Es una especie de fenómeno del

lugar —llamó Nando cerca del cristal de la gran ventana—. En El Junco puedes tener el sol más radiante, pero de pronto todo se cubre de nubes y una inesperada lluvia te sorprende, ¿raro, no?

El olor a tierra mojada comenzó a ingresar por debajo de las puertas y ventanas abiertas a medida que llovía con más intensidad.

—Es extraño, nunca había visto algo así —respondió ella sonriente, pues ya nada le sorprendía. Poder ver a su ángel guardián lo superaba todo.

—Hijo, ayúdame a llevar las cosas de Amy a su cuarto, por favor —propuso su papá acarreando los bolsos. La hermana de Nando estaba contenta de poder ayudar también y tomó un bolso pequeño.

Los tres subieron las escaleras porque las habitaciones quedaban en el segundo piso. Amy se quedó sola con la madre de su amigo, quien la miraba desde una gran cocina donde ya se había puesto a lavar algunas verduras para empezar a cocinar.

—En mi opinión hay algo más raro que una lluvia sorpresiva —comentó la mujer sonriente y la muchacha se acercó para que le develara el misterio. Parecía misteriosa.

—La verdad, podrían ser tantas cosas. He visto cosas raras.

—No me refiero a nada extraño en el sentido sobrenatural, sino a nivel personal. A ustedes.

—¿Quiénes?

—Nando es reservado y un estudiante muy convencido de lo que hace y por eso sé que algún día será un gran profesional.

—Eso es genial, a mí también me gusta estudiar dependiendo de la materia —comentó Amelie y la verdad que eso no le parecía para nada raro.

—Sí, lo que quiero decir es que al ser tan reservado y dedicarse solo a sus estudios, me alegra que hayan podido conocerse. Es extraño que tenga tan buena relación con alguien del extranjero y no tanto así con las personas que dicen ser sus amigos.

—Ahora entiendo, mi familia pensó igual que usted. A cualquiera le parecería una locura este viaje, pero lo necesitaba.

—Cuando nos comentó sobre tu visita pensamos que era solo una idea loca, pero veo que hay verdadera amistad entre ustedes. No les importan las distancias, no les parecen un impedimento. Eres más que bienvenida aquí, quería que lo supieras.

—Muchas gracias y la verdad me siento muy bien aquí. Tenía muchas ganas de conocerlo y creo que, si no hubiera estado convencida de esto, no hubiera venido —comentó la muchacha sonriente.

De repente, sintió una mano en su brazo, era la de Alexandra,

hermana de Nando, que quería enseñarle la habitación.

Atravesaron un pasillo en el piso de arriba que le recordó al de la casa donde vivía, pero este se encontraba más iluminado. Una sección del techo era una larga línea formada por cuadros de cristal duro y la claridad que ingresaba a través de ella bañaba todo de luz.

—Espero que te guste tu nueva habitación. Además, mira lo que pudimos conseguir —exclamó su amigo, mostrándole dos cuadros con mariposas que habían colgado en la pared.

—¡Genial! Muchas gracias, no era necesario que se tomaran tantas molestias.

—Casi nunca tenemos visitas especiales y menos de una amiga como tú, así que todo lo que hagamos para hacerte sentir mejor es necesario —comentó Nando con las manos en sus bolsillos—. Y creo que hay alguien que se desespera por tu atención.

—¿Quieres ver mi habitación? —preguntó Alexandra.

—Por supuesto y podemos jugar si quieres —respondió Amelie sonriente.

La pequeña la tomó de la mano y Nando las siguió de cerca, Amelie sabía que los ojos del chico estaban sobre ella, estaba acostumbrada a miradas penetrantes pero, aun así, se sentía un poco incómoda.

Cuando llegaron al dormitorio de la pequeña, ella le mostró todas las muñecas que tenía sobre la cama y Amy se quedó mirando una en particular. Era idéntica a la que su abuela le había reglado a su hermana Martina, esa muñeca de cabello oscuro por la que su hermana se había estado lamentando durante el viaje, minutos antes del accidente. Amelie recordó el día que había vuelto a su casa después de tanto tiempo y la había encontrado en el sillón, la había apretado fuerte contra su pecho como si algo de su pequeña hermana hubiera quedado en ella. Su rostro se dibujó de inmediato en su mente y en su cabeza resonaron las risas de antiguos juegos como un eco, pero no quería ponerse triste, así que alejó todos esos pensamientos.

—Cuando te canses, dime y ya. No es tu obligación entretener al pequeño monstruo —bromeó el muchacho y le guiñó un ojo.

Los tres se sentaron en la gruesa alfombra porque Alexandra quería que la ayudara a dibujar una mariposa y su amigo se puso a leer un libro sobre teorías del aprendizaje.

Luego de unos minutos, el aroma a carne asada mezclada con los condimentos que habían usado comenzó a subir hacia donde estaban.

La mariposa había quedado maravillosa, como Alexandra había dicho, y, cuando Amelie respiró hondo para llenarse del rico olor a comida, la voz del papá de su amigo dijo desde abajo:

—El almuerzo está listo. Pueden bajar a comer.

Se pusieron de pie al instante.

Cuando llegaron al comedor, Amy vio que la mesa y las sillas eran de madera negra y las últimas estaban revestidas con cuero blanco en el asiento y el respaldo. Había un gran plato ondulado de color verde oliva en el centro de la mesa, el cual contenía frutos secos. En vez de pared, había un gran vidrio que ocupaba el lugar donde en cualquier casa habría ladrillos y cemento. Se podía ver a través de él un patio de grandes proporciones.

Había una galería afuera, con asientos reclinables y una enorme piscina. Más lejos, había árboles de tronco fino y luego se podía apreciar un extenso bosque que debía de llegar hasta las montañas.

«Este lugar es fantástico», pensó la chica y se sentó a la mesa.

Los padres de Nando le contaron mucho sobre el pueblo y estaban interesados en saber más del lugar de donde Amy venía. El padre de su amigo quería saber sobre la economía y demás cosas relacionadas con la política, en lo que ella no podía ayudarlo porque no tenía la más mínima idea. Cuando el padre de Nando comenzó con un discurso negativo sobre el gobierno de su país, los demás lo hicieron callar.

—Este hombre, siempre con el mismo discurso. Hablemos de cosas más lindas en esta ocasión, no queremos asustar o aburrir a Amy —dijo su esposa y colocó su mano sobre la de su esposo. Luego la conversación giró sobre el día a día de la familia y anécdotas que incomodaban a su amigo, aunque no podía distinguir si se ponía colorado bajo su linda piel tostada.

Después de la comida Amelie ayudó a Ana a lavar los platos, a pesar de que ella se había negado en forma rotunda a recibir ayuda.

—No te entiendo, mamá, siempre te quejas de que nadie te ayuda y ahora te niegas cuando alguien se ofrece —bromeó Nando con su espalda en la pared.

—¡Ay, Nando! Ella es la invitada, no debería venir a trabajar. Tú tendrías que ser el que se ofrezca —dijo tratando de darle un plato lleno de espuma de detergente.

—Nos vemos afuera, Amy —dijo entre risas y se escapó hacia el patio trasero.

—Bueno, me voy con Nando porque va a enseñarme el bosque. Hasta luego —se excusó la chica y salió de la casa. Pero, finalmente, nunca pudieron hacerlo porque la lluvia torrencial que comenzó en un momento no dejó de caer durante todo el día.

Amelie y Nando se pasaron la tarde en el cuarto de la muchacha, poniéndose al día con todas las cosas que tenían para contarse. Se rieron a más no poder y ella pudo notar que él seguía mirándola de

esa manera tan profunda, entonces se sonrojó.

—Perdón, es que no puedo creer que estés aquí —dijo el sonriente, mirando al suelo, y ambos tuvieron que volver a reír.

Habían acordado visitar el bosque al día siguiente y así lo hicieron. Cuando pudo ver a su amigo, que la esperaba en el patio con una gran sonrisa en los labios, una sensación de alegría y algo más que no se podía explicar se despertaron en el cuerpo de Amelie. A pesar de la distancia, siempre habían chateado mucho y se habían contado cosas dolorosas y que tal vez no habían dicho a sus amigos más cercanos.

Su amistad era muy grande y extraña en cierto modo para los demás, pero a ella no le importaba, quería mucho a ese muchacho.

La lluvia de la noche anterior había refrescado el ambiente y ya no se sentía tan pesado como cuando había llegado. A medida que se adentraban en lo profundo del bosque, los rayos del sol se hacían menos visibles, ya que a la gran bola naranja en el cielo le costaba traspasar las tupidas copas de los árboles.

En un momento, Amelie recordó imágenes del bosque de Puerto Azul, allí había charlado y hasta se había quedado dormida en los brazos de Bastian. No quería seguir pensando en él por el momento, ya le parecía bastante difícil tener que volver y verlo siempre a su lado, pero sin poder amarlo.

Nando la invitó a sentarse cerca de unas flores de color lila que crecían entre rocas blancas, peleando por salir a la luz. Cuando ya estuvo más acostumbrada a los sonidos del lugar, pudo escuchar el agua de un arroyo cercano, que corría chocando contra las piedras. Amelie se sentó aún más cerca de su amigo y no supo qué decir en ese momento de extrema calma.

—Me pregunto qué pensarán los demás de todo esto que está pasando. Lo imagino, creo. ¿Tú qué piensas? —dijo Nando y rompió el silencio y la bella calma. No la miró a los ojos, sino que estaba jugando con una ramita seca que había caído de un árbol.

—¿Qué pienso sobre qué? No entiendo, sé más claro.

—Está bien. —Se rio—. Me refiero a que alguien no vuela de un día para el otro a un país diferente, aunque esté en el mismo continente. Deben pensar que... hay algo entre nosotros, o al menos algo más que amistad, para que hagas semejante viaje.

Arrojó lejos la rama, luego miró a la muchacha y ella entendió a lo que se refería.

«No me hagas esto», pensó ella, pues sintió que se estaba confundiendo al igual que su amigo. Ahora entendía el porqué de esas miradas. Desde que había llegado, no entendía si era el clima que la afectaba, la simpatía que él tenía o el entusiasmo por conocerlo, pero

estaba un uno por ciento confundida. El otro noventa y nueve por ciento de su corazón ya pertenecía a alguien que tenía alas, pero que no podía amarla, y tal vez eso era lo que la llevaba a sentir que tenía que ser feliz también y dejar que otro chico la quisiera. Además, al ver eso, quizá el otro se decidiría…

—A mí me parece normal que dos amigos quieran conocerse, incluso si vivieran uno en cada Polo.

—Obvio, pero a los demás les parece extraño.

—Bueno, ese es su problema. Nosotros no deberíamos pensar en ello ni hacernos cargo de lo que los demás creen.

—Al menos mi familia tiene otra teoría sobre nosotros y no es la amistad precisamente —comentó Nando. La tenue luz trataba de tocarlos, pero era débil, todo se sentía más fresco en la profundidad del bosque. Amelie comprendió con esas palabras el porqué de la alegría de la madre de Nando y aquella charla extraña, seguro pensaba que ellos eran novios.

—Allá ellos —comentó la chica de manera cortante y se paró para caminar hacia el pequeño arroyo. Observó cómo la espuma se formaba entre las piedras y cómo algunos rayos de sol tocaban la superficie del agua. De repente, sintió que su amigo estaba detrás de ella, pudo escuchar sus pasos y su respiración.

—Lo siento, no debería haber dicho todo esto, no quiero arruinarte el viaje. Volvamos a la casa a comer algo. —Rio y tomó la mano de Amy nerviosamente, pero ella se lo permitió y, caminando a paso lento hacia la casa, se alejaron de los aromas del bosque, la tranquilidad y la frescura.

Esa noche se quedaron mirando una película de terror en el *living*, Alexandra los abandonó a la mitad obligada por Ana y se dirigió a su habitación. Mientras las escenas macabras pasaban frente a sus ojos, Amelie se fue durmiendo de a poco y Nando decidió apagar el televisor. Buscó una frazada y cubrió a su amiga, y se quedó a dormir allí, en el enorme sofá blanco, junto a ella.

Al día siguiente fueron a una feria donde Nando hizo que Amelie probara todas las comidas tradicionales. Además, había juegos con los que se divirtieron porque, de hacerlo bien, podían ganar premios. Y cuando la noche llegó y los cientos de focos amarillos que parecían estrellas iluminaron la pista de baile al aire libre, los dos bailaron y rieron. El hecho de que el muchacho pusiera las manos en su cintura la incomodó un poco pero, aun así, no se sentía del todo mal. Aunque luego notó cómo esas manos recorrían su espalda, subían y bajaban a ritmo lento con la canción, y él le decía lo hermosa que era.

—Lo siento, pero no puedo seguir con esto, Nando —dijo Amelie y,

quitándole las manos de su cintura con amabilidad, emprendió el camino a la casa, abrazando su propia cintura. Él la siguió en silencio, rogando no haberlo arruinado todo y luego se internaron en la casa sin cruzar una palabra.

Ya en su cama, Amy no dejó de dar vueltas, pensando en que debía disculparse con el muchacho por haber reaccionado de esa manera y no porque fuera culpa de él, sino porque ella se estaba confundiendo. Alguna vez se había dicho que debía dar oportunidades a otros chicos, que lo que sentía por Bastian era prohibido e imposible de concretar. Le costó mucho, pero logró dormirse más tarde, cuando los pensamientos en su cabeza se callaron.

Cuando salió de su habitación por la mañana, decidió hablar con su amigo. La puerta de su cuarto estaba entreabierta. Amelie se quedó paralizada al ver que vestía solamente sus *jeans*. Estaba descalzo y no llevaba camiseta, y se dio cuenta de que recién había terminado de bañarse, porque su cabello estaba mojado. Trató de alejarse sin que él la viera, pero no lo consiguió.

—Amelie, buen día. ¿Qué haces ahí?

—Nada… yo debí haber llamado primero.

—Adelante —dijo el muchacho sonriente y abrió la puerta para que ella pasara y luego la cerró.

—Quería pedirte disculpas por lo de ayer, por haberme ido de esa manera del baile y no haberte hablado en toda la noche. La verdad es que me siento una tonta maleducada, con todo lo que ustedes han hecho para recibirme.

—Está bien, Amy. Ven, siéntate —ofreció Nando sentándose en su cama y ella lo hizo también—. Creo que tomé demasiado ayer en ese baile y no sabía lo que estaba haciendo en un momento y crucé los límites.

—En el bosque creo haber dejado las cosas en claro, pero hoy ni siquiera yo sé que es lo que me pasa. Tú me contaste lo que pensaba tu familia acerca de nosotros, pero ¿qué piensas tú? —interrogó ella.

No quería que su amigo pensara que estaba jugando, pero ante sus palabras el muchacho aprovechó la cercanía y de repente su rostro estaba a centímetros del suyo y se quedó sin palabras. Sus ojos negros la analizaban, esperando su reacción. La confusión se apoderó de Amelie y no opuso resistencia, sabía lo que iba a suceder y que se odiaría luego, pero quería experimentarlo. Dejó que la tormenta la envolviera.

—Quiero intentar algo y así podré darte una respuesta. Es algo que he querido hacer desde que llegaste y tienes derecho a golpearme.

Amelie tragó fuerte y asintió. Él se fue acercando lentamente hacia

ella mientras se humedecía los labios. Ella cerró los ojos y de repente sintió los suaves labios de Nando sobre los suyos. En un momento pensó que iba a apartarse, pero en su cabeza se repetía la idea de dar oportunidades y se dejó llevar. Los cálidos labios del muchacho se movían sobre los de ella de manera lenta y cuidadosa.

Amelie tomó el rostro del chico entre sus manos y lo besó con más fuerza, tratando de obligarse a dejar a alguien más entrar en su vida.

Cuando las manos de Nando levantaron un poco su camiseta, ella de repente se dio cuenta que estaba mal, que estaba traicionando a Bastian, aunque no pudiera amarlo, a sus propios sentimientos y haciendo que Nando se confundiera aún más.

—No, lo siento —dijo su amigo tratando de recuperar el aliento y la respuesta sorprendió a la muchacha, quien pensó que sería ella la que le pondría fin al beso.

—Está bien, no soy buena besando, no he tenido mucha práctica —bromeó ella tratando de que la situación fuera menos incómoda.

—No es eso, Amelie. Es que solo te quiero como una amiga y te pido disculpas, soy un atrevido. ¡Qué vergüenza! No debería haber hecho esto.

—No te avergüences. Honestamente, no pensé que esto iba a suceder entre nosotros, pero me sirvió como prueba, ¿sabes? Aún sigo enamorada de Bastian y por más que bese a miles de chicos eso no va a cambiar. Lamento que hayas sido tú el que ha tenido que servir de experimento.

—No hay problema, yo también necesitaba probar algo y, por lo que veo, yo sigo enamorado de Laura.

—Laura… Me hiciste escribirle un poema, ¿te acuerdas de eso? En mi opinión era uno bastante malo, así que te pido disculpas si no le agradó. ¿Se puede saber cómo va esa relación? ¿Va mejorando?

—Bueno, Laura no es amante de la literatura, así que el poema le pareció… lindo, nada más. Pero la verdad es que me siento muy bien junto a ella, nos divertimos mucho cuando me presta atención, pero es siempre tan fría y no puedo interpretar sus sentimientos —dijo mirando al suelo con cara de resignación.

—Bueno, dijiste que ella no es amante de la literatura, así que supongo que es más del tipo de salir a bailar. Tú deberías hacer algo que a ella le guste también.

—¿Te parece?

—Por supuesto, en estos días podríamos invitar a tus amigos y a Laura, y salir por ahí.

—Nunca lo había pensado de esa manera, pero nada se pierde con probar.

Los dos sonrieron y olvidaron lo sucedido. Luego del desayuno, Amy se dirigió al cuarto a usar la computadora que había traído.

Tenía un mensaje de Nadia en Facebook, le respondió todo lo que quería saber y le aseguró que estaba bien. No quiso preguntar nada sobre Bastian, si lo habían visto rondar la casa o si estaba enojado.

No sabía si sus amigos aún tenían la idea de que nada iba a pasar entre ellos, porque él se los había dicho en Playa Calma, pero tampoco les pondría ideas en la cabeza. Solo dejaría que el tiempo solucionara las cosas.

Ya casi una semana había pasado y Amelie seguía en Venezuela. El sábado por la noche decidieron salir a bailar. Por fin, conoció a Laura y le pareció una chica hermosa, quien se mostró demasiado entusiasmada con la idea.

—Te lo dije —susurró Amy al oído de Nando, mientras iban en el auto de uno de sus amigos al *pub*. Él sonrió.

Cuando ya estaban en el lugar, sentados alrededor de una mesa redonda y bebiendo cerveza, notó que los chicos no paraban de decirse «pana», que significaba amigo. En un momento, Amelie se excusó para ir al baño y, cuando regresó, pudo observar que Nando y Laura bailaban pegados en la pista, él tenía sus manos en la cintura de la muchacha, que parecía estar divirtiéndose a lo grande. Amy se los quedó mirando y por un minuto deseó que entre ella y Bastian pudiera haber lo mismo, pero sabía que era imposible. Suspiró hondo y trató de reír ante las bromas de los amigos de Nando.

Esa misma noche, cuando el baile y la música ya eran silencio, de nuevo en su habitación, abrió las ventanas para que la brisa fresca llenara sus pulmones. Se había quedado mirando las estrellas, que titilaban en el cielo oscuro, y escuchaba a los grillos cantar en lo profundo del bosque.

¿Qué hizo en ese momento de soledad? Pensó en Bastian, solo en él, como hacía todos los días cuando se quedaba sola, pero esa noche sus ojos captaron un extraño movimiento entre los árboles, como si una forma extraña y oscura se escondiera entre ellos. Se llenó de terror y cerró la ventana recordando el cuervo que alguna vez se había estrellado contra su vidrio.

«Puede haber sido cualquier animal», se dijo tratando de tranquilizarse, pero había algo raro en el ambiente y todo se sentía frío; una insipiente sensación recorría todo su cuerpo como si la creciente oscuridad se fuera apoderando de las cosas que la rodeaban. Prefirió creer que Bastian la había seguido para cuidarla. Cualquier

cosa era mejor que creer que allí afuera, en la oscuridad de la noche, se escondía algo maligno y perverso, algo que siempre estaba al acecho y esperaba el momento oportuno.

La inspiración llegó a ella cuando recordó todo lo que había vivido junto a su ángel. Entonces, tomó un papel y comenzó a escribir algo para él, pensando en que algún día tendría el valor suficiente para dárselo. No borró ni una sola vez, no tuvo ningún error ni dudas con las palabras que había usado porque lo que escribió era lo que sentía y era verdadero. Lo amaba con todas sus ganas y fuerzas. Cuando terminó, dobló la hoja de papel y la besó, para luego guardarla en su bolso.

Otra vez comenzó a sentir frío y miedo por alguna razón. Eran las sombras que jugaban en las paredes, bajo la cama y en todos los rincones. Sabía que algo no estaba bien, aunque ella no pudiera verlo. De pronto, escuchó tres golpes fuertes en la puerta que la tomaron por sorpresa e hicieron que su corazón saltara.

—¿Puedo pasar, Amelie? —preguntó la voz inconfundible de su amigo y ella dejó salir un suspiro de su boca, sintiéndose aliviada.

—Sí, seguro. Es tu casa —dijo Amelie sonriente y él caminó unos pasos para sentarse en la cama junto a ella.

—Amy, ¿no te enojas si te digo algo? Estuve pensando y me pareció que debía decírtelo.

—Por supuesto, pana —bromeó la chica y una sonrisa iluminó su rostro.

—Mira, espero que no me malentiendas. No es que te quiera echar ni mucho menos, porque me alegro con el alma de haberte conocido. Yo espero poder ir un día a Argentina y que tú vuelvas, pero…

—¿Puedes ir al grano, amigo?

—Bueno. ¿No te parece que ya has pasado bastante tiempo lejos de tus cosas y de las personas que quieres? —interrogó con toda sinceridad—. Me parece, al verte tan contenta estos días, que ya conseguiste tus respuestas, que lo que amas de verdad está en Puerto Azul. Como amigo siento que tengo que hacerte ver que estos días que has extendido tu visita no son más que una forma de escapar a cierto muchacho que te tiene como loca. Tú me ayudaste con lo de Laura y salió perfecto, ahora es tu turno de arriesgarte —comentó él mirándola a los ojos.

Amelie lo vio directo a los ojos y entendió que su amigo tenía razón. Debía dejar de postergar el regreso a su ciudad. El viaje realmente le había servido para ver las cosas con mayor claridad, pero de todos modos sabía que solo había ido allí como una forma de escapar a sus problemas.

—No te enojes conmigo, por favor. Puedes quedarte por mucho más tiempo si quieres.

—Espera un momento, no estoy enojada. Es que siempre me dejas pensando con cada cosa que dices. Me alegra haberte conocido, pero es hora de volver a mi país. Te agradezco por hacerme ver las cosas como son.

Al día siguiente compró su pasaje de regreso, feliz y con muchas ganas de volver. Cuando todo estuvo listo, el *jeep* hizo el mismo recorrido que al llegar.

En el aeropuerto hubo besos, abrazos y promesas de volver a verse. Nunca se olvidaría de sus rostros tostados y de su hospitalidad. Tampoco sacaría de su mente el espectacular bosque, las montañas, los bellos paisajes que parecían pinturas y la casa de cristal. La hora de marcharse fue anunciada por los parlantes.

—Nos vemos pronto por las redes, amiga. Tal vez el año que viene vayamos a Argentina. Te voy a extrañar mucho —dijo Nando en voz alta y no dudó en acercarse para abrazar a Amelie de forma efusiva una última vez. La muchacha no pudo evitar que una lágrima rodara por su mejilla.

—Yo también te voy a extrañar y ahora déjame ir o me pondré a llorar —susurró en su oído. Después de haberse despedido simplemente se alejó. Antes de desaparecer dio media vuelta para verlos una vez más, con el corazón lleno de nostalgia y feliz de haber visitado El Junco.

En el avión volvió a tomar el libro y lo devoró hasta terminarlo. Suspiró al llegar a la última línea, era una historia sobre posibilidades, amores imposibles y riesgos, por eso se sentía identificada.

Aprendió, gracias a la lectura de esa bella historia y su experiencia en Venezuela, que era siempre el tiempo el que tenía la razón, y que su tiempo de ser feliz y amar llegaría algún día si así lo deseaba.

Y Amelie en verdad lo hacía, con todo su corazón.

Sorpresas

Lo primero que vio al llegar al aeropuerto fueron los rostros de sus amigos y sus expresiones de ansiedad. Los dos la esperaban a lo lejos, reteniendo las ganas de correr hacia ella hasta que acortaron la distancia a pasos agigantados por el resbaloso piso.

—Hola, hermanita —saludó Alexis enredando sus brazos en la cintura de Amy, para levantarla en el aire—. Por fin llegas, ya nos estábamos cansando de esperar.

—Pensé que los amigos se esperaban por toda la eternidad y no se cansaban —bromeó ella, ante las risas de Nadia, a quien pudo abrazar cuando el muchacho la soltó—. ¿Me extrañaron? ¡Yo los extrañé muchísimo! Los amigos de Nando eran divertidos, pero ustedes no tienen comparación.

—Obvio que te extrañamos, nena. Aunque no lo parezca, las barbies también tenemos sentimientos bajo todo el plástico, no es solo una cara bonita —bromeó Nadia, soltando una carcajada—. Ya nos estábamos aburriendo sin ti.

Los chicos ayudaron a Amelie con su equipaje y caminaron hacia el exterior del aeropuerto.

—Clara y Héctor están trabajando, ¿no es así? Pensé que vendrían a recibirme también.

—Sí… como siempre. ¿Dónde más estarían? —dijo Nadia, mirando a su novio de manera extraña.

Amy se sintió muy a gusto cuando subió al auto, ya que por fin estaba en su país, rodeada por las cosas y personas que conocía. El lugar donde también vivía Bastian. Eso era lo que más contenta la tenía, pues estaba ansiosa por volver a verlo. Se preparó ante el hecho

de no saber cómo él se había tomado su repentina partida. Creyó que estaría furioso o dolido, aunque al final no lo estuviera por mucho tiempo, nunca lo hacía.

Durante el camino hacia Puerto Azul, Alexis encendió la calefacción del auto debido a que el invierno se colaba por las ventanas. Las vacaciones de julio terminarían en menos de una semana, así que Amelie tendría que recuperar el tiempo perdido y hacer todas las tareas pendientes que los profesores les habían indicado. Pensando en ello, cerró los ojos y al instante estaba sumida en un profundo sueño. El viaje la había cansado bastante y no había podido dormir bien en el avión.

Tuvo un sueño terrible, esa clase de pesadilla en la que, si algo te corta, sientes el dolor como si fuera real y ves la sangre brotar con fuerza.

Se vio a sí misma en el bosque cerca del colegio, pero la imagen no era clara, las flores que había visto en Venezuela y los arroyos de agua fresca se superponían, y creaban un paisaje distorsionado. Estaba parada en el medio de un claro sin saber por qué estaba allí o cual era su propósito. Mientras giraba lentamente sobre sus pies, tratando de encontrar a alguien, decenas de mariposas imperiales azules comenzaron a volar cerca de ella, tan hermosas y cautivantes que trató de seguirlas cuando estas empezaron a alejarse de ella, pero no podía moverse del claro.

De repente, entre las sombras de los árboles apareció una mujer extraña. Era alta y tenía el pelo negro, si era que podía llamarle pelo. Su cabello parecía petróleo espeso, un líquido viscoso que la recorría de pies a cabeza. Y, para completar la horrenda imagen, tenía unos inquietantes iris rojos. Sabía que la había visto antes, pero no podía recordar dónde ni quién era. Con un chasquido de sus dedos, las mariposas que trataban de alejarse se incendiaron al instante, chillaron antes de caer al suelo y lastimaron los oídos de Amelie, quien por instinto trató de cubrirlos con sus manos. No pudo protegerlos por mucho tiempo, sin embargo, al percatarse que la mujer movía los labios.

—Qué triste, ¿no? Ver que tan hermosas criaturas se incendien y se convierten en polvo. Me recuerdan a otros seres que cayeron en mi cuna con las alas quemadas.

—¿Qué quieres de mí? ¿Por qué haces esto?

—Solo pretendo demostrarte que no podemos escapar de lo que otros han predispuesto porque a todos nos llega la hora de morir. Y tú, Amelie, se supone que debías haber muerto hace tiempo, en varias ocasiones. Pero aquí estás, disfrutando otra vida más.

—¿A qué te refieres? —preguntó Amelie, pero ella no respondió y se limitó a señalar hacia un árbol, donde ahora pendían dos personas colgadas por el cuello.

El terror la inundó cuando descubrió sus rostros, sin dar crédito a sus ojos. Amy no podía creerlo, eran sus amigos. El corazón se le detuvo en el pecho y al segundo volvió a bombear con fuerza y dolía. Esa imagen era peor que cualquier cosa, sus ojos cerrados y sus cabezas que caían de lado. Poco a poco el color natural de sus pieles se volvía morado y las venas de sus cuellos se volvían gruesas y a punto de estallar. Quiso acercarse para ayudarlos, pero era en vano porque esa mujer ejercía una clase de poder sobre ella que la paralizaba.

Volvió a intentarlo, con lágrimas que le quemaban los ojos, y logró moverse un poco. La malvada mujer lo notó, pero cuando estuvo a punto de acercarse a Amelie para aniquilarla, apareció Bastian agitando sus inmensas alas y la arrojó con todas sus fuerzas contra el tronco de un árbol. Con el impulso del ataque, él rodó por el suelo, pero se levantó enseguida; ella parecía inconsciente. Bastian empezó a caminar hacia Amelie dándole la espalda a la mujer. Inmediatamente, ella se paró sin que él la viera, con una lanza de plata brillante de punta fina y afilada en su mano. Lo atravesó sin misericordia. La punta del arma salió por su pecho, sus ojos quedaron blancos y sin vida, mientras que su sangre carmesí bañaba los pies de la muchacha.

—¡Bastian! ¡No! —gritó Amelie, despertándose de repente con una dolorosa opresión en el corazón que no la dejaba respirar.

—¿Qué pasa, Amy? —preguntó Nadia preocupada, cruzándose en una maniobra hasta el asiento trasero. La muchacha no podía quitarse de la mente las horribles imágenes que había visto.

—Perdón, no quise asustarlos. Fue solo una maldita pesadilla —dijo tratando de no llorar mientras su amiga le masajeaba la espalda en un gesto reconfortante.

—Pobrecita. ¿Le pasaba algo malo a Bastian, Amy? —interrogó, mientras Alexis las miraba por el espejo retrovisor.

—Sí y ustedes no la estaban pasando demasiado bien tampoco, pero no quiero acordarme. Fue horrible. Me hizo sentir igual que cuando mi familia se murió, no quiero hablar de eso.

—Tienes razón, no más preguntas, Nadia. Ya llegamos a casa —dijo el muchacho, un poco apenado por lo que su amiga había dicho.

El auto por fin se detuvo frente a la casa. Fuera del garaje estaban estacionados los dos vehículos de sus padres, así que era obvio que no estaban en el trabajo. ¿Podrían haber vuelto ya? El viaje de la capital a Puerto Azul no era largo. ¿Tan rápido había pasado el tiempo?

—Ustedes dijeron que Clara y Héctor estaban trabajando —comentó Amelie cuando por fin descendieron y sus amigos se dieron una mirada cómplice.

Abriendo la puerta, Alexis dejó todo el equipaje junto a ella y la chica pudo ver que Clara corría con cosas en la mano hacia el comedor. Héctor apareció de repente y la atrapó en un fuerte abrazo.

—Bienvenida a casa, Amelie. Te extrañamos mucho.

—Yo también, papá —soltó Amelie con naturalidad y todos se la quedaron mirando. Con los ojos enternecidos, Héctor tomó la mano de la muchacha para llevarla al comedor. Habían preparado un magnifico almuerzo, con la vajilla fina que nunca se utilizaba. Sobre una de las ventanas había un cartel que decía: «BIENVENIDA, AMY».

—No sabes cuánto me alegra que estés de vuelta, hija —saludó Clara, apretándola entre sus brazos y dándole un beso en la mejilla—. Si me permiten, voy a la cocina, no queremos comer carne quemada.

—Bueno, si recibo tanto amor por una semana en la que no estuve, tendré que viajar más seguido —bromeó Amelie y los demás se rieron.

Durante el almuerzo no pudo comer mucho porque querían saber todo acerca del viaje, los lugares que había visto, qué pensaba sobre Nando y su familia. Cada vez que levantaba el tenedor, tenía que volver a dejarlo sobre el plato. Entonces les mostró las fotos que tenía almacenadas en la cámara y se quedaron maravillados con el paisaje. Les confesó que la experiencia le había hecho muy bien porque se había dado cuenta de muchas cosas importantes y todos se alegraron por ello.

En un momento, Clara se levantó de la mesa y subió corriendo las escaleras. Los demás se quedaron expectantes, aunque Amelie tenía el presentimiento de que era la única que no sabía nada.

Cuando la mujer volvió, traía un objeto cuadrado, casi plano, envuelto en papel color crema y con un gran moño de color negro. Era un cuadro.

—Ábrelo y dime si te gusta.

Cuando logró quitar todo el papel, arrancándolo porque decían que traía suerte, pudo observar la pintura. Había una bella y gigantesca mariposa azul, posada sobre una hoja de color verde vivo.

—Gracias, Clara. Es hermoso y no era necesario que me regales otro, voy a tener que empezar a pagarte estos regalos.

—No es nada. Hemos notado que te gustan las mariposas, así que me pareció un buen regalo de bienvenida. Puedes ponerlo junto al del ángel.

—Por supuesto.

Cuando dijo «ángel», se acordó de Bastian al instante y de las ganas

inmensas que tenía de verlo. Era un sentimiento tan fuerte el que se había apoderado de ella que lo único que quería hacer era tenerlo cerca, aunque no pudiera tocarlo.

Los pocos días de vacaciones que restaban pasaron volando, entre trabajos prácticos y tareas que habían quedado pendientes, mientras Nadia la ponía al tanto de todo lo que había sucedido en la ciudad.

El primer día de vuelta en la escuela le trajo a Amelie la misma sensación horrible del año anterior, al ver su fachada, que poco a poco se iba cubriendo de humedad, y pensó que no quería estar allí. Pero, a pesar de eso, su mente estaba ocupada en alguien a quien no había visto desde que había vuelto.

«Es obvio que está enojado porque me fui», pensó mientras ingresaba detrás de sus amigos al aula.

—De vuelta a clase, Amelie. Cuesta volver, pero espero que las vacaciones te hayan hecho muy bien —saludó Leo de buen humor. Estaba tan cambiado, ya no tenía esa mirada obsesiva, tal vez había encontrado a esa chica que lo quisiera. Se mostraba más desenvuelto, no se ponía nervioso al hablarle e incluso se había cortado el pelo de otra manera y, cuando Amy lo miró con detenimiento, se dio cuenta que era un chico atractivo. Y luego pensó en qué mala e injusta había sido con él, al fin de cuentas, Leo siempre había estado solo al fondo de la clase, igual que ella. Entonces, le sonrió genuinamente.

—Muchas gracias. La verdad es que las vacaciones me vinieron de maravilla teniendo en cuenta todo lo que me pasó.

—Lamento mucho eso, no quise pasar por tu casa a saludarte porque supuse que todo el mundo lo haría y una persona que ha pasado por eso es lo que menos quiere.

—Estoy de acuerdo, Leo. Espero que te hayas divertido en tus vacaciones —dijo Amelie y se acercó al muchacho para darle un beso en la mejilla. Él se quedó parado en su lugar, sonriente y victorioso.

Mientras la profesora de Literatura llenaba planillas y formularios atrasados, lo que le llevó unos diez minutos, una brisa pareció ingresar por la puerta de la nada. Eso llamó la atención de Amy y dirigió su vista hacia ese lugar. Un muchacho entró con un cuaderno más dos libros bajo el brazo y ella se quedó atónita.

«¡No puede ser! Dime que los demás no pueden verte», pensó Amelie, pero su teoría fue errónea. Todos podían verlo e incluso él iba a hablar.

—Hola, profesora, perdón por llegar tarde. Tuve un problema con mi auto, pero no es nada que no tenga solución.

—Está bien, alumno, vaya a su asiento.

Como en cámara lenta, Bastian se dirigía hacia donde estaba Amelie, con todas las miradas puestas en él. Llevaba un saco negro de corte moderno que le quedaba perfecto, para aparentar el frío que nunca tenía.

Se sentó en la silla al lado de la muchacha sin decir una palabra. Ella estaba con la espalda hacia la pared, sus pies sobre el soporte debajo de su silla y mirándolo sin entender si era verdad o estaba soñando otra vez. Aunque este no era un sueño horrible.

Nadia y Alexis se dieron vuelta, sonrientes, para ver su reacción y luego volvieron a mirar al frente, como los demás.

Bastian se acercó despacio para besar la mejilla de Amelie con suavidad, y ella cerró sus ojos para disfrutarlo. Sus labios eran reales y frescos; entonces todo era verdad, no estaba soñando esa vez.

—¿Quién parece una *stalker* ahora? —susurró Bastian y sonrió con sus labios aún cerca de su piel. Los demás parecían no verlos y Amelie empezó a sospechar que el chico estaba usando sus habilidades. Bien podrían haber estado flotando cerca del techo y nadie lo hubiera notado. ¿Hasta dónde llegaba su poder?

—Admiro tu elección de palabras para darme la bienvenida. Nunca antes me habían tratado de acosadora.

—Siempre hay una primera vez —bromeó él sonriente—. Bienvenida, pequeña viajera, y perdón por no haberte saludado antes. Quise pasar por tu casa apenas llegaste, pero tenía cosas que hacer, así que esperé hasta hoy.

Cuando dijo que tenía cosas que hacer, le mostró el anillo que llevaba en su dedo. Finalmente, comprendió que tenía un compromiso con su «padre», con Dios, nada más ni nada menos, y que su trabajo lo había mantenido ocupado.

—Está bien y en verdad te agradezco que hayas aparecido, pero hay algo que no entiendo, Bastian. ¿Qué haces aquí?

—Voy a ser tu nuevo compañero de clase, apuesto que nunca tuviste un chico tan apuesto sentado a tu lado.

—¡Tonto!

—¡Hey! No puedes insultar a tu ángel de la guarda. La próxima vez que te caigas, solo me cruzaré de brazos y me reiré de ti —dijo soltando una estridente carcajada. Lo extraño era que nadie los escuchaba, la profesora seguía dictando la clase y los demás tomaban notas. Ellos estaban en su propio mundo.

—No serías capaz de eso.

—No podría, pero puedo hacer esto. —Sonrió y le hizo cosquillas a la muchacha, quien entre risas lo tomó de las muñecas para que se

detuviera. Se miraron intensamente, casi como si estuviera prohibido. Amelie se estaba conteniendo para no saltar sobre él y besarlo.

—¿Sabes? No es justo usar tus poderes para entrar al último año, porque yo me maté estudiando para llegar aquí. Además, he podido notar que estás usando tus habilidades para que nadie nos escuche, como si fuéramos invisibles.

—Bueno, es cierto que he hecho trampa de algún modo. Pero a veces tenemos que hacer cosas que no son del todo correctas para proteger a quienes queremos.

—¿Tú me quieres?

—Amelie Roger, creo que a esta altura eso es más que obvio. Aunque no sé si tú me quieres tanto como dices porque te fuiste sin despedirte.

La muchacha se sonrojó, por lo visto él no iba a dejar pasar ese detalle.

—Diría que estamos a mano pero, en verdad, perdón por eso. Realmente, necesitaba alejarme de todo lo conocido para encontrar respuestas. Gracias por no interponerte y seguirme —comentó ella tocando su mano de manera descuidada.

—¿Estás segura de que no te seguí? ¿Qué clase de *stalker* guardián crees que soy?

—¿Qué?

—Obvio que te seguí, no te iba a dejar sola otra vez. Hice mi mejor intento para no seguirte, pero eso va contra las reglas de los ángeles guardianes. Ah, por cierto, no me gustó mucho el beso que te dio tu amigo. ¿Cómo dejas que te besen así como así? —comentó y ella se puso roja. Amelie quería que la tierra la tragara.

—¡Bastian! Deja de mirarme así, como si fuera una chica fácil. No fue nada más que una prueba para saber lo que quiero de verdad y, contando el beso que te di en la playa, eso sumaría dos besos en toda mi vida.

—¡Dios! Ese vocabulario que usas. Nunca pensaría que eres esa clase de mujer y ni siquiera tú deberías llamarte de esa manera a ti misma. Debes dejar de juzgarte todo el tiempo.

—Lo siento.

El timbre sonó y el muchacho cerró sus ojos dos segundos, concentrándose, y de repente todos volvieron a verlos y notar su presencia.

—Vamos a almorzar, chicos —propuso Alexis.

Mientras caminaban hacia la cafetería, Amelie pensó que sus amigos no sabían nada sobre la verdadera naturaleza de Bastian. Tal vez algún día, cuando los años pasaran para ella, su piel se encontrara

como una página arrugada y vieran que él seguía siendo igual de joven, se preguntarían cosas. Pero por alguna razón sintió que ese momento no llegaría nunca. Bastian no iba a dejar que descubrieran quién era tan fácilmente y eso la alteraba un poco porque no quería que se fuera de su vida otra vez. Y estaba segura de que, si ese momento llegaba, él se iría para siempre.

—Debes tener un cerebro impresionante, Bastian. Yo nunca hubiese podido rendir todas las materias para entrar a quinto año —dijo Alexis, mientras se sentaban a la mesa, donde las cuatro sillas habían sido ocupadas por fin.

—Supongo que, ahora que no trabajas más en la cocina, no me vas a obligar a comer lo que no quiero. Puedo comer toda la comida chatarra o nada si me apetece —dijo Amy mirando al muchacho de ojos verdes con una risa burlona.

—Por supuesto que no te voy a obligar. Yo lo llamaría «aconsejar» y puedo aconsejarte comer algo más sano —exclamó él guiñándole un ojo. Tomó la bandeja que estaba repleta de comida chatarra, se paró y caminó decidido. Llegó a la barra, devolvió la hamburguesa, papas fritas y gaseosa. Cambió el menú de su protegida por pollo, como siempre, una ensalada de verduras más un vaso de agua. Cuando Bastian estuvo de nuevo en su lugar, Alexis lo miró atónito y se dispuso a hablar.

—Conmigo eso de aconsejar no, hermano, ¿*ok*? No te metas con mi comida chatarra.

—¿Hey! ¿Desde cuándo Bastian es un hermano para ti? —preguntó Amelie sorprendida.

—Desde hoy... desde que yo se lo permití —dijo su amigo, repitiendo las palabras que ella había usado aquel día en el bosque cuando la encontraron junto a él.

—Eres muy bueno con las imitaciones —comentó Bastian, entre risas, y Amelie se limitó a sacudir su cabeza y comer lo que había en su plato.

La clase por la tarde fue de lo más aburrida para todos, pero Amy se quedó analizando cada característica del rostro de Bastian. Él estaba concentrado en lo que el profesor decía, pero una fracción de tiempo la miró a los ojos.

—¿Te pasa algo? La pizarra está enfrente y el profesor también.

—No… solo te miraba, es todo. Y es que... no logro concentrarme en la clase teniéndote a mi lado. Eres tan hermoso...

—Gracias, pero tú eres más hermosa —dijo sonriente.

En un momento pareció que los demás se habían quedado congelados y sin moverse otra vez. De repente, los labios de su ángel

se posaron en su mejilla a modo de agradecimiento. De inmediato todo volvió a la normalidad y el ruido a sus oídos. Todavía no podía creer que lo tenía tan cerca, después de casi haberlo perdido. Amelie sintió en ese momento que el vacío que su familia había dejado, el hueco en su corazón, se iban llenando poco a poco. A paso lento, pero, de todas formas, la herida se iba cerrando. Pensando en ellos, entendió que no quería que le pasara nada malo a su nueva familia, no podría perdonárselo nunca. Y extrañas ideas se iban formando despacio en su cabeza, como tormentas oscuras que amenazaban su tranquilidad. Trató de no darle vueltas a eso y decidió que era mejor concentrarse en el beso que acababa de recibir. Eso lo hacía todo mejor.

Otra vez, y como siempre que estaba distraída, el repentino estruendo del timbre la asustó. Todos salieron corriendo del aula, como si no pudieran aguantar un segundo más.

—Quiero pedirles algo y espero que acepten o lo haré de todas maneras —dijo Bastian sonriente, mirando a Nadia y Alexis.

—Sí. ¿Qué cosa? —preguntó Alexis, buscando las llaves del auto en su mochila.

—Eh… quiero llevar a Amy a un lugar, no es lejos. Es una sorpresa que le tengo preparada y luego la conduciré hasta su casa sana y salva. Lo prometo.

—Muy bien y para la próxima no debes pedir permiso. Ahora es tu carga, puedes secuestrarla y devolverla cuando quieras —bromeó Nadia guiñándole un ojo a su amiga.

—¡Que se diviertan! ¡Pórtense bien! —gritó Al y se marchó de la mano con su novia.

—Siempre me avergüenzan de esa manera, no es justo.

—Eso es lo que hacen los amigos, Amy. ¿Vas a portarte bien? —bromeó Bastian.

—Si me dices cuál es la sorpresa.

—Si te lo digo ahora, no será una sorpresa, ¿no te parece?

—Es cierto, pero entonces voy a portarme mal.

—Ya veremos —dijo el chico, tomándola de la mano cuidadosamente, y luego comenzaron a correr por el patio del colegio hasta que se internaron en el bosque.

Caminaron en medio del silencio estremecedor y a medida que avanzaban todo se hacía un poco más oscuro. Las hojas secas que cubrían el suelo como gruesas alfombras crujían cuando las pisaban. Bastian se detuvo al llegar hasta un inmenso árbol y soltó su mano. Amelie lo reconoció, allí habían hablado solos por primera vez.

—¿Esta es la sorpresa? En este lugar estuvimos solos por primera

vez, podría decirse que es especial. —Los sentimientos de aquella tarde todavía podían respirarse en la brisa.

—¿Qué? No, esta no es la sorpresa y no es que no recuerde lo que pasó aquí, pero falta un poco para la verdadera sorpresa. Tenemos que esperar que el sol se oculte un poco más. No seas impaciente, Amy —dijo él y se sentaron bajo el árbol.

—Se lo pides a la chica más impaciente del mundo.

Amelie no supo cómo o de dónde encontró el valor, no le importó que Bastian se enojara y la arrojara al suelo, pero ella cruzó una pierna por sobre las suyas que estaban extendidas sobre el pasto húmedo. Movió su cuerpo un poco tratando de no sonrojarse y se sentó sobre él, mirándolo a los ojos. Comenzó a jugar con su pelo oscuro, que estaba un tanto más largo, mientras sus ojos la miraban sorprendido. El muchacho respiraba de manera irregular, como si nunca antes hubiera estado tan nervioso. Amelie puso una mano sobre su pecho y pudo sentir cómo sus músculos se tensaban bajo la ropa y su corazón latía con fuerza.

—Veo que has decidido portarte mal —comentó Bastian, recuperando el habla. Apoyó sus manos en la cintura de la chica.

—Lo haré hasta que me muestres la sorpresa —dijo ella, recorriendo los labios de Bastian con su dedo; los trazó con suma delicadeza.

Poco a poco la respiración del chico se volvió normal y su cuerpo más relajado. Levantó su mano para acariciarle la mejilla y la miró de tal manera que Amelie sintió que Bastian podía ver su alma. Su mirada verde la atravesó entera.

—¿Por qué tienes que hacer esto tan difícil, Amy?

—Porque quiero que me digas que sientes lo mismo que yo siento por ti y, si no es así, no te molestaré nunca más. Me cansé de la espera, de callarme lo que quiero decir, de frenar las ganas que tengo de hacer cosas…

—No es tu culpa, preciosa. Es que no entiendo por qué siento estas cosas por ti, no me había pasado antes. No eres la primera chica a la que cuido… —mintió otra vez porque sí era la primera. Pasó mucho tiempo hasta que se la designaron. Él había pensado que ya nunca le encomendarían un protegido. No quería reconocer que era su primer trabajo y que lo estaba haciendo mal—. Pero tú has sido diferente desde el principio, tú me viste como en verdad soy —agregó en un suspiro y cerró sus ojos. Amelie sintió pena y se acercó para besarle los parpados cariñosamente. Su reacción fue un temblor fuerte, como si escalofríos corrieran por su cuerpo.

—¿Ves? Esos gestos tan llenos de amor hacia mí van a terminar

por enloquecerme.

—No hago esto para hacerte sentir mal, lo hago porque ya no puedo soportar las ganas de abrazarte y besarte. —Respiró profundo y decidió ponerle palabras a lo que sentía—. Bastian, te amo con toda el alma y creo que decir eso es poco. No le hace justicia a lo que siento por ti.

—No creas que no lo sé, supongo que lo he sabido todo el tiempo. ¿Sabes lo confundido que me encuentro? Nunca me había enamorado antes, cuando fui humano; no de verdad, al menos. Y todo esto sumado a que soy un ángel es como una batalla interna que me va a hacer explotar, Amelie —comentó sacudiendo su cabeza y riendo—. Pero para decírtelo de una vez por todas, te amo, más que a nada en los dos mundos que conozco y eso ni siquiera es suficiente para describir lo que me haces sentir. El hecho de temblar cuando me tocas, tener ganas de estar siempre a tu lado, no porque es mi deber, sino porque quiero, eso es lo que despiertas en mí. Eres lo único a lo que le he prestado atención en diecisiete años y eso es mucho tiempo como para no enamorarse. Mi cuerpo, mi alma y mi corazón son tuyos, Amelie Roger —agregó con su voz llena de dulzura y ella pensó que iba a estallar de felicidad.

—Me vas a hacer llorar, Bastian. Siempre eliges tan bien tus palabras, ojalá yo pudiera expresarme de esa manera —dijo ella sonriente y besó su mejilla, pero luego su sonrisa desapareció—. Aun así, ¿aprecias mucho trabajar para Él como para dejarlo todo por mí?

—Quisiera poder darte una respuesta definitiva con respecto a eso, pero no puedo.

—Está bien... yo no quiero sumarte más problemas. Pero debes entender que no me levanté un día y dije: «Quiero enamorarme del chico de la cafetería», mi corazón eligió amarte.

—Y dices que no sabes expresarte, eres hermosa.

Amelie trató de quitarse de encima del muchacho, pero él sujetó su pequeña cintura con fuerza, para que no se alejara. Bastian tomó el rostro de Amelie entre sus manos y lo acercó hasta el suyo. Sus labios se posaron en los de ella, y los movieron con dulzura. Ella se dejó llevar un tanto agitada y sintió como él le mordía el labio de forma peligrosa, como si no pudiera contenerse y quisiera más. Habían probado la fruta prohibida. Sus manos volvieron a su cintura y levantaron un poco la camiseta de Amy, quién tembló cuando los dedos de Bastian tocaron su piel. El bosque comenzó a quedarse sin luz y parecía que la cosa no quedaría solo en un beso. Pero al rato, el muchacho se detuvo.

—Lo siento, no pude resistirlo —se disculpó—. No puedo seguir

adelante sabiendo que estoy rompiendo miles de reglas. Traté de dejar mi trabajo antes, cuando supe lo que sentía por ti, pero no es fácil. Si vuelvo a ser humano, además de que no voy a poder salvarte de un camión, por ejemplo, hay un riesgo… —agregó. Sus palabras hicieron que Amy volviera a la realidad, mientras acomodaba su ropa.

—¿Cuál es?

—Existe un gran riesgo de que en la transformación olvide todo lo que siento por ti o que aparezca en cualquier lugar del mundo. Si me llevaran lejos, haría hasta lo imposible por encontrarte otra vez, pero si borraran mis recuerdos, nunca te buscaría, ¿entiendes? No quiero perderte, no de esa manera —dijo lleno de tristeza y Amelie comprendió sus razones. Una lágrima pequeña rodó por su cara, ella nunca se lo hubiese esperado. Instintivamente, puso un dedo para detenerla y notó que esta dejaba de ser líquida para solidificarse y convertirse en un diminuto cristal transparente que brillaba como una estrella atrapando los últimos haces de luz. Se quedó alucinada con lo que había visto, pues así lloraban los ángeles.

—Guárdala, para que te recuerde todo lo que me haces sentir. Te amo, Amelie.

—Y yo a ti, gracias por reconocer que me amas, necesitaba escucharlo de una vez por todas. Y para que te quedes tranquilo, somos una pareja rara, Bastian. Todo ha sido diferente con nosotros porque no se suponía que yo debía conocer tu verdadera naturaleza y tú no debías enamorarte de mí, y ha sucedido todo lo contrario. Tal vez podamos cambiar las cosas otra vez —dijo ella esperanzada; envolviendo la lágrima de cristal en un pañuelo, la guardó en su bolso.

—Sí que somos raros, un ángel y una humana. Pero no pensemos en esa decisión todavía —agregó él, jugando con el cabello de Amelie.

—¿Y qué dice Dios a todo esto?

—¿A qué te refieres, Amy?

—Me imagino que puede vernos y escucharnos o sea que estos besos y que estés tan cerca de mí no deben agradarle para nada. Pensé que a esta altura ya debería haberte quitado tus alas y déjame decirte que la idea de que pueda ver todo lo que hacemos me pone incómoda.

Bastian soltó una carcajada y trazó los labios de Amelie con su dedo, como si quisiera explorarla por completo.

—Dios es justo, pequeña, y que sea justo no significa que esté enojado. Él nunca obligaría a nadie a elegir su camino, sino que deja que todos tomen sus decisiones. No suele interferir a menos que sea algo grave y no creo que esto clasifique como un caso tan urgente. Hay cosas horrendas que se mueven entre las sombras, que no pienso contártelas porque no podrías dormir, pero Él tiene esos asuntos en

qué pensar y no es un pervertido que observa todo lo que haces —comentó sonriente, quitando a la muchacha con gentileza de encima de él.

—Bueno, me alegro de que tengamos tiempo para tomar decisiones.

—Yo también, pero ahora tendremos que caminar un poco hacia la sorpresa —dijo él sonriente, tomando a Amelie de la mano para guiarla a través de las plantas y las gruesas raíces de los árboles. Caminaron sin parar un buen rato y cuando llegaron el sol se había escondido para dejar que las estrellas iluminaran el cielo oscuro.

Estaban en la base del cerro, Bastian sabía que ella siempre había querido conocerlo y ver la ciudad desde lo alto. Miles de árboles y pequeños arbustos lo vestían de verde y un tenue resplandor de luz blanca podía apreciarse en la cima.

—Hay un pequeño detalle. ¿Cómo se supone que vamos a llegar hasta arriba? —preguntó Amy un tanto confundida.

—Como bien dices, es un pequeño detalle. ¿Recuerdas que puedo volar?

—Espera un segundo, ¿me vas a llevar volando hasta arriba? ¡No me lo creo!

—Sí, es la forma más rápida y segura de llegar hasta allí.

—Tengo miedo, no me dejes caer.

Él la miró entrecerrando sus ojos, como si estuviera molesto.

—No me subestimes, pequeña humana. Estás con tu ángel de la guarda y en el Paraíso me comparan con la grandeza de Gabriel.

—Eres tan arrogante cuando quieres, Bastian. Al menos ahora sé que Gabriel existe, cuéntame más de él.

—Ahora no, yo soy más interesante y *sexy*. No voy a aburrirte con jerarquías, pero pocas veces vemos a los más famosos —dijo con un tono de voz ronco y seductor. Lentamente, se quitó la ropa que cubría su torso, mirando a la chica que tenía delante de él todo el tiempo, y notó cómo sus ojos recorrían cada centímetro de su cuerpo con deseo.

«Sé fuerte», se dijo a sí mismo tratando de no saltar y caer encima de Amelie para hacer algo que tenía muchas ganas de hacer, pero no podía, pues quería cuidarla y que todo fuera perfecto llegado el momento.

—No he tenido el placer de conocer otros ángeles, pero tú eres de lo más *sexy*.

Los dos se rieron y de repente sus grandes alas se desplegaron detrás de él, dos manchas oscuras que pintaron el paisaje. El muchacho se acercó hasta Amelie, enredó uno de sus brazos alrededor de su pequeña cintura para levantarla unos centímetros del suelo.

—Toma mi cuello, pero trata de no ahorcarme —bromeó, besando la nariz de Amelie. Ella así lo hizo—. Espero que estés lista, porque vamos a despegar ahora mismo.

Las alas se agitaron unas pocas veces, él dobló un poco sus rodillas para tomar impulso y golpeó el suelo con fuerza con sus talones y en unos segundos ya no había contacto entre ellos y la tierra. Ascendió en espirales hasta lo más alto y ella pensó que atravesarían las nubes.

—Bastian, esto es genial, eres como mi propio Superman.

—Gracias, hermosa —dijo sonriente y voló con más velocidad. El viento hacía que el cabello de Amelie tocara su rostro. Ella se quedó viendo el paisaje y cómo las cosas cambiaban de forma a medida que se elevaban. Las tonalidades de los colores de las plantas y las rocas se volvían diferentes. Experimentaba una extraña sensación en su estómago, algo que no podía explicar. Luego de unos minutos, sus pies estaban pisando suelo firme. Él depositó a la muchacha, tomándola de la cintura para que no perdiera estabilidad. Ella seguía aferrada a Bastian.

—Entiendo que no puedas resistirte a abrazarme, pero necesito cerrar mis alas y ponerme la camisa —dijo él y ella se apartó, tratando de no caerse—. ¿Estás bien? Tengo entendido que la experiencia suele marearte un poco si no estás acostumbrado —agregó, habiendo terminado de vestirse.

—Sí, estoy un poco mareada, pero eso fue espectacular —comentó Amy, mirándolo con grandes ojos llenos de una mezcla de amor y asombro.

—Eres hermosa, ¿lo sabías? Y deja de mirarme así o voy a comerte.

—Y tú un tonto, ¿lo sabías?

—¡Qué injusta! Gracias por el cumplido. Bueno, ¿te gusta el lugar? Te sugiero mirar detrás de ti.

El cerro no era tan alto como una montaña, pero se podía ver bastante desde arriba. El gran colegio, el bosque y sus frondosos árboles, y a lo lejos, si uno seguía la ruta con la mirada, la luminosidad de Puerto Azul. Cuando Amelie giró sobre sus pies, notó miles de lucecitas blancas que brillaban sobre los arbustos secos y algo llamó su atención.

—¿Qué es eso?

—Te gustan las mariposas, ¿no?

—Bastian...

Frente a ellos había un árbol de copa inmensa y sus hojas eran tan extrañas, eran de color azul profundo y parecían dobles. Estas se movían de manera rara en la brisa y cuando Amelie se acercó se dio cuenta de que no era esta la que las hacía temblar, sino que ellas

mismas se movían. Cientos de mariposas imperiales azules cubrían las ramas secas del árbol, era una imagen bellísima.

—¿Cómo es posible que estén aquí en invierno?

—Conmigo todo es posible o la mayoría de las cosas.

—¡Ay, Bastian! Es simplemente... hermoso. ¿Ves? Tú lo haces más difícil para mí haciéndome estos regalos. Después esperas que no te bese por esto —comentó ella extendiendo un dedo para que una mariposa se parara en él.

—No me voy a oponer nunca más a tus besos, son irresistibles, como la sustancia dulce que atrae a las mariposas.

Amelie se dio vuelta y lo besó en los labios apasionadamente. Bastian deslizó su mano, se detuvo en la parte baja de la espalda de la muchacha y la apretó contra su cuerpo.

—Me vas a volver loco, quiero más de ti.

—Tal vez ese siempre ha sido mi plan —dijo ella mirándolo a los ojos. En los labios de Bastian se dibujó una sonrisa pícara, mientras bajaba su cabeza y mordía con suavidad el cuello de Amelie, tratando de no dejarle una marca.

—¡Hey! ¿Qué fue eso?

—Te dije que iba a comerte.

—Y con gusto te dejaría. Gracias por las mariposas y por traerme hasta aquí, en serio.

Bastian se alejó un poco de ella y comenzó a soplar en dirección al árbol azul. Desprendiéndose de él, las mariposas dejaron sus ramas desnudas y en lento vuelo comenzaron a girar alrededor de Amelie y se enredaron en su cabello rojo. Ella dio vueltas entre risas, viendo semejante espectáculo. Miles de alitas azules danzaban junto a su cuerpo y le hacían cosquillas en las mejillas. Luego, ante un gesto de Bastian, se alejaron bajo la blanca luz de la luna.

—Bueno, creo que es hora de llevarte a casa.

—Lo sé, pero desearía que este día nunca terminara.

—Este día termina, pero otros nos esperan. Vamos, preciosa.

El muchacho se quitó la camisa y se la dio a Amelie, la tomó con confianza en sus brazos, confiado en la oscuridad y en lo lejos que estaba el lugar de la gente, y volvieron volando hasta el auto para marcharse.

—¡Idiota! —susurró una voz en lo profundo del bosque y su fría oscuridad. Las mariposas que habían llegado hasta allí se envolvieron en llamas de color naranja y cayeron al suelo como pequeños ángeles ennegrecidos y muertos.

Noches

El auto se detuvo frente a la gran casa. Las luces estaban encendidas en varias habitaciones y de seguro estaban esperando a Amelie para cenar, pero ella no quería alejarse de Bastian justo cuando se habían dicho que se amaban. Ella entendía también que no lo podrían vivir como un noviazgo normal porque había ciertas cuestiones que el muchacho debía resolver.

—Bastian, ¿me vas a cuidar esta noche? —preguntó ella, con pocas ganas de bajarse del auto. Los cristales del vehículo se empañaban de a poco por el frío que hacía afuera.

—¿Qué te hace pensar lo contrario?

—Nada, era solo para confirmarlo.

—Quédate tranquila, allí estaré como todas las noches desde que naciste. Aunque esta noche tal vez deje que me veas, así te sientes más tranquila.

—Gracias, entonces nos vemos en un rato. Te voy a estar esperando —dijo la muchacha sonriente y bajó del auto, reprimiendo sus ganas de besarlo.

Miró cómo el auto se alejaba y era tragado por la oscuridad a lo lejos. Ingresó a la casa, dejó el bolso del colegio en una silla y se frotó los brazos tratando de proporcionarse un poco de calor. Nadia la sorprendió aún en el hall, mientras los demás se hallaban en el comedor.

—¿Qué sucedió, Amy? ¿A dónde te llevó?

—Fuimos hasta el cerro, él sabía que siempre había querido ir hasta allí. Tomamos un camino que te conduce hasta la cima —mintió y omitió el hecho de que había volado junto a Bastian y la parte de las

mariposas, que llamarían la atención de su amiga.

—¿Solo eso? Aunque me parece bastante romántico, los dos solos observando todo desde lo alto.

—Sí, pero lo mejor es que me dijo que está enamorado de mí —confesó Amelie, con una sonrisa imposible de ocultar.

—¿En serio? —preguntó Nadia, su cara iluminada—. ¿Y tú que le dijiste? No te habrás quedado sin hablar como una tonta.

—Obvio que le dije que sí, que lo amo con toda mi alma. Ni yo me reconocí, porque estuvimos en el bosque todo el tiempo cerca... besándonos. *Ok*, esa parte debería ser privada, pero estoy feliz.

—¿Qué hacen aquí hablando? ¿Secretos de mujeres? —interrogó Alexis repentinamente. Llevaba una jarra de cristal vacía para llenarla de agua en la cocina.

—Amy y Bastian son novios —soltó Nadia.

—Si esto fuera una telenovela, dejaría caer la jarra al suelo —bromeó el chico—. Pero hablando en serio, me alegro mucho por ti. Ya me preguntaba cuándo lo reconocerían, porque a mí no me engañan, ustedes se gustan desde aquel día en la cafetería.

—Bueno, creo que es pronto para decir que somos novios de manera tan formal.

—Te entiendo, amiga —dijo Nadia.

—Pero, en fin, me alegro de que les agrade la noticia, aunque de esto ni una sola palabra a Clara y Héctor.

—Entendido —repitieron los dos y se dispusieron a cenar.

Frente al espejo del baño, Amelie cepilló sus dientes y pensó en todo lo que le había pasado ese día, y se sintió feliz por ello. Extrañaba a Bastian a pesar de que se había despedido de ella hacía unas pocas horas. Se puso una camiseta blanca y sus *shorts* para dormir, y caminó hasta la habitación de manera apresurada.

Se acercó a la ventana para comprobar si él cumpliría su promesa. El muchacho estaba sobre el techo de la casa que quedaba cruzando la calle. Ella sonrió y corrió el ventanal, el frío penetró por sus poros y la hizo temblar.

Bastian se quitó la camisa bajo la tenue luz y extendió sus alas, que casi se perdían en la oscuridad de la noche. Hizo un movimiento con su mano en el aire y se lanzó a volar a toda velocidad. Bajó hasta el balcón, el viento que produjeron sus alas hizo que el cabello de la chica volara. Amelie lo arrastró hacia el interior de la habitación porque se estaba congelando.

—Tengo una pregunta importante, Amy.

—Bueno… ¿Qué cosa quieres saber?

—Pudiste verme volando, ¿cierto?

—Sí, ¿por qué lo preguntas?

—Ese movimiento que hice con la mano pone alrededor de mi cuerpo una especie de nube oscura que refleja lo que hay a mí alrededor, o sea que nadie puede verme. Nadie, excepto tú.

—Eso es porque soy asombrosa y especial —bromeó ella y corrió hasta la puerta para cerrar con llave, no quería que nadie los sorprendiera.

Bastian la observó con atención, cada uno de sus movimientos, con una sonrisa pícara en sus labios que le hizo olvidar la respuesta que le había dado y lo raro que aquello era. Cuando ella se dio vuelta, pudo verlo.

—¿Por qué me miras así? Como un *stalker* que podría matarme.

—No son esos mis planes exactamente. Es que te ves *sexy* con esos *shorts*, nunca antes te había visto de esa manera —bromeó guiñando un ojo.

—Eso es porque estabas concentrado en tu trabajo —dijo ella sonrojándose un poco y, metiéndose en la cama, se cubrió con la frazada. Estaba temblando.

—Bastian, tengo mucho frío. ¿No puedes hacer algo para que me sienta mejor?

—¿A qué te refieres? —preguntó él un tanto confuso y tenso.

—Algún poder en especial que haga que la habitación esté cálida.

—Ah… era eso. Pensé que… —Sacudió su cabeza y ella se rio.

—Imagino lo que pensaste y no me refería a eso. Pero puedes acostarte en mi cama —propuso ella con inocencia, arreglando su cabello mientras lo miraba a los ojos.

—¡Dios! Esa manera que tienes de pedirme cosas y sonar tan inocente, es tan… Quisiera… Mejor no lo digo.

Se acercó despacio hasta la cama y se recostó cerca de la muchacha, quien en ese momento se puso un tanto nerviosa, porque una cosa era tenerlo cerca en el bosque, pero otra diferente era tenerlo junto a ella en su cama y con el torso desnudo.

—Puedes cubrirte con la frazada si quieres, pero tengo la idea de que el frío no te afecta.

—Estás en lo cierto y perdón por lo de la camisa, no tengo ganas de ponérmela ahora. —La miró sonriente y, atrayéndola hasta él, la rodeó con sus brazos. Amelie casi saltó ante el sorpresivo gesto del chico, pero se sentía cómoda y demasiado cálida—. ¿Cómo es eso de dormir? Yo ni recuerdo cómo era y me parece un desperdicio de tiempo, pero entiendo que ustedes se cansan mucho.

—«Ustedes», lo dices como si fueras superior. No me discrimines por ser humana —bromeó Amelie tratando de hacerle cosquillas, pero

Bastian ni siquiera se inmutó y tampoco tenía alguna parte blanda como para atacarlo, parecía de piedra.

—No quise que sonara de esa manera.

—O sea que tú nunca duermes. Para tu información, dormir es lo más lindo del mundo y sobre todo cuando llueve. Espera un segundo, ese día que te encontré en el bosque, ¿pretendiste estar dormido?

—Por supuesto, soy un buen actor. —Se rio—. Creo haber dormido hasta los dieciocho años, pero ahora no lo necesito. La energía de los ángeles siempre se renueva y, si alguna vez sentimos algo parecido al cansancio, solo tomamos un poco de agua y listo. Me parece interesante de todos modos, me gustaría saber qué pasa por tu cabeza cuando duermes.

—¿Me has observado dormir?

—Sí, todo el tiempo y es hermoso. Siempre das muchas vueltas, como si estuvieras soñando, aunque no dices nada, así que no sé con qué sueñas.

—Bueno, de seguro, si pudiera hablar dormida, diría tu nombre porque siempre sueño contigo o con un ser muy parecido a ti, pero desde que supe lo que eras el sueño no volvió. Ese cuadro sobre la cama me hace recordarlo cada tanto.

Bastian giró un poco su cabeza y se quedó observándolo por un rato.

—Las alas son bastante parecidas a las mías, pero esas parecen plumas de pájaro, no de ángel. Me alegro de que no las haya pintado blancas, como la mayoría de los artistas.

—¿No hay ángeles de alas blancas?

—No, es una historia larga. Sí los había en el comienzo, pero luego ya no. Ustedes suelen aceptar ideas como verdaderas sin saber cómo son las cosas en realidad.

—Clara debería estar orgullosa de haber hecho una buena versión de un ángel. Y por lo de las alas blancas y las ideas, mi querido Bastian, si no podemos verlos, es imposible saber cómo son en verdad, por eso algunos creen en lo que dice la Biblia y otros libros.

—Entiendo.

—Tú mencionaste en el acantilado que había otra clase de ángeles, les diste un nombre que no recuerdo.

—Sí, los ángeles puros. Ellos son creados por Dios, no nacen en la Tierra, sino en el Paraíso, y viven en la ciudad de Mikah. Los humanos transformados en ángeles son una rara excepción, nos llaman mestizos.

—¿Eres como el mimado de Dios entonces? ¿Viviste en Mikah? Que impresionante es todo esto. ¿Hay ciudades allá en el Cielo?

—Eso es algo que los caídos dirían acerca de mí y sí, hay ciudades hermosas. La mayoría vivimos en Mikah, pero hay otras ciudades.

—Los ángeles caídos son demonios, ¿por qué dirían algo así?

—Porque hay cosas de mi pasado como ángel que no están bien, por un error los ángeles son condenados y yo cometí uno, pero Él no me castigó.

—¿Qué hiciste, Bastian?

—No quiero hablar de eso —dijo él, suspirando y de repente comenzó a besarla con todas sus fuerzas, apretando a Amelie contra su cuerpo. Una de sus manos cálidas se metió bajo su camiseta y descansó en la parte baja de su vientre y ella creyó que iba a explotar. Cuando dejó de hacerlo se rio sobre los labios de la muchacha.

—¿Sabes una cosa? Te amo y pensé que nunca podría decir estas palabras, creí que nunca podría sentir lo que siento por ti.

—Interesante forma tienes de hacerme callar y no preguntar cosas, pero te amo y lo seguiré diciendo hasta que te aburras.

El sueño, el cansancio, más las emociones fuertes vividas ese día, estaban logrando que Amy se quedara dormida junto al cálido cuerpo de Bastian.

—¿Te vas a quedar a cuidarme? Por favor, quédate conmigo, ya no tengo frío —suplicó ella mirándolo a los ojos.

—Si me lo pides de esa manera, preciosa... Además, puede ser que hoy cuando sueñes digas algo y me gustaría escucharlo —dijo y luego posó sus labios sobre la frente de la muchacha—. Duerme tranquila, Amelie. Te amo, pequeña.

Varias noches pasaron llenas de risas, charlas entretenidas que terminaban con la imagen de Amelie dormida sobre el pecho de Bastian. Todo era demasiado romántico y los dos sintieron que estaban viviendo un cuento en el que nada podía salir mal.

La primavera había empezado y los jardines de los alrededores se llenaron de coloridas flores, pero el panorama para los chicos se volvió oscuro, el maldito equilibro volvía para atormentar a la muchacha una vez más.

Desde el Paraíso se habían comunicado con Bastian para confirmarle unas sospechas que tenían. Esa noche, él hizo que Amy se sentara sobre la cama mientras los relámpagos iluminaban el cielo oscuro, como preludio de una tormenta.

—¿Puedes decirme qué es lo que pasa? Estoy preocupada, nunca te vi así. Toda esta anticipación va a matarme —preguntó Amelie intrigada. Era cierto que el muchacho nunca demostraba estar

nervioso o preocupado, a menos que se tratara del bienestar de ella.

Bastian estaba demasiado serio, así que debía ser algo grave. Amy pensó que tal vez Dios se había dado cuenta de la relación que ellos tenían y que eso le había causado problemas.

—Debes tratar de ser un poco más paciente, no te puedo explicar todo a la ligera.

—Está bien, lo siento.

—Primero tengo que decirte algo que no es muy bueno y espero que no me odies por eso.

—¡Como si pudiera hacerlo! Me pediste ser paciente y lo seré, pero no pares de hablar hasta haberlo dicho todo porque me vas a matar con toda esta intriga.

—Está bien —dijo él tomando aire—. Así como Dios tiene a los ángeles para luchar en sus huestes o grupos de guerra y para cumplir con ciertas tareas, el Maligno también tiene sus enviados. Es como un balance que existe en nuestro mundo, nosotros protegemos a los humanos y ellos los tientan. ¿Recuerdas que te dije que se suponía que tú debías morir en el accidente?

—Sí... —respondió ella, recordando a su familia y esa herida que aún no cerraba del todo.

—No hice bien mi trabajo, Amy. Yo debía llevar tu alma hasta el Paraíso, pero me enamoré de ti y te salvé, no cumplí con la tarea asignada. Y, si un ángel no lo hace, un demonio tiene el derecho de tomar esa alma.

—¿Qué? ¿O sea que ahora me persiguen los demonios?

Bastian se mordió el labio, temeroso de que ella pudiera odiarlo por lo que había hecho.

—El día que te paraste en la ruta para que te matara el camión, no lo hiciste porque así lo sentías, no tenías ganas de suicidarte o eso creo al menos.

—Pero era tan claro en mi mente, lo quería hacer.

—Los demonios pueden ser tramposos, alguien estuvo tentándote a hacerlo de alguna manera y lo ha hecho por mucho tiempo. Ha sido muy cuidadosa, aunque creemos que es una principiante; ese día estoy seguro de que ella estaba escondida en el bosque y no pude seguirla porque, si lo hacía, el camión te arrollaba.

—¿Por qué quiere tentarme a hacer eso? Entiendo que sea su trabajo, pero… —preguntó Amy sin poder terminar la oración. Bastian se sonrojó por primera vez en su larga vida.

—Me avergüenza un poco decirlo, pero ángeles y demonios queremos agradar a nuestro jefe. Día a día, sin que ustedes se den cuenta, se libra una batalla entre el bien y el mal. Y… necesitamos

más aliados, así que quien los consigue obtiene más favores, no se trata de que el humano sea más importante. Cantidad antes que calidad, por decirlo de alguna manera —explicó sentándose a su lado —. En simples palabras, es burocracia y más reglas. Te quieren porque yo no cumplí con mi trabajo.

—Lo entiendo y, para que te quedes tranquilo, no te odio porque si me salvaste es porque me amas y, si tengo que irme al infierno, al menos lo haré feliz porque pude sentir que alguien me amó con un amor más grande de lo que creí imaginar. Aun así, tengo miedo. No te lo voy a negar.

Ante esas palabras Bastian se sintió un tanto aliviado y enredó sus brazos alrededor del frágil cuerpo de la muchacha.

—Yo te protegeré, no tengas miedo. Odio que Zaira se haya metido en tu vida y en tus sueños para llevarte a pensar que querías quitarte la vida —dijo él y besó su cabeza, acariciándole la espalda para tranquilizarla.

—¿A través de mi sueño? Todas las noches era tan claro, tal cual y pasó ese día —recordó ella y algo estalló en su mente, un nombre que Bastian había dicho—. ¡Espera un segundo! ¿Cómo la llamaste?

—Zaira, ha estado dándome problemas todo el tiempo.

—¿Zaira? Conozco una chica de ese nombre, es alta, tiene el pelo oscuro como la noche, su piel es blanca y tiene ojos de gato.

—¡Dios! ¿Cómo es que sabes eso? ¿La conoces? —interrogó él, desorbitado, sacudiendo las manos de Amelie para que hablara de una vez.

—Bastian, es una alumna de quinto año, me ha sembrado dudas acerca de ti en varias ocasiones, incluso a través de Nadia me presentó a Lucas, el idiota que causó el accidente y se propasó conmigo.

—¡No lo puedo creer! No pude haber sido tan tonto como para no darme cuenta.

—¿Nunca la viste en el comedor del colegio?

—No... Así como yo me cubro de la presencia de los demás, los demonios también ocultan sus esencias, pero me odio porque debería haber sido capaz de notar que estaba rondando. La vi en el baile, pero pensé que había ido solo para amenazarme. Lo siento, Amelie.

—Está bien, pero ¿hay algo que podamos hacer? Dijiste que me protegerías, pero si son las reglas, si ahora ella tiene derecho sobre mi alma, no veo ninguna posibilidad.

—Te dije que era una novata, ahora veo que recién la iniciaron porque ha cometido un error importante —soltó Bastian y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿A qué error te refieres?

—Ella solo tiene que poner la tentación en el camino de los humanos, no debe meterse en sus sueños todo el tiempo, no puede abusar de ese recurso porque somos los ángeles los que cuidamos a las personas cuando duermen. Ni siquiera debería haberse relacionado con Nadia o mostrarse delante de ustedes de la forma en que lo hizo, ha roto varias reglas.

—Todavía no entiendo qué hay de bueno en ello.

—Lo bueno es que tengo derecho a una batalla con ella para salvar tu alma —explicó Bastian como si hubiera estado esperando el momento hacía tiempo, bajo su piel corría esa energía que le indicaba que una pelea se acercaba y, por más malo que fuera, tenía ganas de volver a luchar. Era una lástima que ya no perteneciera a los guerreros o podría tener una espada allí. El terror se apoderó del corazón de Amy, y se transmitió a su cara. Afuera la tormenta se desató con toda su furia.

—¿Qué dices? No… Bastian, no vas a pelear, no quiero que nada te pase. Prométeme que no lo vas a hacer, además, ella se ha ido, por lo visto —imploró la chica aferrándose al cuello del muchacho.

—Mi amor, eso es algo que lamentablemente no te puedo prometer. Son las reglas, tiene que haber una pelea y ella nunca va a esfumarse por más que te lo haga creer, es su trabajo, como es el mío destruirla para cuidarte. Además, es una novata y me ofendes un poco, ¿crees que no puedo aniquilarla? Tu ángel es un gran luchador —bromeó acariciando su mejilla. Él no podía culparla por tener miedo porque ella no conocía su pasado o quién era Bastian en el Paraíso, pero tampoco iba a explicárselo en ese momento, ya había tenido demasiadas emociones juntas. Necesitaría días para contarle su historia completa, pero esperaba tener la oportunidad de hacerlo. Él quería que ella supiera de dónde venía y toda su experiencia en el Paraíso.

—Estoy cansada de tantas reglas, estoy harta de no poder tener un respiro y de que, cuando pienso que todo está bien, las cosas se pongan mal otra vez. Desearía haberme muerto —dijo ella enojada y se alejó de él para acercarse a la ventana y ver la lluvia caer.

—Que digas eso me duele mucho, Amelie —dijo Bastian con voz calma pero dolida, mientras ella se daba vuelta para mirarlo—. Te pido perdón por amarte y no querer que seas una chica hecha de humo a la que no pueda tocar y que ni siquiera se acuerde de mí.

Amelie suspiró fuerte porque se odiaba cuando lo hacía sentir mal. Se acercó hasta él y, sentándose sobre su falda, lo miró a los ojos jugando con su cabello.

—Tú debes perdonarme, no quise decir eso. Estoy un poco

cansada, es solo eso. ¿Tienes algún plan en mente?

—Está bien —dijo el chico, poniendo sus manos en la cintura de Amelie y luego besó su cuello. Sus labios quemaban la piel de Amelie, pero luego se detuvo.

Bastian le explicó que, aunque sonara feo, ella debía ser la carnada para atraer al demonio hasta un lugar exacto. Que tenía que ir otra vez a esa ruta y él estaría escondido en el bosque. En cuanto Zaira tratara de herirla, Bastian aparecería para hacer su trabajo. Estaba muy convencido de que iba a ganar, pero había algo en el plan que no convencía del todo a la muchacha y aun así no se lo dijo. Zaira no era tonta como para no darse cuenta si iba acompañada, ya se había escondido muy bien de Bastian todo ese tiempo y él ni siquiera se había dado cuenta; era muy astuta y Amelie no quería que su otro sueño se cumpliera, ese en el que Bastian era atravesado por una lanza de plata.

—¿Confías en mí, Amy? Necesito que me lo digas —preguntó él, mientras se acostaban.

—Sí, confío en ti —respondió ella sin más y él no se quedó muy convencido con la respuesta.

La lluvia comenzó a caer con fuerza sobre el mundo. Los truenos y relámpagos la asustaron un poco, más la idea de que Zaira estuviera acechando en la oscuridad. Amelie se acostó de lado, mirando hacia la ventana y dándole la espalda. Él puso una frazada sobre ellos y se acercó hasta Amy hasta cerrar todo espacio entre ellos. Puso una mano en su cintura y comenzó a besar el cuello de la muchacha y a morder su piel en forma de juego mientras se reía. Ella se estremeció y apretó su mano con fuerza, dio la vuelta sobre su cuerpo para poder mirarlo.

—No sigas porque no voy a ser capaz de detenerme —dijo ella sonriente.

—Está bien, ya habrá tiempo para eso y ninguno de los dos va a detenerse —dije besando su nariz y la enredó con sus brazos para que se sintiera cálida y protegida. Se durmió al instante como las noches anteriores.

«Tienes razón, pero eres irresistible», pensó Bastian entendiendo que había estado a punto de perder el control sin pensar en las consecuencias. Por cosas así los ángeles caían al Inframundo y sus alas se habían vuelto negras.

Confrontación

Varios días pasaron luego de aquella noche en la que Bastian le explicó a Amelie lo grave de la situación. Su plan seguía en marcha, solo faltaban cuarenta y ocho horas para que se llevara a cabo. Amelie estaba llena de sensaciones raras y eso, sumado al aroma a peligro inminente que flotaba en el aire, terminaría por desequilibrarla del todo. Sentía que otra vez su vida se había vuelto un caos.

«Ser la carnada, genial», pensó y suspiró mirando un punto lejano en el horizonte una tarde, cuando el cielo se había vuelto naranja y dorado, y la base de las nubes se teñía de color rosado.

Nadia y Alexis no se habían dado cuenta de sus nervios porque pensaban que era el amor lo que tenía a su amiga dando respuestas incorrectas todo el tiempo y ella creyó que, si eso les servía como explicación, no pensaba hacerlos cambiar de idea.

Las notas en los exámenes eran buenas así que gracias a eso no levantaba demasiadas sospechas.

La noche en que Bastian le contó el plan, de inmediato supo que no podría hacerlo. Amelie lo iba a decepcionar en grande, pero no seguiría sus pasos. Había decidido enfrentarse sola al demonio y eso era solo una manera de decir, más bien se presentaría ante ella y se dejaría matar, porque era imposible luchar contra su poder, aunque se tratara de una principiante. El miedo de no seguir los planes de Bastian se había instalado en todo su cuerpo, pero estaba decidida a ponerle fin a todo lo que pudiera hacerle mal a su nueva familia. Entendió que esas eran las horribles ideas que se formaban como tormentas en su cabeza unos meses atrás, ella se sacrificaría por todos los que amaba. Se obligó a creer que ese había sido su destino, tal vez

por eso Dios la había puesto en el mundo, para salvar a alguien al menos. Además, ya la había reclamado una vez, pero por interferencia de su ángel había sobrevivido. Bastian podría cuidar a otra persona y lo haría tan bien como lo había hecho con ella. Amelie sintió que no podía ser tan egoísta de negarle a alguien más su protección.

La muchacha deseó que él no tuviera el poder de leer su mente y descubriera sus nuevos planes, porque ella sabía que no se había quedado convencido con su respuesta cuando le había preguntado si confiaba en él.

Le dolía en el alma tener que mentirle de manera tan descarada, se sentía en falta luego de todo lo que Bastian había hecho por ella, pero ¿qué podía hacer si sentía que ella era el único cabo que quedaba por atar para que las cosas mejoraran? ¿Si sentía que era la causante de todos los problemas?

El muchacho no la cuestionó nunca porque estaba seguro de que iban a hacer lo acordado. Solo se limitaba a mirarla en forma dudosa en clase, tal vez suponía que estaba nerviosa, ya que no era común que los humanos se enfrentaran con criaturas malignas.

Lo peor de todo, lo que atormentó a Amy una noche, fue la idea de que Dios sí sabía lo que estaba pasando por su cabeza y que podría comentárselo a él, pero Bastian le había dicho una vez que Él no podía encargarse de cada asunto, que tenía cosas más importantes en qué pensar y eso la tranquilizó un poco.

Ese día soleado, se despertó nerviosa porque el momento estaba a punto de llegar. Se iba a adelantar un poco a lo planificado y no esperaría hasta el día siguiente, como habían acordado con Bastian.

Supuso que, si Zaira podía meterse en sus sueños, si era en verdad su trabajo llevarse su alma y convertirla en su aliada, la encontraría de cualquier manera y más aún si se mostraba sola caminando por el bosque. Seguro su perfume la atraía y podía olerlo a millas o incluso en el otro mundo.

Por la mañana, antes de ir a la escuela saludó a Clara y Héctor con dos besos efusivos que decían «gracias por haberme querido y ayudado tanto». Supo que, si llegaba a hablar, comenzaría a llorar y no quería que ellos se preocuparan, entonces se tragó las palabras y salió de la casa con la velocidad de un rayo para subirse al auto de su amigo. Quería pasar todo el tiempo posible con Nadia y Alexis.

En el colegio, durante el almuerzo, se detuvo a mirar los rostros de todas las personas que conocía; con algunos nunca había hablado, pero aun así eran parte de su vida y quería llevarse esos recuerdos donde sea que fuera. De forma disimulada y para que no sospecharan nada, volvió a agradecer a Nadia y Alexis por ser sus amigos, como

aquel día en cuarto año. Pensó mucho durante las materias de la tarde, con Bastian a su lado. A pesar de que muchas de las cosas que le habían sucedido no fueron buenas, dio gracias de haber ido a vivir a Puerto Azul porque en ese lugar había logrado reventar la burbuja donde estaba encerrada y se había animado a vivir. Creyó que, si ahora debía morir, debía hacerlo conforme por las cosas buenas que había logrado, por las personas que había dejado entrar en su vida.

Todo se había dado mejor de lo esperado, a Bastian lo habían llamado para seguir debatiendo el tema de Zaira y él le dijo que la vería por la noche. Entonces, antes de alejarse en el auto de sus amigos, le dijo que lo amaba y lo besó por última vez en el estacionamiento. No quiso hacerlo con mucho entusiasmo, con la emoción que la dominaba, incluso ahogó las lágrimas que le quemaban los ojos y querían brotar con fuerza, porque él se daría cuenta de que algo malo le estaba pasando. Lo saludó como cualquier otro día y eso le pareció terrible, el hecho de saber que moriría sin haberse despedido de él como quería en realidad la llenó de tristeza.

No habló durante todo el viaje con sus amigos y apenas llegó a su cuarto se encerró a llorar porque perdería a Bastian y a los demás para siempre. Era más que obvio que iba a morir aniquilada por esa bruja. Pero cuando se compuso, sintió que estaba segura de lo que iba a hacer. Tal vez, si Bastian hubiera dejado todo por ella antes, nunca habría pensado en morir, pero ya era demasiado tarde.

El dolor por lo que iba a dejar atrás era muy grande, pero sabía que se encontraría con su familia en algún lugar y los que quedarían en la Tierra no serían acechados por fuerzas oscuras por su culpa. Esperaba no hacerlo ella misma cuando fuera maligna, sabía que los demonios reclamarían su alma, pero incluso así deseaba no convertirse en una despiadada que solo quisiera tentar a la gente para que cometiera locuras.

Cuando la hora llegó, no tomó ninguna pertenencia. Se fue vestida como estaba, pero antes dejó sobre la cama una nota que había escrito para Bastian, porque sabía que él entraría por la ventana como todas las noches. Cerró su cuarto con llave para que nadie ingresara y encontrara el papel antes que él. Pasó por la puerta de la habitación de Nadia y se detuvo un instante tratando de hacer el menor ruido. Ella y Alexis se estaban riendo y eso la hizo sonreír y sintió ganas de abrazarlos, pero supo que las cosas se harían más difíciles aún. Entonces siguió su camino de manera silenciosa por el pasillo.

Con cautela empezó a bajar las escaleras, escalón por escalón, como si cada uno de ellos la llevara un paso más cerca del fin. Clara y Héctor estaban en el *living*, pero dormidos en el sofá. Se habían

quedado mirando una película y se veían tan enamorados como siempre. Aprovechó la oportunidad para escapar de la casa. Caminó unas cuadras bajo la noche oscura y tomó el primer taxi que pasó cerca.

—Hasta el puente viejo, por favor —indicó al conductor, quien la miró desconcertado a través del espejo retrovisor, porque ya nadie iba a ese lugar y menos a esa hora de la noche. El puente viejo era el escogido porque estaba cerca del bosque, así que nadie podría ver lo que sucedería. Era lo único del plan que había respetado.

Durante el viaje dio gracias porque Bastian no la había interceptado para detenerla. Pensó en su bello rostro por un momento, para sentirse tranquila.

Cuando el auto se detuvo, le pagó al taxista quien la miró sin decir nada, pero sabía que quería preguntar «¿Estás segura de que quieres bajar aquí?».

Respiró hondo y cerró la puerta con un golpe. Empezó a caminar bajo la luz plateada de una redonda luna que se había hecho dueña del cielo; luz y oscuridad juntas y en lucha por dominar. Trató de convencerse de que estaba haciendo lo correcto porque para dudar ya era demasiado tarde.

Puso un pie en el puente metálico, que tenía grandes barrotes de hierro en forma de cruz a sus costados, y luego de unos segundos una sombra comenzó a acercarse despacio al otro extremo del puente, como si hubiera sabido sus planes desde el principio. Emergió de la espesura del bosque como un fantasma.

Zaira tenía puesto un traje negro que parecía de látex y se ajustaba al cuerpo. Iba vestida como para una guerra que sabía que iba a ganar. Su pelo oscuro, que caía a ambos lados de su rostro, resaltaba aún más su blancura y sus ojos de gato brillaban de manera hipnótica. Llevaba los brazos en jarras, lo que dejaba ver largas uñas pintadas de rojo. Al ver a Amelie, una sonrisa espeluznante se dibujó en sus labios. El terror invadió a la muchacha y supo en ese momento que se había engañado otra vez, estaba haciendo las cosas definitivamente mal. Juntó valor para hablar y no demostrar miedo; si iba a morir, al menos lo haría molestando a aquella mujer.

—Todavía no es día de brujas, ¿por qué el disfraz? —gritó Amy, de manera burlona y pintó una sonrisa enorme en su rostro.

—¿Es eso lo mejor que tienes? —replicó el demonio, pero sin usar su voz, sino que metiéndose en su cabeza.

—¡Deja de hacer eso! ¿Sabes? Siempre me pareciste una persona negativa y lamento haberte subestimado pensando que eras solo una adolescente insegura, eres un maldito demonio.

—Gracias por el halago —dijo Zaira, hablando con su voz esa vez.

—Bueno, bruja. Al fin me tienes aquí y creo que esto es lo que has estado esperando desde el principio. ¿Quieres que salte al vacío o vas a terminar el trabajo tú misma?

Amy no entendió qué pasó o cómo Zaira lo hizo, pero después de un segundo, estuvo frente a ella con sus dientes blancos apretados y sus ojos clavados en su cara. Eso hizo que sus latidos se aceleraran.

—No hay necesidad de ser tan aburrida, mortal. Si voy a llevarme tu alma, te mataré yo misma y con gusto. Me gusta el momento en que un alma se desprende de un cuerpo desgarrado —exclamó con una voz hermosa pero maligna.

Comenzó a caminar alrededor de la muchacha, respirando fuerte, lo que puso a Amelie más nerviosa. La estaba acechando como una fiera antes de comer a su presa.

Luego de unos minutos se detuvo frente a ella y levantó su mano en el aire, lista para aplastarle la cabeza o arrancarle el rostro. Amy cerró los ojos con fuerza esperando su fin, pero dejó salir una plegaria de sus labios.

—Ángel de la guarda, dulce compañía. No me desampares...

En el silencio de la noche y en la tardanza de Zaira para terminar su trabajo, se escuchó el sonido de dos inmensas alas que se agitaban en el viento; tenía que ser eso, porque Amelie conocía muy bien ese ruido. Por alguna razón y en un segundo de pensar con claridad, creyó que lo más sensato sería arrojarse al suelo y así lo hizo, antes de que la malvada le atravesara el cráneo con sus uñas filosas. Bastian voló sobre su cuerpo, embistió a Zaira con toda su fuerza y la arrojó hacia el otro lado del puente, donde había estado parada unos segundos atrás. Rápidamente, se acercó hasta su protegida.

—Amelie, tonta. No debiste haber venido, ¿quieres matarme de dolor? ¿Por qué no confías en mí? Te dije que todo iba a estar bien, pero no me hiciste caso —exclamó Bastian un tanto molesto, apretándola con fuerza contra su cuerpo y besando todo el rostro de la muchacha de manera desesperada, como si hubiera estado a punto de perderla.

—Estás en lo cierto, soy una grandísima tonta y más que eso todavía. Pero ¿no te has dado cuenta aún? Pensé que ella no iba a aparecer si sabía que estabas escondido y estoy cansada de que todas las cosas malas sucedan por mi culpa.

—Amelie, deja de...

—¿Pero qué tenemos aquí? Un desagradable espectáculo, diría yo —dijo Zaira, incorporándose, se acomodó su cabello—. Un ángel está rompiendo las reglas y besando a una humana. No sigan porque no

quiero vomitar.

—¡Cállate, Zaira! Y no te atrevas a poner un dedo sobre Amelie —amenazó Bastian en tono grave, ayudando a la muchacha a levantarse, y luego se paró delante de ella.

—Creo que yo también te subestimé, Amelie, porque veo que eres más inteligente que tu protector. Era obvio que no iba a venir si hubiera sentido tu presencia, Bastian.

—Déjame que te felicite por tu increíble inteligencia entonces —dijo el muchacho con sarcasmo.

—Me pregunto qué dice tu jefe ante todo lo que estás haciendo o tal vez ni siquiera le importa. No creo que te condene como hizo con mi jefe. Y tú dices que Dios es justo —comentó Zaira escupiendo al suelo—. A algunos les da más libertades y a otros los sume en el fuego eterno sin siquiera escuchar explicaciones.

—Deja de decir estupideces.

—No se lo dijiste, ¿cierto? No le contaste a tu amada Amelie lo que hiciste y Dios ni siquiera te castigó por ello, es más, te hizo su mascota preferida.

—Bastian, ¿de qué habla? ¿Qué hiciste? —interrogó Amy y Zaira sonrió complacida por haber sembrado dudas en la otra muchacha. La semilla había sido plantada.

—Ahora no es momento de hablar del pasado, tú sabes que hiciste muchas cosas mal, así que estoy aquí para terminar contigo. Si no fuera así, tu querido jefe hubiera impedido este encuentro. Pero no lo veo aquí, ¿estás segura de que te aprecia tanto? —le gritó él a Zaira, evadiendo las preguntas de Amelie. Los músculos de su cuerpo se pusieron rígidos, esperando la confrontación.

—Hubiese preferido charlar, pero... No, mentira. Mejor será llevarme un alma y obtener un favor especial de mi Señor cuando sepa que maté un enemigo. Tú lo pediste, angelito. —Ella sonrió de la manera más malvada.

La chica demonio hizo de sus manos de uñas rojas una garra, como si juntara con mucha fuerza sus dedos, y Bastian empezó a elevarse sin quererlo. Ella movió su mano como si manejara una marioneta y comenzó a azotarlo contra los barrotes de hierro del puente, mientras Amelie no paraba de sufrir por los golpes que él recibía. Zaira se reía como desquiciada y de alguna forma le provocaba cortaduras por todo el cuerpo, pero estas se curaban en segundos. Si ella lo seguía azotando, él nunca tendría la oportunidad de atacarla.

Amelie vio una piedra bastante grande cerca y la tomó, deseó con todas sus fuerzas tener buena puntería y se la arrojó al demonio para distraerla. La pequeña roca voló con fuerza y golpeó el estómago de

Zaira, quien perdió la concentración por un segundo.

—¡Idiota! Una piedra no podrá conmigo.

Cuando Bastian por fin cayó al suelo, la malvada corrió a la velocidad de la luz y se paró al lado de su cuerpo, que parecía sin vida luego del azote que le había dado. Extendió su mano con la palma hacia arriba y una daga de plata brillante apareció en ella de repente. Cuando menos se lo esperó, a punto de dar la puñalada final, el ángel levantó sus brazos y golpeó el pecho del demonio con sus dos manos, lo que la hizo volar y estrellarse con estruendo contra las barras de metal. Cayó al suelo casi inconsciente y sin poder moverse.

—Gracias por eso, preciosa —dijo el muchacho, girando para ver a Amelie.

—¡Bastian! Detrás de ti —alertó ella. Él sonrió seguro de sí mismo y, volando como un rayo, cayó detrás de Zaira, que estaba un poco desconcertada porque no se había dado cuenta del movimiento tan veloz.

Él la volvió a golpear con sus dos manos cargadas de poder, pero esta vez en la espalda. El demonio voló por los aires, cayó cerca de Amelie y se arrastró sobre el polvo con los labios sangrantes. El viento hizo volar el cabello rojo de la muchacha, quien se dio cuenta que no eran simples golpes lo que Bastian le daba a Zaira, sino una gran fuerza que ejercía con sus manos, como una pared invisible de energía que arrasaba con todo.

Los ojos de su ángel se pusieron blancos de inmediato, levantó su mano derecha con el anillo dorado hacia el cielo, mientras Zaira se desesperaba porque no podía levantarse, aún bajo los efectos de aquel poder invisible.

—*Deus lux mea est* —dijo él en voz alta y firme. Amelie miró hacia arriba tratando de entender qué era lo que iba a pasar. Un pequeño objeto, del tamaño de una gota en la altura, cayó a toda velocidad haciéndose cada vez más grande, para aterrizar en la mano de Bastian finalmente.

Algo hizo que Amelie gimiera de dolor, las uñas filosas de Zaira se clavaron en su pierna izquierda. Ella no se daba por vencida.

—Tal vez no sea yo, pero otros vendrán por ti —dijo el demonio escupiendo un poco de sangre sobre sus zapatos.

Bastian la apuntó con la bola de cristal que tenía en su mano.

—Dios, te entrego a este demonio. Como tu servidor, necesito tu luz ahora. Ilumina esta oscuridad, Señor —dijo él con voz solemne y se arrodilló en el suelo.

La cara de Zaira comenzó a desfigurarse, era aterradora junto con sus quejidos. Las puntas de sus pies se hacían borrosas, como si

estuvieran diluyéndose en el aire. Se iba transformando en humo poco a poco, estaba siendo atraída por la esfera de vidrio.

—¡Maldición! —gritó decepcionada de ella misma y se convirtió toda en aire oscuro. La bola de cristal se tornó negra y el humo quedó flotando en ella como gotas de tinta en un vaso de agua; Zaira estaba encerrada.

Bastian lanzó la bola de cristal con toda su fuerza hacia arriba y esta desapareció sin volver a caer a la tierra.

Amelie cayó sobre sus rodillas y el ángel voló hasta ella sin dudarlo. La ayudó a levantarse del piso y la abrazó.

—Ya está, amor. Una menos de ellos y fue demasiado fácil, te dije que debías confiar más en mí —comentó con una sonrisa de satisfacción por la victoria obtenida.

—Perdón por todo, por no confiar en ti y por ser tan desobediente, en serio.

—Está bien, ya sé que eres desobediente y por eso me gustas, porque crees que todo es posible si lo haces a tu manera.

—¿Qué dijiste cuando cayó la bola de cristal en tu mano? Eso sí que fue extraño.

—Ah, eso era latín, «Dios es mi luz». Más reglas y sé que las reglas no te gustan, así que no pienso explicarte.

—Como no me explicaste eso que hiciste en tu pasado, eso que...

De repente, una fuerza misteriosa los apartó, elevando a Bastian en el aire. Sus brazos y alas quedaron extendidos completamente, como Jesús en la cruz. Amelie no entendía qué estaba pasando, Zaira había muerto. Alguna fuerza invisible lo estaba atacando y ella no podía hacer nada más que observar y sentirse impotente.

Al ver a su ángel suspendido en el aire, casi no pudo respirar, nerviosa y aterrorizada.

«¿Qué más nos tiene que pasar? ¿Qué culpa tenemos de habernos enamorado?», pensó ella, cargándose de rabia.

Cuando pudo reaccionar, trató de alcanzarlo con su mano, de tomar su pie y traerlo hasta la superficie, pero le era imposible llegar a él. Fue allí que otro pensamiento horrible se cruzó por su mente, temía que el jefe de Zaira se estuviera tomando una revancha, mostrándoles su venganza por haber eliminado a su servidora. Pero para su sorpresa, el cuerpo de Bastian descendió en forma lenta hasta que sus pies estuvieron tocando el piso. Sus ojos eran blancos y aterradores. Supuso que estaba hablando con Dios, porque siempre que lo hacían sus bellos ojos se quedaban vacíos, como si todo él no estuviera presente en la Tierra en ese instante, ni siquiera en su propio cuerpo.

Movía la cabeza en movimientos que no eran normales, casi robóticos, de un lado al otro, tocando los hombros de vez en cuando. Luego sus ojos de a poco volvieron a ser verdes y cayó estrepitosamente de rodillas en la tierra. Por primera vez Amelie lo vio cansado. Se acercó corriendo, ya repuesta de su llanto, lo tomó entre sus brazos y besó su frente, mientras las alas en su espalda se cerraban.

—¿Qué pasó? ¿Qué fue todo eso? ¿Estás bien, amor? Estoy muy asustada, deberíamos irnos de aquí —exclamó ella intrigada, atacándolo con preguntas. Él no respondió, se la quedó mirando y ella sabía que había algo que no le quería decir, pues conocía de sobra sus ojos.

—¿Sabes una cosa? Creo que es una gran desventaja no poder mentirte. Porque siempre que hay algo que no quiero contarte, no puedo evadir tu pregunta cuando la dices en voz alta —dijo tratando de sonreír, se veía resignado.

—Por favor, dime lo que tengas que decir. Ya nos han pasado tantas cosas que no tengo miedo de lo que pueda venir. A menos que te quieran llevar lejos de mí y eso no lo voy a permitir. No sé cómo lo haré, pero no dejaré que suceda.

—Mi pequeña guerrera —dijo él sonriente acariciando la mejilla de Amelie—. Eh… no es nada malo, no te asustes. Quiero que te quede claro que yo no estoy de acuerdo con esto, pero debo comunicártelo. Dios tiene… una propuesta para ti.

Los ojos de la muchacha se abrieron en completa en sorpresa y se quedó con la boca abierta.

—¿Qué? ¿Estás hablando en serio?

—No puedo mentirte, ya te lo dije.

—¡No lo puedo creer! ¿Qué es, Bastian? Me matas con todo este misterio.

—Está bien, te lo diré de una vez. Visto y considerando que tu familia biológica ya no está junto a ti, más lo que ha sucedido con Zaira y todas las otras veces que has estado en peligro, Dios te propone convertirte en… ángel, para que dejes de sufrir y para que no hieran a tus amigos. Dijo que lo pienses, que muy pocas veces hace estas ofertas. Creo que el último que obtuvo un par de alas de regalo fui yo. Cuando estés lista, debemos ir al cerro a comunicar la respuesta —comentó con los ojos tristes y alejándolos de la muchacha.

Ella se quedó fuera de sí. Dios le proponía ser un ángel, pero por la mirada de Bastian supo que la quería convencer de lo contrario, que no le gustaba la propuesta de su jefe.

—¿Por qué no te gusta la idea?

—Me parece que no es lo correcto.

—Y si lo dejaras todo por mí, tal vez yo...

—Vamos a casa —dijo él, poniéndose de pie. Otra vez se había quedado en silencio y no le respondía, y eso hacía que Amy se sintiera sumamente triste. A veces tenía ganas de darle una bofetada y exigirle que dejara todo por ella si en verdad la amaba, pero no tenía el coraje para hacerlo y él debía tener sus razones para pensarlo tanto.

Se alejaron en silencio de ese horrible lugar, hacia la comodidad de su cuarto. Cuando llegaron, antes de que él pudiera darse cuenta, escondió la nota que había dejado sobre la cama, el papel aún seguía doblado, así que supuso que él no lo había leído todavía.

La vida no hacía más que ponerla a prueba y estas no eran nada fáciles, siempre se trataba de decisiones difíciles de tomar. En ese momento la muchacha no supo qué pensar, qué contestar o qué decirse a sí misma. Esa propuesta era algo serio aunque, si alguna vez había sido su destino irse al Paraíso junto a su familia, ¿por qué no aceptar lo que Dios le ofrecía? Tal vez porque otra vez se encontraba en una situación que tenía que ver con abandonar las cosas que más quería, pero lo haría para protegerlas. Se sintió en una encrucijada, parada frente a un callejón sin luz ni salida.

—¿Cómo se hace para tomar una decisión cuando la vida y el mismo Dios te presionan?

—Buena pregunta, Amy. Creo que haces lo que sientes y mandas todo al demonio, o desobedeces, como siempre has hecho —respondió Bastian riéndose un poco.

—¡Hey! Mira quien ha comenzado a maldecir.

—Me contagiaste.

En ese momento, en su habitación, Amelie estaba feliz porque los dos estaban a salvo. Bastian no la regañó por la estupidez que había cometido, porque luego creyó que había sido una estrategia arriesgada pero eficaz.

Esa noche durmió junto a su ángel otra vez, sobre su pecho cálido y desnudo. Podía respirar su perfume y llenarse de él. Al recorrer la piel de Bastian con sus dedos pensó en cómo harían las mujeres ángeles cuando querían abrir sus alas. ¿Se quitarían la camisa? Le daba vergüenza preguntárselo, tal vez ella misma lo iba a descubrir. Se imaginó con alas gigantes, un cuerpo espectacular y una cabellera del color del fuego, volando por todos lados.

Bastian comenzó a tararear una canción y ella cerró sus ojos lentamente. Ese día había sido difícil pero, como siempre en el final de sus noches, estaba junto a él, lo que más amaba en el universo entero.

Los días siguientes encontraron a Amelie más reflexiva. En cualquier lugar que estuviera se quedaba con la mirada perdida en algún punto lejano. Entonces sus amigos comenzaron a preocuparse, porque casi no les contaba nada de lo que le pasaba, aunque Bastian la obligaba a hacerlo cuando almorzaban en el colegio.

Octubre había llegado a su mitad otra vez y con este los preparativos para el baile de fin de año, el viaje de egresados y demás. Ni eso logró sacar a la muchacha del estado en el que estaba, porque tenía cosas más importantes con qué lidiar. Hasta se había cuestionado si era necesario seguir el colegio, porque hacía unos días pensaba que la propuesta de Dios era lo mejor y que debía aceptarla.

Una noche, cuando Nadia le susurró «te extraño» frente a Alexis, Héctor, Clara y Bastian, quien había sido invitado a cenar, se dio cuenta de que estaba lastimando a las personas que la querían.

No sabía qué pensaban sus padres adoptivos acerca de Bastian, porque no les había dicho nada sobre su relación, aunque entendían de sobra que había más que amistad entre ellos.

Después de lo que su amiga dijo, tomó su mano y no la soltó hasta que todos se fueron. No se dijeron nada, ella se levantó de la mesa enojada y, subiendo a su cuarto, cerró la puerta con un golpe. Amy no podía culparla, pero se odiaba por haberse convertido en una zombi.

Con el tiempo, comprendió que Bastian no cambiaría su trabajo por ella y ella no permitiría que a su nueva familia le pasara algo, así que decidió no esperar más, porque estaba lastimando a todos. Además, sería un ángel y no un demonio, como casi había ocurrido días atrás. Y estaba segura de que volvería a ver a su familia en el Paraíso. Si lo pensaba, dadas las circunstancias, había más cosas buenas que malas en la propuesta de Dios.

Un viernes por la tarde, cuando ya tenía las ideas más que claras, le pidió a Bastian que la llevara al cerro a dar su respuesta. Él comenzó a indagar, porque quería saber si estaba segura de su decisión, ya que le parecía un tanto apresurada.

—¿Apresurada? Han pasado semanas desde la propuesta y le he dado miles de vueltas en mi cabeza. No he podido dormir pensando en ella y he decidido que lo voy a hacer, Bastian. Te guste o no. No puedo permitir que mi nueva familia, que hicieron todo a su alcance después del accidente para dejarme entera otra vez, siga estando herida por mi culpa.

—¿No crees que los vas a lastimar si desapareces así como así? No serán tu familia biológica, pero son mucho más que eso, porque realmente te aman y tú lo confirmas con tus palabras. Ya no estás sola en el mundo, si solo esperaras más tiempo, tal vez...

Se interrumpió y ella sintió que estaba jugando sucio, porque decir eso sobre Nadia, Alexis, Clara y Héctor era como clavarle un puñal, ya que sabía muy bien lo terrible que se sentirían si los abandonaba.

—Lo sé, lo estarán por un tiempo, pero seguirán con sus vidas como todo el mundo lo hace. Como yo misma hice después de la muerte de mis familiares. Además, estoy cansada de esperar, ¿qué es lo que debo esperar, Bastian? No estoy obteniendo una cosa ni la otra y supongo que sabes a que me refiero, me cansé de escuchar «tal vez». Ya lo decidí y quiero ser un ángel, así podré cuidarlos —comentó Amelie cruzándose de brazos.

No era su intención ser ruda con él, pero la exasperaba que, a pesar de que todo lo que le decía, no se arriesgara por su amor.

—Hay algo más que debes saber. Cuando seas ángel, te vas a olvidar del amor, de la forma en que lo sientes cuando estás conmigo, puede ser que te olvides de mí y de todos los sentimientos humanos, de cómo se duerme, de cómo llorar… —dijo él. La tristeza se apoderó de la muchacha, porque eso sería perder su esencia, pero la decisión estaba hecha.

—Te dije que somos una pareja rara, estoy segura de que nada de eso va a pasar. Al menos, si olvido todo, igual voy a estar a tu lado trabajando para siempre. Tal vez de esa manera obtenga lo que quiero, aunque no pueda amarte como los humanos hacen —comentó sin alegría. Él se acercó y la besó en los labios, y supo en ese instante que extrañaría sus besos.

—¿Estas realmente segura de esto? Tienes que estar muy segura para hacerlo, porque no habrá vuelta atrás.

—Estoy muy segura, pero si llego a olvidarme de todo, escribí esto para ti, tanta lectura y amor por los libros tenían que sacar algo bueno de mí —dijo ella, dándole la hoja celeste perfumada que tanto había guardado.

Él se quedó leyéndolo detenidamente. Cuando terminó, lo volvió a hacer. Sus ojos se llenaron de lágrimas por segunda vez en su existencia, pero esta vez no cayeron.

Luego lo leyó en voz alta, casi cantándolo con su voz dulce, que lo hacía sonar maravilloso. ¿A eso se referían con el canto de los serafines?

> *«Búscame en el cielo, cuando el sol lo tiñe de naranja. Acaricia mi rostro y hazme creer que hay un mañana. Cántame tu bella canción de cuna, así puedo dormir tranquila sabiendo que estás a mi lado. Enséñame a desplegar las alas para volar lejos de las cosas que puedan herirme. Te seguiré todo el camino sin dudar porque confío*

en ti más que en mí misma. Si muero, tráeme a la vida bajo la lluvia fría o el sol que hace al agua del océano brillar. Cúbreme con tus cálidos brazos, mientras me miras con esos ojos color esmeralda que me hacen temblar.

Y si por un momento, sin quererlo, llegara a dormirme junto ti, a tu lado soñaría con despertar. Porque, al fin y al cabo, mientras mi cielo se derrumba, allí siempre estarás».

—Dios... Esto es... hermoso. No sé qué decir, nunca antes habían escrito algo para mí y es mucho más de lo que esperaba, más de lo que yo te he dado. Puedo sentir cada palabra, es único y perfecto —dijo Bastian guardando el papel en el bolsillo de sus jeans. Se acercó hasta ella y la apretó contra su cuerpo para besarla lleno de pasión. Cuando separaron sus rostros y Amelie pudo recuperar su respiración, se dispuso a hablar.

—Me alegro de corazón de que te haya gustado, debería ser la nueva plegaria al ángel de la guarda. Pero ahora vamos, ya tengo mi respuesta, así que no hagamos esperar al jefe un minuto más.

Los dos salieron de su cuarto tomados de la mano. Esa noche, Amelie iba a enfrentar su destino y tenía un poco de miedo mezclado con nostalgia, porque otra vez pensó en todo lo que abandonaba en el mundo mortal. También se llenó de dudas, ya que pensó que todo no podía salir siempre bien, eso ya lo sabía y, como Bastian había dicho, seguro se olvidaría de él. Al menos le había escrito lo que sentía, para que la recordara siempre, tal cual como ella había sido. Pero, por sobre todas las cosas, que recordara cuánto lo había amado.

Epílogo

Decisión final

Cuando Amelie abrió la puerta de su cuarto, lo primero que vio fueron los rostros de Nadia y Alexis. No sabía qué hacían ahí, tampoco creía que hubieran estado escuchando, pero estaba segura de que le pondrían las cosas más difíciles. Se sorprendió al observar sus ojos cargados de confusión, trataban de entender qué era lo que le pasaba a su amiga, que se había puesto rara otra vez.

—Justo estábamos por golpear tu puerta. Amy… ¿te pasa algo? Yo entiendo que pueda haber momentos en los que no te sientes bien, porque te han sucedido muchas cosas terribles, pero casi no hablamos como antes y sabes que nos encanta escucharte y ayudarte, creo que lo hemos hecho siempre. Eres nuestra amiga, una hermana para nosotros. ¿Estas enojada o hicimos algo que te molestó? —preguntó la muchacha rubia, a punto de llorar, y Amelie no pudo dejar que eso sucediera por su culpa. La tomó con suavidad de las manos y la atrajo hacia ella para poder abrazarla. Al instante hizo lo mismo con Alexis, se había estado guardando ese abrazo hacía tiempo y pudo darse cuenta de que le sería difícil no pensar en ellos, se estaba desprendiendo de sus amigos.

—Chicos, ustedes no son el problema. Nunca lo han sido y no quiero que piensen que estoy enfadada con ustedes. ¿Cómo podría enojarme con quienes siempre han estado a mi lado? Ustedes me sacaron a la vida, me arreglaron el corazón luego del accidente, los

quiero con toda mi alma. Les pido perdón si los estuve ignorando, pero he tenido cosas importantes en qué pensar —dijo mirándolos a los ojos—. Ahora con Bastian vamos a salir un rato a pensar en eso. Pero estén seguros de que siempre voy a estar a su lado. Somos la Triple Alianza y somos sobre todo her-ma-nos —agregó separando en sílabas, lo que los hizo sonreír. Les dio un beso en la mejilla y se alejó sin mirar atrás, tragándose las lágrimas y odiando el nudo que tenía en la garganta.

—Espero que solucionen las cosas —dijo Nadia en voz alta y volvió a su habitación junto con Alexis.

Amelie dio gracias porque sus amigos no tenían conocimiento de su anterior intento de suicidio, porque las palabras que les había dicho sonarían como una nueva tentativa, como una despedida, aunque realmente lo era. Esperaba visitarlos en sus sueños, pararse a su lado invisible y cuidarlos de sus pesadillas todas las noches que iban a venir.

Subió al auto llorando porque no pudo contenerse más, mientras Bastian la miraba. Encendió el motor y el vehículo comenzó a andar despacio por la calle poco iluminada, era una noche oscura.

—Amelie, no lo hagas. No estás lista para esto y eso está más que claro en tus lágrimas. Lo vas a terminar lamentando por toda la eternidad y eso no es para nada bueno, es demasiado tiempo para vivir con una culpa, te lo digo yo, que sé de eso.

—No sé de qué culpa hablas, ya que nunca me contaste que es eso tan malo que hiciste, pero, aun así, ser un ángel te cambió la vida. Ahora eres más feliz que antes, ¿no quieres que yo sea feliz también?

—¿Cómo puedes preguntar eso? Todo lo que hago, cada pequeña acción, cada segundo es para que seas feliz, pero nuestras historias son completamente diferentes. Yo no tenía familia ni amigos a quienes recurrir, nada de nada. Tú si los tienes y puedo ver cuánto los amas. ¿Estás dispuesta a abandonarlos así como así? Pensé que eras más fuerte que esto, que lucharías por lo que amas —comentó cuando se acercaban al bosque que precedía el cerro. Las palabras de Bastian la atravesaron como una daga.

—Sí, los abandonaré porque creo que es lo mejor para todos. Estoy dispuesta a dejarlos para que no sean heridos por mi culpa.

—Sigo pensando que no debes desprenderte de tu vida. Además, yo te amo tal cual eres ahora, con tus problemas, graciosa, aniñada y sin poderes —dijo él tomando la mano de la muchacha—. Y, si las cosas se ponen feas otra vez, los dos nos arreglaremos para salir adelante, eliminaremos el mal de nuestro camino como lo hicimos con Zaira —agregó cuando el auto ya había estacionado. Pero eso no fue

lo que más llamó la atención de Amelie, sino lo que dijo a continuación.

A pesar de que estaba seguro de que los resultados serían malos, Bastian pronunció unas palabras que hicieron que el corazón de Amelie casi estallara de felicidad y un mundo de posibilidades se abrió ante ella. Por fin y después de pensarlo, él tomó su decisión final.

En la base rocosa del cerro, Bastian se quitó la camiseta y la tomó entre sus brazos. Sus inmensas alas negras se abrieron y empezaron a volar. El viento se sentía fresco cuando golpeaba la piel de Amelie y acarreaba el perfume de flores silvestres que crecían entre las rocas.

Luego de unos momentos, cuando estaban en la cima, se tomaron de la mano fuertemente.

—¿Estás lista, preciosa? Solo deseo que todo esto salga bien —preguntó el muchacho con una sonrisa en los labios. Ella respiró hondo, pensando en las consecuencias y en todos los momentos vividos junto a él. Deseó con toda su alma, como lo hacía para que el timbre sonara en el colegio, que nada malo pasara luego de lo que iban a hacer.

—Sí, estoy lista y estoy muy segura de que todo saldrá perfecto —respondió convencida, porque al fin y al cabo estaban por hacer lo que ambos querían con todas sus fuerzas.

Bastian se alejó un poco de ella, la miró fijo y comenzó a hablar.

—*Pater noster, qui es in caelis, sanctificetur nomen tuum…* —Sus ojos se pusieron blancos y se elevó del suelo lentamente junto con unas pequeñas piedras que se levantaron también. Empezó a girar en el aire, como un torbellino, pero de manera lenta, mientras discutía con Dios. Amelie pensó que Él estaba enojado.

Cuando se hizo el silencio otra vez, el cuerpo de Bastian bajó hasta el piso, y él tenía los ojos cerrados. La chica sintió que iba a desmayarse de los nervios, dudaba si acercarse a él o no. Cuando estuvo a punto de dar un paso, él volvió a abrir sus ojos de repente y pudo ver que ya no estaban más vacíos.

Intentó acercarse otra vez cuando sus alas gigantes se extendieron hacia sus costados y se prendieron fuego de la nada. Las flamas se quedaron unos minutos en ellas consumiendo las plumas, como si les costara destruirlas, pero luego de unos instantes se desprendieron de él en una explosión de cenizas de color naranja que volaron por el aire, como cuando Alexis había golpeado la leña de la fogata en Playa Calma.

Bastian se quitó el anillo, lo besó, lo lanzó con fuerza hacia el cielo y este no volvió a caer. Ahora el miedo de saber si la recordaba invadió a Amelie por completo, aunque por suerte lo tenía cerca. No

había aparecido en otra parte del mundo como él pensaba.

—Hola... ¿Te acuerdas de mí? Soy Amy y tú eres... Bastian, nosotros… —dijo casi tartamudeando y preocupada. Sus labios comenzaron a moverse lentamente.

—Búscame en el cielo, cuando el sol lo tiñe de naranja... Porque, al fin y al cabo, mientras mi cielo se derrumba, allí siempre estarás. Y allí estás, hermosa —recitó Bastian, usando las palabras del poema de Amelie y ella, con el corazón a punto de salirse de su pecho, corrió hasta él, quién la esperaba sonriente para envolverla en sus brazos y apretarla contra su torso desnudo.

Amy al final entendió que Bastian había dejado de ser un ángel porque la amaba. Era él quien lo dejaba todo por ella, porque no quería que Amelie perdiera lo que tenía en la Tierra. Él le había comunicado su decisión a Dios, le había pedido su humanidad de nuevo y le había dicho que la muchacha había decidido permanecer humana. De todos modos, él siempre recordaría su trabajo anterior, ya que Dios era justo. Le daría lo que más quería y deseaba, pero también le recordaría que una vez había trabajado para Él y lo había dejado por una mortal. Ante los ojos de Amelie, lo que Bastian había hecho era el regalo más grande que le habían dado en su vida.

Bastian la enredó con un brazo por la cintura y la levantó del piso para que sus rostros estuvieran juntos, sin darle tiempo a decir nada, la besó mientras todo su amor brotaba sus labios, de forma humana esa vez. El cielo sobre ellos estaba lleno de estrellas que brillaban cada vez con más intensidad.

—Te amo, desde siempre y para siempre. Eres mi héroe y siempre serás mi ángel.

—Te amo, desde que abriste los ojos y hasta el fin de nuestros días, y creo que tú eres mi ángel, porque has pensado en mí como nadie antes lo había hecho y, aunque no lo creas, me has protegido —exclamó él sonriente también.

Amelie se quedó mirando sus ojos verdes que ya no eran mágicos sino humanos. Pero estos no habían perdido su color ni su brillo.

En ese momento, ella se sintió completa y feliz. Recordó a su familia en el Cielo o el Paraíso, como Bastian lo llamaba, y a su nueva familia en la Tierra. Entendió que era bueno reventar burbujas para vivir en el mundo real.

Bastian la besó con mucha pasión otra vez y ella no opuso resistencia alguna, sentía que podía ser capaz de hacer cualquier cosa esa noche.

A su alrededor, misteriosamente volaban decenas de mariposas imperiales azules. Formaban una ronda cerca de sus cuerpos y nunca

se cansaban de girar. Amelie y Bastian estaban parados en el centro de un tornado de alas azules, se miraron y sonrieron porque tendrían la vida que habían elegido vivir.

Para cualquiera que lo hubiera visto, eran solo mariposas. Pero Amelie creyó que eran ángeles; pequeños ángeles guardianes que cuidarían su amor por siempre.

Y perdida entre las caricias y besos de Bastian, no le dio importancia a un leve calambre que atacaba su pierna izquierda. Por sus venas corría sangre envenenada sin que ella lo supiera. La semilla pronto comenzaría a germinar.

Mientras mi cielo se derrumba

Amelie Roger pronto descubrirá que la vida no es tan simple como ella cree y que a pesar de brindarle la alegría de una gran amistad, esta también puede arrebatarle lo que más quiere.

Un delgado velo separa nuestros mundos; el humano y el de ellos. Seres milenarios se mueven invisibles y batallan de manera eterna entre nosotros.

Había una vez un ángel guardián que incumplió la tarea que le habían encomendado y una humana de cabellos rojos que se enamoró de él. Y su amor fue tan grande que rompió todas las reglas y enojó a los demonios. Ese fue el despertar de una tormenta que había estado dormida.

Matías Zitterkopf nació en Gilbert, un pequeño pueblo de Argentina, en 1987. Desde niño desarrolló interés por la lectura y escritura de historias. Es profesor de Inglés y licenciado en Lengua Inglesa.
Escribe historias juveniles siendo Corazones oscuros la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Edición en formato digital: agosto de 2018
© 2018, Matías Zitterkopf
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-8417540-32-6
Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

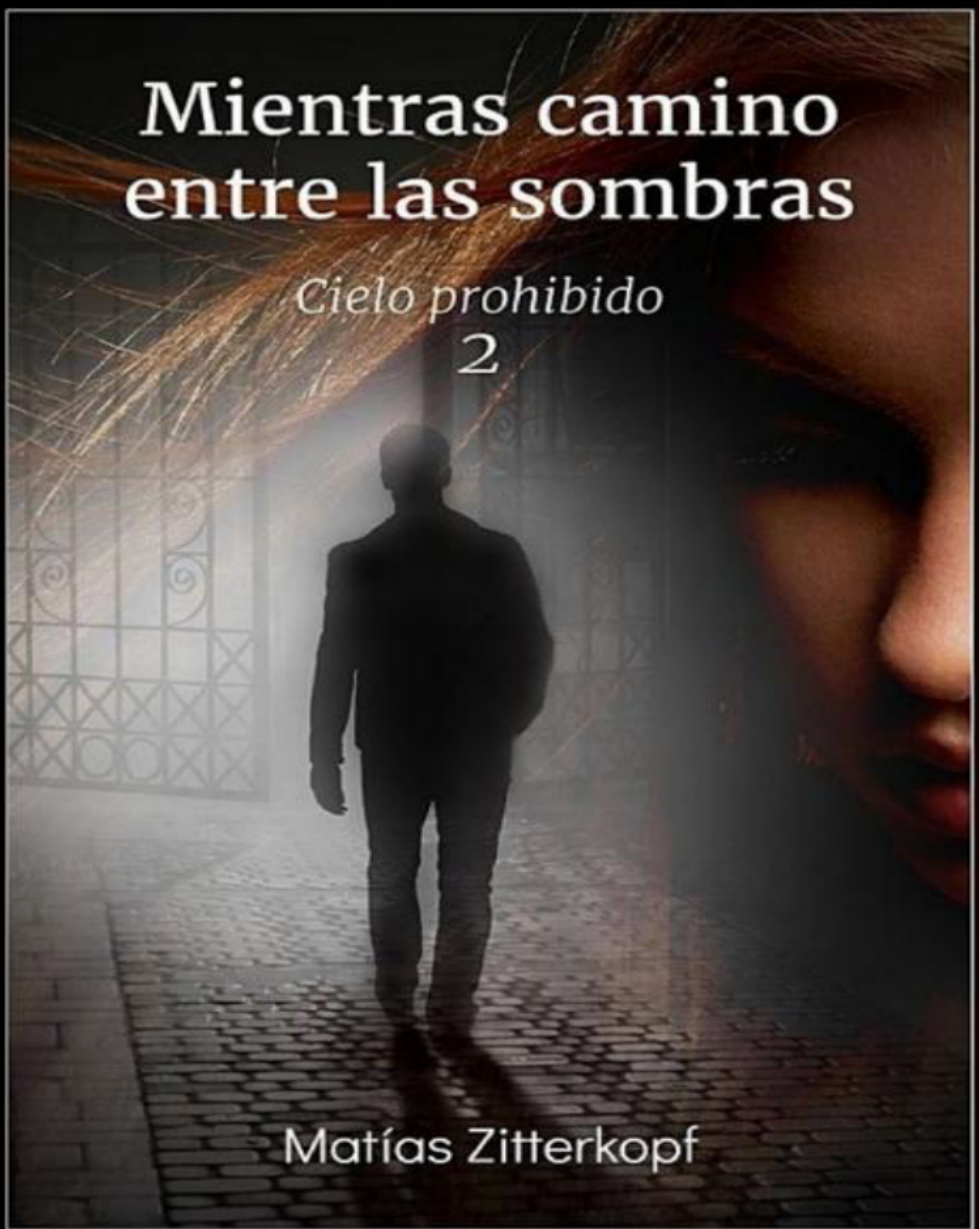
Penguin
Random House
Grupo Editorial

Selecta

Mientras camino entre las sombras

Cielo prohibido

2



Matías Zitterkopf

Mientras camino entre las sombras
Libro 2 - Trilogía Cielo prohibido

Matías Zitterkopf

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer

@megustaleerebooks

@megustaleer

@megustaleer

Penguin
Random House
Grupo Editorial

Prefacio

Primero existía la oscuridad y luego el Señor creó la luz con tan solo desearlo. Entonces, surgieron la envida y el enojo.

La oscura nació primero, era la mayor y amaba vestirse de sombras. La clara era más pequeña pero luminosa e intensa como relámpagos en una noche tormentosa.

La primera reinaba las noches, con sus terrores y las pesadillas.

La segunda era dueña del día, las tardes soleadas y los arroyos con destellos sobre la superficie del agua.

La menor no había pedido opacar a la mayor, no había pedido nacer, la habían creado de un suspiro sin que pudiera elegir. Aunque la que se envolvía en tinieblas se oscurecía sola sin necesitar ayuda alguna.

La luminosa era amiga de las espadas fabricadas con cristal celeste, esas que atrapaban los rayos del sol y los multiplicaban en haces de luz sobre el mundo. La oscuridad se rodeaba de sables filosos y negros como el cuervo, esos que causaban heridas profundas y mortales.

Eran opuestas; noche y día. Y se seguirían de manera eterna.

Hasta que alguna decidiera matar a la otra.

1. La ciudad de los muertos

Mechones de cabello rojo flotaban en la brisa cálida de noviembre mientras sus brazos se enredaban alrededor de su cuerpo; unas uñas largas y pintadas de negro aparecían en su espalda, casi atravesando su ropa para clavarse en su piel.

Justo en ese momento se había quedado pensando en los cambios, en cómo la vida daba vueltas de manera interminable y tejía situaciones inesperadas a su antojo para llevar a las personas a convertirse en versiones nuevas de sí mismas. Las caídas, los golpes, pero también las alegrías momentáneas, que ahora esperaba fueran duraderas, sin duda la habían hecho crecer.

Si no fuera por el movimiento de su pelo o por la forma en la que el vestido azul que llevaba puesto flotaba en el aire, la chica podría haberse confundido con una estatua, con los pies plantados sobre la tierra y la mirada perdida en el horizonte. Al igual que los altos pinos que crecían junto al acantilado, solemnes y en silencio.

Aquel lugar conocido y hermoso también le traía recuerdos de cambios y de alas negras que se desplegaban como inmensos mantos bajo un cielo oscuro para revelar secretos.

Sentado sobre un espacio donde la hierba crecía alta y salvaje, y se mezclaba con pequeñas florecillas de color lila, él la observaba con cierta admiración y detenimiento, como siempre había hecho desde la primera vez que sus ojos se posaron en ella y se quedaron viéndola para siempre.

Podría decirse que la conocía de memoria; las tonalidades de rojo que su cabello tomaba dependiendo de la intensidad del sol; su pequeña cintura, donde sus manos se ajustaban a la perfección; la

forma en que mordía sus labios rosados cuando estaba nerviosa. Ella había cambiado bastante en poco tiempo; ya no era la chica con la que había discutido en la cafetería del Highland una mañana sobre una manzana o por el nombre que debía llamarla. Pero, de todos modos, su esencia y todo lo que ella era estaban allí en ese momento. Las pecas desparramadas sobre su pequeña nariz eran las mismas, como un pedacito de cielo estrellado que había decidido descender y llover sobre su rostro. Sus ojos inmensos de color miel, adornados por unas pestañas onduladas, lo miraban igual que antes, llenos de un amor inmenso que a veces sentía no merecer. Y, aun así, cuando pensaba saber tanto sobre ella, cuando parecía conocerla entera como a un mapa del Paraíso, todas sus líneas y trazos, la chica podía hacer cosas inesperadas que rompían con los esquemas; era todo un mundo por explorar.

Amelie seguía parada cerca del precipicio, se encontraba sobre unas rocas blancas, llenándose del perfume que la flora ofrecía por ese lugar, un tanto dulzón en esa época del año. Había unas cuantas flores de color púrpura que nacían bajo los troncos viejos y agrietados de los pinos, otras surgían de entre las rocas y, al abrirse, regalaban su aroma y belleza.

Bastian se encontraba a pocos metros de ella y no dejaba de mirarla mientras decenas de semillas blancas de los dientes de león se le enredaban en el cabello como copos de nieve en el invierno. Tenía miedo de que ella estuviera tan cerca del borde del acantilado, ese lugar tan especial donde le había contado quién era en verdad o, más bien dicho, donde ella lo había descubierto por fin.

El muchacho se levantó del suelo, caminó con lentitud esa poca distancia que los separaba mientras sacudía su pelo y, enredando sus brazos alrededor de la cintura de Amy, apoyó su mentón sobre el hombro de la muchacha para hablar cerca de su oído.

—Hola, precioso ángel de las alturas —bromeó Bastian usando una voz exagerada que parecía sacada de tiempos antiguos, como un caballero medieval o como ella creía que uno hubiera hablado. Al escucharlo, Amelie soltó una risilla—. Discúlpame si interrumpí tu momento de reflexión, pero me estaba aburriendo sentado solo allá atrás.

—No te preocupes, amor. No estaba pensando en nada, solo contemplaba el paisaje. Todo se ve tan hermoso desde aquí arriba —respondió ella, una sonrisa amable se pintó en sus labios—. ¿Recuerdas ese día? Estamos en el mismo lugar de aquella vez, cuando me dijiste que eras mi ángel guardián. ¡Qué nerviosa estaba! Tuve que sentarme porque me temblaban las piernas y casi me desmayo cuando

me lo confirmaste. Y luego flotaste en el aire haciendo espirales…

—Por supuesto que lo recuerdo, no eras la única que estaba nerviosa, ¿sabes? Era la primera vez que alguien veía mis alas —dijo él y le besó la mejilla con suavidad—. Alguien humano, quise decir.

—Sí, recuerdo tu cara, estabas sumamente confundido. No entendías lo que estaba pasando...

—Sentí lo mismo cuando te conocí.

—¿Cuando me viste en la cafetería? —cuestionó ella, descansando sus manos sobre las del muchacho, que se encontraban sobre su estómago.

—Mucho antes que eso. Me refiero al momento en el que te vi por primera vez. El día que me encomendaron cuidarte —respondió él y sonrió, recordando el momento. Había estado nervioso porque era nuevo en eso, ni siquiera sabía cómo debía proteger a un bebé, pero, apenas la vio, toda una sabiduría se despertó en su interior.

Amelie respiró de manera entrecortada ante aquellas palabras.

—¿Por qué nunca te pregunté sobre eso antes? ¿Tú estabas allí en el hospital cuando nací?

—Sí, eras una pequeña bebé calva y regordeta —bromeó el muchacho y comenzó a reírse.

—Y tú ya eras un viejo pervertido —replicó Amelie y sacó la lengua, aunque él no pudiera verla.

—Hablando en serio, siempre supe que serías especial y no me equivoqué —comentó, recordando el momento exacto en que la había conocido. Le parecía tan lejano ahora, pero no le fue difícil conjurar las imágenes de su pasado.

—¿En serio? Bueno, gracias por confiar en mí, entonces —dijo la chica, apretando con suavidad las manos de su novio—. Supongo que ahora viniste hasta aquí porque tienes miedo de que me caiga. ¿Todavía me sigues cuidando y cumpliendo aquella promesa?

Ambos miraron hacia abajo. En el fondo del acantilado se podía ver un lago de aguas blancas, que parecía una gran serpiente que se movía habilidosa entre las rocas. El ruido de las aguas rápidas que chocaban contra todo lo que encontraban les llegaba como un eco apagado hasta las alturas, como una canción vieja y olvidada. De tanto perderse en el movimiento del agua pronto le dio vértigo a ella y giró sobre sus pies para mirar al chico que la sostenía en sus brazos de manera segura.

—Lo admito, me descubriste. Tengo un poco de miedo de que te caigas. —Se rio—. Pero no te cuido como un ángel, te cuido como un novio ahora.

—El mejor novio del mundo. —Amelie sonrió y se humedeció los

labios. En ese instante se dio cuenta de que Bastian no podía dejar de verla, cada cosa que hacía le llamaba la atención y así había sido desde hacía días o décadas, teniendo en cuenta lo que le había contado. El muchacho se quedó por varios minutos con su mirada verde puesta en la chica, penetrando las capas de piel como si pudiera ver su interior, como si estuviera dándole un vistazo a su alma y a su corazón, que latía con fuerza. Ante su mirada tan intensa, ella tuvo que bajar la vista porque se había sonrojado un poco.

—Lo siento, todavía no me acostumbro a tenerte siempre tan cerca y tan mía. Solo hace una semana que Dios me dejó estar contigo y todavía me cuesta creerlo —explicó Bastian, levantando la cara de Amelie con su dedo índice para que ella lo mirara. Los grandes ojos redondos de su novia lo vieron de lleno, la luz tibia del sol iluminaba su rostro blanco.

—Está bien, es que me miras de esa manera tan profunda que me deja sin palabras y no sé qué hacer. —Las manos de Amelie volaron con gracia hasta las mejillas de Bastian y las yemas de sus dedos le acariciaron el rostro. El sol detrás de su cabeza formaba un halo de luz naranja, parecía la imagen de un santo, como la de las estampas religiosas que tenía su abuela en una caja de madera en Santa María, junto con los rosarios de cuentas grandes.

—O sea que mi mirada es profunda, ¿tengo otro tipo de mirada? —interrogó él un tanto curioso y divertido a la vez. Le encantaba escuchar las cosas que ella decía, a veces se le ocurría cada locura que le causaba tanta gracia y terminaba por reírse a carcajadas, como nunca antes lo había hecho. No existía nadie que lo pudiera hacer reír de esa manera y ese era otro sentimiento nuevo para él: el de expresar la felicidad a través de la risa y lanzarla al mundo.

—Sí, tienes muchos tipos de mirada. Pero hay una en especial que... —dijo ella lamiendo sus labios con delicadeza—. A veces me miras como un león, como si yo fuera una presa indefensa y quisieras comerme.

—¿Un león? Eso es raro, pero lo de comerte no es tan disparatado —bromeó él y le mordió el cuello con suavidad mientras rugía como un felino. Escuchó cómo ella se reía porque de seguro sus labios le hacían cosquillas y su aliento cálido sobre la piel le producía escalofríos.

—¡Bastian! ¿Ves? ¡Quieres comerme! —exclamó ella divertida y trató de apartarlo poniendo las manos sobre su pecho.

—Mucho más que comerte, pequeña. —Apretándola con fuerza contra su cuerpo, cerró todo espacio existente entre ellos y la besó en los labios, lleno de pasión y de ganas contenidas. Había querido

besarla así toda la tarde, tenerla solo para él. Le encantaba la suavidad de los labios de Amelie y su sabor dulce, la forma en que se movían y se amoldaban a los suyos, cuán cálido se volvía su cuerpo cuando la tocaba. Un mundo de sensaciones se había hecho presente en él en ese corto tiempo y le era difícil controlarse en ciertas situaciones.

—Bastian... —Amelie suspiró tratando de apartarse, pero el chico no le dio chance y su abrazo se volvió más fuerte, sus dedos le acariciaron la espalda por sobre la delicada tela del vestido.

—¿Sí? —preguntó él en medio del beso; entrelazando los dedos en el cabello rojo y ondulado de su novia, jugó con él.

—Necesito respirar. —Ella se rio y se apartaron por fin. Si hubiera sido por él, hubiera seguido besándola por horas.

—Lo sé. Ya que mis besos te dejan sin respiración, literalmente, y no quiero matar a mi novia con besos, deberíamos buscar otra actividad —bromeó él, esbozando esa sonrisa encantadora que ella amaba—. ¿Qué quieres hacer, Amy?

—Mmm... ¿Algo más que besos, tal vez? —preguntó ella, dándole una mirada pícara, y luego se rio.

—¿Estás segura de que quieres hacer eso? —interrogó él un tanto sorprendido, sus cejas un poco más levantadas que de costumbre. Sus facciones se volvieron rígidas al igual que sus músculos. No se había esperado aquel comentario.

En todo ese tiempo de conocerse, aunque solo había pasado una semana desde que Bastian por fin había podido amar a Amelie sin ataduras, nunca habían tenido intimidad. Y aunque muchos, incluidos sus amigos, ya darían ese hecho por sentado, ellos habían tenido otras cosas en qué pensar; cosas como no morir enfrentándose a un demonio o encontrar el valor para decirle a su jefe, que era Dios, nada más ni nada menos, que lo quería dejar todo por una humana.

—No era en serio, aunque esa sonrisa encantadora destruye todas mis defensas y tal vez... —bromeó Amy—. Pero… quiero hacerlo, aunque tengo miedo de arruinar las cosas. Supongo que tú antes de ser ángel tuviste experiencias. —Suspiró antes de seguir hablando—. Te voy a confesar algo vergonzoso, pero yo... nunca he estado con alguien antes y eso me pone un tanto nerviosa —acabó por decir a la vez que se sonrojaba. Él sabía que nunca había hablado de ese tema tan abiertamente, ni siquiera con Nadia. Fue por eso que supo que de verdad ella se sentía segura con él y apreció lo que le estaba confiando. El chico solo la miró a los ojos y sonrió con dulzura.

—Sí, tuve experiencias antes de ser un ángel. Pero fue hace tanto tiempo que ni siquiera recuerdo lo que se siente o cómo se hace, para ser honesto. —Se rio para reconfortarla—. Te va a sonar trillado

porque todos los chicos que quieren acostarse con su novia lo dicen siempre, pero realmente no quiero que hagas nada de lo que no estés segura todavía.

—Lo sé, pero, a diferencia de esos chicos, tú siempre has sido distinto. Contigo me siento segura y por eso te creo, aunque uses frases trilladas. —Recuperó la seriedad luego de dejar salir una carcajada—. Solo quería dejarte en claro que no puedes esperar mucho de mí en ese aspecto, no puedo convertirme en una diosa de la noche a la mañana.

Bastian se rio porque Amelie lo decía en serio y esa era una de las cosas que le gustaba acerca de ella: que podía decir algo gracioso usando un tono grave. Pudo notar que ese tema la tenía bastante preocupada y tal vez por eso había escapado a sus caricias los días anteriores. Había observado mucho a los humanos, había sido uno y la entendía. Había visto incluso hasta los propios amigos de alguien casi empujarlo a vivir esa experiencia porque ellos ya lo habían hecho. Y a pesar de que no siempre las cosas salían mal, había personas que se lamentaban de haber dado un paso tan importante con alguien a quien no conocían del todo y, al final, no era algo que quisieran recordar. Y, como era lógico, no pretendía que su novia estuviera en ese último grupo; deseaba que recordara aquello como algo hermoso.

—No es bueno hablar de diosas, porque hay un solo Dios, todos lo encontramos de una manera diferente, pero en verdad hay uno solo... —comenzó a decir el muchacho y se interrumpió, sacudiendo su cabeza—. Bien, eso es tema de charla para otro momento. Lo que quiero decirte, Amy, es que yo no espero nada de ti en ese sentido. No estoy contigo porque hace años no tengo intimidad, ni siquiera te das cuenta de ello siendo ángel si vamos al caso. No espero que seas una diosa, como tú dices, solo espero que seas tú, la Amelie divertida y hermosa que se pone nerviosa ante situaciones nuevas. Si los demás te presionan para que lo hagas, los mandas al demo... a otro lado. Pues yo, que soy tu novio, no te pienso presionar y déjame decirte que en ese tema solo nosotros dos tenemos derecho a opinar y decidir. ¿Entendido?

Amelie lo miró y sonrió aliviada, asintió con la cabeza y, abrazándolo fuerte, descansó su cabeza sobre el pecho del muchacho.

—Repito. ¡Eres el mejor novio del mundo!

—Gracias, nena. Ahora, yo repito ¿qué quieres hacer? —dijo él con una sonrisa gigante pintada en los labios.

—Hay algo que quiero hacer antes de volver a casa. Quiero pasar por el cementerio, no he visitado a mi familia desde el funeral y creo que es hora de volver a saludar.

—Tú sabes que las almas de tus familiares no están allí realmente, ¿verdad? Me hubiera gustado averiguar si estaban bien allá en el Paraíso, pero todo pasó tan rápido que ni siquiera pude volver a Mikah. Lo siento mucho.

—Está bien, no te preocupes ni te sientas mal por ello. Yo sé que no están en el cementerio, pero es uno de los lugares en donde los humanos encontramos la conexión con aquellos que ya no están entre nosotros.

***

Cuando abandonaron el acantilado, el auto comenzó a marchar por la ruta y Amelie observó lo que pasaba frente a sus ojos. El cielo se tiñó de ese color que adquiere cuando el sol se vuelve débil por las tardes, era un lienzo rosa con toques de dorado. Las luciérnagas encendieron y apagaron sus luces sobre la hierba y se posaron sobre los campos de dientes de león para iluminar los copos blancos como si fueran lámparas.

El cementerio quedaba de camino a Puerto Azul. En todo el trayecto, Amelie pensó que en un mes las clases habrían terminado y que luego se irían de viaje de egresados. La idea no la convencía demasiado, prefería quedarse con Bastian y no irse por ahí con todos sus compañeros de clase. No era que sus compañeros le desagradaran, su actitud había cambiado mucho en ese tiempo. Además, Nadia y Alexis estarían allí y eso era diversión asegurada. Ya pensaría qué hacer, aún no se lo había comentado a los chicos ni a Bastian. Él no iría al viaje porque sentía que no era lo apropiado, solo terminaría el año escolar porque en su nueva vida como humano necesitaba tener el secundario completo, al menos si quería ser alguien en el futuro. Con la desaparición de los problemas celestiales, habían llegado los mundanos.

Cuando el auto se detuvo frente a los grandes portones de hierro negro retorcido, Amelie suspiró hondo y decidió bajar. Se detuvo a contemplar la entrada. Había dos columnas a ambos lados del portón y, sobre ellas, dos vírgenes cubiertas por mantos blancos, con estrellas bajo sus pies, y una de ellas estaba pisando una víbora. Ambas se encontraban enfrentadas y se miraban la una a la otra con cabezas casi gachas y ojos piadosos, como los de las madres que sufren por sus hijos.

El sol se seguía poniendo lentamente, pintando el cielo de colores rojos, naranjas y azules, un panorama bastante bello en contraste con el lugar en el que se encontraban. Allí parecía haberse alojado la oscuridad del mundo.

Bastian la tomó de la mano una vez que hubo bajado del auto y notó la presencia de una anciana de cabellos blancos muy cerca de la entrada. Se encontraba detrás de una mesa llena de cajones de madera que tenían en su interior pequeñas macetas negras con flores de todos los colores imaginables.

—¿Quieres que compremos flores, Amy? —interrogó Bastian, caminando en dirección hacia la mujer, que pareció escucharlo por las palabras que salieron de su boca a continuación.

—Yo creo que les gustarán mucho. Llevo tiempo trabajando aquí y sé que a todos ellos les gustan las flores, les alegra un poco la eterna estadía. Aprecian mucho que sus familiares los recuerden y los visiten, aunque no sea muy seguido —dijo la anciana sonriente, inclinando su cabeza en dirección al cementerio. Su voz sonaba quebrada y cargada del cansancio que solo los años producían.

«Con *ellos* se refiere a los muertos», pensó Amelie, aún sin poder responder y sintiendo un escalofrío recorrer su espalda. Una sensación desagradable le embargó el cuerpo y el alma al escuchar a esa anciana hablar de tal manera, como si trajera a los muertos a la vida con sus palabras.

—Está bien, llevemos flores entonces —respondió la muchacha por fin y sonrió al ver un racimo que sobresalía en el centro de un cajón de madera—. A mamá le encantaban estas. Siempre había un jarrón lleno de violetas en cada sala de la casa, creo que por eso son mis favoritas también.

Y las imágenes que creyó perdidas en su mente aparecieron al instante, como un mar que se alejaba, pero volvía con fuerza a la costa en forma de olas para arrastrar todo a su paso. Los recuerdos estallaron en su cabeza y salpicaron todo. Aquellos desayunos familiares en la cocina se hicieron presentes. Martina, su padre y ella sentados alrededor de la mesa redonda de madera, mientras los primeros rayos del sol se colaban por las ventanas abiertas junto con el sonido de los autos cuyos dueños se iban a trabajar. Apareció su madre en el espejo de su memoria, siempre tan ocupada, pero poniendo tanto esmero en cada cosa que hacía. Su perfume surgió de la nada mezclado con el de tostadas y café, y se le metió por la nariz para tocarle el alma. Eso hizo que suspirara fuerte y se llevara una mano al pecho, donde latía su corazón.

Cuando Bastian hubo pagado por las violetas, se las dio a Amelie. Se acercaron hasta el pesado portón y, mientras él lo abría, Amy sintió que alguien la tomaba de la mano de manera gentil pero firme: era la anciana, que había aparecido allí de un momento a otro. Sus dedos eran largos al igual que sus uñas y la piel sobre su palma estaba llena

de arrugas. En uno de sus dedos llevaba un anillo ovalado, de piedra negra como el ónix y un engarzado de plata que simulaba garras que atrapaban la piedra preciosa.

—Gracias, querida —dijo la anciana, sus pequeños ojos negros eran profundos y misteriosos, pero a la vez tan familiares. Amelie se quedó perdida en ellos, tratando de descifrar aquella sensación de familiaridad, como si la conociera de alguna vida pasada.

—No, gracias a usted por animarme a comprar las flores. Son muy bonitas —le dedicó una sonrisa lo más amable que le fue posible producir. En realidad, la había asustado un poco, la había encontrado desprevenida y se sentía confundida.

—No, querida. No me refiero a eso... Ellos te agradecen por las flores tan hermosas que vas a llevarles.

Los vellos de los brazos de la chica se erizaron y se soltó de la mujer al instante para acercarse a Bastian. No había querido pasar por descortés o mal educada, pero ¿qué manera de asustarla era aquella? Resopló un tanto frustrada y sacudió la cabeza, se mostró bastante molesta cuando la anciana ya había girado sobre sus pies y regresado a su lugar.

—¿Qué te pasa? No resoplas a menudo, pero cuando lo haces es porque algo te molesta. Lo sé, dato *creepy* de tu exángel que no hacía más que observarte todos los días —comentó Bastian, empujando el portón que chirrió al abrirse—. No te preocupes, me cubría los ojos mientras estabas en la ducha.

—Tonto, no estoy de humor para bromas ahora. Esa mujer me puso los pelos de punta hablando de los muertos de esa manera. Como si supiera qué es lo que quieren, como si ellos sintieran que estamos aquí. *Eso* fue *creepy*. Aterrador, diría yo.

—No le hagas caso a la anciana, Amy. Se nota que ha trabajado mucho en este lugar, debe haber visto cosas en la noche y no creo que esté tan cuerda la pobre —bromeó Bastian y luego frunció el ceño una vez que ya estaban dentro del lugar. Había cientos de construcciones, mausoleos antiguos y bóvedas hermosas pegadas unas a otros como altos edificios, angostas calles se extendían entre ellos como si fuera una ciudad alejada de la vida donde todo sucedía en un tiempo diferente.

—¿Ha visto cosas en la noche? —preguntó Amelie con los ojos como platos—. Gracias por reconfortarme. ¿Qué te pasa a ti ahora? ¿Por qué esa cara de torturado?

—¿No puedes verlos? ¡Están por todos lados! —protestó el muchacho como si fuera un niño al que no le pasaban la pelota en un partido de fútbol y estuviera haciendo un berrinche.

—¡Bastian! Si estás tratando de asustarme, te recuerdo que soy muy buena dando rodillazos en la entrepierna —amenazó Amelie. Aproximándose a su novio, se aferró a su brazo tratando de no estropear las violetas. Estar cerca de él siempre la hacía sentir tranquila y protegida, pero la verdad era que las sombras estaban por todos lados y comenzó a mirar a cada rincón, tratando de entender a qué se refería el chico.

¿Qué había en la penumbra? ¿Qué cosas se escondían entre las sombras? ¿Espíritus? ¿Fantasmas de la gente muerta que rondaban las callejuelas de piedra del lugar?

—Me refiero a los ángeles, tontita. A las estatuas, mejor dicho. ¿A quién se le ocurre que son niños de rizos dorados, sobrealimentados y sin nada allá abajo? —explicó señalando a las estatuas de piedra que eran regordetas e imitaban niños con pequeñas alas en sus espaldas. De pronto, se llevó la mano a la parte baja de sus jeans y se apretó un poco entre las piernas para que ella entendiera a qué se refería.

Ante el último comentario y ese gesto, Amelie soltó una carcajada estridente y luego se cubrió la boca con la mano porque no quería pasar por irrespetuosa en ese lugar.

—Creo que te lo dije una vez cuando hablamos del cuadro de Clara. Es imposible que un ser humano los represente tal cual son si uno en un millón los puede ver. Todo es difícil de comprobar, incluso la parte de que no tienen nada allá abajo —comentó ella para molestarlo.

—Esa parte se puede arreglar fácil, ¿quieres ver? Nos olvidamos de todo lo que hablamos antes y lo solucionamos en este mismo instante —afirmó él, con el lado izquierdo de su labio curvado hacia arriba, formando una sonrisa pícara y tentadora.

—Hmm... Sé más respetuoso, Bastian. Ya casi eres todo un humano y no quiero que mi primera vez sea en un cementerio —dijo ella, pegándole en el hombro con su mano libre y los dos se rieron por lo bajo.

Caminaron entre las hileras de lápidas de todos los tamaños y colores. Amelie leyó los nombres y las fechas escarbadas en la piedra, algunas tumbas parecían tener más de cien años y la humedad y el musgo verde comenzaban a cubrirlas. El sol se seguía ocultando, ahora deprisa. Entonces, los faroles ubicados por todo el lugar comenzaron a encenderse, y lanzaron rayos de luz débil y amarilla que la oscuridad engullía sin problemas.

Pronto llegaron hasta una pequeña elevación en el terreno; tenía césped y un árbol de manzanas muy extraño se hallaba en la pequeña colina. La mitad estaba completamente viva, sus hojas se encontraban

verdes y ya había dado frutas. La otra parte, en cambio, estaba seca y sin vida, como si un relámpago lo hubiera alcanzado en una noche de tormenta. Bajo el tétrico árbol había cuatro tumbas. Allí descansaba su familia, en un silencio eterno y casi inquebrantable.

—Te dejaré un momento sola, estaré caminando cerca de aquí. No dudes en llamarme si te sientes mal —dijo Bastian con dulzura y le besó la cabeza.

Amelie asintió y le devolvió una sonrisa. Luego, lo vio alejarse y comenzó a colocar las flores que había comprado sobre la tierra. Se arrodilló en un espacio entre las dos tumbas del medio y suspiró antes de hablar.

—Lamento no haber venido antes, en verdad, no estoy convencida de que ustedes estén aquí o de que me escucharán, pero cuando los recuerdos comienzan a perderse en la mente, cuando sus caras se me van desdibujando, necesito encontrarlos en algún lugar y por eso vine a este lugar. Siempre te dicen que las personas que amamos y mueren se van al Cielo y nos cuidan desde allí. Se hace difícil creerlo porque no podemos verlas, tocarlas o sentirlas cerca. Pero aquel muchacho que anda caminando por el cementerio me dijo que las almas sí van al Cielo, él lo llama Paraíso. Así que, si en verdad están ahí y pueden ver cosas, habrán visto que desde el accidente no he tenido días fáciles, aunque traté de ser lo más fuerte posible. No entiendo la razón por la que suceden algunas cosas porque supongo que soy muy joven todavía. Entonces, traté de guardarme todo el dolor adentro, pero creo que debería permitirme llorar, gritar y golpear muebles cuando me suceden cosas feas, creo que es lo normal —soltó Amelie, sin creer que tenía tanto para decir. Se detuvo para respirar una bocanada de aire fresco que le llegó hasta los pulmones y le aclaró los pensamientos—. Dejando todo eso de lado, porque creo que ya me fui por las ramas, quiero que sepan que estoy bien, que Bastian me cuida como siempre lo ha hecho y que a pesar de que no lo demuestre a los demás, porque mi nueva familia es lo mejor que me podría haber pasado, los extraño mucho y nunca me voy a olvidar de ustedes. Tal vez algún día me vean llegar con el pelo blanco, los ojos cansados y arrugas en la cara. ¡Solo espero que me reconozcan! Los amo como siempre —dijo la muchacha sintiendo los ojos húmedos, pero notó que una sonrisa se había dibujado en sus labios y la paz se había instalado en su cuerpo por fin.

Se levantó del suelo, limpió sus rodillas con las manos y se alejó de la colina a paso lento entre el canto de los grillos y los destellos de las luciérnagas.

***

Bastian metió las manos en los bolsillos de sus *jeans* gastados y caminó entre las tumbas, pateando el suelo de manera descuidada y sin prestar mucha atención a los alrededores; no había nada allí que atrapara su interés de momento. Creía haberlo visto todo. El viento había comenzado a soplar y revolvía el polvo que se había instalado en el piso. Todas las luces del lugar se habían encendido porque el sol ya se había ocultado. El cielo se había cubierto de noche oscura y de estrellas titilantes como gemas.

Algo que vio sin querer volvió a llamar su atención. Detuvo su marcha frente a una estatua de piedra gris, una que no era como las otras que él tanto criticaba. Frente a sus ojos se erguía un ángel guerrero, su cuerpo era del tamaño de una persona promedio y sus ojos estaban puestos en el cielo. En la cabeza llevaba un casco que, si hubiera tenido colores, hubiera sido dorado, y a sus costados se desplegaban dos alas. Cargaba una gran espada, una muy parecida a la que Bastian había tenido una vez. El arma era tan enorme y su hoja tan ancha que nadie lo creería capaz de levantarla con sus pequeñas manos. Nadie sabía como él que los ángeles poseían una fuerza tremenda, él había sido guerrero una vez y había ganado una gran batalla. Las manos le ardieron por tomar aquella empuñadura y blandir la espada en el aire, pero ahora ya no era uno de ellos.

—No seas codicioso, Bastian. No puedes tenerlo todo —se dijo a sí mismo y volvió a patear el suelo. Allí había unas piedritas blancas que rodaron por la tierra y, golpeando algo, produjeron un sonido metálico. Los ojos del muchacho se dirigieron hacia el lugar de donde había provenido el ruido y se encontró con un gran mausoleo que parecía tener cientos de años. Pensó, al verlo, que la persona que había sido enterrada allí debía ser importante porque era enorme, tal vez algún héroe local.

Aquel edificio era el más imponente en la ciudad de los muertos. Tenía una puerta de metal negro, cerrada con grandes y gruesas cadenas. Unas enredaderas crecían por sus paredes y trepaban hasta alcanzar su techo en forma de cúpula. Sobre la puerta había una inscripción en latín que se encontraba ilegible por la corrosión de la humedad y el viento.

Impulsado por una extraña fuerza, se acercó con cautela, observando otro ángel guerrero sobre el techo de la estructura. Giró su cabeza para mirar por sobre su hombro y notó que la espada del ángel anterior señalaba a ese otro ángel. Pero este último era distinto, pues no miraba hacia el cielo, sino que miraba el piso. Unas manchas de color rojo oscuro nacían de las esquinas de sus ojos, como si estuviera llorando sangre.

El muchacho se acercó hasta la puerta de la bóveda, estiró su brazo y, justo cuando sus yemas rozaron las frías cadenas –que le produjeron una sutil vibración en la yema de los dedos–, alguien lo tomó por el brazo con fuerza y su corazón se detuvo. Nunca antes había sentido miedo, esa sensación de adrenalina que le recorría el cuerpo y la sangre que se precipitaba sin ritmo alguno.

—¡Bastian! ¿Ahora te dedicas a profanar tumbas? Vayámonos de aquí, se ha puesto oscuro y este lugar no me gusta para nada.

—Siendo honesto, a mí tampoco... —dijo él, notando que era Amelie quien había tomado su brazo. Su respiración se volvió regular, al igual que el latido de su corazón. Siguió mirando el mausoleo un poco más y luego tomó la mano de su novia para comenzar a caminar hasta el auto.

Una vez que estuvieron dentro del vehículo y este se encontraba en marcha, ambos se sintieron mejor. Cada uno con sus razones, habían sido un tanto movilizados por esa visita al cementerio.

—No puedo creer que ya sea noviembre, pero me alegro de que por fin voy a terminar quinto año —comentó Amelie sonriente, era algo que había estado sintiendo ese último tiempo—. Ni siquiera sé que voy a estudiar luego, tal vez fotografía, o Clara puede enseñarme pintura mientras me tomo un año para pensarlo.

Bastian la escuchaba con atención. Deseaba poder ayudarla a decidirse, pero le parecía mejor que ocupara un tiempo para elegir su profesión. Se dio cuenta de que él también debería empezar a preocuparse por ello. Antes solo tenía que pensar en proteger personas, no había tenido otro trabajo más que ser un ángel guardián. Ahora necesitaba dedicarse a algo que le diera para comer.

—Te voy a extrañar cuando te vayas de viaje de egresados, se me hará eterna la semana. Aunque a veces no me hayas visto porque estaba escondido entre las sombras, nunca te tuve lejos más de un día y ahora no puedo seguirte —dijo el muchacho, mirándola por un segundo, y luego volvió sus ojos a la ruta.

—¿Necesitas dinero para el viaje? Podría pedirle a Héctor un préstamo y luego devolvérselo. O puedo pagarte el viaje yo misma, así vendrías conmigo. Los demás te consideran un compañero más a pesar de que hace poco tiempo que te sumaste al grupo.

—Está bien, Amy. Tengo bastante dinero ahorrado, la Iglesia me ha pagado sumas moderadas cada mes desde hace muchos años para mantenerme como humano cuando era necesario vivir en su mundo. Podría haberlo gastado en el viaje, pero...

—Pero ¿qué? El Vaticano te cortó los viáticos… —se adelantó ella y se rio.

—No es eso… Lo gasté en una sorpresa para ti y para mí, para ambos… —Soltó la noticia y la muchacha pudo observar cómo la esquina de su labio se torcía en una sonrisa. Ya había logrado atrapar su atención.

—¿Qué es? Dime, Bastian, por favor —chilló Amelie muerta por la intriga—. ¿Qué sorpresa?

—Si te lo digo, no es una sorpresa, tontita —se burló él y soltó una carcajada.

—¿Y si te suplico con voz de niña? Algunos hombres encuentran eso muy sensual y creo que puedo llegar a ser muy persuasiva.

—¡¿Qué?! Yo me sentiría un pervertido. —Bastian no pudo contener otra carcajada—. Nada de voz de niña, pero, si me das muchos besos, te lo digo.

Amelie se acercó y comenzó a acariciar el cuello de su novio con labios húmedos y cálidos, una de sus manos apretó con suavidad el muslo de la pierna del muchacho. Él tuvo que concentrarse bastante para seguir manejando porque las sensaciones que recorrían su cuerpo eran tan nuevas pero atractivas que su instinto le decía que tenía que cerrar los ojos y disfrutarlo y, si hacía eso, se estrellarían contra el primer auto que transitara la ruta.

—Tus besos son muy convincentes, pero me harán perder el control y, en esta situación, eso no es nada bueno. ¿Estás segura de que nunca besaste a nadie antes? —bromeó él—. Y la sorpresa sigue siendo sorpresa.

—¡Bastian! ¿Estás seguro de que no eres un demonio? Me gustabas más cuando no podías mentirme o guardar secretos —se quejó ella y, volviendo a su lugar, se cruzó de brazos.

El auto se detuvo frente a su casa de color arena.

—No te haré esperar mucho, mañana por la mañana te buscaré y te llevaré hasta la sorpresa —anunció el muchacho. Puso el cabello de Amelie detrás de su oreja y le besó la mejilla con dulzura.

—Ahora me gustas más. —Ella rio—. Yo también te daré una sorpresa, tengo que consultarlo con la almohada, pero es algo que realmente quiero hacer.

—¿Es lo que estoy pensando y de lo que estuvimos hablando por la tarde? —preguntó Bastian y tragó fuerte.

—Tal vez... —bromeó, lanzando una risilla y sacudiendo su cabeza—. Mentira, y no es que no quiera que eso suceda, pero creo que se debería dar de forma natural, no me parece que haya que fijar un día y horario en el calendario para eso. Parecería un trabajo y eso sería horrible.

Los dos se rieron a la vez. Amelie estaba feliz, hacía unos días todo

había sido oscuro, había estado a punto de morir, de ser un demonio, luego un ángel, y ahora esos recuerdos parecían algo tan lejano que ni siquiera la afectaban.

—A veces me pregunto cómo se te ocurren esas cosas que dices. —Bastian sonrió y le acarició la mejilla con su dedo pulgar, sus otros dedos descansaban detrás del cuello de Amelie.

—Tengo una mente brillante... para decir tonterías. Desearía que pudieras quedarte conmigo esta noche.

—No puedo, no me gusta que tu familia me vea aquí todo el tiempo y piense cualquier cosa. No seré tu ángel ahora, pero siempre voy a cuidarte.

—Siempre serás mi ángel.

Bastian atrajo a Amelie hacia él y sus labios se encontraron, chocando con fuerza. Se fundieron en un beso apasionado que duró unos minutos.

—Si mi sorpresa o la idea de lo que se viene para nosotros dos no te asusta, no deberás preocuparte por dormir sola y yo no me preocuparé por lo que los demás puedan pensar. Pero lo sabrás mañana, preciosa.

—Está bien, no puedo esperar a saberlo. Si no logro dormir, será tu culpa y te lo haré saber.

Volvieron a reír y se despidieron. Amelie corrió hasta su habitación y se metió en la cama, sintiendo cómo la felicidad la envolvía como si nada pudiera herirla. Sin embargo, muy en el fondo de la mente, entre las sombras y en una oscuridad profunda, una voz le decía: «No nos olvidamos de ti, humana».

***

—Creo que les hemos dado bastante tregua, hemos sido permisivos y blandos, mis fieles seguidores —dijo un hombre de cabellos rubios y ondulados, que le acariciaban los hombros; parecían recortados de manera perfecta.

Se encontraba a la cabecera de una larga mesa de madera oscura y sentado en una silla de alto respaldo, muy anticuada y con acolchonado blanco. Sus comensales asintieron, pero no emitieron palabra alguna porque él no había pedido opinión ni consejo, sino que había asegurado algo con total convicción. Muy rara vez aquel ser pedía la palabra de sus súbditos.

—Es hora de reclamar lo que es nuestro por derecho y no dejar la muerte de Zaira en el olvido. Nosotros no nos olvidamos de los nuestros, no dejamos a un hijo caído en el pasado como cierto dios que conozco. Además, la oscuridad lo aprueba, ya ha dormido por

mucho tiempo.

Su tono denotaba burla y sarcasmo mientras sus ojos de color turquesa se posaban por un segundo en cada uno de los rostros de sus aliados, quienes bajaban la mirada hacia la mesa. Una sonrisa extraña se dibujó en sus labios mientras lo hacía, y su cabeza se torció hacia un costado con sutileza, como si estuviera pensando.

Con una mano de largos dedos sostenía una copa de vino tinto, tan rojo como sangre que se deslizaba por el suelo de noche, y con la otra golpeaba lentamente sus dedos sobre la madera de la mesa. Era el único sonido que interrumpía el silencio abrumador además del crepitar de las llamas de las velas que iluminaban la gran sala.

Aquel lugar contaba con varios candelabros que irradiaban una luz tenue, y las sombras de los objetos se movían de manera espeluznante. Destellos de luz producidos por las velas golpeaban la vajilla de oro y las copas de cristal que se extendían por toda la mesa, y desprendían brillos por doquier. Alrededor de su cabeza tenía una pequeña corona, como hojas de laurel hechas de la plata más fina y forjadas con el fuego más caliente.

La habitación donde se encontraban era enorme, llena de ventanales inmensos que estaban enmarcados por cortinas negras, aunque no se podía ver nada más que roca a través de los cristales. Por esas ventanas no ingresaba la luz; allí no había claridad alguna.

Aquel lugar se encontraba lejos y cerca a la vez, en nuestro mundo, pero escondido de la vista del hombre. Un mundo paralelo que los humanos conocían por nombre y al que varios irían a descansar eternamente.

—Aunque, siendo honesto, me gustaría jugar un poco como lo hace él. Si no, las cosas se vuelven tan aburridas aquí por los siglos de los siglos. Ya no recuerdo cuándo fue la última vez que nos divertimos a lo grande, la última vez que el terror del mundo fue nuestro... Pero tenemos que hacerle creer que es todopoderoso.

El hombre de cabellos rubios levantó el dedo índice de su mano libre y señaló hacia arriba; riendo, los demás demostraron que estaban vivos y que entendían a lo que se refería con ese gesto. Hablaba de Dios.

—Si Él puede decidir, hacer las reglas y romperlas a su antojo, nosotros también, y no creo que nuestro Jefe Supremo esté en contra de esta decisión. Las complicaciones que nos ha traído esa muchacha son imposibles de creer, alguien tan insignificante... Por eso he decidido que vamos a asustarla, a volverla loca, a torturarla y a quitarle lo que más quiere, como Dios lo ha hecho conmigo.

—Aaron, si me permites disentir, ¿no es esa muchacha...? —se

atrevió a preguntar un hombre de cabellos oscuros y barba negra. Los ojos de todos los presentes se dirigieron a él y eso lo puso nervioso porque sabía que se había equivocado al hablar.

—¿Disentir? ¡Por el Señor de las Tinieblas! Qué atrevimiento, mi querido. Esto es algo inaudito, no puedo creerlo.

Los rasgos de Aaron no se inmutaron en lo más mínimo, aunque sonaba consternado. Su mirada, en cambio, cargaba una oscuridad monstruosa, una ira inconmensurable.

Era difícil calcular su edad; su rostro de piel delicada era pálido y sus labios, rosados. Podía tener miles de años, pero lucía joven. Todo en él era perfecto, sus rasgos eran de una simetría imposible. No se podía decir que fuera del todo masculino, pero tampoco afeminado; era una rara mezcla de todo lo que podría tentar a alguien y hacerlo pecar. Eso era lo que sabía hacer y algunos decían que era aún mejor que el mismo Diablo.

La copa que tenía en su mano estalló en mil pedazos de solo pensar en lo que el otro hombre había estado a punto de decir. No era que nadie lo supiera por allí, pero era algo que no le gustaba recordar. El vino voló por el aire y manchó el rostro del hombre que se había atrevido a cuestionarlo.

—Lo siento, señor. Yo no quise...

—Silencio, Alan. Hazte un favor y deja de humillarte todavía más —dijo de manera cortante levantando una de sus manos, y luego sonrió el tipo de sonrisa que pretende ser amable, pero era falsa como la maldad que finge ser buena—. El día que necesite tu opinión, te lo haré saber. Y como tan hermosa velada ha sido arruinada, mejor se van todos de una vez. La próxima vez que estén comiendo esa basura cocinada en las llamas del foso como los demonios ordinarios, recuerden los manjares que se perdieron hoy por pronunciar palabras indeseadas.

El ruido de las sillas se dejó escuchar y todos se apresuraron a abandonar el lugar, preocupados. Sus capas negras y botas acariciaron los suelos de piedra lisa y brillante. Antes de que Alan atravesara la puerta, una bola de energía negra alcanzó su espalda y lo hizo estallar en miles de chispas naranjas que se esparcieron por la sala hasta desvanecerse por completo.

—Y creo que el día de escuchar tu opinión no llegará nunca, mi querido —agregó Aaron, y una risa tenebrosa que llegó a cada rincón del Inframundo hizo temblar el globo hasta su centro, aunque los humanos pensaron que solo había sido un temblor en algún país lejano.

2. Una pequeña llave dorada

Bastian no pudo dormir bien durante la noche y supuso que Amelie tampoco había podido hacerlo; siempre acababa del mismo modo cuando él preparaba una sorpresa para ella. Pero no solo eso ocupaba su mente, en el único instante en el que se había acercado a un sueño profundo y tranquilo, dos ángeles de piedra gris se presentaron ante él entre rayos de luz y música de violines y flautas.

El que tenía los ojos puestos en el cielo bajó su rostro y fue para Bastian como si pesadas rocas que caían por la ladera de una montaña hubieran hecho eco en sus oídos y lo miró a los ojos, señalando con su espada a un segundo ser luminoso gracias a la luz de la luna. Este se encontraba sobre el techo de un mausoleo.

El que estaba en las alturas con la cabeza gacha levantó sus ojos que lloraban sangre y con la espada le indicó una puerta. Su marco era de piedra blanca y tenía ornamentos a su alrededor, hermosos trazos delicados que representaban símbolos olvidados por el hombre y los dioses.

Bastian se acercó con cautela, hipnotizado por aquella puerta y sus marcas, que desprendían luz de un tenue azul, dispuesto a tomar las cadenas que la mantenían cerrada, y de repente el hierro negro se volvió rojo, cargado de un poderoso fuego, y le quemó las palmas. Gritó de dolor cuando las quemaduras le chamuscaron la piel y el vapor ascendió hacia los cielos.

—¡Dios! —gritó Bastian y abrió sus ojos de inmediato. Se sentó en la cama con la respiración acelerada y miró sus manos sanas. Aun así, el dolor que había sentido le hacía latir el corazón con prisa y le producía un leve cosquilleo sobre la piel, cubierta por una capa de

sudor. Quiso entender por qué aquello había sucedido, pero recordó que ahora era humano y esa había sido una pesadilla; había estado dormido en verdad, aunque no lo había sentido de ese modo—. Tendré que acostumbrarme a eso... otra vez.

Miró a su alrededor, tratando de encontrar sin éxito a los dos ángeles de piedra. Su habitación se veía gris gracias al débil brillo de la luna, que se colaba por los cristales de la pequeña ventana.

Le fue imposible dormir de nuevo. Se encontró dando vueltas en la cama todo el tiempo, quitando las sábanas y volviéndose a cubrir con ellas para luego patearlas al suelo otra vez. Tenía frío un momento y calor al siguiente, así que se quitó la camiseta y la arrojó lejos. Cerraba los ojos y se obligaba a hundirse en un sueño profundo, pero no lo conseguía. Cuánto más trataba, más su mente le decía que perdería la partida, por lo que acabó pensando en la sorpresa que tenía para su novia y eso solo contribuyó a aumentar su nerviosismo, porque no sabía si ella aceptaría. No era un simple regalo que iba a hacerle, aquello tenía mucho de propuesta. Lo había pensado lo suficiente durante esa semana en que las cosas habían tomado un cauce.

A menudo se preguntaba qué haría ella cuando viera su obsequio. Pudo imaginar un sinfín de reacciones, aunque no esperaba que ninguna de ellas se volviera realidad; Amy era impredecible y cambiaba con cada segundo. También pensó en lo que ella había dicho, que tenía una sorpresa para él. ¿Qué sería? Debía reconocer que eso lo intrigaba y le parecía justo a partes iguales: él también estaba jugando a ser misterioso.

Había necesitado de la ayuda de Alexis para trabajar en su regalo. A pesar del poco tiempo del que había dispuesto, el trabajo fue arduo, intenso y estuvo muy agradecido con su nuevo amigo por haber colaborado con él. Cuando ambos se quedaron mirando lo que habían restaurado juntos, habían sonreído con orgullo. Gracias a esa labor compartida, Bastian había dado con una oferta de trabajo que no había sido capaz de rechazar. Alexis había estado viendo su necesidad y su empeño, y él esperaba que también su gratitud

El padre Tomás, quien en ese momento debía estar roncando en su cama, le había cuestionado su decisión y varias veces le había preguntado si estaba seguro de que quería dar un paso como ese. Había sugerido que tal vez debería esperar y experimentar la vida como humano por otro tiempo, incluso había mencionado algo sobre conocer a personas nuevas. Bastian se había ofendido sobremanera, más bien, se había molestado porque amaba a Amelie de una forma que solo él sabía. No había hecho semejante sacrificio para luego

abandonarla y «conocer personas nuevas». Tomás le había pedido disculpas por la insinuación que había hecho y había vuelto a su taza de café humeante, mientras el vapor empañaba los cristales de sus anteojos.

El sacerdote se había quedado con la boca abierta cuando el muchacho le había contado quién había sido hasta hacía unos días atrás, y no era que el cura no sospechara que Bastian era diferente, pero que él mismo le contara que había sido un ángel había ido más allá de todas sus suposiciones. Tal vez por eso se notaba un tanto distante con el chico. No podía entender cómo alguien podía dejar de trabajar para Dios, habiéndolo conocido de manera tan cercana. Ese detalle también había sido uno de los que había sumado puntos a la decisión de Bastian. La relación con Tomás ya no era la misma, el espacio reducido en su habitación y las manchas de humedad del techo ya no eran de su agrado. Su corazón humano sentía todo tipo de cosas y sus ojos se detenían en detalles que antes no hubiera considerado importantes.

Con tantas cosas en la cabeza y convencido de que no podría dormirse si se obligaba a hacerlo, se levantó de la cama y, vistiendo solo sus pantalones de algodón blanco para dormir, caminó descalzo hasta la catedral. Las enormes hojas de madera tallada de la puerta lateral lo saludaron con un leve chirrido al abrirse. La puerta que conectaba el gran edificio con la casa de Tomás estaba siempre sin llave, una pequeña galería conectaba ambos lugares.

Cuando estuvo dentro recorrió el largo pasillo mirando las sombras que se movían sobre los cuadros y estatuas gracias al suave danzar de las pequeñas llamas de las velas que las ancianas del barrio no dejaban apagar, ya que las encendían cada tarde si por alguna razón se extinguían. Un ligero temblor le recordó que el piso estaba frío bajo la planta de sus pies y su único resguardo fue cruzar ambos brazos sobre su pecho en un intento de aliviarse

Subió la vieja escalera en espiral que se encontraba a un lado del altar y se dirigió a una de las elevadas torres. Como cada vez que se encontraba en las alturas, el viento comenzó a jugar con su cabello. Parecía una estatua plateada bajo el brillo de la luna, que era dueña del cielo esa noche. Le faltaba el casco y la espada para parecerse a uno de los ángeles guerreros que había visto en el cementerio.

Recordó todas esas oportunidades en las que había visto a Amelie dormir desde aquella torre cuando él todavía era su guardián. Ahora solo alcanzaba a ver un poco de luz en esa habitación que estaría ocupada por otra persona. ¿Quién dormiría en su cama? De pronto quiso dar pasos largos, tomar impulso y correr para saltar del techo y

volar hasta el lugar y sacarse la duda, pero de sobra sabía que eso ya no era posible.

Le había parecido extraño el hecho de perder su poder tan de repente. Toda su fuerza había abandonado su cuerpo con demasiada rapidez, se había transformado en ondas de energía dorada y había regresado al Paraíso por orden de Dios.

En esos escasos días como humano se había tenido que acostumbrar a muchas cosas. Tuvo que adaptarse a los horarios de las comidas, a la explosión de los sabores en su lengua otra vez. El rugido y el vacío en el estómago eran buenos recordatorios de que tenía que alimentarse como hacían los demás. También debía recordarse que una o dos veces al día tenía que visitar la ducha y usar perfume, entre tantas otras actividades que poco a poco se iban convirtiendo en su rutina. Pero una de las cosas que más le costaba, definitivamente, era dormir.

Una noche se había quedado en la cama de Amelie y ella le había acariciado el cabello y cantado una canción hasta que el sueño acabó con él. La voz de Amelie le parecía la más dulce del mundo, le daba paz y calma, y le decía que existía la posibilidad de un mundo en el que nada saliera mal.

Pero, en cierto modo, le molestaba ser como un bebé que tenía que aprender a hacer todo de nuevo. Aun así, cuando veía que ella le sonreía o lo esperaba en la puerta de su casa cuando la buscaba antes de algún paseo, dejaba los planteos de lado; se esfumaban tan rápido como habían llegado.

Era cierto que extrañaba la capacidad de volar, de sentir el viento fresco en el rostro y poder ver el mundo sin ser visto. Había pasado la mayor parte de su existencia siendo ángel y le tomaría tiempo acostumbrarse a ser un humano ordinario.

Cuando regresó a su habitación, abrió la pequeña ventana que daba a un jardín trasero porque hacía calor en su cuarto. El aire nocturno perfumado por las flores inundó el espacio de inmediato. Se paró frente al espejo y observó su cuerpo con detalle, aún era fuerte y sus músculos seguían allí, tan firmes como antes.

«Bueno, recién pasó una semana. Mi cuerpo no va a cambiar tan pronto», pensó sacudiendo su cabeza, y decidió que debería entrenar con Alexis. Su cuerpo no se mantendría en forma por sí solo como tenía acostumbrado.

Caminó hasta la ventana como había hecho hacía escasos segundos, respiró el aire fresco una vez más y se acostó en la cama. Pensó en las cosas que Amelie hacía para que él se durmiera. La manera en que sus dedos se entrelazaban en su cabello casi jugando,

la forma en que sus manos se amoldaban a su pecho y estómago en esas caricias nocturnas… Todo aquello le producía una sensación relajante, también saber que ella estaba a su lado lo ponía tranquilo y por eso se dormía con facilidad, pero, ahora que Amelie no estaba allí, solo tenía el recuerdo de sus últimas noches con ella, y poco a poco se fue quedando dormido.

***

La mañana siguiente, cuando el sol ya estaba pintando de claridad el cielo en lo alto, el celular de Amelie vibró y sonó con una estridente canción de *rock* sobre la mesa de luz. Eso la despertó al instante y tomó el dispositivo para leer el mensaje que había llegado. Era de Bastian.

> «Te paso a buscar en un rato. Prepara algo para comer así desayunamos juntos. Te amo. B».

Amelie se apresuró y, sentándose en la cama, comenzó a pasar sus manos por su rostro, frotándose los ojos para despertarse. Hacía unos días le había regalado a Bastian un celular porque él no había tenido uno antes y, cuando había sido humano, los teléfonos móviles todavía no existían. Cuando se detenía a pensar en ello le parecía de lo más extraño que su novio hubiera pertenecido a otra época, pero le encantaba cada detalle que él tenía para con ella, cada aspecto de ese chico, incluso la forma en que firmaba sus mensajes de texto con la inicial de su nombre.

«Pero ¿qué se supone que debo preparar? ¿Sería como una salida romántica?», se preguntó ella mientras elegía con cuidado su ropa, por alguna razón, quería estar linda para él. Se decidió por un vestido de verano, que más bien era una camisa larga estampada de color verde con un escote en V que revelaba bastante piel de su pecho. Debajo se puso unos pequeños shorts blancos, porque tampoco era tan arriesgada como para ir solo con ropa interior bajo el vestido –este apenas cubría sus muslos– y completó el atuendo con unas sandalias romanas de verano.

Cuando estaba en el baño, la puerta se abrió de repente y el susto hizo que el cepillo de dientes se le cayera de las manos.

—¡Buen día, Amy! ¿Te sorprendí? —dijo Nadia en voz alta y sonriente. Aun con el pelo revuelto y con cara de recién levantada, esa chica lucía bien.

—Buen día, tonta. Casi me matas del susto. Recuérdame cerrar la

puerta con llave —respondió Amelie y luego escupió la pasta dental que tenía en la boca y se enjuagó con agua—. Podrías haberme encontrado en una situación no muy agradable.

—No sigas, que no quiero imágenes mentales que me marquen de por vida. Lo tendré en cuenta la próxima vez que quiera hacerme la graciosa —la detuvo Nadia y levantó sus manos a modo de derrota—. Cambiando de tema, ¿qué haces vestida así tan temprano? Me encanta lo que te pusiste, por cierto —agregó la chica rubia, tomando el lugar de Amelie para comenzar a arreglarse frente al espejo.

—Gracias, amiga. Bastian ha estado hablando de una sorpresa desde ayer y me dijo que prepare comida para desayunar, que viene a buscarme en un rato. ¿Sabes algo de lo que trama? —preguntó Amy, recostándose contra la pared de cerámica mientras arreglaba su pelo ondulado sobre sus hombros—. Tú y Alexis se han convertido en sus cómplices y le guardan los secretos todo el tiempo. No es justo, fueron mis amigos primero.

—¿En serio crees eso? La verdad es que no sé nada y, si lo supiera, tampoco te lo diría. No le voy a arruinar la sorpresa al vampiro. —Una sonrisa burlona se dibujó en los labios de Nadia y la otra chica pudo verla reflejada a través del espejo.

—Espera un segundo... ¿Vampiro? ¿Por qué lo llamas así? ¿Me perdí de algo? —quiso saber Amy, cruzando los brazos sobre su pecho.

—Le llamo así porque parece que solo te visita por las noches, por poco y lo metes por la ventana al pobre. Amelie, todos sabemos que es tu novio, o sea que nadie va a pensar mal si se queda a dormir en tu cuarto o se ponen a hacer... cositas —bromeó Nadia, peinándose de manera despreocupada, y Amelie se sonrojó un poco.

—Primero, no lo llames vampiro. Esas criaturas me parecen tétricas y ahora dudo que... —Casi termina la frase, iba a decir «que, si los ángeles y demonios existen, puede ser que los vampiros también», pero por suerte se interrumpió y continuó hablando—. Y segundo, todavía no hemos hecho... cositas. —Imitó la voz de su amiga y terminó por reírse. Nadia no dio respuesta alguna, pero la tomó de la mano y la llevó hasta su habitación. Amelie la miró confundida; solo unos pasos bastaron para que se encontraran en la pieza de su amiga.

—¿Ahora qué? —preguntó y Nadia caminó hasta la mesa de luz para tomar algo del cajón, debía ser pequeño porque pudo esconderlo con habilidad detrás de su espalda.

—Perdón por llamarlo vampiro, pero no te hagas la tonta, que te encantaba Edward Cullen, te morías por él —le recordó Nadia y se rio a carcajadas. Amelie solo puso los ojos en blanco y suspiró hondo. No había leído una novela juvenil en años y ya lo extrañaba—. Tengo un

regalo para ti, ya que estamos en día de sorpresas —agregó la rubia con una sonrisa pícara en sus labios y puso un pequeño objeto en la mano de Amelie. Este era un sobre de plástico, cuadrado y plateado, con una circunferencia que se marcaba desde dentro.

—¿Tu regalo es un condón, Nadia? ¡No lo puedo creer! Esto es de lo más incómodo —exclamó Amelie con las cejas alzadas por la sorpresa.

—¡Bien! Reconoces lo que es. Por suerte. El mundo no está perdido —comentó Nadia y aplaudió tres veces con sus manos.

—Tonta, puedo no tener tu experiencia, pero no soy ignorante. Sé lo que es un condón, pero de todas maneras...

—Deja la vergüenza de lado, esto no te hace una chica mala o fácil. Esto va mucho más allá de eso. Tienes que cuidarte, ¿sabes? O, más bien, hacerle ver a Bastian que tiene que ser responsable también. Bueno, nos enseñaron en la escuela, pero como la amiga experta me veo en mi derecho de darte un condón. No vaya a ser que me hagas tía, soy muy joven para eso. Aunque podría ser una de esas tías sensuales.

—Eres increíble, no sé de dónde sacas tantas ideas —dijo Amelie mirando el sobre, que guardó en un pequeño bolsillo trasero de sus *shorts*, y pensó que Bastian sostenía lo mismo acerca de ella cuando decía tonterías. Ahora sabía de dónde las obtenía—. Hablando en serio, gracias, amiga experta. La verdad es que no había pensado en eso y estos días ha habido ocasiones en las que casi pasa... eso... Tú me entiendes.

—Y era obvio que iba a pasar. Bueno, nosotras nos cuidamos con pastillas y yo sé que tomas las tuyas religiosamente, pero siempre algo puede salir mal. Entiendo y no te preocupes, supongo que Alexis le regaló una caja entera a Bastian —comentó Nadia y las dos se rieron —. Entre ustedes hay tanta tensión que no quisiera ser esa cama cuando llegue el momento.

—¡Dios mío! Eres terrible —exclamó Amelie y le arrojó un almohadón que había sobre la cama antes de bajar a la cocina; no quería demorarse.

—Gracias por el halago.

Mientras su amiga desayunaba y la observaba moverse por la cocina, Amelie puso cosas en una canasta: algunas frutas, sándwiches de jamón y queso, un termo con café y dos tazas de porcelana blanca.

—¿Crees que te pedirá que te cases con él? —soltó Nadia mientras mordía una tostada con mermelada de frutilla. Amy casi deja caer las cosas que tenía en la mano—. Si lo hace, yo quiero ser la madrina y voy a elegir el vestido de novia más hermoso del mundo para ti.

Confía en mí.

—¿Por qué me sorprende lo que estás preguntando? —dijo Amy ante su propia reacción—. Siendo honesta, esa fue una de mis teorías, pero por la forma en la que ha hablado de la sorpresa no creo que sea eso. Creo que tiene que ver con algo material.

—Cierto. Además, conociendo a Bastian, ya te hubiese pedido matrimonio hace mucho —comentó Nadia sonriendo justo cuando la bocina de un auto se escuchaba fuera de la casa.

Amelie besó la mejilla de su amiga y salió del lugar apresurada. Puso la canasta en el asiento trasero del vehículo y luego se sentó junto a su novio.

—Buen día, amor. ¿Lista para la sorpresa? He estado pensando cual será tu reacción, pero contigo nunca se sabe —bromeó el muchacho. Depositó en sus labios un beso fugaz y luego comenzó a conducir. Se había puesto una de esas camisetas negras que a Amelie tanto le gustaban, se le pegaban al cuerpo y muchas chicas en la calle se lo quedaban mirando como bobas. Sin embargo, ella no se ponía celosa, sino que adoptaba la actitud de «mírenlo todo lo que quieran, total, es mío».

—Todavía la estoy pensado, no sé si lloraré como una Miss Universo y me abanicaré con la mano, o me quedaré paralizada como una tonta. Mis apuestas van por la segunda opción. —Amelie rio y eso contagió a Bastian—. También depende de la sorpresa. Estuve haciendo deducciones... Es un objeto y está lejos de mi casa, eso es seguro.

—Muy buena deducción, has acertado en los detalles, pero todavía no sabes lo que es.

—Gracias por torturarme de esa manera.

—De nada y, hablando de sorpresas, dijiste que tú también tenías algo para decirme. ¿Se puede saber qué es?

—Debería hacerte lo mismo que tú me haces a mí, pero te lo diré. Estuve pensándolo mucho y no quiero ir al viaje de egresados con los demás. Me quiero quedar contigo esa semana y no me vas a hacer cambiar de opinión.

—¿En serio? —preguntó él con una sonrisa radiante en los labios —. No iba a impedírtelo de todos modos, me parece una idea genial porque necesitaré ayuda, ya que Alexis no estará en la ciudad.

—¿Mi ayuda? ¿En qué te estaba ayudando él?

—Cuando veas la sorpresa lo sabrás.

Amelie resopló por lo bajo, la espera la estaba matando. Las ventanas del auto estaban abiertas y dejó que el viento le despeinara el cabello que antes tanto se había propuesto arreglar. Al mirar el

paisaje, la forma en la que los árboles se transformaban en otros y luego desaparecían, notó que habían llegado a Playa Calma y pronto el auto se detuvo en un estacionamiento junto a la ruta. Ambos salieron del vehículo y Bastian tomó la canasta, que estaba un poco pesada con todo lo que su novia había cargado en ella. Con su mano libre agarró la de la muchacha y caminaron a paso lento sobre los granos de arena que parecían diminutos cristales.

Ella miró todo a su alrededor, ¿estaría allí la sorpresa? ¿Sería un paseo en bote? Pronto se dio cuenta de que caminaba sobre césped de un intenso verde y luego por un sendero de piedra gris y de inmediato aquello se hizo presente frente a sus ojos.

—Bastian... ¿Esto es una broma? ¡No puede ser! ¿Esta es la sorpresa? —interrogó ella, apretando la mano del chico con fuerza. Bastian se rio y se la quedó mirando. Bien podía resultar que él la llevara a pasar un día allí porque no podía ser...

—Tuviste reacción de dibujos animados, ojos como platos y boca abierta —bromeó y tomó un objeto de metal que tenía en el bolsillo de sus *jeans* y lo puso en la mano de la chica: una llave dorada—. Bienvenida a tu nueva casa, a nuestro hogar. ¿Aceptaría usted vivir conmigo, Amelie Roger?

Amelie saltó sobre él y enredó sus brazos alrededor de su cuello, llena de felicidad. La canasta cayó sobre las piedritas, pero quedó intacta. Bastian hizo que ella enredara sus piernas en su cintura y besándola subió algunos escalones de madera, la llevó hasta el porche de la casa. La dejó en el suelo con cuidado y esperó su respuesta, que ya podía imaginar.

—¡Por supuesto que quiero vivir contigo! Es la mejor sorpresa que me podrías haber dado. Ayer había estado pensado en el tema de la intimidad, de tener más privacidad para nosotros —exclamó ella y luego besó los labios de su novio otra vez.

—Ahora me siento aliviado, no sabía si aceptarías. Yo tampoco podía aguantar más la situación de vivir con el padre Tomás. El hecho de no poder invitarte a mi casa me molestaba. ¿Quieres darle un vistazo a nuestra casita? —interrogó él, el orgullo emanaba de sus ojos y sus palabras.

—Sí, ahora mismo.

La casa era pequeña y estaba hecha de madera, tenía dos grandes ventanas al frente y una puerta marrón en el medio. No era lujosa, pero era linda en su simpleza. Desde los cristales se podía ver el mar con sus olas espumosas y Amelie creyó que sería maravilloso apreciar los amaneceres y atardeceres desde la ventana de su cuarto, el que compartiría con Bastian. Muy cerca de allí había un muelle con botes

amarrados a él, que se movían con el vaivén del mar azul.

Al ingresar a la casa se encontró con una sala de estar, los muebles aún no estaban en su sitio y entendió que a eso se refería Bastian cuando había dicho que necesitaría su ayuda. Había una chimenea hecha de piedra gris en una de las paredes laterales y un cuadro con una mariposa azul sobre ella. Ante ese detalle, la muchacha no pudo hacer otra cosa más que sonreír. Luego había una cocina comedor, con espacio para colocar una pequeña mesa y sus sillas. Tenía una puerta de vidrio corrediza que daba hacia un jardín con reposeras. A la izquierda de allí había un pasillo con tres ventanas verticales de forma rectangular, que dejaban ingresar la claridad del día. Había dos puertas en la pared opuesta, la primera daba a un baño luminoso que tenía una claraboya en el techo y la última puerta, al final del pasillo, conducía a una espaciosa habitación donde lo único que había de momento era una gran cama cubierta por sábanas de color negro. La tela brillaba y parecía sedosa como todo lo que era nuevo y no se había usado todavía.

Amelie se quedó allí, parada al pie de la cama, asimilando todo, devorando cada rincón, cada objeto con sus ojos. Bastian se acercó por detrás y, poniendo sus manos en la cintura de la chica de manera casi imperceptible, habló cerca de su oído con voz ronca y atrayente.

—¿Te gustó mi sorpresa, preciosa? —interrogó él, que no parecía tan interesado en la respuesta, sino en estar cerca de ella.

—Me encanta... La casa es hermosa y es genial que esté cerca del mar. La idea de vivir contigo es excitante.

—Tú eres excitante y estás hermosa hoy.

Pegándose a ella, el muchacho cerró todo el espacio entre sus cuerpos, cada uno de sus músculos rozaban a la chica, quien se percató de ello al instante, de aquella proximidad tan peligrosa.

De pronto, sus labios húmedos acariciaron la piel perfumada de Amelie, dedicándole los besos más suaves. Ella torció un poco su cabeza y cerró los ojos para sentir más de los cálidos labios de su novio en el cuello, de la manera que la quemaban y a la vez la hacían sentir bella. Bastian movió su cabello rojo hacia un costado y le mordió la piel con suavidad, mientras sus grandes manos se instalaban en el vientre bajo de la muchacha. Él ya había hecho eso una vez y ella casi se había sentido explotar.

Sus ojos se cerraron y su cabeza se fue hacia atrás para reposar en Bastian. Con una mano él quitó la tela que cubría sus hombros y sus labios viajaron por su piel descubierta mientras sus manos fuertes ahora le apretaban la cadera.

En un momento ella pensó en detenerlo, como había hecho otras

veces. Solo habían estado hablando de ese tema el día anterior. Pero ¿por qué hacerlo ahora? ¿Por qué detenerse si ambos estaban felices? Decidió que no iba a ponerse a pensar en ello, solo se dejaría llevar. Tampoco era que pudiera pensar con claridad en ese momento. El fuego nacía en su interior y se esparcía bajo su piel en oleadas de calor.

Con lentitud, la chica giró sobre sus pies y besó a Bastian en los labios, su mano se deslizó bajo la camiseta del muchacho y al instante pudo sentir la tensión de sus músculos bajo la yema de sus dedos y cómo su cuerpo se volvía caliente ante su toque.

Él la recostó sobre la cama con el mayor de los cuidados y se puso a su lado. Sus manos jugaron de manera lenta a lo largo de sus piernas desnudas, aquello hizo que escalofríos recorrieran el cuerpo de Amy. Bastian volvió a besarle el cuello y Amelie se estremeció cuando sintió la lengua del chico contra su piel; su mano entre las piernas la hacía sentir viva y con ganas de más. Un leve gemido escapó de sus labios y se perdió en el aire mientras la mano de Bastian se movía sobre ella, arqueó su espalda y echó la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos para disfrutar de aquella nueva sensación.

De a poco el chico le quitó el vestido y ella respiró hondo, estaba bastante nerviosa; aunque no opusiera resistencia, el corazón le latía con fuerza contra el pecho y la cabeza le daba vueltas. Era esa anticipación, la seguridad de saber que pasaría por fin.

—¿Estás segura, Amy? —preguntó él con dulzura.

Los labios de Bastian bajaron rozando la piel de Amelie. Primero se posaron en el centro de su pecho, donde su corazón latía con fuerza, y pudo sentirlo bajo sus labios. Siguió su camino hacia abajo, tomándose todo el tiempo del mundo para sentir el calor de la sangre que corría bajo su piel y luego, deteniéndose en su estómago, levantó sus ojos para mirarla.

—Completamente segura, eres demasiado convincente. —Los dos sonrieron y con un poco de dificultad ella tomó el sobre plateado que tenía en el bolsillo de sus pantalones cortos y se lo arrojó a su novio—. Regalo de Nadia.

Bastian lo atrapó y sonrió señalando una caja de condones sobre la mesa de luz, que la chica no había visto antes.

—Regalo de Alexis. ¿Quiénes estaban más ansiosos? ¿Ellos o nosotros? —dijo Bastian entre risas y de manera delicada desnudó a Amelie por completo. Su ropa interior cayó sobre el suelo de madera y él solo se limitó a observarla como hipnotizado.

—Eres enteramente hermosa, Amelie.

Ella se sintió más confiada y se sentó en el borde de la cama con

rapidez, con Bastian entre sus piernas. Él se quitó la camiseta y la arrojó lejos, mientras ella lo ayudaba con los *jeans* y los *boxers* negros. Bastian dejó que lo observara por completo, que conociera su cuerpo con sus dedos todo el tiempo que quisiera. Los labios de Amelie se posaron sobre su estómago y trazaron las líneas marcadas hasta subir a su pecho; electricidad lo recorría de pies a cabeza.

Cuando estuvo listo, Bastian se puso sobre ella y las manos de Amy recorrieron la piel del chico, los dos lo hicieron de cierta manera que parecía como si estuvieran tratando de explorarse como si nunca se hubieran conocido.

Al principio Amy sintió un leve dolor cuando Bastian presionó su cuerpo contra ella, pero lo hizo de manera cuidadosa, amándola en cada segundo. Y a medida que se sintieron cómodos, sus cuerpos comenzaron a moverse juntos y en sincronía, aprendiendo el movimiento de a poco. Sus labios se chocaron con fuerza y sus dedos se entrelazaron por sobre la cabeza de ella.

Amelie pudo sentir los quejidos de Bastian en su oído, cómo sus músculos se tensaban cada vez que movía la cadera, cada embestida que la hacía vibrar llena de placer.

La muchacha enredó sus piernas en la cintura del chico, no porque supiera lo que estaba haciendo, sino porque su instinto se lo decía, se estaba dejando llevar. Estaba amando a Bastian con cada parte de ella, con su alma y su cuerpo. Los movimientos cobraron intensidad y rapidez; habían esperado ese momento por mucho tiempo. La timidez y los nervios se habían perdido y, escuchando las olas romper contra las rocas en la lejanía, los dos se devoraron, se envolvieron de besos húmedos y caricias, y el aire se llenó de jadeos desesperados.

Bastian sintió cómo por un momento su mente no pensó en nada, como si no estuviera en este mundo ni en el otro que conocía porque estaba disfrutando del placer más extremo mientras las uñas de Amelie se clavaban en su espalda. Luego de aquella sensación tan placentera, su cabeza cayó sobre el hombro de su novia y ella le besó el cabello mientras sus labios se posaban en el cuello de la muchacha.

—Te amo, preciosa. ¿Cómo te sientes? —preguntó él un tanto agitado y trazó los labios de ella con su dedo pulgar mientras la miraba a los ojos. No apartaron la vista ni un segundo, se perdieron en esas miradas felices y llenas de brillo.

—Más viva de lo que nunca me he sentido en todos estos años —respondió ella y, envolviendo el dedo de Bastian con sus labios rosados, los besos continuaron hasta quedar exhaustos.

***

Amelie despertó luego de unas horas, pues se habían quedado dormidos después de las fogosas caricias. El sol seguía en el cielo, debía ser cerca del mediodía cuando abrió los ojos y notó que Bastian estaba detrás de ella, con un brazo alrededor de su cintura y completamente dormido. Su pecho se movía con lentitud, se inflaba con aire y volvía a su lugar. Podía sentirlo caliente contra su espalda. Con cuidado giró sobre su cuerpo para verlo dormir como nunca antes lo había hecho, parecía tan tranquilo y relajado. Ella le movió un poco el cabello que estaba pegado a su frente y recordó aquella vez en que Nadia le quitaba salsa de tomate de la boca a Alexis. Se había preguntado si ella sería así alguna vez, si estaría presente en esos detalles, ahora comprobaba que sí.

En silencio y envuelta en la sábana negra, recogió su ropa del suelo y se dirigió al baño para ducharse. El agua caliente aún no funcionaba, así que no le quedó otra opción más que ser valiente y bañarse con agua fría. Esta era cálida de todas maneras y, mientras el agua mojaba su cuerpo y el jabón producía espuma, recordó lo que había pasado horas atrás y una sonrisa enorme se dibujó en sus labios. Cuando estuvo lista, encontró por suerte una toalla y se secó frente a un gran espejo en el que podía apreciar todo su cuerpo. Enredó la toalla alrededor de ella y la ajustó sobre su pecho. Al mirar su reflejo en el cristal, notó pequeñas marcas en su cuello y casi de inmediato la imagen de la boca de Bastian se le vino a la cabeza.

«Tendré que disimular eso de alguna manera», pensó y, sin razón alguna, sus ojos miraron su pierna izquierda. Una leve sombra había aparecido, algo incluso más leve que un moretón. También recordó cómo sus piernas se habían enredado en la cintura de Bastian y dedujo que tal vez sus manos la habían tomado con fuerza en algún momento. Encogió sus hombros y no le dio más importancia.

Cuando volvió a la habitación, su novio se encontraba sobre la cama, con sus *boxers* puestos otra vez y las manos bajo su cabeza, y la miraba con una sonrisa enorme en los labios.

—*Okay*... ¿A qué viene ese gesto de hombre triunfador? —bromeó Amelie y luego sacudió su cabeza—. Ya sé a lo que se debe.

—A que te amo, hermosa —dijo él con una nueva expresión que le iluminaba toda la cara.

—Yo también te amo, *stalker* —acotó ella y se sentó en el borde de la cama junto a Bastian. No supo qué más decir en ese momento.

—Eso fue genial, ¿sabes? No había sentido algo así en mi vida. Creo que ya sé lo que tenemos que hacer para que me duerma con facilidad —dijo él con un brillo nuevo en los ojos—. Fue tan intenso.

—Ya lo creo, mira lo que me hiciste —comentó ella sonriente,

movió su pelo mojado y le mostró el cuello—. Mi hombre apasionado, es una buena opción para tu insomnio.

—Lo siento, no pude contenerme. ¿Recuerdas cómo te molestaba Nadia porque tú todavía no habías hecho nada? Cómo las personas se obsesionan con eso. Ahora tienes pruebas para darle, así se queda tranquila. —Bastian rio y se sentó para poder besar a Amelie en los labios.

—Darle pruebas a la gente no es lo que me interesa, amor. Ahora, ve a ducharte, así podemos comer algo. Luego, tenemos que volver a casa y comunicar a mi familia sobre esta decisión de vivir juntos. Espero que salga bien.

Bastian salió de la cama de un salto, pero habló antes de atravesar la puerta de la habitación para encerrarse en el baño.

—¿Quieres ducharte conmigo? —preguntó con voz seductora y una mirada llena de encanto, lo que habría hecho que cualquier otra chica no lo dudara dos veces.

—Tu propuesta es una gran tentación, galán, pero, por si no te has dado cuenta, ya me he bañado, y en serio tenemos que volver a mi casa.

—Está bien... —se quejó él de forma infantil y le hizo pucheros antes de perderse detrás de la puerta. Amelie pensó que era tierno y que, si no fuera porque había cosas importantes que hacer, ya estaría pegada a él en la ducha y repitiendo lo que habían hecho horas atrás.

—¡Eso es jugar sucio, Bastian! Ya me voy a cobrar esto.

Cuando estuvo vestida, Amelie corrió hacia al exterior de la casa para recoger la canasta con comida, que había quedado olvidada en el sendero de piedras blancas. Antes de tomarla, miró el cielo azul, cerró los ojos y disfrutó del sol tibio, que le acariciaba el rostro, y de la brisa marina, que la envolvía en un abrazo fresco.

Una figura extraña cubierta en niebla oscura la observaba desde lejos, a ella y a la pequeña casa de madera, ambas cosas tan frágiles ante sus ojos redondos y sin pupila. Eran un mar oscuro que por ahora se encontraba tan calmo como podía. Aquel que la contemplaba muy pocas veces salía del Inframundo, pero cuando lo hacía era porque de verdad estaba molesto. Sus ojos celestes de ángel puro se volvían negros en el exterior, como recordándole que Dios lo había desterrado y hasta en la mirada debía llevar la marca.

—Que comience la diversión —dijo y sus labios se torcieron en una horrenda sonrisa. En unos segundos había desaparecido en una explosión de humo negro y decenas de cuervos graznaron volando en círculos sobre el mar.

Amelie abrió los ojos alertada por el ruido y vio la bandada de

pájaros que trazaba movimientos en el manto azul, y por alguna razón un escalofrío le recorrió el cuerpo. Se apresuró a volver al interior de la casa al escuchar que Bastian la llamaba. Cerrando la puerta detrás de ella con fuerza, dejó que la oscuridad se quedara fuera y no le quitara su luz.

3. Una flor morada

Esa misma noche, luego de abandonar Playa Calma por un rato, Amelie y Bastian se unieron a una cena en la casa de Clara y Héctor Herman. Nadia le había enviado un mensaje de texto más temprano en el que le decía que su madre quería reunirse con toda la familia. Cuando Amelie le contó a su novio acerca de ese mensaje de su amiga, ambos pensaron que no podía haber llegado en mejor momento. Ahora tenían una excusa perfecta para hacer el comunicado frente a todos. Con cena o sin ella, lo hubieran hecho de todas maneras.

La noche llegó tormentosa. Cuando las horas habían comenzado a correr, las nubes negras habían escalado el cielo y cubierto el sol que antes le había entibiado el rostro a Amelie. Las ventanas de la casa de color arena estaban todas abiertas, las cortinas blancas flotaban con la brisa fresca que ingresaba.

Esa tarde Clara había dado vueltas por la casa programando una cena familiar y se había esmerado en la cocina. La larga mesada de mármol y la barra para desayunar estaban repletas de utensilios y alimentos. Había cocinado cordero asado con salsa agridulce, papas doradas al horno, y habían comprado unos cuantos kilos de helado de frutilla y chocolate para el postre. Para antes del plato principal había preparado unas empanadas de carne salada, para que la familia compartiera y charlara hasta que la carne estuviera cocida. Un aroma delicioso que invitaba a despertar el apetito se esparcía por la casa y se mezclaba con el olor de los naranjos que perfumaban el amplio jardín trasero de los Herman.

Todos se encontraban alrededor de la larga mesa de manteles blancos bordados con hilo plateado. Los bordes tenían motivos florales

que los dedos de Amelie trazaron con dedicación, una flor grande de cinco pétalos, otra pequeña y luego una grande otra vez. La luz de la araña de cristal que pendía del techo se reflejaba en la vajilla de plata y en las copas de cristal que muy pocas veces se usaban, pues no tenían demasiadas ocasiones para preparar una linda velada. Y una vez que Clara había podido reunirlos a todos, le pareció que era lo correcto. Hacía mucho que no preparaba una mesa para una cena, pero no había perdido el toque. Todo se veía esplendido y estaba coronado por un hermoso centro de mesa: una pequeña canasta de mimbre que contenía flores y frutas en miniatura, pintadas por ella y que descansaban en una cama de hojas secas. Clara llevaba puesto un vestido negro que se ajustaba a su cuerpo y unos tacones altos del mismo color, se había arreglado el cabello y maquillado su rostro.

Amelie deseaba con el alma que sus noticias no los disgustaran luego de todo el trabajo que se habían tomado en preparar la velada, sobre todo Clara, quien era la autora de aquello. Esperaba que lo que tenía para contarles no terminara en una indigestión para sus padres. No solo iba a decirles acerca de su decisión de no ir al viaje de egresados, sino que también les diría que abandonaría la casa para irse a vivir con Bastian a unos pocos kilómetros de Puerto Azul.

Una vez que los platos se quedaron vacíos y que el helado de chocolate y frutilla se hubo terminado, fue hora de hablar en serio. No había necesidad de prolongar el momento un minuto más.

—Hay algo que tengo que comunicarles... —Amelie tomó aire y miró a su familia—. He decidido no ir al viaje de egresados. No me odies, Nadia, pero ya está decidido y además... Bastian y yo vamos a vivir juntos. Hoy por la mañana conocí la casa y es hermosa, se encuentra junto al mar en Playa Calma.

Cuando la bomba fue arrojada e hizo explosión sobre la mesa, las reacciones no se hicieron esperar. Alexis sonreía de manera cómplice con el chico de cabellos oscuros y Nadia lo miraba con los ojos entrecerrados, molesta porque le habían ocultado un secreto importante. Amelie la conocía de sobra y podía reconocerlo en su mirada. Ahora sabía cuál era la sorpresa, pero la noticia de que su amiga no compartiría el viaje de egresados con ella no le agradó para nada. Aun así, tuvo que aceptarla porque la conocía de sobra y sabía que nada la haría cambiar de opinión, menos si se trataba de irse a vivir con su novio.

Los que se quedaron inmóviles fueron sus nuevos padres, que no sabían muy bien qué decir, las manos apoyadas a ambos lados de los platos vacíos sobre la mesa.

—Entenderé si la idea no les gusta, los respeto y les agradezco todo

lo que han hecho por ella. Estoy seguro de que me ven como el ladrón y no los culpo por ello. Yo no estuve presente en ciertos momentos que fueron duros para Amy, fueron ustedes los que estuvieron allí cuando necesitaba un abrazo o un hombro sobre el cual llorar —dijo Bastian mirando a Clara y Héctor a los ojos, su tono era educado y amable. Hablaba de manera pausada y con propiedad—. Entiendo que sientan que esto puede fracasar porque somos jóvenes, pero me encargaré de que eso no sea así, ni siquiera está en mi mente ese posible resultado. Pero, de llegar a serlo, seré el primero en admitir culpas y devolverles a Amy. Yo amo a su hija y realmente creo que es tiempo de que los dos vivamos juntos. He comenzado a trabajar en el taller de Alexis ahora que su padre está enfermo y tenemos mucho trabajo. Comida no nos faltará y Amelie tiene su dinero también, que siempre ha gastado de manera razonable.

Los dos jóvenes se tomaron de la mano bajo la mesa ante las miradas de todos en la sala. Amelie observó a Bastian, el orgullo mismo emanaba de ella ante aquel breve discurso. Le había encantado la manera en la que había hablado. Había sido sincero en cuanto a sus proyectos y no les había pintado un mundo de fantasía.

—Y así como alguna vez les pedí que me dejaran ir a Venezuela porque lo necesitaba, esta vez les vuelvo a pedir que me dejen hacer esto. Lo bueno es que en esta ocasión me quedo en el país —dijo sonriente para aliviar la tensión—. También quiero que entiendan que en días tendré la mayoría de edad y simplemente podría armar mis bolsos e irme de la casa. Pero esa nunca fue la manera de manejarnos entre nosotros y no me quiero ir de aquí en malos términos. Necesito su aprobación, su bendición. Ustedes son la única familia que me queda. Esto no significa que nunca me verán otra vez, nada que ver con eso porque la casa está bastante cerca de la ciudad y los quiero ver allí seguido.

—Amelie… ¿estás embarazada?

La pregunta de Héctor tomó a todos por sorpresa. Nadia miró a su padre como si no pudiera creerlo y los ojos de Clara se posaron en la muchacha de cabellos rojos, esperando su respuesta. Ella solo se limitó a abrir la boca sin saber qué decir, las palabras se le quedaron atascadas en la garganta. La había tomado por sorpresa, aquello ni siquiera había pasado por su mente, aunque por lo visto sí se había cruzado por la cabeza de Héctor.

—Papá Bastian —tosió Alexis y comenzó a reírse. El otro muchacho le propició una patada certera por debajo de la mesa y sonrió de manera burlona.

—No creo que esa sea la razón, ni siquiera deberían considerarla

—dijo Nadia, sacudiendo la cabeza y recordando la charla que había tenido con su amiga por la mañana.

Amy la fulminó con la mirada y luego se dispuso a hablar.

—Como bien dice Nadia, esa no es la razón y, si lo fuera, no se los ocultaría. ¿Por qué todo el mundo piensa que cuando quieres casarte joven o convivir con tu pareja es porque estás embarazada? —exclamó Amy, un tanto molesta—. Nada que ver, Héctor. Lamento si destruyo las esperanzas de alguien. Me voy a adelantar a lo siguiente porque ya veo cómo viene la mano, tampoco esperen que nos casemos pronto. Somos jóvenes y si hacemos esto es porque realmente creemos que tenemos que hacerlo, necesitamos nuestra privacidad.

—Amelie es lo único que yo tengo, lo más cercano que conozco a una familia es un sacerdote que me dio alojamiento en su casa. Amy es mi única familia ahora y me gustaría compartir todo mi tiempo con ella —comentó Bastian mirando al plato, y su novia le apretó la mano, tratando de transmitirle su calor para reconfortarlo. Se hizo un instante de silencio, esas palabras y la manera en las que habían sido pronunciadas golpearon el corazón de todos.

Los demás pensaban que Bastian había sido abandonado al nacer en una iglesia de un pequeño pueblo llamado Las Colinas. Ese lugar quedaba muy lejos de Puerto Azul y cerca de las montañas. También sabían que nunca nadie lo había reclamado como familiar. El sacerdote de esa ciudad lo había enviado con el padre Tomás cuando se hizo adolescente. Al menos, esa era la historia que Bastian le había contado a Alexis una tarde de trabajo en el taller, y el muchacho rubio se había encargado de repartirla entre los demás. La verdad no era muy diferente de lo que les había contado, solo la había modificado un poco a su favor.

—Perdón, solo teníamos que hacer la pregunta y estar seguros. Si hubieras dicho que estabas embarazada, no habría nada de malo. Siempre estaremos para lo que necesiten —comentó Clara sonriente. Sus facciones se habían relajado y la dulzura le había vuelto al rostro. La cosa iba mejorando y el ambiente había dejado de ser tenso.

—¿O sea que cuento con el apoyo de la familia? —preguntó Amelie, mirándolos a todos.

—Por mí ya lo tienen. Ojalá Alexis y yo pudiéramos vivir juntos —dijo Nadia con una sonrisa de oreja a oreja—. Bien guardado se lo tenían los tres. Ya no se puede confiar en nadie. ¿Dónde quedaron aquellos tiempos de la Triple Alianza? —agregó sacudiendo su cabeza y los chicos se rieron, pero Clara y Héctor no entendieron muy bien a qué se refería su hija.

—Sigo siendo el intruso —comentó Bastian, fingiendo estar

ofendido, y Nadia puso los ojos en blanco. Siempre decía que el novio de Amelie no sabía mentir.

—Cuentas con todo nuestro apoyo, como siempre. Pero algún día serán padres y se acordarán de nuestras preguntas y reacciones. Ya llegará ese día, aunque espero que no sea tan pronto —bromeó Héctor y todos comenzaron a reír.

Al final, no fue tan malo como Amelie había pensado. Si ellos habían reaccionado así al principio había sido porque la querían demasiado. No tenía recuerdo alguno en el que ellos le hubieran prohibido algo que sentía que tenía que hacer, siempre la habían apoyado en todo y así seguirían siendo las cosas, porque así eran las familias que se querían.

***

Durante la primera semana de diciembre no pudieron poner la casa de la playa en orden porque estaban todavía en clases, era la última antes de terminar el colegio y los cuatro amigos ya sabían que habían aprobado todas las materias, lo que les daba tranquilidad. Les habían dado todo el viernes libre a los alumnos de quinto para que terminaran de aprontar sus equipajes, ya que partirían el sábado a su viaje de egresados. Ese año las clases terminaron antes para ellos, de otro modo, teniendo en cuenta el viaje, no estarían de vuelta para festejar Navidad y Año Nuevo con sus familias.

Amelie y Bastian habían decidido dedicarse a su casa para dejar todo en orden. Justo el día en que ella se instalaría definitivamente en su nueva morada, ese mismo viernes por la noche, pensaron en preparar una cena para despedir a Nadia y Alexis, y también para celebrar el hecho de irse a vivir juntos. Amelie no creía ser tan buena anfitriona como Clara, pero haría su mejor intento con la comida.

El sol naranja cayó sobre el mar y, cuando sus rayos se fueron apagando y tiñendo el cielo de colores hermosos, las luces de la casita de madera se encendieron para que la oscuridad no la devorara y la enterrara en la arena.

Bastian se encontraba sin camiseta esa tarde, muerto de calor y haciendo fuerza mientras movía muebles de lugar, las venas y los músculos de su cuerpo hinchados por el esfuerzo. Ese estaba resultando ser un diciembre en extremo caluroso, húmedo y lluvioso.

Amelie estaba concentrada en la cocina y la puerta que daba hacia el patio se encontraba abierta de par en par. La brisa fresca que provenía de la playa y se colaba por las puertas y ventanas hacía flotar su vestido azul con diminutos lunares blancos. Sus pies descalzos se movían al ritmo de una canción que pasaban en la radio. Podía ver los

cerezos en el jardín trasero y cada tanto, cuando el viento soplaba con fuerza, los pequeños pétalos rosados que se desprendían de esos bellos árboles y acariciaban la madera de la casa.

—¿Cómo va la ensalada, amor? —preguntó Bastian, poniendo una mesa redonda en la cocina. La había arrastrado desde el patio hacia el interior de la casa.

—Más que bien porque es la parte fácil. La carne ya está en el horno. ¿Tienes hambre? Has trabajado muchísimo, Bastian —respondió ella, que había decidido cocinar carne asada y preparar una ensalada muy colorida, llena de verduras y condimentos. Otra cosa no se le había ocurrido y tampoco se creía capaz de lograr algo más elaborado—. Deberías descansar un poco, hay jugo de naranja fresco en el refrigerador.

Bastian la observó con detenimiento como quien aprecia una obra de arte en una galería. Amelie se había ajustado el cabello en un rodete sobre la cabeza con un lápiz que había encontrado entre las cajas de mudanza, pero algunos mechones de pelo caían sobre la parte trasera de su cuello. Se quedó viendo la manera en que su cuerpo se movía con la música lenta mientras cocinaba y eso lo hizo sonreír como un idiota.

—¿Te quedaste mudo? —preguntó ella, mirándolo por sobre su hombro, y le lanzó un beso al aire, deseando que volara hasta él y se posara en sus labios.

—Sabes que te amo, ¿no? Te ves tan hermosa mientras bailas lento y cocinas para nuestros amigos. Nunca hubiera pensado que todo esto me esperaba —respondió él y se acercó a su novia por detrás. Enredando los brazos en su cintura, se movió a su ritmo.

—No sé si en este momento dices tantas cosas lindas de verdad o es porque estoy cocinando carne asada y huele bien —bromeó ella y terminó la ensalada. Giró sobre sus pies para mirarlo—. Sé que me amas y yo te amo también, al cielo y de vuelta. Te dije que tenías que dejarlo todo, que ibas a ganar cosas buenas. Y la mejor de todas esas cosas soy yo. —Guiñó su ojo y soltó una risilla, mezcla de alegría e inocencia.

Bastian la levantó del suelo y la sentó sobre la mesada de la cocina. Puso sus manos en los muslos de Amelie y abrió sus piernas mientras la miraba a los ojos para ponerse entre ellas. Sus dedos, que ahora estaban ásperos por el trabajo que había hecho, le recorrieron las piernas y se metieron bajo el vestido de manera sigilosa. Era imposible que esas manos no la quemaran, que la sangre no le hirviera bajo la piel y el corazón no le latiera enloquecido. Le pasaba cada vez que él la tocaba, ya fuera en plena luz del día o en la profunda oscuridad de

la noche.

—Creo que tienes una obsesión con mis piernas, Bas. ¿Crees que son sensuales? —dijo ella, poniendo sus brazos alrededor del cuello del muchacho.

—Por supuesto, son sensuales y hermosas. Sería un idiota si no me diera cuenta de ello. ¿Bas? Prefiero que me llamen Chico Ardiente en realidad —bromeó él y de pronto su sonrisa desapareció de sus labios.

—¿Qué pasa, amor? ¿No te gustó el apodo? —preguntó Amelie de manera inocente, la expresión casi preocupada en el rostro del muchacho era evidente.

—No es eso, el apodo está bien. ¿Te golpeaste la pierna?

—No que yo recuerde, tú has hecho todo el trabajo pesado. ¿Por qué lo preguntas? —cuestionó Amelie, intrigada ante aquella apreciación.

—Tienes un pequeño moretón aquí y está azul, casi poniéndose violeta —respondió Bastian, acariciándolo con su dedo y mirándolo con detenimiento.

—Ah… con que era eso. Lo vi por la mañana cuando me estaba bañando, apareció justo cuando aparecieron estas otras marquitas en mi cuello. ¿Recuerdas lo que pasó ayer? ¿Y lo que sucedió antes de ayer? ¿Y el día anterior? —Ella sonrió con picardía. Se había acostumbrado a que los encuentros íntimos con Bastian fueran intensos, por lo tanto, también se había acostumbrado al moretón en la pierna y la marca de los labios de su novio en el cuello. Recordó que en algún momento había enredado sus piernas alrededor de su cintura como era su costumbre y de seguro él la había apretado con fuerza.

—Lo siento, debo haber sido yo… No quise hacerte daño. No había notado todo esto antes. —Acarició la mejilla de Amelie con suavidad, su expresión no era triste, pero se lo notaba preocupado—. Debo ser más cuidadoso y tú tienes que decirme si te estoy lastimando, no puedes acostumbrarte a tener marcas en tu cuerpo, preciosa. Van a pensar que te trato mal y no es bueno.

—Bastian… —dijo Amelie en un suspiro. El ángel guardián que había sido le nacía por momentos—. No me has hecho daño en ningún sentido. ¿Por qué te pones así de frustrado? Hacer el amor contigo es lo más divertido, liberador, excitante y sensual que he hecho en mi vida. ¿Crees que me preocupa un moretón?

—Amy, que haya dejado de ser tu ángel guardián no significa que esa manera en la que sentía por ti se haya esfumado con mis alas. No me gusta la idea de que puedo hacerte daño.

—Te entiendo, pero no debes preocuparte. Ya se irá y ¿sabes algo?

Ahora que ya no eres un ángel tendrás tus propios cortes o moretones. Si te lastimas, no se van a curar rápido, así que tienes que tener cuidado —dijo ella y le besó los labios con dulzura—. No me digas que ahora te he creado un trauma y no vamos a hacerlo nunca más.

—¿Qué? Tampoco soy un fanático religioso, Amelie. —Se rio y comenzó a deslizar sus labios por el cuello de la muchacha—. Tu piel sabe a comida recién horneada, a mar y perfume de los cerezos.

—¿Te gusta? —susurró ella y percibió cómo sus manos subían habilidosas bajo la falda de su vestido para detenerse en ese lugar entre sus piernas. Su respiración se volvió entrecortada y cerró los ojos por un momento. Nunca iba a dejar de sentirse tan bien cuando él la tocaba de esa manera.

—Genial, ya lo dejaste en claro. Pero ahora no podemos... Nadia y Alexis deben estar... —El timbre la interrumpió—. Por llegar.

—Salvada por la campana —dijo Bastian con una sonrisa pícara en sus labios y besó la nariz de Amelie para luego alejarse a colocar las sillas alrededor de la mesa. Sabía que esa noche la tendría para él y no podía esperar. Luego la vería dormir en sus brazos, como todas las noches que iban a llegar de ahora en más.

Cuando sus amigos estuvieron dentro de la casa, Nadia miró a su alrededor con los ojos bien abiertos. Siempre ante lo nuevo tenía esa mirada de querer conocerlo todo, como un niño en una juguetería.

—¡Ay, chicos! La casa es hermosa y los colores tan cálidos. El ambiente es tan acogedor. Me encanta, los felicito de corazón —exclamó la rubia, observando el cuadro de la mariposa azul sobre la chimenea.

—Gracias, aún no terminamos de darle los toques finales y faltan varios muebles, pero creo que está bastante bien. —Bastian sonrió y los invitó a pasar al pequeño comedor.

—Hay algo que huele demasiado bien en este lugar. ¡No me digas que Amelie te cocina! —se burló Alexis.

—Por decir eso, solo comerás una nutritiva ensalada... ¡Despídete de la carne asada, Al! —dijo Amelie, golpeando el hombro de su amigo con el puño a modo de juego.

—Mal no le vendría, Amy —comentó Nadia ya sentada a la mesa, mirando a Bastian que estaba de pie cerca de la puerta trasera—. Mira a tu amigo, Al. Tiene *el* cuerpazo, puro músculo y fibra, por eso puede andar sin camiseta exhibiéndose por la casa.

Bastian se sonrojó, era la primera vez que Amelie notaba ese color rosado en sus mejillas. Observó cómo poco a poco se iba poniendo rojo y Bastian se volvía cada vez más humano. El chico encontró su camiseta en el respaldo de una silla y se cubrió el torso.

—No seas mala, Nadia. Alexis no se queda atrás, eso de levantar cosas pesadas en el taller le da buenos resultados. Además, creo que estos dos entrenan juntos o algo así. Yo prefiero quedarme en el sofá a comer cosas ricas —comentó Amelie y le sonrió a su hermano.

—Bueno, si sabía que esta cena se trataría de hablar de los cuerpos de los novios ajenos, me hubiera quedado viendo una mala película de Hollywood en casa —replicó Al, sentándose al lado de su novia. Bastian tomó asiento también, mientras Amelie ponía la comida en la mesa y la servía con cuidado en los platos blancos.

—¡Qué sensible mi Ali! Te amo, novio hermoso —dijo Nadia y le besó la mejilla.

—Ustedes son tal para cual... —dijo Bastian mirando a las chicas —. Tienen cierta obsesión con los sobrenombres.

—Ni que lo digas, hermano. —Alexis se sumó, mientras comenzaba a cortar un trozo de carne—. Ya aburren con eso. ¿Cómo te llamó a ti?

—Bas... Ahora soy Bas... Estoy tratando de acostumbrarme a que no suene como el nombre de un perro.

—Es mejor que Ali —dijo Alexis sonriente, apuntando a Bastian con el tenedor, que ya tenía un trozo de carne asada en él.

La noche transcurrió entre bromas y risas que solo la verdadera amistad podía provocar. Las estrellas se hicieron presentes en el cielo, como diminutos diamantes a años luz de distancia que quisieron ser parte de tan linda velada. ¿Cuántas de ellas habrían muerto para ese momento? ¿Cuándo notarían los humanos su desaparición del firmamento nocturno? Los amigos hablaron del viaje de egresados, acerca de lo entusiasmados que estaban y lo mucho que les hubiera gustado que Amelie y Bastian los acompañaran.

Cuando hacía rato se había terminado la comida, que todos dijeron que estaba deliciosa para ser el primer intento de Amy, esta se levantó para buscar el helado.

—¡Ouch! —se quejó, cayendo al suelo de rodillas y en su cara se dibujó una mueca de dolor. El golpe en esa parte del cuerpo corrió como electricidad por sus huesos—. ¡Maldito calambre! Duele como los mil demonios.

Los demás ya estaban de pie, pero el primero que llegó hasta ella con la velocidad de un rayo fue Bastian, quien la tomó por la cintura y la ayudó a levantarse.

—Nena... ¿estás segura de que es solo un calambre? —interrogó Nadia, un tanto preocupada—. Han estado trabajando tanto en la casa hoy, bueno, toda la semana.

—Si, hoy tuve otro más temprano. Y es Bastian quien hace el trabajo pesado, pero a mí me dan los calambres. ¡Es el colmo! —

bromeó ella, tratando de que el lindo clima que se había creado no se viera afectado por preocupaciones sin sentido.

Bastian le miró las piernas, el moretón estaba un poco más oscuro y casi volviéndose negro, pero eso no tenía nada que ver con un simple calambre, no había conexión entre ellos. Él la ayudó a sentarse y sirvió el helado para todos.

En un momento de silencio, Nadia pudo observar el jardín trasero, donde flotaban los pétalos rosados de los cerezos, y las estrellas que adornaban el cielo. El sonido constante de las olas en el mar era mágico. La brisa fresca que ingresaba por la puerta abierta era tan pura. Nadia pensó que a su madre le encantaría pintar ese lugar, congelarlo eternamente. Hubiera sido una buena opción, porque sintió en su corazón que de eso debía tratarse la felicidad. Ese momento estaba lleno de buenos deseos, no había que buscarlo ni esperar. No se oía el ruido de televisores molestos, solo un poco de música en la radio. Nadie miraba el celular porque estaban entretenidos con las anécdotas e historias del año anterior. Aquello debía ser la alegría misma y había que saborearla como el helado de limón que estaban comiendo en ese momento porque, como un helado, a veces la felicidad no duraba para siempre.

—La verdad, chicos, es un lugar hermoso y la cena ha estado genial. Los felicito y espero que sean muy felices en esta casa. Disculpen que nos vayamos temprano, pero mañana partimos también —dijo Nadia y abrazó a su amiga con fuerza.

—Nena, qué dulce. Espero de corazón que tú y Al tengan un viaje de egresados espectacular. Quiero ver muchas fotos cuando vuelvan. Y me traen un regalo, ¿eh?

—Se lo pediste a la adicta a tomar fotos de cualquier cosa —bromeó Alexis y luego se palmearon la espalda con Bastian—. Prometo recordar que quieres un regalo.

***

Cuando Nadia y Alexis se marcharon entre abrazos y besos de despedida, Amelie se dirigió a la habitación caminando con un poco de dificultad. Bastian se metió en la cama usando solo sus *boxers* negros. Observó a su chica quitarse la ropa y ponerse una camiseta grande para dormir. Esta tenía un gatito simpático estampado sobre el pecho. No pudo dejar de notar el moretón en la pierna de Amy porque la camiseta apenas le cubría los muslos. Con rapidez, ella se metió en la cama también y Bastian enredó un brazo alrededor de Amelie, quien besó su pecho.

—¿Estás bien, pequeña? ¿Te duele la pierna? —interrogó él. Sus

ojos se veían más oscuros en la penumbra de la habitación. Él sabía que a Amelie le encantaba esa manera protectora que tenía de rodearla con su brazo. Le recordaba cuando la tomaba así para desplegar las alas y volar.

—No, es solo una molestia. No te preocupes y deja de torturarte. Ya verás que mañana se me pasa y te ayudaré a terminar los detalles de la casa —respondió ella. Sus párpados estaban pesados y, aunque trataba con todas sus fuerzas de mantener los ojos abiertos, estos se empeñaban en cerrarse. Quería ver los ojos verdes de Bastian un rato más, la habitación estaba iluminada por la tenue luz blanca de la luna, que se le metía en los ojos, pero el sueño le había ganado. Él besó su cabeza con suavidad y se durmió unos minutos después.

Cuando habían pasado dos horas de la medianoche, Bastian sintió movimiento cerca de él, era Amelie, así que al instante se despertó. Parecía tener una pesadilla y estaba balbuceando palabras sueltas que no tenían sentido. De repente, se dio cuenta de que el cuerpo de la muchacha estaba hirviendo y estaba empapada en sudor.

—Amelie... Despierta, amor. Estás volando de fiebre, necesitas tomar algo —dijo con tono de urgencia, pero ella no respondía. Amy no era de las personas que tenían sueño profundo, apenas oía un ruido, sus ojos se abrían al instante, sin embargo, esa vez no lo escuchaba.

Bastian la sacudió un poco sin éxito, y fue allí que empezó a desesperarse.

—Nena... Despierta, Amy. ¿Qué te pasa?

Pero ella no respondió esa pregunta ni las siguientes.

***

En la mente de Amelie apareció una niebla blanca que poco a poco fue cambiando de color hasta convertirse en humo negro. Esta se alejaba por momentos y luego se reagrupaba y creaba imágenes, le daba vida a horrendas figuras que vestían túnicas largas hechas de plumas de cuervo y cubrían sus cabezas con capuchas oscuras. Los extraños la tentaban, la llamaban con manos de dedos largos y garras filosas, se la llevaban a lo profundo de un bosque de árboles secos y ramas retorcidas. Y ella no oponía resistencia.

El vestido blanco que llevaba puesto se enredaba en las espinas de los arbustos y se rasgaba a medida que se adentraba en el bosque, las puntas filosas de la hierba mala le arañaban las piernas y trazaban mapas macabros. Miles de voces se repetían en su cabeza como un eco proveniente de las profundidades del pasado, tomaban el sonido de voces familiares, pero al rato se distorsionaban. Uno de aquellos que

la reclamaba sonrió a través del manto negro y señaló hacia abajo, indicándole algo que no lograba entender. Hasta que unas uñas invisibles se clavaron en su piel y penetraron hasta el hueso. Cayó al suelo dando un grito desgarrador, el dolor le quemaba la piel como hierro caliente. La tierra estaba húmeda, gusanos y arañas se movían a través de ella como reyes y reinas, dueños de la oscuridad del bosque.

Miró su pierna y el lugar donde tenía el moretón negro comenzó a arder, como si su sangre estuviera hecha del mismo fuego del infierno y la atravesara entera. Los Oscuros se acercaron susurrando sus maldiciones y le pusieron una corona hecha de espinas que se enterraron en su cráneo; mariposas negras que aleteaban atrapadas tratando de escapar y flores de color púrpura completaban el horrible ornamento.

Vencida, la princesa de las tinieblas se recostó sobre su espalda decidida a morir. El largo cabello rojo quedó esparcido por la tierra del color de la brea, como ríos de lava que la surcaban entera. Fijó la vista en el pedazo de cielo negro que se metía entre las ramas retorcidas de los árboles mientras su vestido blanco se cubría de carmesí y su cuerpo se bañaba de sangre caliente y espesa.

***

—Me quema, Bastian. Me duele mucho, haz que pare, por favor. Me quema por dentro y me lleva a lo oscuro, me reclaman... —gritó Amelie, aún con los ojos cerrados y luchando contra demonios invisibles. Había sido un llanto nacido del vientre y de sus más profundos temores—. Ayúdame... —agregó, su voz se volvía débil entre pequeños sollozos.

Luego de recobrar su lucidez, Bastian le quitó de encima las sábanas que la cubrían y lo que vio lo dejó horrorizado, tanto así que por primera vez en su larga vida profirió un insulto.

—¡Maldición! ¡Maldita sea!

El moretón en la pierna de Amelie había cambiado de forma y color. Era una flor morada que estaba abriendo sus pétalos y de ella se desprendía un conjunto de finas ramas negras que se esparcían por una buena parte de su piel queriendo atraparla. Como tallos de rosas llenos de espinas. Pronto le cubrirían la pierna por completo. Si no lo detenía, se la llevarían esa misma noche. Había visto eso en varias ocasiones y sabía de lo que se trataba. Fue allí que lo recordó, Zaira en el suelo muy cerca de Amelie y su mano enredada en su pierna izquierda.

—¡La marcaste; maldita seas, Zaira, maldita seas! —gritó Bastian y tomó a Amelie en sus brazos para sacarla de la casa a toda velocidad.

Caminó por la arena lo más rápido que le fue posible, la playa se veía plateada y estaba silenciosa.

Haría algo que no debía, algo que ni siquiera sabía si funcionaría, pero ya había salvado a Amelie una vez y por más que ya no fuera un ángel la salvaría de nuevo.

Se sentó en el mar con la muchacha entre sus brazos y juntando agua le mojó la cabeza. Eso le bajaría la temperatura por un momento, pero aquello no era una simple fiebre. Respiró hondo, recordó la frase en latín que pensó perdida en su mente y no dudó un momento en usarla.

«Tiene que funcionar. Una vez hermanos, siempre hermanos», pensó y comenzó a hablar en voz alta y clara.

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio, contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur: tuque, Princeps militiae coelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude*. Amén.

No sucedió nada luego de eso, el mar rugía a lo lejos y la espuma blanca de las olas llegaba hasta él, pero no había nadie más que él y Amelie, que se le moría en los brazos. Alzó la voz y volvió a repetir la oración, las lágrimas le quemaban detrás de los ojos pidiendo escapar y ser ríos en sus mejillas.

—San Miguel Arcángel, defiéndenos en la batalla. Sé nuestro amparo contra la perversidad y acechanzas del demonio. Reprímale, Dios, pedimos suplicantes, y tú, Príncipe de la Milicia Celestial, arroja al infierno con el divino poder a Satanás y a los otros espíritus malignos que andan dispersos por el mundo para la perdición de las almas. Amén.

El agua comenzó a irse hacia atrás de manera extraña, se retrotrajo llevándose las algas y los peces con ella, como si hubiera decidido dejar Playa Calma para siempre. Cuando estuvo lo suficientemente lejos de la costa se levantó con fuerza y creó una pared enorme frente a los ojos de Bastian. El mar se alzó imponente en todo su esplendor con el rugido estridente y luego se quedó estático por un momento. La espuma se movía en la cima y los peces nadaban asustados de un lugar a otro como en un acuario de cristal. Pero apenas prestó atención al movimiento de los animales marinos dentro del líquido, la pared de agua estalló con furia y, volviendo a su lugar, salpicó a Amelie y Bastian en forma de fina llovizna.

A unos metros y parados sobre el agua estaban los tres que había invocado con tanta desesperación, sus figuras majestuosas y radiantes, sus armaduras doradas bajo el cielo nocturno. Eran sus hermanos de la

guerra: la Guardia Divina.

4. La Guardia Divina

En un breve minuto de silencio y calma momentánea, Bastian se quedó observando la escena que se revelaba frente a sus ojos. Algunas partículas de agua todavía cubrían el aire caliente, el brillo de luna que las atravesaba las hacía ver como diminutas estrellas que flotaban en el aire.

Tres seres que desprendían un halo de luz blanca de sus cuerpos se acercaron levitando sobre el agua hasta el muchacho, que sufría con un amor herido entre los brazos. El mar huía de su centro y creaba enormes círculos en el líquido a medida que aquellos tres avanzaban, como si el poder que emanaban fuera demasiado para ser contenido por el océano.

Los recién llegados tenían tres inmensos pares de alas negras, que se agitaban en el aire detrás de sus espaldas a medida que volaban de manera lenta. Las plumas eran suaves, pero todas juntas formaban una coraza dura e indestructible que ni el filo de las sierras podría corromper. Eran dos mujeres y un hombre que, para la vista humana, tendrían alrededor de veinte años, y aquellas alas eran incluso más grandes que las que él había agitado en el aire una vez.

Ambas chicas eran dueñas de largos cabellos que se mecían en el viento como cortinas, una dorada y la otra negra. El chico era rubio también, su pelo revuelto le escondía las orejas y caía sobre sus ojos, pero no los cubría del todo.

El muchacho no llevaba camiseta, dejaba expuesto un torso fuerte y atlético, tenía unos pantalones hechos de cuero negro, más unos botines acordonados de estilo militar; unos cintos de oro formaban una equis sobre su pecho, y servían para sostener una espada de gran

tamaño.

Las dos mujeres llevaban puestos esos mismos pantalones, el material se expandía, pero al mismo tiempo se ajustaba a sus cuerpos fibrosos y definía sus piernas. En el torso llevaban una camiseta dorada que se sujetaba detrás del cuello y bajo la cintura con unos pequeños cintillos de hebillas plateadas. Aquella armadura solo les cubría el pecho, dejaba los brazos y la espalda descubierta, lo que era lógico, ya que sus alas nacían de los omóplatos y necesitaban libertad para volar. El varón no tenía aquel problema.

La piel de los ángeles se adaptaba al frío o al calor, dándole al cuerpo lo que necesitaba. Pero desde que la idea del pudor y la desnudez había nacido, lo mejor era cubrirse ante los humanos. Eran ellos quienes tenían el problema.

De repente, dejaron de flotar y sus pies tocaron la arena donde el agua los cubría hasta los tobillos.

—Bastian... ¿qué es todo esto? ¿Qué le pasa a esta chica? —interrogó el chico—. Sabes que debes tener un buen motivo para llamarnos, ni siquiera deberíamos estar aquí, pero una vez hermanos, siempre hermanos.

Al estar cerca era aún más grande e imponente de lo que Bastian recordaba, las venas se le marcaban en los brazos y tenía una espalda ancha de hombros gruesos. Sus ojos eran celeste claro, al igual que los de las chicas y los de todos los ángeles puros.

Las tres miradas que se posaron en él no fueron tan comprensivas como había esperado, ¿y por qué deberían serlo? Era él quien estaba haciendo las cosas mal, no debería haber molestado a la Guardia Divina con un asunto que les parecería una tontería. Algunos ángeles seguían las reglas y no las rompían como él.

—La marcaron hace unas semanas. Fue Zaira, ese demonio al que anduvimos siguiéndole la pista por meses. Pero no creo que estén enterados del asunto. Dios no sabía la identidad del demonio en ese momento. Ella la dejó marcada antes de morir y yo no me di cuenta. Solo le curé la pierna pensando que era una simple herida. Soy un idiota, Gael. ¿Qué clase de ángel fui? ¿Qué clase de ángel guardián no se da cuenta de algo como eso? —preguntó Bastian viendo a los demás a los ojos. Su mirada torturada y llena de desesperación se transmitía en las palabras que brotaban de su boca con la fuerza y la velocidad de una avalancha. Esa clase de errores eran los que nunca se perdonaba, los que lo atormentaban cuando se ponía a pensar en el silencio de las noches de insomnio.

Gael se agachó al lado del otro muchacho, la punta de su espada se clavó en la arena, y tomó una de las manos de Amelie, le pareció de lo

más delicada y suave al tacto. Se veía pequeña y rosada entre sus manos grandes, como una flor frágil que podía marchitarse en cualquier momento. Miró a las otras dos chicas buscando aprobación, casi suplicante.

La mujer de ojos azules y pelo rubio, quien se llamaba Mina, miró a Amy de manera preocupada y notó que la pierna que flotaba fuera del agua estaba llena de líneas negras, como si las venas bajo la piel hubieran decidido hincharse y estuvieran a punto de estallar para desprender veneno negro por todos lados.

—Por eso nos llamaste, ¿verdad? ¿Para que le quitemos el veneno a la humana? —agregó la otra mujer de manera tajante, con los brazos cruzados sobre su pecho. Sus ojos eran aún más azules que los de Mina y su cabello oscuro y largo, que volaba con la brisa, se confundía con el cielo negro detrás de su cabeza.

—Sí. Es que no sabía qué otra cosa hacer, en ustedes fue en lo primero que pensé.

—Sabía que debíamos ignorar el llamado, se los dije. Estamos al tanto de todo lo que has hecho, de todas las reglas que has roto y por una vez en tu vida creo que deberías dejar que las cosas sigan su curso. Si esta... chica... está marcada, significa que un demonio vino a hacer el trabajo que tú no hiciste, Bastian. Pero quieres salvarla de su destino otra vez porque la amas —agregó esa última palabra con una mueca de repulsión casi imperceptible, de manera muy sutil. El de Bastian no era el primer caso de un ángel que se enamoraba de un humano y aquello era un tema que no podía comprender y tal vez nunca lo haría.

—No seas tan dura con él —suplicó Mina—. ¿De qué nos sirve pensarlo ahora si ya estamos aquí? Es mejor ser de ayuda, siempre es mejor procurar que la vida no se extinga, aunque algunas reglas se rompan, a dejar morir.

—Es la desventaja que se corre con los ángeles mestizos. Aunque, si Dios no hace nada para cambiarlo y te sigue perdonando cada falta, ¿quién soy yo para cuestionarlo? Otro ya lo hizo antes y todos sabemos dónde terminó. Creo que dirige a las hordas del mal y se hace llamar Lucifer si mal no recuerdo. Y a ese lo siguen otros tantos de menor rango que no viene al caso mencionar —protestó la mujer.

De sobra se notaba que aquella chica era sarcástica y no se callaba nada, decía todo lo que pensaba porque se apegaba a las reglas y las seguía sin dudar. Gael puso los ojos en blanco, molesto con tantas palabras que no hacían más que hacerles perder el tiempo. Le hizo un gesto a su otra hermana, la que tenía mirada dulce, y ella se apresuró a su lado.

—Si dejara que las cosas siguieran su curso como has dicho, Lana, tú estarías muerta en primer lugar y no aquí dándome sermones. Pero veo que no recuerdas quién te salvó de morir atravesada por una espada oscura en la batalla de Amenah. Yo diría que me debes un favor bastante grande. —El tono de Bastian no fue del todo amenazante, pero estaba lleno de seriedad—. ¿Hay alguna frase que le pueda quitar a la plegaria para que la próxima solo aparezcan ustedes, Gael y Mina?

Lana suspiró molesta y sacudió la cabeza, Bastian ya no era su hermano de la guerra, pero alguna vez lo había sido y los favores se pagaban. Podía no agradarte tu compañero celestial, pero, si le debías un favor, se lo compensabas, y esa era otra regla que ella nunca rompía.

—Además, si Bastian es humano ahora y ha utilizado la oración que nos invoca, no podemos hacer caso omiso a un llamado de la humanidad. Los protegemos, aunque no sea nuestra tarea principal, ¿recuerdas? —preguntó Gael, dedicándole una mirada asesina a su hermana guerrera que tenía mal carácter.

—Chicos, creo que tenemos asuntos más importantes ahora que hacer una lista de los favores que nos debemos, y como yo reconozco que los debo... —dijo Mina mirando a Bastian a los ojos. Había algo escondido allí, algo que él confirmó al mirarla y asentir—. Voy a salvar a esta muchacha como ya lo hice con Bastian una vez.

Cuando hubo terminado de hablar, se paró cerca del cuerpo de Amelie. Su mano acarició el aire sobre la chica marcada y lentamente su cuerpo comenzó a levitar a unos centímetros del agua; la camiseta mojada estaba pegada a su torso y a los muslos. Un rayo de luz clara bajó de los cielos e iluminó el cuerpo de la chica flotante. Sus brazos caían hacia los costados como muertos, las puntas de sus dedos rozaban la superficie del mar.

El ángel comenzó a caminar hacia la costa para salir del agua y, a medida que lo hacía, el cuerpo de Amelie se movió en el aire hasta que llegaron a la arena húmeda. Mina bajó su mano como tirando de hilos invisibles y la chica marcada tocó con suavidad la tierra, su pelo rojo, que ahora estaba más oscuro, quedó desparramado en la playa como una mancha de pintura colorada de un bote que hubiera quedado abierto y caído al suelo.

Mina se arrodilló al lado de Amelie y tomó una daga que tenía colgada en un cinto que llevaba ajustado en la cintura. Esta no era demasiado grande y tenía una empuñadura de plata con tres círculos superpuestos grabados en ella. Su hoja, que era angosta y larga, terminaba en una punta filosa. Estaba hecha de cristal transparente y

duro, parecía hielo, pero no era fría.

La chica ángel empezó a cantar una melodía dulce en la lengua más antigua que los ángeles conocían. No era latín ni ningún otro idioma creado por los hombres, sino uno inventando por el primer ángel que trató de hablar con Dios, su padre, apenas abrió los ojos y lo tuvo frente a él. Ni siquiera Bastian lo había aprendido porque era exclusivo de los ángeles de raza pura. A medida que ella cantaba, la daga se encendió con un fuego azul vivo y celestial, refulgente en la noche apagada como si espantara a los demonios que se vestían de oscuridad.

Gael, Lana y Bastian estaban cerca de las otras dos, observando la escena con ojos expectantes y esperando que todo saliera bien. Se podía sentir la energía divina que vibraba en cada grano de arena, en cada roca y planta del lugar. Como si un poquito de la gracia de Dios hubiera escapado del Cielo y tocado la Tierra.

De repente, Mina clavó la daga en la pierna de Amelie sin dudarlo y de ella brotó sangre negra y sucia, sangre envenenada por las garras malditas de Zaira. Bastian se sobresaltó por un segundo cuando el líquido fluyó hasta volverse rojo y limpio, y luego se detuvo. Las líneas negras desaparecieron lentamente de la piel de la muchacha y el moretón se esfumó por completo.

—¿Bastian? —balbuceó Amelie con los ojos cerrados y volvió a quedarse en silencio, como si se hubiera dormido.

—Amy, amor... ¿Estás bien? —dijo él y se acercó para tomarla entre sus brazos. Levantándola con cuidado del suelo, la apretó contra su pecho. Sus labios rosados se posaron en uno de sus pectorales sin querer. Bastian observó las largas pestañas y la expresión relajada en el rostro de su novia, y comenzó a tranquilizarse.

—Interesante nombre tiene tu amada. Recuerdo un ángel caído al que llamaban Amy hace mucho tiempo. Fue líder del Inframundo hasta que le quitaron el trono —comentó Lana, mirándose las uñas y mostrando poco interés ante lo sucedido. Era lógico que, si Mina estaba ahí, el resultado fuera bueno; era la mejor curadora del Paraíso. Lo llevaba en su ser desde nacimiento, como ella llevaba la guerra en su sangre.

Los ángeles puros nacían con diferentes inclinaciones, habilidades en las que se destacaban porque había capacidades especiales que flotaban en las aguas de la fuente donde eran creados. Ellos las llamaban *dones*. El de Mina era curar; aunque también fuera una guerrera, era lo que mejor sabía hacer y Dios le tenía un cariño muy especial. Bastian conocía esa fuente, estaba en la plaza central de Mikah, en el Paraíso.

—Su nombre es Amelie y no necesitas darme clases de historia demoníaca —reprochó el muchacho, moviendo un poco de cabello que el viento había empujado sobre el rostro de la muchacha en sus brazos. Su pecho se levantaba y bajaba despacio mientras dormía—. Y me parece de mal gusto que la compares con un demonio cuando ni siquiera la conoces. Ella es el ser más puro e inocente que vi en toda mi vida.

—¿Puedes dejar de ser tan Lana por un momento? Pareces una humana que está celosa, es como si te ofendieras a ti misma con este comportamiento —bromeó Gael y en sus labios se dibujó una sonrisa burlona al ver la expresión de irritación de Lana. Mina escondió una risilla para no molestar a la otra chica.

—¡Dios me libre y me guarde de semejante tortura! No se te ocurra hacer una broma así otra vez, Gael, o no seré tan buena contigo en el entrenamiento.

—Si los humanos no existieran, ¿cuál sería nuestro trabajo? ¿Existiríamos incluso? Creo que es hora de que empieces a apreciarlos un poco más, hermana —comentó Mina, perdida en pensamientos acerca de la creación.

—Mientras ustedes pelean, la llevaré hasta la casa. Estará más cómoda y caliente en nuestra cama. Necesito secar su cuerpo o se va a pescar un resfrío —dijo Bastian y comenzó a caminar en dirección a la casita de madera, pero luego se detuvo para girar su cabeza y mirar a los demás, que se habían quedado allí sin saber muy bien qué hacer—. Están invitados a pasar a mi humilde hogar. No tenemos el lujo del Paraíso, pero son bienvenidos. No sé cómo agradecerles por esto, les debo mi vida.

—Más bien la de ella... —replicó Lana por lo bajo y Mina pudo escucharla, lo que hizo que una mirada de reproche le maquillara el rostro.

—Insisto, porque parece que la idea no te entra en la cabeza, querida hermana. Debes entender que la vida de ella es la vida de él ahora. Así son los humanos cuando encuentran a su compañero de vida —comentó Mina sonriente, un tanto fascinada de poder estar en contacto con la vida en la Tierra.

Los humanos llamaban poderosamente su atención y casi nunca tenía oportunidad de caminar entre ellos. Los ángeles guerreros se ocupaban de batallas celestiales y esas guerras se daban en otro tiempo y espacio. Desarrollaban sus dones en el Paraíso, así que muy pocas veces visitaban la Tierra. Muchos de ellos cumplían un ciclo de vida sin siquiera conocerla. Y las historias de amor entre los humanos le parecían un cuento de hadas a Mina, que estaba logrando entender

la conexión entre dos personas al observar a Bastian. Lana se limitó a resoplar y poner los ojos blancos, pero acabó por callarse.

Los cinco ingresaron en la casa y los tres ángeles miraron todo a su alrededor, los objetos que les eran extraños captaron su atención. Ellos no tenían la jerarquía de Bastian, no eran ángeles guardianes, por lo tanto, no habían hecho demasiada observación del mundo humano, sino que solo sabían cosas porque Dios les contaba o tenían libros en los que se hablaba del tema. Allí figuraban los nombres más importantes de la especie, las hazañas y descubrimientos que habían hecho desde que el primero fue creado. Los ángeles encontraban bastante interesante cómo esos seres sin magia o poder se las ingeniaban para sobrevivir en un mundo tan caótico y siempre al borde del colapso.

Mina, Gael y Lana pertenecían a la Guardia Divina; eran los guerreros personales de Dios, luchaban contra los demonios en batallas importantes como la que Bastian había mencionado, y si lo había hecho era porque alguna vez él mismo había sido el cuarto integrante de tan selecto grupo. Pero también recordaba la razón detrás de todo eso y no quería pensar acerca de esa experiencia en ese momento. No se había ganado un privilegio, sino que había sido más bien un castigo.

Gael, Mina y Lana eran como sus hermanos. Había luchado junto a ellos en innumerables ocasiones y se habían salvado la vida muchas veces. Los ángeles eran fuertes, Dios podía curarlos y casi traerlos de vuelta de la muerte, pero si una espada oscura los hería con gravedad, no había nada que pudiera hacerse más que dejarlos ir. Los funerales de los ángeles eran una ceremonia triste pero hermosa a la vez, aunque ninguno quería llegar a presenciar una en mucho tiempo.

La Guardia Divina también se encargaba de entrenar a las huestes celestiales, a los Ejércitos Celestes, que eran aquellos ángeles guerreros que mostraban vocación y que luchaban en las batallas. Sabían que únicamente tres no podían pelear solos contra ejércitos enteros de demonios, necesitaban números en sus filas.

Ser una especie de juez era algo que le daba cierta satisfacción a Lana. Podía ser sarcástica, demandante y tener un carácter horrible, pero tenía buen ojo para elegir guerreros.

Cuando estuvieron en la habitación, Bastian miró de manera incómoda a los tres ángeles que lo habían seguido hasta su cuarto.

—Eh… Tengo que quitarle la ropa a Amelie para secarla y ponerle ropa nueva. ¿Podrían esperar afuera por un momento hasta que esté lista?

—¿Qué? ¿Cuál es el problema con que estemos aquí? —interrogó

Lana, un tanto confundida. Los ángeles no tenían sentido del pudor y ni siquiera tenían las sensaciones que un humano tiene al ver otro cuerpo desnudo del otro—. ¿Tienes miedo de que Gael empiece a tener sentimientos humanos? Me he enterado de cosas sumamente interesantes... Sé que hacen más que besarse o abrazarse.

—¡Lana! No seas impertinente —protestó Mina y salió de la habitación, seguida por los demás. Recordó haber visto a Bastian desnudo una vez y la verdad era que nada había sucedido, ni siquiera se había fijado en aquello que los diferenciaba.

Gael cerró la puerta, un tanto molesto ante el comentario de su hermana de la guerra. Lo que había implicado ni siquiera había pasado por su cabeza.

Cuando estuvo solo, Bastian trajo una toalla del baño y la dejó sobre la mesa de luz. Le quitó la ropa mojada a Amelie y la secó de pies a cabeza de manera gentil. Le puso ropa interior nueva, que tomó de su lado del ropero, y la vistió con una de sus enormes camisetas para dormir. Con un poco de dificultad, cambió las sábanas húmedas y cubrió a su novia con otras secas y una frazada. El pelo rojo de Amelie pintaba la almohada y se esparcía en todas direcciones; ahora parecía estar tranquila y en paz.

Abrió la puerta para que sus hermanos ingresaran otra vez. Mina se sentó junto a Amelie en la cama y la observó intrigada, con la cabeza apenas torcida hacia un costado y mordiéndose el labio inferior. Parecía que miles de cosas pasaban por su mente y le llamaba la atención lo mismo que una vez había llamado la de Bastian: ver cómo dormían los humanos. Quería saber qué era lo que pensaban cuando se apagaban por un momento.

—Es cierto que es preciosa... Dicen que los ángeles somos las criaturas más hermosas, pero ella es linda de forma humana —comentó Mina, aún observándola—. De todos modos, se nota que es muy frágil, ¿me equivoco? Carecen de esa energía que nos recorre el cuerpo a nosotros y nos llena de vitalidad. Si solo el agua fría puede causarles un resfrío, deben ser verdaderamente débiles. Aunque se las ingenian para curarse a ellos mismos, algo he leído.

Bastian asintió y recostó su espalda contra la pared cerca de la puerta de la habitación. A su lado estaba Gael, mirando en dirección a la cama, y Lana se había puesto a observar el cielo a través la ventana, su cabellera azabache cubría su espalda.

La forma en que las estrellas se veían desde allí la había hipnotizado y muy pocas cosas lo hacían. Las rocas de luz brillaban a lo lejos y, en lo alto, los destellos modificaban su intensidad e iluminaban el cielo oscuro. En el Paraíso no se veían así, no brillaban

de esa forma tan intensa, vistas desde de la Tierra eran mágicas y podía entender la fascinación de los humanos por el universo.

—Es hermosa, en eso estamos de acuerdo. —Bastian sonrió y se sonrojó un poco; nunca había hablado acerca de ella con sus hermanos, tampoco había tenido la oportunidad—. No sabes por la cantidad de cosas que ha tenido que pasar. Justo cuando trataba de ser normal como los demás, se topó conmigo y eso la llenó de sentimientos tan confusos, más de lo que creí posible. Había días en los que parecía que me amaba y otros en los que me odiaba. Luego Zaira estuvo tentándola por mucho tiempo y su familia biológica murió en un accidente en el que ella debería haberlo hecho también. Creo que en un momento sintió que era la causante de todos los males de la gente a su alrededor. ¿Sabes lo que hizo unos meses atrás?

—¿Qué hizo, hermano? —preguntó Gael intrigado por el cuento de Bastian, mientras Mina acariciaba el cabello rojo de Amy y lo hacía moverse con su magia. Lana pretendía estar aburrida, con los brazos cruzados sobre el pecho y todavía mirando a través de la ventana, pero estaba escuchando todo, intrigada como sus hermanos, por lo que tenía su oído agudo listo para captar el detalle.

—Se presentó ante el demonio Zaira, ella sola y sin decirme nada. Más bien desobedeció mi plan, pero quiso ponerle fin a todo y sé que pensó que iba a morir, aunque estoy seguro de que muy en el fondo creyó que de ella nacerían habilidades de guerrera y se enfrentaría con Zaira. Yo no creo que Amelie sea frágil, cualquier otro humano se hubiera roto en pedazos con la mitad de las cosas que le pasaron a ella. Creo que es la persona más fuerte que he conocido. Nunca se cansa de luchar por lo que quiere, y sí, ha hecho cosas estúpidas que casi me matan o la mato yo por hacerlas, pero... ¿cómo le dices a alguien que te ama como nunca nadie te amó que no haga lo que siente? Eso sería cambiarla y, si ella fuera diferente solo por hacer lo que se supone que es correcto, no sería la Amelie de la que yo me enamoré.

Lana torció su labio en una sonrisa amable esa vez, pudo verse a sí misma en el reflejo del cristal de la ventana y volvió a su expresión seria. La manera en la que Bastian había descrito a esa muchacha que acaba de conocer le gustaba porque ella también era arriesgada y a veces hacía cosas sin pensar pues creía que el resultado sería bueno. Al final, todo se trataba del viejo dicho que decía que el que no arriesgaba no ganaba.

Gael miró a su hermano y pensó en cuán diferente estaba, su humanidad recuperada lo hacía otro. Se lo notaba cambiado, pensaba más las cosas y decía lo que sentía sin vergüenza alguna. Expresaba

sus sentimientos con el corazón, los ángeles que conocía no eran así, no se cuestionaban sentimientos o emociones. Los de su raza solo analizaban tácticas de guerra y luchaban contra los demonios para mantener el orden.

—Entonces, estás enamorado como los humanos y, por lo visto, yo diría que hasta los huesos —bromeó el chico de ojos celestes y cabellos dorados. Apretó a Bastian contra su pecho enredándolo con sus brazos fuertes y los dos se rieron como niños.

—¡Eh! Ya no tengo la fuerza de antes, vas a quebrarme las costillas y no creo que Dios me regale unas nuevas —replicó Bastian con gracia, sintiendo la calidez que emanaba el cuerpo de Gael. Él había sido así de cálido alguna vez, ahora entendía lo que Amelie debía haber sentido cuando él estaba cerca. Era una especie de calor que invitaba a relajarse y dormir sin molestias, como si el revés de la mano de Dios acariciara tu mejilla sin siquiera tocarte.

—Lo siento, hermano. No me acostumbro a la idea todavía. Lo único que lamento de todo esto es que ya no podremos entrenar juntos. ¡Cómo nos divertíamos luchando! Mejor dicho, me divertía viendo cómo perdías la pelea contra mí —lo provocó el ángel y Bastian le pegó en el hombro con su puño cerrado dándole su mejor golpe, que Gael ni siquiera sintió.

—Lamento romper el clima tan especial y arruinar este momento tan masculino y fraternal, pero debemos marcharnos o el jefe va a empezar a indagar. Una cosa más, Bastian... —comentó Lana, alejándose de su lugar en la ventana—. Salvamos a Amelie hoy, pero eso no significa que ellos se vayan a olvidar del asunto. Lo único que hizo Mina fue quitarle el veneno que parecía estar matándola, pero aún sigue marcada en los planes demoníacos.

Todos se quedaron en silencio, el ambiente se había roto como un vaso de cristal que se precipita al suelo de repente. El peso del mundo cayó de nuevo sobre los hombros cansados de Bastian y suspiró. La alegría había sido pasajera.

—Lo sé, ya me las arreglaré para salir de esta como lo hice antes. Y no te preocupes, Lana, no volveré a molestarte, no es mi intención meterlos en problemas. Tal vez me lleve a Amelie a otro lugar del mundo, no sé... Ya pensaré en algo.

—Pues yo no tengo problema con que me llames de nuevo, encantada de ayudar. Me gustaría hablar con ella un día si es que tiene la capacidad de ver a los ángeles como dices —dijo Mina, sonriendo con dulzura. Tenía una de las manos de Amelie entre las suyas y se había quedado mirando el color rojo en las uñas de la humana. Observó sus propias manos y notó que sus uñas eran cortas y

no tenían pintura, y por un segundo se las imaginó llenas de color. Pero el rojo era el color de la sangre y del fuego del Infierno, entonces alejó la idea al instante.

Cuando las palabras se acabaron y todo se había dicho, los tres ángeles se pararon en el centro de la habitación y, tomándose de las manos, formaron una ronda.

—Adiós, hermanito. La próxima vemos quién es el más fuerte, pero creo que ya está claro —bromeó Gael. Mina le dedicó una sonrisa amable y Lana asintió levemente. Sus tres cabezas miraron hacia arriba y un estallido de luz cegadora iluminó la habitación como un relámpago que impactaba contra un árbol en una noche de tormenta. Luego de eso, el vacío. Sus compañeros se habían ido de la casa.

—¿Qué fue esa luz, Bas? —preguntó Amelie, abriendo sus ojos de a poco. La voz de Amy se notaba quebrada y áspera.

—Nada, amor, fue solo un relámpago. Creo que se viene una gran tormenta —respondió él, pensando que había dicho una mentira. Pero cuando miró a través de la ventana notó que las estrellas se habían escondido detrás de nubes negras. El cielo se había cubierto por completo de un momento a otro. El clima de Playa Calma era impredecible ese verano.

Una pluma negra llegó hasta el suelo de madera y, al tocarlo, hizo explosión en destellos plateados que Amelie no pudo ver porque estaba en la cama mirando hacia otra dirección, hacia Bastian.

«Una oscura tormenta se acerca...», pensó él, escuchando el rugir del mar, y se metió a la cama tibia junto a Amelie.

***

—¿Quiénes eran esas personas? Las que estaban hablando hace unos momentos —comentó ella frunciendo el ceño como si estuviera tratando de acordarse de algo y las ideas se le escaparan—. Creo que se me está pasando la fiebre, ya no tengo calor ni frío. Lo que me diste debe haber funcionado.

Bastian tragó fuerte ante las palabras de la muchacha. ¿Por qué razón Amelie había sentido a la Guardia Divina? No estaba seguro de si los había visto, pero de alguna manera había podido sentir la presencia de ellos, aunque habían estado cubiertos de la vista humana.

—No había nadie más que yo en esta habitación, preciosa. Tu hablabas en voz alta por la fiebre, era tu propia voz —mintió y al instante se dio cuenta de lo que había hecho. Le estaba mintiendo por primera vez y no le agradaba en absoluto lo que se sentía al hacerlo. Era como decirle que estaba loca.

—¿Solo yo estaba hablando? Qué extraño... No sé, me pareció

escuchar otras voces. Pero, como dices, debe haber sido la fiebre —dijo Amelie, no muy convencida, y sus ojos se cerraron al instante.

Bastian enredó sus brazos alrededor de ella de manera protectora y le besó la frente con suavidad, ya no estaba caliente como antes. Observó sus largas y hermosas pestañas, las pecas que casi no se notaban sobre su nariz y cómo su cuerpo se ajustaba perfectamente al de él, buscando su calor. Fue al observarla que comenzó a cuestionarse detalles en los que no se había detenido antes.

«¿Por qué puede ver ángeles y demonios incluso cuando se cubren de la vista humana? ¿Por qué puede sentirlos?», pensó dándole vueltas a varias teorías en su cabeza. Todas ellas le parecieron en extremo descabelladas, pero algo tenían en común: si aquellas conjeturas fueran ciertas, serían terribles. Era demasiado claro para él que Amelie no era un ángel y, si no era uno de esos, tal vez fuera lo otro.

Los relámpagos iluminaron la noche oscura y su luz se coló por las ventanas de cortinas corridas. Los pasillos y rincones se bañaron de claridad momentánea mientras los truenos rompían el aire y se dejaban escuchar en todo Puerto Azul. Las primeras gotas de lluvia fría golpearon la casa de madera de manera suave al principio, y luego se volvieron fuertes, como si intentaran derribarla.

***

Había una barca de madera blanca que se balanceaba con el vaivén de las pequeñas olas en la parte playa del mar. Aquellas aguas inquietas se encontraban frente a una casa de madera que estaba siendo azotada por la lluvia en ese momento.

En la embarcación había una mujer que observaba con paciencia como si tuviera todo el tiempo del mundo, la prisa no le importaba. Llevaba puesto un vestido largo y negro que flotaba en el aire, empapado. Las mangas largas le cubrían los brazos, pero sus manos de anillos de piedras negras quedaban expuestas. Los puños y el cuello del vestido eran de encaje negro también y llevaba una capucha sobre su cabeza de cabellos oscuros como el plumaje del cuervo.

—Pronto nos veremos, Amelie —dijo la mujer y, sentándose dentro de la barca, acomodó su vestido. Descansó las manos sobre su regazo, puso sus labios en forma de «o» y sopló con suavidad. El viento comenzó a cobrar fuerza y su canoa empezó a moverse por sí misma y tomó velocidad a medida que avanzaba. La barca tenía un pequeño mástil y sobre él un farol que desprendía una luz amarilla que se perdía en la espesura de la noche.

Cuando el mar se convirtió en río, el río se volvió arroyo y este último tomó la forma de angostos canales de agua, la barca se perdió

a lo lejos, escondida por la cortina de lluvia que se había transformado en llovizna.

En su embarcación, la mujer atravesó un largo y ancho canal, y se introdujo en un bosque de árboles negros, sin temor alguno de las ramas secas y zigzagueantes que amenazaban con quitarle la capucha; conocía muy bien el lugar. Reconocía el olor de las flores púrpura que se abrían solo por las noches, y el aroma acre de la maleza verde que se torcía con el viento le era familiar.

Estaba en su hogar, aquel era el sitio donde vivían los que eran como ella: los desterrados del Paraíso y los prohibidos en el Infierno, los bastardos.

Los seres como ella habitaban en esa vasta extensión, en pequeñas chozas de barro con techos de paja y faroles sobre sus puertas, que tenían fuego creado por palabras.

Las casitas se extendían a lo largo de las corrientes de agua fresca que atravesaban todo el Bosque Oscuro, y lo conectaban como enormes telas de araña.

5. Relatos del pasado

Una mano desesperada golpeó una puerta de madera agrietada en medio de la noche. La niebla espesa se movía por el suelo luego de su descenso de los valles, cerca de las montañas.

La luna estaba casi cubierta por nubes que se tornaban grises debido a su brillo. Era una noche fría de invierno, y el humo de las altas chimeneas de ladrillo sobre los techos de tejas rojas ascendía hacia el cielo como gordas serpientes oscuras que zigzagueaban a ritmo tranquilo.

Había una casita de techo bajo al final de la calle y tenía solo una ventana hacia el frente. A través de ella se escapaba la luz amarilla de un farol, que bañaba los adoquines de la callejuela de luz ámbar al tocarlos. Unos llantos de bebé se sumaron al insistente golpeteo en la puerta que alertó a los ocupantes de aquel humilde hogar.

Una mujer bastante mayor dejó la cuchara de madera que estaba usando cerca de la cocina a leña de la pequeña sala; había una pava de aluminio grande con agua caliente lista para el té y una olla donde se cocinaba un guisado de carne con papas y arroz que ella y su marido comerían entrada la noche, cuando él volviera de trabajar. Apuró sus pasos ante el escándalo que provenía desde fuera y cuando abrió la puerta se encontró en su umbral a una joven que cargaba a un bebé en los brazos.

—¡Valentina! ¿Qué es todo este alboroto, muchacha? Pensé que habías desaparecido de Las Colinas. ¿Dónde estuviste todo este tiempo? ¿Y ese bebé? —preguntó Amanda al reconocer el rostro de aquella persona y, abriendo la puerta, se movió a un lado para dejar a la muchacha pasar al interior de su casa cálida.

La joven llevaba un vestido harapiento y sucio, y la cabeza cubierta con un gran pañuelo negro que le caía sobre los hombros. Contra su pecho había un bebé de piel blanca y ojos claros, que movía sus manecitas regordetas sin dejar de llorar entre las mantas viejas con olor a humedad en las que estaba envuelto. Sus ojos eran tan transparentes como los de su niño.

—Es mío, pero no sé qué hacer con él, no se calla nunca. No deja de llorar... y yo no tengo leche —respondió la muchacha de cabellos oscuros con una mirada suplicante. Imploraba ayuda y su voz sonaba quebrada, como si en cualquier momento fuera a entregarse al llanto.

—¡Ay, Valentina! Siéntate y espera un minuto, muchacha. Ya tendrás tiempo de contarme —indicó Amanda y cerró la puerta con paciencia.

Con el agua caliente la mujer preparó un té para la recién llegada; estaba segura de que eso ayudaría a calmar sus nervios. Agregó hierbas a la taza blanca, vertió el agua hirviendo y depositó el tazón sobre la mesa. El aroma se desplazó por la cocina mientras ella ponía un jarro de lata negra sobre la llama para entibiar leche que había encontrado en una botella de vidrio. Tomó un leño de una pila junto a la estufa y, agregándolo a la hoguera, hizo que la llama creciera e iluminara mejor el lugar.

Amanda era una matrona, la mejor en lo que hacía. Era dulce por naturaleza y cuidadosa en sus labores. Había visto y ayudado a nacer a decenas de bebés, sin ir más lejos, había traído a Valentina a la vida cuando su madre murió en el parto, por lo que la conocía desde el comienzo. Y aun cuando había cargado a tantos niños en su vida, nunca había podido tener uno propio. Luego de años de intentar, ella y su marido habían desistido y ahora ya eran grandes como para seguir creándose falsas esperanzas. El doctor le había dicho hacía algunos años que tenía problemas para concebir y que no había nada que pudiera hacer para cambiar las cosas. La medicina no estaba tan avanzada todavía.

Amanda tomó el bebé de las manos de Valentina y lo meció en sus brazos, cantándole cerca del oído. Sus llantos se fueron apagando de a poco y unos enormes ojos verdes la observaron como si el pequeño estuviera hipnotizado. El niño miró a la mujer de ojos grises y cabellos rubios, calmándose por un rato antes de volver a llorar. Tenía hambre, se notaba de sobra, ella conocía los llantos de los niños y cuáles eran sus necesidades.

«¡Qué cosa! Esta muchacha no debe saber ni alimentar a su bebé», se dijo mientras le daba indicaciones a Valentina para que vertiera la leche tibia en un biberón olvidado que tenía en una de las repisas de

la cocina. Amanda tomó el biberón cuando estuvo listo y, apenas lo acercó a la boca del bebé, él cerró sus ojos y se alimentó con desesperación, haciendo ruiditos mientras succionaba.

La mujer se sentó en la otra silla para estar más cómoda y observó a Valentina a la luz naranja del fuego de la chimenea que entibiaba el pequeño recinto. Los vidrios de las ventanas comenzaron a empañarse lentamente.

—¿Vas a decirme ahora que te pasó? Despareciste del pueblo por un tiempo y pensé que nunca te volvería a ver. No sería la primera vez que una muchacha se esfuma sin dejar rastro —cuestionó Amanda y la chica apretó la taza caliente entre sus manos, fijando sus ojos en el vapor del té mientras hablaba, como si figuras se movieran entre el humo y le repitieran la historia que debía contar.

—Hace un año y medio conocí a un importante granjero que se estaba quedando en el hostal de Las Colinas. Yo trabajaba allí aseando las habitaciones. Tú sabes que no tengo familia ni dinero, ese había sido el único empleo que había podido obtener y a cambio me daban una habitación en el fondo, más comida —explicó la muchacha jugando con sus dedos en el borde de la taza—. Él era hermoso, un caballero, y me prometió llevarme a su casona en el campo cerca de las montañas al oeste del país, hacerme su princesa. Decía tener mucho dinero, animales y cientos de hectáreas de campo... Y caí como cualquier muchacha inocente lo haría, porque él era maduro y estaba lleno de historias, y eso era atrayente. Entonces me fui a vivir con él, era cierto todo lo que decía. Tenía mucho dinero y una casa enorme, pero un día, cuando supo que estaba embarazada, me dijo que no estaba preparado para eso, que no quería ser padre todavía.

—Mi niña... —suspiró Amanda, todavía alimentando al bebé y sintiendo pena por Valentina. Los ojos de la chica se habían llenado de lágrimas, imaginó que por reprocharse el hecho de haber caído ante el hechizo de aquel hombre.

—Prometió dejarme tener al bebé, una matrona me ayudó en el parto y luego me dieron ropas nuevas. Había sangre por todos lados y mi ropa vieja se estropeó. Pero apenas pasaron unos días, me corrió de la casa sin un adiós o un beso, nada. El ama de llaves me acompañó hasta un auto negro que estaba en la puerta, cerca de la fuente de agua, y así me devolvieron a Las Colinas. He estado aquí por unos días y no tengo con qué alimentarlo o protegerlo del frío. No me quieren devolver el trabajo en el hostal. Simplemente, no lo quiero. Pensé que podría acostumbrarme a ser madre, pero no... Por eso es que...

—Viniste a pedirme que me lo quede, ¿verdad? —interrumpió Amanda, a lo que ella asintió con la cabeza. A lo largo de sus años

como matrona y mujer, había visto a muchas jóvenes parir hijos que no querían y pensó que en algún momento podría entenderlas, pero no lo lograba. ¿No sentían amor por aquel diminuto retoño que les ponían en los brazos? ¿No podían amar a ese hijo que habían llevado por nueve meses en su vientre?

—Sí. Ese es el motivo de mi visita.

Los ojos de la mujer anciana se volvieron negros y la llama de la chimenea se reflejó en ellos.

—Porque soy buena persona y porque por años he intentado tener un hijo con mi marido sin suerte, me lo voy a quedar... —agregó, su mirada se suavizó al observar el rostro del bebé que se había dormido entre sus brazos.

—Muchas gracias, en serio. Gracias, gracias...

—¡Silencio! —ordenó Amanda y sus ojos se volvieron severos otra vez antes de clavarse en el rostro de Valentina—. Vete de aquí. Si te interesa, tu hijo tendrá el mejor de los cuidados y mucho amor, el que tú no has sabido darle. Ya te serví un té para que engañes tu estómago hambriento, pero no puedo ayudar más a alguien que entrega a un hijo de esta manera. ¿Le has dado un nombre siquiera?

—Bastian... Lo encontré en uno de los libros con los que él me enseñaba a leer y me pareció bonito. Tal vez, ahora que no cargo con el bebé, él me quiera otra vez... —dijo la chica. Amanda percibió anhelo en su tono de voz y en cómo sus ojos se iluminaron con un nuevo brillo ante aquella idea.

—¡Vete, niña tonta! ¡Vete!

Ante esa orden, Valentina puso el pañuelo sobre su cabeza, se levantó de la silla y cerró la puerta a su salida. Ni un beso de despedida le dio a su hijo, como si solo fuera una cosa rara que lloraba envuelta en un manto. La niebla la devoró cuando avanzó por la calle y Amanda no volvió a verla nunca más en su vida.

—Bastian es un nombre precioso, así que lo conservaremos —dijo la mujer sonriente y tocó la nariz del bebé con cuidado—. Y te daremos el apellido de mi marido. Te llamaré Bastian Amaro.

***

Como Amanda había prometido, Bastian tuvo años felices, pero el cansancio y el tiempo les pasaron factura a esas dos amables personas que lo acogieron en su humilde casita. Cuando el niño tuvo siete años, Amanda murió sentada en su mecedora, entre las flores del pequeño jardín trasero. Decenas de mariposas volaban alrededor de su cuerpo y se posaban en su cabeza.

La casa se volvió silenciosa sin ella y Jorge Amaro, quien era aún

más viejo que Amanda, falleció al invierno siguiente. Tal vez por la misma tristeza de haber perdido al gran amor de su vida o a causa de aquella terrible tos que el niño escuchaba por las noches.

Las autoridades del pueblo encontraron a Bastian sentado en el umbral de la puerta, con los ojos verdes convertidos en un mar lleno de lágrimas y en las manos un papel que Amanda había escrito, pero que él no lograba comprender. Las letras le parecían garabatos sin significado; sus padres adoptivos no habían llegado a enviarlo a la escuela.

Antes de que se lo llevaran al orfanato donde iban a parar todos los niños sin familia, escondió la carta en el bolsillo de su pantalón porque sabía cómo en esos lugares les quitaban todo: la infancia, el cariño y hasta la misma esencia. Se limpió la cara y tomó la mano de una mujer que se lo llevó de la casita en la que había vivido por siete años.

El tiempo pasó y su cuerpo se estiró, la comida del orfanato no era buena, pero era caliente y llenaba el estómago en los duros inviernos cerca de las montañas. La ropa se cuidaba como el mejor tesoro porque debía durar años y las camas de las grandes habitaciones se llenaban de muchachos. Allí les enseñaban a leer, escribir y trabajar la tierra, y cuando cumplían dieciocho años los dejaban ir porque eran contratados por gente en el pueblo o como peones en el campo. Los que corrían con suerte eran adoptados por buenas familias, pero ese no fue el caso de Bastian, su buena fortuna no se repetiría otra vez.

Apenas aprendió a leer y comprender el sonido de cada letra del alfabeto, tomó la carta que siempre estaba escondida bajo el colchón flaco de la cama. La tormenta era intensa fuera y la luz de la vela sobre la mesa de noche no era demasiada, pero aun así logró leer lo que Amanda había dejado escrito. Le había dicho que su verdadera madre se llamaba Valentina y que, aunque era muy fuerte lo que le iba a contar, su mamá nunca lo había querido y se lo había regalado porque su padre tampoco quería hacerse cargo de él. En la carta decía que Amanda y Jorge siempre lo habían considerado un regalo del cielo porque ellos no podían concebir hijos y lo habían amado mucho. Le pedía disculpas por ser una madre vieja con la que no podía jugar o que lo abandonaría pronto, que hubiera deseado poder comprarle más años de vida a Dios, pero eso no era posible.

Bastian se guardó en el alma todos esos sentimientos y sus ojos brillaron frente al fuego de la chimenea. Quemó la carta para que nadie más la leyera, para que al menos eso le quedara a él y nadie se lo quitara o se lo apoderara. Aquel era un amor de verdad que quería proteger de las miradas ajenas. Observó el papel chamuscarse sobre la

leña envuelta en llamas danzarinas y extrañó los cuentos de Amanda en las noches de lluvia y su guisado de carne con papas por las mañanas.

Y los años volvieron a correr otra vez, el tiempo se encargó de hacer girar las agujas del reloj con puntualidad. El muchacho cumplió diecisiete años entre clases y trabajo arduo en las huertas del orfanato, eso era lo que siempre hacía. Los profesores eran severos y los celadores que cuidaban los pasillos y los cuartos cada tanto les pegaban para que se comportaran bien o hicieran silencio por la noche, incluso los obligaban a dormir cuando no tenían sueño. Las marcas rojas quedaban escondidas bajo la ropa.

Con el transcurso del tiempo vio a varios de los chicos que compartían su habitación marcharse y se resignó, entendiendo que él no sería adoptado. Ya era grande para ello y nadie quería adolescentes revoltosos.

El año anterior había llegado un pequeño de diez años, dormía en la cama debajo de la suya. Todas las noches lo escuchaba llorar bajo las sábanas o asustarse cuando los truenos hacían vibrar los cristales del edificio. Aquello no lo dejaba dormir tranquilo porque se reconocía a él mismo a esa edad. Recordaba las preguntas y cuestiones que le habían llenado la cabeza, como «¿por qué a mí? ¿No hay nadie que me quiera en este mundo? Yo no pedí venir a este lugar para vivir así».

Una tarde cálida de primavera, cuando uno de los profesores sacó a los chicos a pasear por el pueblo, Bastian se separó del grupo y se escabulló por la puerta trasera de una juguetería. El encargado estaba ocupado atendiendo a una familia, entonces el muchacho tomó lo que tuvo al alcance de su mano. No era la primera vez que robaba algo, ya lo había hecho con dulces o pan recién horneado. Se le daba bien eso de agradarle a la gente, distraerla y sacarle cosas. Tenía la habilidad de ser sigiloso y esconderse para robar. Pero en esa ocasión sabía que no podía llevarse algo grande o lo descubrirían en el orfanato y se metería en problemas. Tampoco se trataba de comida que podía hacer desaparecer en un minuto sin dejar más pruebas que migajas que podían ocultarse bajo la cama.

Sus dedos se enredaron en un ángel blanco del tamaño de un soldado de juguete. Llevaba puesto un casco dorado, sandalias romanas y tenía una pequeña espada de metal, más un escudo. Detrás de la espalda le nacían alas blancas y su mirada parecía desafiante. Lo metió en el bolsillo de los pantalones y se alejó del lugar para unirse al grupo.

Aquella noche el niño volvió a llorar en su cama, entonces, Bastian

bajó desde la suya de un salto y se arrodilló al lado del menor. Tenía los rulos rubios todos revueltos en su cabeza.

—Tengo un regalo para ti, pero tienes que prometerme que no vas a llorar más —dijo el chico de ojos verdes, mostrándole al niño su puño cerrado—. Lo tengo justo en esta mano, si dejas de llorar y me dejas dormir, te lo doy. Estoy seguro de que te va a gustar.

El pequeño se puso de costado y observó a Bastian con ojos azules llenos de agua. Asintió con su cabeza e hizo un gran esfuerzo por contener el llanto que se le atoraba en la garganta. El muchacho abrió su mano y puso al ángel de pie sobre la cama frente a los ojos del niño, que se abrieron aún más al considerar aquel juguete maravilloso.

—¿Vas a regalármelo? —preguntó con voz débil y desconfiada—. ¿No vas a pegarme como los otros?

—Es tuyo y no voy a pegarte, no soy como los demás —asintió Bastian y sonrió con dulzura—. Pero debes prometerme algo.

—¿Qué cosa? —cuestionó el niño y su mano tomó la figura del ángel y se lo quedó observando embelesado. Luego miró a Bastian a los ojos.

—Cuando tengas miedo le pides al ángel que te cuide y que te enseñe a ser fuerte como él. Vas a ver que no lloras nunca más. ¿Me prometes que vas a ser fuerte y vas a dejar de llorar? —dijo él y le hizo cosquillas en el estómago al otro chico.

—Te lo prometo —dijo el niño entre risas y de repente abrazó a Bastian con fuerza. El más grande no supo qué hacer, pero apretó con afecto al pequeño. Esa noche no derramó una lágrima más y se durmió aferrado a su ángel.

A medida que ese año transcurrió y culminó para volver a empezar, Amadeo, como se llamaba el niño, empezó a seguir a Bastian a todos lados. Se sentaba junto a él en el comedor y lo ayudaba en la huerta cuando cosechaban los vegetales. Bastian juró proteger a ese niño al que consideró un hermano menor, pero había otros a los que eso no les agradaba para nada. No todos los niños del orfanato tenían corazones buenos y solidarios.

Una tarde, en otra de las salidas al pueblo, cuatro chicos de la edad de Bastian comenzaron a molestar a Amadeo. Lo habían arrastrado hasta un callejón donde se apilaba la basura y le habían quitado su ángel. Lo sostenían sobre la cabeza del niño, que saltaba para atraparlo, y se lo lanzaban entre ellos mientras reían a carcajadas y se burlaban de él.

—¡Devuélvanle eso, cobardes! ¿No les da vergüenza meterse con un niño? —dijo Bastian desafiante, sus brazos cruzados y una sonrisa provocadora en sus labios. Los otros se detuvieron y miraron al

muchacho con asco, miradas malvadas pintadas en sus rostros.

—¿Y tú nos vas a detener? No me hagas reír, flacucho —se burló el más alto. Bastian caminó lentamente hasta él, le quitó el juguete con destreza y se lo dio a Amadeo, quien lo tomó y lo presionó contra su pecho.

—Vete de aquí, ve con el grupo —indicó Bastian. El niño lo miró confundido, pero luego salió corriendo y se alejó del lugar.

No era la primera vez que peleaba con alguien, había visto dientes volar después de puñetazos que les daba en la boca a los otros muchachos del orfanato. Él mismo había visto sus labios sangrar y luego recibir el castigo por buscar pleito. Pero en su situación, muchas veces se trataba de ser el más fuerte o morir en el olvido.

—¡Idiota! —dijo el más gordo de los cuatro y le propició a Bastian una patada en la pierna que lo hizo caer al suelo. No había esperado eso para nada y no hubo nada que pudiera hacer contra semejante golpe que le había torcido la pierna.

Los cuatro chicos se abalanzaron sobre él y lo molieron a patadas y golpes. Los puntapiés en el estómago le quitaron el aire y ni fuerzas tuvo para cubrirse la cara. Solo pensó en el rostro de Amanda y Jorge, y en la bondad que le habían mostrado, como si eso distrajera su mente del dolor, y supo que, si tenía que partir, quería irse con ellos.

—¡Basta! Huyamos de aquí, creo que está muerto —supuso uno de ellos, nervioso. Su voz se mezclaba con un zumbido en los oídos de Bastian.

Los pasos apresurados se alejaron y el muchacho se tendió sobre su espalda, con los brazos abiertos hacia sus costados. Tenía la cara y los dientes manchados de sangre, la boca le sabía a hierro y sal, y le temblaba la mandíbula sin parar.

Entre las casas quedaba un espacio abierto y se veía un pedazo de cielo azul, claro y limpio como un mar en calma. Sus ojos se perdieron en el firmamento para olvidarse del dolor que le quemaba los huesos y pensó qué habría hecho de malo para merecer aquella vida tan terrible.

La tierra comenzó a vibrar bajo su cuerpo, primero fue un movimiento leve, casi imperceptible, y luego se convirtió en un temblor constante. Pensó que era un terremoto, no sería la primera vez que sucedía en Las Colinas. Pero de pronto las cajas de cartón y las latas comenzaron a flotar en el aire y las piedras danzaron en espirales.

—Pobre hijo mío —dijo una voz dulce pero potente que hablaba dentro de su cabeza, fuera, en todos lados. El muchacho tenía un ojo casi cerrado por la hinchazón y uno de los párpados se había vuelto de

color violeta—. Una vida tan miserable que culmina con un sacrificio. Eso, en mi libro, merece una recompensa. Puedo hacer que te olvides del dolor, pero únicamente si aceptas venir conmigo y olvidarte de tu humanidad. ¿Vendrías conmigo, muchacho? Tú decides.

Bastian trató de ver quién hablaba, de quién era esa voz tan atractiva que se le metía en la cabeza, le tocaba el alma y lo hacía vibrar con el suelo. Tenía la estatura de una persona, tal vez un poco más alto, pero había tanta luz blanca allí que la imagen era confusa. La voz parecía de hombre, pero cuando ajustó su visión le pareció ver a Amanda y luego a Jorge, incluso a Amadeo. Sin importar quién fuera, aquel ser le estaba tendiendo una mano.

—Sí, creo que iré contigo si me dices que vas a curarme. No sé si es más fuerte el dolor que tengo en el cuerpo o el que me invade el corazón —respondió Bastian, escupiendo sangre y haciendo un gran esfuerzo para tomar aquella mano.

—Te lo prometo, Bastian Amaro —dijo la voz y cubrió el cuerpo del muchacho con miles de destellos blancos, como luciérnagas que se posaban sobre las flores. Ese fue el día que comenzó a tener dieciocho años para siempre.

***

Cuando abrió los ojos se encontró en una cama cálida y confortable con la sensación de haber dormido por siglos, de haber flotado en un mar de paz y calma. Era como haber nacido otra vez.

Primero pensó que estaba otra vez en el orfanato, que Amadeo y los demás lo habían encontrado en el callejón y lo habían curado, pues su ropa de dormir estaba limpia y el cuerpo no le dolía. Pero la cama era enorme y la colcha suave. La ropa que llevaba puesta parecía una bata blanca, era un pedazo de tela que le cubría el cuerpo.

Estaba en otro lado, no era una habitación que conociera, pues nunca había dormido en un cuarto de paredes altas y celestes. Salió de la cama y se dirigió hacia un gran ventanal donde la luz que se colaba era tan intensa que tuvo que cerrar los ojos varias veces para acostumbrarse. No era luz amarilla del sol, sino blanca, y provenía de cuatro torres de cristal transparente que se erguían hasta lo más alto y se perdían entre las nubes. Alrededor de aquellas columnas se extendía una ciudad hermosa, de árboles verdes y ríos plateados que buscaban su camino entre las rocas. Puentes de piedra blanca y casitas pintorescas llenaban los espacios alrededor de lo que parecía una plaza central. A lo lejos se podían ver inmensas montañas de cimas nevadas, eran parecidas a las de Las Colinas, pero, aun así, diferentes.

—¿Qué es todo esto? ¿Dónde estoy? —se cuestionó con las manos

apoyadas en el vidrio, tratando de entender dónde se encontraba.

—Veo que has sanado bien, lo que significa que mi trabajo fue realizado con éxito. No te preocupes, todas tus preguntas serán respondidas. Es entendible que estés confundido ahora —explicó una voz suave de mujer a su espalda. Eso lo hizo girar sobre sus pies de repente, hubiera jurado que estaba solo en aquella habitación.

En el umbral de la puerta, que era más bien un arco, había una chica de cabellos dorados, que le caían sobre los hombros. Llevaba un vestido blanco que tocaba el suelo, ceñido bajo el pecho con una cinta del color de la plata. Sus ojos eran celestes, aún más claro que el de las paredes. El muchacho se la quedó mirando como hipnotizado y ella le sostuvo la mirada, un tanto curiosa.

—Mi nombre es... es... Bastian. Te agradecería si puedes decirme dónde estoy. ¿Qué hospital es este?

—Sé que te llamas Bastian Amaro, lo sabemos todo por aquí —comentó ella lanzando una risilla casi infantil. Sus labios eran pálidos como el rubor de sus mejillas—. Mi nombre es Mina y este no es ningún hospital. Te he terminado de curar y he venido a darte la bienvenida al Paraíso… A Mikah, para ser correcta.

Fue allí que comprendió lo que había sucedido, aquella voz que había escuchado en el callejón se repitió en su cabeza. No había sido un sueño.

—¿Esto es el Cielo? Dios... —interrogó él, tratando de unir las ideas que se arremolinaban en la mente con fuerza—. ¿Mikah?

—La capital del Paraíso. Aquí nacen y viven los ángeles guardianes y algunos guerreros —explicó ella, orgullosa de la información que le estaba proporcionando—. ¿Cielo? Así le llaman los humanos, ¿verdad? ¡Qué interesante! Ahora estás con Dios. Él te salvó, te sacrificaste por ese niño y eso te ha hecho merecedor de un par de alas. Es un gran regalo que no muchos obtienen —comentó Mina sonriente y llena de curiosidad—. Vamos, tengo que presentarte en el Gran Salón.

—¿Voy a ver a Dios? ¿Vas a llevarme con él? —cuestionó Bastian, pensando que en realidad estaba muerto. Los nervios comenzaron a apoderarse de él.

—Ya viste a Dios hace unas horas y serías muy afortunado si lo vieras de nuevo. Tengo que presentarte con los príncipes celestiales —explicó ella y tomó al muchacho de la mano, para arrastrarlo con gentileza fuera de la habitación.

Caminaron por un largo pasillo hecho de piedra, que tenía enormes ventanas y altísimas columnas esculpidas con mucho cuidado y llenas de detalles hermosos. Había galerías llenas de arcos y la luz blanca del exterior que se colaba por allí lo llenaba todo de claridad. A lo lejos se

veía una vasta extensión de pradera verde que culminaba en un inmenso mar azul.

—¿Quiénes son los príncipes celestiales? —preguntó Bastian, maravillado por la majestuosidad del lugar.

—Son arcángeles: Gabriel, Rafael y Miguel… Trata de no mirarlos a los ojos todo el tiempo mientras te dan la bienvenida, no les gusta demasiado —aclaró la mujer, deteniéndose frente a una enorme puerta de roca blanca. Esta estaba adornada con símbolos y dibujos escarbados en la roca—. Aun así, han decidido conocerte antes de tu iniciación.

—¿Iniciación? ¿A qué te refieres? ¿Es algo que tienen que hacer los muertos?

—Querido Bastian, deja de repetir eso. No estás muerto y hoy te convertirás en un ángel guardián.

6. Apariciones

Luego de la noche en que el veneno le fue quitado de la sangre, Amelie amaneció con un resfrío leve debido a que Bastian la había metido en el mar para bajarle la temperatura. Haberla secado cuando la trajo a la casa de nuevo no la salvó de los estornudos y los pañuelos de papel. Él la obligó a quedarse en cama todo el día y le dio sus novelas juveniles para que no se aburriera. La atendió con esmero, le llevó té con limón, miel y jengibre a la cama, y se quedó durmiendo junto a ella cuando Amelie se perdió entre las páginas llenas de tinta, que narraban historias acerca de humanos que se enamoraban de seres extraños o adolescentes que luchaban contra tiranos. No sería un fin de semana de paseo o de explorar los alrededores, sino uno para quedarse adentro y recuperarse.

«Hay cosas que no cambiarán nunca», pensó ella mientras sostenía la taza caliente entre sus manos y observaba a su novio dormir. Él nunca iba a dejar de cuidarla porque lo había hecho siempre, era lo único que conocía, a lo que estaba acostumbrado.

Luego del mediodía Amelie comenzó a quedarse dormida observando cómo los rayos de luz ingresaban por la ventana de manera diagonal y, al caer sobre el piso, bañaban el suelo de madera con su claridad tenue. Miles de partículas de polvo danzaban en la luz y le pareció un espectáculo simple pero hermoso.

Se despertó luego de varios minutos porque sintió movimiento a su lado, era Bastian, que estaba sentado al borde de la cama y sostenía algo en sus manos. Ella se sentó también y posó su mano en la espalda del muchacho de manera suave.

—¿Qué haces, Bas? ¿Qué tienes ahí? Espero que no haya sido una

sorpresa para mí porque acabo de arruinarlo —bromeó Amelie y él la miró, una sonrisa extraña apareció en sus labios; no era feliz del todo, se sentía a medias.

—Desearía que fuera algo bueno como una sorpresa, pero no. ¿Te gustaría mirar un poco de mi pasado? —preguntó dándole a Amelie una caja de madera lisa que ni siquiera sabía que existía.

Bastian se recostó con las manos bajo su cabeza mientras la chica se cruzaba de piernas sobre la cama, junto a él. Apoyó la caja sobre el estómago de su novio y quitó la tapa. No había demasiadas cosas allí dentro: unos cuantos papeles amarillos gracias al paso del tiempo y una fotografía en blanco y negro. También había una libreta de tapas azules gastadas que llamó la atención de Amelie y la tomó entre sus dedos. En la portada y en letras negras decía «Libreta Cívica», sus ojos se movieron hacia el rostro de Bastian. Había escuchado hablar de ellas, eran los antiguos documentos de identidad, lo que significaba que aquel chico realmente había vivido en otra época, y aunque ella lo sabía, era todavía sorprendente tener pruebas de ello.

—Sí, ese es mi documento —confirmó Bastian y sonrió de manera genuina, un poco más animado tal vez—. Tu novio es un viejo, Amy. Un viejo pervertido, como dijiste.

—Tonto, si eso te preocupa, la verdad es que a mí no, en lo más mínimo. Creo que te conservas bien para la edad que tienes —bromeó Amelie y abrió la libreta.

El año de nacimiento no le llamó la atención porque sabía que el muchacho había nacido hacía mucho tiempo, pero otra cosa que no sabía de él se le metió por los ojos, algo muy simple que nunca le había preguntado: su apellido.

—Amaro... Ese es tu apellido... Bastian Amaro, déjame decirte que suena hermoso —comentó Amelie; deslizando un dedo sobre la tinta, le dedicó una sonrisa encantadora que lo contagió y lo hizo sonreír.

Bastian se movió con rapidez y, sentándose detrás de Amelie, la encerró con sus piernas y brazos, y reposó su mentón en el hombro de la muchacha para poder mirar la caja.

—Si mi documento te llamó la atención, espera a que veas la foto, pero no te rías... —dijo Bastian, tomó la fotografía en blanco y negro de la caja, y la levantó frente a sus ojos para enseñársela. En ella se podía ver un grupo de niños y un hombre mayor en el centro, podía haber sido un profesor. Detrás del grupo había un edificio enorme de dos pisos, lleno de ventanas y tejas oscuras en el techo—. Adivina quién de todos soy yo.

—Eres este de aquí —dijo Amelie, señalando un niño al azar.

—Incorrecto, yo soy este —comentó Bastian indicando a un chico

de siete años que estaba un poco más apartado del resto. Llevaba una camisa clara, unos pantalones cortos que le llegaban hasta la rodilla, botines negros y un gorro sobre la cabeza.

—Oh, ¡qué hermoso, Bastian! —exclamó ella y giró su cabeza para besar los labios de su novio—. ¿Qué era este lugar? ¿Tu escuela?

—No, era un orfanato. El pueblo se llama Las Colinas, queda muy lejos de aquí. Está cerca de las montañas, al oeste del país —explicó él y luego le contó a Amelie sobre Amanda, Jorge y el pequeño Amadeo. Todo lo que su madre adoptiva le había escrito en la carta y todo lo que le había pasado hasta convertirse en ángel. Ella lo escuchó con atención, como quien escucha un largo cuento lleno de giros inesperados y situaciones mágicas.

Cuando el muchacho terminó su relato, Amelie se movió un poco y se sentó sobre el regazo de Bastian, sus piernas descubiertas se colocaron a ambos lados del cuerpo de su novio. Ella lo besó con dulzura mientras las manos del chico se posaban en su trasero.

—Lo siento, amor. Habrás sufrido muchísimo, puedo imaginarme en parte lo que se siente no tener familia, pero lo que te pasó a ti es demasiado —dijo ella, su voz casi quebrada mientras sus dedos acariciaban el cabello de Bastian. Por supuesto que era diferente, a ella la habían querido dos familias. A él sus padres biológicos lo habían descartado como una cosa que no servía.

—Está bien, princesa. No te pongas mal por mí, por eso no me gusta hablar mucho de mi pasado.

—El pasado forma parte de lo que somos ahora, Bas. Si no hubiera sucedido, no estarías aquí conmigo. Pero entiendo tu decisión de no hablar de él. Te amo.

—Y yo a ti, eres lo mejor que me pasó en esta larga vida —afirmó él sonriente y besó a Amelie en la nariz.

***

Durante los días siguientes el clima se mantuvo soleado y el agua del mar, que brillaba iluminada por los rayos claros del sol, hacía que el océano se llenara de destellos y que los colores cambiaran cuando las olas se movían. Los dos jóvenes se habían acostumbrado a ver los tonos azules y verdosos del agua en las diferentes horas.

Amelie se recuperó en poco tiempo y, cuando menos se dio cuenta, sus amigos ya estaban de vuelta de su viaje de egresados. Volvieron cargados de regalos o, mejor dicho, de chocolates del Sur, que eran de lo más deliciosos. Nadia había tomado cientos de fotos que compartieron con ella y Bastian, junto con las anécdotas más divertidas y, obviamente, Alexis relató las más desagradables, como

cuando Leo se pasó de tragos y trató de abordar a varias de sus compañeras la noche que fueron a la discoteca.

A fines de diciembre celebraron el cumpleaños número dieciocho de Amelie y también llegaron las festividades de fin de año. Entre tanta alegría y celebración, Amy nunca se enteró de lo que realmente le había pasado la noche en que su sangre salió mezclada con veneno porque Bastian no había querido asustarla y tampoco quería tener que explicar la presencia de la Guardia Divina. Y, aun así, tres voces se repetían en la mente de la muchacha como el susurro de un cuento olvidado hacía tiempo, uno que el viento había soplado entre las ramas desnudas de árboles negros y se había perdido en secreto en un inmenso bosque.

Habían decidido despedir el año que se iba y recibir el nuevo en la casa cerca de la playa. Nadia había insistido en que todos debían vestirse de blanco, ya que había leído en una revista que eso ayudaba a atraer cosas buenas porque el blanco era un color que significaba claridad y positivismo. Luego de mucha insistencia había logrado su objetivo, incluso Héctor apareció vestido con un pantalón y camisa blancos, más un sombrero a la moda. Amy pudo imaginar quién estaba detrás de eso.

Cuando hubieron terminado de cenar el 31 de diciembre, Bastian, Alexis y Héctor encendieron unas lámparas de papel naranja que, al contener fuego en su interior, se elevaron en el aire acompañadas por las luces de los fuegos artificiales que eran lanzados en la cercanía. Las tres mujeres del grupo aplaudieron cuando las lámparas ascendieron hasta lo alto. El cielo se iluminó esa noche y el aire se llenó de buenos deseos.

Unos días después del festejo, una fresca mañana cerca del mar, Bastian se marchó a trabajar en el taller con Alexis. Amelie había quedado en ir a pasear al centro comercial de Puerto Azul con Nadia, pero debía esperarla porque ella pasaría a buscarla en su auto nuevo; era el regalo que había recibido por cumplir dieciocho años. Como era costumbre, Alexis quería hacerle mejoras, pero ni ella ni Héctor se lo permitían, bastante caro le había costado para que el muchacho anduviera metiendo sus manos en el motor. Al era un buen mecánico, pero Nadia necesitaba su auto para movilizarse entre su ciudad natal y la capital, donde iría a estudiar Psicología, no para que estuviera metido en observación en el taller de su novio.

El padre de Alexis se había enfermado en los últimos meses, sus articulaciones estaban viejas y cansadas por una vida de trabajo arduo. Era lo que el doctor le había dicho y también le había prohibido trabajar o su condición empeoraría y perdería la movilidad

por completo. Su hijo lo había acompañado ese día y, cuando había escuchado el diagnóstico, había suspirado y decidido que no dejaría que su padre se arruinara tan de repente. Se había preocupado mucho y lo obligaba a quedarse en la casa, aunque se aburriera, pero la mayoría del tiempo estaba sentado en una mecedora en el taller, observando a los muchachos trabajar y dando indicaciones a cada segundo.

La madre de Alexis se había marchado con otro hombre cuando él era tan solo un bebé recién nacido, pero, a diferencia de Bastian, su padre de sangre se había hecho cargo del niño lo mejor que había podido; a él también lo habían abandonado, al fin y al cabo. El muchacho nunca vio a su madre, ni siquiera cuando su papá quiso mostrarle una fotografía de ella. Alexis entendía que no solo las articulaciones de su cuerpo estaban gastadas, también su corazón. Cuando su amigo había contado esa historia una tarde hacía tiempo, Amelie había pensado que tal vez esa personalidad tan graciosa y sus chistes podían ser una coraza por todo lo que había sufrido. No era la única que había atravesado problemas familiares graves y eso la conectaba aún más a ese chico al que llamaba hermano. Tal vez por eso Bastian y él habían logrado entablar tan buena relación a pesar del incómodo comienzo; tenían algo en común.

Mientras esperaba a su amiga, Amelie había decidido hacerse cargo del jardín trasero, ya que las flores necesitaban cuidado y la maleza parecía crecer con más fuerza en los días cálidos. En ese momento se encontraba arrodillada sobre el césped verde, regando unas rosas que tenían espinas en sus tallos y se hallaban a la sombra de los cerezos, que cada tanto dejaban caer sus hojitas rosadas para coronar la cabeza de cabellos rojos que estaba debajo de sus ramas. Tenía que remover la tierra con una pequeña pala de aluminio para que la vida se renovara allí también y todo siguiera su curso natural. Se había perdido en sus pensamientos y estaba tan concentrada en lo que estaba haciendo que apenas notó la presencia de un gato negro que se había sentado sobre sus patas traseras muy cerca de ella. Fue cuando el animal maulló que notó que tenía compañía y se sobresaltó por un segundo, ya que el sonido irrumpió en el silencio de su concentración. No tenían vecinos, por lo que le pareció raro que anduviera una mascota suelta por allí.

—¡Gatito! Dios mío, casi haces que tenga un ataque al corazón —dijo Amelie, tomando aire y colocándose una mano sobre el pecho, su corazón latía rápido—. Mira qué hermoso eres, ¿estás perdido o solo has venido a visitarme? No me digas que te han abandonado…

Extendió su mano para tocarlo. Su pelaje era corto y sus ojos la

observaban con interés. Se lamió la boca con una pequeña lengua rosada. Sus orejas puntiagudas parecían estar alertas a cualquier sonido o movimiento que le significara una amenaza. Cuando los dedos de Amelie estuvieron cerca del suave pelo negro del gato, este le gruñó y de un zarpazo le rasguñó la mano con sus uñas filosas. El ardor inevitable se hizo presente en la piel rasgada de la chica, y las tres líneas que habían quedado marcadas se volvieron rojas y luego vertieron un poco de sangre.

—¡Gato del demonio! Y yo pensando que eras bueno —exclamó y se apresuró a la cocina. El animal ya se había escapado.

Puso su mano bajo el agua fría de la canilla y eso le produjo un alivio inmediato. Luego de varios minutos, la sangre había dejado de teñir el agua de rojo, pero el rasguño aún dolía. En el baño encontró con qué lavarse la herida para que no se infectara y se puso una venda fina, recordando la mirada profunda del gato. Eso le produjo escalofríos y se dijo que nunca más iba a ser tan confiada con animales que apenas acababa de conocer.

A los minutos llegó Nadia, sonriente y llena de energías como siempre, y se la llevó a pasear por la ciudad. El auto tenía los vidrios bajos y la música en la radio era fuerte, estaban pasando una canción de una banda de chicos que no le pareció tan mala como las otras.

La brisa cálida de verano que les golpeaba la cara hacía que sus cabellos rubios y rojos volaran por el aire con total libertad. Nadia y Amelie se dirigían a tomar un café en Puerto Azul e irían justamente al puerto, donde abundaban las tiendas pintorescas a lo largo de los extensos muelles de madera que se introducían en el mar. No por nada la ciudad tomaba ese nombre, Puerto Azul tenía un viejo puerto y le decían la Ciudad de los Muelles.

—¿Qué te pasó en la mano, Amy? ¿Eso es una venda o alguna moda nueva? Debes ser más cuidadosa, nena —interrogó Nadia, mirando a su amiga un segundo antes de volver la vista a la ruta. Sus dedos golpeaban el volante negro al ritmo de la canción *pop rock*.

—Fue un gato que me encontré en el jardín mientras arreglaba unas rosas. Parecía doméstico, pero luego me rasguñó, el muy ingrato. Lo llamé «lindo» y mira lo que me hizo. —Amelie rio y pensó que todo el hecho había sido tan raro. Ella hubiera esperado lastimarse con las espinas de las rosas, pero las uñas de un gato aparecido de la nada habían causado su herida.

—Odio los gatos por eso. Se creen tan independientes, pero luego se meten en tu cama sin dudar. ¿Era negro? Dicen que son de mala suerte porque acompañan a las brujas.

—Bueno, si crees en ello, de seguro te traen mala suerte. A mí me

parece pura superstición. Digamos que elijo en qué seres creer —comentó la chica, dándose cuenta de lo que había dicho. Estaba segura de que Nadia no se lo iba a dejar pasar. Nunca lo hacía ante ese tipo de comentarios.

—En vampiros no crees porque los detestas, incluso al bombón de Edward Cullen… —recordó Nadia, retomando aquella vieja broma—. ¿En qué crees entonces? ¿Solo en Dios? —agregó la rubia, moviendo un poco de cabello que había cubierto su rostro. Varios autos pasaron a su lado a toda velocidad, los motores rugían con fuerza.

—Bueno, creo en las cosas que experimento y veo. Creo que es acertada la frase que dice «ver para creer». Tal vez en seres que nos cuidan… —arriesgó a decir.

Antes, cuando había descubierto lo que era Bastian, cuando había conocido su mundo, nunca se le había cruzado por la cabeza contarles cosas a sus amigos, pero ahora que todo había cambiado le hubiera gustado compartir algo con Nadia. Sin embargo, no estaba segura de si ella le iba a creer o cómo iba a reaccionar. Y, si lo hacía, eso afectaría a Bastian porque la verdad tenía que ver con él, así que era uno de esos secretos que se llevaría a la tumba.

—A veces dicen que cuando nuestros familiares mueren se convierten en nuestros ángeles guardianes. Me parece un lindo pensamiento, nos hace tenerlos cerca. ¿No crees? Seguro Martina anda cuidándote las espaldas —dijo Nadia con una sonrisa gentil y Amelie sonrió también recordando a su hermanita.

—Entonces creo en los ángeles guardianes si tengo un angelito tan especial como Martina. Aunque, si llega a gritar como lo hacía, me va a dar un tremendo susto —respondió ella con dulzura, encontrando la respuesta perfecta sin revelar nada.

—Pero, en tu caso, creo que tienes un guardián de carne y hueso. No necesitas de los ángeles, amiga.

Eso desconcertó a Amelie porque se había quedado pensando en su familia. ¿La visitarían por las noches cuando dormía? ¿Podrían verla desde el Paraíso?

—¿A qué te refieres, Nadia?

—Bueno, es obvio. Me refiero a Bastian. Si no te sientes protegida por ese hombre, debes estar loca o ser una completa insensible —bromeó Nadia y las dos rieron.

Amelie estaba segura de que, si le daba dos pistas más a su amiga, ella podía arribar a las conclusiones correctas y averiguarlo todo.

Cuando llegaron al puerto viejo, dejaron el auto estacionado cerca de la calle y comenzaron a andar por el largo pavimento de adoquines sobre el cual estaban todas las tiendas: cafeterías, panaderías y

librerías. Era la zona gastronómica y cultural por excelencia en la ciudad. De la ancha calle que se extendía por kilómetros se desprendían pequeños muelles de madera, donde botes y yates se encontraban amarrados y se movían suavemente con el vaivén del mar. Algunos muelles tenían miradores cuando se llegaba al final y servían para sentarse en las bancas a observar el inmenso océano y dejar que el agua que llegaba hasta las rocas blancas salpicara el rostro.

Eligieron una cafetería que tenía macetas con flores rosadas en las ventanas y toldos rojos sobre ellas. Las mesas y sillas eran de madera marrón barnizada y todo lucía tan pintoresco, como sacado de un cuadro que ilustraba alguna calle de París. Había altos faroles negros a lo largo de la callejuela y flores de todos los colores adornaban el lugar, el aroma del café y las masas dulces perfumaba el aire.

Las dos amigas se pasaron media hora hablando de los planes a futuro, de las carreras que habían decidido seguir; Nadia había optado por Psicología y Amelie aún no estaba segura, pero sabía que se relacionaba con el arte, tal vez fotografía, pintura o ambas cosas a la vez. Pronto comenzaría a trabajar con Clara en la galería y ella le enseñaría los gajes del oficio y también a reconocer las diferentes escuelas de pintura. Pero lo que más le interesaba era volcar todo lo que tenía dentro, todo lo que se había guardado en el pecho y pedía caer sobre el lienzo blanco para darle vida a esos sentimientos que necesitaban escapar. A través de imágenes contaría su peculiar historia.

Entre charla, capuchinos y magdalenas con glaseados de diferentes colores, el tiempo comenzó a pasar mientras algunos barcos se perdían en el horizonte. El humo de sus chimeneas subía al cielo en líneas grises, como si fueran lazos que querían atrapar las gaviotas blancas que cantaban y volaban en círculos sobre el mar.

Nadia hablaba sin parar, como de costumbre, rememorando algunas cosas que no le había contado del viaje de egresados, como si eso fuera posible. Fue allí que, disimuladamente, los ojos de Amelie se dirigieron hacia el final del muelle que tenían delante de ellas.

El corazón se le detuvo por un segundo en el pecho y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Dejó de prestarle atención al mundo en el que se encontraba para volver unas semanas atrás, a un viejo miedo y a un puente olvidado que conectaba el bosque y la ciudad. Las palabras de Nadia eran solo un eco en sus oídos en ese momento.

Observó a una mujer alta que iba vestida de negro, la tela la cubría por completo. Parecía de otra época porque sus puños y cuellos llevaban volados de encaje negro. A pesar de estar un tanto lejos,

pudo notar que sus labios estaban pintados de rojo intenso como las cerezas en verano. Su cabellera azabache, oscura como los mares más profundos, se ondulaba en el viento y atrapaba las partículas de agua que estallaban contra las rocas. A su lado, sentado sobre sus patas, había un inmenso perro negro con las orejas paradas. Ambos habían fijado en ella sus malvados ojos de color amarillo.

—Zaira... —atinó a decir Amelie cuando el perro comenzó a correr en su dirección. Las palmas de sus manos comenzaron a sudar y el terror se apoderó de ella.

—¿Qué demonios te pasa, Amy? —preguntó Nadia.

Eso la sacó de su trance, se enfocó en los grandes ojos claros de su amiga y al segundo recordó al perro, que más bien parecía un lobo y ya debería estar por alcanzarlas. Cuando movió sus ojos otra vez, no pudo verlo. Se quedó desconcertada al observar el muelle otra vez; el animal se había desvanecido en el aire como un fantasma.

—¡Zaira! —exclamó en voz alta justo cuando una mujer se dejaba caer de espaldas al mar, su vestido negro flotaba en la brisa de verano. Amelie casi tumbó al suelo su silla al levantarse y corrió por el muelle a toda velocidad, mientras la madera crujía bajo sus pies y el mar rompía furioso contra las rocas blancas. Llegó hasta el borde casi sin aliento para encontrarse con la nada misma.

—Yo te vi, yo te vi... Estabas aquí.

—Amiga... ¿Qué te pasa? Estás como loca y no dejas de mencionar a Zaira. Nunca pensé que esa persona fuera tan importante como para siquiera recordarla —exclamó Nadia, que había tenido que correr detrás de ella ante las miradas curiosas de las demás personas en la cafetería.

Amelie no dejaba de ver el agua con la esperanza de ver al demonio, no porque la idea le agradara, sino para comprobar que no se estaba volviendo loca.

—Perdón... Yo pensé que la había visto. ¡Tú no sabes nada! —dijo enojada de repente y las cejas de Nadia se alzaron con sorpresa.

—Mira, Amelie, yo no voy a ser la clase de amiga que se ofende enseguida y se va enojada como una idiota sin hablar las cosas. Es la primera vez que me gritas de esa manera... —dijo Nadia y Amelie suspiró, sintiéndose culpable—. Hace unas semanas estuviste muy rara y no nos hablabas, lo recuerdo bien. Parecías encerrada en tu cabeza, pero creo que prefiero a la Amy que me grita cuando está enojada y que espero que me cuente qué carajo le está pasando, no a la que no me dice nada.

—Lo siento... Lo siento mucho, en verdad —se disculpó, creyendo que era la primera vez que Nadia le hablaba así—. Hay algo que no te

dije, que no les conté a ti y a Alexis... pero Bastian lo sabe.

¿Sería capaz de revelar la verdad o parte de ella? Tenía que pensar bien sus palabras o podrían descubrirlo todo. Volvieron a la mesa con lentitud y, luego de unos tragos de agua, Amy decidió hablar.

—¿Recuerdas lo que sucedió con Lucas aquella noche que fuimos a bailar?

—Sí, nunca me voy a perdonar habértelo presentado, pero fue...

—Zaira... Eso ibas a decir, ¿no? —interrogó Amelie y Nadia asintió, notando cuán pensativa estaba su amiga—. Zaira te lo presentó.

—Estás en lo cierto, no dejaba de hablarme de él y sobre cuánto Lucas te observaba en el colegio y cuánto quería hablarte, pero no se animaba.

—Mira, yo no quiero hacerte sentir peor, pero minimicé lo que sucedió aquella noche. Lucas trató de... —Intentó usar una palabra que no sonara tan fuerte—. Tocarme sin mi consentimiento, quiso hacerlo a la fuerza. Y recordé que me habías dicho que Zaira te había hablado de él y esa misma noche, en la disco, ella estaba allí, moviendo los hilos para que sí o sí me encontrara con él. Al principio estaba mareada y no pude verla bien, pero era ella.

—Amiga... Creo que tienes razón. ¡Me siento tan estúpida! —comentó Nadia con tono torturado—. Pero ¿qué te hizo recordar todo eso? ¿Por qué enloqueciste hace un rato?

—Creí ver a una chica parecida a Zaira y pensar en todo eso me hizo explotar, por eso corrí hasta el muelle, para respirar un poco de aire fresco y ver el mar, eso siempre me calma —mintió a medias. ¿Qué le iba a decir? No podía hablar de una mujer que se arrojaba al mar sin dejar rastros—. Nadia, sé que Zaira abandonó la ciudad, Bastian se enteró de ello. Pero necesito saber qué pasó con Lucas y tienes que ayudarme. Si trató de hacerme eso a mí, podría habérselo hecho ya a otra chica o lo seguirá haciendo. Con todos mis problemas, dejé eso para el final.

—¡Ay, Amelie! Lucas no vive más en esta ciudad. Lo único que supe es que él y su familia se marcharon, tal vez a otro país. Ha habido comentarios sobre sus padres, estafas millonarias, entre otras cosas más extrañas que problemas con el dinero —dijo Nadia mirando hacia el mar por un instante como si estuviera recordando.

—¿Qué? ¿A qué clase de cosas te refieres?

—Cosas raras, como que su familia pertenece a cultos paganos que se realizan desde hace años. Rumores de brujerías y pactos con el diablo. Las mismas idioteces que la gente de pueblo chico siempre inventa. Pero, aun así, no era de las mejores familias de Puerto Azul,

entre ellos se cubrían cada cosa mala que hacían.

—Lo sé, voy a decirte algo que no sabías. En el garaje de la casa de Lucas estaba la misma camioneta que embistió el auto de mi familia el día del accidente. Estoy segura de que era la misma, la patente de ese auto se me quedó grabada en la mente. He podido ver esos números y letras en mi cabeza en cada pesadilla que he tenido luego de eso.

De inmediato, la chica rubia tomó la mano de Amelie, no podía creer todo lo que su amiga se había estado guardando, todo el dolor que cargaba dentro, y ahora entendía la razón de sus cambios de humor.

—Lo siento... Te juro que no sé qué decir en este momento.

—Lo único que debes prometerme es que no le dirás nada a Al, no quiero meter más gente en este lío. Pensé que había dejado todo esto en el pasado, pero las cosas malas siempre vuelven para atormentarnos.

—No pienses así, pero prometo que no le contaré nada. Estoy segura de que, si Lucas todavía estuviera en Puerto Azul, Al convencería a Bastian de ir a darle una golpiza y no quiero tener que visitarlo en la cárcel cuando vuelva los fines de semana de la capital —bromeó Nadia para lograr que su amiga levantara un poco su ánimo. Ambas rieron, un tanto más animadas ahora, y Nadia no soltó la mano de la otra chica en ningún momento.

Las amigas caminaron sobre el crujiente muelle de madera otra vez y se sentaron en una banca casi al borde. Observaron al sol naranja descender sobre el mar, las aguas volvieron a cambiar de color y las gaviotas se alejaron a otras costas.

El rostro de esa mujer se había quedado grabado en los ojos de Amelie, podía ver que se hundía en el mar como una princesa maldita. Imaginó que su cuerpo descendía lento, se envolvía en algas verdes y, llegando hasta lo más oscuro y profundo, acarreaba con ella toda la maldad que había pensado que se había quedado atrás cuando la derrotaron. Su mirada se quedó fija en las olas hechas de espuma blanca, su mente era un océano inquieto que poco a poco se revolvía y se tornaba negro.

7. Acechada

La mañana siguiente, Bastian despertó a Amelie con un beso cálido y ruidoso sobre la frente, le tomó la mano de manera gentil y notó que el rasguño del gato había comenzado a desaparecer; la marca de la herida se había vuelto rosada. En algún otro momento, hacía no tantos días atrás, habría podido posar su mano en la piel de la muchacha, recitar una frase angelical y los tejidos se hubieran entrelazado y reconstruido al instante. Pero ahora le era imposible, todo proceso de sanación natural se hacía demasiado lento y eso le generaba una sensación de impaciencia que era molesta.

Cuando Amelie le había contado lo que le había sucedido, le había parecido gracioso y le había hecho bromas por un rato, pero ella se había molestado porque pensó que la estaba tratando de tonta. Bastian le había recomendado no ser tan confiada con los animales salvajes de la zona.

Amelie abrió los ojos de a poco cuando sintió los labios del muchacho sobre la cabeza. Parecía que despertaba de un largo sueño y, apenas sus párpados se abrieron, la luz se le metió en los ojos de color miel y se volvieron dorados por un momento. Los rayos del sol que atravesaban la ventana inundaban la habitación, sus labios se curvaron en una sonrisa y eso hizo que Bastian olvidara sus planteos y tal vez sus lamentos por no tener poderes como antes. Todo se le iba de la mente cuando ella lo miraba así, como si él fuera su única razón para sonreír de esa manera.

—Buen día, remolona. Te dejé unas tostadas y en la cocina hay café caliente. Lamento no haberte preparado algo mejor, pero llego tarde al trabajo y no me dio el tiempo. —Su mano descansaba sobre el

estómago de Amelie.

—Gracias, Bas —dijo ella; sentándose en la cama, se acomodó su cabello—. No te preocupes, que eso ya es demasiado y sabes que no como mucho. Recuérdame decirle a tu compañero de trabajo, ¿o debo llamarlo jefe?, que sea más flexible con los horarios de llegada.

—¿Alexis, un jefe? No me parece —comentó Bastian sonriente y sacudió la cabeza despacio—. Debo reconocer que es más divertido que el anterior, tiene más sentido del humor.

El chico se puso de pie y comenzó a dejar la habitación, pero, justo cuando estaba por cruzar por la puerta, su novia lo llamó.

—Hablando en serio, amor. Dile a Alexis que te dé un respiro, no necesitamos tanto dinero. Entiendo que mi amigo precise ayuda ahora que su papá no está bien, pero no quiero un novio que esté siempre cansado, que se va temprano de casa y vuelve tarde por la noche. También sé que debería buscar una ocupación, pero me aburro muchísimo aquí sola.

Bastian giró sobre sus pies y miró a Amelie, un leve suspiro escapó de sus labios. Temía que ella le hiciera un planteo como ese en algún momento y la hora había llegado.

—Te he estado descuidando, ¿no es así?

—No, no pienses eso. Estás más que presente cada día de mi vida. Solamente no quiero que te canses de la vida de humano tan rápido. —Sonrió de manera cálida—. Pero ve a trabajar y esta noche te esperaré con una cena deliciosa, algo romántico, y luego te tendré solo para mí —agregó viéndolo de tal manera que parecía que quería comérselo con la mirada, mientras se mordía el labio inferior de manera seductora.

Ante esas palabras y el gesto de Amy, Bastian corrió por el piso de madera y saltó sobre ella, sus rodillas y codos a ambos lados del cuerpo de la chica. Le besó la piel detrás de la oreja porque sabía que ella se estremecía con eso. Sus manos le acariciaron los costados del torso y bajaron hasta sus muslos. Amelie dio pequeños gritos y se rio mientras sentía los cálidos labios de Bastian en todo su rostro.

—Guarda un poco de energía para la noche, leoncito.

—¿Leoncito? Yo diría que soy un gran león, una bestia salvaje —bromeó Bastian, besando la nariz de Amy con ternura.

—¿Ves? Eres extremadamente tierno, por eso leoncito te queda mejor. Aunque eres mi bestia *sexy*. —Ella rio y le palmeó el trasero.

—¡Eh! No toques lo que no vas a comprar. Tendrás que esperar hasta la noche —bromeó él, guiñando un ojo—. Te amo, preciosa. No me extrañes mucho y deja eso para mí. Te extraño cada segundo que no estamos juntos.

Casi no pudo terminar la frase porque los labios de Amelie se estrellaron contra los de él y se fundieron en un apasionado beso de despedida.

***

Cuando el muchacho abandonó la casa y luego de unas horas, Amelie caminó por el pequeño corredor, rozando las paredes de madera con sus dedos y oliendo aún el perfume de Bastian en su piel. A pesar de algunas cosas extrañas que le habían pasado, llevaba una sonrisa pintada en la cara todos los días, se sentía plena y feliz. Abrió la puerta corrediza de la cocina, de inmediato las cortinas flotaron en el aire y la brisa le acarició las piernas desnudas, pues aún llevaba su camiseta para dormir.

Vertió café en una taza de porcelana blanca y sintió su calor entre los dedos cuando la tomó. Caminó hasta el porche delantero de la casa, la madera se sentía fría bajo sus pies. Apoyó una mano sobre la baranda blanca y observó el mar, tan inmenso como hermoso y nunca apacible.

Mientras bebía café miró hacia arriba, los cuervos parecían haberse instalado en Playa Calma. Las aves volaban en círculos bajo un cielo perfecto sin nubes, eran pequeñas manchas negras que se movían en un lienzo azul, incansables y eternas.

Fue al ver el mar que recordó la imagen del día anterior. Su mente conjuró la figura de un lobo negro que corría hacia ella y una mujer muy parecida a Zaira que se dejaba caer en el océano furioso. No le había contado nada de lo que había sucedido a su novio, tan solo lo había encerrado en una pequeña caja de cristal y lo había guardado en su pecho, como hacía con tantos otros sentimientos que pensaba que era mejor que se quedaran entre las sombras. No tenía caso decirle algo como eso. Además de pensar que era tonta, creería que estaba demente.

Sin embargo, a ella no la asustaba el hecho de estar volviéndose loca, sino la certeza de lo que había visto. Antes había podido ver ángeles, ¿por qué no ver fantasmas o cosas raras ahora? Y, luego, una inquietud le oprimió el corazón cuando pensó en la manera en la que había tratado a Nadia. Tenía tantas ganas de contarle todo y que Alexis lo supiera también, deseaba que le creyeran, entonces podrían entenderla. Podrían comprender todo lo que le había le pasado y por qué se había comportado de manera tan extraña antes. Pero no podía, una de las ventajas de que ellos no supieran nada era que no se verían arrastrados a ese mundo que no era para nada seguro. Estaban mejor lejos de los ángeles y los demonios.

Abandonó el porche de madera de la casa y bajó los pocos escalones que la conectaban con la arena. Pudo sentirla debajo de ella, se le incrustaba en los pies al caminar mientras bebía café y se acercaba al mar, pensativa. El lugar que Bastian había elegido para vivir era hermoso, tranquilo, y se podían apreciar los mejores amaneceres y atardeceres. Llegó hasta la orilla, pero no se animó a mojarse los pies; el agua debía estar muy fría a esa hora de la mañana y no quería tener un resfrío como el de hacía un par de días. Más ideas y recuerdos la atacaron.

«Eso sí que fue extraño», pensó cuando vio el agua transparente y se puso a reflexionar mientras el viento le revolvía el cabello, como una brisa que avivaba una llama.

Tal vez había estado desvariando a causa de la fiebre, pero había sentido la presencia de otras personas en la habitación ese día. Bastian estaba hablando con alguien, aunque no lo quisiera reconocer, y sintió que algo le estaba ocultando, estaba segura de ello a pesar de que no quería afrontarlo, porque eso significaba que él era capaz de mentirle.

Luego recordó el moretón y su desaparición tan repentina, e incluso se cuestionó el porqué de aquella fiebre si había estado en buenas condiciones los días previos. También había encontrado su ropa de dormir mojada en un canasto en el baño al día siguiente. Cuando quería escapar de los problemas, más cuestionamientos la invadían.

Unos graves graznidos la sacaron de su trance y la hicieron mirar hacia el cielo, los cuervos que hasta hacía un rato habían estado volando de manera calma ahora lo hacían más deprisa. En el momento en que sus ojos se posaron en la bandada de pájaros, notó cómo uno de ellos se separaba del círculo, tomando la iniciativa, y los demás hicieron lo mismo, siguiendo la coreografía del líder. Amelie se había quedado en un estado de confusión observando a las aves cuando se dio cuenta de algo aterrador: se dirigían hacia ella a toda velocidad. Soltó la taza, que manchó la arena de negro café, y comenzó a correr hacia la casa tan rápido como pudo.

—¡Maldición! —exclamó mientras apuraba el paso. Podía sentir el aleteo y los horribles graznidos a sus espaldas. Se imaginó que agresivos picos y uñas filosas desgarraban su piel y la manchaban de sangre.

Subió los tres escalones con un solo salto para entrar en la casa, azotó la puerta al cerrarla y descansó su espalda en ella para recuperar el aliento. Cientos de cuervos revolotearon en la galería, chocaron contra las ventanas e inundaron el aire con gritos horrendos. Amelie se deslizó hasta el piso y cubrió sus oídos, el corazón le latía

rápido y con fuerza. Los graznidos eran graves e infernales y la chica no pudo soportar tanto alboroto.

—¡Váyanse! ¡Déjenme tranquila! —gritó con toda la fuerza de su garganta y sus pulmones, y algo todavía más extraño ocurrió. Los vidrios de las ventanas delanteras explotaron en mil pedazos e, hiriendo a los cuervos, los mancharon de sangre. Una lluvia de pequeños diamantes bañó a los pájaros negros, que se alejaron a toda velocidad lanzando graznidos ahogados, como si estuvieran lastimados y frustrados a la vez, si eso era posible.

Amelie corrió hasta su habitación y tomó su celular rápidamente, solo alguien podía hacerla sentir segura y esa persona también tendría que darle respuestas. Ese alguien se llamaba Bastian Amaro.

***

Había música fuerte en la radio y la puerta de metal roja del taller estaba abierta de par en par. Los autos iban y venían por las calles del centro, y llenaban la ciudad de ruido, movimiento y contaminación.

Bastian tenía las manos engrasadas y llenas de aceite para motores. En el auto de al lado o, más bien, debajo de él, se encontraba Alexis. Habían estado trabajando desde temprano, tenían dos autos que reparar y entregar ese mismo día, dos trabajos que cobrarían muy bien.

El taller no era muy grande, por lo que no podían tomar más de dos o tres autos por día, pero esperaban que las cosas mejoraran. Tal vez podrían alquilar algún viejo garaje abandonado y sus clientes podrían dejar sus vehículos allí mientras esperaban su turno para ser atendidos. En este no tenían estacionamiento o lugar disponible para que las personas dejaran sus coches.

El celular de Bastian sonó y vibró sobre un barril cubierto de herrumbre, pero él no lo escucho ni de casualidad. Estaba concentrado en lo que estaba haciendo porque quería ser bueno en su tarea y así serle útil a Alexis. A medida que trabajaba, aprendía cosas que su amigo le enseñaba, pero sus charlas no eran solo acerca de autos y motores, sino más bien mundanas. Hablar de cosas normales que no tenían que ver con batallas o perseguir demonios no le parecía para nada desagradable.

—¿Cómo va la convivencia, hermano? ¿Todo en orden? —preguntó Alexis en voz alta, la música en la radio era fuerte y los sonidos de la calle, que se colaban por la puerta, creaban un ambiente de ruido molesto para conversar.

—Yo diría que va de maravilla, vamos descubriendo cosas poco a poco y nos estamos acostumbrando a ello.

—Apuesto que vivir con ella te da la posibilidad de tener intimidad a cada hora del día. Desde ya te estoy envidiando. Ya quisiera tener a Nadia para mí todo el día —bromeó Alexis, haciendo ruido con sus herramientas bajo el auto. Bastian podía imaginar su sonrisa pícara.

—Bueno, eso es verdad. Y no es que quiera dármelas de campeón, pero prácticamente todos los días hay tiempo para el amor. —El chico de ojos verdes rio mientras reparaba el motor—. Pero pienso que se debe a que es el comienzo. No creo que sea así toda la vida, aunque no me molestaría. Nuestros encuentros son bastante intensos y siempre termino con rasguños en la espalda, y Amelie...

—OK, no quiero saber más porque estás hablando de mi hermana. Mi error por tocar el tema, no quiero imaginar cosas que no debo —dijo Alexis y lanzó una carcajada.

—Mejor así, hermano. Te estaba poniendo a prueba, sería demasiado raro contarte los detalles.

El celular volvió a sonar y esa vez pudo escucharlo, ya que la canción que habían estado pasando en la radio justo terminó. Se limpió con un trapo que estaba incluso más sucio que sus manos y tomó el celular.

—¿Qué sucede, Amy? —preguntó Bastian y escuchó a su novia hablar por unos minutos—. Voy hacia allá, amor. Quédate en la casa y trata de calmarte.

El muchacho tomó las llaves que llevaba en uno de sus bolsillos, Alexis había abandonado su lugar y ahora estaba parado junto al auto que había estado arreglando.

—¿Qué pasó, *bro*? ¿Amy está bien? Sonabas preocupado —interrogó Al, mirando a su amigo mientras limpiaba sus manos con el mismo trapo que había usado Bastian.

—Bien, asustada. Parece que unos idiotas lanzaron piedras a las ventanas de la casa y rompieron los vidrios. Se llevó el susto de su vida —mintió otra vez y no le estaba gustando para nada, pero ¿qué se suponía que Alexis iba a pensar acerca de unos cuervos asesinos?—. Volveré en cuanto pueda. Puedes descontarme las horas que no trabaje. Tendré que ir a comprar unos cristales nuevos y luego volver a la casa y colocarlos, o nos moriremos de frío por la noche. Se pone fresca la madrugada frente al mar.

—Nada de descuentos, ve y encárgate de todo. Luego me avisas si necesitas ayuda para cambiar el vidrio. Y dile a Amy que, cuando sepamos quiénes fueron los idiotas, se van a llevar la golpiza de su vida —comentó el chico rubio, demasiado molesto porque él había sido testigo del trabajo y el dinero que le había costado a Bastian poner en condiciones su hogar.

Los dos golpearon sus manos en el aire y Bastian se apresuró a la calle, donde su auto estaba estacionado bajo unos árboles frente al taller.

—¡Maldita sea! —gritó Bastian, sintiéndose frustrado, y golpeó el volante del auto con una mano. Primero, el moretón; luego, el gato, y ahora, cuervos. ¿Qué demonios acechaban a Amelie esa vez? Todo estaba volviendo a suceder, el equilibro del que ella siempre hablaba. Era algo que parecía que nunca tendría fin, se repetiría por siempre al igual que la noche seguía al día.

Recordó un cuento que había oído en Mikah sobre una serpiente verde que se mordía la cola, una metáfora para el hecho de nunca acabar. Y el acecho no terminaría nunca, a menos que hiciera lo único que podía hacer. Eso destruiría a Amelie por completo, pero al menos le daría una vida tranquila en la que no se sentiría perseguida nunca más.

El motor de su Chevy puso en sonido la furia que el muchacho cargaba dentro al rugir, las ruedas quemaron el asfalto y la polvareda se elevó en nubes cuando el auto comenzó a andar a toda velocidad hacia Playa Calma.

Antes de entrar en la casa, Bastian notó lo vidrios hechos añicos en el porche y que decoraban la madera. Ni siquiera había tenido tiempo de pasar por las tiendas para comprar cristales nuevos, no había querido perder un segundo porque su novia había sonado muy asustada. No había restos de cristal en las ventanas, los vidrios habían estallado por completo. El panorama lo hizo suspirar y apresurarse a entrar.

Encontró a Amelie con la vista perdida en el cuadro de la mariposa que estaba sobre la chimenea de piedra. Parecía que el azul casi fluorescente de la pintura se la estaba llevando de a poco, sus pies estaban sobre el sofá y sus brazos alrededor de sus rodillas. Ni siquiera lo había oído entrar y sentarse junto a ella.

—Ya estoy aquí, Amy. ¿Quieres contarme lo que sucedió? —preguntó él en un tono dulce y comprensivo mientras sus dedos acariciaban el pelo rojo de la chica.

—Esta vez fueron cuervos y hace días un gato junto con un perro enorme que corrió hacia mí y Nadia antes de desvanecerse en la nada. El año anterior un cuervo se estrelló contra mi ventana. Lo peor de todo es que me pareció… me pareció ver a Zaira —comentó ella, mirando a Bastian a los ojos y contándole por fin lo que había sucedido cuando visitó el puerto viejo con su amiga.

El muchacho se sobresaltó al escuchar eso último.

—Zaira no existe más, tú lo viste. Yo la derroté, amor.

—Lo sé, por eso es que he empezado a dudar de si mi mente tiene algo que ver en todo esto. Creo que está jugando conmigo, haciéndome ver cosas. La última vez que me sentí de esta manera, me enteré de que un demonio me había estado manipulando, diciéndome cosas al oído y metiéndose en mis sueños. ¿Por qué debería ser diferente ahora? —cuestionó ella, mirando hacia las ventanas rotas y sintiendo los dedos de Bastian enredarse en su pelo.

El muchacho se mordió el labio como si tratara de no soltar palabra, porque sabía la respuesta, o al menos pensaba que aquello podía tener que ver con lo que le estaba sucediendo a su novia. Tal vez albergaba la esperanza de ser capaz de resolverlo todo sin tener que arrastrarla otra vez al mundo de los problemas celestiales. Justo cuando había hablado con su amigo del orden, las cosas se salían de su cauce otra vez.

—No sé qué decir, Amy... —dijo él, omitiendo detalles que lo asaltaban, pero no era bueno para mentir. Se le notaba en los nervios y en la expresión de sus ojos. Le faltaban años de ser humano y ella los tenía todos, así que podía darse cuenta de las cosas—. Tal vez podríamos consultar con un experto si eso te hace sentir más tranquila. Nadia va a estudiar Psicología, tal vez conozca a un buen profesional.

Ante aquellas palabras, la muchacha volvió a mirar al chico a su lado. Tomó su mano, que seguía jugando con su cabello, y lo detuvo al instante para apartarla.

—¿Me harías pasar por eso? ¡Qué fácil te has creído el cuento de que estoy loca! Se supone que, si tu chica dice que es fea, tú le dices que es hermosa. Si ella misma te dice que está loca, tú le dices lo contrario. —Suspiró frustrada—. Bastian, tal vez pienses que soy una tonta que no se da cuenta de las cosas, pero estás muy equivocado. Dejé de ser una tonta hace mucho tiempo, cuando decidí salir de mi cuarto rosa lleno de mariposas.

El muchacho se quedó congelado sin saber qué decir. Amelie no había levantado el tono de voz en ningún momento, pero había sonado tan fría, dura y decepcionada de él que no parecía ella. Había dicho que lo había estado probando. ¿Qué teorías se había creado?

—¿A que te refieres? Yo nunca te subestimé...

—Me refiero a que aquí está pasando algo raro, pero tú te guardas las palabras como si fueran un tesoro. Las veo en tus ojos, pero no salen de tu boca. Dime una cosa... ¿Dónde está ese moretón que me hacía tener calambres que por poco me tiraban al suelo y te tenía tan preocupado? ¿Desapareció por arte de magia? Tan mágicamente como apareció aquella fiebre sin que estuviera enferma —replicó Amelie,

penetrando a Bastian con la mirada. Siempre había podido ver su honestidad en esos hermosos ojos verdes y le había creído sin dudar, pero esa vez ese verde era distinto, se había vuelto más opaco y turbio, como el fondo de un arroyo que esconde cosas perdidas entre las algas.

—Amy… Por favor, cálmate.

—Lo he hecho demasiado. Te dije que había escuchado voces en la habitación aquella noche, pero tú me dijiste que estaba delirando. ¿También sentí ganas de ir a nadar? Porque al otro día encontré mi ropa mojada en el canasto del baño. Tú me secaste el cuerpo, pero no recuerdo haber ido a darme un chapuzón en el mar. No tengo recuerdos claros de esa noche, solo imágenes y sonidos borrosos. Pero una fiebre humana no tiene esas consecuencias.

Bastian cerró los ojos un momento y suspiró, derrotado. No le gustaba para nada el tono sarcástico de Amelie, le hizo recordar aquellas primeras veces en las que ella lo trataba mal todo el tiempo. Sin embargo, no podía culparla. La chica se había vuelto madura e inteligente, y estaba acostumbrada a que él le dijera toda la verdad. Él la había adaptado a esos modos y ahora estaba mintiéndole. Ocultar información a Alexis era una cosa, pero Amelie, quien conocía su mundo, quien no era ajena a lo paranormal, no se merecía aquello. La culpa creció en su corazón y lo enredó de espinas filosas que le hacían doler.

—Me siento como un completo idiota, Amy. Un grandísimo idiota. Ven, debes saber toda la verdad, te lo mereces.

***

El muchacho la llevó hasta la orilla del mar y Amelie sintió un poco de frío en las piernas. Todavía no se había vestido y llevaba puesta aquella camiseta de dormir que había usado la noche anterior. La brisa marina le acarició la piel y la besó con pequeños granos de arena y hojas verdes.

—¿Por qué aquí? ¿No podías decírmelo en la casa? Tengo miedo de que algún animal me ataque de nuevo, y como he comprobado que soy propensa a ello... —cuestionó sintiéndose sumamente confundida.

—No te preocupes, eso no va a suceder ahora y era necesario venir hasta aquí —dijo Bastian mientras se quitaba los zapatos y las medias. Amelie no tenía ni la más mínima idea de lo que el chico estaba haciendo cuando lo vio caminar hasta que el agua le cubrió los pies. ¿Se había vuelto loco él ahora?

—*Sancte Michael Archangele, defende nos in proelio, contra nequitiam et insidias diaboli esto praesidium. Imperet illi Deus, supplices deprecamur:*

tuque, Princeps militiae coelestis, Satanam aliosque spiritus malignos, qui ad perditionem animarum pervagantur in mundo, divina virtute, in infernum detrude. Amen —recitó en voz alta y, justo cuando Amelie quiso decir algo, un relámpago ilumino la playa y, cayendo en el mar, produjo un terrible estruendo.

Las aguas se levantaron furiosas y crearon una pared más alta que cualquier edificio de Puerto Azul, era imponente y majestuosa. Bastian tomó a Amelie de la mano y retrocedieron hacia la arena.

La chica no podía creer lo que estaba viendo. Diminutas partículas de agua llegaban hasta sus rostros, pequeñas gotas suspendidas en el tiempo y en el espacio danzaron frente a sus ojos. El mar volvió a su estado anterior con una explosión de llovizna que lo cubrió todo, excepto a las tres figuras brillantes que se hallaban suspendidas en el aire. Le pareció que aquel pasaje bíblico sobre la partición de las aguas podía haber sido real teniendo en cuenta lo que acababa de presenciar.

Los tres seres volaron hasta ellos, batiendo en el aire unas alas tan inmensas que parecían enormes lienzos oscuros que se ondulaban ocultando el sol.

Cuando sus pies o, mejor dicho, sus botas negras tocaron el suelo, Amelie se los quedó mirando con la boca abierta. Eran un estallido de trajes negros y armaduras doradas. Tenían enormes ojos redondos y de colores claros como el agua más celeste, sus cabellos parecían suaves y sus cuerpos fuertes. Eran unas criaturas en extremo hermosas y las palabras se quedaban cortas.

—Bastian... ¿Qué demonios...? —preguntó ella, con la mitad de su cuerpo escondido detrás de la espalda de su novio y aferrada a uno de sus brazos.

—Entonces sí puede vernos. Ni se te ocurra, muchacha. Esperen… Esta escena me parece conocida… Un ex ángel, una humana, el mar… —interrumpió Lana, levantando una mano en el aire, y le quitó autoridad a Amelie—. No te atrevas a confundirnos con algo tan desagradable, humana.

—Tú sí que sabes cómo causar una buena impresión, Lana —dijo Gael sacudiendo la cabeza. Una sonrisa encantadora se dibujó en sus labios, en su rostro perfecto y bello. Hizo una pequeña reverencia con la cabeza—. Señorita, es bueno volver a verla.

—Discúlpala, Amy —agregó en tono dulce la otra mujer, quien se veía más joven que la que había hablado primero. Le pareció que era más comprensiva, se notaba en su voz y en su mirada suave—. Como dijo Gael, me alegro de volverte a ver. Hace muchos años supe tu nombre, pero es la segunda vez que te veo en persona.

—Amor, ellos son Mina, Gael y Lana —indicó Bastian, señalándolos uno por uno—. Si te voy a contar todo lo que está pasando, pensé que deberías saber de quiénes eran las voces que escuchaste aquella noche. Lamento haberte mentido, no estabas delirando. Sí escuchaste voces y les pertenecían a ellos.

—¿Gabriel? ¿Eres el arcángel Gabriel? —interrogó Amelie, perdida en las ideas que se arremolinaban en su cabeza en ese momento, sin darle importancia al hecho de que Bastian le estaba confirmando que le había ocultado información.

El ángel de rizos dorados lanzó una estridente carcajada, que podría haber hecho temblar las montañas, y sacudió su cabeza a modo de negación.

—La verdad, es un halago, pero no soy Gabriel, soy Gael —dijo él, repitiendo su nombre de manera pausada—. El que mencionaste rara vez baja a la Tierra, creo que lo ha hecho solo una vez en su larga vida y fue para anunciar algo importante.

—Lo siento, escuché mal tu nombre —se disculpó Amy mientras seguía pensando—. Son ángeles... Pero tú, Bastian... ¿Cómo fuiste capaz de llamarlos?

—Yo no lo soy, pero nuestra conexión era fuerte. En un tiempo formé parte de la Guardia Divina, éramos guerreros en el Paraíso y ellos son como mis hermanos. Además, corro con la ventaja de saber la oración para invocarlos —bromeó el chico de ojos verdes.

—¿Somos *como* tus hermanos? *Somos* tus hermanos, no hieras mis sentimientos —dijo Gael, fingiendo consternación, y luego soltó una risilla casi infantil. Sus ojos celestes se posaron en Amelie y la observaron de manera detenida. Fue allí cuando la muchacha se dio cuenta de lo que llevaba puesto. Sus mejillas se encendieron y se volvieron rojas al instante.

—Los espero adentro, esto es tan raro... Ya no sé qué pensar, tal vez realmente me estoy volviendo loca —dijo Amelie, tirando de la camiseta para que no se viera más piel de la que ya se veía, y corrió hasta la casa.

—¿Qué sucedió aquí? —preguntó Mina preocupada y Amy pudo escucharla cuando ingresaron al *living*. Ella ya se había puesto jeans, una camiseta de mangas cortas y zapatillas cómodas, y además había arreglado su pelo ondulado sobre su hombro izquierdo.

—Es obvio, los demonios ya empezaron a mover sus piezas —respondió Lana y se acomodaron en la sala.

Las dos mujeres se hallaban en el mismo sofá, Bastian y Gael ocupaban el otro, entonces Amy se acomodó en el sillón individual y los miró a todos.

—Bueno, creo que es hora de que me digan que está pasando aquí. Realmente pensé que el mundo de los ángeles y los demonios había quedado atrás y fuera de mi alcance. No son buenas noticias para mí y mucho menos su visita. Lamento herir sus sentimientos…

—Yo pensé lo mismo, hasta que descubrí la causa de tu moretón y la fiebre. Amelie, aquella noche casi te moriste en mis brazos. ¿Sabes por qué tu ropa estaba empapada? —preguntó Bastian viéndola a los ojos, como si estuviera reviviendo todo lo que había pasado ese día. Amelie se limitó a mirarlo con seriedad y sin decir nada, pues la idea de que le había mentido había vuelto a su cabeza y no se iba a poner tan suave con él. Los demás se encontraban en silencio, notando cierta tensión en el ambiente y la pareja—. Tuve que meterte en el mar para bajarte la fiebre y de paso invoqué a mis hermanos para que me ayudaran. Fue Mina quien te curó con un canto angelical y una daga celestial.

La chica rubia sonrió y Amelie recordó cómo se llamaba, poco a poco iba identificando los nombres de esos ángeles gracias a que Bastian se los había mencionado unos minutos atrás.

«Mina es la buena, Gael es el ángel buena onda y *sexy*, y Lana es la malhumorada del grupo», pensó la muchacha y miró a su novio otra vez. «Bastian es un humano recién convertido, que miente a veces, como hacen los humanos, no seas tan dura con él… ¡Al demonio! Sé dura con él».

—Entonces, ¿cuál es la causa que desencadenó todo esto? ¿Tiene que ver con las cosas raras que han pasado? Agradezco a Mina que me haya curado, pero ya no es suficiente. Necesito saberlo, sin mentiras…

Bastian suspiró molesto y, justo cuando iba a responder, Mina lo interrumpió para hacerse cargo de la situación.

—Zaira te dejó marcada y envenenó tu pierna antes de ser atrapada por la esfera de cristal. Estar marcada por un demonio significa que ellos pueden reclamar tu alma porque tu ángel de la guarda no cumplió con su trabajo. Tu alma debía ser llevada al Paraíso y, si tu protector no cumple con su parte, los demonios hacen cumplir las reglas —dijo Mina, mirando a Bastian y pidiéndole disculpas con un gesto por lo que había dicho—. Lo que yo hice fue quitarte el veneno demoníaco para que no te matara, pero eso no los hará olvidarse de ti. Tu nombre aparece en sus planes. Mientras te vestías, Bastian nos contó sobre las visiones que tuviste. Los cuervos y gatos negros que te visitaron. Es claro, ahora te están acechando y reclamándote.

El mundo de Amelie se vino abajo otra vez, esa estructura que tanto le había costado reconstruir de las cenizas no había durado ni

siquiera cuatro meses en pie. Había colapsado como un castillo de naipes empujado por una leve brisa. Entendía que ella debía haber muerto junto a su familia, pero Bastian lo había evitado porque no concebía la idea de vivir sin ella. Sin embargo, que por derecho les perteneciera a los demonios le parecía el colmo y no dejaría que eso sucediera.

—¡Ángeles y demonios me tienen cansada! ¿Qué soy yo acaso? ¿Un pedazo de carne sobre el que cualquiera puede decidir? —exclamó Amelie, molesta y ofendida en su humanidad, dejando de lado el protocolo y los buenos modales—. Yo me pertenezco a mí misma, soy dueña de mi alma porque Dios me la dio a mí. Reconozco que al estar enamorada pueda decir que le pertenezco a Bastian a veces, pero yo soy mía.

Su novio la miró a los ojos y suspiró frustrado otra vez, era todo lo que se limitaba a hacer. Tal vez entre los ángeles lo tomaban con calma, Amelie se había agotado de tanta disputa y más si era ella a quien ponían en el medio.

—Lo que no entiendo, y no es que quiera que suceda —comentó Lana mirando a los demás y olvidándose de Amelie por completo—, es por qué no han hecho el movimiento antes. Digamos que la chica no está protegida por un ejército y Bastian incumplió su tarea hace mucho tiempo. Sé que eliminaron a Zaira, pero podrían haber mandado a otros a hacer su trabajo.

—¿A qué te refieres con todo eso? —preguntó Gael, juntando sus manos para entrelazar sus dedos e inclinándose un poco hacia delante. Apoyó los antebrazos en sus rodillas, sus muslos se veían enormes.

—¿Por qué han esperado tanto? Por derecho, el alma de la chica les corresponde y Bastian no tiene poderes para defenderla o luchar contra ellos. También sabemos, y no te ofendas, humana, que Dios no te designó un ángel guardián nuevo, tómalo como un castigo por quitarle un guerrero —comentó Lana, tratando de no sonreír—. Podrían habérsela llevado mucho antes de que Bastian nos llamara. Ahora tal vez no lo hacen por miedo a que nos enfrentemos a ellos, estoy segura de que saben que hemos venido porque sienten nuestra esencia, pero sigo sin comprender el porqué de la demora para realizar su cometido.

—Lana tiene razón, chicos. No había pensado en eso en absoluto. ¿Por qué se tomarían tanto tiempo? —interrogó Mina, que había escuchado las palabras de su hermana con atención.

—¿Puedo decir algo? —cuestionó Amelie al ver que la dejaban fuera de la conversación. Sabía que ella era el tema de discusión, todo pasaba por su persona, aunque el grupo hablara sin siquiera mirarla—.

Por lo visto, por las visitas paranormales que he recibido, pienso que les gusta jugar. Lo poco que sé de los demonios es que son macabros y lo disfrutan. Si me llevarán al final de todos modos ya que por... derecho les pertenezco, ¿por qué no jugar conmigo y hacerme sufrir un rato? ¿No se estarán cobrando lo que le hicimos a Zaira? Al fin y al cabo, era una de los suyos.

—Inteligente deducción —dijo Gael, sonriéndole a Amelie, y la muchacha no entendió el gesto. Si su teoría era correcta, era lo peor que podía pasarle. Que aquel ángel *sexy* la halagara y le sonriera no le subía el ánimo para nada—. Estoy de acuerdo con ella. Miren, nosotros sabemos lo que se siente perder a uno de los nuestros y, aunque ellos sean unos seres despreciables, deben sentir lo mismo ante una pérdida. Además, no sabemos quién era Zaira o qué conexiones tenía en el Inframundo. Por lo que nos contó Bastian, parecía tomarse ciertos permisos especiales a pesar de ser nueva. Tal vez estaba avalada por un demonio de alta jerarquía.

—¿El Inframundo? —preguntó Amelie, sorprendida. Fue una de las pocas palabras que permanecieron en su cabeza luego de todo lo que había dicho Gael.

—Otro sinónimo para «Infierno», aunque el Inframundo es un tanto más pequeño. No es necesario que sepas sobre eso. No es un tema que te incumba —respondió Lana curvando su labio en una sonrisa burlona.

Amelie resopló y puso los ojos en blancos; aquella mujer era insoportable. «Un demonio con piel de ángel», pensó Amy sin poder esconder una sonrisa.

—Como sea, tenemos que investigar. Dios no se opondrá, de eso estoy segura. Y nosotros estaremos más presentes que nunca. Creo que ahora que todo ha sido aclarado entre nosotros, tendremos que marcharnos. A ver si tienen alguna noticia en Mikah, la presencia demoníaca nunca pasa desapercibida para los Guardianes de la Puerta —agregó Mina y se paró con rapidez. Al instante se detuvo y comenzó a mover su mano en el aire como si estuviera dando pinceladas en una pared. Los vidrios se levantaron del suelo y volvieron a su lugar, era como si un rompecabezas se armara solo, las grietas brillaron con luz dorada y las ventanas se arreglaron como si nunca se hubieran roto. Amelie no podía creer todo lo que había visto y escuchado.

Los cinco caminaron hacia el exterior de la casa, el sol se había ocultado tras nubes negras. Llovería pronto en Playa Calma. Justo cuando los ángeles se tomaron de la mano para marcharse, una voz se oyó cerca del grupo. Amelie deseó no haberla escuchado nunca porque le recordó a manos que le desacomodaban el cabello y una

mirada azul marina que era fraternal.

—¡Chicos! ¿Está todo bien? ¿Arreglaron las ventanas? —preguntó Alexis sonriente, a unos cuantos metros de ellos. Estaba parado sobre ese espacio en el que crecía el césped, antes de la arena. Bastian y Amelie se quedaron congelados.

—No se preocupen, estamos cubiertos de la vista humana. A menos que este sea como tu novia —comentó Lana—. Pero no, ni siquiera puede escucharnos. Ya se habría quedado con la boca abierta como Amelie cuando nos vio.

Cuando Alexis dio un paso en su dirección, la confusión y el pánico se desataron. Una explosión se produjo bajo los pies del muchacho, y lo hizo volar por los aires entre pedazos de tierra, pasto y arena. Cayó a los pies de Amelie, sus brazos extendidos hacia los costados como si estuviera en una cruz. La muchacha dio un grito de terror que nació de lo más profundo de su ser al observar el rostro de su amigo bañado de sangre carmesí, mientras la vida escapaba de sus ojos con prisa y decía adiós.

8. Sacrificio

Tan pronto como Alexis tocó el suelo, su cuerpo sufrió espasmos fuertes y escupió sangre por la boca mientras se retorcía entre la arena como si una descarga de electricidad lo hubiera impactado. Sus labios finos se cubrieron de rojo y un río bajó por la comisura de sus labios hasta su mejilla, los ojos se le volvieron blancos y se cerraron al instante. Su respiración se volvió casi imperceptible antes de quedarse quieto.

Amelie y Bastian se arrodillaron a su lado y Mina, quien era la experta en sanación y a quien le encargaban aquellas tareas, comenzó a realizar cánticos y a imponer las manos sobre el muchacho sin dudarlo. No era hora de ponerse a pensar en si estaba rompiendo reglas o no, no era tiempo de cuestionarse si estaba bien interrumpir el curso de las cosas que debían pasar porque no estaba en su naturaleza dejar a alguien morir. Además, sabía que Dios hacía la vista gorda cuando se tomaba aquellas licencias.

Amelie no podía parar de llorar, las lágrimas que nacían de lo más profundo de su ser le bañaban el rostro, y el dolor le quemaba el corazón. Bastian la tomó entre sus brazos y la apretó fuerte contra su pecho. Le acarició la espalda con movimientos circulares para tranquilizarla y ella se olvidó de su enojo por completo. ¿Qué iba a decirle a su padre si se moría? ¿Y a Nadia? Pero ese ángel la había salvado a ella, seguro también podía hacerlo con su amigo…

Una figura que los observaba entre las sombras se quitó la capa hecha de humo negro y se dejó ver a propósito. Se quedó inmóvil mirando la escena por un instante antes de marcharse, era el ángel guardián de Alexis, que de seguro había ido por su alma.

—Mina lo va a curar como te curó a ti, no te preocupes. Es la mejor en lo que hace, ¿recuerdas que te conté que ella me curó luego de la golpiza que me dieron los chicos del orfanato? Sé fuerte por Alexis, amor. Necesita toda nuestra buena energía para quedarse —dijo Bastian, esperando estar en lo correcto, no quería sentir que le estaba mintiendo otra vez.

El repentino movimiento llamó su atención, entonces miró por sobre la cabeza de Mina, quien estaba arrodillada frente a él, concentrada en lo que hacía.

Apenas sucedió la explosión que había herido a su amigo, un demonio se había hecho presente a unos cuantos metros de ellos, era el culpable del ataque. Era más alto que cualquiera de los ángeles, su espalda era ancha y no tenía cabello, extraños símbolos tatuados con tinta negra adornaban su cabeza calva. Sus ojos eran redondos y negros, no tenían pupila y sus dientes terminaban en puntas afiladas como los de un tiburón.

Alas negras nacieron en la espalda de Gael y Lana, y ambos volaron a toda velocidad para mantenerlo alejado de los demás, para que Mina pudiera finalizar su curación. Los ángeles guerreros le flanquearon el paso al oscuro y tomaron sus espadas celestiales. Sostuvieron la empuñadura de plata con firmeza, dos alas pequeñas se desprendían hacia los costados del puño y luego nacía una larga y gruesa hoja de cristal duro que era transparente como el hielo.

—¡*Per tenebras lucem quaero*! —gritaron en latín a viva voz y las espadas se encendieron con un fuego azul intenso, no conocido en este mundo. Y la luz fue tan poderosa y divina que, a medida que los ángeles se movían por el aire, sus espadas desprendieron chispas en la tarde oscura.

—«Busco luz a través de la oscuridad» es la frase que ellos eligieron para encender sus espadas —murmuró Bastian y Amelie se lo quedó mirando un poco confundida.

Ambos contemplaron la escena y pudieron ver que el demonio tenía una espada similar a la de los ángeles en forma, pero su luz era negra y a veces unas líneas de energía violeta la recorrían de punta a punta, como serpientes eléctricas que la protegían.

Gael y Lana no esperaron un segundo más para actuar y arremetieron con fuerza por cada costado del monstruoso ser. Sus movimientos eran rápidos y precisos, pero el demonio también era bueno en el combate. Evitaba los golpes de Lana con su espada y los de Gael con su antebrazo, que estaba cubierto por un avambrazo, una pieza de metal resistente, diseñada para evitar heridas y cortes en la batalla. Cuando las hojas de las espadas chocaban, se producían

estallidos de luz y el sonido era como el de un cortocircuito amplificado, como el primer relámpago que antecede la tormenta.

Entre tanto movimiento, el demonio le propició una patada en el pecho a Lana y la hizo volar por los aires, pero ella usó sus alas para disminuir el impacto y cayó sobre sus pies, que se afirmaron en el suelo. Al instante corrió hacia el demonio, quien luchaba con Gael entre flashes de luz, y cortándole el costado le produjo una herida profunda que le chamuscó la piel con fuego divino a medida que un líquido viscoso manchaba la arena. Cuando el maligno echó su cabeza hacia atrás para lanzar un grito de dolor, Gael aprovechó el momento para atravesarle el pecho con su espada y el demonio explotó para convertirse en cuervos de ceniza negra que graznaron una vez antes de diluirse en el aire de un verano que se acababa. La luz de las espadas celestiales limpió las hojas manchadas de sangre demoníaca y se apagó al instante.

Cuando Mina terminó de curar a Alexis, el rostro del muchacho parecía relajado y respiraba de manera regular, con normalidad. Su pecho subía y bajaba con lentitud, dejando entrar el limpio aire del mar, que le recorría los pulmones y lo llenaba de vida.

Bastian dejó de abrazar a Amelie, quien suspiró aliviada, y se agachó para levantar a Alexis del suelo como si no pesara nada. Lo cargó en sus brazos con cuidado y lo llevó hasta el sofá que se encontraba en el *living* de la casa. Amelie se quedó viendo la escena y, a pesar de que era dolorosa, le pareció de lo más tierna. Su amigo era casi del mismo tamaño que su novio, pero parecía tan frágil en los brazos de Bastian, mientras su cabeza descansaba en el pecho del otro muchacho.

Amy corrió hasta la habitación y tomó una frazada del ropero, las manos le temblaban y dejó caer varias cosas que había apiladas dentro del armario. Cuando volvió a donde estaban los demás, cubrió a su amigo para que no tuviera frío. Sin descanso se dirigió a la cocina, tomó un trapo limpio y llenó un recipiente con agua. Se arrodilló en la mullida alfombra junto al sillón y comenzó a limpiar el rostro del chico malherido con cariño y dedicación.

—Hermanito... —se limitó a decir con un hilo de voz y lentamente presionó el trapo mojado sobre la piel de Alexis.

***

Bastian estaba parado en la puerta mirando hacia el exterior. Los tres ángeles se habían tomado de las manos para producir magia. Tres rayos de luz blanca se elevaron y, uniéndose sobre sus cabezas, pero en lo alto, hicieron que una pared invisible de energía encerrara la

casa y sus cercanías. Mientras crecía, el escudo hacía que los granos de arena flotaran en el aire y las plantas se torcieran hasta tocar el suelo. Cuando estuvo listo, un domo invisible de energía, que no dejaba de moverse y zumbar, cubrió la cabaña. Los humanos no podrían ver ni escuchar el escudo.

—Ningún demonio o ser mágico pasará inadvertido por esta pared. Apenas la atraviesen, tendremos una advertencia en el Paraíso y estaremos aquí en un segundo. Pero espero que eso no suceda —dijo Mina, juntando sus manos a la altura de su estómago.

—Muchas gracias por eso. Pero ahora hay otra cosa que me preocupa, ¿qué vamos a hacer con Alexis? ¿Qué se supone que debemos decirle? —interrogó Bastian preocupado y bastante cansado de toda esa situación, del acecho constante del mal y los escasos momentos de tranquilidad y felicidad que se le escapaban de las manos como el agua del mar.

—El chico estará bien y, con respecto a tu última pregunta, todo depende de qué es lo que vio. Pero ese es su problema ahora, nosotros ya lo hemos curado y hemos dejado tu casa a salvo. Incluso hemos matado un demonio. ¿Dejarán de venir? Es otra cosa que no podemos responderte, aunque creo que imaginas la respuesta —dijo Lana, sus brazos cruzados sobre el pecho, pero ni su voz ni su postura eran desafiantes, solo le decía la verdad. Aunque la verdad, proviniendo de Lana, siempre sonaba más dura.

Bastian echó un vistazo sobre su hombro y comprobó que Amelie seguía atendiendo a su amigo, con sus dedos le acomodó el cabello rubio y le besó la frente. Aprovechó para cerrar la puerta detrás de su espalda y habló en voz baja para que solo la Guardia Divina lo escuchara.

—Voy a entregarme por ella... Ya lo he decidido, creo que es hora de que use esa cláusula a nuestro favor —comentó, mirando a cada uno de los otros a los ojos sin buscar aprobación, solo con el fin de informarlos.

—¡¿Qué?! Estás loco… —exclamó Gael mirando a su amigo sin poder creerlo, debía ser la primera vez que se veía tan desconcertado —. La regla existe: un alma por otra alma. El alma del ángel guardián por el de la protegida, pero tú ya no eres un ángel, Bastian. Si lo haces y los demonios te aceptan, vas a destrozarla, hermano —agregó, viendo a la muchacha de cabellos rojos a través de la ventana.

Mina se llevó una mano al pecho y sacudió la cabeza, indicando que la idea no le gustaba para nada.

—Es la única manera de que la dejen tranquila, esto no va a terminar nunca. Además, prefiero ser yo quien la hiera a que un

demonio lo haga —replicó el chico, sus ojos verdes se dirigieron hacia el mar, deseando que hubiera un mundo allí abajo donde pudiera llevarse a Amelie y así vivir tranquilos en las profundidades.

—Siempre duele más que te destroce quien te ama que quien te odia, Bastian —dijo Mina pensativa, sus largos cabellos rubios flotaban en el viento.

—Lo hace porque la ama, es una gran prueba de amor que ella no entenderá, teniendo en cuenta cómo piensan y sienten los humanos. Pero no cualquiera haría lo que él va hacer. Sé que Bastian ya no es un ángel, pero ¿qué ángel haría eso por su protegida? Ninguno que yo recuerde —comentó Lana, mirando a Bastian con cierta admiración.

—Miren, respeto sus opiniones, las que están a favor y en contra, pero no es tiempo de discutirlo porque ya lo he decidido y no voy a cambiar mi parecer. ¿Dónde está la entrada al Inframundo en Puerto Azul? —cuestionó Bastian sin más rodeos, no quería perder el tiempo en conversaciones que no llevarían a nada.

—En el cementerio, siempre están en los cementerios. Es el punto de conexión entre ambos mundos. La entrada al Paraíso está en las iglesias y la del Infierno, en el cementerio. Así como nosotros tenemos a los guardianes de la Puerta, ellos tienen sus propios protectores del Portal, pero eso ya debes saberlo. Te recibirán cuando te presentes —respondió Gael y recordó un poema que los ángeles viejos, los que ya habían cumplido varios ciclos, enseñaban a los jóvenes en el Paraíso.

Era una lengua antigua y los sonidos eran difíciles de pronunciar, pero Gael lo recitó en un lenguaje que todos pudieran entender.

> —«Cerca del árbol de la vida, el del pecado original.
> Donde un ángel llora sangre, su espada señala el portal.
> Una parte, viva, y la otra, muerta.
> Serpientes como cadenas protegen la puerta.
> No para cualquier ser ordinario se abre.
> En el umbral correcto derrama tu sangre.
> No hay luz alguna que toque el Infierno.
> Solo un mundo de sombras y de fuego eterno.
> Creado por el Caído, nacido de rabia y pecado.
> No habrá vuelta atrás una vez que hayas entrado.
> Tu Rey es el Oscuro, el Señor de las Tinieblas.
> Hijo Perdido, vístete de noche y de niebla».

—Si fuera humana, seguro sentiría eso que ellos llaman escalofríos. Ese poema es de lo más horrendo que existe entre tanta poesía angelical linda. Los extensos tomos de poesía tan bella de Vineth… y

esto —comentó Mina, sacudiendo la cabeza y haciendo un gesto de desagrado.

—No sé si has alentado a Bastian o lo has hecho desistir con esos exquisitos versos —bromeó Lana.

—Mi decisión no ha cambiado, sé a qué lugar se refiere —comentó el muchacho de ojos verdes. Sabía que tenía que ir hacia aquel panteón tan raro, el que le había llamado la atención unos meses atrás. La imagen del ángel con la espada sobre el techo del mausoleo se le vino a la mente, el árbol vivo y muerto a la vez donde descansaba la familia de su novia.

—¿Cuándo lo harás, entonces? —preguntó Mina con un dejo de tristeza en su voz.

—Apenas decidamos qué decirle a Alexis, tenemos que inventar algo. No creo que sea tan complicado. No tiene ninguna herida, Amelie le ha quitado la sangre del rostro. Si no recuerda lo de la explosión, será fácil. ¿No puedes hacer algo con eso, Mina?

—No, la mente de los humanos les pertenece a ellos, no hay nada que yo deba o pueda hacer allí. Pero, con semejante impacto, dudo que el pobre recuerde algo y, además, nunca vio al demonio ni a nosotros. A lo sumo tendrá recuerdos confusos, pero no creo que presente demasiadas complicaciones.

—Entonces... Los veo pronto en el Paraíso, si tengo suerte y mi alma se va allí cuando me maten estos desgraciados. Cuídenla cuando yo no esté, es el último favor que les pido y se los pido con el alma, protejan a Amelie de todo mal. Realmente, se lo merece —dijo Bastian, una sonrisa vestida de tristeza se dibujó en su rostro.

Los ángeles le dijeron que cumplirían esa promesa y desaparecieron en un estallido blanco para atravesar el escudo, que se cubrió de luz dorada por un momento y volvió a quedar intacto.

Bastian se dispuso a comenzar una nueva mentira, la más dolorosa de todas, y se metió en la casa.

Sintió los ojos de Amelie sobre él cuando volvió a la sala. Se la veía cansada y pensativa, muy parecido a como él se sentía en ese momento. Se sentó cerca del sofá donde su amigo dormía en calma y lo observó con atención.

—¿Qué vamos a decirle cuando despierte, Bas? —preguntó Amy en un susurro, contemplando a su amigo y viendo su pecho subir y bajar con lentitud mientras respiraba.

—Que se descompensó o se desmayó. Mina dice que es poco probable que recuerde la explosión y yo creo lo mismo. A veces, cuando los humanos no pueden ver seres de otras dimensiones, no les prestan atención a ciertas cosas. Si un cuadro se cae solo, lo recogen y

lo colocan en su lugar, pero nunca ven quién lo empujó y Alexis no ha visto ni a la Guardia Divina ni al demonio que lo atacó —respondió el muchacho, mirando a su novia. Quería llevarse cada gesto de ella, cada expresión para recordarla un tiempo antes de que le sucediera cualquier cosa que los demonios decidieran hacer con él.

Amelie se levantó del suelo y se sentó sobre el regazo de Bastian, él puso sus brazos alrededor de ella y pegó su mejilla a su espalda. Se guardó su perfume y se prohibió flaquear. Esa misma noche se iría para siempre, ese sería el último abrazo que le daría.

—Desearía que dejaran de pasar estas cosas, amor —comentó Amelie, mirando cómo el sol se ponía a través de la ventana. El cristal se había convertido en un espejo de color naranja y rojo que reflejaba el cielo ahora que las nubes oscuras que antes lo habían cubierto se habían alejado por un rato—. Yo creí que seríamos felices, ¿sabes? Cuando aquellas mariposas volaron alrededor de nosotros en el cerro, pensé que eran pequeños ángeles que nos cuidarían. Me hicieron sentir tranquila, me dieron esperanza, como que nada volvería a estar mal. A mí no me ha tocado una vida fácil y por un momento pensé que podría ser feliz de verdad. ¡Qué ilusa! Creo que quienes fuimos creados para sufrir no podemos cambiar lo que se ha escrito en alguna parte sobre nosotros. ¿Quién escribe ese libro? ¿Dios?

Bastian la escuchó con atención, sintiendo cómo miles de dagas de hielo le atravesaban el corazón y sus palabras lo atacaban como dardos venenosos, pero aquello le confirmaba que estaba bien lo que iba a hacer. Gracias a esa cláusula entre ángeles y demonios, él podía entregarse en lugar de ella y, finalmente, la muchacha podría ser feliz como anhelaba. Tal vez ya no era un ángel guardián, pero estaba seguro de que sería de interés para el Malvado, quería creer que lo era, tenía que aferrarse a esa esperanza.

—Lamento que sea eso lo que la vida te ha enseñado, pero si crees mucho en algo y por mucho tiempo, si realmente deseas la felicidad, la vas a encontrar en algún momento —dijo él, meciéndose junto a ella de un lado hacia el otro.

Hubiera querido decirle que él la haría feliz, pero no podía. Lo haría en cierto modo. Aunque no sería como ella esperaba, al menos la oscuridad la dejaría tranquila. Ya no la iba a esperar cerca del altar ni iba a ver a sus hijos corretear por la playa, sin embargo, ella estaría a salvo. Lo que Bastian no tenía en cuenta era una simple pregunta: ¿sería Amelie feliz con aquella vida que iba a darle?

«Encontrarás la felicidad, aunque no sea conmigo, preciosa. Cada latido de mi corazón ruega por que seas feliz, lo ha hecho desde que te vi por primera vez. Mi último pensamiento antes de morir en la

oscuridad, mi último suspiro antes de marcharme, no tendrán otro objetivo más que hacerte feliz», pensó y le besó el cuello con suavidad. Se grabó el aroma de su piel, de su perfume floral, y los ojos marrón claro que siempre lo miraban como si fuera lo único que existiera en su mundo.

Luego de un par de horas, Alexis se despertó sumamente confundido y sin recordar nada, salvo que había decidido ir a ver cómo estaban las cosas y ayudar a colocar los vidrios nuevos, aunque no lo hubieran llamado.

Aceptó de buena manera la historia que le dijeron sobre un repentino desmayo, porque él mismo creía que se había sobrepasado trabajando y colaborando en su casa, ya que su padre no estaba bien. Había descuidado su comida varias veces y eso, sumado a los nervios, había producido ese colapso. Como era de esperar, se negó a ir al doctor, era bastante terco con esas cosas.

Cuando hubo bebido agua y comprobado que todo estaba bien, les comunicó que quería marcharse porque había quedado en cenar en casa de Nadia, y Bastian alentó a Amelie a ir con su amigo; hacía días que no veía a Clara y Héctor. La excusa de que además sería una compañía para Alexis en el camino luego del desmayo terminó por convencer a la chica.

—Te veo luego, amor —dijo Amelie, volviendo a sonreír por primera vez luego de aquel horrible incidente, y besó a Bastian en los labios de manera despreocupada, sin saber que ese sería el último beso que le daría. Cuando intentó apartarse, Bastian la sujetó por la cintura y la besó con pasión, volcando en ese beso todo el amor que sentía por ella. Se metió por su boca y le dejó un pedacito de su alma.

—Te amo, Amelie. No lo olvides, pequeña. —Le regaló su sonrisa más encantadora.

—Lo sé, ¿cómo me olvidaría de ello? —respondió ella sonriente y guiñó un ojo—. Pero insisto, ¿quieres venir con nosotros?

—Gracias, chicos, pero estoy cansado y realmente pienso que la Triple Alianza se merece un tiempo juntos, como antes. Recuerdo lo que dijo Nadia la última cena en su casa —comentó él y luego susurró en el oído de Amelie en un momento de distracción de su amigo—. Tengo que quedarme a solucionar algunas cosas con la Guardia Divina.

—Entendido, hermano. Está bien si quieres descansar, yo mismo debería seguir tu ejemplo. Y no te preocupes, la traeré sana y salva, como siempre —dijo Alexis y apretó el hombro de Bastian.

Su novia y su amigo se alejaron y, tras cerrar la puerta con estruendo, lo dejaron aislado de la gente que amaba.

Antes de marcharse de la cabaña de madera, observó todo a su alrededor. La idea de tener un hogar de verdad al que llamar propio había estado en su mente desde pequeño, pero, como Amy había dicho, tal vez el destino de uno estaba escrito y no podía cambiarse.

Escribió una carta para Amelie, era lo único que podía dejarle, además de los recuerdos y las fotos juntos. Colocó el papel sobre su almohada antes de ponerse una chaqueta de cuero negro y tomar las llaves de su auto para marcharse al cementerio.

> Amelie:
>
> Soy yo quien te escribe esta vez, te robé el modo de despedirme. Me habrás buscado por toda la casa antes de llegar a esta carta. Con tremendo dolor en el alma y el cuerpo te digo que lo siento. Vas a odiarme por esto y nunca hubiera querido que tuvieras un sentimiento como ese para conmigo, pero tenía que hacerlo.
>
> Los demonios no iban a dejarte tranquila, me tomó tiempo entenderlo, por eso he decidido entregarme en tu lugar. Confío en que todo saldrá bien y el mal nunca te molestará otra vez. No vas a tener que ver a tu familia y amigos sufrir nunca más. Hoy hablaste de la felicidad, espero que la encuentres pronto, aunque no sea conmigo.
>
> Sé que no te va a ser fácil asimilar todo esto, ni siquiera lo es para mí... Saber que no voy a poder besarte de nuevo... Me odio por dejarte toda la responsabilidad de inventar algo para decirles a Nadia y Alexis. Lamento no haber cumplido la promesa que les hice a Héctor y Clara aquella noche.
>
> Te pido que seas fuerte, como siempre has sido. Date permiso de llorar, pero no se te ocurra pensar que eres débil en ningún momento. Te pido que encuentres en ti ese poder y esa fortaleza que siempre has tenido para enfrentarte a todo lo que se te ha puesto en el camino. La Guardia Divina te va a estar cuidando, me he asegurado de eso.
>
> Sé que vas a buscarme en los atardeceres naranja y te lo agradezco, pero te ruego de corazón que no te cierres a la vida y te marchites. Te pido que en su debido momento le abras tu corazón a alguien más y que tengas muchos bebés que llenen de ruido la casa de la playa. Toca a alguien más con tu magia.
>
> Y algún día, cuando mucho tiempo haya pasado y te parezca bien, les puedes contar sobre mí a tus hijos y todo lo que hice por cuidarte. Así creerán en los ángeles guardianes y se sentirán protegidos.

No me estoy rindiendo, estoy siendo honesto y evito mentirte. Lo hice una y más veces, y me odié a mí mismo. Si no hago esto, no te dejarán tranquila.

¿Sabes por qué te amo tanto? Porque mientras caminaba entre las sombras, te robaste la oscuridad y la convertiste en miles de estrellas. Me llenaste de luz y me hiciste muy feliz, y por eso te estaré siempre agradecido.

Un segundo de vida contigo ha sido más que decenas de años en mis otras vidas.

Te amo, desde siempre y para siempre.

Bastian.

***

La cena en la casa de los Herman resultó ser una velada encantadora, no podía ser de otra manera. Hubo risas espontáneas y anécdotas del pasado acompañadas por música en la radio. Era imposible que Amelie no la pasara bien con ellos, pero, cuando las voces y las luces se apagaron, supo que era hora de volver a su casa, en la que tal vez no habría tantas risas como allí. El acecho persistente del mal era cansador, los planes y las posibles teorías, agotadoras.

Luego de medianoche, Alexis y Nadia llevaron a su amiga hasta la cabaña en Playa Calma. Nadia se marcharía a la capital a estudiar al día siguiente y solo la vería los fines de semana, así que se abrazaron con fuerza e intercambiaron los mejores deseos. Las dos chicas se permitieron lagrimear por un instante y se volvieron a abrazar, esa vez más fuerte que de costumbre.

Alexis le había pedido a Amy que no dijera nada sobre el desmayo a Nadia, pero le había prometido que se cuidaría, que no tomaría más trabajo del que podía hacer y que descansaría y se alimentaría como correspondía.

«Si supieras lo que te pasó en verdad, no me creerías», pensó Amelie.

La muchacha levantó su mano para saludar mientras el auto se alejaba y luego se marchó pensativa, caminando sobre la arena en dirección a la pequeña casa de madera. Las luces amarillas de la residencia se veían encendidas a lo lejos. El agua del mar parecía un espejo esa noche, nunca la había visto tan calma, y la luna redonda se reflejaba en ella. Amelie se abrazó porque la noche era fresca y la brisa la envolvía como arrastrándola a su destino.

—¿Bastian? Ya llegué. ¿Todo solucionado? —preguntó en voz alta cuando hubo ingresado en la casa, y luego se dio cuenta de que él

estaría durmiendo y podría haberlo despertado. No lo buscó en otro lado, sino que se dirigió a la habitación para dormir junto a él, pero las luces estaban encendidas allí también.

El cuarto se veía dorado gracias al farol que desprendía una luz que rebotaba en los objetos. Al mirar hacia la cama, lo primero que notó fue un pedazo de papel doblado a la mitad sobre su almohada y, aunque no sabía que hacía allí, si estaba escrito o era solo un simple papel en blanco, eso ya la puso nerviosa y la llenó de anticipación.

Se acercó hasta su lado de la cama y se sentó en ella, tomó el papel y comenzó a leerlo. Reconoció la forma en que Bastian trazaba sus letras, lo había hecho de manera lenta y pensativa porque su caligrafía era adornada, podía notar las vueltas que los trazos daban al ascender y al bajar nuevamente. El pecho se le cerró, la garganta se le hizo un nudo y una de sus manos, que jugaba nerviosa con el borde de su camiseta, casi la descosió.

A altas horas de la noche, cuando las estrellas ya habían cambiado su forma de brillar, había perdido la cuenta de la cantidad de veces que había leído esa carta. Lo había hecho hasta que las letras se vieron borrosas porque las lágrimas le llenaban los ojos y le quemaban las pestañas. ¿Qué clase de dolor nuevo era ese? Era profundo y poderoso como una tormenta en el mar, era esa clase de dolor que solo producía un adiós que no se había pronunciado, un hasta siempre que no se había escapado de los labios. Rompió la carta en miles de pedazos, como si eso hiciera que la despedida de Bastian no fuera real, y los arrojó al aire. Los pequeños trozos de papel blanco cayeron con lentitud sobre el suelo como copos de nieve que cubrían una montaña en la estación fría.

Lloró con una angustia que le brotó de lo más profundo del alma y odió a Bastian por un segundo. Gritó su nombre y maldijo al aire. Quería tenerlo allí frente a ella, cerrar sus puños y golpearle el pecho con fuerza por lo que había hecho. Cuando estuvo exhausta de tanto llorar, se acurrucó en la cama, haciéndose una pequeña bola, y miró la luna redonda a través de la ventana.

«Te pido que seas fuerte.... Que encuentres en ti ese poder y esa fortaleza». Las palabras de la carta se repitieron en su cabeza con la voz de Bastian, se dibujaron tras sus ojos con tinta negra que no se borraría nunca mientras viviera.

Era cierto que estaba en estado de *shock*, que se sentía inmensamente triste y casi destrozada, pero antes de dormirse lo último que pensó fue que la Guardia Divina tenía que estar al tanto de todo, la carta lo decía, y que de alguna manera los haría bajar a la Tierra para que le dieran explicaciones y datos precisos. Al final de

cuentas, siempre había sido una luchadora y no iba a dejar que nadie le quitara su felicidad, ya lo habían hecho bastante. En eso se parecía al cuento de la hermana Oscuridad que repetían los serafines en Mikah. Amelie no era una ni la otra, era las dos juntas mezcladas en una colisión de estrellas.

Pronto descubriría lo poderosa que podía llegar a ser.

***

El portón del cementerio chirrió en la noche oscura, y espantó a los búhos que ululaban en las ramas secas de los altos árboles que rodeaban el lugar.

Bastian caminó sin prisa entre las lápidas, tratando de prolongar el momento de su entrega. Tal vez en lo profundo de su corazón albergaba el deseo de que algo lo salvara, pero sabía que eso era crearse falsas esperanzas. Dios rara vez intervenía y, por más que a ellos les pareciera que su caso era el más importante del mundo, Él tenía muchas otras cosas a las que prestar atención. La Guardia Divina no acudiría en su ayuda tampoco, bien en claro les había dejado sus planes.

Se paró cerca del mausoleo donde el ángel sobre el techo apuntaba la entrada con su espada. Sus dedos trazaron las letras en latín escarbadas sobre el cemento lleno de humedad. Esa frase que tanto le había llamado la atención cuando había estado con Amelie la vez anterior se presentó ante sus ojos.

Aunque había dejado de ser ángel y había perdido sus habilidades, el conocimiento de aquel lenguaje no se había marchado. Leyó la frase en voz baja, casi en un susurro.

—«Deja que nuestro sacrificio de sangre abra las puertas entre los mundos».

Entonces entendió que aquellas cadenas que cerraban la puerta no se romperían de un golpe y que solo podría hacerlo con su sangre. Miró hacia un costado y notó aquel árbol espeluznante sobre la pequeña elevación del terreno; en parte vivo, en parte muerto. El poema que Gael había recitado se repitió en su cabeza junto al silbido del viento. Escaló el panteón gracias a unos detalles de su arquitectura y sin dudarlo deslizó su palma bajo la punta de la espada que la estatua del ángel aferraba entre sus manos delicadas. Se abrió una grieta profunda que le quemó la piel como el fuego y líneas rojas se dibujaron en su mano. Volvió al piso y puso su extremidad ensangrentada sobre las cadenas y, al mínimo contacto, estas se volvieron serpientes negras que lo acecharon y lo miraron con ojos amarillos. Se deslizaron hacia el suelo y se marcharon zigzagueantes

hacia el árbol de la colina, entre siseos que rompieron el silencio sepulcral.

Bastian atravesó el portal y se encontró en una gran escalera que conducía hacia abajo. Había antorchas en las paredes hechas de roca y el calor del lugar, que lo abrazó ni bien comenzó a descender, le dio la bienvenida a su nueva morada. Al principio, al atravesar el velo delgado que separaba los mundos, le pareció oír el eco de truenos y sentir un manto frío caer sobre él. Casi al llegar a los últimos escalones, notó dos seres que custodiaban la escalera. Sus grandes hachas formaron una cruz que le impidieron el paso, pero ellos ni siquiera lo miraron. Eran dos inmensas y horribles bestias, los guardianes de las Puertas del Inframundo. Sus cabezas eran gigantes, deformes y llenas de protuberancias. Llevaban ropa de batalla y emitían sonidos guturales que harían que cualquiera sintiera escalofríos.

Sin saber qué hacer o cómo atravesar a los guardias, Bastian levantó la vista y vio que alrededor de un agujero en el suelo se levantaba una ciudad inmensa. Había casas de piedra negra entre las paredes de roca, que se conectaban por medio de puentes colgantes. Parecía el interior de un volcán y en el centro, al fondo de aquel inmenso hueco en el suelo, lava encendida burbujeaba. Recordó la Ciudad de Cristal del Paraíso, Mikah, que era hermosa en comparación con aquel lugar.

Una explosión de humo negro se hizo presente delante de los guardias. Un hombre de rostro hermoso lo miró con atención, sus manos con uñas largas descansaban a ambos lados de su cintura. Los dos monstruos se apoyaron sobre una de sus rodillas a modo de reverencia y el muchacho se quedó petrificado. Nunca antes había sentido tantos escalofríos recorrer su cuerpo.

—Pero ¿qué criatura tan bonita tenemos aquí? Vagando solo por mi Inframundo, ¿te has perdido, precioso? —preguntó Aaron, sus largos cabellos rubios acariciaban sus hombros. Llevaba una hermosa capa negra y ropa de combate también, muy parecida a la que usaban los ángeles. Sus botas eran altas y llegaban hasta sus rodillas. Sobre la cabeza llevaba un círculo de plata, una corona en forma de hojas.

—Yo soy... —trató de decir Bastian. Los ojos turquesa lo hipnotizaban, la sonrisa diabólica pero atrayente en los labios de aquel hombre lo dejaba sin palabras.

—Sé quién eres, o *qué* eres, mejor dicho. No necesitas decírmelo, Bastian Amaro —dijo Aaron, mirándolo de arriba hacia abajo con interés.

—¿Qué soy? Un humano que ha venido a entregarse en lugar de

alguien. Quiero tomar el lugar de Amelie Roger. Antes fui su ángel de la guardia y reclamo su lugar.

—¡Interesante! Un ángel que se cree humano... ¡A qué punto tan bajo han llegado los de tu raza! Esto es de no creer —exclamó el líder de los demonios en aquel Inframundo, su voz llena de desprecio—. Aunque tú no eres un creado, sino un convertido... El aroma pestilente de sangre mestiza te delata y los ojos verdes que nunca serán celestes.

—¿Qué dices? Ya no soy un ángel. Solo quieres confundirme y sé que eso es lo que tú haces.

En un segundo, el rostro de Aaron estuvo cerca del suyo, sus pies ya no tocaban el suelo puesto que Bastian estaba un poco más alto sobre los escalones y había tenido que levitar hasta él. Los guardias seguían en silencio y haciendo una reverencia interminable. Su forma de moverse y dejar el suelo de manera imperceptible era en extremo majestuosa.

—Creo, querido Bastian, que no soy yo quien te está confundiendo, sino tu propio Dios. ¿Con qué propósitos? Vaya uno a saber. Pero responde esto: ¿por qué crees que tu sangre abrió la puerta al Inframundo? ¿Realmente pensaste que la sangre de un simple humano podría haber abierto el portal? —dijo Aaron fingiendo sorpresa de manera exagerada y lanzó una risilla estridente, echando su cabeza hacia atrás—. ¡Qué criatura tan bella y estúpida! Dios los sigue manipulando a su antojo y ustedes, cegados por su gloria, le juran devoción. ¡Me dan asco! —gritó, y las paredes temblaron y desprendieron un polvo naranja que voló por los alrededores.

Bastian tuvo que cubrirse los oídos y cerrar los ojos, aquello era peor que una pesadilla. La voz de Gael se volvió a repetir en su mente, esa línea relacionada a que la sangre de un ser ordinario no abriría la puerta. Empezó a sacudir su cabeza, no podía creer que Dios le hubiera mentido. ¿Nunca había dejado de ser un ángel? ¿Solo le había quitado sus habilidades? Pero ahora ya nada importaba, eso hacía aún mejor la apuesta. El demonio querría a un ángel para convertir en malvado antes que a un simple humano para matar.

—Entonces aquí me tienes, soy un ángel que perteneció a la Guardia Divina y fui un gran guerrero. Si mal no recuerdas, derrotamos a tus huestes en la batalla de Amenah. Soy más útil para ti que una simple humana. Me sacrifico por Amelie Roger, para que los demonios la dejen tranquila para siempre.

Aaron aplaudió entretenido, como si todo fuera un espectáculo, y luego juntó las manos sobre el pecho. Sus pies volvieron a tocar el piso y miró a Bastian como escudriñándolo.

—Una propuesta muy tentadora porque es obvio que te quiero

entre mis guerreros. Un mes y algunos días serán suficientes para que el veneno demoníaco que te inyecte cumpla con su objetivo. Pero... ¿sabes una cosa? Si a Dios le gusta jugar y romper reglas, le voy a seguir el juego. Lamento informarte que tu sacrificio no ha significado nada, y una cosa más: tu amada Amelie Roger tampoco es una simple humana. —Soltó las palabras de manera burlona, pero no le dio más información—. ¡Llévenlo a los calabozos!

Cuando Bastian intentó hacer algo, ya que podía sentir que la fuerza angelical volvía a su cuerpo como si se despertara de un largo y falso sueño, unas gruesas cadenas aparecieron de la nada y, enredándolo, lo hicieron caer al suelo con fuerza. Su mandíbula tocó la roca y electricidad le recorrió el rostro.

Los dos guardias lo levantaron con brusquedad y sin piedad para llevarlo a su celda. Pasaría sus días confinado en un oscuro agujero entre las paredes de roca en la parte más profunda de aquel lugar.

Mientras lo arrastraban, Bastian escuchó a Aaron reír a carcajadas, lo que hizo que la lava subiera un poco su nivel y calentara el Inframundo, como el odio que crece en las almas manchadas de maldad y lo cubre todo de oscuridad.

Madre Oscura había decidido abandonar la cuna.

***

—¿Estás listo para esto, Bastian? —interrogó Mina, terminando de ajustar la túnica blanca con un cordón alrededor de la cintura del muchacho.

—Sí, no es que tenga otra opción —respondió él, y luego caminó a través del largo pasillo lleno de luz blanca que se encontraba fuera de su habitación.

Salieron del gran palacio por una calle de piedra gris hasta llegar al centro de la Ciudad de Cristal. Dos ángeles guerreros con armaduras de plata y dos largas lanzas transparentes custodiaban las cuatro enormes y altas torres que producían luz. Ellos eran los guardianes del Portal, eran quienes lo abrían para los ángeles y cerraban el paso a los demonios.

Mina y Bastian subieron unos cuantos escalones de mármol blanco. Se encontraban en una especie de escenario de roca pálida; en cada punta nacía una torre. Había una gran fuente de aguas claras allí y, a su lado, un disco de hierro negro donde una enorme llama de fuego azul ardía sin cesar.

—Esa es la Fuente de la Creación. De allí nacemos los ángeles puros y allí te convertirán a ti. No tengas miedo, solo te bañaran con las aguas divinas —explicó Mina, observando tres tronos de oro

macizo con joyas incrustadas en la cabecera. Estaban desocupados de momento y siempre aparecían en el lugar que se los necesitaba.

—¿Y el fuego? No van a quemarme, ¿verdad? —cuestionó el muchacho, pensando que esa llama podría quemar cualquier cosa ante el más mínimo roce.

—No lo van a usar en esta ocasión. No somos demonios, Bastian. No es con fuego como iniciamos a los nuestros. —La mujer rio y de repente una fanfarria se hizo escuchar en el Paraíso y retumbó por todo Mikah.

Miles de trompetas y flautas anunciaron la llegada de los príncipes celestiales, quienes venían a realizar la iniciación. Bastian se paró cerca de Mina, era la única que le producía seguridad y confianza. Todos los ángeles de miradas claras salieron de sus casas y se agruparon alrededor de la gran tarima para presenciar aquel ritual.

Una explosión de luz y viento se hizo presente y, cuando todo volvió a la normalidad, tres seres ocupaban los tronos. El muchacho no sabía si sentir nervios, miedo o respeto. Aquellos no eran simples ángeles, eran majestuosos. La vez que Mina lo había llevado a presentarlo ni siquiera los había visto a los ojos, solo había escuchado sus potentes voces, que inspiraban respeto.

Aquellos hombres llevaban pecheras de plata dura que les cubrían el torso y una especie de falda hecha de hilos de metal fino y trenzado con dedicación. Dos prendedores de piedra azul ajustaban capas rojas a sus hombros y unas enormes espadas pendían de sus cinturones. Tenían sandalias que se ataban con cordones detrás de las rodillas, como las de los antiguos guerreros romanos.

—Bienvenido a la Ciudad de Cristal, humano a quien llaman Bastian Amaro —dijo el que había tomado el trono del centro. Su cabello rizado llegaba hasta sus hombros y era dorado como el trigo en su mejor época bajo el sol. Sus ojos eran igual de celestes que el agua de la Fuente de la Creación. Los tres príncipes eran muy parecidos entre sí—. Mi nombre es Gabriel y te saludo —agregó, inclinando levemente su cabeza hacia abajo. Su voz era suave, pero se escuchaba por todo el lugar, incluso parecía meterse en la cabeza del muchacho y repetirse allí dentro.

—Mi nombre es Rafael y te doy la bienvenida al Paraíso —se presentó el que estaba a la izquierda, sus cabellos eran un poco más oscuros que los de Gabriel, pero su mirada, más tierna.

—Te doy la bienvenida a la Casa de Dios, humano. Puedes llamarme Miguel —anunció aquel ángel, su voz grave y sonora. Los músculos de sus brazos eran enormes y los rasgos de su cara más duros que los otros.

—¡Qué comience la iniciación! —ordenó Gabriel y las fanfarrias volvieron a sonar.

Las manos de Mina volaron hasta la túnica de Bastian y, desajustando los cordones adecuados, la dejó caer al suelo sobre sus pies. El cuerpo flaco y débil del muchacho quedó expuesto, solo una improvisada tela blanca cubría sus partes íntimas. Le habían puesto aquello por respeto, porque sabían del pudor de los humanos, el que había comenzado con los primeros creados cuando desobedecieron a su Padre Celestial.

La mujer ángel tomó una jarra de oro macizo y comenzó a juntar agua de la fuente. Se acercó hasta el chico otra vez y volcó el agua sobre su cabeza. Bastian sintió cómo la frescura se deslizaba por todo su cuerpo y de repente notó el cambio. Su piel se comenzó a estirar y llenarse de músculos y sangre nueva, una energía poderosa le recorrió las venas y cada célula.

—Ante el agua de la Fuente de la Creación renuncias a tu humanidad —exclamó Gabriel, poniéndose de pie, su capa roja flameaba en el viento como una bandera. Aquel ángel debía medir cerca de dos metros—. Ante los ojos de los príncipes celestiales renuncias a todo mal. Rafael, Miguel y Gabriel te nombran ángel guardián.

Bastian se los quedó mirando como hipnotizado, notando que los tres estaban ahora de pie y habían tomado sus espadas celestiales. Pronunciaron una frase en latín y sus hojas cristalinas se llenaron de fuego azul, parecido al que estaba allí, en el disco negro sobre la tarima. Mina se hizo a un lado y, sin dudar, los arcángeles apuntaron a Bastian con sus espadas y lanzaron tres rayos azules que lo impactaron en el pecho. Sus cabellos negros flotaron en el aire y sus ojos verdes se quedaron estáticos por un segundo. La piel de los omóplatos se le rasgó y se bañó de sangre, los huesos se le estiraron y dos alas negras y enormes nacieron en su espalda.

—Eres hijo de Dios y ángel guardián —dijo Rafael en voz alta.

—Que así sea por siempre —agregó Miguel, su rayo de luz era el más potente.

—Tanto en el Cielo como en la Tierra y lo que aquí sucede allá no cesará —acotó Gabriel, sus espadas dejaron de emitir luz y al instante los príncipes celestiales desaparecieron entre chispas de colores.

Bastian cayó de rodillas y Mina se apresuró a ayudarlo, pero también alguien más acudió. Un muchacho de rizos dorados y ojos azules lo tomó del brazo, y lo hizo ponerse de pie.

—Muchas gracias, siento que no puedo manejar mi cuerpo —comentó Bastian, inclinándose hacia atrás por el peso de sus alas

negras. Todavía llevaba aquella tela blanca empapada y envuelta en la cintura. Se dio cuenta de que sus brazos eran más anchos y su pecho era más grande y duro, parecía una hermosa pintura de algún siglo anterior.

—Les pasa a todos los ángeles convertidos, tienen que acostumbrarse a las alas. —El chico sonrió y Mina asintió—. Mi nombre es Gael, nos vemos pronto.

Luego de haber saludado, extendió sus enormes alas, se levantó del suelo y voló hasta perderse en las montañas que antes había visto a lo lejos.

***

Mucho tiempo pasó luego de su iniciación y tuvo que aprender infinidad de cosas, pero finalmente caminó por la Ciudad de Cristal como uno más de ellos, esperando un llamado que se hacía eterno. Cometió errores que pagó con creces, se hizo hermano de la guerra de tres ángeles que le enseñaron mucho y luchó en grandes batallas. Pero su propósito primordial como ángel no se había cumplido. Hasta que un día, luego de varios años, alguien golpeó su puerta antes de ingresar a su habitación, era una de sus hermanas.

—Por fin ha ocurrido, Bastian —anunció Mina sonriente y se apresuró a llegar hasta donde estaba él—. Tu protegida está a punto de nacer, así que debes transportarte a la Tierra cuanto antes. El ángel guardián de su madre nos comentó que piensan llamarla Amelie.

—¿En serio? Eso es sorprendente, pensé que ya no ocurriría y me dedicaría a ser guerrero —dijo él entusiasmado y se puso de pie. Había estado leyendo en una silla cerca del gran ventanal—. Creo que de los nervios se me ha olvidado todo. ¿Qué debo hacer?

—Ser guerrero nunca fue tu propósito. Apenas llegues al mundo de los humanos, una capa de niebla negra te cubrirá y no podrán verte. Asegúrate de que ese escudo nunca pierda su poder, rara vez lo hace, pero nunca se sabe… —explicó Mina, dándole unas ropas de apariencia humana que llevaba en sus manos.

—¿Cómo llegaré a la Tierra? —interrogó Bastian, tomando la ropa que la mujer ángel le había dado. Se quitó la túnica blanca que lo cubría para quedarse completamente desnudo y luego se vistió. Mina ni siquiera le prestó atención.

—Los guardianes del Portal te abrirán paso. Cuando llegues al hospital de Santa María, te encontrarás con los ángeles guardianes de los padres de la niña. Ellos te enseñarán y te guiarán en tu tarea, yo no puedo acompañarte en ese camino. Ese ya no es mi trabajo —comentó Mina, su largo vestido blanco acariciaba el mármol mientras

caminaban hacia las cuatro torres.

Luego de varios minutos se encontraron allí.

—Gracias por tu ayuda en todo este tiempo, espero no arruinarlo —dijo Bastian y asintió con la cabeza—. ¿Volveré a verte? Dales mis saludos a Gael y Lana, me hubiera gustado despedirme cara a cara.

—No tienes nada que agradecer y estoy segura de que nos volveremos a ver. Una vez hermanos, siempre hermanos, ¿recuerdas? No te preocupes, les haré llegar tus saludos, ellos sabrán entender —dijo Mina con una sonrisa amable en sus labios y luego se dirigió a los guardianes, aquellos dos que llevaban cascos dorados en la cabeza y tenían dos lanzas de cristal en la mano—. Párate en el centro, Bastian. Entre la fuente y el fuego. Syrian, Alhik, necesito que abran la puerta para dejar a este ángel guardián llegar al mundo de los humanos. Su destino es el hospital de Santa María, allí nacerá un bebé que sus padres decidieron llamar Amelie.

Los dos guardianes asintieron, rara vez hablaban, y alejándose de sus puestos dividieron sus lanzas en dos e hicieron un total de cuatro. Mientras el muchacho se paraba donde le habían indicado, los ángeles corrieron a la velocidad de la luz y clavaron las cuatro lanzas en las torres de cristal en lugares estratégicos. Al instante, estas se encendieron con fuego azul, se cargaron de poder y enviaron un rayo a las alturas que iluminó las nubes como relámpagos. Las puertas del Paraíso al abrirse se oían como mil truenos que lo abarcaban todo. La luz envolvió el cuerpo de Bastian y lo mandó de regreso a la Tierra luego de tantos años de haberla abandonado.

Sus pies tocaron suelo otra vez, había césped verde bajo ellos y las ramas de un árbol sobre su cabeza. Frente a él se erguía un inmenso hospital de paredes blancas y ventanas verdes. Caminó sin prisa hacia el edificio, esquivando personas que parecían no verlo y tratando de deshacerse de esa sensación de náuseas que tenía.

«¿Dónde voy a encontrarla?», se preguntó recorriendo los largos corredores llenos de gente. De repente, sintió una punzada en el corazón y un rastro de luz blanca comenzó a flotar delante de él, tenía la forma de un ave, o tal vez eran solo alas. Siguió aquel rastro hasta llegar a una habitación de grandes ventanas por donde la luz tibia del sol se metía. Allí había una mujer dormida en una camilla, con un bebé entre sus brazos. En un sillón a su lado se encontraban un hombre y una mujer adultos conversando. Cerca de ellos, en la pared más alejada, había tres seres vestidos con capas de humo negro, eran otros ángeles guardianes. Uno de ellos señaló hacia la cama y asintió, indicándole que había llegado al lugar correcto.

Bastian se movió hasta la camilla, al lateral que no estaba ocupado,

y miró al bebé con detenimiento. Tenía los ojos cerrados y respiraba suavemente, sus manos eran pequeñas y sus uñas, diminutas. Contempló a la niña un rato más y, de repente, ella abrió sus ojos de color miel y se lo quedó viendo como si el escudo no existiera, como si sintiera su presencia. Pensó que tal vez su capa había fallado, pero no era así, porque los demás humanos no habían notado su presencia. Una energía especial recorrió el cuerpo del muchacho, era una sensación de lo más extraña y nueva. El latido de su corazón cambió de ritmo y se unió al del bebé. Eso casi le quitó el aire de los pulmones y lo hizo caer de rodillas. Las necesidades de la pequeña se volvieron las suyas y fue allí que lo entendió: el lazo se había creado.

—Ahora eres parte de mí, pequeña, y voy a cuidarte cada día. Eres mi vida para siempre —susurró con ternura y, aunque nadie pudo escucharlo, la beba sí lo hizo y se durmió llena de paz.

9. Resiliencia

«Sobreponerse» y «resistir» son palabras fuertes destinadas a personas valientes que son capaces de aceptarlas como un regalo en un momento de dolor. Las dos conllevan el hecho de aguantar los golpes de la vida por más destructores que estos sean, soportar hasta que el cuerpo o el corazón no puedan continuar haciéndole frente a las embestidas arteras del destino.

Ser fuerte, ese era su nuevo lema. Aunque no lo tuviera tan en claro, aunque las palabras no se dibujaran de manera nítida en su mente, sabía que debía encontrar fuerza para seguir. Al menos la idea general de su significado se había quedado dando vueltas en su cabeza antes de dormirse aquella madrugada, cuando el sol ya había comenzado a lanzar los primeros rayos tibios sobre el planeta, e inundaba la habitación con luz dorada y entibiaba el cuarto, que ahora le quedaba grande, demasiado grande.

Muchas de las ideas que se estaban formando en su cabeza confusa tenían que ver con lo que él había escrito en la carta. Él le había pedido que resistiera porque sabía que ella tenía la fortaleza necesaria para hacerlo. Pero ese había sido un aspecto más entre decenas de otros que aparecían en ese mensaje. La idea de encontrar a otra persona, de niños que no fueran de él… No, no podía concebir esa parte. Ese pedido no podría llevarlo a cabo.

Amelie había decidido que no se quedaría encerrada a llorar, sino que sería una persona resiliente. Y eso no significaba que se olvidaría del dolor de la despedida que la envolvía como neblina gris y le susurraba palabras de ausencia al oído, porque el vacío en la cama y en los rincones de la casa se encargaba de recordárselo a cada

momento, pero sí que usaría esa pena para hacer algo bueno, la convertiría en energía para seguir adelante.

El celular de Bastian, que había quedado olvidado y juntando polvo sobre la mesa de luz, recobró vida de repente. El artefacto comenzó a vibrar y sonar, y despertó a la chica, que estaba sumida en un sueño profundo del que le hubiera gustado seguir disfrutando un poco más antes de volver a la cruda realidad.

De manera casi automática lo tomó y miró el identificador de llamadas en la pantalla, pudo ver el nombre de Alexis con ojos entrecerrados. Suspiró profundamente y apagó el celular. Se cubrió el rostro con las sábanas e hizo masajes circulares en sus sienes para relajarse; el día ya pintaba ser caótico y complicado desde temprano. Por alguna razón, su corazón había albergado la esperanza de que fuera él quien la estaba llamando para decirle que se había equivocado y que volvería pronto. Pero la realidad era distinta, eso no sucedería nunca. Nada lo detenía cuando se trataba de protegerla.

«¿Dónde estarás ahora? En qué lío me dejaste, Bastian. Claro, para ti fue fácil. Solo te fuiste sin decir adiós y yo me tuve que quedar aquí a juntar los pedazos hechos trizas en el suelo y hacerme cargo de todo», pensó sacudiendo su cabeza y trató de encontrar una mentira que contar a su familia y amigos. Aquello de inventar historias sin que los cabos quedaran desatados no era para ella, pero conocía datos del pasado de Bastian y los aprovecharía a su favor.

Al instante, su propio celular, que estaba bajo la almohada, empezó a sonar y cuando lo tomó se dio cuenta de que era su amigo, que volvía a insistir. Su teléfono había quedado allí esperando ese mensaje que no llegaría.

—Hola, Al. ¿Cómo estás? Discúlpame por no atender enseguida, todavía estoy en la cama. Más dormida que despierta, la verdad —dijo, tratando de sonar despreocupada y soñolienta, porque su amigo era demasiado perceptivo y no quería quebrarse y arruinar la coartada que se estaba formando en su cabeza. No quería que su hermano del corazón la escuchara llorar, o empezaría a indagar y tendría que soltar todo, y lo peor era que no iba a creerle.

—Estoy bien y perdón por despertarte. ¿Está el holgazán de tu novio todavía en la cama también? No ha llegado al trabajo y tenemos dos autos que arreglar. Espero que no sientas que te lo estoy quitando —respondió Alexis desde su taller. La chica pudo escuchar el sonido de herramientas de metal que chocaban entre ellas. Imaginó que el chico sostenía el celular entre la oreja y el hombro mientras trabajaba.

Y luego se concentró en la pregunta que le había hecho. Amelie cerró los ojos por un momento y conjuró a Bastian a su lado, sus

brazos fuertes enredados de forma protectora alrededor de su cuerpo, mientras entibiaba su cuello con su aliento, todavía en la cama como su amigo había dicho, pero la triste verdad era otra. Bastian era solo un fantasma ahora, un nombre de alguien que ya pertenecía al pasado. ¡Cuánto dolían esas palabras! Para Alexis, Bastian todavía era real y creería lo que ella iba a decirle, pero cuando el tiempo pasara y él no volviera, ¿qué les diría? ¿Que había muerto en ese viaje que había emprendido? A fin de cuentas, tal vez no era una respuesta tan errada.

—Él no está aquí, lo siento. —Suspiró porque no pudo evitarlo, ser fuerte de un día para el otro no era tan fácil como pensaba, por más que se lo gritara a viva voz dentro de la cabeza—. Deberíamos hablar esto en persona, pero no creo que puedan verme a mí o Bastian por un tiempo, amigo. Ayer...

—¿Qué pasó? ¿Discutieron o algo? —la interrumpió el chico, interrogándola. Ella deseó que fuera tan simple como eso, tan fácil como una discusión de pareja que podía arreglarse con palabras tiernas o un beso dado a tiempo.

—Déjame contarte algo. Ayer por la noche, cuando volví a casa, Bastian me contó que un familiar lo ha contactado, más bien, el padre Tomás le comunicó que había alguien que quería verlo. Bastian les ha dicho que no sabe nada sobre su pasado o lazos familiares… Entonces decidió encontrarse con esa persona. Él nunca habló sobre el tema, pero pensaba que era huérfano y que por eso lo habían dejado en un orfanato cuando era bebé. Así que para encontrarse con esta persona tuvo que irse de la ciudad, a un pueblo cerca de las montañas, creo que se llama Las Colinas.

—¿Quién es esa persona? ¿Un tío? ¿La madre?

—Creo que es su papá. Así que se fue por un tiempo y me pidió que lo disculpes, que no te enojes con él por dejarte solo en el trabajo. Yo me quedaré en la casa por si hay novedades, así que discúlpenme si estoy desaparecida; además, estoy pensando en viajar hasta Las Colinas o voy a morir extrañándolo —respondió, agregando una risita falsa que ni ella se creyó.

Cómo dolía mentirle a su amigo y también inventar excusas para alguien que la había abandonado y dejado en semejante lío. Decir aquella mentira tan grande era crear a Bastian de la nada, amasarlo con aire y palabras falsas, recuerdos y trozos de una carta que aún estaba rota en el suelo; significaba darle un cuerpo y hacerlo presente cuando sabía que eso no era así, que él ya no estaba y no tenía la certeza de si podría recuperarlo.

—Realmente, no sabía nada, lo siento mucho. Mira, Nadia estará ocupada en la capital por un tiempo y seré yo quien vaya a visitarla,

así que no vendrá a Puerto Azul muy seguido porque la enterraron en libros. Yo pensé que iba a estudiar algo más relacionado a lo que le gusta, la moda y eso, pero prefirió las aburridas escuelas de Psicología —explicó Alexis y Amelie trató de que su risa ante aquel comentario sonara genuina—. Cuando te sientas bien, porque sé que ya debes estar extrañando al tipo ese, me dices y vienes conmigo a visitar a Nadia. Nos vamos a la ciudad un fin de semana y la sorprendemos, así no te aburres y lo extrañas tanto. Pero hablo en serio, si necesitas algo, me llamas y voy hacia allá. ¿Entendido?

—Entendido. Gracias, hermanito. Apenas las cosas se solucionen, te llamo, no te preocupes por mí. Creo que lo mejor será que vaya a acompañar a Bastian en este momento. Si me quedé fue porque me pidió que te disculpara con él y para dejar en orden la casa. Estaré en contacto, lo prometo. Te quiero mucho —prometió Amelie y colgó el teléfono. A pesar de lo horrible que se sentía, eso había salido demasiado bien, una cosa menos en la que pensar.

Se levantó de la cama con lentitud, como si no tuviera un propósito claro en ese momento, se puso un vestido azul que le llegaba a las rodillas, una chaqueta de hilo blanco y unas botas cortas de color marrón. Caminó por el angosto pasillo, deslizando sus dedos por las paredes como todas las mañanas, y miró la claridad a través de las tres ventanas del corredor. Se quedó parada allí un momento, dejando que la luz la envolviera y le entibiara el rostro.

Dio pasos lentos por la casa, esperando a cada rato que su presencia la sorprendiera a mitad de camino, pero no hubo brazos que la levantaran del suelo ni labios que se posaran en su cuello.

Salió al exterior pensativa, ya que no tenía ganas de desayunar. Caminó sin rumbo hacia la costa, notando que había un poco de viento ese día. Los granos de arena se elevaban en espirales y se mezclaban con hojas secas que danzaban en remolinos. El agua del mar estaba intranquila, las olas de espuma blanca no cesaban de acariciar la playa.

Llegó hasta el borde del mar, sus brazos enredados en su cintura, y trató de recordar la frase que Bastian había usado para llamar a la Guardia Divina, le exigió a su cerebro que trajera las palabras a su boca.

—Angelus... —dijo con poca convicción y de inmediato lanzó una carcajada. Se sintió estúpida en ese momento por siquiera tratar de hablar en un idioma que no sabía—. ¿Qué demonios estoy haciendo? —preguntó al inmenso océano como si aquel pudiera darle una respuesta—. ¡Dime! ¡Maldito mar! ¿Qué se supone que haga ahora?

Se abrazó aún más fuerte y sintió unas pequeñas lágrimas frías

rodar por sus mejillas. Atrapándolas, un rayo de sol las convirtió en destellos y eso hizo que recordara la lágrima de cristal de Bastian que tenía envuelta en un pañuelo, todo le traía imágenes de ese chico y nunca dejaría de hacerlo.

Recordó que ella una vez también había escrito una carta de despedida, que había sido un tanto diferente, pero a fin de cuentas, y aunque quisiera, no podía odiar ni culpar a Bastian. Ella había hecho lo mismo.

Cuando giró sobre sus pies para volver a la casa, se quedó de piedra ante aquella presencia repentina. No había logrado atraer un ángel con su fallida oración, pero si a otra cosa que parecía salida de la nada.

Allí estaba ella otra vez, parada sobre el último escalón de madera antes de llegar a la casa. Su pelo oscuro como la noche flotaba en el viento de manera extraña, sus ojos, fijos en ella. Esa vez no había ningún perro enorme con apariencia de lobo, ni gatos ni cuervos. Ningún animal salvaje la acompañaba.

La miró detenidamente, con el corazón que casi se saltaba fuera de su pecho por el susto que le había dado. No era Zaira como había pensado en el muelle, era muy parecida, pero no era ella, en definitiva. Esta mujer era mayor que el demonio que Bastian había destruido. Y ser mayor no quitaba el hecho de que fuera hermosa. La manera en que sus labios se curvaban en una sonrisa atractiva pero misteriosa captó su atención, la forma en la que se paraba, con tanta presencia e imponiendo respeto. Al final había sobrevivido, no se había ahogado en el mar aquella tarde, aunque llevaba ese mismo vestido.

—¿Quién eres y qué quieres de mí? Te vi en el muelle y pensé que estarías en el fondo del mar pudriéndote en este momento. ¿No les bastó con que mi novio se entregara en mi lugar? ¿Quieres llevarme al infierno a mí también? Bien podrías hacerlo porque ya no sé si quiero esta vida... —arremetió Amelie, llena de preguntas y pretendiendo ser valiente cuando en realidad estaba aterrada. Las palabras le brotaron de la boca con rabia, enojo guardado gracias a todo lo que había vivido y, si podía desquitarse con aquel demonio antes de morir, se daría el gusto de decir todo lo que pensaba. Pero algo se le ocurrió en ese momento: si aquella mujer fuera un demonio, ya la habría aniquilado o se la habría llevado la primera vez que se vieron.

—Demasiadas preguntas y palabras, querida. No es que no me guste una buena conversación sobre las vueltas de la vida y los hilos invisibles que la manejan, pero no sé si soy la persona adecuada para darte ciertas respuestas... Aunque puedo aclarar algunas de tus dudas

—respondió la extraña, sosteniéndole la mirada, y Amelie notó que, a pesar de la dureza en su voz, los demonios no sonaban tan amables cuando hablaban ni mucho menos tenían ojos que podían llegar a mirar de manera tierna—. Pero no voy a llevarte al infierno si eso es lo que temes, así que quédate tranquila. De todos modos, creo que ya vives en él. Ellos lo llaman Inframundo, ¿sabías? Y no, tampoco soy un demonio, pero me has mirado de cierta manera, como si me conocieras. Lo hiciste aquella tarde en el muelle, incluso en el cementerio, cuando yo no era yo, sino que iba vestida de anciana.

Los ojos de Amelie se pusieron como platos y recordó a esa mujer que le había dado las flores en el cementerio, los escalofríos de aquel atardecer la atacaron de nuevo. Por alguna razón, sus ojos le habían parecido familiares porque le habían recordado a los de Zaira y tal vez no había querido admitirlo delante de… él.

—Conque eras tú. ¿Puedo darte un consejo? No vuelvas a hablarle de esa manera a alguien en un cementerio, lo asustarás. Si te miré así en el muelle fue porque conocí a una mujer, su nombre era Zaira. Tú y ella se parecen mucho... Es extraño, tal vez sea una coincidencia estúpida, pero son muy parecidas. La forma de pararse, los labios y tus ojos… —dijo Amelie, pensando en lo que había dicho. Estaba hablando de demonios con una mujer que aparecía de la nada y que pretendía ser anciana de a ratos en el cementerio. Estaba conversando con una extraña que usaba vestidos negros pasados de moda y parecía una bruja.

—No me presento ante todo el mundo, sino ante quienes son de interés para los míos… ¿Zaira? Era mi hermana. ¿Te sorprende la noticia, querida? No era ninguna coincidencia —soltó la mujer, notando cómo la conmoción se apoderaba del rostro de Amelie.

—¡¿Tu hermana?! Pero tú no eres un demonio, lo dijiste hace un rato. No me digas que vienes a vengarte... —comentó la muchacha, dando un paso hacia atrás, y vio cómo la mujer relajaba sus hombros, sacudía la cabeza y esbozaba una sonrisa amable.

—No vengo a matarte ni a vengar la muerte de nadie. Mi hermana y yo nacimos del mismo padre, pero elegimos caminos diferentes, digamos que ella prefirió convertirse en demonio y yo, bueno, preferí recluirme en el bosque y ser una bruja como los demás seres que lo habitan y lo han habitado por siglos. Los bastardos, los hijos del Diablo, como despectivamente nos llaman en partes del Cielo y en todo el Infierno.

—Espera un segundo… ¿Eres una bruja? —preguntó Amelie sorprendida, pues hacía unos minutos había pensado eso mismo. ¿Podía sorprenderse de algo a esa altura?

—Los hijos de los demonios y los humanos nacen con ciertos poderes que pueden controlar e incrementar con la práctica. Si eliges el camino del Oscuro, Dios te destierra y te jura batalla, pero, si eliges ser bruja, no es tan duro contigo, aunque no se nos permite vivir como humanos ni en sus pueblos. Por eso debemos recluirnos para vivir en la soledad del bosque. Si no puedes soportar ese destino, te conviertes en alguien como Zaira. Desafías las reglas y le pides a tu padre que te inicie en el mundo demoníaco.

—¿Puedo ser honesta? Sus reglas y todo su mundo me tienen bastante cansada. Sería muy interesante estudiarlos desde fuera. Pero es horrible cuando estás en el medio. —Amy suspiró y cruzó sus brazos sobre el pecho—. Entiendo todo lo que me dices, pero es demasiada información que no me interesa en este momento y no me incumbe en realidad. ¿Qué quieres de mí? Eso es lo que necesito saber realmente. ¿Por qué te has aparecido ante mí en tantas ocasiones? ¿Por qué soy de tu interés?

—Pues debería ser de importancia lo que te digo, Amelie Roger. Todo tiene que ver con todo en este mundo o en nuestros mundos, así como la noche le sigue al día y al revés de manera eterna —dijo la extraña bajando los escalones y parándose frente a la chica. Tenía una manera peculiar de hablar, casi poética—. ¿Te has preguntado alguna vez por qué puedes ver ángeles y demonios con tanta facilidad? Lamento decirte que no lo haces porque eres una humana especial como te han hecho creer. Eres especial en otro sentido porque tu sangre te hace diferente.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué sabes mi nombre? Dime el tuyo y luego decido si me quedo a escucharte —replicó Amelie confundida.

¿Quién era aquella mujer que hablaba con tanta libertad de su sangre? ¿Era una bruja o una loca que se había escapado de alguna institución mental?

—Mi nombre es Ada, pero no creo que este sea el momento de hablar de nombres y apellidos. Creo que hay cosas más importantes en tu cabeza ahora —respondió ella y sus manos flotaron hasta la cabeza de la muchacha, que se quedó dura sin saber qué hacer.

Ada puso sus dedos largos y llenos de anillos en las sienes de Amelie y al instante sus ojos se volvieron blancos, como si se llenaran de esa neblina que cubría el bosque por las mañanas temprano, su cabeza se torció hacia un costado y tembló un poco, como si estuviera viendo cosas que trataba de comprender.

—¿Qué haces? ¿Qué le estás haciendo a mi cabeza?

—Silencio y escucha, aprende ese arte que te puede ser útil… —sonó la autoritaria voz de Ada—. Veo en el interior de tu mente, en el

humo que se mueve allí dentro inquieto y sin descanso. No quiere revelar cosas, ha estado dormido. Pero ahora crea figuras, escenas de cosas que están por venir. Llegará un momento en el que solo te acordarás de mí y de nadie más, en Ada solo pensarás. Lo que conocías te será extraño y lo extraño se volverá familiar. Cuando eso pase, me encontrarás en el Bosque Oscuro, estuviste cerca de allí una vez, te enfrentaste con valor a mi hermana sobre un puente de hierro naranja. Pero no lo atravesaste por completo, esta vez te pido que cruces ese puente y te pierdas entre los árboles, deja que la voz del bosque te reclame, escúchala —vaticinó la mujer, los ojos de la muchacha se cerraron y la voz de la otra le invadió la mente por completo. Las palabras se alojaron allí y encontraron una morada donde descansar hasta que su momento de ser llegara. Ya volverían a despertar como las aves temprano por la mañana—. Ven a verme y toda la verdad te será revelada. Necesitarás de mí para entender sobre tu pasado y la cuna de tu sangre, así que no me ignores. No ignores las palabras de la bruja, Amelie Roger, o te perderás en la oscuridad de tu mente para siempre y no habrá nadie que de allí te rescate. Ni luz, ni oscuridad. Ni ángel, ni demonio. Nadie de entre ellos podrá salvarte. Pero serás fuerte como una tormenta de verano. Lo siento, lo sé.

La muchacha se llenó de terror por un momento, las últimas palabras de Ada se repitieron en sus oídos como un eco susurrado y cuando abrió los ojos ya no pudo ver a la mujer. Una ráfaga de viento que la despeinó le indicó que Ada había desaparecido, con lo que la dejó cargada de dudas y misterios. ¿De qué se trataba aquella verdad? ¿Le estaba hablando del futuro? ¿Debía creerle o considerarla una loca?

Corrió hacia el interior de la casa y cerró las puertas y ventanas, permitiéndose ser débil por un momento. Derrumbándose sobre el sofá, se hizo pequeña y ansió un abrazo maternal o el de Nadia. ¡Cuánto la extrañaba! Fue una bola de nervios y tristeza que lloraba sin parar hasta que, después de varios minutos, se quedó dormida mientras el mar le cantaba una canción de cuna.

Se despertó con el sonido de campanillas que redoblaban y una luz blanca que inundaba la habitación. Abrió los ojos de repente, como si se despertara de un largo sueño, sin entender qué momento del día era. Parados en su *living* estaban los tres ángeles que formaban parte de la Guardia Divina.

—¿Qué hacen ustedes aquí? Solo dije «Ángelus», ni siquiera sé la frase para invocarlos. Si buscan a su amigo, lamento decirles que este no es el lugar donde lo encontrarán pues se ha marchado, tal vez ya esté muerto —dijo Amelie incorporándose. Su tono de voz demostraba

falta de entusiasmo, estaba cansada de las visitas paranormales—. En un momento, cuando leí esa carta que me dejó, pensé que podría hacer algo, que podría buscarlo. ¡Qué ilusa!

—Amy… —dijo Mina, con un dejo de pena en la voz, y se acercó hasta ella. Sus pies ni siquiera tocaron el suelo, pero, una vez que lo hicieron, se sentó junto a la muchacha en el sofá—. Sabemos lo que él hizo y entiendo lo que debes sentir. ¿Sabes? Nos hizo prometerle que te cuidaríamos y eso es lo que estamos haciendo. No sé a qué te refieres con eso del «ángelus», pero sentimos una presencia atravesar el escudo que pusimos fuera de la casa. ¿Viste algo fuera de lo normal? ¿Alguien te hizo daño?

—Para nada, habrá sido algún demonio que me estaba vigilando. No es la primera vez que sucede o que rondan la casa. Ya me he acostumbrado a ellos —mintió, porque por alguna razón creyó que no debía hablar de Ada, era algo que tenía que guardarse para ella y estaba segura de que la magia de la bruja había alertado a los ángeles. Al menos era algo que salía bien porque había logrado atraerlos hacia ella—. Por otro lado, les agradezco que quieran ocuparse de mí, pero eso no me hace sentir para nada mejor. Es horrible lo que se siente en todo el cuerpo y no creo que lo entiendan. El vacío que se hace presente, la ausencia que llena todo y cómo poco a poco uno se acostumbra a ella. Es como si estuvieras viendo una cicatriz de un corte profundo que te hiciste cuando eras pequeño, la ves y aprendes a convivir con ella, se convierte en una parte de ti. Pero ¿qué pueden saber ustedes? Si se curan en un segundo. Las peores cicatrices son las que se marcan en el alma y déjenme decirles que nunca se curan. Lo digo por experiencia, ya tengo varias de esas.

Los ojos de Lana la miraron fijamente, como si fuera la primera vez que escuchaba a un humano hablar así, de esa manera tan profunda. Gael miró hacia el suelo, tenía los brazos cruzados sobre el pecho y trataba de comprender lo que la muchacha decía.

—Mira… —dijo Lana, y rompió el silencio incómodo que se había creado—, no estamos aquí solo porque prometimos algo, bien podríamos cuidarte desde las sombras. Ha sucedido algo… pero no debes crearte demasiadas expectativas. La verdad, creo que esta misión fracasará antes de empezar. Es una locura.

Una chispa leve se encendió en los ojos de Amelie, quería saber de qué se trataba. ¿Había dicho misión?

—¿Qué pasó? ¿Bastian está vivo? ¿Lo vieron? —preguntó notando que una sonrisa casi imperceptible se dibujaba en los labios de Gael.

—Puede ser, porque su esencia nunca desapareció del Paraíso —agregó Lana sin que eso esclareciera el paisaje de Amelie.

—¿A qué te refieres? No entiendo.

—Imagina una gran mesa llena de velas encendidas. Cuando un ángel muere o se entrega al veneno demoníaco para siempre, su llama se apaga, deja de ser. La llama de Bastian aún sigue encendida en Mikah.

—Pero él ya no es un ángel, ¿por qué tendría una vela en el Paraíso? —cuestionó la humana, mirando a Mina a los ojos.

—Porque Dios todavía le tiene mucho aprecio, nunca eliminaron su vela de la gran mesa. Dios podrá parecerte inalcanzable, pero nos considera sus hijos, a todas sus criaturas —explicó Mina.

Amelie no vio a los tres ángeles mirarse de manera extraña. Algo se les cruzó a los tres por la mente, algo en lo que no habían pensado con anterioridad, una duda nació tan débil y frágil como un bebé. ¿Por qué estaría la vela de Bastian encendida todavía sobre la mesa de la Ciudad de Cristal? ¿Solo porque Dios lo amaba? La chica se paró de un salto y los demás la miraron con atención.

—Díganme dónde está, tenemos que buscarlo y rescatarlo. Aunque sea lo último que haga en esta vida que ya casi ni sentido tiene.

—Amy, tranquila... —comentó Gael mirándola a los ojos. La tomó por los hombros e hizo que se sentara otra vez—. Es obvio que Bastian está en el Inframundo y si no lo han matado aún es porque, creemos y estamos casi seguros de ello, quieren convertirlo en demonio. Es por eso que su vela no se ha apagado, lo mantienen con vida para transformarlo.

—¡¿Qué?! Eso es terrible, no podemos dejarlos. No lo va a soportar, su esencia es buena… —exclamó Amelie, mirándolos a todos a los ojos, dejándoles en claro que al menos ella nunca lo permitiría.

—Por supuesto que no lo vamos a aceptar, pero hay muchas cosas en qué pensar. Primero, nosotros no podemos entrar en el Inframundo porque nuestra sangre nos delataría al instante. Como el escudo fuera de tu casa detecta presencia demoníaca, la entrada al Inframundo también tiene escudos. Y, a pesar de que somos los mejores guerreros, sería ir a nuestra muerte segura. Un ejército nos estaría esperando porque creerían que vamos a iniciar una batalla. Segundo, Dios está al tanto de todo y... —Gael sacudió la cabeza. Amy reconoció en él ese mismo gesto que Bastian había hecho una vez cuando su jefe había sugerido que ella se convirtiera en ángel—. Quiere que te entrenemos, que aprendas a usar la espada y, llegado el momento, una daga celestial.

Amelie tuvo que volver a repetirse las palabras del ángel en su cabeza y Mina tomó su mano en un gesto reconfortante. Los movimientos del pulgar de la sanadora sobre su piel le enviaron ondas

cálidas por todo el cuerpo, que le relajaron los hombros y la tensión en el cuello.

—¿Qué les hace creer que a mí no me matarán? Si dices que ustedes tres irían a una muerte segura, yo estaría yendo a una muerte anunciada. Me estarían enviando al matadero —comentó ella, poniendo los ojos en blanco. No servía hacerse ilusiones.

—Dije eso porque, si nos delatamos al pasar por el portal, nos estarían esperando con la munición pesada. Pero a ti... Hay algo de ti que quieren, si no, ya te habrían eliminado hace tiempo, Amy, seamos realistas. Lamento decírtelo así, pero creo que, si tú te entregas, podrían ponerte en el mismo lugar que Bastian y eso nos daría la posibilidad de rescatarlo. El Portal habría sido abierto por ti y eso nos daría pase libre. Pero antes de eso debes aprender a usar la espada porque tienes que llegar hasta donde habita Aaron, el líder de los demonios. Cuando él te vea, no creo que te haga daño.

—Entiendo... —suspiró Amelie y todos sus pensamientos de ser fuerte volvieron a ella y habló de manera segura—. Voy a hacerlo, pero ¿qué es una daga celestial? Ni siquiera sé cómo usar un cuchillo grande en la cocina.

—Si Bastian llegara a estar convertido en demonio, tienes que atravesarlo con esa daga. El material del arma absorbería la maldad de su cuerpo. Al tenerte allí dentro, tendríamos conocimiento de cómo es el lugar a través de tu mente. El plan sería aparecer allí por un segundo y sacarlos del Inframundo, pero tienes que asegurarte de que nadie más que ustedes dos esté cerca. No podemos correr el riesgo de transportar a un demonio con nosotros —explicó Lana—, o cosas horribles que no voy a mencionar podrían suceder en el viaje.

—¿Atravesarlo con una daga? —La incredulidad se pintó en el rostro de Amelie, se dibujó en sus ojos y en toda su expresión—. ¿Encontrarlo para matarlo? ¿Hay algo que tenga sentido de lo que están diciendo? No voy a enterrar una daga en el cuerpo de Bastian, no voy a hacerlo. La misión ha fracasado antes de empezar, por fin voy a darte la razón en algo, Lana.

—No estás escuchando con atención —dijo Mina de manera paciente. Otra que le pedía que aprendiera a escuchar—. Vamos a curarlo apenas los saquemos del Inframundo. La herida será grave, pero tienes aquí a una gran sanadora —agregó sonriente.

—Entendido y espero que sea así —suspiró Amy. Aquel plan todavía le parecía desagradable—. ¿Cuándo empezamos con el entrenamiento entonces?

—Mañana mismo, no tenemos tiempo que perder. El ritual de conversión de un demonio generalmente dura un mes o más, pero,

conociendo a Bastian, se va a resistir al veneno por su pasado celestial. Eso los demorará un poco, es decir que tenemos ese tiempo para que al menos sepas cómo blandir una espada y cortar cabezas de demonios. Te daré un consejo que salvará tu vida —comentó Lana con seriedad, penetrando a Amelie con la mirada—: córtales sus asquerosas cabezas y haz que rueden por todo el Inframundo. Es la única manera de matar a esos desgraciados.

A pesar de que el ambiente estaba lleno de sentimientos encontrados y tensión, todos soltaron una pequeña carcajada. Un tibio y débil rayo de sol atravesó su oscuridad.

***

Plic, plic, plic... Era el único sonido que llegaba a los oídos casi dormidos de Bastian. Una repetición constante del mismo ruido que torturaba sus oídos.

En su celda todo era oscuro, hacía frío y la humedad se colaba por todos lados. Unas gotas recorrían las paredes de roca y formaban un charco en el suelo sucio y duro bajo su cuerpo. Habían construido los calabozos en la piedra; dureza y aspereza eran palabras que describían a la perfección aquel lugar.

Allí abajo no había luz más que la generada por el fuego de algunas antorchas colocadas en las paredes entre celda y celda. Los ojos de a poco se acostumbraban al ambiente, a ver en la oscuridad como los monstruos.

«¿Cuánto falta para que me vuelva loco?», se preguntó el muchacho, el frío le congelaba los huesos y le entristecía el alma. Estaba sentado al fondo del lugar con la espalda apoyada sobre la pared, las puntas de las rocas se clavaban en su chaqueta de cuero y le perforaban la piel, que ya debía tener varios puntos rojos. Le dolían los huesos por la humedad y el alma por pensar en Amelie. No sabía qué estaría haciendo ella, pero pensaba que de seguro estaba llorando y se encontraba destruida. ¿La estarían acechando otra vez? Al final, todo lo que había hecho había sido en vano. Esos malditos eran tramposos y rompían las reglas a su antojo.

Su cabeza era un mundo de ideas y, si seguía pensando, iba a estallar, pero no podía dejar de volver a las palabras pronunciadas por Aaron. Había dicho que Amelie no era una simple humana, aunque podría haber estado jugando con él. Por otro lado, si cabía la posibilidad de que Amelie no fuera humana, ¿qué sería? Porque no era un ángel puro, su nacimiento era de naturaleza humana, él había estado allí. Ángel mestizo tampoco era porque Dios una vez se lo había propuesto y ella había declinado la oferta.

Lo peor había sido enterarse de que él sí era un ángel todavía. Eso no podía ser mentira porque, apenas lo supo, había sentido que toda la fuerza volvía a él, aquel poder que pensaba perdido le había recorrido los músculos y las venas. Como si Dios le hubiera hecho creer que ya no tenía magia y él le había creído sin dudar, se había olvidado de todo lo que había sido.

Trató de quitarse los grilletes negros de las piernas, mas le fue imposible, alguna clase de artilugio mágico estaba bloqueando su poder. Gruñó molesto y completamente frustrado. Hubiera preferido que lo mataran apenas puso un pie en aquel lugar. Lo que le estaba ocurriendo no había estado en sus planes.

—Te necesito, Padre. No me abandones a esta suerte tremenda y oscura. Hermanos, Lana, Mina y Gael, cuiden a Amelie. Se los pido otra vez —dijo Bastian como si estuviera recitando una plegaria que nadie escucharía.

Sus ojos verdes se cerraron de a poco mientras veía sombras producidas por el fuego, que se movían por las paredes de roca. No había dormido en días, desde que había llegado allí.

El sueño no fue para nada tranquilo, ni siquiera eso le daba sosiego. Vio cosas horribles en sus pesadillas, monstruos con protuberancias y dientes filosos, que lo perseguían por un bosque donde los árboles y las hierbas estaban quemados por completo, los colores se habían diluido en el aire como pasaba en esa tierra lejana del Inframundo. Luego se encontró en una catedral que conocía bien, pero las cruces de madera se invertían a su paso y las estatuas de los santos lloraban sangre roja, y convertían todo en un río carmesí donde sus pies se mojaban y manchaban. Vio que danzaba en ese río de sangre y reía con frenesí. Estaba casi desnudo y su cuerpo, envuelto en sudor. Caminó hasta un espejo de marco dorado para contemplarse: su rostro era blanco; sus ojos, completamente negros, y sus dientes, podridos y filosos. Era un príncipe de las Tinieblas sin corona de plata.

—¡Ayuda! ¡Por favor! Necesito ayuda, Dios —gritó desesperado y se dio cuenta de que había tenido una pesadilla. Y en ese momento no le importó nada, todas sus defensas se cayeron al suelo y se sumió en las sombras más profundas. Comenzó a llorar como un niño, como Amadeo lloraba en las noches de tormenta, y se acurrucó contra la pared sintiéndose más solo que nunca.

—Hijo mío... —dijo una voz y eso hizo que levantara su vista. Tenía la cabeza escondida entre las rodillas y sus brazos alrededor de ellas—. Oh... Lamento si te hice creer que ese padre tuyo había venido en tu ayuda. En su lugar vine yo, deberías alegrarte pues yo no te he abandonado como ese otro y soy mucho mejor que él.

Bastian se limitó a mirarlo, llenando de desprecio y odio sus ojos, que aún eran verdes, para que aquel ser se diera cuenta. La llama del fuego de la antorcha en la pared opuesta se reflejaba en su mirada furiosa.

—No me mires así, precioso, hieres mis sentimientos. He venido a traerte algo que beber, no iba a dejar que te murieras de sed. ¿Ves? No soy tan malo como crees. Me gusta atender bien a mis invitados —dijo Aaron, y despareció por un segundo para aparecer dentro de la celda, cargando una copa dorada en sus manos de uñas largas. Sus botas tocaron el mismo suelo que el prisionero, la misma roca mugrienta—. Vas a ser un demonio muy poderoso en unos cuantos días. Tenemos que empezar a transformarte, mi querido. No tenemos tiempo que perder pues grandes cosas nos esperan. Oh, el mundo será un lugar hermoso. Las alas oscuras volarán sobre las ciudades, ensombrecerán el mundo y todo será rojo, como lo soñamos con Oscura.

El muchacho trató de alejarse, pero la pared lo detuvo, las rocas filosas se clavaron de manera más profunda en su espalda. No quería pensarlo porque se sentía como un completo idiota, pero sabía que se había equivocado al tomar aquella decisión de entregarse al Inframundo. En otro momento se habría propuesto pelear, pero esa vez había querido terminar con todo y había acabado desatando algo peor.

De repente, no pudo sentir suelo firme debajo de él ni cadenas ni grilletes en las piernas, y los colores se volvieron borrosos. Sintió un revoltijo en el estómago y la cabeza le dio miles de vueltas.

Cuando aquello se detuvo y pudo reajustar su visión, se encontró en un inmenso salón lujoso, lleno de columnas altas y techos de mármol abovedados, con arañas de cristal que pendían desde los techos. No estaba sentado en roca áspera, sino que para su sorpresa se halló en un trono de oro macizo, con cojines rojos, sobre una tarima.

—¿Qué es esto? ¿Dónde estamos? —cuestionó el muchacho, mirando a su alrededor sumamente confundido. Observó el esplendor y la majestuosidad que lo rodeaban. Nunca hubiera creído que el Infierno podía tener un lugar tan lujoso y limpio como ese. Aquel recinto podría haber pertenecido a cualquier palacio del Amarah, en el Paraíso. Solo había visto dibujos, allí vivían los príncipes celestiales con sus esposas, en tres inmensos palacios. Por eso también Amarah era conocida como la Ciudad de los Palacios de Oro.

—Estamos en el salón del trono, mi trono, para ser preciso, y nunca nadie que no fuera yo lo había ocupado —respondió Aaron, la copa todavía en su mano. Extendió su otro brazo para mostrarle los alrededores y sonrió orgulloso de todo lo que poseía—. Esto y mucho

más vas a ganar cuando seas un demonio por completo. Tendrás toda la gloria que solo el Infierno te puede dar. Gloria verdadera y no inventada, como en el Cielo.

El Malvado caminó hasta Bastian y, separando sus piernas para ubicarse entre ellas, se arrodilló frente a él. Su capa roja se extendía desde sus hombros, cubría su espalda y, finalmente, descansaba en los escalones de piedra pulida que sucedían a la tarima. Sus ojos de color turquesa lo miraron de manera penetrante. El chico pudo darse cuenta de que aún tenían el color de los ángeles puros, pero se volvían negros una vez que dejaban su Inframundo. Era un castigo, Dios le hacía recordar lo que había sido en la soledad de su oscuro mundo y se lo arrebataba cuando lo dejaba, entre tantos otros privilegios. ¿Qué habría hecho para que Dios lo desterrara del Paraíso y lo condenara de esa manera? ¿Qué hacía aquel ser arrodillado entre sus piernas como si le rindiera tributo? Ese hombre lo incomodaba.

—¿Que contiene la copa? Quisiera saberlo antes de tragarlo, quisiera saber cuál será el arma que va a matarme. Si es que puedo contar con ese derecho —preguntó el muchacho; bajando la vista al cáliz de oro, se detuvo a ver las joyas incrustadas que tenía. Eran óvalos azules que destellaban con hermosura.

—Este brebaje no va a matarte, te hará sentir más vivo que nunca —explicó el caído. Para Bastian, ser convertido en un demonio significaba el ocaso de quien una vez había sido y eso era peor que la propia muerte—. Tiene vino común y corriente, pero le agregaré una gota de mi sangre. Serás un demonio creado por mí, el más bello y poderoso de todos mis hijos oscuros. Ah, Bastian... Serás un príncipe guerrero, el líder de las huestes oscuras que arrasarán todo a su paso. —Aaron sonrió al revelar sus siniestros planes, y se mordió el pulgar sin quitar la vista del rostro del muchacho. Cuando una gota de sangre brotó de su dedo, la depositó en el vino que estaba en la copa y envenenó la bebida. Aquello era monstruoso, el malvado copiaba a Cristo, sangre de su sangre. No podía concebir esa idea.

—Bebe de mí y toma mi ser, acepta este regalo y reclama tu poder —agregó el Oscuro y, metiéndose en la mente de Bastian, le susurró palabras que hablaban de esplendor, victoria y gloria eterna.

El muchacho tragó fuerte porque luego de aquello no habría vuelta atrás, era el último paso hacia el final. Deseaba que alguien irrumpiera en aquel salón para salvarlo, incluso había albergado la esperanza de que Amelie se presentara a rescatarlo o al menos besarlo por última vez, pero nada de eso sucedería. Aceptó su destino como quien acepta ir a la guerra a morir, en silencio y con una gran pena en el corazón.

Aaron le acercó el borde dorado de la copa hasta los labios y él lo

dejó entrar, dándole la bienvenida. El líquido tocó su lengua como fuego ardiente y se deslizó con lentitud hacia su garganta. Siguió bajando y le hizo arder el cuerpo, el corazón, los pulmones y le tocó un pedacito de alma. Aquel veneno demoníaco le manchó el espíritu y con garras mortíferas y llenas de ponzoña comenzó a llevárselo hacia el lado oscuro. Esa sería la primera copa de muchas que vendrían, hasta que la maldad misma lo envolviera entero y el Diablo lo reclamara como hijo.

El demonio alejó la copa del muchacho y, metiendo su dedo índice en ella, lo baño en los restos de sangre y vino. Dibujó una cruz invertida en la frente de Bastian y luego trazó el contorno de sus ojos. Volvió a mojar su dedo en vino y acarició los labios del muchacho de manera lenta y delicada. Cerrando los ojos, este se fundió en una sensación de placer y éxtasis, su cuerpo se sentía liviano, como si flotara en un mar de aguas tranquilas. Sus labios se despegaron para emitir pequeños gemidos y su cuerpo se movió en el trono lentamente, en movimientos de trance. Pensó que iba a resistirse más, que odiaría la sensación ardiente de aquel líquido al ingresar en su cuerpo, pero se olvidó de todo en ese momento, solo se dejó llevar por la tentación.

Aaron apretó la yema de su dedo para que otra gota de sangre naciera e introdujo el dedo en la boca de Bastian. El muchacho se aferró a la muñeca del demonio, enredó sus labios manchados alrededor de su dedo y, succionándolo, lo limpió de vino y sangre. El Maldito sonrió complacido al verlo alimentarse de su maldad con tanta lujuria.

Se paró para tomar el rostro del muchacho entre sus manos. Sus ojos verdes se volvieron negros por un segundo y luego retornaron a su color normal. Faltarían más copas para que el negro lo cubriera todo. Aaron inclinó su cabeza y besó a Bastian en la frente con una ternura impensada para alguien de su malvada condición. Sus labios bajaron hasta las mejillas del chico y por último se detuvieron en la esquina de su labio izquierdo, justo allí donde ambos labios se unían.

Cuando la sensación de placer y ensoñación abandonó el cuerpo de Bastian y se dio cuenta de todo lo que estaba pasando, de la cercanía peligrosa de Aaron, del ambiente de sensualidad que allí se había creado y de sus manos y labios sobre su cuerpo, trató de empujarlo poniendo las manos en su pecho.

—¿Qué crees que estás haciendo? ¡Aléjate de mí, no me toques! ¡Te odio! —gritó Bastian, poniéndose de pie y listo para intentar atacar a Aaron, quien dio unos pasos hacia atrás. El chico pensó en su poder, que había vuelto, y que el Oscuro estaba desprotegido, tal vez tendría una oportunidad para herirlo.

—¿Odio? Eso no es lo que me mostraste hace unos segundos atrás cuando te alimentaste de mí con tanto deseo. Pero no te preocupes, ya aprenderás a amarme, hijo mío. Al final, todos lo hacen. —Sonrió, y un solo chasquido de sus dedos fue suficiente para que el muchacho volviera a su hueco frío y negro entre las rocas.

10. Guerrera

El mes y medio que una transformación demoníaca tomaba para completarse pasó tan lento, pero a su vez tan lleno de cosas y sentimientos, que Amelie apenas se dio cuenta del cambio de los días. Ni siquiera notó cómo la estación actual se alejaba en puntas de pie para convertirse en otra. No se fijó en la variación de los colores de la marea y sus nuevas tonalidades de azul pálido, y poco reparó en cómo los cerezos se quedaban sin pétalos rosados; estos simplemente se desprendían de sus ramas y decoraban Playa Calma volando por doquier. Los demás árboles de Puerto Azul se habían teñido de marrón y amarillo, y los colchones de hojas secas pintaban los suelos de dorado al acumularse fuera de las casas, sobre los techos y bajo las puertas como un ornamento natural.

El verano de todos modos se negaba a irse, como Bastian luchaba por quedarse en su cuerpo en lo profundo del Infierno.

La mañana antes de comenzar el entrenamiento, Amelie había visitado la casa de Clara y Héctor, y les había dicho que se iría a acompañar a Bastian por un tiempo, pues ellos estaban al tanto de la situación inventada. Ambos le dijeron que estaban felices por su novio y también por ella, porque ahora tendría más familia con la que contar. La muchacha había sonreído con astucia y actuado con habilidad sin mostrar la verdad en sus ojos o su expresión en ningún momento. Antes de comenzar con el entrenamiento físico había estado trabajando en qué decir y cómo actuar frente a su familia para que su coartada no se viniera abajo.

Cuando todos ellos pensaron que se había ido, y durante el transcurso de esa dura etapa, cada tanto hacía llamados a Nadia y

Alexis desde Las Colinas, supuestamente, y les decía cuentos que ni ella se creía, como que la ciudad en la que se encontraban era hermosa y que Bastian estaba feliz por haber hallado a su padre y que por eso se demorarían en volver, porque quería recuperar el tiempo perdido. Aunque aquellos llamados a sus amigos no eran necesarios, los hacía para que no creyeran que se había alejado como la última vez o que ya no los quería. Y también le servían para escuchar una voz familiar y recordar un poco de la alegría de esos chicos que eran tan importantes para ella. A menudo se le venían imágenes de los almuerzos cerca del ventanal del Highland, cuando los rayos de sol entibiaban la cara de Nadia, Alexis hacía bromas, y sus ojos se desviaban hacia la barra del comedor. Había pensado que todo aquello era un drama en su momento. ¡Qué poco importantes parecían sus problemas de adolescente normal ahora! Si solo sus amigos supieran que Bastian ni siquiera conocía a su padre y que solo sabía que su madre se llamaba Valentina y que lo había dado en adopción. Hasta ese momento se creían el cuento sin dudar y, como aún conservaba el celular de Bastian, escribía mensajes como si fuera él y se los enviaba a Alexis. Se sentía el doble de mal. Por un lado, le estaba mintiendo a un amigo y era en esos momentos cuando deseaba ser capaz de decirle toda la verdad y, por otro lado, le dolía tener que fingir que era alguien que la había abandonado sin siquiera quedarse a intentar o seguir luchando. Pero sus buenas razones habría tenido, no podía culparlo del todo cuando ella había hecho lo mismo una vez.

La Guardia Divina seguía reforzando el escudo alrededor de la casa. Era un enorme domo de energía transparente que solo ellos podían ver y, si a sus familiares se les ocurriera ir a dar un vistazo para asegurarse de que la cabaña estuviera bien en su supuesta ausencia, no verían a Amelie deambular o entrenar sobre la arena, la habían escondido de la vista humana creando alrededor de ella una capa hecha de humo negro como el que vestían los ángeles. Habían tenido que tomar esa precaución o toda la mentira que la muchacha había inventado se vendría abajo si accidentalmente alguien se la encontraba en la casa. Por suerte no, les había dado llaves de la cabaña.

El campo de entrenamiento era el espacio de arena entre el mar y la casita de madera. Ese primer día de entrenamiento, Amy se había puesto una chaqueta negra de cuero y pantalones de ese mismo color, más unas botas cortas que le parecían cómodas para moverse sobre el terreno.

Lana sería la encargada de entrenarla, o más bien torturarla, por la sonrisa que se le había dibujado en los labios y le iluminaba la cara.

La mujer ángel se paró a unos metros de ella y la miró desafiante.

Gael le había dado a Amelie una espada vieja de madera que habían traído de las salas de entrenamiento del Paraíso, específicamente de Branah, que era donde vivían y entrenaban los ángeles guerreros. Luego de darle su arma poco peligrosa, el robusto ángel se había sentado junto a su hermana Mina sobre los escalones de madera a observar el espectáculo. La luz del sol era débil y tibia, la esfera naranja se escondía con más prisa por esos días.

Amy ni siquiera sabía cómo sostener la espada gruesa, pero aferró sus dos manos alrededor de la empuñadura, que temió que le llenara las palmas de astillas, y la sostuvo en el aire. Era demasiado pesada para ser de madera y le parecía que en cualquier momento se le caería al suelo y le golpearía los pies.

—¿Qué se supone que debo hacer? ¿Cómo te ataco? ¿O tú lo harás primero? —interrogó la chica mirando a su maestra, tratando de no molestarla tan pronto. Lana tenía una carácter bastante fuerte y volátil, así que no quería tener que enfrentarla si estaba enojada, bastante brava era en sus días buenos.

—¿Necesitas escribirlo o tienes buena memoria? —preguntó la maestra. Lo decía en serio, no era una broma.

—Creo que puedo recordarlo…

—Bien. Dobla levemente las rodillas y planta tus pies sobre la tierra lo más firmes que te sea posible. Mantén tu espalda recta y erguida, ese será tu centro —indicó Lana, enseñándole el movimiento. Amelie trató de imitarla lo mejor que pudo, pero le parecía que quedaba en ridículo. No tenía la gracia y agilidad de Lana—. No permitas que te saquen de ese equilibrio o estarás muerta, ¿entendido? Dobla tus codos un poco y no pongas la espada completamente vertical hacia el cielo, apunta a tu enemigo, al cuello si es posible, y prepárate —agregó el ángel, observando a su alumna hacer lo que ella le decía. Dos alas negras nacieron de la espalda desnuda de Lana, e hicieron que la arena volara por los aires cuando las batió un poco, como si estuvieran cansadas de estar guardadas y por fin pudieran respirar.

—Creo que lo tengo… —susurró la chica humana.

—¿Lista? —cuestionó el ángel y, ante el gesto afirmativo de Amy, tocó el suelo con los talones, salió despedida por el aire y voló con rapidez hacia su aprendiz, levantando polvo por todos lados.

Amelie se llenó de dudas y miedo. ¿Qué debía hacer?, ¿tratar de pegarle con la espada? Lana se enfadaría. Estaba segura de que no tendría piedad con ella si lo hacía.

Ese instante de cuestionarse cosas bastó para que Lana llegara

hasta ella tratando de embestirla. Como acto reflejo, Amelie levantó su arma y las hojas de las espadas chocaron. La muchacha no tuvo fuerza para resistir semejante golpe y, cayendo al suelo sobre su trasero, dio gracias de que había arena debajo de ella. Mina se sobresaltó un poco, temía que la humana se lastimara o que su hermana estuviera siendo demasiado dura, mientras que Gael ocultó una carcajada al ver el rostro de Amelie cuando se venía abajo.

—¡Levántate ahora y trata de golpearme! Un demonio ya te habría cortado la cabeza, humana —indicó Lana. Torció la cabeza hacia arriba, dio un giro en el aire y volvió a su posición inicial. Su tono de voz había sido provocativo.

Amelie siguió las órdenes, pero estaba molesta, no le gustaba la manera en que el ángel la trataba y su forma tan autoritaria de hablar. De seguro, Mina y Gael eran mejores instructores que ella.

Entonces, tomó coraje y corrió hacia Lana, solo le faltaba pronunciar un grito de guerra como en las películas y parecería una luchadora. Cuando estuvo cerca de ella, le lanzó un golpe con la espada, poniendo en él toda su fuerza para tratar de golpear el costado de su rival. La mujer lo detuvo con su propia espada y la fuerza del choque produjo un temblor que le recorrió las manos y los brazos a Amy, y le hizo caer su arma.

—Buena iniciativa —dijo Lana, sonriente—. A veces enojarte cuando te hacen caer sobre tu trasero te llena de esa ira que necesitas para dar el golpe final.

Mina y Gael se rieron sin poder evitarlo, Lana entrecerró sus ojos y lanzó una carcajada ante la expresión molesta de la muchacha.

—¿Mina? Tú eres mi preferida, no puedes reírte. Yo iba a elegirte como ángel guardián —protestó Amelie un tanto enojada y, arrojando la espada al suelo, puso sus manos sobre la cintura—. Y tú, Gael, no lo disfrutes tanto o me las cobraré algún día cuando sea poderosa.

—Perdón, pero, si vas a caer seguido, hazlo como recién. Parece que no te vas a lastimar demasiado aterrizando con la retaguardia —bromeó Gael y su risa estridente hizo vibrar Playa Calma.

—Lo siento, dejaré de reírme o perderé el honor de ser tu preferida. Oh, qué dulce, pequeña —dijo Mina y tomó un pétalo rosado de los cerezos, que había flotado cerca de ella, lo dejó descansar en la palma de su mano y luego sopló sobre él. Cientos de pétalos se agruparon y volaron hasta Amelie para formar dos alas detrás de su espalda, que se movieron como las de una mariposa—. Ahora pareces una bella mariposa, sé que te gustan mucho. ¿Soy tu favorita otra vez?

La muchacha de cabellos rojos suavizó su expresión, sonrió y sintió

el calor en sus mejillas, se había sonrojado, pero aquel gesto de Mina le había parecido hermoso y, otra cosa, la forma en la que había dicho «pequeña» le recordaba a alguien. Giró sobre sus pies y los pétalos la rodearon como un torbellino.

—Eres la mejor de todas, Mina —dijo la humana y continuó girando entre colores, como si aquello le hiciera olvidar sus penas. Y luego los pétalos tomaron otra dirección, bajaron hasta su cintura para formar un inmenso vestido mientras giraba como si se tratara de un baile en los grandes salones dorados de Mikah.

—Ahora entiendo por qué Bastian se enamoró de ella… —comentó Gael al ver aquella escena y sonrió mientras la humana de cabellos rojos como el atardecer sobre el mar se reía y giraba entre pétalos rosados y granos de arena que flotaban en el aire.

Así fueron todos sus días: largos, cansadores y lentos, pero cada tanto, entre el dolor y la tristeza, había espacio para una sonrisa. Estaba segura de que la Guardia Divina no le daba respiro para que no se pusiera a pensar en Bastian. Para ellos también era una gran responsabilidad hacerse cargo de la muchacha que había quedado rota y cumplir la promesa que le habían hecho a su hermano.

Cada vez que Amelie se iba a bañar en la soledad de la noche, y cuando algunos grillos se podían escuchar en la distancia, se quedaba bajo el agua caliente por horas y recordaba las cosas que había aprendido durante el día. No había querido anotar nada porque le parecía que aquellos conocimientos servían únicamente en la práctica, pero igual se repetía los movimientos que debía a hacer, cómo atacar, evadir y contraatacar. A medida que los días pasaban y lograba ejecutarlos con éxito, se sentía más segura de sí misma, convencida de que podría hacerlo.

Tal vez un mes y medio había sido demasiado tiempo para decir que estaba totalmente diferente, pero venía teniendo experiencias fuertes desde hacía años y todo aquello la había marcado en cierta forma, la convertía en otra persona, en una nueva Amelie que luchaba por lo que quería y se negaba a perderlo con facilidad.

En todo ese tiempo, los tres ángeles le habían enseñado muchas cosas útiles. Había aprendido a tomar la empuñadura de la espada de manera correcta para que un golpe enemigo no hiciera que se le cayera de las manos luego de la típica vibración que se producía cuando las dos hojas se encontraban. Le había costado bastante sostenerla en alto al principio, pero sus brazos se habían hecho fuertes y se acostumbraron al peso del arma. Le habían explicado cómo doblar las rodillas y plantar los pies sobre la tierra de manera firme para recibir la embestida de la espada enemiga. Además, Lana la había

torturado enseñándole a esquivar ataques y, como al principio no era tan rápida y nunca sería tan ágil como un ángel guerrero, siempre recibía golpes de su mentora en el trasero, las pantorrillas y la espalda. Muchas veces había terminado en el suelo, tragando arena y gruñendo cada vez que un corte se le marcaba en la piel o sus labios soltaban sangre.

Mina le había explicado cómo observar a su oponente, conocer sus puntos débiles o los movimientos que hacía de manera repetitiva, y Gael había sido quien había luchado contra ella cuerpo a cuerpo y sin armas, mostrándole cuáles eran los puntos de impacto que afectarían el cuerpo de un demonio. Su ataque de los dedos en los ojos era asqueroso, pero un demonio ciego era una ventaja. Aunque esperaba no tener que llegar a eso. También le había enseñado a saltar, a aferrarse con manos y pies si se encontrara en una altura, a subirse a los hombros del oponente para torcerle el cuello y cómo arrastrarse por la tierra para pasar desapercibida.

Las espadas habían chocado cientos de veces mientras entrenaban sobre la arena de Playa Calma, chispas azules volaban por los aires cada vez que la Guardia Divina quería entrenar o mostrarle técnicas de combate y sus espadas angelicales se tocaban. Haberlos observado luchar entre ellos había sido todo un espectáculo, la gracia y dedicación que le ponían a cada movimiento, la rapidez con la que se movían eran sorprendentes. Era todo un arte.

La última noche antes de partir a su destino, hicieron una fogata sobre la arena y se sentaron a su alrededor a contemplar las llamas naranjas y charlar. Amelie había puesto los leños dentro de un círculo de rocas blancas que se encontraba en el lugar, como Bastian le había enseñado. Les mostró a los ángeles cómo hacían fuego los humanos y les pareció interesante. Mina aplaudió con sus manos cuando la llama creció hasta volverse fuerte. El mar se dejaba escuchar cerca de ellos y los acompañaba con su música.

—Tenemos un regalo para ti, te lo mereces después de todo lo que te has esforzado. Cualquiera se hubiera rendido ante los golpes de Lana —bromeó Gael y todos esbozaron una sonrisa—. Confiamos en tu entrenamiento y has probado ser buena para el combate, pero esto te dará fuerzas y será de gran ayuda —agregó, y se levantó del leño donde estaba sentado. Puso en el regazo de Amelie un elemento largo, cubierto de terciopelo negro.

Ella supo lo que era, la forma casi oculta de su silueta, el largo y el peso le decían que era una espada. El muchacho se sentó otra vez y los tres la observaron expectantes, como si hubieran preparado aquella sorpresa por mucho tiempo y ahora esperaran su reacción. Amelie

desenvolvió el arma despacio y sus dedos acariciaron la hoja que parecía estar hecha de hielo. Era un material transparente que captaba la luz del fuego y la volvía naranja. No era en nada parecida a la espada de madera vieja con la que había entrenado todo ese tiempo, esta parecía realmente poderosa. Era ancha y tenía dos curvaturas hacia la punta. El mango era de plata, dos alas pequeñas nacían hacia los costados y en el centro del puño tenía una estrella grabada.

—No podíamos dejarte ir a la guerra con una espada de madera —comentó Mina, observando a la chica humana.

—Muchas gracias. ¿Puedo preguntar por qué me dará más fuerza? ¿Qué tiene de especial esta espada? Parece gloriosa y poderosa, pero no entiendo... —interrogó ella, sus ojos aún puestos en su obsequio.

—Es especial porque le perteneció a Bastian —respondió Mina, su mirada se encontró con la de Amelie en el instante en que aquel nombre fue pronunciado. Los ojos de la humana se habían vuelto de color ámbar gracias a la luz del fuego—. La espada se llama Guerrera y con ella Bastian peleó una gran batalla que finalmente ganamos, la batalla de Amenah. Para activarla solo basta decir «*Angelus Belli»,* que significa «ángel de la guerra», él eligió esa frase. El fuego azul la traerá a la vida como lo hace con las nuestras. Solo si tú lo haces se encenderá, nos encargamos de eso.

—Yo... No sé qué decir… En verdad… —exclamó Amelie y sus ojos se convirtieron en un pequeño mar que se desbordó de su cauce y bañó sus mejillas. Dejó la espada sobre su regazo y se cubrió el rostro con ambas manos. Sollozos se le escaparon de los labios y el corazón le latió con fuerza—. Perdón, esto es demasiado y la espada es realmente especial, es una de las pocas cosas que tengo de él. No tenían que hacerlo. Gracias, en serio...

—No tienes que decir más nada, Amy, pero puedes llorar si quieres. Tienes que sacar todo eso que llevas en el pecho. La angustia y la tristeza no te servirán esta noche, a menos que las conviertas en tu fortaleza —comentó Mina con amabilidad. Era un espectáculo para ellos ver salir lágrimas de sus ojos, les parecía demasiado extraño. Los ángeles puros no lloraban, sabían que había casos en los que los mestizos lo hacían porque parecía que su humanidad se despertaba a veces, pero rara vez pasaba y las lágrimas se convertían en cristal al instante.

—Más te vale que honres esa espada —dijo Lana en tono serio, cruzándose de brazos y recordando algo mientras miraba el cielo estrellado. Las chispas de color naranja que desprendía el fuego volaban por todos lados como las luciérnagas lo hacían cerca del acantilado y los campos de algodón—. Con ella Bastian me salvó la

vida en la batalla de Amenah. Dos demonios me tenían sujeta y un tercero estuvo a punto de cortarme el cuello, pensé que ese sería mi fin hasta que él lo atravesó por la espalda con Guerrera. La sangre negra estalló en el pecho del maldito y me manchó la cara. Déjame decirte que no eres la única que lo extraña.

Los tres se quedaron mirando a Lana en aquel momento. ¿Qué había sido eso? ¿Sensibilidad? Ella lo notó y se puso incómoda, entonces Amelie, con el rostro todavía mojado, decidió intervenir para que los demás desviaran su atención del otro ángel.

—La batalla de Amenah… El líder de los malvados era y es Aaron, a quien voy a enfrentarme pronto. ¿Fue siempre un demonio? —preguntó Amy y Lana se lo agradeció asintiendo levemente con su cabeza.

—No, era un ángel puro en el pasado. Aaron era uno de los favoritos de Dios, como Gabriel y los de alta jerarquía lo son. Pero Aaron decidió bajar a la Tierra y tomar decisiones sin la aprobación de Dios, envió a otros ángeles a una muerte segura, permitió situaciones que hicieron a Dios dudar de su lealtad. Un día la llama de Aaron se volvió negra y luego se apagó de la mesa en la Ciudad de Cristal y eso le confirmó a Dios que aquel ángel se había entregado a otro que le ofrecía poder, a uno que lo convertiría en un príncipe del Inframundo —explicó Gael ante la atenta mirada de Amelie, quien entendió que Aaron había pactado con el Diablo—. Pero lo peor de todo es que Aaron engendró hijos con una humana y al volver a Mikah ocultó su nueva naturaleza. Sin mediar palabra, Dios lo hizo caer.

—¿O sea que los demonios pueden tener hijos con los humanos? —preguntó Amelie, haciéndose la inocente, pues bien sabía que era posible, las palabras de Ada se repitieron en su cabeza. Casi se había olvidado de aquella mujer.

—Es algo de lo más detestable, pero es posible —exclamó Lana—. Peor aún, más horrendo es que un ángel tenga hijos con un humano, no puedo concebir la idea.

—¿Qué? —preguntó Amelie, sorprendida. Pensó en Bastian cuando todavía era un ángel. ¿Qué hubiera sucedido si en un descuido quedaba embarazada de él? Por suerte nunca habían llegado a tener intimidad en aquellos tiempos y comprendió la razón por la cual él se ponía distante cuando ella se acercaba demasiado. Habría sido una tortura para el pobre—. No pensé que tener sexo se cruzaría por la mente de los ángeles.

—No debería cruzarse por sus mentes, pero toma a Bastian como ejemplo, él se enamoró de ti y por lo visto luego ya no se pudo contener… Si un ángel tiene un hijo con un humano, esa criatura que

nace de ellos se llama nefilim. En la antigüedad, eran criaturas enormes y horrendas, pero fueron cambiando con el tiempo, se volvieron de forma humana —explicó Mina—. Y, aunque nos parezca detestable el hecho de que un ángel toque a un humano de esa manera, la verdad es que los nefilim son aceptados por Dios y luchan contra el mal. No son ángeles puros ni tampoco mestizos. Los ángeles mestizos, como Bastian era, son humanos convertidos por Dios. Humanos que han tenido una vida difícil y se han sacrificado por alguien hasta el punto de casi perder la vida. Así que los nefilim son otro mundo, algo muy complejo y largo de explicar, ya que son criaturas sumamente extrañas. La mezcla de lo mejor y lo peor de ambas razas, pero poderosos guerreros sin duda.

—Todo lo que me cuentan es tan sorprendente. A veces creo que ya nada va a sorprenderme y, ¡bam!, algo nuevo. ¿Qué sucede con los hijos de los demonios? —interrogó Amelie, aunque ya sabía la respuesta, pero necesitaba confirmación. Tenía la necesidad de saber si todo lo que Ada le había dicho era verdad.

—Son bastardos. Dios les da una chance porque ellos no han tenido la culpa de ser engendrados, no han pedido venir a este mundo. Pueden reclamar sus poderes y convertirse en brujos, pero deben vivir aislados de la humanidad. La mayoría no lo acepta y su padre los inicia en el mundo demoníaco. No son demonios de nacimiento, tienen poderes y luego deciden su destino —explicó Gael, observando el fuego. Sus ojos se veían aún más claros a la luz de la fogata—. Si vieras la Ciudad de Cristal del Paraíso, Amelie, eso te parecería sorprendente de verdad.

—Seguramente, me quedaría con los ojos como lechuza. —Ella rio, acariciando la hoja de Guerrera—. ¿Qué material es este? Parece hielo, pero no se quiebra y no es frío, tampoco es como el cristal frágil que fabricamos los humanos.

—Las espadas angelicales están hechas de cristal celeste. Cuando las estrellas que mueren se apagan, los herreros del Paraíso toman esas rocas y les dan forma, las forjan con fuego divino. La roca que antes fue estrella se calienta de tal modo que es necesario apagarla con el agua de la Fuente de la Creación —explicó Lana, contemplando las estrellas otra vez, era por eso que tanto le llamaban la atención. En el Paraíso se veían de otra forma, pero entendió que al ser transformadas en armas conservaban la belleza que tenían vistas desde el mundo humano—. Esa agua es bendecida por el mismo Dios y por esa razón, cuando nombramos nuestras espadas en la batalla, se llenan de fuego divino. Hay una fogata azul que nunca se apaga en la Ciudad de Cristal y a su lado está la fuente. Se encuentran en el centro de cuatro

torres del mismo material del que están hechas las espadas y se pierden entre las nubes. Esas torres iluminan todo el Paraíso y mantienen los portales entre las dimensiones funcionando.

—Vuelvo a repetirlo, en verdad es impresionante todo lo que me cuentan —dijo Amelie, pensando en algo que había visto—. Cuando ese demonio atacó a Alexis y ustedes lo enfrentaron, él tenía una espada, era similar a estas, pero de otro color. ¿Es el mismo material?

—La forma es similar, pero no el material —respondió Mina—. Sus espadas están hechas de brea que extraen de los pozos más oscuros del Infierno, les dan forma y las solidifican con fuego rojo antes de ser consagradas ante el Diablo. Es por eso que nos hacemos tanto daño los unos a los otros, podemos curarnos de lo que sea, pero si la herida es grave y se infecta rápido, ángeles y demonios morimos por igual.

—Trataré de alejarme de la hoja de sus espadas lo más que pueda —dijo Amelie luego de escuchar toda la explicación—. Hay otra cosa más que quiero saber, algo que Bastian nunca llegó a contarme. Hay algo de su pasado como ángel que lo tortura, algo que hizo mal. Me es imposible creer que justo él haya hecho algo malo, pero hay algo que parece no poder perdonarse.

—Todos comentemos errores, ni siquiera los ángeles somos perfectos —comentó Mina.

—Aunque algunos errores, en nuestro mundo, son más graves que en el tuyo —explicó Gael.

—Y como yo tengo más apego a las reglas y cierta idea formada con respecto al hecho de romperlas, prefiero que Mina responda tu pregunta.

Él ángel de cabello rubio emitió algo parecido a un suspiro, asintió y humedeció sus labios antes de hablar.

—Cuando Bastian recién fue convertido en ángel guardián, y como su protegido no llegaba nunca, Dios le dio otras tareas. Encomendó un encargo de treinta almas que debía llevar al Paraíso, un trágico accidente de avión donde muchos humanos perdieron la vida. Yo era la encargada de supervisar esa tarea, pero nos habíamos enterado de los planes que se fraguaban en el Infierno, mucho antes de que la batalla de Amenah sucediera. Estaba ocupada tratando de investigar cómo entrarían los demonios al Paraíso y dejé solo a Bastian porque él prometió hacerse cargo de aquel pedido —explicó Mina, mirando sus manos a la luz del fuego—. Varios demonios lo interceptaron cuando trataba de volver a la Ciudad Blanca, Inah, donde descansan las almas humanas, y en su desesperación por no morir, él entregó diez almas puras. Las condenó al Infierno de manera injusta, pero te pido que no lo juzgues. Fue mi error también. ¿Sabes lo que hizo? Cuando Dios

pidió explicaciones, Bastian se echó toda la culpa, me salvó de ser castigada porque sabía cuál sería mi destino y lo aterrada que yo estaba de perderlo todo. Su castigo fue ser parte de la Guardia Divina.

Aquella información no cambió la manera de pensar en Bastian que la muchacha tenía, era algo que había sucedido hacía tiempo, había sido un error de principiante. No podía culpar al chico conociendo el pasado tan duro que había tenido. Más bien su atención se centró en otro aspecto.

—¿Qué? No entiendo, no creo que ser parte de un grupo de guerreros sea castigo suficiente o algo tan terrible para lo que hizo.

—Si eres un ángel guardián novato, que te manden a la Guardia Divina y que se desate una guerra casi a los días de haberte iniciado como guerrero es ir a la muerte segura. Además, la mayoría de los guerreros son ángeles puros, no mestizos —explicó Lana—. Pero Bastian sorprendió hasta al mismo Dios con sus habilidades, con su fiereza para el combate. Luchaba con tal pasión, como si en cada golpe sacara un poco del dolor que se había ido acumulando en él a lo largo de sus años como humano. Corría y volaba atravesando enemigos que ni siquiera lograban darle un golpe. Nada mal para un ángel de la guarda —agregó eso último en tono de broma.

—Una vez él me habló de ángeles puros y mestizos. Él era un mestizo porque fue humano primero. Ustedes son...

—Nosotros somos ángeles puros, si es lo que quieres saber —aclaró Gael, acabando con las dudas de la muchacha—. Nacimos de las mismas aguas de la Fuente de la Creación, por la voluntad y deseo de Dios. Cuando un ángel puro muere, otro debe reemplazar su lugar, nunca se crean dos nuevos por uno muerto. Tomamos la forma que Él nos da y, cuando pronuncia nuestro nombre, respiramos por primera vez.

—Realmente, todo lo que me han contado es increíble y les agradezco. Me sirve mucho para entender esto, para comprender el mundo del que soy parte ahora —dijo Amelie, escuchando el crepitar del fuego y observó chispas de color naranja elevarse en el aire y bailar en espirales en el viento como si trataran de unirse a las estrellas.

***

Amelie se paró frente al espejo de cuerpo completo del baño y ajustó su cabello alisado en una cola de caballo alta. La cinta negra atrapaba su pelo de manera perfecta. Se puso el traje que Mina le había dado, traído para ella desde del Paraíso, lo que se sumaba a la lista de hechos increíbles. Su atuendo estaba confeccionado con un

material negro que se expandía y se ajustaba al cuerpo, y aun así le permitía ser ágil con sus movimientos. Le recordó a las heroínas de cómics o películas que había visto, y sonrió porque nunca creyó que viviría para verse convertida en una guerrera.

Su cuerpo se había vuelto pura fibra, no tenía una pizca de grasa de sobra. Se había alimentado con comida sana, siguiendo una dieta rigurosa a base de proteínas. Su rostro lucía rozagante y sus ojos estaban llenos de una mezcla feroz: ira, determinación y coraje.

Puso un cinturón plateado alrededor de su pequeña cintura, era allí donde cargaba otro de los elementos importantes: la daga celestial que le habían dado unos días antes, la que cumpliría el trabajo de extraer el veneno demoníaco del cuerpo de su novio. Sobre su pecho llevaba unos cinturones que formaban una cruz y le servían para cargar a Guerrera en la espalda.

—Sé que estás vivo porque creo en lo que la Guardia Divina dice. Tu luz no se ha apagado todavía en el Paraíso y siento en mi cuerpo que estás ahí, en algún lado, esperándome. Te voy a salvar, Bastian. Aunque sea lo último que haga, sería una buena forma de morir…

Se encontró con Mina, Lana y Gael en el *living* de la casa, la luz ámbar de los faroles iluminaba la sala. Los tres ángeles la habían estado esperando por treinta minutos con paciencia porque querían darle tiempo para que se preparara.

Cuando la vieron tan decidida, marchando con la cabeza en alto y enfocada en la misión, se quedaron sorprendidos. Lana fue quien más lo estuvo, ya que Amelie no se parecía en nada a aquella muchacha que habían salvado de una fiebre mortal cerca del mar. Hasta podía pasar por un ángel de las huestes divinas.

—¿Lista, guerrera? —preguntó Gael.

—¡Lista! —asintió Amelie con determinación.

Pusieron a Amelie en el centro de una ronda. Los tres hermanos se tomaron de las manos y, en una explosión de luz blanca, desaparecieron y viajaron a través del tiempo y el espacio, mientras Amy escuchaba miles de cristales romperse en sus oídos.

11. Tras las puertas del Infierno

Cuando el sonido de la transportación se detuvo y le dio paso al silencio, el mareo también se esfumó con lentitud. Sus piernas se volvieron a sentir fuertes, o al menos se sintió conectada con la tierra, había suelo firme debajo de ella. La sensación en su cuerpo fue muy parecida a lo que había sentido cuando Bastian la había llevado en sus brazos al volar sobre el cerro. Pero a eso se le sumaba un mundo de colores borrosos y las náuseas.

La muchacha ajustó su visión para ver sus alrededores y se dio cuenta de que ya no estaba en su casa cerca del mar o viajando a través del espacio. Sus pies tocaban el césped verde que había frente a aquella extraña bóveda en el cementerio. La misma que Bastian se había quedado mirando cuando la había acompañado a saludar a sus familiares muertos unos meses atrás. Recordó el preciso momento en el que, luego de haberse despedido de las almas de sus seres queridos, había encontrado a su novio en ese lugar. Le había parecido como si él hubiera estado tratando de quitar las cadenas y siempre sintió que había interrumpido un acontecimiento importante. Pues ahora tenía la respuesta; sin pretenderlo, Bastian le estaba mostrando el futuro, su sacrificio y la misión que estaba designada para ella.

—No me digan que esta es la puerta al Infierno, porque ya he estado aquí —comentó Amelie mirando a los demás, los recuerdos de días pasados flotaban en el mar de su mente—. Quiero decir que hace un tiempo estuvimos aquí con Bastian, él se quedó mirando esta construcción como hipnotizado, incluso creo que lo vi poner sus manos alrededor de las cadenas. Ahora entiendo la razón.

—Corrección, esta es la puerta al Inframundo, a uno de ellos,

mejor dicho. Hay diferentes dimensiones demoníacas —comentó Lana, cruzándose de brazos y mirando a su alrededor—. ¿Es cierto eso que dices? ¡Qué extraño! Se ve que el entrenamiento no se le olvida si pudo reconocer cierta oscuridad en este nido de víboras.

—Se está acostumbrando a ser humano de nuevo, pero le cuesta bastante, por eso recuerda muchas cosas de cuando era ángel, sus costumbres y su entrenamiento —comentó ella y decidió cambiar de tema porque hablar de él y hacerlo presente otra vez le tocaba cierta parte de su ser que la haría flaquear y no necesitaba eso aquella noche —. ¿Cuál es la diferencia entre Infierno e Inframundo? Los dos suenan igual de detestables si vamos al caso, y supongo que los dos están plagados de demonios.

—Creo que ya lo mencionamos antes, pero el Inframundo es solo una porción del Infierno, este es solo uno de los tantos inframundos que componen el Infierno, Amy. Así como hay varias ciudades que componen el Paraíso… —explicó Mina con paciencia. Gael observaba unas gruesas cadenas negras que aseguraban la entrada y controlaba que no hubiera actividad demoníaca cerca de ellos—. Digamos que Infierno es la palabra que encierra a todo el mal, pero cada Inframundo tiene sus gobernantes. El de este es Aaron, de quien ya tanto hemos hablado.

—Entiendo, ¿es como un mundo superpuesto al de los humanos? ¿O paralelo? Me pregunto qué cosas voy a encontrarme allí dentro —comentó Amelie, observando al ángel sobre el techo de piedra. Parecía estar llorando sangre de sus ojos, la luz de la luna hacía que la roca de la que estaba hecho se viera plateada y antigua.

—Claro, es un mundo paralelo, otra dimensión. Tienen ciudades como los humanos, pero sin conexión a Internet o Starbucks —comentó Lana y Amelie pensó que ese comentario era lo más cerca que ella estaría de hacer una broma o de ser graciosa.

—¿Desde cuándo sabes sobre los gustos humanos? ¿Qué es Starbucks? —interrogó Gael, levantando las cejas, sorprendido—. Bueno, dejando la charla mundana de lado, Amelie tiene que hacer un sacrificio de sangre, lo dice la inscripción sobre la bóveda y lo indica aquel viejo poema angelical —agregó Gael, dándose vuelta para mirar a las mujeres, y cruzó los brazos sobre su pecho fornido. Amelie pensó que era todo un adonis que no se daba cuenta de su belleza y que Nadia estaría de acuerdo con ella si lo conociera.

Nadia, Alexis, Clara y Héctor, sus rostros aparecieron en su mente y les pidió fuerzas. No se iba a rendir tan fácil. Los volvería a ver, quería convencerse de ello.

—Lo siento, Amy. Pero vas a tener que cortarte la mano o el brazo

—dijo Mina, encogiéndose de hombros.

—¿Alguna otra opción mejor? Es broma, ya llegamos hasta aquí, ¿no? Mejor la mano, así no arruino el traje —dijo ella, adelantándose unos pasos. Tomó la daga celestial, que era más pequeña que Guerrera y que llevaba sujeta en su cinturón. Se hizo un tajo no tan profundo en la palma de la mano izquierda. El ardor en el tejido roto no tardó en presentarse, pero no le importó, no se detuvo un segundo a pensar en el dolor. Lana, aunque no era una situación para ponerse felices, sonrió un poco. Sus miradas se cruzaron y el ángel asintió, podía ver orgullo en sus ojos.

La muchacha de cabellos rojos levantó su mano y la sangre bajó por su muñeca y antebrazo como un arroyo carmesí. Acarició el aire delante de la puerta como si hubiera allí un escudo que se rompería en cualquier momento ante su toque.

—No sucede nada... —dijo ella justo cuando una gota de su sangre roja tocaba las frías cadenas que clausuraban el lugar. Estas se transformaron una vez más en horrendas serpientes que la acecharon con siseos y ruidos horribles, antes de descender hasta el suelo y marcharse enojadas hacia el árbol de la colina.

Amelie dio un salto hacia atrás al ver el espectáculo y se calmó diciéndose que de seguro vería cosas peores que esa y que debía estar preparada para no alterarse. Enfoque, calma, nervios de acero, sangre fría y concentración. Era eso lo que la Guardia Divina le había enseñado a lo largo de esos días.

—El primer lugar donde debes buscar a Bastian es en uno de los calabozos del Palacio Central. Reconocerás el lugar al instante, debe ser un lujo comparado con la mugre que lo rodea. Tengo entendido que a Aaron le gusta dar muestras de su extravagancia —comentó Gael.

—Cuando tengas a Bastian a tu lado, no te detengas a conversar o a pensar si está bien lo que estás haciendo o no, tendrás que atravesarlo con la daga celestial. Sé que no te gusta la idea, pero vamos a curarlo al instante. Es la única manera de quitarle el veneno demoníaco que ya corre dentro de él y le oscurece el alma y la mente —explicó Mina—. Pero, si necesitas confirmación para dar el golpe final, te darás cuenta de inmediato que ese chico que tendrás frente a ti no es el mismo Bastian de siempre y puede ser que incluso él intente atacarte. No te confíes ni un segundo, Amelie. Por lo que más quieras.

—Lo entiendo, he juntado valor para todo esto y, aun así, todavía no encuentro el coraje, no puedo pensar en herir a Bastian con la daga —dijo Amelie sacudiendo la cabeza.

—Tendrás que hacerlo sin pensar porque no vas a tener muchas

oportunidades. Has llegado muy lejos, estoy seguro de que no quieres arruinar la misión en el último segundo —le advirtió Gael—. Los rescataremos de inmediato, confía en ti y en todo lo que aprendiste en el entrenamiento.

Lana se acercó hasta Amelie y la miró a los ojos antes de hablar. Era más alta que ella y le tapaba la visión. La chica humana se quedó observando la belleza de ese rostro blanco y sus labios rojos. Los ojos eran un mar turquesa que invitaban a perderse en ellos.

—Vas a ver cosas que no te gustarán, incluso lo que tienes que hacer no te gustará, el sentimiento de atravesar a Bastian con la daga será peor que un tormento, pero intenta tener imágenes claras del lugar. Estaremos tratando de ver tu mente y, si la imagen no es precisa, podríamos transportarnos a cualquier lado, a cualquier otro Inframundo, y estarías sola. ¿Entiendes?

Mientras Lana hablaba, Mina tomó la mano de Amelie con cuidado y sacó de su cinturón un objeto plateado que parecía una pluma común y corriente, tal vez un poco lujosa. Sobre la mano de la muchacha dibujó un ojo abierto con dos alas a los costados. La imagen se trazó en su piel como plata líquida que brillaba y, cuando el fulgor se apagó, el símbolo se quedó grabado en ella en tinta negra como un tatuaje.

—Pero sé que no lo arruinarás, tu determinación no te dejará. Cuando estuviste con fiebre la noche que te conocimos, Bastian dijo algo sobre ti, algo hermoso sobre tu fortaleza, cómo él pensaba que no eras débil, y le creo porque me lo has demostrado en estos meses. Entonces, honra esas palabras si lo amas —agregó Lana.

Amelie se quedó sorprendida ante lo que le había dicho, esas palabras le golpearon el pecho con fuerza, tanto que le hicieron levantar la mirada de aquel dibujo que Mina había dejado sobre su mano. El ángel se alejó al instante, se abrazó la cintura y miró hacia el árbol solitario de la colina. Su pelo oscuro flotaba sobre su espalda. Parecía que hablar desde el corazón no era algo natural en ella y solo podía soportarlo por algunos segundos, como si tuviera que mantener una imagen de guerrera fuerte que no se permitía ser emocional. Pero sus palabras se le grabaron a Amelie en la mente y el corazón con fuego naranja.

—¿Qué es este dibujo, Mina? —interrogó Amelie, un tanto curiosa —. Si voy a morirme allí adentro, al menos quiero saber qué es esto.

—Amelie... No vas a morirte —replicó Mina y guardó su pluma—. Los humanos las llaman runas, pero nosotros les decimos atributos angelicales, te pasé un poquito de nuestro don. Este es el de la Mente y Visión, nos permitirá ver lo que tú ves allí dentro. Cuando el trabajo

esté cumplido, se borrará de tu mano por su cuenta, no es algo permanente.

—¡Qué lástima! Una vez que tengo un tatuaje que no duele —bromeó la humana y se puso seria al instante—. Me hace sentir más segura que ustedes estén allí, aunque sea en mi mente. Así que... ¡por Bastian! —exclamó Amelie, giró sobre sus pies y con una patada certera de su bota de tacos altos, abrió las puertas del mausoleo y se perdió en la oscuridad, decidida a empezar y terminar su misión.

La Guardia Divina la miró descender algunos escalones hasta que nada de ella pudo verse porque las sombras ya la habían abrazado como una madre que esperaba a su hija perdida.

Amelie bajó escalón por escalón, tomándose su tiempo para reconocer el lugar, los espacios que tendría para moverse si se diera una batalla cuerpo a cuerpo justo donde estaba ahora. Midió el ancho con las manos y miró hacia arriba para comprobar la altura, aquel lugar no era demasiado espacioso.

Se preguntó mientras descendía si los simples mortales podrían ver aquel mausoleo sobre la tierra o si alguien había tratado de ingresar a la bóveda alguna vez, los familiares del muerto seguramente sí. ¿Qué habrían encontrado? Tal vez una imagen falsa para esconder lo que era, un portal hacia un pedacito de infierno.

A medida que se adentraba más en el Inframundo y su aroma a azufre y podredumbre llegaba hasta su nariz, unas antorchas en las paredes iluminaron los anchos escalones de piedra que restaban, eran altos bloques de roca áspera y húmeda.

Se detuvo al instante, silenciosa e intrépida, cuando notó la presencia de dos seres mucho más grandes que ella. Tenían músculos enormes y protuberancias en sus cabezas calvas. Le estaban dando la espalda, pero pudo ver que cargaban hachas gigantes de acero grueso en las manos, las cuales sostenían creando una cruz en la entrada hacia una estancia mucho más grande. Ambos contemplaban un gran foso en el centro del lugar. De allí emanaba un calor terrible que llenaba el recinto y lo bañaba de luz. Era como estar dentro de un volcán.

Con lentitud y sin hacer ruido, Amelie desenfundó a Guerrera, ellos ni siquiera lo notaron. Pronunció «*Angelus Belli*» muy cerca de la hoja de cristal celeste; como un beso hecho de suspiros y buenos deseos que cubrió la espada, la trajo a la vida y la convirtió en fuego azul que centellaba. Dio un salto hasta el último escalón, sus tacos se apoyaron sobre la roca, y con un ágil movimiento de su muñeca en forma horizontal cortó la cabeza de uno de los guardianes, que ni siquiera se lo esperaba. ¡Qué filosa era Guerrera! Eso la hizo sentir segura; si

hacía buenos movimientos, no tendría que golpear dos veces.

Un líquido viscoso, negro y pestilente brotó a chorros del cuello del monstruo mientras caía de rodillas al piso. Su cabeza con ojos pequeños perdidos en la carne blancuzca rodó por el suelo y dejó un rastro de brea negra antes de caer dentro del foso para después derretirse en la lava.

Su compañero reaccionó al instante, gruñendo de una forma tan horrenda que hasta los huesos le vibraron, y levantó el hacha en el aire para atacar a Amelie. Ella pudo ver el movimiento y se agachó con rapidez. Un silbido cortó el aire sobre su cabeza. Tomó la empuñadura de su espada con las dos manos y clavó el arma en el estómago del guardia, que no llevaba pechera. Tuvo que hacer fuerza para lograr enterrar a Guerrera más profundo en el monstruo, pero al parecer tocó algún punto vital porque con un gruñido este se desplomó y el hacha, al caer al suelo, provocó un sonido metálico que desprendió chispas al tocar la piedra. Los cuerpos de los monstruos se cubrieron de fuego azul y se convirtieron en cenizas que escondieron todo rastro.

La misma luz de la espada limpió la hoja de aquella sustancia asquerosa que se había quedado en ella, lo que produjo un terrible olor a plástico quemado, y luego se apagó al escuchar su nombre otra vez.

Amelie se detuvo al pie de la escalinata para observar el lugar y recuperar el aliento, esperando que aquella sensación de nervios y temor se le fuera del cuerpo. ¿A eso le llamaban adrenalina?

Era cierto lo que Lana había dicho, había una ciudad allí adentro y se extendía a través de túneles que se conectaban con ese lugar que parecía ser el centro del Inframundo. Los túneles eran elevados arcos de cientos de metros de altura, pero no eran largos porque pudo ver que al final de esos conductos había espacios enormes que debían ser ciudades.

Donde se encontraba ahora no había hierba verde o cielo azul, el aire no era puro y la luz natural no llegaba hasta esas profundidades. Era realmente un infierno. Tenía paredes de roca que se perdían y se cerraban en las alturas. Había pequeñas casas conectadas por puentes de madera vieja y una brisa abrasadora se movía por los rincones todo el tiempo y hacía que respirar fuera una tarea difícil.

Del otro lado del gran foso había un palacio de cuatro torres hechas de mármol blanco, se lo veía lujoso y nada tenía que ver con las demás construcciones. Era inmenso y majestuoso, las torres blancas se fundían en la roca oscura como si el edificio estuviera hecho de piedra moldeada, como si hubieran cavado un hueco en aquel lugar y

le hubieran dado forma a lo largo de los años. Supo al instante que allí tenía que dirigirse, ese debía ser el Palacio Central.

El sonido de la lava burbujeante en el foso profundo llegó hasta sus oídos mientras lo rodeaba con cautela para llegar hasta el otro lado. A muchos metros por sobre su cabeza, los puentes colgantes que conectaban los huecos en la roca se movían en un suave vaivén. Aquellos hoyos debían ser las puertas de las casas de los demonios. Y lo eran. Varios seres de capas negras caminaban por los puentes, entraban y salían de sus residencias. Su corazón se detuvo al ver ese movimiento, pero aquellos demonios parecían concentrados en sus quehaceres en las alturas y no le prestaron atención. Agradeció a Dios que no hubieran visto su pelea anterior, por suerte, nadie se había percatado del ruido ni de la luz que desprendía su arma.

Sabía que era buena luchadora, Gael se lo había dicho cuando terminaron el entrenamiento, pero también tenía en claro que los factores sorpresa y suerte se habían mezclado hacía unos minutos atrás. Había podido matar a dos demonios guardianes, pero, si un ejército la atacaba, estaba segura de que no saldría con vida de ese lugar.

A lo lejos, por uno de los túneles que tenía más cerca de ella, pudo ver una vasta extensión de tierra que parecía no tener cielo, solo había nubes negras y grises que se cernían sobre un bosque. Pero si el lugar donde estaba pisando ahora tenía solo un poco de color, aquel sitio estaba muerto y calcinado, como si alguien le hubiera arrebatado la vida y los colores. Parecía que había árboles secos y debía haber viento caliente, porque todo se veía como una visión borrosa en un desierto. Al final de ese bosque oscuro se elevaba un alto volcán que escupía fuego y volvía rojas esas nubes oscuras, como si se tiñeran de sangre. Alrededor de la cima del volcán volaban unas criaturas que no pudo distinguir desde donde estaba, pero su mente le decía que debían ser feroces dragones o algún tipo de ser con alas que no dudaría en devorársela de un bocado. Eran tres o cuatro, pero no quiso detenerse ni un segundo más a observar y que cualquier otro monstruo apareciera mientras lo hacía.

A medida que se acercaba al Palacio Central, notó que la piel de su rostro y de su cuello se cubría de una fina capa de sudor. Podía sentir el calor en las partes de su cuerpo que su atuendo no ocultaba. Mina le había dicho que ese traje era especial, le daría calor si hacía frío o le proporcionaría alivio si el ambiente era caluroso y sofocante. Agradeció poder contar con eso.

Subió con lentitud tres altos escalones donde había unos platos enormes de hierro negro que contenían fuego para iluminar la

escalinata. Se sorprendió al notar que la inmensa puerta estaba desprotegida; no había guardias en la entrada. Aseguró a Guerrera en su espalda y empujó la hoja de metal con fuerza pero despacio porque no quería ponerse en evidencia. Había dos dibujos grabados en ella, uno era un pentagrama como el que usaban las brujas y otro era la cabeza de una cabra que se superponía sobre la estrella. La imagen no era para nada alentadora, más bien parecía una advertencia para que los intrusos se sintieran persuadidos a abandonar el lugar.

La puerta ni siquiera chirrió al abrirse un poco y por ese espacio Amelie se escabulló al interior del Palacio Central.

Sus ojos se adaptaron a la nueva luz de a poco y delante de ella pudo ver un gran salón de piso blanco y un alto techo abovedado. Había decenas de columnas que formaban un pasillo que llegaba hasta un trono de oro con almohadones rojos sobre una tarima. A su lado había una mesa de patas altas con una copa de oro sobre ella. Se quedó anonada viendo el esplendor del lugar y su luminosidad.

«Pensé que el Infierno sería más horrendo», se dijo Amelie, y al instante tuvo que esconderse detrás de las columnas que tenía hacia su derecha porque dos guardias que vestían armaduras doradas salieron por una portezuela que se encontraba detrás del trono. Para su suerte, aquellas columnas eran tan gruesas que la ocultaban de la vista ajena.

Ambos caminaban al mismo paso, como soldados que marchaban a una guerra, y ella tuvo que contener su respiración e ir moviéndose con calma alrededor de la columna para no ponerse en evidencia.

—La nueva estrellita de Aaron me tiene realmente cansado. Ha sido una pesadilla atenderlo todo este tiempo —rugió uno de ellos. De sobra se notaba que estaba irritado—. Si no lo quisiera tanto, ya lo habría ahorcado con mis propias manos.

—No te preocupes, ya casi se convierte en demonio por completo y será uno de los nuestros. No se resistirá más como lo hace ahora. Lo peor es que Aaron lo quiere poner en rol de líder —dijo el otro demonio, con voz de mujer.

Se habían detenido muy cerca de donde estaba Amelie y eso hacía que el corazón le latiera con fuerza. Estos dos no eran inmensos como los de la entrada, pero eran inteligentes, se notaba por la manera en la que hablaban. De tener que luchar contra ellos, no sería tan fácil. Además, llevaban armaduras hechas de oro duro. Aunque quedaba abierto un espacio entre el cuello y los cascos que llevaban en la cabeza y Lana le había dicho que siempre debía dirigir su golpe final al cuello, que tomara ventaja de eso.

—Y si no resulta, se pudrirá en ese maldito calabozo y Aaron no va a protegerlo. Será nuestra mascota para atormentar —dijo el primer

demonio y ambos lanzaron carcajadas espeluznantes que chocaron contra las inmensas paredes y se repitieron en eco por toda la sala. Amelie contuvo su furia y apretó los dientes, recostó la cabeza contra la columna de mármol y miró hacia arriba. Cerró los ojos en esa posición.

«Dios, dame fuerzas», dijo dentro de su mente. Se tentó de eliminar a esos demonios por la forma en la que estaban hablando de Bastian, estaba segura de que se referían a él, pero no podía hacerlo. Cuanto menos revuelo causara allí dentro, mejor. Esos dos guardias habían aparecido casi de la nada, quién sabía cuántos otros podían salir a su encuentro en cualquier segundo. Sin embargo, pensándolo bien, no habían salido de la nada. Habían atravesado una pequeña puerta detrás del trono y estaba segura de que allí se encontraban los calabozos.

Cuando los demonios se marcharon y cerraron la gran puerta principal de un golpe, Amelie se apresuró, haciendo sonar los tacos de sus botas. Observó maravillada el esplendor de aquel trono de oro macizo y luego se coló por la puerta de madera sin más tiempo que perder, aquello no era una visita turística al Infierno.

El panorama cambió por completo otra vez. Allí el suelo era de roca colorada y descendía casi en picada, tendría que usar la fuerza de sus piernas para no rodar cuesta abajo. Había antorchas en las paredes y pequeñas gotas caían por todos lados. Tenía el rostro, el cuello y las manos fríos y húmedos.

El pasillo que se extendía frente a sus ojos tenía una ventaja y a la vez un punto negativo. La ventaja era que solo existía ese pasillo, no había bifurcaciones en el camino u otros túneles que se conectaran a él, o sea que llegaría a destino, fuera cual fuera. Lo malo era que, si algún demonio guardián volvía de hacer sus tareas, la interceptaría porque no había sitio donde esconderse y no estaba segura de si aquellos dos que se habían marchado eran los únicos que se encontraban allí.

Desenfundó la espada por las dudas y, cuando cerró sus manos alrededor de la empuñadura, se sintió más segura y tranquila. Continuó caminando por el angosto pasillo, escuchando solo el repiqueteo de las gotas sobre la roca y el crepitar del fuego en las antorchas.

Llegó por fin a un espacio más amplio, el techo arriba era de rocas también. A sus costados había huecos en las paredes cerrados por barrotes negros y entendió que eran las celdas que tanto había buscado. Lentamente, se acercó a una de ellas, pero estaba vacía. Se dirigió a la que estaba enfrente sin poder ver nada más que oscuridad

en su interior y de repente un rostro demacrado salió de entre las sombras y le rugió. Sus manos con uñas largas y sucias estaban aferradas a los barrotes. Amelie dio unos pasos hacia atrás, asustada y con la espada en alto. Pronto otros gritos y rugidos se sumaron, más presos comenzaron a gruñirle y se dio cuenta de que tenía que apurarse a encontrar a Bastian antes de que los guardias volvieran. Tanto revuelo no pasaría inadvertido.

Recorrió cada celda de manera apresurada, soportando el olor a putrefacción y el enojo de aquellos seres que habían dejado de ser personas hacía mucho tiempo. ¿Qué pecados habrían cometido para terminar allí? Al menos la escena y el lugar le confirmaron que allí iban a parar las almas que habían hecho cosas malas en su vida. Ahora entendía por qué su novio se sentía torturado por esas almas inocentes que había entregado al Infierno.

Se desesperó al notar que estaba llegando a la última celda y todavía no lo encontraba. Tal vez Bastian no estaba allí y había más celdas en ese Inframundo o en las ciudades de los túneles. El hueco estaba oscuro y los barrotes se sentían fríos bajo su mano. Notó algo de movimiento y ruido de cadenas, había alguien entre las sombras, pero no lograba ver quién o qué cosa era. Al menos, este no le había gruñido o tratado de arrancarle los brazos a través de las rejas... Al menos, no hasta ese momento.

—Bastian, ¿eres tú? —susurró Amelie, bajando la guardia y permitiéndose estar nerviosa por un segundo. Se estaba olvidando de mirar bien a su alrededor. La Guardia Divina necesitaba saber adónde irían a parar luego de la transportación.

Alguien gimió a modo de respuesta, un sonido que nació de una garganta seca y áspera como si no hubiera hablado por mucho tiempo. Amelie tomó a Guerrera y dijo en voz clara y fuerte:

—¡*Angelus Belli*!

La luz azul iluminó el hueco en la roca y finalmente pudo verlo. Allí estaba Bastian, con sus pupilas dilatadas, sus ojos casi negros como los de un demonio. Él torció la cabeza hacia un lado, como analizándola, pero no se movió. Tenía los brazos enredados alrededor de sus rodillas y unas cadenas se ajustaban a sus tobillos. Lo tenían sujeto para que no pudiera moverse. Por supuesto que estaba en los calabozos del palacio, era importante para Aaron.

Su cabello estaba revuelto y más largo que antes, su chaqueta de cuero estaba rasgada y llevaba símbolos rojos en la frente que parecían pintados con sangre. Tenía la cara sucia y trazos como surcos que descendían más claros sobre las mejillas. Solo una cosa podría haber hecho eso: lágrimas sobre la mugre. El corazón de la chica se le

encogió en el pecho, nunca lo había visto tan vulnerable y… roto. La sola idea de que él había estado llorando allí solo en la oscuridad la atormentó.

Amelie levantó la espada y, con un movimiento horizontal de derecha a izquierda, atravesó los barrotes negros, que produjeron chispas a medida que caían al suelo. El poder de la espada era sorprendente, podría cortar hasta el material más duro si quisiera.

Pateando algunos restos de las barras de metal, abrió un hueco. Agachó su cabeza al ingresar por el espacio que había creado y, lentamente, caminó hasta Bastian. Hizo que el fuego de la espada se apagara por un momento y la dejó en el suelo, a su lado. Se agachó cerca del chico, a una distancia prudente.

—¿Qué haces aquí? Tú no perteneces a este lugar. Aaron se va a enojar contigo por haber destruido la celda —le advirtió, mirándola con esos ojos raros.

Ella notó que, en algún lugar de su mente y su corazón, donde el veneno demoníaco no lo había tocado todavía, debía recordarla. Quería sentirse feliz, arrojarse sobre él y besarlo, pero no tenía tiempo para eso. Tenía que contenerse y sacarlo de allí.

—Tú tampoco perteneces a este lugar y por eso he venido a rescatarte. ¿Te acuerdas de mí? Mi nombre es Amelie —dijo ella, mirando todo a su alrededor y enviándole imágenes claras a los tres ángeles que esperaban en el cementerio, el atributo angelical comenzó a quemarle la piel y desprender luz blanca, debía estar funcionando—. Eres hijo de Dios, una vez le serviste y Él te quiso mucho, todavía te quiere. Nada tienes que ver con el Oscuro y el Inframundo.

—Tu rostro es familiar, pero no es así como lo recuerdo... —comentó Bastian y, tirando de las cadenas que lo tenían prisionero, hizo ruido con ellas. Una de sus manos trató de llegar a la mejilla de la chica, pero se quedó a mitad de camino—. Tu expresión era más suave y tus rasgos no tan duros. Te has convertido en otra cosa, no te conozco.

—No hables, por favor. Tengo que cortar las cadenas con la espada, pero no te asustes. Prometo llevarte a un lugar mejor que este, pero tienes que hacer silencio. No te resistas... —explicó Amelie y dijo el nombre que encendía la espada. Bastian cerró los ojos con fuerza, aquella luz tan pura y celestial debía molestarle ahora que casi se había transformado en un demonio. Aun así, ella había notado que él no la había tratado mal, solo no la recordaba claramente y, aunque era un poco doloroso lo que él había dicho, confiaba en que podría salvarlo. Tenía que apresurarse, antes de que vinieran a buscarlo para completar el ritual.

Agachada como estaba, tomó la empuñadura de Guerrera con las dos manos y golpeó ambas cadenas. Quebrándose como un cristal frágil, el hierro se hizo añicos, y los demás presos rugieron, tal vez anhelando poder ser libres o ser rescatados por un alma amiga.

Amelie puso la espada sobre su espalda y luego tomó la daga celestial que llevaba en la cintura. Era hora de atravesar a Bastian con ella. Rogaba que los tres ángeles vinieran apenas lo hubiera herido, no quería que se le muriera en los brazos ahora que lo había encontrado. No quería bañarse en su sangre en vano. Los dos estaban de pie, mirándose a los ojos.

—Perdóname por esto, pero tengo que hacerlo —dijo decidida.

Bastian la miró con curiosidad, sin entender qué era lo que ella decía. Y de repente la empujó contra la pared de rocas con una fuerza tremenda en sus manos. Amelie se tambaleó, pero no se cayó al suelo y, cuando levantó la mirada para entender qué era lo que estaba sucediendo, vio a un hombre parado en la entrada de la celda y él debía estar obedeciendo sus órdenes. Sus cabellos dorados caían sobre sus hombros y unos ojos claros, tan pálidos que parecían no tener vida, la observaron con curiosidad.

—Bueno, bueno, bueno. ¿Pero qué tenemos aquí? ¿Tratando de llevarte a mi preso? —inquirió el hombre, que debía ser Aaron. Ahora podía ponerle rostro a ese nombre que tanto había escuchado, ese nombre que tanto la había atormentado. Era un ser alto y de piel delicada, sus labios rosados esbozaban una sonrisa que nada tenía que ver con alegría, sino con maldad.

—Para eso he venido y no vas a detenerme —dijo Amelie, desafiante. Se incorporó y señaló al hombre con la daga. No tendría posibilidad de tomar a Guerrera de su espalda, el espacio no se lo permitía, un segundo que se demorara y estaría muerta.

—¡Pero qué valentía y coraje tienes, hija mía! —exclamó Aaron, sacudiendo su cabeza. Bastian parecía petrificado en su lugar. Amelie entendió que él nunca la defendería del malvado, no en esa condición. Estaba sola en aquella pelea.

—No me faltes el respeto, Aaron. Yo soy hija de Dios, no de un ser tan oscuro y despreciable como tú.

Aaron lanzó una risilla entretenida y aplaudió con sus manos de manera divertida. Algo de lo que había dicho la muchacha le había causado mucha gracia.

—Si eso es lo que quieres creer, querida. Pero dejemos de hablar de paternidad, no te llevarás a Bastian. —El muchacho de ojos oscuros se colocó junto a Aaron, el hombre era más alto que él. El malvado se paró detrás de Bastian y observó a Amelie por sobre su hombro—.

Solo un ritual más y será el mejor guerrero oscuro que jamás existió. ¿Sabías que nunca había dejado de ser un ángel en verdad? —agregó Aaron con malicia en la mirada y en sus palabras cargadas de veneno, listas para herir. Había susurrado las palabras en el oído de Bastian y luego sus labios se posaron en la mejilla del chico, y lo besaron con ternura—. Deberías preguntarle a ese padre tuyo por qué les oculta información y los maneja como meros títeres. Yo seré oscuro, pero al menos soy honesto.

Amelie sintió escalofríos, no por las palabras de Aaron, que la confundían, sino por la forma en que tocaba a Bastian y él no se oponía.

—¡Silencio! ¡Basta de mentiras! No creas que no conozco a los de tu clase. Siempre jugando con la mente de uno y metiéndose en los sueños. Matamos a una de las tuyas que se comportaba igual que tú. No me impresionas, lo he visto y escuchado todo antes. Llegas tarde, Aaron —desafió ella, con una sonrisa burlona en el rostro. Ni siquiera se conoció en ese momento, no estaba asustada, no le temía. El odio que sentía por él la hacía fuerte.

—¡Mátala! —ordenó Aaron y Bastian caminó hacia ella sin dudarlo. Amelie tomó a Guerrera con su otra mano cuando pudo alejarse de la pared y exclamó «*Angelus Belli*» en voz alta como si fuera un grito de batalla. El Oscuro abrió sus ojos con sorpresa, hacía mucho tiempo no veía luz tan clara y pura.

Lo que sucedió a continuación duró un minuto, pero muchas cosas ocurrieron en ese corto período de tiempo. Amelie lanzó la espada con precisión sobre la cabeza de Bastian, que ya estaba cerca de ella. La hoja de fuego azul rodó por el aire produciendo un zumbido y, al pasar junto al Maligno, le cortó la mejilla y chamuscó su piel. Guerrera se clavó en la roca y las paredes comenzaron a rasgarse, los suelos temblaron ante el toque de Dios, como si el Infierno y el mismo Diablo se retorcieran en su cuna de brea y fuego.

Amelie se puso frente a Bastian y, deteniéndolo con una mano, le pidió perdón justo cuando él cerraba sus manos alrededor de su cuello. El aire se le hacía poco, las lágrimas le quemaban los ojos y eso le impedía pensar con claridad, así que no lo contempló ni un segundo más. Rápidamente movió su otra mano, la que estaba enredada en una empuñadura de plata, y clavó la daga celestial en su estómago con fuerza. Bastian abrió los ojos, el color negro se vació de ellos y separó los labios para gritar, soltando el cuello de la muchacha. Amelie pudo sentir que su mano se volvía húmeda gracias a la sangre del chico que le bañaba la piel.

Un grito desgarrador abandonó los labios de Bastian y se apagó al

instante. Amelie abrazó al muchacho, que se desplomó entre sus brazos, y de repente una luz cegadora se hizo presente, unos pares de manos los tomaron a los dos. Era la Guardia Divina que había venido a rescatarlos.

Mientras juntaban las manos para partir, algo impactó a Amelie en la espalda con fuerza. Una bola de energía negra que Aaron había lanzado le quemó el traje y inconciente, pero antes cumplió su cometido, le susurró a la muchacha horrendas verdades a los oídos que viajaron a través de ella y se le enredaron en la mente y el corazón como espinas llenas de ponzoña en un campo de rosas marchitas.

—¡No! —gritó Mina al ver aquello, antes de marcharse en un estallido de luz blanca.

El Inframundo tembló con los gritos de ira de Aaron. Los presos se taparon los oídos, ya que nunca lo habían oído gritar así, y la lava en el foso se calentó y saltando por los aires fundió la roca, acompañando la rabia del Señor del Inframundo que tendría que lamerse las heridas.

Epílogo

Tormenta

Confusión, dolor, sangre y voces que parecían familiares, pero se perdían en el eco reinante y se distorsionaban como el grito de miles de demonios enfurecidos. En sus oídos habitaba un zumbido molesto que no se acallaba por más que tratara de dejarlo fuera y se cubriera las orejas con las manos. Luego de luchar contra eso y la confusión de una mente cansada, volvió a sumirse en un profundo sueño porque su cuerpo estaba agotado y los huesos le dolían como nunca antes. Su cuerpo y su alma le pedían descanso de tanto veneno y maldad.

Bastian abrió los ojos luego de varias horas, al menos le parecieron horas eternas, aunque no habían sido tantas. Se encontró recostado en el sofá de la casa que había compartido con Amelie en Playa Calma, escuchando el sonido familiar del mar y las olas que rompían contra las rocas. Había fuego naranja encendido en la chimenea y una claridad en la sala a la que debería acostumbrarse otra vez. Había pasado mucho tiempo aprendiendo a ver entre las sombras.

Aquello fue como despertar de una larga y horrenda pesadilla. ¿O todavía se encontraba en ella y no lo sabía? Tenía miedo de que fuera un mero engaño de Aaron, él sabía cómo manipular la mente para hacerle creer cosas, transportarlo a lugares y devolverlo a la oscuridad. Los tobillos, que ahora se encontraban libres, le dolían un poco, los grilletes lo habían mantenido prisionero por mucho tiempo.

—¿Qué hago aquí? ¿Qué sucedió? —preguntó alterado, tratando de poner las piezas del rompecabezas en su lugar para que al menos

algo de lo que estaba sucediendo tuviera sentido. Quiso sentarse, pero al instante una punzada de dolor se presentó en su estómago y se quejó entre dientes apretados. Una mano lo tomó por el hombro de manera gentil y lo obligó a recostarse otra vez con amabilidad.

—Silencio, no hables ahora. No gastes aliento y energía en vano —dijo Mina, de rodillas a su lado. Sus manos flotaban sobre la herida en su estómago. Al verla, el dolor volvió de repente y apretó los dientes para no lanzar otro gemido, comenzó a entender de a poco de qué se trataba todo aquello.

Gael tenía una daga de cristal en su mano, no le llevó mucho tiempo darse cuenta de que era una daga celestial y por lo visto había sido usada hacía poco. Su hoja, que debía tener el color del hielo transparente, se había vuelto negra como la noche, se había cargado de maldad y eso significaba que habían tenido éxito extrayendo el veneno demoníaco de alguien. Poco a poco el cristal celeste se iba consumiendo, el odio se lo comía, como el hielo que se derrite luego del frío invierno y da paso a la primavera.

—Sí, te salvamos y te sacamos del Inframundo con vida —dijo Lana, mirando a Bastian y entendiendo su mirada fija puesta en la daga celestial—. ¿No somos los mejores? Ya no eres un demonio, así que cuando estés sano nos iremos a un bar de Mikah a celebrar y emborracharnos como los humanos para olvidar todo lo que sucedió —agregó revoleando los ojos. Lana no podía con su genio.

Gael tocó la hoja de la daga y esta se desintegró para convertirse en un fino polvo negro que se deslizó hasta el suelo y cubrió la alfombra. Solo la empuñadura plateada quedó intacta y el ángel la dejó olvidada sobre la mesa del café.

Mina terminó de recitar su canción y, para cuando lo hubo hecho, la herida en el estómago de Bastian se había cerrado por completo. Le habían quitado la camiseta sucia y ensangrentada cuando lo trajeron de vuelta. Esta estaba tirada en el suelo cerca de ellos, como un recordatorio de lo que había pasado.

Lentamente el dolor se calmó y se alejó para siempre del cuerpo del muchacho, ya no pudo sentirlo. Se sentó con cuidado porque la piel todavía estaba un poco tirante donde Mina lo había curado.

—Aaron dijo que nunca dejé de ser un ángel. No lo entiendo, tendría que haberme dado cuenta, pero pensé o acepté el hecho de que ya no tenía poder —comentó el chico con la mirada perdida en las llamas de la fogata, tratando de recordar todo lo que el malvado le había dicho. Las palabras pedían salir de su boca, necesitaba desahogarse.

—Ya lo hablaremos más adelante, nosotros tampoco sabíamos

nada. Pero Dios podría habértelo hecho creer o quitarte las habilidades por un tiempo. Era lo que más querías, dejar de ser un ángel para estar con... —dijo Gael cuando Bastian lo interrumpió. Los tres ángeles se miraron, había alarma en sus ojos.

—¡Amelie! Ella me salvó... No puedo creerlo, fue ella en serio. —Se paró de un salto, como si nunca hubiera estado herido, dejando en el pasado su cansancio. Llevaba una sonrisa enorme en los labios porque, claro, haber vuelto sano y salvo significaba también que la había recuperado y eso lo hacía inmensamente feliz—. ¿Dónde está? Tengo que verla. Tengo que pedirle disculpas por haberla abandonado así, aunque me odie por eso, necesito verla.

—Está descansando en la habitación, pero no creo que verla sea lo mejor en este momento. Bastian, ella no... —trató de decir Mina sin éxito alguno. El chico ni siquiera la escuchó y enseguida caminó apresurado por el pasillo. Cerró la puerta de su cuarto tras su espalda con cuidado para no despertarla.

***

Gael trató de detenerlo, pero Lana lo tomó por el brazo y el ángel se quedó en su lugar. Soltándose de su hermana, caminó hacia la ventana para contemplar el cielo sin decir nada.

—Déjalo, a veces es mejor recibir el golpe en persona y todo de una vez. Ya se dará cuenta de lo que sucede.

Se quedó pensando en lo equivocada que había estado al prejuzgar a Amy. No conocía a otros humanos, pero esa muchacha le había demostrado que sin magia podía enfrentarse a lo que quisiera y que las personas luchaban por lo que amaban y nunca se rendían. Eran criaturas extrañas realmente.

Observó a Mina, que estaba sentada en el sofá con una expresión en el rostro que mostraba preocupación y un poco de tristeza.

—Le va a ser difícil aceptarlo, ¿verdad? —preguntó mirando a Gael, que se había sentado en el otro sofá.

—Por un tiempo, pero se acostumbrará.

—Siempre lo hace, él es fuerte —comentó Lana con una sonrisa que trataba de reafirmar lo que decía—. Eso y el hecho de que todavía es un ángel fueron una ventaja para que no se convirtiera en demonio tan rápido. Podrán decir lo que quieran de Dios en este momento y tener sus dudas, pero, si él hubiera vuelto a ser un humano otra vez, habría muerto con el primer sorbo de veneno de Aaron. Y el maldito lo sabía.

Los tres se miraron y se dijeron con los ojos miles de cosas sin necesidad de usar palabras.

***

Bastian caminó lentamente por el piso de madera, había una lámpara encendida sobre la mesa junto a la cama. Su luz iluminaba el rostro de Amelie, quien dormía serena. Se sentó a su lado sin poder creer que la tenía cerca otra vez y con el revés de la mano le acarició la mejilla.

Un mes y medio lejos de ella se había sentido como una eternidad. Sonrió al verla tan relajada, sus labios rosados apenas separados y sus pestañas onduladas temblaron un poco ante el roce de su mano, pero siguió durmiendo. Sus manos de dedos finos estaban puestas sobre su pecho y la leve sombra de un atributo de Visión y Mente había quedado en su piel como un recuerdo que pronto desaparecería por completo, ya se estaba desvaneciendo a medida que la noche se extinguía sobre el mar.

En ese instante, el muchacho tuvo recuerdos perdidos y borrosos que parecían de otro tiempo lejano, imágenes del pelo rojo de Amelie entre la oscuridad, que iluminaba las sombras como fuego, y una espada angelical que alejaba la niebla de sus ojos con brillo azul.

Ya quería saber por todo lo que ella había pasado en ese tiempo, parecía como si la Guardia Divina la hubiera convertido en una luchadora. ¿Por qué tendría un atributo en la mano? Definitivamente, había sido ella en el Inframundo. Había llegado hasta los calabozos y eso significaba que había tenido que enfrentarse a algunos demonios y había sobrevivido. ¿Quién era esa nueva chica?

Bastian pensó que era muy cierto eso que le había escrito en la carta, eso de que Amelie se había robado su oscuridad y la había convertido en estrellas. Su magia estaba trabajando justo en ese momento, incluso cuando dormía. A pesar de haber vivido algo tan oscuro por un mes y algunos días, ahora que la miraba, estaba sonriendo y se lo debía a ella, era la causa de su felicidad.

—Me salvaste, pequeña guerrera. Esta vez fui yo el que trató de hacer una estupidez, pero he llegado a pensar que siempre nos salvaremos, tú y yo siempre nos encontraremos —susurró de manera tierna e inclinó su cabeza para besarla con suavidad en los labios. Había extrañado su calidez y sabor dulce, había añorado esa sensación tan familiar y hermosa que le recorría el cuerpo cuando sus bocas se encontraban.

Sintió movimiento bajo sus labios y vio dos ojos de color miel que lo miraban con terror. Una mano se posó en su pecho y ejerció presión para empujarlo. Recordó esa sensación, ella había hecho justo ese movimiento cuando él había tratado de… ahorcarla en su celda. El recuerdo se presentó en su mente con la rapidez del viento, le llenó el

alma de espinas y la estrujó con fuerza. Se paró de repente y, tambaleándose hacia atrás, su espalda se estrelló contra la pared.

«Debe creer que quiero matarla otra vez», pensó horrorizado y odiándose a sí mismo. En su mente se puso la piel de un monstruo que había ido a asustarla en su sueño tranquilo. Aquellos recuerdos que lo invadían le dejaron una sensación terrible. Era como dar un salto hacia las profundidades de un mar gélido.

—¡¿Qué haces?! ¿Por qué me besaste? Ni siquiera te conozco. ¿Qué clase de pervertido eres? ¡Aléjate de mí! —sonó la voz de Amelie en forma alta y estridente. Atravesó la puerta y viajó por el pasillo tocando los cristales y los objetos, lo que alertó a la Guardia Divina. Los tres ángeles corrieron hacia la habitación y se encontraron allí en un segundo.

Gael tomó a Bastian por el brazo y notó que su hermano estaba pálido y sus ojos eran inmensos gracias a la sorpresa que se había llevado. Lo arrastró fuera de la habitación al instante porque Amelie se había puesto a llorar sin consuelo.

—Yo no entiendo... No le hice nada. Solo la besé… —explicó el muchacho sumamente confundido, las manos le temblaban. Lana cerró la puerta antes de abandonar el cuarto y Mina se quedó en la habitación para tratar de calmar a Amelie—. ¡Miento! Sí le hice algo malo, traté de ahorcarla en el Inframundo, pero no fue mi culpa, yo nunca podría... Entiendo que me odie por eso, pero ¿que me trate como si no me conociera? —agregó él, cerrando sus puños con fuerza para detener el temblor en sus manos. Lo que había dicho no era para nada coherente porque sí podía herirla, lo había hecho primero, abandonándola, y luego, bajo las órdenes de Aaron.

—Hermano, no es eso. No te está ignorando a propósito como una niña caprichosa —dijo Gael en un suspiro cuando llegaron al *living*. Habían visto toda esa situación, el ataque de Bastian hacia Amy, gracias al atributo angelical que ella llevaba dibujado en la mano—. Una bola de energía oscura la impactó antes de la transportación. Mina pudo curarle la quemadura de la espalda, pero su mente se cerró por completo, ella se encerró allí dentro y por lo visto no quiere salir.

Bastian se sentó en el sofá y tomó su cabeza entre las manos, sintiéndose completamente frustrado. El peso sobre sus hombros era insoportable. Aquella noticia era terrible y le arruinó la felicidad por el regreso que había sentido hacía unos escasos minutos.

—No puedo creerlo. Todo lo que esa chica ha sufrido en su vida y ahora esto... ¿Por mí? Es todo mi culpa. Nunca tendría que haber roto las reglas...

—¡Eh! No te atrevas a cuestionarte eso luego de todo lo que han

luchado. Pero sí, todo esto es por ti y porque ella te ama, Bastian. Eso hacen las personas que se aman y acabo de entenderlo. Nunca se dan por vencidas, siguen luchando mientras les quede un poco de aire en los pulmones y esperanza en el corazón y la mirada —explicó Gael—. Ese mes y medio también fue terrible para ella, pero convirtió su dolor en fuerza y peleó mejor que cualquier ángel del Paraíso. Ahora tú haz lo mismo, toma eso que te atormenta y vuélvete fuerte.

Los ojos de Bastian se abrieron de par en par, las palabras de su hermano se le colaron por los oídos y se le grabaron en la mente.

—Quiero saber todo sobre eso, lo que hicieron con ella, en lo que la convirtieron... Pero hay cosas más importantes ahora. ¿Mina no pudo curar su cabeza? Tal vez fue solo un golpe. ¿Están seguros de que Aaron la atacó?

—Estamos seguros de eso y es extraño, ¿sabes? Una bola de energía oscura solo puede dañarte físicamente. Pero creemos que ella vio algo cuando esa magia la impactó, algo de Aaron se pasó a ella y se le metió en la cabeza. Tiene que haber sido sumamente importante o aterrador para que cierre su mente de esa manera. Lamentablemente, el atributo de Visión y Mente se había extinguido y no pudimos ver sus pensamientos. La duración de los atributos se hace más corta en la dimensión demoníaca, es una de las cosas que comprobamos.

—¿O sea que no recuerda nada de nada? Parece confiar en ustedes, ¿por qué no en mí? —Suspiró otra vez—. ¿Por qué confiaría en mí, aunque recordara algo? Traté de matarla, me lo merezco por no haber combatido el veneno con más fuerza.

—Porque la curamos y, a sus ojos, la salvamos de un accidente automovilístico. Pero no te tortures, hermano. Repito que ella no recuerda nada de lo que sucedió en el Inframundo. Tienes que darle tiempo para que confíe en ti y lo hará. Imagínate lo que se debe sentir no recordar nada y despertarte con los labios de alguien sobre los tuyos. Es como los cuentos de hadas de los humanos, de las princesas que se despiertan con un beso del príncipe. Si me pasara a mí, le daría un puñetazo en la cara al pervertido —comentó Gael y no pudo evitar sonreír ante su propio comentario, pero se puso serio al instante—. Amy confía en Mina porque, bueno, ¿quién no confiaría en Mina? Es el ángel más tierno del Paraíso. Si no la tuviéramos... Te curó a ti y a Amelie en una misma noche.

—Hubiera preferido que me dé un puñetazo en la cara a que me mirara de esa forma, como si nunca hubiera sido nada para ella. Recuérdame agradecerle a Mina, tengo mucho que agradecerles a los tres. Pero necesito un último favor. Tengo que hablar con Dios, siento

que me usó de alguna manera. Me hizo creer que ya no era más un ángel y eso no me va a dejar tranquilo hasta que me dé respuestas —dijo Bastian parándose, estiró los músculos de su espalda y dos alas negras nacieron de sus omóplatos y sus plumas acariciaron los muebles. Hizo aquello para confirmar la teoría. Los ojos de Gael se pusieron como platos, y no muchas cosas lo sorprendían—. Tengo que ir a la Ciudad de Cristal y hablar con Él o voy a enloquecer.

—Es cierto, nunca dejaste de ser un ángel... —comentó Lana, que se había quedado escuchando la conversación cerca del fuego que ardía en la chimenea, sin pronunciar palabra hasta ese momento. No era la que más hablaba de los tres, prefería dejarle eso a Mina y Gael —. Bueno, nada te impide volver al Paraíso ahora. Sabes cómo transportarte hasta allá, sigues siendo un ángel. Los guardianes de la Puerta no te van a detener… Creo.

—Lo sé... ¿Saben qué es lo peor de todo esto? Que el maldito de Aaron se dio cuenta y lo sabía, lo sabía todo. Podrá ser el líder de los demonios, pero no oculta la verdad —comentó Bastian, cerrando las alas y se cruzó de brazos—. Sí, tal vez la usa para desprender palabras venenosas junto con la verdad, pero la dice.

—Espera un segundo. ¿Cómo se dio cuenta de que eras un ángel? —interrogó Lana un tanto sorprendida.

—El sacrificio de sangre de la entrada al Inframundo. La sangre humana nunca abriría esa puerta... No para cualquier ser ordinario se abre, en el portal correcto derrama tu sangre —dijo Bastian, repitiendo una frase del poema que Gael había recitado un tiempo atrás. Y en ese instante se dio cuenta de algo, las palabras de Aaron acerca de Amelie tenían sentido. Bastian se dejó caer en el sofá, a Gael y su hermana guerrera les tomó solo un segundo darse cuenta de qué era lo que lo había puesto así.

—Entonces, Amelie... ¡No puede ser! No debemos sacar conclusiones apresuradas, eso es solo un poema. Tal vez el muy maldito sabía que ella iba a rescatarte, entonces, le abrió las puertas —dijo Gael, tratando de encontrar una explicación que les pareciera racional. Si lo que Bastian había indicado era cierto, eso decía que ellos habían descuidado algo muy importante, habían pasado por alto la importancia de la sangre.

—Puede ser, pero no tenemos tiempo de pensar en teorías. Tenemos que averiguar que está sucediendo. Estoy seguro de que eso que Amy encierra en su mente es la respuesta —comentó Bastian, mirando el cuadro de la mariposa sobre la chimenea. Él la ayudaría a recordarlo todo, él la traería a la luz y nunca la alejaría de su cuerpo otra vez.

—Y tenemos que hacerlo antes de que Aaron haga su próximo movimiento. Porque esto no se va a quedar así. Ese demonio debe ser la furia misma en este momento —dijo Lana; cruzándose de brazos, se acercó a la ventana para observar los alrededores y el mar oscuro.

—Lo es, pero también es un gran jugador y no vendrá a buscar venganza esta noche o mañana. Disfruta jugando con nosotros, lo aprendí estando allí. Si hubiera querido llevarse a Amelie, ya lo podría haber hecho hace años. Nos hacen creer que somos fuertes para luego arrebatarnos lo que más queremos en un segundo, en el instante en que más nos duele. A ellos esperar no les importa, tienen toda la eternidad para hacerlo —dijo y recordó los labios de Aaron en sus mejillas, sus palabras en los oídos. Escalofríos lo recorrieron de pies a cabeza.

—¿Qué hacen ustedes vistiendo esa ropa? —cuestionó Bastian, dándose cuenta de que Gael llevaba ropa suya y que Lana y Mina vestían ropa de Amelie—. No reparé en eso antes y déjenme decirles que les queda bastante ajustada.

—Bueno, dijimos que Amelie cree que la salvamos de un accidente. Nunca indicamos que crea que somos ángeles —comentó Lana, mirando a Bastian—. Solo piensa que somos tres buenas personas que la trajimos a su casa en la que vive con alguien más y hasta allí pudimos contarle, no hay que sobrecargar su mente de cosas tan rápido. Supongo que el mundo de los ángeles y demonios se alejará de ella por un tiempo, hasta que decida regresar a su mente y volver a conocerlo.

—Espero que eso sea pronto, quiero que me conozca de nuevo —dijo Bastian cerrando los ojos por un segundo como si estuviera pidiendo un deseo. Luego se dirigió a la cocina y comenzó a preparar algo para comer. Estaba muerto de hambre y seguro que Amelie también. Le pediría a Mina que le alcanzara la comida hasta la habitación.

—Se ha vuelto a dormir —anunció Mina, reuniéndose con los demás. Gael y Lana la pusieron al tanto de todo lo que Bastian les había dicho. Allí se quedaron esa noche, en la sala tibia e iluminada por la fogata en la chimenea.

El mar rugió con fuerza afuera y estalló contra las rocas blancas, las pequeñas partículas de agua se mezclaron con la llovizna que había comenzado a caer sobre Puerto Azul y Playa Calma.

***

El fuego rojo de las antorchas creció hasta transformarse en inmensas llamas que iluminaron la sala central de ese retazo de

Inframundo. Aquel que tenía el foso con lava burbujeante en el centro. Miles de demonios se reunieron alrededor de él y salieron de sus casas para escuchar el discurso. Se pararon sobre los puentes colgantes, sobre las rocas ásperas y miraron expectantes hacia el palacio de piedra blanca. De pie en el balcón principal, con sus manos apoyadas sobre la baranda, se encontraba Aaron, una cicatriz que su magia no había podido curar decoraba su bello rostro. El ángel caído ya no se creía tan hermoso porque había sido herido con fuego divino.

—¡Hijos míos! —dijo en voz alta y solemne, su corona de plata desprendió destellos—. Dios nos ha declarado la guerra, la espada celestial que penetró el Inframundo es prueba de ello. Es hora de comenzar a entrenar y armarnos para la guerra que se avecina porque finalmente daremos batalla. Y no vamos a quedarnos tranquilos hasta que la ganemos. ¡Porque vamos a triunfar y el mundo será solo un mal recuerdo de lo que alguna vez fue!

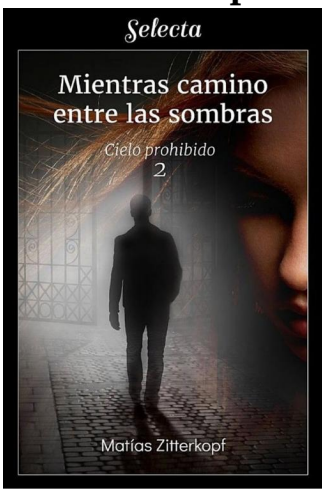
Las voces y rugidos de aquellas criaturas horrendas resonaron en el espacio, se colaron por los huecos en penumbra, entre las rocas húmedas, y se expandieron por los Inframundos atravesando los portales que los conectaban. Se alzaron por los aires llenos de vapor caliente como un canto de victoria anticipado.

Los humanos del mundo durmieron tranquilos en sus camas calientes esa noche, sintiéndose seguros una vez más. Tal vez alguno que otro tuvo una pesadilla, pero ninguno intuyó o fue capaz de saber lo que se escondía entre los mundos, entre el aire delgado que los separaba.

Nadie imaginó los planes siniestros que en ese momento se estaban fraguando en el Infierno, las espadas que habían comenzado a fabricarse de la misma brea espesa, los escudos relucientes que pronto brillarían en el campo de batalla. La Oscura había decidido despertar por completo y se había puesto su mejor vestido de lentejuelas, lista para llevarse consigo lo que encontrara a su paso, como su hermana lo hacía con ella cuando llegaba la mañana.

La llovizna fría se volvió lluvia intensa, los cielos se cubrieron de negro y se rasgaron como tela frágil entre relámpagos blancos para derrumbarse sobre el mundo.

Amelie y Bastian creyeron en un final feliz y en tiempos alegres. Pero aquellos empezaron a verse ensombrecidos por un veneno dormido que despertó para reclamar un alma.



Había una vez un muchacho de ojos verdes que se sacrificó por la chica que amaba; y su sacrificio fue tan grande que tres ángeles de Dios bajaron a la Tierra para convertir a esa chica en una guerrera.

Ella transformó su sufrimiento en valentía y penetró en el infierno como un rayo de luz que se abre paso entre nubes negras.

El amor de Amelie y Bastian terminó por desatar la tormenta.

Matías Zitterkopf nació en Gilbert, un pequeño pueblo de Argentina, en 1987. Desde niño desarrolló interés por la lectura y escritura de historias. Es profesor de Inglés y licenciado en Lengua Inglesa.
Escribe historias juveniles siendo *Corazones oscuros* la más conocida en Wattpad con casi dos millones de lecturas.

Edición en formato digital: octubre de 2018
© 2018, Matías Zitterkopf
© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
ISBN: 978-84-17606-26-8
Composición digital: leerendigital.com www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial